

UNIVERSIDAD DE MURCIA

Escuela de Doctorado

TESIS DOCTORAL

La revalorización del concepto de experiencia en el pensamiento político español moderno. Empirismo y discurso médico.

AUTOR/A D. Javier Alberto Crespo Aledo

DIRECTOR/ES Dr. José Javier Ruiz Ibáñez.

2025

UNIVERSIDAD DE MURCIA Escuela de Doctorado

TESIS DOCTORAL

La revalorización del concepto de experiencia en el pensamiento político español moderno. Empirismo y discurso médico.

AUTOR/A D. Javier Alberto Crespo Aledo

DIRECTOR/ES Dr. José Javier Ruiz Ibáñez.

• 2025

UNIVERSIDAD DE MURCIA

DECLARACIÓN DE AUTORIA Y ORIGINALIDAD DE LA TESIS PRESENTADA PARA OBTENER EL TITULO DE DOCTOR/A

Aprobado por la Comisión General de Doctorado el 19 de octubre *de 2022.*

Yo, D. Javier Alberto Crespo Aledo, habiendo cursado el Programa de Doctorado en Historia, Geografía e Historia del Arte: Sociedad, Territorio, y Patrimonio de la Escuela Internacional de Doctorado de la Universidad de Murcia (EIDUM), como autor/a de la tesis presentada para la obtencion del titulo de Doctor/a titulada:

La revalorización del concepto de experiencia en el pensamiento político español moderno. Empirismo y discurso médico

y dirigida por:

D.: José Javier Ruiz Ibáñez
D.: José Javier Ruiz Ibáñez

DECLARO QUE:

La tesis es una obra original que no infringe los derechos de propiedad intelectual ni los derechos de propiedad industrial u otros, de acuerdo con el ordenamiento jurídico vigente, en particular, la Ley de Propiedad Intelectual (R.D. legislativo 1/1996, de 12 de abril, por el que se aprueba el texto refundido de la Ley de Propiedad Intelectual, modificado por la Ley 2/2019, de 1 de marzo, regularizando, aclarando y armonizando las disposiciones legales vigentes sobre la materia), en particular, las disposiciones referidas al derecho de cita, cuando se han utilizado sus resultados o publicaciones.

Del mismo modo, asumo ante la Universidad cualquier responsabilidad que pudiera derivarse de la autoría o falta de originalidad del contenido de la tesis presentada, en caso de plagio, de conformidad con el ordenamiento jurídico vigente.

Murcia, a 10 de mayo de 2025



Información básica sobre protección de sus datos personales aportados:	
Responsable	Universidad de Murcia. Avenida teniente Flomesta, 5. Edificio de la Convalecencia. 30003; Murcia. Delegado de Protección de Datos: dpd@um.es
Legitimación	La Universidad de Murcia se encuentra legitimada para el tratamiento de sus datos por ser necesario para el cumplimiento de una obligación legal aplicable al responsable del tratamiento. art. 6.1.c) del Reglamento General de Protección de Datos
Finalidad	Gestionar su declaración de autoría y originalidad
Destinatarios	No se prevén comunicaciones de datos
Derechos	Los interesados pueden ejercer sus derechos de acceso, rectificación, cancelación, oposición, limitación del tratamiento, olvido y portabilidad a través del procedimiento establecido a tal efecto en el Registro Electrónico o mediante la presentación de la correspondiente solicitud en las Oficinas de Asistencia en Materia de Registro de la Universidad de Murcia

Índice

RESUMEN 11
ABSTRACT (SUMMARY) 12
AGRADECIMIENTOS 13
INTRODUCCIÓN 15
1. Prefacio 17
2. Metodología 22
3. Fuentes 26
4. El organicismo como protagonista y los textos como expresión 31
5. Estado de la cuestión 36
6. Estructura 46
PRIMERA PARTE: ANATOMÍA, MEDICINA Y POLÍTICA 51
7. Notas para una historia de la anatomía 53
1.1. Antigüedad y Medioevo 55
1.2. Edad Moderna 63
1.2.1. La nueva cirugía 70
8. El cuerpo y la enfermedad 75
2.1. El cuerpo y sus metáforas 78
2.1.1. La República original de Jerónimo Merola 89
2.2. La enfermedad y sus metáforas 92
2.2.1. Arbitrismo 97
2.2.2. Maquiavelismo y antimaquiavelismo 102
2.2.3. Neoestoicismo y tacitismo 105
SEGUNDA PARTE: CUERPO Y ENFERMEDAD 113
9. Políticos que escriben *medicina* 115
3.1. Fabrique Furió Ceriol 117
3.2. Juan de Mariana 120
3.3. Baltasar Álamos de Barrientos 123
3.4. Martín González de Cellorigo 134
3.5. Sancho de Moncada 142
3.6. Pedro Fernández de Navarrete 148
10. Médicos que escriben política 156
4.1. Antonio Pérez 157
4.1.1. Avisos importantes de estos estados de Flandes 159
4.2. Cristóbal Pérez de Herrera 162

4.2.1. Memorial, Remedio para el bien y la salud del cuerpo de la República 165
4.2.2. Las dolencias del cuerpo de la república 171
TERCERA PARTE: ECOS MÉDICOS EN SAAVEDRA FAJARDO 181
11. Vida y obras de Saavedra Fajardo 183
5.1. Perfil biográfico 183
5.2. Obras 186
5.2.1. República Literaria 189
5.2.2. Indispositione generale della monarchia di Spagna 192
5.2.3. Introducciones a la política y Razón de Estado del rey católico don Fernando .. 194
5.2.4. Empresas políticas 196
5.2.5. Obras de propaganda hispanófila 200
5.2.6. Locuras de Europa 203
5.2.7. Corona Gótica 207
12. Un hombre de su época 212
6.1. Maquiavelismo, neoestoicismo y tacitismo en Saavedra Fajardo 213
6.2. Saavedra Fajardo y el arbitrismo 236
13. El cuerpo de la República 241
7.1. La cabeza y el corazón 247
7.1.1. Los espíritus vitales, naturales y animales 250
7.1.2. Las enfermedades del corazón 259
7.1.3. La circulación de la sangre 261
7.1.4. Un corazón solar 264
7.2. Los ojos y oídos 274
7.2.1. Los ojos 275
7.2.2. Los oídos 295
7.3. El estómago 300
14. Las enfermedades de la República 305
8.1. La despoblación 306
8.2. La diversidad de religión 313
8.3. La inflación y la deuda 316
8.4. La multiplicidad de las leyes 319
15. El alma de la República 322
9.1. Las enfermedades del alma 336
9.1.1. Las enfermedades del ánimo 339
9.2. Los humores de la República 343
16. Los médicos de la República 362

17. El cuerpo del rey 373
CONCLUSIONES 385
18. Conclusiones 387
REFERENCIAS 407
19. Bibliografía 409
19.1. Artículos de revista 409
19.2. Capítulos de libro y congresos 440
19.3. Monografías, ensayos y tesis doctorales 456
20. Fuentes primarias 471
20.1. Tratados políticos 471
20.2. Tratados médicos 475
20.3. Otras obras 477
21. Fondos documentales 478
22. Recursos web 479

RESUMEN

La presente tesis tiene como objetivo realizar un estudio pormenorizado del empleo de conceptos médico-anatómicos para la descripción política de la Monarquía Hispánica durante el Barroco, época equiparada tradicionalmente con una situación de crisis, por lo que el término *enfermedad* y todas sus connotaciones también se consideran. Se lleva a cabo, por tanto, un análisis de la metáfora organicista en el ámbito hispánico, atendiendo a los conceptos de *cuerpo* y *enfermedad*. De este modo, se considera que esta se modifica o altera con respecto a épocas precedentes, lo que puede deberse a un mayor desarrollo de cuestiones cientificistas y otras relacionadas con la decadencia.

En relación con la primera cuestión, se observa en algunos de los autores estudiados cómo la aplicación de esta metáfora puede estar precedida por una formación previa o, en otras palabras, que aquellos que se refirieron a la Monarquía o al Estado como un *cuerpo* estaban respaldados por conocimientos médicos. Sin embargo, esto no implica que dicha erudición estuviera vinculada con la realidad, ya que el peso del galenismo tradicional seguía siendo significativo en el contexto académico de la mayoría de estos pensadores.

Por otro lado, el hecho de que el concepto de *enfermedad* se eleve en sus obras está relacionado con la situación que atravesaba la Monarquía. De esta manera, autores como Saavedra Fajardo, Juan de Mariana, Martín González de Cellorigo, Baltasar Álamos de Barrientos o Sancho de Moncada (entre otros) contribuyeron en sus propuestas políticas al asentamiento de una idea que vinculaba el funcionamiento de la Monarquía con el de un *cuerpo* que, en el momento en el que ellos escribieron, se encontraba atravesando una *enfermedad* no tan incurable.

Finalmente, hay que destacar que esta investigación otorga especial relevancia a cómo Diego de Saavedra Fajardo empleó dicha metáfora, puesto que de la lectura de sus obras se infiere una conexión con la medicina de su tiempo.

ABSTRACT (SUMMARY)

The present thesis aims to conduct a detailed study on the employment of medico-anatomical concepts for the political description of the Hispanic Monarchy during the Baroque period, a time traditionally associated with a situation of crisis, hence the term "disease" and all its connotations are also considered. An analysis of the organicist metaphor in the Hispanic Baroque is thus carried out, focusing on the concepts of body and disease. It is posited that this metaphor undergoes modification or alteration compared to preceding eras, which may be attributable to a greater development of scientificist issues and others related to decadence.

Concerning the first issue, it is observed in some of the studied authors how the application of this metaphor might be preceded by prior training, or in other words, that those who referred to the monarchy or the State as a body were supported by medical knowledge. However, this does not imply that such erudition was linked to reality, as the weight of traditional Galenism remained significant in the academic context of most of these thinkers.

On the other hand, the fact that the concept of disease is elevated in the use of this medical discourse is related to the situation the monarchy was undergoing. In this way, authors such as Saavedra Fajardo, Juan de Mariana, Martín González de Cellorigo, Baltasar Álamos de Barrientos, and Sancho de Moncada (among others) contributed in their political proposals to the establishment of an idea that linked the functioning of the monarchy to that of a body which, at the time they were writing, was undergoing an illness that was not entirely incurable.

This research places special emphasis on how a notable author such as Diego Saavedra Fajardo employed this metaphor, as a reading of his works suggests a connection with the medicine of his time.

AGRADECIMIENTOS

Son pocos los puntos de esta tesis donde puedo hablar en primera persona. Y este es uno en donde esto resulta de lo más necesario. Agradecer es, en esencia, corresponder, y en este sentido el primero a mencionar debe ser José Javier Ruiz Ibáñez, mi tutor y director cuando empezó este proyecto y mi amigo ahora que acaba. Durante el mismo su paciencia y dedicación han sido constantes, por lo que no debería dejar de decir que sin él no habría sido posible. Otro de mis grandes mentores, y también amigo, ha sido Juan Cánovas Mulero, profesor de Historia en Totana, municipio del que también es cronista. Ha sido Juan apoyo en distintos proyectos de investigación que, creo, han llegado a buen puerto y que han sido publicados en una revista local a la que tengo mucho cariño: *Cuadernos de La Santa*. Por seguir con el apoyo académico y referentes, toca ahora referirse al profesorado que impartió su docencia durante los años en los que cursé el Grado en Historia. Especial recuerdo para profesores como Antonio Peñafiel Ramón, Francisco Javier Guillamón Álvarez, Francisco Reyes Marsilla de Pascual, Pedro María Egea Bruno, Elena Conde Guerri, Cristina Roda, María José Vilar y un sinfín de hombres y mujeres que me acompañaron durante la carrera y me enseñaron a ampliar mis horizontes académicos. Como no, tampoco debo olvidar a aquellos compañeros de estudio, especialmente a José Manuel Guevara Sánchez, María Isabel Garrido Torrano, Yumara Espinosa Carrillo, David González Sánchez y tantos otros. Personas de las que guardo buenos y especiales recuerdos. A estos también puedo añadir a otras personas, las cuales conocí durante mis estudios en Historia del Arte, también en la Universidad de Murcia: Antonio Barrancos Mesa, Antonio Lozano Fenoll, Josefina Martínez Mateo, Salvador Ros Mula, entre otros muchos.

Tampoco puedo dejar de lado a los amigos de siempre, a los del pueblo: Eloy Sánchez Lardín, Andrés Romero Arcas, Ramón Mellado González, David Carrillo Navarro, Daniel Pérez Zamora, Daniel Romera Rojo y María Inés Mellado González. Otras amistades más recientes, igualmente buenas, han sido las que he hecho en las asociaciones *Guerreros de Tudmir* y *Legio Prima*, dedicadas cada una de ellas a la recreación histórica en distintas épocas. Debo resaltar en este punto a Jacobo Aliaga Rodríguez, Eva García Millán, Eugenia Belén Miras Pérez, Ginés José Muñoz Cánovas, Fulgencio del Águila Rodríguez, Francisco Carrión Marchante y muchos otros. Para concluir este punto, debo referirme a mis compañeros y compañeras de trabajo desde que

soy profesor de Secundaria y Bachillerato. Así, mi más sincero agradecimiento al profesorado y equipo directivo de los institutos Isabel de España, Pérez Galdós, de Gran Canaria y al Instituto Santo Tomás de Aquino de Fuerteventura, mi actual lugar de trabajo. Especial mención a personas como Gema Álvarez Rodríguez , Francisco Pérez Cabrera, Patricia Martínez Baba, José Manuel Vázquez Córdoba y Carlos Emilio Martín Ramos, pero sobre todo quisiera agradecer a Beatriz Martínez López por haber leído esta tesis a modo de revisora no renumerada.

Finalmente, y por encima de todo, no he de olvidar a mi familia, que tanto ha tolerado y aguantado, y que tanto me ha apoyado. Gracias a mis tíos Andrea, Juan, y Bernardino; a mi abuela Bernardina; a mis primos y tíos paternos y maternos. Muy especial, mención a mis padres, Juan José e Isabel, y mi hermano Daniel, sin olvidar el apoyo que me brindaron mi abuela materna, María Usero Cano; mi abuelo paterno, Andrés Crespo Rodríguez y mi tío abuelo, Martín Martínez Villalba cuando aún vivían. Dedicado a todos ellos con el mayor cariño y afecto.

INTRODUCCIÓN

1. Prefacio

En diciembre de 1898, después de una guerra contra los Estados Unidos, la Monarquía se resignaba a la firma del Tratado de París, que ratificaba la pérdida de sus últimas posesiones en América y Asia. Fue esta la primera de las crisis totales que el país tendría que soportar a lo largo de un siglo todavía por inaugurar. Textos adscritos a movimientos como el regeneracionismo describían como la *enfermedad* del *cuerpo* que era el Estado había acabado por asestarle un golpe definitivo, por lo que ya no era preceptivo intentar una *cura*, sino que había que abogar por una regeneración. Este fue, quizá, el momento de la historia de España en que fue más palpable la idea de *enfermedad* asociada a la decadencia o a la crisis, pero, desde luego, no fue el único, ni tampoco el primero[1].

Anteriores fueron las valoraciones que, sobre la Monarquía Hispánica, vieron la luz a lo largo del Renacimiento y del Barroco. Estas fueron realizadas por un elenco de pensadores no pertenecientes a un grupo homogéneo que se valieron del discurso médico para la elaboración de obras de distinto calado, es decir, que incluyeron términos referentes al cuerpo humano. De este modo, dilucidar el modo en que hicieron uso de esos términos y su porqué es una de las cuestiones a tratar en el desarrollo de esta tesis. Esto es así debido a que su presencia en textos de distinta índole a lo largo de la historia se ha entendido como el uso de un recurso concreto: la metáfora organicista. A grandes rasgos, se trata de una representación simbólica con raíces en la Antigüedad Clásica, que compara al Estado, como entidad política, o la comunidad, como entidad social, con un organismo vivo, complejo y expuesto a los achaques y los desgastes de la edad. Su morfología, por otra parte, ha ido evolucionando y cambiando a lo largo de las épocas, lo que se ha manifestado en distintas facetas que se irán mencionando a lo largo de estas líneas y que se escudriñarán en el cuerpo de la tesis. En lo que respecta a su persistencia en el momento barroco, posiblemente el rasgo más característico sea el de la erudición y el empleo de la *enfermedad* como un elemento vertebrador, además de la presencia de un vocabulario anatómico desarrollado y concreto.

Más que dar una definición *a priori*, es más apropiado afirmar que la tratadística política moderna hace una invocación recurrente del discurso médico, remitiendo a él una

[1] MARTÍNEZ, 2022, pp. 15-47.

autoridad probatoria en lo que se refiere a la percepción de lo natural. Sin dejar de ser patente, esto es algo más complejo y problemático de lo que pudiera parecer, pues el mismo discurso médico estaba cambiando ante la irrupción de una nueva valoración del empirismo que vendría a cristalizar en la Revolución Científica (1543-1687)[2]. Con todo, no hay que esperar a encontrar en el ámbito hispano un cambio tan revolucionario, dado que la presencia de un organicismo, que podría ser tildado de clásico, se mantuvo durante este periodo y, de hecho, su importancia como argumento siguió siendo de primer orden. No obstante, los matices y los desplazamientos que habrían de acompañar a su declinación sí se revelan como decisivos para captar las evoluciones y las influencias en el pensamiento español.

Así pues, en el presente estudio se plantea la posibilidad de que, durante los siglos XVI y XVII, la morfología de este recurso se viera alterada por el influjo de nuevos conocimientos en el campo de la medicina, aunque el nivel y las implicaciones de dicha alteración quedan por determinar. Hay que insistir, pues, en que el organicismo no es algo exclusivo de esta época, e incluso no corresponde a esta su uso más intenso. Lo que se estudia aquí son las características, morfología y la configuración que el mismo adoptó en un periodo determinado. Es por ello que hay que estudiar las formas que adoptó en la Edad Moderna como un fenómeno concreto y distinguido del resto para captar, precisamente y a su través, los cambios sutiles en la jerarquía de saberes, reales o reivindicados, que buscaba legitimar el discurso político y moral.

Es esta una tesis de historia política que analiza el uso central como argumento probatorio de la metáfora o del símil médico[3]. Lo que se pretende con ella es profundizar en cómo se describió la Monarquía Hispánica durante los siglos XVI y XVII. En este sentido, la primera pregunta que debería hacerse es: ¿Por qué la metáfora médica para describir la Monarquía Hispánica y qué interés tiene estudiarla? Las respuestas, quizá

[2] BOUWSMA, 2001, pág. 253.

[3] Sobre el uso de la metáfora en la historia se puede consultar: FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, J. (2024). *Key Metaphors for History. Mirrors of time*. Rouledge, Londres y Nueva York. Sobre otras metáforas: RIGOTTI, F (2001) "La symbolique et la métaphore de la souveraineté dans la tradition républicaine: souveraineté du prince et souveraineté des lois/ Symbolism and Metaphor of Sovereignty in the Republican Tradition: Souvereignty of the Prince and Sovereignty of the Laws". En: Gian Mario CAZZANIGA y Yves Charles ZARKA (dir.), *Penser la souveraineté à l'époque moderne et contemporaine*. París-Pisa, 2001, Vol. I, pp. 183-198.

obvias, a esta cuestión son que, en primer lugar, los pensadores estudiados hicieron uso de esta porque les confería cierto prestigio, es decir, que en un contexto en el que el empirismo había engrandecido su valor como activo argumentativo aquellos que querían hacer valer sus propuestas no debían ignorarlo. Así, y cómo se verá en próximas líneas, los conceptos de experiencia, ciencia y otros semejantes cobraron nuevos significados e importancia en más ámbitos de los que en un primer momento cabría pensar. En este sentido, y respondiendo a la segunda parte de la cuestión, el estudio de la metáfora médica y organicista permite dilucidar el grado de contaminación argumentativa que desde una ciencia en relativa ebullición se trasladó al pensamiento español.

Sea como fuere, parece factible secundar, de entrada, la idea esgrimida por Fernández-Santamaría en su *Razón de Estado y política en el pensamiento del Barroco (1595-1640)* referente a la existencia de un enlace entre el saber médico y el político a través de la revalorización de la experiencia como medio de acceder al conocimiento[4]. Es este un término que aparece abundantemente en tratados, tanto médicos como políticos, para justificar (o legitimar) las propuestas de escritores que, entre otras cosas, pretendían ensalzar sus propias cualidades frente a quien debía leer sus textos[5]. Ello lleva a reflexionar en torno al porqué de la revalorización de este término y hasta qué punto este explica la peremnidad del organicismo y el concepto de *enfermedad* en las concepciones políticas de la Edad Moderna[6]. También lleva a plantear para quién estaban pensados estos textos, los políticos, pues unas veces iban dirigidos al rey, a la administración y sus órganos y, en fin, al gobierno y sus practicantes, pero otras muchas veces las obras estaban dirigidas a otros sectores no tan vinculados a este último.

Desde estas premisas, si la medicina se usó como fuente fue porque tenía un prestigio notable, se puede ir más allá e intentar explicar su utilidad y su significado. Para lograrlo, esta tesis intentará responder a una serie de preguntas fundamentales, a saber: ¿se alteró la metáfora organicista durante la Edad Moderna? ¿Por qué se usó la metáfora médica para describir la Monarquía Hispánica? ¿Quiénes hicieron uso de esta metáfora? ¿Por qué encontramos en esa categoría con tanta frecuencia a juristas o teólogos? ¿Hubo otros grupos? ¿Se inspiraron en la política, la medicina o en ambas? ¿Hasta qué punto

[4] FERNÁNDEZ-SANTAMARÍA, 1986, pág. 115; FERNÁNDEZ ALBALADEJO, 1992, pág. 82.

[5] ELLIOTT, 2007, pág. 61.

[6] MARAVALL, 1986, págs. 359 y siguientes.

estaba conectada esta metáfora con la cultura clásica? ¿Se perciben los avances médicos en ella o son solo artificios retóricos? Finalmente, ¿innovaron estos autores o se limitaron a continuar la tradición?

En cuanto a la primera cuestión, parece claro que la metáfora organicista experimentó variaciones significativas durante los siglos XVI y XVII. Esto no debe llevar a una afirmación rotunda que defienda que su supuesta transformación sea una consecuencia de los avances que la medicina y la anatomía experimentaron en el Renacimiento. Es decir, que la posibilidad de que estas innovaciones, sobre todo anatómicas, quedaran reflejadas en las metáforas políticas puede ser descartada a razón de la inmensa importancia que elementos del cuerpo galénico todavía conservaban en las descripciones de la Monarquía. Esto se puede deber, no obstante, a que los cambios no fueron tan radicales como la historiografía ha mostrado tradicionalmente. En cualquier caso, parece factible afirmar que los pensadores políticos modernos, en su afán por legitimar sus propuestas, utilizaran un discurso tecnificado con pretensiones de erudición, adaptando los términos médicos a sus descripciones de la decadencia del Estado. Así, es posible que la metáfora no se mantuviera estática.

El porqué de la elección de la metáfora médica para describir a la Monarquía Hispánica tiene que ver con el recurso a una estructuración científica que aportaba prestigio y autoridad a las reflexiones políticas, se sostenía sobre una tradición clásica consolidada y aportaba un aire de autoridad o, incluso, novedad. A nadie sorprendería en el siglo XVI la invocación a que el *cuerpo* del Estado, como el humano, se consideraba susceptible de contraer *enfermedades* que requerían diagnóstico y tratamiento. Esta comparación proporcionaba un marco semántico accesible y potente para explicar las complejidades y debilidades del gobierno en términos cognoscibles, además de dar una sensación de urgencia a la necesidad de reformas. Ello explica que su utilización se diversifique en los distintos estratos del pensamiento, siendo posible encontrar ejemplos de médicos que, inspirados por su propia formación y experiencia, contribuyeron a sentar las bases de un discurso político arquetípico. Esto último plantea una cuestión interesante: ¿qué llevó a los médicos a escribir sobre política? A la que se podría responder escuetamente, aunque se irá ampliando y haciendo más compleja, que los médicos, al conocer la anatomía y el funcionamiento del cuerpo humano, creyeron que podían aplicar este conocimiento al *cuerpo* político. Esto puede querer decir que, más que una imagen

metafórica del Estado como un organismo biológico, se debe de hablar de una idea certera de que se trataba de entes con un funcionamiento similar.

Entonces, si la metáfora organicista y el discurso médico eran empleados tanto por políticos como por médicos, ¿cuáles eran sus fuentes de inspiración? En esta línea la tradición clásica fue una fuente ineludible, pues autores como Platón o Aristóteles ya habían trazado paralelismos entre el cuerpo y el Estado y por ese camino siguieron los pensadores de la República Romana tardía y del Principado o Pablo de Tarso con la Iglesia y Agustín con el Mundo. No obstante, en el Renacimiento y en el Barroco, los avances médicos pudieron jugar un papel determinante en la sofisticación de esta metáfora o recurso, sobre todo gracias a figuras como Andrés Vesalio o William Harvey. La anatomía del cuerpo humano, con una renovada comprensión, pudo, y esto se corroborará o descartará a lo largo de la tesis, ser trasladada al análisis del Estado. Así, aunque se continuó con la tradición clásica, no se puede (o debe) descartar que los pensadores de estas centurias introdujeran innovaciones conceptuales que marcaron una diferencia cualitativa con respecto a épocas precedentes.

El concepto de experiencia fue crucial en este proceso, ya que, sobre todo durante el siglo XVII, esta se consideraba como una herramienta para alcanzar el conocimiento y, además, como un medio de legitimación. De este modo, tanto en los tratados médicos como en los políticos, se utilizaba la propia experiencia para justificar propuestas, intentando ensalzar la sapiencia de sus creadores frente a la de otros. En este sentido, los primeros pueden ser calificados de empíricos, en la medida en que recurrían a la observación y la práctica para fundamentar sus argumentos.

Hay que advertir, adelantando brevemente el contenido de próximos apartados, que la metodología de esta tesis se basa en un análisis heurístico apoyado a su vez en las corrientes de la historia cultural, conceptual y del pensamiento. Esta unión permite abordar el uso del discurso médico y la metáfora organicista desde tres diferentes ángulos: el simbólico, el semántico y el histórico. Así, al conectar el uso de la metáfora con las prácticas culturales y políticas de la época, se puede establecer un marco conceptual que explica cómo las concepciones políticas fueron moldeadas tanto por el saber clásico como por los avances científicos de su tiempo. La gran pregunta que subyace es si el uso de la metáfora organicista y del discurso médico en la descripción de la Monarquía Hispánica es una muestra del empirismo español moderno. La respuesta parece inclinarse hacia una

afirmación, pero con matices, pues, aunque se observa un intento de aplicar el método empírico en el análisis político, este discurso estuvo en ocasiones más centrado en la retórica que en una verdadera práctica científica. Sin embargo, el hecho de que tanto médicos como políticos emplearan la metáfora con más o menos profundidad, revela que el empirismo jugó un papel clave en la configuración del pensamiento político hispánico.

En definitiva, esta tesis busca desentrañar hasta qué punto el discurso médico y la metáfora organicista fueron recursos disponibles, útiles y prestigiados para pensar la Monarquía durante los siglos XVI y XVII. Así, a través del análisis de tratados médicos y políticos, además de diversas fuentes primarias y secundarias, se pretende ofrecer una nueva perspectiva sobre las interacciones entre la medicina y la política en un contexto de crisis percibida. Este enfoque permitirá entender, no solo cómo se describían los males de la Monarquía, sino también cómo estas representaciones reflejaban y moldeaban las estrategias de poder y control.

2. Metodología

Todas estas cuestiones pretenden hacer comprender mejor la sociedad política en la que están inmersas las fuentes estudiadas para esta tesis. Es por ello que esta se mueve en el diálogo entre la historia del pensamiento, la cultural y la conceptual. Así pues, en la misma se incide en la evolución de una doctrina como el organicismo y de los conceptos que le estaban unidos y que se movían igualmente influyendo en prácticas culturales. En esta línea, la historia conceptual tiene como objetivo el estudio de cómo ciertos conceptos han cambiado de significado y significante a lo largo de las épocas. Para ello, parte de la identificación de estos, su análisis semántico y finalmente su contextualización histórica basada en el estudio de fuentes primarias, ya que en la investigación de la historia conceptual tiene un peso importante el análisis detallado de fuentes textuales que pueden incluir tanto documentos históricos como tratados de todo tipo (filosóficos, políticos, históricos, científicos, etc.).

Un referente claro en este sentido han sido los estudios en torno a la evolución de la noción de *Estado* que se pueden encontrar en la obra de Reinhart Koselleck, *El concepto de Estado y otros ensayos* (2021). Concretamente, interesa la reciente recopilación que se ha realizado de los textos del historiador alemán, pues en esta realiza

un enfoque particular en el concepto de *Estado* y su evolución a lo largo de la Historia[7]. Se analiza aquí la evolución de este concepto desde la Edad Media hasta la Moderna, examinando cómo pasó de referirse a una situación o condición de algo (*status*) a un concepto que implica ideas como entidad política, autoridad o soberanía. Salvando las distancias, el análisis que se realiza en esta investigación de términos como los de *cuerpo* y *enfermedad* podrían enmarcarse en la historia conceptual, sobre todo por las preguntas que se plantean en torno al cómo se entendía el organicismo en la Edad Moderna en comparación con épocas precedentes, además del estudio que se realiza sobre los términos y metáforas que se utilizaban para describir la sociedad o el Estado en términos orgánicos y el cómo cambió, si es que lo hizo, el uso del organicismo en este periodo y, finalmente, la diversidad de fuentes estudiadas (tratados médicos y políticos principalmente)[8].

Por su parte, la historia cultural es utilizada por enfocarse en el estudio de formas simbólicas, prácticas, representaciones y sistemas de significados que conforman la vida de una sociedad en un periodo determinado. Las bases de la misma han sido bien definidas por Peter Burke en su obra *¿Qué es la historia cultural?* (2006). Como en el caso anterior, se puede establecer una serie de pasos no escritos para la realización de una investigación de lo cultural. En primer lugar, se debe seleccionar el objeto de estudio, que pueden ser prácticas culturales, representaciones simbólicas, mentalidades, costumbres, lenguajes o cualquier otro aspecto de la cultura. El enfoque que se establece para su estudio gira, a menudo, en función del cómo estos elementos reflejan, conforman y son conformados por la sociedad en la que existen, por lo que un segundo paso sería el basado en la contextualización histórica, es decir, el que enfatiza en aspectos socioeconómicos, políticos y religiosos y los cambios producidos en estos sentidos como algo que afecta a

[7] KOSELLEC, 2021, pág. 15 y siguientes.

[8] Un referente en este ámbito ha sido la obra de Javier Fernández Sebastián, *Historia conceptual en el Atlántico Ibérico: lenguajes, tiempos, revoluciones* (2021). Esta obra puede ser entendida como colofón de décadas de historia conceptual en España. La misma aborda temáticas coincidentes para esta tesis y también con otras que la han enriquecido. Entre otras cosas, el autor pretende brindar un estudio del uso de las metáforas políticas en el ámbito americano de la Monarquía Hispánica, que incluye también perspectivas teórico-metodológicas al respecto. En su libro explica cómo los conceptos tienen un aspecto internacional, por su capacidad de circulación y arraigo. En este sentido, cada una de las partes del libro están dedicadas a abordar cuestiones específicas que rodean a los conceptos y los imaginarios. Especialmente significativas han resultado sus valoraciones sobre la metáfora biológica (pág. 65 y siguientes), así como las imágenes políticas del cuerpo humano (pág. 146, pág. 167 y siguientes, pág. 333 y siguientes, etc.).

la cultura. Los tratados políticos estudiados, en tanto que reflejan preocupaciones que podrían ser calificadas de colectivas, podrían estudiarse desde esta perspectiva. Algo que, se ha podido realizar al abordar aspectos como las *enfermedades* de la Monarquía, es decir, los que rodean a la crisis que esta atravesaba y cómo era percibida y explicada por (o para) la sociedad.

Finalmente, la historia del pensamiento es una disciplina dedicada al estudio de las ideas, teorías y sistemas de pensamiento a lo largo del tiempo. Para ello explora cómo estos han evolucionado, se han transmitido y han influido en la sociedad. Su metodología, entonces, se caracteriza por su enfoque en los textos y en la evolución de las ideas en contextos históricos concretos. Derivada, quizá, de la historia de las ideas, se puede considerar a Arthur O. Lovejoy (1873-1962) como uno de sus primigenios precursores, sobre todo por las aportaciones vertidas en su obra *La Gran Cadena del Ser* (1936)[9]. Estas tres corrientes y formas de estudiar la historia se solapan en la presente investigación, en cualquier caso, porque esta pretende incidir tanto en la evolución de una teoría a la que estaban unidas una serie de ideas o conceptos, como en prácticas culturales que esta supuso en el ejercicio del poder, es decir, en torno a cómo este se desplegaba, además de cómo era entendido.

Por otro lado, a la hora de dialogar con la producción de la época, la historiografía ha señalado ya varios momentos y tipologías significativas. Uno de los temas estrellas para el análisis del pensamiento político es, por decirlo de un modo clásico, la tradición arbitrista[10]. Aunque esta denominación es polémica, como se verá, se puede decir que estos autores constituyeron un auténtico *totum revolutum* de textos e ideas que, guardaron algunas cuestiones en común, entre ellas la concepción organológica de la sociedad. Se pueden destacar a figuras como la de Martín González de Cellorigo, Sancho de Moncada o Pedro Fernández de Navarrete, cuyas obras se han convertido en un recurso

[9] GARCÍA-OLIVARES, 2013, pág. 2.

[10] Infinidad de publicaciones contamos hoy día enfocadas en su estudio: GIL, et al, 2004, pág. 31 y siguientes; ELLIOTT, 2016, pág. Pág. 118 y siguientes o LORENZO, 2016. Algunas monografías a tener en cuenta podrían ser las de A. Dubet (2016) o las de Gómez-Cornejo (2018) pero, en cualquier caso, no se deben olvidar las que en su día realizó Jean Vilar en obras *como L'"arbitrista" malgré lui. La vie et les écrits du Licencié Cellorigo (1565? -1630?).*

fundamental para la presente investigación[11]. Pero no estuvieron los arbitristas solos en el empeño de acabar con una crisis que era percibida o mostrada como una *enfermedad* y a ellos se pueden sumar autores que, como Saavedra Fajardo, redactaron sus propuestas en base a la experiencia que habían obtenido con el desempeño de distintos cargos de índole administrativo y diplomático. A su ciencia, entendida como experiencia, añadían su erudición, es decir, el conocimiento de la historia, quizá más la clásica que la sagrada, como cimentación[12]. Finalmente, habría que sumar a aquellos que escribían política y justificaban sus propuestas basándose en su experiencia médica, lo que hace que aparezcan otras dos preguntas. Si ya se ha adelantado la curiosidad por saber qué llevó a estos *galenos* a escribir sobre política, no es menos considerable cuestionarse hasta qué punto fueron aceptadas y respetadas sus propuestas.

Un último elemento a considerar es que este tipo de argumentación no estaba aislada, sino que, de hecho, competía con otras, para reivindicar una hegemonía en la forma de los diversos discursos. Es por eso que hay que subrayar que la religión y la política fueron términos fuertemente ligados, algo que se puede percibir muchas veces en, por ejemplo, las vinculaciones que se establecieron entre la enfermedad y el pecado[13]. Se puede decir, entonces, que la política forma parte y es expresión de la cultura, más aún en un tiempo en que la primera se vale de la ciencia para adoptar determinadas formas e intenciones que son objeto de estudio de los historiadores. No ha de extrañar que el organicismo esté conectado con la religión[14]. Conocidas son las cartas de San Pablo en este aspecto, y como estas sirvieron de inspiración para articular un organicismo aplicado a la estructura eclesiástica, política y social desde la Edad Media, cuestión que convierte a la Biblia y sus lecturas en una de las fuentes a tener en cuenta, aunque no sea esta la única a valorar en este aspecto[15]. Junto con la religión hay que considerar todos esos

[11] Para más información consultar: CALLE, 1975, pp. 35-53; HERNÁNDEZ, 1989, pp. 29-42; IGLESIAS, 2000, pp. 91-137.

[12] El estudio del concepto de *experiencia* en la obra de Saavedra Fajardo ha sido abordado por autoras como Belén Rosa de Gea en su *Res publica y poder. Saavedra Fajardo y los dilemas del mundo hispánico* (2010). En esta obra se explica, entre otras cosas, como la historia se convirtió en la modernidad hispánica como un medio de formar a los príncipes a través del ejemplo, entendido este como experiencia de segundo orden. Para más información consultar: ROSA DE GEA, 2010, pág. 29 y siguientes.

[13] LAÍN, 1955, pág. 25 y siguientes.

[14] ESTRADA, 2005, pp. 185; LANDI, 2015, pp.75-100.

[15] KANTOROWICZ, 2012, pág. 50 y siguientes.

otros saberes que, de manera directa o no, se asumían como productores de autoridad. Esto lleva a la tesis a un piélago de posibilidades que ha tenido que ser navegado eligiendo rutas y apostando por unos puntos de vista, por las visiones que se consideran más estimulantes y por los materiales disponibles.

3. Fuentes

La diversidad de fuentes utilizadas es notable, abarcando desde tratados políticos y médicos hasta crónicas, textos filosóficos y documentales, como los fondos del Archivo General de Simancas. Esta amplitud permite abordar con profundidad la interrelación entre política y medicina, y desentrañar el uso de la metáfora organicista en la concepción política de la Monarquía Hispánica durante la Edad Moderna. Se puede decir que en la redacción de esta tesis se han planteado una serie de preguntas que se han intentado responder con el apoyo de fuentes seleccionadas. Estas, por otro lado, han sido objeto de estudio por otros especialistas, quienes han brindado muchos títulos susceptibles de enriquecer nuestro propósito.

En lo que a este estudio toca, para responder a las cuestiones planteadas hay que escuchar a sus protagonistas, es decir, que acudir a las fuentes primarias es imprescindible, aunque sin olvidar el auxilio que pueden reportar las secundarias. En lo que se refiere al primer grupo, el análisis y estudio de tratados médicos y políticos ha sido fundamental. Esto es así porque esta investigación parte de la idea inicial de que es posible encontrar una erudición médica actualizada en el saber demostrado por los autores políticos del siglo XVII, es decir, en aquellos que se dedicaron a describir los *males* del *cuerpo* de la Monarquía. Es cierto que el uso de referencias organológicas para la descripción de los Estados, sus gobiernos y su administración, es algo que ha permanecido en la historia del pensamiento a lo largo de los siglos, pero no es menos cierto que durante el Siglo de Oro una parte importante de los escritores de política buscaron legitimar su posición demostrando una erudición obtenida no solo de las lecturas de las grandes obras del mundo clásico, sino también de las aportaciones al conocimiento existentes en su propia época. Esto plantea otra pregunta relacionada con los tratados de política del siglo XVII: ¿se inspiraron sus autores en el bagaje cultural clásico o es posible encontrar

reflejos de los avances médicos durante el siglo XVI?, en otras palabras: ¿continuaron estos autores con la tradición o innovaron?[16]

Pero las fuentes no son solo textos, sino más bien lo que subyace a ellos. Es por esto que, para responder a las cuestiones antedichas, hay que tener en cuenta las distintas corrientes de pensamiento existentes durante la Edad Moderna, pues de la comprensión de ellas se extrae una idea general acerca del cómo los autores, adscritos a ellas o no, podían entender el poder, además ello también podría aclarar cuáles fueron, en parte, las fuentes de inspiración de dichos autores. La primera a tener en cuenta, quizá, sería el maquiavelismo[17]. Originaria como se sabe de la polémica en torno a las relaciones entre la religión y la política o, visto de otro modo, la religión y el gobierno, habría que plantearse hasta qué punto las concepciones brindadas por el florentino fueron tenidas en cuenta por los pensadores del Siglo de Oro, que querían refutarle, seguirle en secreto o simplemente estaban de acuerdo en alguno de los puntos que él desarrolló, no necesariamente de forma novedosa. Especial significancia podría tener para la presente investigación la presencia de la experiencia como concepto en las obras de este defensor del pragmatismo político[18].

Comprender qué fue el maquiavelismo y qué supuso se convierte, pues, en un paso fundamental para entender el pensamiento de los autores aquí estudiados. Lo mismo se

[16] Para clarificar los interrogantes en torno a esa bisagra entre el pensamiento clásico y la experimentación, acudimos a las reflexiones de José Miguel Abad González en su tesis *Imago mundo. Las percepciones del Reino de Murcia del Barroco a la Ilustración* (2015). Para más información consultar: ABAD, 2015, pp. 9-16.

[17] Fundamental para su estudio ha sido la lectura de *Maquiavelismo y antimaquiavelismo en la cultura española de los siglos XVI y XVII*, proyecto *coordinado* por José Manuel Forte y Pablo López Álvarez (2008). Aquí se encuentran diferentes investigaciones que giran en torno a la cuestión de Maquiavelo y España, es decir, su repercusión en el ámbito del pensamiento político hispánico. En concreto, han interesado los capítulos referentes a Baltasar Álamos de Barrientos, Quevedo o Pedro de Ribadeneryra y la gestación del antimaquiavelismo. Para más información consultar: FORTE, 2008, pág. 167 y siguientes; FORTE, 2008, pág. 174 y siguientes; FORTE, 2008, pág. 176 y siguientes.

[18] Con respecto a esta y otras cuestiones, resulta imprescindible tener en cuenta la reciente tesis de Luís Gustavo Mandarano Cruz e Silva, Un *Dios para Maquiavelo [?]: Religión y Religiosidad en los Escritos de un Segundo Secretario de la República de Florencia (siglos XV y XVI)*. Para más información consultar: MANDARINO, 2020, pág. 11-21.

podría decir acerca de otras corrientes, como el tacitismo o el neoestoicismo[19]. Fue el primero un intento de revalorización y adaptación a su momento histórico de las ideas del historiador romano Cornelio Tácito (55-120) que estuvieron, al igual que el maquiavelismo, expuestas a la observación del Santo Oficio; mientras que el segundo nació también como una revalorización impulsada por la figura de Justo Lipsio (1547-1606), aunque de las ideas estoicas que pretendían conjugarse con el cristianismo[20].

En este sentido, el estudio de la política se ha centrado muchas veces en cómo estas doctrinas influyeron en la configuración del poder durante una de las épocas más complejas de la historia de España[21]. En primer lugar, se ha observado como las ideas del historiador romano fueron, como se verá, adaptadas y reinterpretadas a las necesidades de quien escribía, es decir, que estas fueron utilizadas como instrumento para justificar la razón de Estado o razones de Estado determinadas. En este sentido, el foco de estudio se ha centrado muchas veces en autores concretos, de entre los que no queda más remedio que resaltar a Baltasar Álamos de Barrientos, escritor de un sinfín de títulos como *Tácito español ilustrado con aforismos* (1614), y posiblemente uno de los grandes impulsores de esta doctrina política en la Monarquía Hispánica, que, quizá, perseguía con sus escritos hacer accesible las ideas del historiador romano a los pensadores españoles. No en vano, Tácito era conocido por su visión realista de la política, una visión que podría resultar de utilidad para la creación de una razón de Estado que, de forma semejante al maquiavelismo, se basaba en el pragmatismo y ciertas dosis de astucia que podrían guiar a los gobernantes en la navegación de la nave de la República[22]. Por ello, se puede decir

[19] En este caso hay que destacar las aportaciones concentradas en la obra coordinada por Pablo Badillo O'Farrel y Miguel Ángel Pastor-Pérez: *Tácito y tacitismo en España* (2013). Se trata de una obra colectiva que recoge investigaciones que han resultado de interés. Entre otras, se han usado para esta investigación las vertidas por Pablo Badillo O'Farrell en la segunda parte de la obra, por sintetizar estas alguna de las cuestiones que rodean a la razón de Estado y el tacitismo en pensadores como Saavedra Fajardo. Para más información consultar: BADILLO, 2013, pág. 81 y siguientes.

[20] En referencia al estudio del neoestoicismo hay que destacar las aportaciones que Adolfo Carrasco brinda en distintos artículos e investigaciones. Para más información consultar: CARRASCO, 2013, pp. 171-173; CARRASCO, 2019, pp. 387-418; CARRASCO, 2021, pp. 35-60.

[21]Para más información consultar: ABELLÁN, 1988, pág. 211; FERNÁNDEZ ALBALADEJO, 1992, pág. 81; SÁNCHEZ, 2015, pág. 63; CARRASCO, 2017 b, pág. 186.

[22] Otra referencia a tener en cuenta en este aspecto es la tesis de Denis Grê Ponce, *La moral y la guerra. Los cronistas de Flandes: expresión de la cultura política de la Monarquía Hispánica (siglos XVI y XVII).* Se hace en esta tesis un estudio de las corrientes de pensamiento político del siglo XVII como paso previo

que, ambos movimientos tuvieron una de sus razones de ser en la educación o guía de los príncipes.

El maquiavelismo también ha sido objeto de un exhaustivo análisis histórico que no ha estado exento de errores y repeticiones[23]. En esencia, se puede decir que el florentino ofreció a los teorizadores un conjunto de herramientas vinculadas a la visión pragmática del poder, al igual que mucho antes que él hizo Cornelio Tácito. El problema estaba en la supuesta incompatibilidad de ese pragmatismo con el papel que hasta entonces había tenido la religión en las decisiones de Estado. Es por esto que se ha extendido, desde hace ya bastantes décadas, la idea de que tanto las propuestas de uno como las de otro, sobre todo, las del otro, después de ser censuradas por el Santo Oficio, fueron seguidas en secreto, o al menos con discreción, por parte de alguno de los pensadores que han sido estudiados para la tesis[24]. Es cierto que ambos ofrecían una buena base para el desarrollo de ciertas ideas y propuestas, aunque también es cierto que no fue Maquiavelo el único en darles desarrollo. También ha sido, finalmente, el neoestoicismo valorado por su utilidad en la formación y guía de príncipes y gobernantes, aunque este enfatizó en una ética política que buscaba conciliar la razón de Estado con los valores cristianos[25]. En este sentido, los historiadores que le han dedicado tiempo y estudio han puesto de relieve cómo el pensamiento de Justo Lipsio, el filósofo tacitista más influyente del final del siglo XVI, y sus seguidores proporcionó un marco moral a los gobernantes y a los gobernados, orientándolos a la templanza, la constancia o la prudencia entre otras virtudes consideradas como esenciales para el correcto desempeño del gobierno, de la política y del Estado[26].

---

a desentrañar las características de este en los cronistas de Flandes. Las conclusiones y aportaciones vertidas en esta han resultado, en cualquier caso, de enriquecedoras y útiles. Para más información consultar: GRÊ, 2015, pp. 48-67.

[23] MANDARANO, 2020, pp. 55-75.

[24] ABELLÁN, 2014, pp. 195-218.

[25] GONZÁLEZ DE LEÓN, 2014, pp. 143-153.

[26] Los trabajos referentes al neoestoicismo han sido muchos, y sus apariciones en las publicaciones respecto a la historia del pensamiento se han ido dilatando desde el siglo pasado. Para la presente investigación se han consultado, entre otros, los trabajos de Adolfo Carrasco o Xavier Gil Pujol y con los clásicos de José Luis Abellán, José Antonio Maravall, Fernández Santamaría y muchos otros que, por la extensión del elenco que suponen, no pueden ser citados aquí. Sí, se puede decir que el primero de estos ha aportado recientes estudios que clarifican aspectos clave del neoestoicismo, como el ámbito donde este fraguó, desde

Por su parte, en los últimos años se ha vuelto a poner énfasis en la influencia de Giovanni Botero, al que se reconoce como inspirador de gran parte de los pensadores que se estudian aquí, entre otras cosas, para la creación de tratados enfocados en la educación de príncipes. En esta línea, su relevancia está directamente relacionada con el concepto de razón de Estado cristiana, que, como es sabido, hacía referencia a las acciones que los gobernantes debían emprender para preservar el poder y garantizar la estabilidad de su mandato[27]. Se trata, por decirlo así, del articulado de una teoría política que, a diferencia de Maquiavelo, incorporaba un enfoque moral católico que limitaba, no totalmente, a la acción política, de ahí su gran influencia en las concepciones que de esta se tuvieron y desarrollaron en la Monarquía Hispánica.

Por esto y todas las cuestiones esgrimidas, se puede decir que se ha seguido un método heurístico para la búsqueda de información y la extracción de conclusiones. Esto es así, en primer lugar, por la variedad de fuentes que se han seleccionado, tanto primarias como secundarias. Entre estas últimas se pueden encontrar artículos de revista, capítulos de libro, monografías y referencias web, es decir, todos aquellos textos que han sido fruto de investigaciones previas a la presente que deben tenerse en cuenta, sobre todo por lo enriquecedor que resultan algunas de las conclusiones que han proporcionado. Por su parte, en el primer grupo habría que añadir, además de lo dicho en líneas anteriores, a las consultas realizadas en los fondos del Archivo General de Simancas, utilizados para crear un perfil biográfico de alguno de los autores estudiados.

Como se sabe, el método heurístico aplicado a la investigación histórica se refiere al conjunto de técnicas utilizadas para identificar, localizar y seleccionar fuentes con el objetivo de resolver problemas y responder a preguntas realizadas por el propio historiador. El cómo se planteen estas preguntas y desde dónde es lo que puede determinar los distintos matices que configurarán definitivamente el método a aplicar. En este sentido, si se asume que la presente investigación bebe de los métodos ya planteados, es plausible afirmar que esta se centra en el estudio de las ideas y de cómo estas se desarrollan en un marco de tiempo determinado. Por eso, precisamente, la consulta de diccionarios ha sido también crucial, por considerar que estos reflejan tanto el punto de

dónde llegó y cómo y en qué forma es posible encontrarlo en las muestras del pensamiento político español. Para más información consultar: CARRASCO, 2021, pp. 44-66; CARRASCO, 2013, pp. 171-173; CARRASCO, 2012, pp. 51-66.

[27] GIL PUJOL, 2004, pp. 969-1022.

llegada como la popularización de dichas ideas. El más significativo ha sido el *Tesoro de la Lengua Castellana* de Sebastián de Covarrubias (Madrid, 1611), un diccionario publicado en una lengua vernácula, el castellano, y fuente fundamental para comprender cómo eran percibidos ciertos conceptos en la sociedad que lo vio nacer.

Importante y relevante ha sido, también, la consulta del *Diccionario castellano con las voces de ciencias y artes y sus correspondientes de las tres lenguas francesa, latina e italiana* (Madrid, 1788), de Esteban de Terreros y Pando, así como la versión más reciente del *Diccionario de la lengua española*. El motivo de la consulta de estos ha sido escudriñar la evolución de ciertos términos desde el tiempo histórico estudiado hasta el presente. Forman parte, en cualquier caso, de un todo que se ha conectado para responder a las preguntas que se han ido planteando, tal y como ya han realizado otros historiadores.

4. El organicismo como protagonista y los textos como expresión

Un asunto previo a tratar, antes de desarrollar todo lo referente al estado de la cuestión de esta tesis en concreto, es la evolución del organicismo como un recurso utilizado por clérigos y juristas a lo largo de la historia, cuestión a la que hay que unir también los progresos experimentados en el campo de la medicina, y más específicamente en la anatomía, durante el siglo XVI. No es ocioso hacerlo para no dar por supuestos elementos que se invocarán en el texto, pero no se desarrollarán. En este sentido, las concepciones que sobre el cuerpo físico del ser humano se han tenido a lo largo de las épocas también han experimentado cambios. Así, durante la Edad Media este fue considerado como algo secundario, incluso de poca importancia con respecto a otro concepto de lo más poderoso: el del alma. Ello no quiere decir que las investigaciones en torno al cuerpo estuvieran malogradas, por lo que hay que desechar la idea extendida y asentada de que durante el Medioevo no se realizaron disecciones anatómicas. Estas sí se realizaron, aunque en términos cuantitativos y cualitativos se encontraran por debajo de las que se realizarían a partir de la Edad Moderna[28].

A esto hay que añadir la prevalencia del galenismo. Se trata de una doctrina médica gestada a partir de las nociones y conclusiones legadas por Galeno de Pérgamo (129-216), que contenía errores solo suplidos a partir de las innovaciones médicas del

[28] NOGALES, 2004, texto online.

siglo XVI[29]. Esto quiere decir que, si los médicos estaban errando en la descripción del cuerpo, aquellos que se encargaron de describir el Estado a través de metáforas médicas estaban trasvasando una imagen del primero al segundo muy conectada con los errores galénicos, lo que se percibe, como se verá, en las equiparaciones entre ciertas partes del organismo humano con determinados miembros de la administración gubernamental en las descripciones políticas de tratados medievales y modernos[30]. Estas se hacían en virtud de las funciones que desempeñaban ciertos cargos en la gestión del Estado, la mayoría de las veces para justificar una posición de prevalencia o subordinación que no implicaba necesariamente una importancia menor o mayor. Es lo que se percibe, por ejemplo, en la equiparación del rey con la *cabeza* o el *corazón* del reino y los miembros del tercer estado con sus *pies*[31]. Esta es la imagen arquetípica y más extendida, pero no es la única, pues a ella se puede añadir las descripciones realizadas del *estómago* o el *hígado*, órganos considerados, junto con el *cerebro*, como rectores en el cuerpo humano[32].

En este sentido, si de verdad los teóricos políticos pretendían legitimar su posición a través de una demostración de empirismo, es factible pensar que en el desarrollo de la metáfora médica durante la Edad Moderna se percibieran las innovaciones antedichas. Por ello, se han estudiado tratados médicos alumbrados durante el siglo XVI y el XVII. Su extenso número, sin embargo, ha obligado a realizar una selección. En primer lugar, en lo que a tratados de anatomía se refiere, se ha acudido a la *Historia de la composición del cuerpo humano* de Juan Valverde de Amusco (Roma, 1555), muy influenciada por las innovaciones de Andrés Vesalio en *De humani corporis fabrica* (Basilea, 1543). Obra esta última que ha servido para indagar hasta qué punto los errores de Galeno se corrigieron después de que las disecciones humanas se normalizaran como medio de estudio y enseñanza. Escrita originariamente en latín, contamos actualmente con varias traducciones de la misma que han sido fundamentales[33]. Otra referencia, esta vez escrita en lengua vernácula, ha sido el *Libro de anatomía del hombre*

[29] MORENO, 2016, pp. 1009-1016.

[30] LE GOFF & TRUONG, 2005, pp. 96-98.

[31] LE GOFF, 1992, pp. 12-27.

[32] LE GOFF, 1992, pág. 14.

[33] De entre estas se han utilizado la realizada por Avelino Domínguez García y Florentino Fernández González (1997), que tradujeron la obra al completo, y la que Amparo Pérez Gutiérrez realizó del Prefacio de la misma (2004).

(Valladolid, 1551), de Bernardino Montaña de Monserrate, quien no se separó de los dictados galénicos en sus planteamientos, algo perceptible en la descripción de las funciones de órganos como el *corazón* o el *hígado* y en la mención de los *espíritus vitales*. Término este último al que muchos médicos no habían renunciado, ni siquiera los que, como Vesalio, pretendían innovar.

Entonces, en lo que anatomía se refiere, el peso de Galeno seguía siendo relevante, al menos en lo que se refiere a la realidad académica de la Monarquía Hispánica[34]. Más allá de esta, se encuentran tratados de nosología en los que la descripción de enfermedades puede resultar significativo. En este grupo se pueden mencionar las aportaciones de Luis de Mercado en su *Libro de las quatro enfermedades cortesanas* (Toledo, 1544); Francisco Franco, en su *Libro de las enfermedades contagiosas y de la preseruacion de ellas* (Sevilla, 1569); Luis Lobera de Ávila, en su *Remedios de cuerpos humanos y silva de experiencia* (Alcalá de Henares, 1542) o la Nueva *Filosofía de la naturaleza del hombre* (Madrid, 1588), cuya autoría se debate fue obra de Miguel u Oliva Sabuco. Cada una de estas obras se dedicó a tratar un tema social, el de las enfermedades. En este sentido, pretendían resolver cuestiones fundamentales tales como, qué es la enfermedad, de dónde viene y cómo puede curarse. Sin olvidar tampoco la cuestión de a qué puede afectar, pues se valoraba tanto las enfermedades del cuerpo como las del alma[35].

En la resolución de todas estas cuestiones, el peso de Galeno era tan notorio como en otros temas, y esto era perceptible en la referencia tanto a enfermedades físicas como del ánimo. En el primer punto se puede hacer mención de la peste, y la descripción que de ella se hace en obras como *Información y curación de la peste de Zaragoza* (Zaragoza, 1565) o el *Breve tratado de la peste* (Madrid, 1598), de Juan Tomás Porcell y Antonio Pérez respectivamente. Por su parte, la enfermedad del alma por excelencia era la melancolía, que fue analizada como tal en el *Libro de la melancholia* de Andrés Velásquez [36].

[34] LÓPEZ, 2001, pág. 401 y siguientes.

[35] GARCÍA BALLESTER, 1996, pp. 705-735.

[36] PUJANTE, 2008, pp. 401-418.

El mismo método se siguió muchas veces para las deficiencias políticas de la Monarquía Hispánica vistas como enfermedades[37]. Por ello, la lectura y análisis de tratados políticos, enmarcados en esas corrientes del pensamiento a las que se ha hecho referencia, es también fundamental. La selección de títulos en este caso iba a estar centrada en pensadores de la Edad Moderna, no obstante, el evidente influjo de la cultura clásica en estos ha llevado a la lectura de autores como Platón o Aristóteles, que a su vez llevaron a considerar a referentes del pensamiento medieval como Santo Tomás de Aquino, Egido Romano o Juan de Salisbury. Muy importante han sido *Las Partidas*, citadas reiteradamente por buena parte de los textos estudiados[38]. Y es que las consideraciones acerca del poder contenidas en esta y otras obras permanecían en el Renacimiento y el Barroco, modificándose en algunos casos. Una realidad que se percibe en prácticamente todos los ejemplos estudiados y que lleva a cuestionar si el empleo de términos médicos fue algo original de los autores de la Edad Moderna o, en su caso, si estos se limitaron a repetir tópicos que ya se habían reflejado en otros tiempos anteriores al suyo.

Para determinar si estas innovaciones médicas influyeron en las descripciones organológicas de la Monarquía Hispánica, habría que concretar cuáles fueron, cómo fueron percibidas y en qué campos tuvieron lugar. En lo que se refiere a la anatomía, el referente más afamado ha sido tradicionalmente Andrés Vesalio (1514-1654)[39]. A él se debe un enfoque de la medicina basado en la observación directa y la experiencia, término de lo más importante para comprender el nexo de unión entre la política y la medicina. Este fue uno de los primeros médicos en defender el método empírico y rechazar la autoridad galénica, lo que se manifestó en una reorganización del conocimiento anatómico del ser humano que corregía alguno de los errores del considerado maestro para muchos de los médicos de su tiempo. Sin embargo, no es menos cierto que en su obra todavía se mantuvieron algunas teorías de profunda raíz galénica. Especialmente significativa fue su defensa de la teoría de los humores, así como su creencia en los tres

[37]Algunas referencias que se pueden consultar en este sentido son: VICENTE, 2018, pp. 239-263; LUCÍA, 2018, pp. 2018.

[38] PELAEZ & SÁNCHEZ, 1983, pp. 201-393; FERNÁDEZ ALBALADEJO, 1992, pág. 81; ORTÍZ, 2012, pp. 137-164.

[39] LAÍN, 1948, pp. 85-147.

espíritus del cuerpo humano, lo que quizá le limitó en el avance en la comprensión real de los órganos.

Esto último se percibe, por ejemplo, en su descripción de las funciones del corazón, órgano que habría de esperar a la centuria siguiente para ser realmente conocido. El primer impulso a tener en cuenta en este sentido fue la obra de Miguel Servet, *Christianismi Restitutio* (Viena, 1553), que realizaba una innovadora descripción de la circulación pulmonar de la sangre más alejada del galenismo y que posiblemente sirvió de base a William Harvey para redactar su *Exercitatio Anatomica de Motu Cordis et Sanguinis in Animalibus* (Frankfurt, 1628)[40]. Esta última revolucionó la medicina al descubrir la circulación sanguínea y describir al corazón como una bomba que impulsaba esta sustancia por todo el cuerpo a través de las venas y las arterias en un circuito cerrado[41].

Las investigaciones de estos médicos no habrían llegado a buen puerto sin el barco de la experimentación, lo que ofrece una idea de la importancia que el empirismo había alcanzado en el contexto médico. En este caso se puede incidir en los cambios acerca de la generación y distribución de la sangre, pues para Galeno esta no retornaba a su punto de origen, que para él era el hígado, sino que se transformaba adquiriendo distintas características y cubriendo diferentes funciones. Dado su valor simbólico para los escritores políticos, aunque no solo para ellos, otra de las metas a alcanzar estaría en determinar hasta qué punto las metáforas del *hígado*, como productor de sangre, y el *corazón*, como uno de los encargados de su distribución, se alteraron manifestando un cambio en la descripción de sus funciones. Se trata de algo que debe hacerse para otros muchos aspectos y términos, por lo que la consulta de los diccionarios de la época ha sido fundamental.

[40] O'MALLEY, 1953, pág. 103.

[41] Las aportaciones de Harvey a la medicina han sido durante siglos objeto de estudios y ovaciones. Destacable es la publicación monográfica *La circulación de la sangre. La revolucionaria idea de William Harvey* (2012), de Thomas Wright, aunque no es la única. Para más información consultar: LASTRES, 1958, pp. 302-326; ESCOBAR, 2006, pp. 199- 205; ÁLVAREZ, 2012, pp. 788-790; ZALAQUETT, 2016, pp. 188-195; BOHÓRQUEZ, 2019, 113-129.

5. Estado de la cuestión

Como ya se ha dicho, esta investigación se mueve entre las bases de la historia del pensamiento, la cultural y la conceptual y entre dos ámbitos de estudio, la política y la medicina, que posiblemente estaban conectados. Hay trabajos sonoros en todos estos ámbitos, pero se puede recordar aquí que como antesala se empezó por los aportes que Fernández-Santamaría (1986) realizó con su investigación monográfica, pero no fue este el único en ahondar en esta cuestión[42]. A él se le pueden añadir las reflexiones que Francisco Murillo Ferrol vertió para el caso de Saavedra Fajardo[43], seguidas por las de Belén Rosa de Gea[44].

Los estudios acerca de este pensador se han articulado, de hecho, como un referente debido, entre otras cosas, al peso y la morfología que adopta el discurso médico en sus obras. No obstante, antes de tratarlo, hay que destacar que tanto él como otros lo emplearon con el propósito de, quizá, legitimar el propio, es decir, darle una estructuración científica a la política a través del prestigio que otorgaba la experiencia. Esto lleva a hablar sobre el marco científico y cultural en el que se mueven los pensadores estudiados, tratado en obras como *El otoño del renacimiento: 1550-1640* (2001), de William J. Bouwsma[45]. Definido por algunos como un compendio de historia intelectual de la Vieja Europa que pone el foco en la influencia de los avances del Renacimiento en el periodo inmediatamente posterior, a él se le podrían añadir títulos como *Experiencing Nature: The Spanish American Empire and the Early Scientific Revolution* (2006), de Antonio Barrera-Osorio[46]. Se trata este último de un estudio acerca del desarrollo del empirismo fruto de los descubrimientos naturales en América y su posterior influencia en otros ámbitos. Otro trabajo de investigación publicado con el objetivo de ahondar en la importancia del empirismo para el desarrollo científico ha sido *Matters of Exchange: Commerce, Medicine, and Science in the Dutch Golden Age* (2007). De Harold J. Cook, la obra explora la intersección entre la medicina y la política en el comercio de los Países

[42] FERNÁNDEZ-SANTAMARÍA, 1986, pág. 115.

[43] MURILLO, 1984, pág. 54 y siguientes.

[44] ROSA DE GEA, 2010, pág. 52 y siguientes.

[45] BOUWSMA, 2001, pág. 239 y siguientes.

[46] BARRERA-OSORIO, 2006, pág. 128 y siguientes.

Bajos durante el siglo XVII, destacando el papel de la experiencia en la consolidación del poder económico a través de la ciencia médica[47].

El empirismo, entendido como un conocimiento originado a través de la experiencia, se había elevado a partir del siglo XVI como medio de instrucción, formación y legitimación en prácticamente todos los ámbitos, por lo que es intratable en estas líneas. Sí se puede incidir en su importancia en la política, manifestado, como se ha dicho, en la obra de un pensador como Saavedra Fajardo. Se trata de un referente que ha ocupado buena parte de la tesis. Durante el desarrollo de la misma, la lectura de sus obras y publicaciones en torno a ellas ha sido prácticamente constante, por lo que parece lógico incidir en él cuanto antes. Así, son muchos los trabajos que le han dedicado su atención, tanto en monografías especializadas como generales. De este modo, se puede considerar la *Oracion en alabanza de las eloquentisismas obras de don Diego Saavedra Fajardo* (1725) como un primigenio estudio dedicado a las creaciones de este autor, que apareció en el marco de un renovado interés por este durante la Ilustración[48]. Interés existente también durante el siglo pasado y que se mantiene hoy día manifestado tanto en la infinidad de nuevas ediciones críticas de sus obras, como en estudios referentes a ellas, fruto del trabajo de especialistas de distintas ramas del conocimiento. En referencia al primer punto, se puede destacar la edición crítica de las *Empresas Políticas* realizada y publicada por Sagrario López (1999)[49]. En cuanto al segundo, hay que hacer mención, en primer lugar, a J.C. Dowling, autor de trabajos centrados en el pensamiento político de Saavedra Fajardo; a Manuel Fraga Iribarne, cuya obra *Don Diego de Saavedra Fajardo y la diplomacia de su época* (1998) todavía puede considerarse un referente para trazar un retrato histórico-biográfico de este personaje, y a investigaciones que, aunque más tardías, han servido para cubrir distintas cuestiones y aspectos del mismo[50].

Esto se puede decir, por ejemplo, de Francisco Javier Diez de Revenga, cuyas publicaciones se han centrado en alguna de las obras más relevantes atribuidas al

[47] COOK, 2007, pág. 133 y siguientes.

[48] MAYANS Y SICAR, 1725.

[49] LÓPEZ, 1999, pp. 11-163.

[50] Publicada originariamente en 1955, la obra fue reeditada en 1998 con motivo del 350 aniversario de la muerte de Saavedra Fajardo, siendo esta última la que se ha utilizado para la tesis.

publicista, así como a su pensamiento y desarrollo vital[51]. También se deben añadir las aportaciones de otra investigadora que ya ha sido mencionada: Belén Rosa de Gea. Doctora en filosofía por la Universidad de Murcia y especialista en pensamiento hispánico, sus estudios se han centrado en escritores como Saavedra Fajardo[52]. Por su parte, Sonia Boadas, profesora de literatura Barroca de la Universidad Autónoma de Barcelona, ha publicado estudios centrados en obras como las *Locuras de Europa* o la *Indispositione Generale della Monarchia de Spagna*[53]. En esta línea, un título como *Locuras de Europa: Diego de Saavedra Fajardo y la Guerra de los Treinta Años* (2016) se configura como una edición crítica de una obra a la que se añade una visión analítica del mundo del diplomático español. Un mundo en conflicto y quizá también en decadencia, analizado a través de la obra antedicha, que se convierte en fundamental para la configuración de una imagen de este pensador. También han abordado estos temas otros estudiosos de la cultura y literatura del Siglo de Oro, como Ignacio Arellano Ayuso[54]. Otros han abordado un estudio documental que aclara cuestiones referentes a su biografía, encontrando ejemplos en este sentido en la obra de Quintín Aldea Vaquero *España y Europa en el siglo XVII. Correspondencia de Saavedra Fajardo* (1987)[55] o en la de Tibor Monostori *Saavedra Fajardo y el mito de la diplomacia ingeniosa. Cien documentos nuevos, una vida reconsiderada* (2021)[56].

Obviamente, no ha sido Saavedra el único pensador que ha despertado interés por parte de los investigadores del siglo XVII hispánico. A este se pueden añadir un buen elenco de nombres que incluyen, por seguir con aquellos seleccionados para la tesis, a

[51] Algunas de las referencias más importantes para esta tesis han sido: DÍEZ DE REVENGA, 1969, pp. 6-09; DÍEZ DE REVENGA, 1981, pp. 51-54; DÍEZ DE REVENGA, 1984, pp. 69-74; DÍEZ DE REVENGA, 1984, pp. 101-104; DÍEZ DE REVENGA, 2019, pp. 23-27.

[52] Algunas de las referencias más importantes para esta tesis han sido: ROSA DE GEA, 2005; RODA DE GEA, 2007, pp. 187-200; ROSA DE GEA, 2008, pp. 449-472; ROSA DE GEA, 2010.

[53] Algunas de las referencias más importantes para esta tesis han sido: BOADAS, 2008, pp. 81-88; BOADAS, 2010, pp. 145-165; BOADAS, 2012, pp. 61-70; BOADAS, 2015, pp. 355-370.

[54] ARRELLANO, 2005, pp. 589-604.

[55] La obra estudió la correspondencia del murciano con personajes como el marqués de Castel y otros de mayor interés, incluso el conde duque de Olivares. Es, pues, una referencia imprescindible para entender la época que vivió el pensador, los acontecimientos que sin duda influyeron en su obra.

[56] Se incluyen en esta obra documentos referentes con la destitución y reasignación de Saavedra Fajardo en Münster, así como informes y textos autoría del murciano que dan nuevas luces acerca de su ideario y bagaje biográfico.

Juan de Mariana, Fabrique Furió Ceriol, Baltasar Álamos de Barrientos, Martín González de Cellorigo, Sancho de Moncada y Pedro Fernández de Navarrete. Como se verá, el peso de los arbitristas es notable. No obstante, antes de abordar las problemáticas que historiográficamente han rodeado a este grupo, se puede tratar acerca de otros autores que no pertenecían al mismo. Este es el caso del jesuita Juan de Mariana, del que existen infinidad de estudios biográficos o de crítica literaria. En esta línea, destacan las aportaciones de Fernando Centenera Sánchez-Seco, que se han centrado en aspectos como el tiranicidio, cuestión que ha desarrollado hasta el punto de publicar una monografía: *El tiranicidio en los escritos de Juan de Mariana* (2009)[57]. También destacan las aportaciones de Harald E. Braun concentrados en su monografía *Juan de Mariana and Early Modern Spanish Political Thought* (2007)[58]. La obra de Centenera Sánchez-Seco examina los textos de Mariana desde distintas perspectivas, explorando los fundamentos filosóficos del tiranicidio y cómo estos influyeron en acontecimientos históricos de su tiempo, alguno de los cuales fue testigo el propio autor. La obra de Braun, por su parte, explora el pensamiento político de este teólogo examinando las ideas que desarrolló y las influencias que generó, particularmente en las referentes en torno al poder monárquico y como este debía configurarse.

Otros pensadores estudiados en esta tesis también han sido objeto de investigaciones. En esta línea se encuentran trabajos específicos acerca de los conceptos políticos y el concepto de política en Fabrique Furió Ceriol[59]; los estudios acerca del reformismo de González de Cellorigo[60]; los trabajos sobre el tacitismo en Álamos de Barrientos[61]; el mercantilismo en Fernández de Navarrete[62] , y un sinfín de temas y títulos que es imposible detallar aquí. Más allá de ellos, en cualquier caso, hay que tener en cuenta que estos pensadores y sus escritos formaban parte de un todo y, por lo tanto, no es descartable que existieran conexiones entre sus obras y entre ellos mismos.

[57] Otra referencia a tener en cuenta en esta línea es: CENTENERA, 2017, pp. 207-224.

[58] Otra referencia a tener en cuenta en esta línea es: BRAUN, 2013, pp. 99- 112.

[59] HERMOSA, 2010, pp. 9-26; BLEZNICK, 1966, pp. 25-46.

[60] VILLANUEVA, 1997, pp. 63-92.

[61] SAUQUILLO, 2008, pp. 235-262.

[62] MÁRQUEZ, 1941, pp. 341-376.

Demostradas han sido, por ejemplo, las que hubo entre la política de Saavedra Fajardo y las propuestas de Juan de Mariana[63].

Más interesantes pueden resultar, si cabe, las investigaciones en torno al arbitrismo y los arbitristas. Incontables son las referencias a incluir, pues su presencia en obras sobre la cultura política del Barroco es reiterada. Intensa ha sido la discusión historiográfica en torno a si estos pueden ser considerados como un grupo homogéneo de pensadores, tal y como defienden autores como Abellán[64]. Más reacia a esta idea ha sido Anne Dubet, quien ha realizado estudios donde se analiza la acción política y las propuestas de estos, centrándose en el reinado de Felipe III[65]. También destacan los estudios de otros autores que, en general, enfatizan tanto los temas que les preocupaban como las complejas reacciones que suscitaban sus propuestas[66].

La vida y la obra de los pensadores de la Edad Moderna dan, como se ve, para mucho, por lo que conocer el contexto histórico en el que se mueven los textos estudiados en la tesis, y por supuesto sus creadores, se configura como un paso fundamental. Para el caso de Saavedra Fajardo han sido fundamentales las aportaciones de José María Jover Zamora y su *1635: historia de una polémica y semblanza de una generación* (1949)[67]. En esta obra se atribuyó al murciano la autoría del conocido opúsculo *Respuesta al manifiesto de Francia*, estableciendo también la existencia de una generación de pensadores que el autor enmarca entre los años 1630 y 1680 y que se caracterizó por vivencias relacionadas con las crisis económicas y políticas que vivía Castilla[68]. Esta generación forma, aunque no únicamente, parte indispensable de la presente investigación. Su interés, más allá de su marco cronológico, está también en cómo percibieron la crisis y, en este caso, la importancia que en las explicaciones de la misma tuvo el reino de Castilla. Esto lleva a recuperar la cuestión que se hizo atrás sobre la imagen que los autores estudiados tenían acerca de la Monarquía Hispánica: ¿era un conglomerado de reinos iguales o era uno en el que uno debía prevalecer? Parece que esta última es la opción más factible. En

[63] FERNÁNDEZ, 2018, pp. 29-43.

[64] ABELLÁN, 1988, pág. 312 y siguientes.

[65] DUBET, 2003, pp. 1-14.

[66] GUTIÉRREZ, 1986, pp. 235-354; GÓMEZ-CORNEJO, 2018, pp. 17-27.

[67] La obra fue reeditada por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas en el 2003, siendo esta la edición que se ha usado para la tesis.

[68] JOVER, 2003, pág. 441.

referencia, pues, a la configuración y morfología de la Monarquía Hispánica, también se pueden mencionar algunos estudios y autores. Especialmente relevantes nos parecen los de Xavier Gil Pujol[69].

No menos importante es reflexionar en torno a la decadencia como concepto y sus implosiones[70]. No exento de polémica, este término está inmerso en diversos debates tratados por investigadores como Miguel Ángel Ochoa Brun, que ha reflexionado sobre su aplicación historiográfica respecto al reinado de Carlos II[71]. Por su parte, Henry Kamen propone el término de *dependencia* en lugar de *decadencia*, justificando su propuesta en cuestiones económicas[72]. Para este autor, el término en cuestión se explica por el escaso desarrollo de la industria, el poco aprovechamiento de los recursos naturales disponibles y la prevalencia de sectores productivos que, como el lanero, no se estaban adaptando a los cambios económicos del momento. Configuraría todo ello un equilibrio débil caracterizado por una inmensa desigualdad entre las distintas regiones de la Monarquía, manifestado, por ejemplo, en la concentración de población en Castilla en un contexto de crisis demográfica.

Algunos autores hablan abiertamente de decadencia para referirse a los reinados de Felipe III, Felipe IV y Carlos II[73]. Los antecedentes de este periodo se sitúan en el reinado de Felipe II e incluso antes, pues otras investigaciones han señalado el reinado de los Reyes Católicos, lo que resulta paradójico si se tiene en cuenta que para buena parte de los pensadores de la Edad Moderna estos dos reinados fueron considerados como una época de esplendor a la que se pretendía volver, tal y como ya demostró el prestigioso historiador británico John Elliott[74]. De hecho, los síntomas y causas de las que advertían, por ejemplo, los arbitristas, coinciden con muchas de las peculiaridades que han llevado a muchos de estos historiadores a hablar de decadencia. Es por eso que hay que resaltar los estudios realizados por Earl J. Hamilton sobre los aspectos económicos que rodearon a la situación de la Monarquía Hispánica durante el siglo XVII[75]. Su obra más influyente

[69] GIL PUJOL, 1997, pp. 65-95; GIL PUJOL, 2012, pp. 69-97.

[70] STORRS, 2013, pág. 29 y siguientes.

[71] OCHOA, 2006, pp. 398-400.

[72] KAMEN, 1985, pp. 4-11.

[73] ABELLÁN, 1988, pág. 21 y siguientes.

[74] ELLIOTT, 2007, pág. 312.

[75] HAMILTON, 2000, pp. 23-150.

en este aspecto ha sido definida como imprescindible para comprender y conocer el proceso inflacionario comenzado en Castilla y extendido posteriormente por toda Europa durante el siglo XVII[76].

Por todo lo dicho, se puede decir que las características económicas y sociales del siglo XVII pudieron influir, y de hecho influyeron, en las concepciones políticas acerca de la Monarquía. Derivada de una situación mejorable, por decirlo así, estuvo la exponenciación del concepto de *enfermedad* en los tratados políticos del Barroco. Sin entrar todavía en materia, se puede decir que no han sido pocas las publicaciones dedicadas a un estudio de este concepto en este periodo, es más, el estudio del mismo se ha extrapolado a todas las épocas de la historia, configurándose como un tema estudiado en sus diversas vertientes. Su presencia, por otro lado, se vincula a la del *cuerpo*, por lo que en lo que al Barroco se refiere, la mayor parte de los estudios giran al cómo se configuraron ambos conceptos. En este sentido, Maravall explica cómo los protagonistas de esta época pudieron tener una imagen asociada a la decadencia que se manifestaba en una inquietud general que parecía entender la caída de la Monarquía como algo inevitable[77]. Esta idea ha sido posteriormente desarrollada por investigadores como Elliott, quien emplea el término *disección* para explicar el propósito y método de pensadores que, como Saavedra Fajardo, se dispusieron a realizar un estudio anatómico del *cuerpo* de la Monarquía y sus *enfermedades* que influiría mucho en épocas posteriores y que ayudó a configurar la imagen del Barroco español como un periodo asociado a la crisis y la *enfermedad*[78].

En lo que toca a los estudios en torno a este concepto, se puede mencionar, en primer lugar, la obra de Michel Foucault, *Historia de la locura en la época clásica*, donde se examina cómo ha evolucionado la percepción de la locura desde la Edad Media hasta tiempos modernos[79]. A este se podría añadir la obra de Marcel Sendrail *Historia cultural de la enfermedad*. Esta obra explora cómo las enfermedades han influido y modelado las culturas a través de un enfoque multidisciplinario, analizando, entre otras cosas, el impacto de patologías no solo en el ámbito de la medicina, sino también en la religión, la

[76] HERNÁN-PÉREZ, 2014, pp. 13-49.

[77] MARAVALL, 1986, pág. 63 y siguientes

[78] ELLIOTT, 2007, pág. 273.

[79] FOUCAULT, 2016, pp. 462-530.

filosofía y la sociedad[80]. En una línea parecida se mueven las reflexiones de Susan Sontag en *La enfermedad y sus metáforas. El sida y sus metáforas*. Esta publicación es fruto de la unión de dos investigaciones diferentes que vieron la luz en 1978 y 1989. De especial significancia ha sido la primera por contener reflexiones acerca de la utilización de este concepto en las obras de autores como Tomas Hobbes[81]. En esta línea también destacan artículos científicos como la *Historia cultural de la enfermedad*, de Leonardo Viniegra-Velázquez. En el mismo, el autor explica cómo el concepto ha sido entendido desde tres perspectivas diferentes: la ontológica, la fisiológica y la patológica. Especialmente interesantes resultan sus reflexiones en torno al mecanicismo, que define como una visión heredada del cartesianismo que equipara al organismo con una máquina y sus enfermedades con fallos mecánicos[82].Y es que las referencias al *cuerpo* y la *enfermedad* no estaban solas, pues convivían con elementos de este tipo, algo que ha sido analizado por investigadores como Xavier Gil Pujol[83].

En esta línea hay que destacar también las aportaciones de los estudiosos de la historia de la medicina. Un referente en este ámbito, Pedro Laín Entralgo, reflexionó acerca de la concepción de la enfermedad en *Mysterium Doloris. Hacía una teología cristiana de la enfermedad* (1955). En esta obra el autor examina cuestiones como el estado ontológico de la enfermedad, es decir, en que consiste *estar enfermo* desde el punto de vista de la teología cristiana. En este sentido, destaca como la enfermedad es vista, desde esta perspectiva, como dos maneras: una metafórica que convierte a Cristo en *médico* que sana el alma del pecador y otra, más literal, que involucra al Hijo de Dios en la sanación de enfermedades físicas. De este modo, una cuestión que intenta resolver es el origen de la enfermedad y su vinculación con el pecado. También examina la actitud cristiana ante las dolencias que, según concluye el autor, se convierte en una oportunidad de martirio que dé testimonio de fe. Es por esto que, bajo su perspectiva, la concepción de la *enfermedad* desde el punto de vista de la teología cristiana adquiere una triple

[80] Especialmente interesante resulta el capítulo 7, *El imperio y su destino mórbido,* por incluir referencias al cómo se percibía la enfermedad en la Antigüedad Clásica. Para más información consultar: SENDRAIL, 1983, pp. 143-170.

[81] SONTANG, 2003, pág. 105 y siguientes.

[82] VINIEGRA-VELAZQUEZ, 2008, pág. 527-544.

[83] GIL PUJOL, 2016, pág. 38 y siguientes.

dimensión: la física, la psicológica y la espiritual. Algo que, como se verá, se percibe en las fuentes que se han estudiado[84].

Por lo que se refiere a los estudios sobre *enfermedad* en el siglo XVII, hay que decir que su presencia como recurso supuestamente metafórico es bastante reiterado en obras políticas, aunque también es posible encontrarlo en otros ámbitos como la tratadística militar o la literatura. De este modo, este concepto viaja del discurso médico con distintos destinos para cubrir diferentes fines. En lo que a esta investigación incumbe, se puede hablar, de nuevo, de su uso reiterado por parte de los arbitristas y otros autores preocupados por temas políticos. Estos hacían uso de conceptos como *melancolía* para hacer referencia a la situación atravesada por la Monarquía. A este respecto se pueden citar los distintos trabajos que Roger Bartra ha publicado tratando este aspecto desde el punto de vista de la antropología social[85]. Hay que destacar, además, los trabajos que se han publicado en torno al concepto de *melancolía hispánica*, pues, como se verá en el cuerpo de la tesis, la crisis hispánica llegó hasta el punto de que muchos de sus teóricos llegaron a creer que estaba enferma debido al propio temperamento de sus habitantes[86].

Siguiendo esta línea, para la Edad Moderna quizá la expresión más sonora de esa *enfermedad* fue la pérdida de la hegemonía española en Europa acaecida a partir de hechos como la separación de Portugal del resto de la Monarquía (1640) o la firma de los tratados de Westfalia (1648) y los Pirineos (1659). Estos acontecimientos se podrían considerar como una contundente manifestación de que el *cuerpo* político de la hasta entonces potencia de primer orden había caído en la declinación. Por ello, conocer los hechos históricos en profundidad es fundamental como paso previo a la comprensión de estas consideraciones. A este respecto, no son pocas las publicaciones, monografías e investigaciones que se han publicado en las últimas décadas y que se siguen produciendo a día de hoy[87]. Cada una de estas ha ayudado a comprender los hechos que rodearon a la

[84] LAÍN, 1955, pág. 25 y siguientes.

[85] Especialmente relevante para la tesis ha sido *Cultura y melancolía. Las enfermedades del alma en la España del Siglo de Oro* (2021), donde realiza un estudio sobre la percepción cultural y médica de esta enfermedad que también tuvo su manifestación en los tratados de política.

[86] PUJANTE, 2008, pp. 401-418; SOSA, 2019, pp. 41-53.

[87] Una de las referencias a destacar en este sentido es *La España del Siglo de Oro*, de Bartolomé Bennassar. Publicada en su primera edición en 1982 y reeditada por última vez en el año 2016, en ella se contienen cuestiones de evidente significancia para esta investigación, desde el análisis de la realidad económica y

Monarquía Hispánica en su ascenso y declive. Antes de este, manifestado quizá en esa pérdida de hegemonía a la que se ha hecho referencia, hubo muchos autores que advirtieron sobre la situación y su posible final trágico[88].

Pero, además de las obras que tratan este tema en específico, existen otras donde se integra como la parte de un todo, esta es, la cultura. Este es el caso de alguna de las monografías publicadas por Fernando Rodríguez de la Flor, destacado estudioso de la cultura y el pensamiento Barroco hispánico que ha trabajado profundamente acerca de las metáforas en este ámbito, abordando cómo esta época se caracterizó por una visión del mundo compleja y fuertemente marcada por elementos como la teatralidad. También ha trabajado este autor en torno a conceptos como el de *cuerpo* desde una dimensión política y espiritual, incluyendo reflexiones referentes a sus *enfermedades*[89]. En un ámbito similar se mueven los estudios de Javier Fernández Sebastián, profesor e investigador de la Facultad de Ciencias Sociales del País Vasco, quien ha aportado recientes consideraciones acerca del valor de la metáfora en la historia como motor de compresión de "significados ignorados"[90]. En la misma línea se mueve este autor en su última publicación: resaltar el poder de la metáfora como recurso empleado a lo largo de la historia, así como su relevancia para comprender la sociedad, la cultura y el pensamiento del pasado[91].

De este modo, tan relevantes han sido los estudios centrados en la *enfermedad*, como aquellos que se enfocan en el *cuerpo*[92]. No obstante, dada la importancia que tuvo

social de la Monarquía a las manifestaciones culturales que con esta se vincula. También han sido de frecuentemente consultadas las aportaciones del historiador británico John Elliott. Entre muchas se puede destacar *España y su mundo* (2007), por incluir cuestiones referentes al análisis del pensamiento político hispánico, resaltando, entre otras cuestiones, la relevancia de los arbitristas en este contexto. Tampoco se han de olvidar trabajos de Geoffrey Parker como *Historia de Europa. Europa en crisis 1598-1648* (2017) y de otros muchos investigadores de todos los ámbitos que han contribuido, sin duda, a fortalecer el armazón historiográfico y teórico de la presente tesis.

[88] LUCÍA, 2018, pág. 26.

[89] RODRÍGUEZ DE LA FLOR, 2012, pp. 225-252.

[90] FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, 2015, pág. 37.

[91] FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, 2024, pág. 1-18.

[92] Entre las publicaciones destacan *Historia del cuerpo*, de Georges Vigarello (2005); *En torno al cuerpo. Anatomías, defensas, fantasmas* (2022), de Víctor I. Stoichita; *Los dos cuerpos del rey. Un estudio de política medieval* (2018), de Ernst Kantorowicz (2018); *Una historia del cuerpo en la Edad Media* (2005),

la realidad científica en la época de los pensadores estudiados, es también necesario acudir a las investigaciones que, sobre medicina y los médicos de la Edad Moderna, se han realizado hasta ahora. De este modo, como se ha dicho, el galenismo seguía teniendo una posición cardinal en las concepciones médicas durante la época estudiada, por lo que comprender qué era la enfermedad desde la perspectiva de esta doctrina y cómo podía curarse es fundamental[93]. Pero quizá sea más importante centrar el foco en autores y realidades más próximas al Siglo de Oro, teniendo en este sentido incontables publicaciones y temas tratados[94]. Todas ellas, en definitiva, contribuyen a formar el armazón ideal para sostener nuestra tesis.

6. Estructura

La presente tesis se ha dividido en tres partes diferenciadas. La primera de ellas se ha centrado en cubrir cuestiones referentes a la historia de la medicina y, especialmente, a su situación en la Edad Moderna, aunque no únicamente en esta época. De hecho, esta primera parte comienza con una muy breve reseña histórica acerca del método médico-anatómico que, efectivamente, concluye en tiempos modernos. Además de eso, se incluyen referencias a la cirugía como algo separado de la medicina, pues, en efecto, fue una esfera diferenciada de la primera por, entre otras cuestiones, la escasa formación que a veces encontramos en sus referentes. En cualquier caso, para el estudio de ambas se ha

---

de Jacques Le Goff y Nicolás Truong; así como importantes obras colectivas, como la coordinada por Ramona Nadaff, Nadiea Tazi y Michel Feher, *Fragmentos para una historia del cuerpo humano* (1992), o la coordinada por María Bolaños Atienza, *La invención del cuerpo* (2018). Cada uno de estos títulos ha tratado la cuestión desde distintas perspectivas (historia del derecho, antropología social, historia del arte, etc.). Para más información consultar: GELIS, 2005, pp. 27-111; VIGARRELLO, 2005, pp. 373-394; STOICHITA, 2018, pp. 34-55; STOICHITA, 2022; COLOMBETTI, 2011, pp. 9-25; KANTOROWICZ, 2018; GREER, 2006, pp. 181-202.

[93] GARCÍA BALLESTER, 1972, pág. 31 y siguientes.

[94] Siguiendo esta línea, José Miguel Hernández Mansilla ha aportado nuevos datos acerca de la situación de la anatomía en la Monarquía Hispánica en su *Juan Valverde de Amusco y la anatomía del renacimiento hispanoitaliano* (2020). Obra que se centra en algunos aspectos del anatomista postvesaliano sin renunciar a otros que se une a investigaciones previas de Moreno Egea (2016) y Fernández Rodríguez (2018), entre otros. Estudios importantes que ponen el foco en un personaje o referente determinado que conviven con estudios generales sobre la medicina o la anatomía que han sido desarrollados por distintos autores. Para más información consultar: MANSILLA, 2020; MORENO EGEA, 2016, pp. 1009-1016; FERNÁNDEZ, 2018, pp. 1-55.

acudido a la lectura y análisis de grandes referentes de todo tipo, comenzando, como se ha adelantado en apartados anteriores, por la consulta de las definiciones que, sobre estos términos, se pueden encontrar en diccionarios como el *Tesoro* de Covarrubias, continuando esta línea por la consulta de obras médico-filosóficas, amparadas siempre por la crítica exhaustiva de grandes investigadores.

De este modo, el objetivo que se pretendía cubrir con la inclusión de estas cuestiones es claro: situarnos en un marco teórico definido o, en otras palabras, establecer en qué punto se encontraban nuestros conocimientos para poder trazar un camino investigador al tiempo que introducíamos al lector en cuestiones que, quizá, no le resultan demasiado familiares. En esencia, lo que se pretendía era ubicar conceptualmente la presente investigación.

Esta, no obstante, no es una investigación sobre historia de la ciencia, sino una que pretende desentrañar como esta influye en otros ámbitos, especialmente el pensamiento político español moderno, a través del estudio de la metáfora organicista y su evolución a lo largo de la historia. Suponiendo, además, que, en el Barroco, esta experimentara cambios o metamorfosis imbuida por el espíritu científico-experimentador de la centuria precedente. Es por eso que la inclusión de otras breves notas sobre la historia del organicismo desde la Antigüedad hasta la Modernidad (ámbito cronológico en el que se centra nuestra pesquisa) también ha sido considerado como imprescindible.

Es evidente, entonces, que dos términos vertebradores en todo nuestro texto van a ser el de *cuerpo* y enfermedad. Se trata de dos elementos conceptuales que, como se ha dicho, pueden ser objeto de un análisis, más o menos exhaustivo, acerca de sus significados y significaciones a lo largo de las distintas etapas de la historia. A ellos, además, se han ido uniendo distintas metaforizaciones que han perseguido fines no tan distintos. Estas se pueden encontrar en las principales corrientes del pensamiento de la Edad Moderna, que también hicieron uso de la metáfora organicista y, unido a él, de un discurso médico aplicado al análisis político. Por ello, las últimas líneas de esta primera parte titulada *Anatomía, medicina y política* se han dedicado a establecer las características básicas del arbitrismo, el maquiavelismo, el tacitismo y el neoestoicismo.

Se enlaza así con una segunda parte, centrada precisamente en los dos conceptos vertebradores a los que se ha hecho referencia y titulada, en consecuencia, como *Cuerpo y enfermedad*. Esta, a su vez, se divide en dos grandes apartados: *Políticos que escriben*

medicina y *Médicos que escriben política*. Esta articulación fue valorada como adecuada teniendo en cuenta circunstancias mencionadas anteriormente. En este sentido, se realiza aquí un análisis de las obras más representativas de pensadores de lo político, como Fabrique Furió Ceriol, Juan de Mariana, Baltasar Álamos de Barrientos, Martín González de Cellorigo, Sancho de Moncada y Pedro Fernández de Navarrete; a las que se unen también las aportaciones de médicos y doctores como Antonio Pérez y Cristóbal Pérez de Herrera. Nótese el peso especial que, dentro del primer ámbito, tenían los arbitristas, los clérigos y los juristas. Todos y cada uno de ellos fueron hacedores de un discurso médico aplicado a la política que, como se verá, tenía fines legitimadores.

De entre todos los representantes del pensamiento político español moderno, muchos de los cuales no han sido incluidos ni mencionados en la presente investigación, cobró, durante el desarrollo de la misma, especial importancia la obra y figura de don Diego de Saavedra Fajardo (1584-1648). Las continuas menciones y referencias que se encontraban en las consultas a fuentes secundarias llevaron a encontrar algunos vacíos que dirigieron nuestra mirada a este escritor y diplomático murciano. En esta línea, la inclusión de una tercera parte, que contuviera un análisis de sus obras desde el punto de vista del organicismo y el uso del discurso médico, acabó por convertirse en una parte fundamental de la tesis. Sobre todo, por considerarlo un exponente significativo de su época al condensar muchas de las circunstancias y recursos que rodeaban al resto de autores estudiados. Por todo esto, esta tercera parte, titulada *Ecos médicos en Saavedra Fajardo*, la más extensa de la tesis, incluye un pequeño análisis de sus obras más significativas previo al desarrollo de un diálogo entre estas y las corrientes del pensamiento vigentes en su época, a saber: el maquiavelismo, el neoestoicismo y el tacitismo, sin obviar tampoco posibles sinergias con la tradición arbitrista.

Posterior a eso, y como se hizo de forma más general en la segunda parte, se realiza una verificación del uso del *cuerpo* y *enfermedad* en Saavedra Fajardo. Se atiende especialmente a sus concepciones sobre las funciones organológicas de las partes rectoras del cuerpo humano para dilucidar hasta qué punto las innovaciones médicas del siglo XVI habían influido en las concepciones que sobre estas tenía este pensador. Esto último lleva, además, a valorar otro tipo de metáforas o figuras vinculadas con el uso del discurso médico y el organicismo: la del *microcosmos* y el *macrocosmos*. Y es que, para Fajardo y otros, el cuerpo humano no era sino un pequeño universo caracterizado por la

jerarquización de sus distintas partes. Así, en sus obras es posible encontrar figuraciones astronómicas que parecen reflejar la realidad científica de su época.

En lo que al concepto de *enfermedad* se refiere, menciona y describe enfermedades concretas del Estado que equipara con algunas dolencias del cuerpo humano, por lo que ha sido necesario incluir un apartado que concrete esta circunstancia. Por otra parte, tan importante era el concepto de *cuerpo* como el del *alma*¸ razón por la cual valorar qué era esta última y cómo se describía por parte de este referente del pensamiento español ha sido objeto también de un apartado específico. Se trataba, a grandes rasgos, de un ente que también era susceptible a enfermar, como lo era el *cuerpo.* Este último, además, fue valorado no solo desde el punto de vista político, sino también desde uno más figurado. En este sentido, los estudios acerca de la naturaleza mixta del cuerpo del rey también son aplicables, como lo han sido para otros pensadores, al caso de Saavedra Fajardo.

Son todas estas unas cuestiones que se encuentran unidas en dicho autor, pero que no son exclusivas de él mismo. La unión de todas ellas, en cualquier caso, pretende dar lugar a una investigación unificada y materializada en la presente tesis, con la que se pretende, sobre todo, realizar un estudio exhaustivo acerca de cómo influenció el paradigma científico del siglo XVI y la renovación del concepto de experiencia en todas ellas y su materialización en un discurso político con intereses renovados y morfologías específicas, ya en la centuria siguiente. Una etapa que, además, tuvo unas características propias, que sin duda también fueron determinantes a la hora de configurar un discurso en donde los conceptos de *cuerpo* y *enfermedad* adquieren una presencia destacada. El primero, según se sostendrá y defenderá a lo largo de todo el texto, se explica por un interés recuperado por la anatomía y la medicina, mientras que el segundo, vinculado a esta circunstancia, se explica también por la situación de crisis (que pudo ser global y local) que caracterizó al siglo XVII. Esta tesis se espera contribuirá a la comprensión de cómo y con qué categorías se articularon los discursos políticos de un mundo en cuestión, y, al hacerlo, permitirá pensar los límites, las posibilidades, los experimentos, los aportes y las dudas de un pensamiento vivo que, desde cada uno de sus protagonistas, definió su propio mundo.

PRIMERA PARTE: ANATOMÍA, MEDICINA Y POLÍTICA

7. Notas para una historia de la anatomía

Un primer paso a la hora de establecer qué es la *anatomía* y qué representa para esta pesquisa está en la definición histórica y actual de este concepto, y también la de aquellos que con él estén relacionados. Hay que acudir, por tanto y, en primer lugar, al *Tesoro de la Lengua Castellana* de Sebastián de Covarrubias (Madrid, 1611) y, para comprobar la evolución histórica de los términos tratados, también al *Diccionario castellano con las voces de ciencias y artes y sus correspondientes de las tres lenguas francesa, latina e italiana* (Madrid, 1788), de Esteban de Terreros y Pando y, finalmente, al *Diccionario de la lengua española* en su versión digital. En este sentido, en el *Tesoro de la Lengua Castellana se* define anatomía de la manera que sigue:

> "descarnadura y abertura que se haze de vn cuerpo humano para considerar sus partes interiores, y su compostura, cosa necesarisima a los Medicos y Cirujanos: y asi en las vniversidades ay catredas desta facultad y se executa algunas vezes en los cuerpos de los ajusticiados, y otras en los que mueren en los hospitales, y en algunas otras personas particulares: y en su lugar se suele hazer de vna mona, y de vn puerco, para lo que es lo interior del coraçon, asadura, y tripas"[95].

Por su parte, el *Diccionario castellano con las voces de ciencias y artes* ofrece una visión de la misma como una "ciencia, arte, y conocimiento de las partes del cuerpo humano, o de algún animal, en orden a su disección, y curativa"[96]. En el mismo diccionario se establece, además, una breve historia de esta ciencia, donde se narra cómo la misma cayó en desuso hasta que fue recuperada en el siglo XVI:

> "Los más celebres Medicos de la antigüedad miraron á la anatomía como la parte más importante de la Medicina: con todo esso se abandonó por muchos siglos, hasta que el diez y seis se volvió a restablecer. La disección del cuerpo humano se miraba como sacrilegio, y Carlos V consultó sobre este punto á los Teologos de Salamanca: y ya se sabe que no es delito para dár la salud a los vivos, disecar un cuerpo humano muerto"[97].

Interesante resulta la ampliación de esta definición al establecer que "también se dice anatomía figuradamente el examen de alguna cosa"[98]. En esta línea, una descripción contemporánea del término en cuestión es la que se encuentra en la última edición digital

[95] COVARRUBIAS, 1611, pág. 68.

[96] TERREROS, 1788, pág. 102.

[97] TERREROS, 1788, pág. 102.

[98] TERREROS, 1788, pág. 102.

del *Diccionario de la lengua española* que, en su primera acepción, dice sobre la anatomía que es la "ciencia que estudia la estructura y forma de los seres vivos y las diversas partes que lo constituyen" y, en su cuarta acepción, la define como un "análisis o examen minucioso de algo"[99]. De este modo, la mayoría de las enunciaciones expuestas hablan tanto del uso de la anatomía para la descripción y curación del cuerpo humano como su aplicación en la descripción de otros elementos, entre los que se encuentra implícitamente la política, el Estado y otros conceptos de interés. Es importante también recalcar la importancia de la analogía que, aplicada al saber anatómico, se basa en la disección de animales en búsqueda de semejanzas con el cuerpo humano y a la que se refiere Terreros como "relación, proporción, conveniencia, o semejanza con otra cosa"[100].

Relacionada con la anatomía, también se puede citar a la fisiología, presente tanto en el *Tesoro de la Lengua Castellana* como en el *Diccionario castellano con las voces de ciencias y artes*. Otro término de importancia en este apartado es el de cirugía, de esta llama la atención su no aparición en el *Tesoro de la Lengua Castellana* donde, por el contrario, sí se encuentra definición de cirujano como el "médico que cura de heridas o llagas"[101]. Por el contrario, el *Diccionario castellano con las voces de ciencias y artes* sí la define como una "parte de la medicina"[102], hecho que puede estar indicando la evolución de la práctica quirúrgica desde una situación de marginación, en la que era practicada por barberos iletrados o no formados académicamente, hasta una profesionalización en la que los médicos decidieron tomar parte de primera mano en el tratamiento de las enfermedades del cuerpo humano, fenómeno bien visible en la segunda mitad del siglo XVI. El concepto de fisiología, por el contrario, se puede encontrar en ambos diccionarios como una parte de la medicina vinculada a la anatomía. Estos conceptos, en cualquier caso, podrían concentrarse en uno solo: disección humana. Y es que la exploración del interior del cuerpo humano, esto es, el microcosmos fue objeto de un acalorado debate por parte de médicos, teólogos y otros pensadores en los primeros tiempos de la Edad Moderna.

[99] dle.rae.es/anatom%C3%ADa (última consulta: 24/08/2024)

[100] TERREROS, 1788, pág. 101.

[101] COVARRUBIAS, 1611, pág. 286.

[102] TERREROS, 1788, pág. 437.

En este sentido, la base documental de la presente tesis, tal y como se ha aclarado en apartados precedentes, se encuentra diversificada en fuentes de distinta naturaleza. En primer lugar, destacan los tratados médicos que enmarcados en un contexto cultural turbulento muestran una clara intención de ruptura, no satisfecha en muchos casos, con la tradición escolástica y medieval. De este modo, antes de desarrollar las cuestiones referentes a la innovación médica y anatómica en la centuria del quinientos, es preciso esclarecer en qué situación se encontraban estas en épocas precedentes. Especialmente interesante resulta la cuestión de si se realizaban disecciones anatómicas antes del siglo XVI y, de ser afirmativa la respuesta, habría que determinar también cómo y por qué se llevaron a cabo.

1.1. Antigüedad y Medioevo

Abarcar un estudio histórico de la anatomía y su evolución a lo largo de la historia no es algo que tenga cabida aquí. No obstante, sí parece útil destacar y explicar el porqué de esa supuesta relegación durante gran parte de la historia. De este modo, el origen de esta situación se puede situar en el empleo de analogías, es decir, la utilización de animales en lugar de cuerpos humanos para la investigación anatómica. Importante en esta línea fue la figura de Galeno de Pérgamo (130-200), quien fue consciente de la importancia que la disección humana tenía para el desarrollo de la medicina, pero que fue incapaz de ponerla en práctica a pesar de ello. En su lugar, tuvo que valerse de algo que Aristóteles ya había explicado en los *Tópicos*, la *Poética* o *Ética a Nicómaco*[103], esto es, la analogía[104]. Precisamente el gran pecado que la historiografía le ha achacado[105]. Una situación o circunstancia, más que un pecado, que llevó a la gestación de unos modos de ejercer la medicina prolongados durante siglos y donde la autoridad de los clásicos se antepuso a toda práctica disectiva. Ello, a pesar de que el propio Galeno advertía en sus escritos acerca de la importancia de la observación y la práctica para llegar a la verdad[106].Así, en la anatomía "no se puede leer y escuchar como si fuera un cuento de viejas, sino que hay que investigar y contrastar en las disecciones todo lo que se dice"[107]. En este sentido,

[103] HERNÁNDEZ, 2020, pág. 28.

[104] GALENO, 2002, *Libro I*

[105] RENGACHARY, et al, 2009, pág. 788.

[106] ROMERO Y HUESCA, A. et al, 2011, pág. 219.

[107] GALENO, 2010, *Libro III*.

recomendaba a lectores y estudiantes acudir a la escuela de medicina de Alejandría para aprender u observar el arte de la disección aplicada a cuerpos humanos.

A pesar de todo, sus errores se dieron por verdades irrefutables durante más de un milenio. Entre ellos, se pueden destacar la descripción del hueso mandibular, el esternón (que dividía en siete partes) o, quizá como el más llamativo, la descripción de la *rete mirabaile* (una red de arterias y venas presente en las meninges de los cerdos) como una parte más de la anatomía humana[108]. Especialmente interesante resulta su descripción de la circulación de la sangre y del proceso digestivo (donde destaca la importancia atribuida al hígado como productor de sangre)[109]. Y es que la descripción del *microcosmos* por parte de Galeno se basa precisamente en una suerte de jerarquización visceral donde el hígado, el corazón y el cerebro ocupaban la cúspide de una pirámide imaginaria. Las funciones de estos órganos eran el sustento de "la vida vegetativa o natural, de la volitiva y de la racional respectivamente"[110]. De este modo, cada uno ocupaba una posición central con respecto a su función: el hígado era el centro del sistema circulatorio (como productor de sangre), el corazón lo era del sistema cardiorrespiratorio (cuya función era la del mantenimiento de una temperatura saludable para el cuerpo) y, finalmente, el cerebro era centro de las funciones psíquicas y garante del movimiento del cuerpo. Cada una de estas vísceras, además, sería la encargada de producir lo que Galeno denominó *pneuma* o espíritu. Así, el cerebro sería el encargado de la producción del *pneuma* psíquico o animal, el corazón el *pneuma* vital y el hígado el *pneuma* natural. El concepto *pneuma* (también espíritu) hacía referencia al aire inspirado por el cuerpo y su transformación en un recurso vital para este. Así pues, para este médico la estructura del cuerpo humano, sus distintas partes y la disposición de estas, respondía a un planteamiento finalista. Según él, esta estructura perseguía un fin preestablecido por un poder superior[111].

De esta concepción de la estructura del cuerpo humano hay que destacar, en primer lugar, sus sinergias con el pensamiento platónico y aristotélico[112]. En segundo lugar,

[108] CAMPOHERMOSO, SOLIZ & ZÚÑIGA, 2016, pág. 89.

[109] CAMPOHERMOSO, SOLIZ & ZÚÑIGA, 2016, pág. 85.

[110] LÓPEZ, 2010, *Introducción*.

[111] SENDRAIL, 1983, pág. 151.

[112] MORENO, 2013, pág. 442.

destaca la diferenciación de cada una de las partes según su función. En palabras del propio Galeno:

> "Así como se dice que cada animal es 'uno' porque aparece con un contorno propio sin estar unido en absoluto a los demás, así también se dice de **cada parte** –como el ojo, la nariz, la lengua, el encéfalo- que es 'una parte', pues está claro que **tiene su contorno propio**, pero si no estuviera unida en algún punto a las vecinas sino separada por completo, entonces no serían en absoluto 'una parte' sino simple y llanamente 'una'"[113].

No todo fueron errores, pues, también se le pueden atribuir algunas contribuciones como su descripción de los huesos; los músculos y el globo ocular entre otras[114]. En este sentido, aclarar las cuestiones más reseñables acerca de la anatomía galénica se plantea como una de las cuestiones fundamentales. No en vano, muchos de los médicos aquí estudiados basaron sus trabajos en Galeno (bien para refutarle o rectificarle, bien para alabarle). De hecho, una de las obras más conocidas de Galeno, *Procedimientos anatómicos* (169-176), se inicia de modo muy similar al *De humani corporis fabrica in libri septem* (Basilea, 1543), de Andrés Vesalio :

> "La sustancia de **los huesos** es para los seres vivos lo que son los muros para las casas y los llamados **'palos' para las tiendas de acampada**: se homologan por naturaleza a ella y con ella cambian también otras partes"[115].

> "**El hueso** es lo más térreo de las partes del hombre y, por tanto es muy seco y duro. El sumo Creador formó justamente la sustancia de éste para que a modo de fundamento estuviera puesta en la base de todo el cuerpo. Pues la función que cumplen las **paredes y vigas en las casas, y los palos en las tiendas de campaña**, y las cuadernas, con sus costillas, en las naves, esa es la de la sustancia de los huesos en la Fábrica del hombre"[116].

Esta afinidad se hace todavía más evidente si se estudia *Del uso de las partes* (196), otro de los trabajos de Galeno, y es que, por más que Vesalio pretendiera refutarle y alejarse de él, lo cierto es que sus obras, y especialmente *De humani corporis fabrica*, fueron en parte deudoras del pergameno. Así pues, si la influencia de Galeno ya era notable durante la Edad Moderna, es lógico pensar que durante el periodo anterior fuese igual e incluso superior. En este sentido, la caída en el olvido de la disección humana

[113] GALENO, 2010, *Libro I*.

[114] GARCÍA, 2010, pág. 26.

[115] GALENO, 2002, Libro I.

[116] VESALIO, 2004, pág. 23.

encumbró, durante la Alta Edad Media, cierta metodología heurística para el tratamiento de enfermedades, así como para el estudio (si así puede ser llamado) del cuerpo humano. El momento clave en este sentido se encuentra en la toma de Alejandría por parte de los árabes (642), momento a partir del cual estos realizaron un ímprobo trabajo de traducción de obras griegas al árabe que posteriormente llegarían a Europa para ser traducidas al latín (siglos X y XI). La difusión de las mismas llegaría, no obstante, a partir de la Baja Edad Media con la creación de cuatro grandes centros donde se impartían conocimientos médicos y anatómicos: Salerno, Bolonia, Montpelier y Paris[117].Entre los autores árabes existió, por otra parte, cierto interés en los trabajos de cirugía y anatomía, destacando las aportaciones de Avicena (980-1037)[118]. Hay que descartar, pues, la tradicional aseveración que tildaba a las culturas del islam como aquellas que rechazaron de plano el desarrollo de trabajos de anatomía por considerar el estudio del cuerpo humano como una profanación de lo sagrado[119].

El retorno de la anatomía a la Europa cristiana se produjo, entonces, gracias a una labor de traducción llevada a cabo en varias fases. Por otra parte, si la traducción de obras médicas resultó trascendente, más aún lo serían la reactivación de las lecciones de medicina y de anatomía que, en Salerno, incluían lecciones de disección analógica que se valían de un cerdo. Estas, llamadas *Anatomía porci,* se mantuvieron activas hasta 1194 (fecha correspondiente al saqueo de la ciudad por las tropas de Enrique VI)[120]. El proceso continuó con la apertura de cuerpos humanos con fines didácticos e investigadores en torno a los siglos XIII y XIV. En concreto, se puede constatar la puesta en marcha de lecciones de anatomía basadas en la disección humana para 1302 en la Universidad de Bolonia, posteriormente emulada por las universidades de Montpellier (1366) y Padua (1429), que llegó a convertirse en uno de los más importantes centros de estudios de anatomía durante la Edad Media y la Edad Moderna. La apertura del cuerpo humano se convirtió, pues, en un hecho de lo más trascendente teniendo en cuenta que no se había practicado, al menos de forma reglada, desde el siglo III a.C.[121]. La pregunta surge de forma inevitable: ¿Por qué dejaron de hacerse disecciones en la Antigüedad y por qué

[117] GARCÍA, 2010, pág. 26.

[118] NOGALES, 2004, pág. 10

[119] LAÍN, 1981, pág. 90.

[120] NOGALES, 2004, pág. 11.

[121] MANDRESSI, 2005, pág. 301.

estas se retomaron en la Edad Media? Juan Valverde de Amusco (1525-1587) dice en el prólogo de su *Historia de la composición del cuerpo humano* (Roma, 1556) que:

> "Estando pues diudidios estos Medicos que con solo Regimiento de vida curauan, endos partes, vna que seguia la razon, y otra que seguia la experiencia, los que seguian la razon, pareciendoles para poder bien curar, ser necesario primero, entender las causas delas enfermedades, assi delas que no se veen, como delas manifiestas; y juntamente, la complision, officio, sitio, figura, grandeza, color, dureza, blandura, aspereza, orden, composicion, y respondencia delas partes de nuestro cuerpo: **començaron a abrir algunos hombres muertos**: enlos quales notauan el Sitio, figura y respondencia, delas tripas, y entrañas, y delas otras partes del cuerpo. Eneste tiempo florecieron Lico y Marino y otros grandes Anatomistas. Despues delos quales, queriendo Herofilo, y Erasistrato (que no deuieram) alcançar mas particular noticia, dela composición del hombre, **procuraron de auer algunos condenados a justiciar, y haziendolos abrir biuos**, notauan algunas particularidades delas que en el cuerpo ay. Esta cosa aunque ala uerdad era hecha con buen zelo no dexaua de dar ocasion de murmurar al pueblo; por la **crueldad que con aquellos desuenturados hombres se vsaua**. A lo qual se junto, que los Medicos que seguían **la experiencia**, sin curarse de otra cosa que de buscar remedios con los quales algunos primero vuiessen sanado dezian, que la importancia toda estaua, no en hallar la causa del mal, sino en tener el remedio para el. Y que muchas vezes acontece, vna simple mugerzilla, con vn muy liuano remedio (…) sanar luego como por milagro, muchos hombres de grausimas enfermedades, la cura delas quales lo mas estirados Medicos, despues de muchas dispustas, auian dexado por imposible, confiados de su discurso. **Demanera que el odio que el pueblo a esta cosa tenia, y las razones que los médicos empíricos ensu fauor alegauan, juntamente con la crueldad que sin ser menester en algunos se vsaua, pudieron tanto, que no solo fue prohibida la Anatomía enlos hombres biuos**, (como con muy gran razón deuia ser vedada) empero **ordenose también, q ni aun en los muertos se pudiese hazer**. Y assi queriendo estos Señores Medicos vsar mas diligencia dela que por uentura era menester, dieron ocasión a que del todo se fuese prohibida la necessaria. Por loqual los que despues dellos vinieron no podiendo ver la Anatomia tan fácilmente ensus casas, fueron constreñidos a yir a **Alexandria**, donde algunas vezes se hazia, o a hazerla en los animales, buscando siempre aquellos que mas semejantes en figura fuesen al hombre"[122].

Valverde explica aquí el porqué de la marginación a la que había estado sometida la disección humana. Evidentemente, este autor escribió en un contexto diferente al de los acontecimientos que narró y el relato que brindó en referencia a hechos como la supuesta prohibición de la disección humana durante la Antigüedad y Medioevo parece carecer de base histórica. En igual sentido, se han de rechazar las consideraciones que relacionan la falta de esta práctica durante más de un milenio con la imposición de nuevas prácticas culturales extendidas por el cristianismo y que supuestamente sacralizaban y

[122] VALVERDE, 1556, *Prólogo.*

protegían al cuerpo humano a través del dogma de la resurrección[123]. Tampoco se puede aceptar la idea tradicional, ya superada y nunca demostrada, que atribuía la ausencia de disecciones a una prohibición eclesiástica vigente desde la Antigüedad y durante toda la Edad Media. De hecho, esta acabó por convertirse en una práctica defendida y reglada por la Iglesia Católica. El primer documento a tener en cuenta en este sentido es la bula *Detestande feritatis* (1299), emitida por el papa Bonifacio VIII que prohibía la disección humana y "despiece de cadáveres" por considerarlo una práctica "atroz"[124]. Pero no era la disección humana con fines didácticos o investigadores a lo que se estaba oponiendo el pontífice sino a una práctica común entre los caballeros cruzados: desmembrar y cocer los restos mortales de sus compañeros caídos para que los huesos de estos pudieran ser enterrados en sus lugares de nacimiento[125]. La bula también recoge la prohibición, establecida ya en el canon 18 del IV Concilio de Letrán (1215), de practicar la cirugía, pero esta restricción estaba dirigida únicamente a miembros del clero[126]. A propósito de esto se deben citar también las disposiciones de los concilios de Clermont (1130); Reims (1131) y del Segundo Concilio de Letrán (1139), así como el Sínodo de Paris (1213) que ya habían restringido la práctica médica a los miembros del clero regular[127]. Finalmente, una bula emitida por Sixto IV en 1472, volvía a insistir en la prohibición de esta práctica para los clérigos[128].

De este modo, no se puede decir que durante la Edad Media la disección como práctica dejara de llevarse a cabo y es posible que la extensión de la idea de una prohibición eclesiástica al respecto tenga que ver con la constatada prohibición impuesta en el Imperio Romano[129]. Es cierto que la calidad de las disecciones humanas durante el medioevo fue a menudo descrita como insuficiente o de baja calidad. Esto se ve claramente a partir del siglo XVI, cuando se empezó a recalcar que en estas la autoridad de los clásicos pesaba demasiado y que, además, se realizaban en cadáveres en un estado de putrefacción relativamente avanzado[130]. Con lo que respecta a la primera cuestión, el

[123] MADRESSI, 2005, pág. 302.

[124] HERNÁNDEZ, 2020, pág. 79.

[125] PERLADO, 2017, pág. 187.

[126] MANDRESSI, 2005, pág. 302.

[127] MARTÍNEZ, et al, 2019, pág. 160.

[128] GIMARET, 2018, pág. 74.

[129] WRIGHT, 2016, pág. 67.

[130] NOGALES, 2004, pág. 09.

proceso mediante el cual se llevaba a cabo una disección estaba bien reglado y este consistía en la lectura de textos clásicos, la mayor parte de las veces de Galeno, por parte de un médico, generalmente también profesor de medicina y que desempeñaba el papel de *lector*; mientras que la disección era llevada a cabo por un cirujano o un barbero, el *sector*, que no tenía por qué poseer conocimientos médicos. Un último papel era el desempeñado por el *ostentor*, quién era el encargado de mostrar o señalar los órganos que se estaban extrayendo[131]. La no intervención en el proceso de disección puede significar un desprecio por parte de los médicos del medioevo a la intervención manual como forma de trabajo[132]. Queda pendiente, por otra parte, la resolución de una cuestión importante y es el porqué del desarrollo de la anatomía en el contexto medieval y sobre todo el impulso que esta experimentó a partir del siglo XIII. En este sentido, algunos investigadores han relacionado esta realidad con la fundación de las primeras universidades europeas y el peso que en estas tuvieron los estudios de leyes y el derecho. Como parte de estos se incluían trabajos de anatomía forense, lo que sin duda desembocó en una necesidad de análisis del cuerpo humano que acabaría por vincularse inevitablemente con investigaciones sobre el origen y la cura de enfermedades[133].

Entonces, si la disección humana ya era considerada como una práctica útil y necesaria, y ya se había constituido como una disciplina que había encontrado un espacio en las grandes universidades de Europa, no habría de pasar mucho tiempo para que esta se formalizara también desde el punto de vista académico. Este hecho vendría con la aparición del que se puede considerar el primer manual de anatomía del medioevo: la *Anathomia (*Bolonia, 1316), de Mondino de Luzzi (1270-1326). Este autor había nacido en Bolonia y se había formado en la universidad de esa ciudad, habiendo recibido lecciones de Taddeo Alderotti (1215-1295) y de Henri de Mondeville (1260-1316)[134]. De su citada obra se puede decir que es un tratado destinado a servir de apoyo a las lecciones que su autor realizaba en la Universidad de Bolonia y para el que, por vez primera desde

[131] WRIGHT, 2016, pág. 75.

[132] MADRESSI, 2005, pág. 303.

[133] RENGACHARY, et al, 2009, pág. 788.

[134] Considerado uno de los grandes médicos franceses de la Historia, ejerció como cirujano para Felipe el Hermoso de Francia. Además, fue autor de la *Chirugie de Maitre* (París, 1320) en donde incluyó ilustraciones anatómicas que posiblemente fueran tomadas como referencia o inspiración para atores posteriores.

hacía quince siglos, se habían realizado disecciones anatómicas en humanos. Concretamente, Mondino afirmaba haber diseccionado los cadáveres de dos mujeres en 1315[135]. Pero el auténtico valor del trabajo del boloñés radica en dos cuestiones principales: en primer lugar, quizá por vez primera en la historia, las indagaciones en ella reflejada no pretendieron seguir la doctrina galénica, sino confirmarla, revisarla e incluso cuestionarla y, en segundo lugar, no está planteada como un tratado de anatomía al uso, sino que la estructura de la misma recuerda más a un manual de disección humana paso a paso[136]. Su innovación fue tal que acabó por convertirse en un libro de obligada lectura para los estudiantes de medicina en prácticamente toda Europa hasta bien entrado el siglo XVI[137]. Pero si de algo adolecía esta guía, al menos en un principio, era de la presencia de ilustraciones de la figura humana, algo que vendría a suplir la obra redactada por uno de sus alumnos más afamados, Guido da Vigevano (1280-1349): *Hec est anathomia Phillipi Septimi, Francorum regis designate per figures, per Guidonem, medicum suprascripti Regis* (París,1345), en donde se incluyeron veinticuatro láminas que carecían de fidelidad anatómica.

Por último, para el caso concreto de las Monarquías Ibéricas durante la Baja Edad Media, y siguiendo a López Piñero, se pueden distinguir tres corrientes académicas diferenciadas en función de la autoridad a seguir: Galeno, Avicena y Guy de Chauliac. En cuanto al primero, las dos obras consideradas como magnas fueron *De anatomicis administrationibus* y *De usu partium;* mientras que la obra de Avicena considerada en este sentido fue el *Canon de medicina* (1020) y la de Guy de Chauliac su *Chirurgia magna* (Montpelier, 1636)[138]. Destacable es la autorización dada por Fernando de Aragón para la disección de cadáveres humanos en Zaragoza y la concesión de un privilegio en este sentido por parte del papa Juan II a los cirujanos de la Universidad de Valencia donde, de hecho, se creó la primera cátedra de anatomía de la historia de España y una de las más tempranas de Europa. Interesante resulta el hecho de que, en las disposiciones de esta cátedra, se estableciera que sus lecciones debían de basarse en la ya mencionada *De usu partium* de Galeno[139].

[135] MADRESSI, 2005, pág. 301.

[136] RENGACHARY, et al, 2009, pág. 790.

[137] GARCÍA, 2010, pág. 27.

[138] LÓPEZ, 1974. Pág. 59.

[139] LÓPEZ, 2010, *Introducción*.

1.2.Edad Moderna

Durante la Edad Moderna, en un primer momento, la aportación de los médicos españoles a la investigación de su campo fue crucial, destacando los trabajos realizados en anatomía, cirugía, fisiología y nosología, entre otras disciplinas. Especialmente relevante resultó el desarrollo de estudios de la primera que, enmarcados en una onda de renovación que pudo tener su punto de origen en la Italia renacentista, insistió en una descripción certera de las distintas partes del cuerpo humano y sus funciones. Es preciso, entonces, comenzar esta disección bibliológica por los textos de Jacobo Berengario da Carpi (1460-1530), considerado por algunos investigadores como responsable del renacer de la anatomía como ciencia al basar su conocimiento, no solo en la autoridad de los clásicos, sino también en su propio bagaje[140]. Y es precisamente aquí donde reside la contribución renacentista al campo de la medicina en general y al de la anatomía en particular: la derrota de la tradición y el resurgimiento de la experimentación que, en un primer momento, no trató de refutar a los clásicos, sino de confirmarlos. En este contexto, la construcción de los primeros teatros anatómicos impulsados por el diseño ofrecido por el prevesaliano Alessandro Benedetti en su *De anatomice* (Venecia, 1502) ha sido aceptado unánimemente como la muestra más certera del auge de los trabajos de anatomía en la transición entre el mundo medieval y el moderno. Ello resulta irónico si se tiene en cuenta que otra obra suya, *Historia corporis humani* (Venecia, 1502), ha sido considerada como un tratado sin relevancia científico-anatómica por limitarse a seguir las disposiciones de Galeno, es decir, la confirmación de las autoridades médicas establecidas siguiendo la línea de autores como Gabriele de Zerbi (1445-1505) y su *Liber Anathomicae Corporis Humani* (Venecia, 1502).

El libro de Berengario difirió, por su parte, de este objetivo pues no se orientó a la ratificación de lo que las autoridades del pasado habían dicho, sino más bien al planteamiento de preguntas clave y al desarrollo de correcciones y matizaciones a partir de ellas. Dichas cuestiones las vertió sobre un título concreto, considerado material de estudio obligatorio para los estudiantes de medicina en los tiempos en los que él estuvo activo: la *Anathomia* (Bolonia, 1316), de Mondino de Liuzzi (1270-1326). Así pues, mediante la disección y la observación, este autor quinientista pretendió refutar o

[140] FRENCH, 1985, pág. 42.

rectificar a su paisano medieval, lo que quedó manifestado en su *Commentariacum cum amplissimis additionibus super anatomia Mundini* (Bolonia, 1521)[141]. Con este título Berengario pretendía, además, desarrollar un manual con el que reforzar su labor docente, objetivo que quedó completamente satisfecho con la publicación de su *Isagoge breves* (Bolonia, 1523)[142].

La importancia de estas reside, en primer lugar, en ser una muestra de época, es decir, la transición entre dos formas de entender la anatomía (medieval y moderna) y la inclusión de ilustraciones anatómicas que, no sin error, se basaron en el escrutinio certero de las entrañas de cuerpos de hombres y mujeres[143]. Estas presentan una serie de características definitorias relacionadas con el escenario decorativo en el que están enmarcadas (donde sobresalen los elementos vegetales y constructivos), además de la actitud de ciertas figuras que, parece, se están examinando así mismas[144]. Los *Comentari* (Bolonia, 1521), de Berengario son considerados, pues, la primera obra de anatomía ilustrada de relevancia histórica[145]. Sin embargo, esta no ha de ensombrecer las aportaciones dadas por Andrés Vesalio en *De humani corporis fabrica in libri septem* (Basilea, 1543) que, de hecho, fue el resultado del contacto de este autor con los trabajos y avances científicos realizados en Italia. No en vano, su trayectoria profesional e investigadora le llevaron a doctorarse en la Universidad de Padua (1537), cuando contaba con 24 años de edad para poco después inaugurar una carrera como profesor y anatomista en la misma universidad. Fue en este contexto en el que, quizá, se desarrolló la aportación más valiosa de Vesalio a su campo: una intervención manual realizada por él mismo que rompía con la tradicional división funcional tripartita que separaba las funciones del *lector*, el *sector* y el *ostentor* y en dónde el belga bajaba de su atril para desempeñar las funciones de al menos los dos últimos.

Por otro lado, su producción científica experimentó un fuerte impulso materializado en la publicación de su *Galeni omnia opera* (Venecia, 1541); su colaboración en obras como *Institutionum anatomicarum* (Paris, 1536), que había realizado con Jean Guinter d'Andernach (1487-1574) o la aparición de las *Tabulae anatomicae Sex* (Venecia, 1538)

[141] STOICHITA, 2018, pág. 48.

[142] GARCÍA, 2010, pág. 34.

[143] GIMARET, 2018, pág. 76.

[144] VIGARELLO, 2005, pág. 310.

[145] GIMARET, 2018, pág. 72.

[146]. Pero sin duda el cénit de su trabajo como anatomista llegó en 1543, fecha de aparición de la ya citada *De humani corporis fabrica*, que tomó vida en la imprenta de Juan Oporinoy y de la que destacan las láminas realizadas por el discípulo de Tiziano, Jean Stefan van Kalkar[147]. Aquí realizó una defensa de la observación y el trabajo manual, en esencia la experiencia, para acabar con las enfermedades y para lograr un conocimiento certero del cuerpo humano. En este sentido, justificaba su obra aludiendo que:

> "En efecto, pasando por alto otras ciencias y fijándonos en lo que respecta a la salud humana, no hay duda de que en esta medicina, la más adecuada de todas las ciencias que ha descubierto el ingenio humano, extremadamente necesaria y muy difícil y laboriosa, no habría podido introducirse nada más destructivo que el que en algún momento, y sobre todo tras la invasión de los godos y tras Almanzor, rey de Bocara, en Persia comenzó a **despedazarse hasta tal punto que su principal instrumento, el empleo de las manos en la curación, fue tan despreciado que parecía como que había sido dejado para los plebeyos y personas completamente ignorantes** de las disciplinas auxiliares de la medicina"[148].

Vesalio se refiere aquí a tanto a la excesiva fragmentación de la medicina como al desprecio que sus coetáneos manifestaban a la intervención manual (relacionada con la situación de las disecciones humanas en el contexto científico de épocas precedentes). Entonces, lo que el belga pretendía era revalorizar esta última y, en este sentido, la experiencia y la observación se convirtieron en pilares fundamentales de su propuesta. Así, la importancia de estos conceptos como medios de alcanzar el conocimiento resultan imprescindibles para entender la obra de este autor y su confrontación, a veces exagerada por la historiografía, con las ideas galénicas. Esta estuvo centrada en el empleo de la analogía (ya comentada) y el empleo de cuerpos humanos en un estado de putrefacción avanzado:

> "Se han sometido tan completamente a su autoridad, que no hay ningún médico que declare que en los libros anatómicos de Galeno se ha encontrado nunca el más pequeño error (…). A mí, por el contrario, me consta, por haber restablecido el arte de disecar y por el manejo atento de sus obras, que he depurado en varios pasajes (…), que **Galeno nunca disecó un cuerpo humano recién fallecido**. (…). Todavía más: engañado **por sus monos** (…) contradice, a menudo equivocadamente, a los médicos antiguos que habían aprendido disecando cadáveres humanos (…)"[149].

[146] NUTTON, 2015, pág. 95.

[147] LAÍN, 2012, pág. 03.

[148] LAÍN, 1997, pág. 17.

[149] VESALIO, 2004, pág. 96.

Por otro lado, Vesalio también destacó por su labor como médico de Corte en los reinados de Carlos I y Felipe II, cargo que desempeñó poco después de publicar su gran obra y que le llevó, además, a ostentar el título de conde Palatino. Así, durante su estancia en España (1559-1564), desarrolló una carrera profesional en la cual la historia y las leyendas han tendido a confundirse por la historiografía hasta bien entrado en siglo XX. En este sentido, el relato sobre la supuesta vivisección de un reo y la posterior persecución inquisitorial que obligaron al médico a realizar una peregrinación a Tierra Santa fue descartada en la relativamente tardía fecha de 1969[150]. Más veracidad parece tener la información referente a los tratamientos que el belga prescribió al príncipe Carlos, hijo y heredero de Felipe II, quien después de precipitarse escaleras abajo y sufrir un traumatismo craneal necesitó de una intervención quirúrgica: una trepanación en la que algunos vieron el origen de la locura del príncipe[151]. La evidencia más significativa, en cualquier caso, de la presencia del belga en la Corte hispánica de los Augsburgo está en la publicación, en el territorio de esta Monarquía, de su *Anatomicarum Gabrielis Fallopii observatium examen* (Venecia, 1564)[152] en la que pretendía realizar una serie de correcciones y matizaciones a la obra de Gabriel Falopio: *Observationes anatomicae* (Venecia, 1561)[153].

La llegada de Vesalio a la península se produjo, por lo demás, en un contexto de efervescente producción científica que tenía sus orígenes en la Baja Edad Media. De este modo, el desarrollo de la anatomía en los territorios peninsulares de la Monarquía se vio en un principio impulsado por las conexiones que el reino de Aragón mantenía con la Italia renacentista. Ello impulsó el desarrollo de centros de estudio y práctica que, como la Universidad de Valencia, hicieron eco de la nueva anatomía. Esta universidad, de hecho, fue dotada con una cátedra de medicina que incorporó tempranamente (1462) las enseñanzas de cirugía a través de la práctica de la disección en cuerpos humanos y que, aunque conocería una rectificación en este sentido en el siglo XVI, se basó en un primer momento en la obra de Galeno *De usu partium*. Distinta fue la situación en los territorios

[150] BARÓN, 1969, pág. 05.

[151] FERNÁNDEZ, 2001, pág. 401.

[152] La obra se imprimió en la ciudad de Venecia después de que Vesalio pasará por aquella ciudad camino a Tierra Santa. Se trató de la última aportación del belga, pues este murió en la isla de Zante el mismo año en que se imprimió. Para más información consultar: BARÓN 1969, pp. 2-15.

[153] FERNÁNDEZ, 2001, pág. 401.

de Castilla, donde en universidades como la de Valladolid, prevalecía una suerte de neogalenismo arabizado donde la disección humana no tenía cabida[154]. En este contexto fueron muchos los autores españoles que alumbraron obras tendentes a una u otra línea de estudio: de un lado las traducciones al castellano de los trabajos de Galeno, Avicena, Guy de Chaucliac y Johannes de Ketham entre las más importantes y, de otro, producciones que podrían ser consideradas como propias entre las que resaltan Pere d'Olesa y su *Summa totius philosophiae et medicinae* (Valencia, 1536) o Luis Lobera de Ávila y su *Remedio de cuerpos humanos y silva de experiencia* (Alcalá de Henares, 1542). Esta última contiene entre sus páginas un capítulo referente a la *anatomía* que guarda sinergias con el *Libro de anatomía del hombre* de Bernardino Montaña de Monserrate (Valladolid, 1551) y es que ambos textos se asemejan en su estructura (disponen de una descripción anatómica acompañada de un relato onírico que describe el cuerpo humano valiéndose de metáforas) pero no en su contenido y metodología de estudio, pues una se puede considerar prevesaliana y otra postvesaliana. En cualquier caso, si existe una fecha que marque un antes y un después en las practicas anatómicas españolas, esa es la de 1547, que corresponde a la incorporación de Pedro Jimeno a la cátedra de anatomía y simples de la Universidad de Valencia. De él no son muchas las investigaciones que hayan dilucidado cuestiones biográficas más allá de su lugar de nacimiento, que posiblemente tuvo lugar en la localidad castellanícense de Onda, pero sí que se puede destacar la autoría del *Dialogus de re medica, compendiaria ratione, praeter quadam alia, universam anatomen humani corporis pertringens* (Valencia, 1549), que supuso un impulso al desarrollo de la anatomía vesaliana y a la implantación del humanismo renacentista en el contexto de la medicina española del siglo XVI[155].

En esta línea se deben mencionar las aportaciones brindadas por Andrés Laguna en *Anatomica methodus seu de sectiones humani corporis* (París, 1535), título previo a la revolución vesaliana en la que las observaciones empíricas adquirieron una importancia significativa[156]. Ello no quiere decir que la obra esté exenta de tradicionalismo, muy al contrario, su producción estuvo vinculada al centro europeo de la anatomía galénica de su tiempo: París, donde pudo llevar a cabo la realización de disecciones humanas con las

[154] LÓPEZ, 1974, pág. 56.

[155] SANTAMARÍA, 2010, pp. 1034.

[156] FERNÁNDEZ, 2001, pág. 270.

que complementar a Galeno sin, todavía, refutar sus postulados[157]. Destacan también obras resultantes de observaciones clínicas y destinadas a la descripción de enfermedades que pretendían ahondar en las causas de estas, pero renovando los métodos de investigación: este es el caso de Francisco López de Villalobos y *El sumario de medicina con un tratado de pestíferas bubas* (Salamanca, 1498), y Juan Tomás Porcell y su *Información y curación de la peste de Zaragoza* (Zaragoza, 1565)[158].

También es posterior a Vesalio la obra de quien, quizá, pueda considerarse la figura más destacable de la anatomía española del quinientos: Juan Valverde. Nacido probablemente en 1525 en la localidad palentina de Amusco, cursó estudios de Humanidades en Valladolid que le permitieron trasladarse a Padua con la edad de 17 años (1542)[159]. En esta línea, algunos autores han relacionado su marcha a Italia con su posible origen judío, aunque, en cualquier caso, todos coinciden en que en la universidad de aquella ciudad el médico español pudo entrar en contacto con la realidad científica de su tiempo[160].

De hecho, Italia se había convertido en el centro de una tormenta de innovación y experimentación que tuvo especial seña en el campo de la medicina. Entonces, el contacto de Valverde con algunos de los impulsores de este movimiento, de los que destacan especialmente Realdo Colombo, Mario Podiani y Bartolomeo Eustachio, fue sin duda determinante en la redacción de libros como *De animi et corporis sanitate tuenda libellus* (París, 1552), que pretendía hacer las veces de manual para la conservación de la salud y la erradicación de las enfermedades[161]. Destacó especialmente su relación con Realdo Colombo, antiguo discípulo de Vesalio, autor de *De re anatómica* (Venecia, 1559) y quién ocupaba la cátedra de anatomía cuando Valverde llegó a la ciudad (1542-1545). La sinergia entre ambos tuvo como resultado el desarrollo de algunas fructíferas investigaciones, de entre ellas la más importante fue la que describió la circulación menor de la sangre, que desechaba por completo la teoría galénica de un sistema circulatorio centrífugo y que fue publicada por separado (1556 y 1559)[162]. Con lo que respecta a esta

[157] RIERA, 2001, pág. 164.

[158] RODRÍGUEZ & SÁNCHEZ, 2000, pág. 179.

[159] BURGOS, et al, 2021, pág. 83.

[160] DOMÍNGUEZ, 1992, pág. 48.

[161] HERNÁNDEZ, 2020, pág. 63.

[162] HERNÁNDEZ, 2020, pág. 44.

cuestión, no se puede obviar la aportación que en este campo realizó el también médico español Miguel Servet en su *Christianismi Restitutio* (Viena, 1553), donde realizó una primera descripción de la circulación pulmonar de la sangre que refutó las tesis galenistas y que ha sido considerada como una primera aproximación, confusa para algunos, que ayudaría en la centuria posterior a Hyeronimus Fabricius (1533-1619) en la redacción de *De venarum ostiolis* (Padua, 1603), base por la cual el medico inglés William Harvey (1578-1657) redactó y publico su *Exercitatio Anatomica de Motu Cordis et Sanguinis in Animalibus* (Frankfurt, 1628)[163]. Esta última, fruto también del contacto de su autor con las autoridades de la Universidad de Padua, ha sido considerada como la refutación definitiva del galenismo en la descripción del sistema circulatorio y su funcionamiento, aunque ello, sin embargo, no obstó para que encontrara detractores en figuras médicas de su tiempo. Entre estos últimos destacó el español Matías García (1640-1691) en su *Disputationes medicanae selectae* (Valencia, 1677) [164].

En cualquier caso, y volviendo al caso de Valverde, las investigaciones e innovaciones antedichas sirvieron al médico palentino para granjearse un prestigio que le permitió ascender al cargo de médico personal de figuras como el cardenal dominico Juan Álvarez de Toledo, quizá llevado allí por un antiguo patrocinador suyo, el también cardenal Jerónimo Verallo, así como para iniciar una relación académica con figuras como Alfonso Rodríguez de Guevara, Pedro Jimeno o Bernardino Montaña de Monserrate. En su producción científica destaca por encima de todo la ya mencionada *Historia de la composición del cuerpo humano* (Roma, 1556) que, escrita en castellano, pretendía hacer las veces de manual de estudio en la formación de cirujanos. Las semejanzas de esta obra con la *Fabrica* de Andrés Vesalio, evidentes por ejemplo en su estructura divida en siete libros, propiciaron que el español fuera acusado de plagiar al belga[165]. Pero, más allá de estas cuestiones, lo cierto es que la misma pudo aportar cierta originalidad visible en las correcciones aplicadas a las aportaciones vesalianas (tanto en las láminas de la *Fabrica* como en su texto) y en la descripción de partes que Vesalio

[163] BUZZI, 2016, pág. 596.

[164] LÓPEZ, 1971, pág. 103

[165] MORENO, 2016, pág. 1011.

había omitido (el hueso maxilar, los músculos frontales o los nervios craneales entre otras)[166].

1.2.1. La nueva cirugía

En lo que se refiere a la cirugía, la labor del cirujano estaba separada de la de los médicos. La diferenciación entre ambas estuvo basada en un principio en el lazo de los primeros con el trabajo manual y en el hecho de que la mayoría de ellos no poseía el título de doctor. Ello pudo repercutir en cierto desprestigio de su figura y trabajo que encontró notables excepciones en las figuras de Andrés Alcázar (1490-1585), Dionisio Daza Chacón (1510-1596), Bartolomé Hidalgo de Agüero (1530-1597) o Antonio Pérez (1534-1611). Todos ellos contribuyeron sin duda a que la figura del cirujano cobrara mayor importancia, lo que tuvo su manifestación más señera en la creación de una cátedra para la enseñanza de esta disciplina en la Universidad de Salamanca que, con Andrés Alcázar al frente, profundizó en los medios de curación de enfermedades a través de técnicas manuales[167]. El mismo Andrés Alcázar fue el hacedor de un perfeccionamiento de la técnica de la trepanación ideando nuevos instrumentos para llevarla a cabo que quedaron plasmados en su *Chirurgiae libri sex* (Salamanca, 1575), y que posteriormente sirvieron a otros cirujanos para el desempeño de su trabajo.[168]

La mayor parte de las veces este estaba vinculado con el ámbito castrense, siendo el caso del cirujano Antonio Pérez (1534-1611), autor del que ha sido considerado el mayor compendio de cirugía de la España del quinientos y quizá uno de los más reimprimidos: *Summa y examen de chirurgia, y de lo mas necesario que en ella se contiene, con breves exposiciones de algunas sentencias de Hipócrates y Galeno* (Madrid, 1568)[169]. Los datos que se tienen sobre su vida, por otra parte, giran en torno a su presencia en la Corte y su experiencia como médico militar[170]. Estas, en cualquier caso, serán dilucidadas en próximos apartados, pues no solo escribió este autor tratados médicos. Centrando la intención en estos por ahora, la citada *Summa* fue escrita en lengua

[166] MORENO, 2016, pág. 1013.

[167] GIL; et al, 2004, pág. 288.

[168] RODRIGUEZ & SÁNCHEZ, 2000, pág. 180.

[169] ROJO, 2014, pág. 50.

[170] ALVAR, 1983, pág. 209.

romance, con lo que pretendía, como ya lo había hecho Valverde de Amusco, servir de manual para aquellos practicantes que no conocían la lengua latina. La obra consta de ocho partes dedicadas a definir la cirugía, la anatomía y su objeto de estudio y el cuerpo humano, a través de una explicación procedimental acerca de cómo intervenir en este último para poder curarlo. En la primera de ellas, dedicada a definir la cirugía, se observan ciertas semejanzas con la *Fabrica* de Vesalio sobre todo basadas en una defensa del trabajo manual y la distinción de las distintas terapias de las que dispone la medicina para sanar el cuerpo humano (cuando es posible). Así, en el prefacio de la obra vesaliana se habla de la existencia de tres formas de curar: la dieta, la prescripción de medicamentos y la intervención manual, algo similar a lo que se lee en la de Antonio Pérez:

> "Desde entonces, aportando cada uno todo lo que en sus escuelas consideraban necesario para la ciencia, lo adoptaban y utilizaban como un **triple instrumento** de ayuda, siendo el primero de ellos el régimen de vida; el segundo, un amplio uso de medicamentos; el tercero, **la actuación manual**, que muestra claramente mejor que los otros que la medicina consiste en corregir lo deficiente y eliminar lo superfluo, y siempre ofrece utilidad a los enfermos para su curación cuantas veces recurrimos a la atención médica"[171].

> "Como sean **tres los instrumentos** de aquella parte de Medicina, que terapeutica se llama. El primero dieta y buen regimiento de las cosas no naturales, y este buen regimiento es la mas acabada parte de Medicina. El segundo farmacia, que quiere decir poción o beuida. El tercero Chirurgia, que quiere decir **manual operacion** […]"[172].

Por lo demás, esta primera parte de la obra de Antonio Pérez refleja cuestiones comunes a la tratadística médica del siglo XVI. Una de ellas resulta de especial interés para la presente investigación, la definición del perfecto cirujano o practicante en línea de lo que posteriormente desarrollaría (para la figura del médico) Enrique Jorge Enríquez en su *Retrato del perfecto médico* (Salamanca, 1595). En lo que se refiere al cirujano, y para Antonio Pérez, este debe ser "sabio, docto, ingenioso, visto en letras y amigo de estudiar (…) experto solicito en su arte (…) que sea de buen juyzio" y por último que sea hombre "temeroso de Dios"[173]. Por su parte, la segunda parte de la obra contiene un compendio de anatomía en el que la huella del galenismo es todavía visible (no menciona ni una sola vez a Vesalio). Así, para Pérez la anatomía es "una ciencia contemplativa" de

[171] VESALIO, 2004, pág. 97.

[172] PÉREZ, 1568, pág. 04.

[173] PÉREZ, 1568, pág. 05.

las partes interiores y exteriores del cuerpo humano, útil para médicos, cirujanos y para y todos los "hombres de letras" para, en primer lugar, contemplar el "milagro de la creación de Dios" que es el cuerpo humano y, en segundo lugar, distinguir sus partes a fin de conocer cuando estas enferman y, finalmente, curarlas. En este punto resulta interesante la distinción que el autor realiza entre la experiencia y la investigación teórica—"para saberla y entenderla es menester estudiar libros que llaman historia, y hazer muchas anatomías que llaman exercitacion"[174]—. Una idea, esta última, capital para la presente tesis, pues la dicotomía entre experiencia y tradición encuentra en la historia como ciencia uno de los recursos más socorridos por aquellos que defienden la primera, pero también por aquellos que defienden la segunda. La historia, en este sentido, se convirtió en un repositorio de valiosa información para aquellos que defendían la autoridad de los clásicos, pero también se mantuvo como un instrumento fundamental para aquellos que pretendían innovar.

En cuanto a la descripción que se realiza del cuerpo humano, Pérez confiere mayor importancia a la cabeza, que divide en diez partes (cinco contendientes y cinco contenidas). Investigaciones recientes han visto en este hecho una especialización del autor en cirugías realizadas en la cabeza, que incluso lo relacionan con la curación del príncipe Carlos[175]. Continuando con la tercera parte, esta está dedicada a los abscesos o apostemas, que el cirujano define como "una enfermedad compuesta por tres géneros de enfermedades"[176]. El resto de las partes del libro se dedica a las llagas, las heridas de la cabeza, la traumatología y finalmente a una sucesión de *Aforismos hipocráticos*. La importancia de estas en su conjunto radica principalmente en su poder de difusión, no solo por el hecho de que la obra fue escrita en lengua romance, sino sobre todo por el número de reimpresiones que suscitó hasta bien entrada la centuria siguiente (la última en Valencia en 1634)[177].

También fue Antonio Pérez autor del *Breve tratado de la peste, con sus causas, señales, y curacion: y de lo que al presente corre en esta villa de Madrid, y sus contornos* (Madrid, 1598). En este caso la obra se refiere y describe a la peste de 1596, centrándose

[174] PÉREZ, 1568, pág. 09.

[175] ROJO, 2014, pág. 49.

[176] PÉREZ, 1568, f, 22.

[177] GRANJEL, 1980, pág. 217.

en el caso de Madrid, sin olvidar que esta azotó a otros muchos de los territorios peninsulares de la Monarquía. Este título, también enmarcado en el tradicionalismo galénico, afirma que el origen de la peste se encuentra en una putrefacción del aire que puede ser, según el autor, de origen terrestre o celeste. En cualquier caso, lo más llamativo se encuentra en que ofrece una serie de recomendaciones basadas en la observación. Estas van desde el cegamiento de pozos que desprendan mal olor a la constante ventilación de estancias, la aplicación de sangrías o la expulsión de los apestados[178]. La obra forma parte de una tradición muy extendida en tiempos modernos: la descripción de una epidemia de peste y los trabajos encaminados para su curación. En este sentido, la mención de Juan Tomás Porcell y su *Información y cura sobre la Peste de Zaragoza* (Zaragoza, 1565) es obligada, ya que se considera como un paroxismo no solo en la descripción de esta enfermedad, sino sobre todo en los medios empleados para acabar con ella. De esta forma, el autor se integra en lo que se puede considerar como un elenco de pioneros en el análisis médico que tomó la disección humana como su principal fuente de conocimiento, pues este se atrevió a diseccionar cadáveres enfermos de peste por vez primera en la medicina española[179].

Lo dicho hasta ahora ha de servir para trazar un bosquejo de la situación de la investigación anatómica (y médica) en la España del siglo XVI. En este contexto, hay que diferenciar entre los territorios de Castilla y los de Aragón, pues la primera estuvo anquilosada en un tradicionalismo galenista, mientras que en el segundo existieron conatos de renovación. No obstante, la llegada de la Contrarreforma a todos los territorios de la Monarquía trajo consigo un freno a los proyectos de renovación hasta bien entrada la centuria siguiente. Las universidades españolas se convirtieron de este modo en santuarios de una tradición que, en medicina, se plasmó en la pervivencia de la escolástica y el galenismo. Así, las disecciones volvieron a un segundo plano y estas, cuando se practicaban, seguían el método tradicional tripartito que distinguía entre las labores del *lector*, el *sector* y el *ostentor*.

Una de las grandes figuras de este particular escenario científico ha sido el médico Luis de Mercado (1525-1611), autor entre otras obras del *Libro de las quatro enfermedades cortesanas* (Toledo, 1544) y que llegó a ejercer como médico en la corte

[178] ALVAR, 1983, pág. 216.

[179] RODRIGUEZ & SÁNCHEZ, 2000, pág. 179.

de Felipe II y Felipe III. Situación que le valió para trabajar en su *Opera omnia*, publicada en cuatro volúmenes entre 1594 y 1613. En ella se pueden encontrar cuestiones referentes a temas que van desde la pediatría hasta la ginecología. Enmarcados también en este arcaísmo están los trabajos de Antonio Ponce de Santa Cruz (1561-1632), discípulo de Luis de Mercado y catedrático de medicina en la Universidad de Valladolid que, como su maestro antes que él, dedicó su vida a refutar las aportaciones de Paracelso y otros médicos de su tiempo[180].

Los avances que, en el contexto médico-anatómico, se estaban produciendo en alguno de los reinos peninsulares de la Monarquía Hispánica, interrumpidos en algún sentido, fueron, en cualquier caso, parte de una fenomenología de carácter global en un proceso en el que la experiencia quedó revalorizada como medio, no solo de llegar al conocimiento, sino también de demostrarlo. Teniendo, quizá, como punto de origen a la Italia renacentista, este hecho está relacionado con la también elevación de la cirugía, especialidad médica basada en la intervención manual y en el conocimiento adquirido a través de la experiencia que, en épocas precedentes, había estado desplazada del prestigio que sí ostentaban los doctores en medicina, reacios a intervenir manualmente en el cuerpo humano. Se trata, entonces, de una suerte de lucha entre dos formas de abordar el cuerpo humano y sus enfermedades, el racionalismo y el empirismo en la que, a partir del siglo XVI, ganó terreno esta última apartando a Galeno y su doctrina, no bruscamente, de las reflexiones y recomendaciones de los médicos.

Algo parecido podría haber ocurrido en la tratadística política si se asume que esta se inspiró en el saber médico para el desarrollo de la metáfora organicista y la aplicación del concepto de enfermedad. Quiere esto decir, y es algo que se pretende demostrar a lo largo de toda la tesis, que los políticos del siglo XVII, inspirados en la revalorización que el término experiencia había adquirido en la centuria anterior, se valieron de los mismos métodos de legitimación discursiva que habían empleado los médicos persiguiendo la salud del *cuerpo* político de la Monarquía. Para comprender este fenómeno, por tanto, se hace imprescindible un estudio de los conceptos de *cuerpo* y *enfermedad* en un contexto concreto: la Monarquía Hispánica durante el siglo XVII.

[180] GIL, et al, 2004, Pág. 288.

8. El cuerpo y la enfermedad

Tal y como se ha venido haciendo hasta aquí, el primer paso para escrutar las cuestiones que rodean al uso metafórico del *cuerpo* y sus *enfermedades* en la Edad Moderna está en valorar cuál fue la definición conceptual que de este término se tuvo entonces. Así pues, en el *Tesoro de la Lengua Castellana* aparece definido como:

> "todo aquello que se puede tocar: y según los filósofos, *corpus dicitur substantia triplicem habens quantitatis dimensionen.* Tres maneras podemos dar de cuerpos. Primera, del cuerpo que se contiene debaxo de una especie, como hombre, arbol, piedra. La segunda, que se forma de diuersas cosas compuestas y concertadas entre si, de que materialmente resulta, como la casa, la naue, y la tercera, que se compone de partes distantes cada vna por si, **que hazen un cuerpo, o comunidad, como vna Republica**. Hazer cuerpo, abultar. Vn libro en tantos cuerpos. Vale en tantos tomos. Huir el cuerpo, esconderse y escaparse de algún peligro, pesadumbre, o dificultad. Cuerpo del articulo, cerca de los escolásticos, donde se pone la doctrina; de la qual se sacan las soluciones a los argumentos. Cuerpo de iglesia, el espacio della en medio. Cuerpo de guardia, lugar señalado para los soldados en los presidios. Tener cuerpo, ser de tomo y cantero; como el paño, o seda. Cuerpo a cuerpo, de persona a persona. Encuerpo, sin capa, ni otra cobertura, mas que el sayo. De buen cuerpo, dispuesto. De cuerpo se dixo corporal, corpulencia, corpulento: incorporar, incorporado, corporeo"[181].

Covarrubias incluye una referencia a la idea corpórea del Estado, si bien es cierto que no hace mención expresa al cuerpo humano, lo que puede estar evidenciando la hipótesis dada por Javier Fernández Sebastián, entre otros autores, acerca del empleo de esta imagen en la Edad Moderna y de cómo el uso del organicismo no tuvo intenciones abstractas, sino que de verdad hacía referencia a una idea figurada sobre el Estado y sus formas[182]. Más detallada y extensa es la definición que se encuentra en el *Diccionario castellano con las voces de ciencias y artes*, pues este recoge hasta treinta y siete acepciones frente a las tres que recogía el *Tesoro* de Covarrubias. Entre ellas, las más interesantes son las referentes al cuerpo "como substancia palpable", "en términos de Anatomía", "cuerpo del ejército" y aquel que hace referencia a "una Academia, Consejo, República, Estado, Concejo, Universidad, Comercio, Gremio, ó cosa equivalente, que forme una especie de comunidad"[183]. De este modo, se puede entender que la metáfora organicista a finales de la Edad Moderna, y en transición con la contemporánea, había

[181] COVARRUBIAS, 1611, pág. 256.

[182] FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, 2021, pág. 334.

[183] TERREROS, 1788, pág. 575.

llegado una materialización conceptual en la que se había apeado de su supuesta forma original, esto es, la metaforización y el recurso a la analogía para convertirse en un concepto asumido y entendido por la sociedad o, al menos, por parte de ella. El cómo y por qué se llegó a tal estadio es otra cuestión a resolver.

Así, y, en primer lugar, hay que mencionar que desde el Renacimiento el *cuerpo* se había convertido en una "referencia permanente" en la cultura cristiana occidental[184]. Esto quiere decir que, en realidad, la presencia de este concepto en tratados políticos (y la presencia de conceptos políticos en tratados de medicina) podría significar, no que los autores del siglo XVII se valieran de una metáfora para facilitar sus explicaciones o propuestas, sino que en realidad creían que el *cuerpo* era la sociedad y que la sociedad era el *cuerpo*[185]. No obstante, el organicismo tenía sus orígenes más remotos en la Historia Antigua, pues fue recurso utilizado por Platón en *La República* y posteriormente fue tomado y reinterpretado por Aristóteles, Tito Livio y otros autores que lo utilizaron con propósitos de legitimación sociopolítica[186]. Sus derroteros se pueden seguir también en la Edad Media y, por ejemplo, su utilización es evidente en *Las Siete Partidas* (1256-1265)[187]. Todo ello hasta llegar a la Edad Moderna, cuando, quizá debido a un aumento exponencial del interés social por el cuerpo, la metáfora organicista podría haberse transformado y multiplicado en los tratados de política[188].

A ello hay que añadir el debate, mencionado más adelante, que rodeaba al concepto *política* y que pretendía determinar su naturaleza y razón equiparándola a una ciencia. Fue entonces cuando la *anatomía* cobró un renovado interés, pues fue entendida como el método para describir los Estados igual que lo fue para la descripción del cuerpo humano. Saavedra Fajardo es buen ejemplo de ello —"la política hace anatomía de los cadáveres de las repúblicas y monarquías que florecieron, para curar mejor las presentes"[189]— para el caso de la Monarquía Hispánica, pero, de hecho, esta apreciación no fue ni exclusiva de este autor ni del pensamiento político hispánico[190]. En suma, la política era entendida,

[184] GELIS, 2005, pág. 27.

[185] WRIGHT, 2016, pág. 230.

[186] MARTÍNEZ, 2005, pág. 04.

[187] VICENTE, 2013, pág. 38.

[188] BOLAÑOS, 2018, pág. 18.

[189] SAAVEDRA, 1999, pág. 414.

[190] CARRASCO, 2017 a, pág. 18.

aunque no homogéneamente, como una ciencia o un arte que debía de valerse de métodos médico-anatómicos para lograr sus fines.

Por otro lado, resulta de interés la aparición, sobre todo entre el último tercio del siglo XVI y prácticamente todo el siglo XVII, de la metáfora de *enfermedad* como concepto unido al del *cuerpo* en las descripciones que algunos pensadores (arbitristas en su mayoría) brindaron de la Monarquía Hispánica[191]. Aunque esta situación no era nueva (Platón, por ejemplo, diferenciaba entre Estados sanos y enfermos)[192], su continua aparición podría indicar que, de hecho, el *cuerpo* de la Monarquía Hispánica estaba achacado por variopintas dolencias. El estudio de esta situación se hace más complejo si se tiene en cuenta que, en realidad, los conceptos y la morfología que rodeaban a este organismo político lo acercarían más a la idea de un cuerpo de agregados, es decir, formado por otros menores. Esto ocurre cuando se hace referencia a un conglomerado de reinos que crece (o se expande) por diversas vías y que da lugar, precisamente, a lo que se ha denominado como "monarquía compuesta o de agregación", entendiéndola como aquella que "combinaba la unidad de la cabeza con la diversidad entre sus distintos componentes"[193].

Además de eso, hay que hacer referencia a una sociedad tripartita (formada por tres estados) que adoptarían diversos papeles en la totalidad orgánica, no siempre compartidos desde la perspectiva de los autores de la época[194]. Sea como fuere, lo cierto es que el concepto de *enfermedad* está presente en autores como Francisco de Quevedo y Villegas (1580-1645), que hablaba de "repúblicas enfermas" en su *Política de Dios y gobierno de Cristo* (Zaragoza, 1626)[195].

---

[191] Según Fernández-Santamaría (1986) la crisis hispánica ya había sido percibida desde finales del reinado de Felipe II, momento de aparición de lo que este autor denominó como escuela eticista, un primer grupo de tratadistas que anunciaban y denunciaban la decadencia de la Monarquía, que daría paso a otras dos escuelas: la idealista y la realista. Cada uno de estos grupos, que bien podrían ser denominados como intelectuales, se caracterizó por modos distintos de entender el Estado, su crisis y las soluciones que su cuerpo precisaba para sanar. El uso de la metáfora organicista es algo común en prácticamente todos ellos, pero es, quizá, el grupo de los arbitristas (que operaron dentro del ámbito de la escuela realista) donde se encuentra una utilización prémienle del concepto de enfermedad.

[192] VILLEGAS, 2013, pág. 258.

[193] GIL PUJOL, 2022, pág. 78.

[194] CARRASCO, 2019 a, pág. 02.

[195] QUEVEDO, 1702, pág. 112

2.1. El cuerpo y sus metáforas

Como primer paso en esta disertación, es fundamental distinguir entre dos concepciones básicas que sobre el organicismo se han tenido desde la Edad Media: el *cuerpo* místico y el *cuerpo* político[196]. Para ello, es preciso tener claro que esta doctrina proviene del derecho canónico y que fue adoptada por los juristas y trasladada al ámbito político. En esencia, se puede decir, y esto será ampliado en las siguientes líneas, que la *cabeza* del *cuerpo* político era el príncipe (o el rey), mientras que la *cabeza* del *cuerpo* místico era Jesucristo (pues este hacía referencia a la estructura de la Iglesia)[197]. Se trata de una adaptación de la filosofía de Platón que tomó como referencia principal las aportaciones de San Pablo en la Biblia. En estas se llevó a cabo una descripción de la sociedad cristiana entendida como un *cuerpo* de muchos miembros de igual valor para el conjunto[198].

---

[196] CASTILLA, 2010, pág. 362.

[197] KANTOROWICZ, 2012, pág. 50.

[198] La alusión alegórica al *cuerpo* para describir la estructura de la sociedad cristiana es relativamente abundante en el Nuevo Testamento. Concretamente, se pueden encontrar referencias en las cartas de San Pablo (Romanos, Corintios, Efesios y Colosenses) y, aunque son muchas las citas que se podrían incluir en este sentido (*Romanos* 7,4; *Romanos* 12, 4-5; *Corintios* 6, 15; *Corintios* 12, 12-27; *Efesios* 4, 4; *Efesios* 4, 12; *Efesios* 4, 16; *Efesios* 5, 23; *Colosenses* 1, 28; *Colosenses* 1, 24; *Colosenses* 2, 19; *Colosenses* 3, 15; etc.) parece que la más representativa es *Corintios* 12, 12-27 que expresa lo que sigue: "Pues del mismo modo que el cuerpo es uno, aunque tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, no obstante su pluralidad, no forma más que un solo cuerpo, así también es Cristo. Porque en un solo Espíritu hemos sido todos bautizados, para no formar más que un cuerpo, judíos, griegos, esclavos y libres. Y todos hemos bebido de un solo Espíritu. Así también el cuerpo no se compone de un solo miembro, sino de muchos. Si dijera el pie: 'Puesto que no soy mano, yo no soy cuerpo' ¿dejaría de ser parte del cuerpo por eso? Y si el oído dijera: 'Puesto que no soy ojo, no soy del cuerpo' ¿dejaría de ser parte del cuerpo por eso? Si todo el cuerpo fuera el ojo ¿dónde quedaría el oído? Y si fuera todo oído ¿dónde el olfato? Ahora bien, Dios puso cada uno de los miembros del cuerpo según su voluntad. Si todo fuera un solo miembro ¿dónde quedaría el cuerpo? Ahora bien, muchos son los miembros, más uno el cuerpo. Y no puede el ojo decir a la mano: '¡No te necesito!' Ni la cabeza a los pies: '¡No os necesito!'. Más bien los miembros del cuerpo que tenemos por más débiles, son indispensables. Y a los que nos parecen los más viles del cuerpo, los rodeamos de mayor honor. Así nuestras partes deshonestas las vestimos con mayor honestidad. Pues nuestras partes honestas no lo necesitan. Dios ha formado el cuerpo dando más honor a los miembros que carecían de él, para que no hubiera división alguna en el cuerpo, sino que todos los miembros se preocuparan lo mismo los unos de los otros. Si sufre un miembro, todos los miembros se preocuparán lo mismo los unos de los otros. Si sufre

Ello implicaba que cada uno de estos miembros debía cumplir una función (como en el cuerpo humano), lo que puede significar una conexión con lo descrito en *La República* de Platón[199]. Por otra parte, existen otros escritos en la Antigüedad de igual relevancia en lo que a la presencia del organicismo se refiere. De entre ellos, quizá el más destacado, sea el que narra la *Fábula de Memenio Agripa,* contenida en *Ab urbe condita* (II, 32, 8-12) del historiador romano Tito Livio[200]. A esta se puede añadir la *Política* de Aristóteles, que, siendo más remota, es muestra de un sentido naturalista a la hora de describir el Estado[201].

---

un miembro, todos los demás sufren con él. Si un miembro es honrado, todos los demás toman parte en su gozo. Ahora bien, vosotros sois el cuerpo de Cristo, y sus miembros cada uno por su parte (…)". Cómo se ve, el apóstol Pablo está describiendo una sociedad basada en la igualdad entre todos sus miembros, en tanto que cada uno de estos realiza una función que es útil para el conjunto del *cuerpo*. Esta idea será tomada por buena parte de la tratadística medieval y moderna, sin embargo, para defender una estructura jerarquizada de la sociedad basada en la dicotomía *cabeza-cuerpo* que, aunque no en todos los casos, pretendía legitimar el poder real o el eclesiástico.

[199]En *La República*, Platón realiza una división tripartita de las *polis* distinguiendo entre los guerreros, los campesinos y los gobernantes, por lo que la primera consecuencia de su antropomorfismo es la defensa de una sociedad estratificada y vertical. Entonces, para Platón, los *miembros* del *cuerpo* político no serían otra cosa que sus ciudadanos (si se prefiere sus habitantes). En este sentido, que cada *parte* o *miembro* cumpla la función social que le ha sido encomendada resulta crucial para que la armonía, equivalente a la *salud* para un *organismo,* esté garantizada.

Para más información consultar: VILLEGAS CONTRERAS, A., 2013, pp. 257-277; CASTORIADIS, C., 2004; COSTA, I., 2018 pp. 12-30.

[200] La *Fabula* relata lo acontecido en Roma durante la primera secesión de la plebe (494 a.C.) cuando, como se sabe, esta se retiró al monte Sacro demandando el fin de su paupérrima situación. En la *Fabula* se destaca la labor del cónsul Memenio Agripa, más concretamente el discurso que dio ante los sublevados. En él comparó al senado romano con el estómago, pues atribuía a este funciones como la irrigación de la sangre al resto de los miembros del cuerpo, la plebe, que era entendida como su boca, sus manos y sus dientes. Para más información consultar: LÓPEZ CRUZ, P., 2011, pp. 117-128; LÓPEZ DE QUIROGA, P., 2007, pp. 243-253.

[201] En realidad, la concepción del Estado de Aristóteles difiere en varios sentidos de la política planteada por Platón, aunque eso no obsta para que el discípulo plantee también una teoría del Estado basada en el organicismo. Así, el Estado aristotélico está basado en la conformación de un *cuerpo cívico* compuesto por un conjunto de *partes* destinadas a cumplir una función específica que hacen de estas imprescindibles en el conjunto. Esto se ve, por ejemplo, en el Libro III de la *Política*, cuando Aristóteles plantea que la ciudad "está compuesta de elementos distintos, como del ser vivo, por de pronto, de alma y cuerpo" o en el Libro V cuando afirma lo siguiente: "pues lo mismo que un cuerpo está compuesto de miembros y debe crecer

La concepción organológica del Estado (si se prefiere la metáfora del *cuerpo* político) continuó, pues, su devenir histórico tomando como referencia los preceptos contenidos en estos escritos, transformándose y adaptándose a la cultura de cada época. Así, durante la Edad Media producciones políticas y literarias, incluso la documentación oficial de algunos Estados europeos, hicieron uso de esta con mayor o menor intensidad[202]. Una primera muestra de ello se encuentra en *Contra los Simoniacos* (1057), de Humbert de Moyenmoutier, que describió una sociedad jerárquica tripartita (nobleza, clero y estado llano) en la cual el clero, estamento al que pertenecía el autor, ocupaba el lugar privilegiado de la cabeza[203].

Un segundo gran paradigma se encuentra en el *Policraticus sive de nugis curialium et vestigios philosophorum* (1159), de Juan de Salisbury, donde se volvía a utilizar el organicismo para describir una sociedad vertical en la que el rey ostentaba las cualidades de la *cabeza* (lo que no le libraba del sometimiento al poder de Dios, que era entendido como el *alma*), mientras que al resto de la sociedad se le atribuían distintos papeles: el senado era el *corazón*; los jueces y gobernadores de provincias, los *ojos*, *orejas* y la *lengua*; los oficiales y soldados eran las *manos*; los ayudantes regulares del príncipe, los *flancos* (la región lateral del abdomen); los escribanos y secretarios estaban equiparados con el *aparato digestivo* y, finalmente, los campesinos con los *pies* y la base del *cuerpo*[204]. Sorprende la nula correspondencia que las instituciones a las que se refiere el texto tenían con la realidad política que rodeaba a su autor, circunstancia que él mismo resolvió atribuyendo (falsa o equivocadamente) esta descripción a aportaciones de Plutarco[205]. Así pues, aunque no se renunciaba a la verticalidad y la jerarquización social, la importancia atribuida a los campesinos es crucial para entender la insistencia en el

proporcionalmente para que permanezca la simetría –y si no, esta se destruye, como cuando el pie es de cuatro codos y el resto del cuerpo de dos palmos, y a veces incluso podría cambiar su forma en la de otro animal, si creciera desproporcionalmente no solo en cantidad sino también en calidad, así también la ciudad está compuesta de partes (…)". En este último fragmento se entrevé, además, la importancia de la armonía, algo común en este tipo de tratados. La metáfora organicista es utilizada por Aristóteles para tratar diversos temas: el equilibrio entre las *partes* (que se dividen a su vez en dos clases, la militar y la deliberativa), la coherencia en la división de los bienes, el reparto de deberes para el bienestar del conjunto, etc.

[202] KANTOROWICZ, 2018, pág. 209.

[203] TAYLOR, 2006, pág. 145.

[204] RAÑA, 2010, pág. 620.

[205] LE GOFF, 1992, pág. 16.

equilibrio entre todos los miembros como medio eficaz para garantizar la estabilidad del Estado. Sin embargo, también es cierto que la obra tuvo como principal objetivo la consolidación del clero sobre el resto de las partes (pues Dios era entendido como el *alma* que daba energía al *cuerpo* y el clero era su representante). Meta que estuvo encuadrada en un contexto concreto marcado por dos circunstancias de distinta índole: las disputas entre el poder temporal y el espiritual y el auge del urbanismo y el corporativismo en Europa a partir del siglo XIII. Con lo que respecta a la primera, resulta especialmente relevante la querella entre Felipe IV "el Hermoso" de Francia y el papa Bonifacio VIII, autor de la bula *Unam sanctam* (1302), mediante la cual pretendía acabar con la creciente autonomía del poder real frente al papado[206].

Este suceso estuvo reflejado en las metáforas de la *cabeza* y el *corazón*[207]. En esencia, la atribución de las cualidades de uno u otro otorgaba al rey o al papa una posición destacada sobre el resto, lo que fue cambiando según autores y épocas, en primer lugar, porque los conocimientos de medicina, ampliados a partir del Renacimiento, pudieron modificar las atribuciones que se le podían dar a uno y a otro y, en segundo lugar, debido a que el depositario de mayor prestigio, es decir, el que ostentaba una posición preeminente, cambiaba según la ideología y la posición social del autor[208]. En este sentido, un buen reflejo de la defensa del poder real (el temporal) frente al eclesiástico (el espiritual) se encuentra en *Las Partidas* (1256-1265), donde se atribuyen al rey las funciones más relevantes del *cuerpo*, pues desempeña el papel de la *cabeza* y el *corazón* siendo, además, definido como el *alma* del mismo[209]. No fue esta, sin embargo, la única

[206] VIGARELLO, 2005, pág. 375.

[207] SILVA & COSTA, 2018, pág. 140.

[208] ORTIZ, 2012, pág. 140.

[209] Son muchas las ediciones que se conservan de esta obra medieval. De entre ellas se ha seleccionado la edición sevillana publicada en diciembre de 1491 que lleva el título de *Las siete partidas de Alfonso X el Sabio con adiciones de Alfonso Díaz de Montalvo* y que actualmente está disponible en la Biblioteca Virtual de Patrimonio Bibliográfico. Concretamente interesa el fragmento que sigue: "Vicarios de dios son los reyes cada vno en su reyno puestos sobre las gentes para mantener en iusticia e en verdad quanto en lo temporal bien assi como el emperador ensu imperio. E esto se muestra cumplidamente en dos maneras. La primera de ellas es espiritual segund lo mostraron los profetas y los sanctos a quienes dios nuestro señor gracia de saber las cosas ciertamente e de fazer las entender: la otra es segund naturaleza assi como mostraron los onbres sabios que fueron como conocedores de las cosas naturalmente: e los santos diceron que el rey es señor puesto en la tierra en lugar de dios para coplir la iusticia e dar a cada vno su derecho: E por ende lo llamaron coraçon e alma del pueblo. La assi como yaze el alma en el coraçon del ombre. Por

muestra de organicismo medieval y, en esta línea, se puede mencionar a un tratado de autoría anónima: el *Rex pacificus* (1302), que convierte al papa en la *cabeza* del *cuerpo* y al rey en su *corazón* y en donde se percibe la utilización de la metáfora del *microcosmos*, cuyos orígenes se hunden también en la Antigüedad, pero cuya utilización es común en los tratados de filosofía y política del Medioevo y la Edad Moderna[210].

Por otra parte, la descripción que del *cuerpo* político se realiza aquí incluye a *los nervios* (la jerarquía eclesiástica), encargados de transmitir la verdadera doctrina (el cristianismo), derivada de la *cabeza* (el papa), y las *venas* (las leyes), que trasportan la *sangre* o *sustancia nutritiva* (la justicia), que es emanada desde el *corazón* (el rey)[211]. El relativo acierto con el que se atribuyen las distintas funciones de cada uno de estos órganos parece estar evidenciando que el autor tenía ciertos conocimientos médicos[212]. Este, en cualquier caso, colocó al rey en una posición ventajosa frente al papa, otorgando una mayor importancia a la realeza (poder temporal) que al pontífice (poder espiritual)[213]. Ello se deduce por la importancia que en la medicina coetánea se daba a la *sangre*, entendida como el sustento de la vida y que en este caso emana del rey y no del papa[214].

De este modo, con la utilización de este recurso se planteaba una estructuración jerarquizada de la sociedad, donde el rey (no siempre) solía ocupar el puesto de la *cabeza*, en tanto en cuanto esto suponía una posición superior[215]. Ello abre la puerta a otras cuestiones referentes a la relevancia de las funciones del monarca y de si el *cuerpo* podría

---

ella biue el cuerpo y se mantiene. Asi en el rey yaze la iusticia que es vida e mantenimiento del pueblo de su señorío. E bien otrosi como el coraçon es vno e por el reciben todos los otros miembros dignidad para ser vn cuerpo bien assi como todos los del reyno sean muchos porque el rey es e deuen ser vnos con el para seruirle e ayudar le en todas las cosas que el ha de fazer. E naturalmente que dijeron los sabios que el rey es cabeça del reyno. Ca asi como de la cabeça nacen los sentidos por que se manda todos los miembros del cuerpo bien assi como el mandamiento que nasce del rey que es señor e cabeça de todos los del reyno que se le deuen mandar e guiar e auer vn acuerdo con el para obedescerle e anparar: e guardar: e endereçar el reyno: donde el es el alma e cabeça delos miembros" (*Las Partidas,* Partida II, Título 1, Ley 5).

[210] MARAVALL, 1986, pág. 348.

[211] RIVERA, 2015, pág. 36

[212] Otras obras donde se puede encontrar un organicismo (eclesiástico y estatal), más tardías, fueron el *Livre du corps de policie* (1407) y el *De cordantia catholica* (1434) de Christine de Pizan y Nicolás de Cusa respectivamente. Para más información consultar: SUMILLERA, 2020, pág. 419.

[213] SILVA, 2019, pág. 1575.

[214] LE GOFF, 1992, pág. 20.

[215] GIL PUJOL, 2022, pág. 74.

sobrevivir sin su miembro más preciado, o de si este podría hacerlo sin todo lo que había debajo de él, cuestión que se resume en dos propuestas diferenciadas: el absolutismo monárquico, defendido por juristas como Jean de Terrevermeille en el siglo XV, que afirmaba que la *cabeza* del *cuerpo* político podía representar a la totalidad de este; y el corporativismo, defendido por figuras como Juan de Segovia, que afirmaba que la *cabeza* no podía ser superior a la totalidad de los *miembros*[216].

En referencia al primer supuesto, es importante aclarar que no era el modelo absolutista tan restrictivo como se pueda pensar. Más que un sistema de dominio total de un gobierno despótico sobre un pueblo indolente, debe ser entendido como una relación de dependencia mutua entre la Corona y grupos dirigentes de carácter local. A ello se podría sumar una serie de necesidades comunes articuladas a través de un discurso más o menos aglutinador[217]. De hecho, y como se verá, muchos de los pensadores estudiados aquí se decantaban por un modelo mixto (también llamado moderado) de monarquía. Esto quiere decir que defendían el gobierno de uno como el mejor sistema, matizando, no obstante, que los poderes de su *cabeza* no debían sobrepasar los límites de la tiranía. Pues bien, un ejemplo de ello se encuentra en las ideas de Mateo Lisón y Biedna (1580-1641), quien, en un memorial de 1623, señalaba que podía haber reino sin rey, pero no rey sin reino[218]. Reflexión semejante realizaba Quevedo en *La hora de todos y la fortuna con seso* (Toledo, 1636):

> "No conoces que **nobles, i plebeyos trasfieren su poder en los reyes**, i Principes, donde apartadode la soberania de los unos i de la humildad de los otros, compone una **cabeça** asistida de pacifica, i desinteresada Magestad"[219].

Unida a todo esto se encontraba la cuestión de si el *cuerpo* político podía ser totalmente autónomo o debía medir sus decisiones y acciones teniendo en cuenta la existencia de otros o, mejor dicho, de otro, en este caso, la Iglesia. Para el organicismo es quizá más relevante la primera cuestión, que también afecta a un *corazón* que algunos autores convierten en un órgano autónomo que podía sobrevivir sin el *cuerpo*, como creían Francisco de Sales o Jean Surin[220]. Reflexiones a este respecto se observan también

[216] FERNÁNDEZ ALBALADEJO, 1992, pág. 82.

[217] GIL PUJOL, 2012, pág. 85.

[218] GIL PUJOL, 2008, pág. 135.

[219] QUEVEDO, 1636, pág. 183.

[220] RODRÍGUEZ DE LA FLOR, 2012, pág. 235.

en *Del Rey y de la institución de la dignidad Real* (Toledo, 1599), de Juan de Mariana (1536-1624). Concretamente en su noveno capítulo, en donde el jesuita afirmaba que el poder real tiene su origen en el pueblo y que los reyes "han sido elevados al poder supremo por una concesión de aquél"[221]. De este modo, valiéndose de ejemplos encontrados en la Antigüedad Clásica, parece otorgar mayor potestad al pueblo que al rey, mencionando también situaciones e instituciones que le eran coetáneas (como la figura del Justicia de Aragón). Mariana, sin embargo, no se opone a que el poder del rey sea total, aun proviniendo este del pueblo, y esto lo justifica haciendo referencia al pensamiento de Bodin[222].

La *cabeza* y el *corazón* ocupan, entonces, una posición primordial en el organicismo, pero el cuerpo humano no está compuesto únicamente por estos dos elementos, por lo que en su empleo entran en juego otros órganos cuyo elenco, de hecho, se fue ampliando progresivamente hasta llegar a su paroxismo en las últimas décadas del siglo XVII[223]. En este sentido, Le Goff insiste en que el organicismo medieval se articuló en torno a la *cabeza*, las entrañas (especialmente el *hígado* y el *corazón)* y los miembros[224]. Es por ello que se hace necesario realizar una diferenciación entre cuál fue la interpretación acerca de las funciones y el lugar de cada parte en las distintas épocas, especialmente en la Edad Moderna. En referencia a la *cabeza* y el *corazón*, como colofón a lo que ya se ha dicho, se podría mencionar una manifestación pictórica con significaciones concretas. Se trata de una representación antropomórfica del Viejo Continente cuya *cabeza* sería la península Ibérica y cuyo *corazón* estaría en el Sacro Imperio Romano Germánico. Se trata, como ya se habrá deducido, de la *Europa Regina* de Johannes Bucius (1537). La importancia de la misma está en el hecho de que los territorios que adquieren un rango tan especial como la *cabeza* y el *corazón* eran los principales dominios de Carlos I de España[225]. De esta forma, estos se convertían en, quizá, las *partes vitales* (principales) de un *cuerpo* estatal en forma de imperio ultramarino, cuestión que se aleja sutilmente de la jerarquía política o controversial. Ello quiere decir que las funciones organológicas no siempre respondían a cargos o rangos político-gubernamentales, sino que podían hacer referencia

[221] DE MARIANA, 1845, pág. 89.

[222] CENTENERA, 2009, pág. 308.

[223] GARCÍA, 2016, pág. 736.

[224] LE GOFF, 1992, pág. 14.

[225] GIL PUJOL, 2017, pág. 18.

a un territorio unido de por sí. Es el caso de la descripción que, sobre la Monarquía Hispánica, brindó Antonio de Nebrija en su *Gramática de la Lengua castellana* (Salamanca, 1492):

> "Enla fortuna i buena dicha dela cual los miembros i pedaços de España, que estaban por muchas partes derramados, se reduxeron i aiuntaron **en un cuerpo** i unidad de reino"[226].

Como se ve, las equiparaciones organológicas podían hacer referencia a territorios o entidades políticas. Significativo es, en este sentido, que la mayoría de las veces que estas se encuentran hacen referencia a Castilla como la *cabeza* o el *corazón* de la Monarquía.

Volviendo a otras cuestiones y su posible vinculación con el discurso científico-médico hay que decir que, en primer lugar, la cabeza, y más concretamente el cerebro, fue entendido como el encargado de dirigir el cuerpo en prácticamente todas las culturas, que le atribuyeron funciones como sede del alma humana, del movimiento, de los estímulos y del espíritu animal[227]. Así pues, después del estudio de alguno de los tratados de anatomía más relevantes del siglo XVI, se hace necesario recalcar esta afirmación, pues, además de servir como órgano rector del cuerpo, este fue entendido como la sede de los sentidos. Para Vesalio, por ejemplo:

> "**el cerebro**, en su emplazamiento y con los órganos que le ayudan convenientemente en su función, prepara más que el cuerpo el **aliento animal** muy penetrante y sutil, y sus propiedades. Lo utiliza en parte para las extraordinarias **operaciones del alma más noble**, pero en parte lo distribuye inmediatamente entre los órganos de la **sensibilidad y el movimiento** a través de los nervios"[228].

Opinión compartida por Bernardino Montaña de Monserrate pocos años después al afirmar que "la utilidad del celebro es, principalmente para que en el se engendren los espíritus animales, que son principio de todo sentimiento y mouimiento de los espiritus vitales que suben del coraçon"[229]. Por su parte, este último ocupó también un lugar central en la literatura política, posición que mantuvo y que de hecho reforzó en el trascurso de la Edad Moderna cuando, a tenor de la ideología contrarreformista, su imagen adquirió nuevas dimensiones. En cualquier caso, siguiendo las huellas del organicismo, se hace necesario volver una vez más a lo que decían los científicos y anatomistas de la época.

[226] NEBRIJA, 2014, pág. 07.

[227] BARONA, 1993, pág. 22.

[228] VESALIO, 1997, pág. 449.

[229] MONTAÑA, 1551, pág. 21.

Así, Vesalio ya hacía eco de la importancia que el corazón había tenido a lo largo de la historia:

> "Hipócrates, Platón, Galeno, **los estoicos** y los peripatéticos, todos por igual, dieron por sentado que el **corazón** era la sede de la **irascibilidad** del **alma concupiscible**, o sea, de la venganza y del honor. Sin embargo, en contra de esta opinión, Zenón, Crisipo, que habría de corroborar sus teorías, Posidonio y el resto de la escuela estoica, Aristóteles y Teofrasto con el resto de sus secuaces decían que **el corazón era la fuente,** no solo de la ahora llamada **alma irascible**, sino también del **alma concupiscible** que apetece la comida, la bebida y los placeres venéreos, a la cual Aristóteles solía llamar nutritiva, otro natural y otros sencillamente concupiscible. Por otro lado, también **los estoicos** y los peripatéticos situaron la **facultad racional** y, por decirlo, en una palabra, **el principado del alma en el corazón**, pensando que en el animal éste era el principio de las funciones y cometidos"[230].

Estas líneas resumen la polémica filosófica en torno a las funciones y sustancia del corazón, que el autor resolvió aludiendo a Galeno, Hipócrates (para él, el médico más importante) y Platón (para él, el más ilustre de los filósofos). Así, mostraba su desacuerdo en que el corazón fuera el centro del alma humana y sede de su racionalidad[231], lo que no obstaba para que a este se le otorgara una importancia primordial, tal y como se ha visto en los tratados médicos y políticos de épocas precedentes:

> "Sin embargo, dejando por el momento la discusión sobre las facultades del alma, sobre sus funciones, su sustancia, su naturaleza, sus clases y sus sedes, afirmaremos con toda libertad que el **corazón es la fuente de la facultad y del aliento vital** y la sede y pábulo del **calor natural** y el autor de las pulsaciones, y demostraremos que cada una de las partes del corazón le sirve en una función relativa al calor y al a**liento vital**"[232].

El belga enlazaba directamente con las ideas esgrimidas por Galeno, que hablaba de tres centros reguladores de los movimientos vitales: el hígado, donde se encontraba el alma concupiscible y que dirigía los movimientos vegetativos; el corazón, productor de los espíritus vitales y órgano donde habitaba el alma irascible y el cerebro, donde moraba el alma racional[233]. Esta división tripartita del cuerpo, seguida por otros médicos, fue muestra de la influencia del platonismo en la medicina del pergameno[234].

---

[230] VESALIO, 1997, pág. 437.

[231] VESALIO, 1997, pág. 449.

[232] VESALIO, 1997, pág. 437.

[233] LAÍN, 1951, pág. 145.

[234] MANULI, 1980, pág. 208.

Un órgano que no debe pasar desapercibido y que está muy presente en los tratados estudiados es el estómago, el cual guarda fuertes sinergias con el hígado. Esto podría explicarse por la creencia establecida de que de ambos emanaban los apetitos y las ansias pecaminosas[235]. Un tópico que, sin embargo, albergó una excepción notable en la ya mencionada *Fábula de Memenio Agripa*, donde las funciones del Senado, órgano más importante de la administración romana, fueron equiparadas con el *estómago*, pues, aunque vivía del trabajo de los demás (del alimento) producía la energía capaz de mover al *cuerpo* entero.

En cuanto a su aparición en la tratadística política de la Edad Moderna, un tópico bastante común era el que atribuía las funciones de este órgano a los secretarios o al secretario del rey[236]. La función de estos no sería otra que la de "digerir los negocios"[237] que permitían el mantenimiento del Estado, función similar a la que realiza en el cuerpo humano y que aclararon médicos como Bernardino Montaña de Monserrate al afirmar que "la naturaleza hizo al estómago para vaso donde se cueze de primera instancia la vianda necesaria para el mantenimiento de todo el cuerpo"[238].

Por su parte, las interpretaciones sobre la importancia del hígado variaron entre la tratadística medieval y la moderna. En el pensamiento medieval, era muchas veces menospreciado por su posición inferior con respecto a otros. Además, era equiparado con las pasiones concupiscentes y pecaminosas (como ocurría con el estómago), lo que algunas publicaciones han explicado con un rechazo cristiano de la tradición pagana, ya que era utilizado por los augures para sus ritos de adivinación[239]. En cualquier caso, el hecho de que el hígado estuviera vinculado con estas ideas en la tratadística política (donde era empleado como recurso metafórico) parece incompatible con la prevalencia del galenismo, que otorgaba una importancia primordial a una entraña de la que necesitaban otras para mantenerse. Así pues, la hipótesis de que guardaba una posición secundaria (incluso menospreciada) en el organicismo puede contradecir la evidencia de que el galenismo fue prácticamente la única filosofía médica durante toda la Edad Media y gran parte de la Edad Moderna. Este atribuía al hígado una posición central en el cuerpo,

[235] LÓPEZ, 2007, pág. 243.

[236] BOADAS, 2015, pág. 363.

[237] SAAVEDRA, 1999, pág. 660.

[238] MONTAÑA, 1551, pág. 48.

[239] LE GOFF, 2005, pág. 109.

considerándolo el productor de la sangre, centro del sistema circulatorio y hacedor del *pneuma* natural[240]. Así, médicos como Henri de Mondeville o Mondino de Luzzi lo incluyeron entre los órganos principales del cuerpo[241]. Posición que mantuvo en la *Fabrica* de Vesalio, donde se consideraba el lugar de nacimiento de la vena cava y principal productor de la sangre –"al igual que Galeno, nosotros pensamos todavía que la sangre, que en la cava se halla por doquier, es elaborada por el hígado"[242]— y en muchas de las obras de sus discípulos, entre los que hay que destacar a Juan Valverde de Amusco:

> "Gran dispusta a auido entre Medicos y Filosofos, si el **Higado es principio de la sangre o el Coraçon**, pero quien quiere mirar la manera en que se mantiene el niño en el cuerpo, y despues de nacido y juntamente la sustancia, y el **color del hígado, no tengo duda, sino que tendrá por cierto ser el hígado el principal miembro, en que la sangre** (de que todas las otras partes se mantienen) **se haze**"[243].

Las palabras de ambos parecen evidenciar la persistencia del galenismo en la anatomía moderna, lo cual se reflejó en la tratadística política, de la que Cristóbal Pérez de Herrera es buena muestra. Así, en su *Memorial, remedio para el bien y la salud del cuerpo de la República* (Madrid, 1610), este doctor aborda primero al *hígado* y sus funciones, evidenciando una notable influencia de Galeno en su obra. Este fue un escritor de política, de formación médica y uno de los ejemplos más significativos del pensamiento político hispánico durante la Edad Moderna. Su obra ha sido una de las contribuciones más significativas para entender cómo el saber médico y el concepto de experiencia empaparon el discurso político durante el siglo XVII. Lo que puede constituir una paradoja, pues, como se verá, ese empeño en justificar sus ideas a través del empirismo no fue incompatible, en muchos casos, con un recurso a la tradición. Esto es evidente en ambas esferas, la médica y la política, en primer lugar, porque el recurso al organicismo era, dada las características y dilatada existencia de este, un recurso a la tradición y, en segundo lugar, porque, como se verá, la experiencia comparte muchas veces su escenario discursivo con las ideas de Galeno.

[240] SENDRAIL, 1983, pág. 151.

[241] FLORIÁN, 2017, pág. 93.

[242] VESALIO, 1997, pág. 277.

[243] VALVERDE, 1556, pág. 63.

2.1.1. La República original de Jerónimo Merola

Tres fueron, entonces, los órganos considerados por el galenismo como rectores del cuerpo humano: el corazón, el cerebro y el hígado. Esta doctrina se relaciona con la filosofía platónica y su división tripartita de la sociedad y el alma humana, lo que se observa principalmente en *La República* y el *Timeo*[244]. Además, también puede haber influido en la división de la sociedad que se encuentra en tratados políticos de la Edad Moderna. Un ejemplo notable es la *República original sacada del cuerpo humano* (Barcelona, 1587), del catedrático en medicina Jerónimo Merola[245]. En ella, se utiliza la metáfora organicista para explicar y describir cómo funciona una sociedad cuyas instituciones se parangonan con los tres órganos rectores[246].

De este modo, y a lo largo de la misma, el autor recurre frecuentemente a analogías que insisten en esta cuestión distinguiendo entre bienes del *alma* (de la que se encarga la teología), de *fortuna* (de la que se encarga el derecho civil) y del *cuerpo* (de la que se encarga la medicina)[247]. En esencia, esta articulación focaliza las funciones rectoras del *organismo* estatal en tres disciplinas: la teología, la medicina y el derecho[248]. Merola defiende que los bienes de la República (la fortuna, el alimento y la doctrina) se equiparan con las partes rectoras (el hígado, el corazón y el cerebro), y con las artes para el regimiento de la ciudad (facultad civil, medicina y teología)[249]:

---

[244] MARCOS, 2020, pág. 481; BERMUDEZ, 2010, pág. 299.

[245] El autor insiste en varias ocasiones en la división tripartita galénica del cuerpo. Ejemplo de ello se encuentra en el capítulo 22 del primer libro("Que en nuestro cuerpo esta representado el reciproco beneficio de las tres artes") en donde, además, reconoce basar sus hipótesis en la filosofía de Platón: "Harto mejor sería yr imitando a las tres partes principales del cuerpo, hígado, celebro y coraçon, que son entre sí tan beneficas, y se tratan con tanta correspondencia, que no tiene vna de ellas vn bien, que al momento no lo comunique con las otras y no le den las otras el plazeme: ni tiene vn mal que en la misma hora las dos no se compadezca, y no le den el pesame. Platon lo siente asi (…)".

[246] VICENTE, 2016, pág. 54

[247] Esta idea se desarrolla en el capítulo 7 del primer libro ("Pruevase lo mesmo con otros medios, y que la sciencia de la Medicina es necesaria").

[248] BARONA, 1993, pág. 16.

[249] Esta idea se desarrolla en el capítulo 21 del primer libro ("Que nuestro cuerpo tiene en si la cifra de las tres artes y dela manera que ande ser graduadas").

"Los **bienes de fortuna** (…) son el alimento con que los ciudadanos se mantienen a estos se parecen la **sangre y espíritu natural** (…) pues desta **sangre** se **sustentan** los ciudadanos del **cuerpo** y por la misma razon sera **el Higado** la cifra y biua figura de la **facultad Ciuil**, que estos bienes dispensa y distribuye. Desta sangre el **coraçon** viene a (…) labrar su **sangre arterial** y **vital espiritu**, con lo qual viene a dar **alimento y vida a todo el cuerpo** (…). Y como esta vida la trate el Medico no será disparata cosa ayuntar como en casamiento a **nuestra medicina con el coraçon**. (...). Despues hecha la necesaria prouision para su casa, embia parte al **celebro** por las **arterias llamadas carotides**: y deste mas y mas perficionado se haze **el espíritu animal** (…). El qual segun **Galeno es inmediato y principial instrumento** (…) del **anima racional**: mediante el **qual gouierna a todo el cuerpo**, y la facultad animal embia estos espíritus, como **rayos de claridad** y fuerça por todo el. De todo (…) se entiende que esta **cifarada y figurada la Theologia en el cerebro** pues ella es la que embia sus rayos de doctrina por todos los miembros de la Republica."[250].

Los "bienes de fortuna", que son los alimentos que nutren y mantienen a los ciudadanos, son comparables a la *sangre* y al *espíritu natural*. Por lo tanto, la facultad civil y los letrados serían el equivalente al *hígado* de la República, ya que es esta la encargada de distribuir los primeros. Por su parte, las funciones del *corazón* están ligadas con las de la *medicina* y los *médicos*, quienes son responsables de mantener la salud de cada uno de los *miembros* y, por ende, de su totalidad. Este punto es de especial interés, ya que el autor otorga a la medicina la responsabilidad de mantener la salud, no solo del cuerpo físico del ser humano, sino también de su analogía, es decir, el de la República. Por lo tanto, la medicina se convertiría en una suerte de ciencia universal. Por otra parte, tras explicar el sistema circulatorio, el autor describe al *cerebro* como el "principal instrumento del alma racional", encargado de gobernar a todo el organismo y de enviar los *espíritus de claridad*, que equipara con la teología, a todos sus miembros. Cuestión esta que llama la atención, pues de ella se infiere la escasa importancia que tiene el rey o la institución real, que desaparece (aparentemente) en favor de los letrados y los médicos[251]. No obstante, esta división tripartita alcanza un nivel mayor de figuración cuando Merola recurre a la metáfora de los tres brazos: el eclesiástico, el militar y el real[252]. El primero, al que se concede más importancia, estaría vinculado con la teología y equiparado con las funciones del *cerebro*; el segundo sería el brazo militar, que asumiría las funciones del *corazón* (encargado de generar la ira necesaria para la defensa del

[250] MEROLA, 1587, pp. 100-102.

[251] DIEZ, 2012, pág. 84.

[252] Esta idea la desarrolla en el capítulo 32 del primer libro ("Que nuestro cverpo es la cifra de los tres braços: Ecclesiastico, Militar y Real").

cuerpo); finalmente, el *hígado* se conectaría con el brazo real, encargado del mantenimiento y provisión de la República.

En cualquier caso, Merola no olvida otras entrañas y miembros, destacando especialmente al estómago, al que, aunque no forma parte del grupo de órganos rectores, concede cierta importancia. Esta se desarrolla cuando se distingue (en el cuerpo) entre "partes que gobiernan y no son gouernadas, partes que son gouernadas y no gouiernan, y finalmente otras que tienen a quien mandar y a quien obedecer"[253]. El cerebro, el corazón y el hígado forman parte del primer grupo, mientras que el resto de órganos y miembros del cuerpo se van articulando en los dos siguientes. Concretamente, el estómago formaría parte del tercer grupo, aunque, en cualquier caso, lo interesante aquí es la traslación que esas tres partes tienen en la República[254].

Así, el organigrama tripartito propuesto por Merola desarrolló una extensa teoría basada en tres órganos (el cerebro, el corazón y el hígado); tres disciplinas (la teología, la medicina y el derecho); tres bienes (los del alma, los del cuerpo y los de fortuna) y tres *brazos* (eclesiástico, militar y real). Este esquema interconectado pretendía justificar, como muchos autores antes y después que él, una articulación social vertical y jerarquizada en la que cada uno de sus miembros cumpliera una función específica[255]. Esta división otorga una significancia y relevancia superior a los estratos real y aristocrático, dejando de lado al tercer estado[256].

Queda claro, entonces, que uno de los motivos por los que la metáfora organicista fue empleada (quizá el principal motivo) fue la justificación del sistema político imperante en el momento de la redacción de los textos que se valieron de ella. En este sentido, para el siglo XVII lo que los textos estudiados pretendían justificar o legitimar no era otra cosa que el absolutismo monárquico, esto es, el estadio de la historia donde en esa pugna entre lo temporal y lo espiritual la monarquía parecía haber ganado la batalla. Es más, la concepción organológica del Estado en las centurias de la Edad Moderna debe de ser relacionada con otra cuestión, que no es otra que la revalorización del cuerpo ligada, quizá, a la revolución vesaliana y que contrasta con el periodo

[253] MEROLA, 1587, pág. 112.

[254] MEROLA, 1587, pp. 112-114.

[255] REDONDO,1992, pág. 46.

[256] GIL PUJOL, 2008, pág. 125.

precedente, la Edad Media, cuando el concepto estaba rodeado por estereotipos que lo vinculaban al mal o al pecado o que simplemente lo minusvaloraban en relación a otro potente término, el del alma[257]. Ello no obsta para que los pensadores de la Edad Moderna miraran al cuerpo desde la óptica religiosa, pues, al fin y al cabo, las referencias al cuerpo de Cristo siguieron siendo muy poderosas[258]. Fue, en cualquier caso, el Renacimiento el punto de arranque de una observación desmesurada y en todas las direcciones, también al interior del ser humano que, un siglo después, tendría su translación a una introspección colectiva especialmente significativa en el ámbito hispánico[259].

2.2. La enfermedad y sus metáforas

Siguiendo con lo que se ha dicho hasta ahora, la elevación de un término de igual poder que el del *cuerpo*, el de la *enfermedad*, fue muchas veces recurso utilizado por los tratadistas políticos del Siglo de Oro. Es por ello que, es importante aclarar qué era esta para la sociedad en la que se produjeron los textos estudiados, es decir, hay que distinguir entre el significado y la significación del concepto. En primer lugar, en el *Tesoro de la Lengua Castellana* llama la atención la ausencia del término *enfermedad* y la presencia de los términos *enfermo*, *enfermar* y *enfermizo*, que hacen referencia al estado de animales y hombres "cuando no están en salud"[260]. Más compleja y completa es la definición de Terreros en el *Diccionario castellano con las voces de ciencias y artes*, que incluye los términos *enfermar*, *enfermedad*, *enfermizo* y *enfermo*, que son equiparados con la dolencia, la indisposición o la debilidad[261].

En cuanto a su visión científica durante los siglos XVI y XVII, las referencias a esta son abundantes y suelen ir vinculadas a los medios necesarios para ponerle fin, claro ejemplo de ello se encuentra en la *Fabrica* de Vesalio o en el *Libro de anatomía del hombre* de Valverde de Amusco para los tratados de anatomía. No obstante, no se han de olvidar las aportaciones que otros autores realizaron desde distintas ramas de la medicina. En tal sentido, se puede mencionar al *Libro de las enfermedades contagiosas y de la preseruación dellas* (Sevilla, 1569), escrito por Francisco Franco; el *Remedio de cuerpos*

[257] BOLAÑOS, 2018, pág. 18.

[258] MADRESSI, 2005, pág. 27.

[259] ELLIOTT, 2007, pág. 299.

[260] COVARRUBIAS, 1611, pág. 352.

[261] TERREROS, 1788, pág. 40.

humanos y silva de experiencia (Alcalá de Henares, 1542), de Luis Lobera de Ávila; *El Libro de las cuatro enfermedades cortesanas* (Toledo, 1544), del mismo autor; la *Nueva filosofía de la naturaleza del hombre* (Madrid, 1588)[262], que se puede atribuir a Miguel de Sabuco, y un largo etcétera que resulta inabarcable para los propósitos de esta tesis. Sí se puede y se debe establecer que, en la descripción de la enfermedad que se encuentra en estos y otros tratados, suele ser habitual la mención de sus causas, sus síntomas, así como el establecimiento o prescripción de tratamientos que tenían por fin la vigorización.

El concepto aquí estudiado también apareció en otro tipo de obras que, aparentemente, tenían poca relación con la medicina, pero que se valieron de ella para amparar sus propuestas: los tratados políticos y militares[263]. En estos últimos se llevó a cabo un uso del término manifestado en obras como *Cuerpo Enfermo de la Milicia Española* (Capua, 1594), de Marcos de Isaba. Se encuentra aquí un empleo sutil del mismo para denunciar la crisis de la milicia española. Esta, atribuida a la venalidad de los mandos y la amoralidad de la soldadesca, se describía como la *enfermedad* de un *cuerpo* que necesitaba la sabiduría médica para sanar:

> "Ya que se ha dicho lo que toca en bien y mal de esta milicia y las **medicinas que se han de aplicar para curar este cuerpo enfermo** para que quede limpio y sano y no quede quejoso de que sanó de un miembro, otro le duele, pues la mayor fuerza de Su Majestad es la salud del ejército que fuera de España sustenta (…)"[264].

---

[262] El nombre completo de esta obra fue *Nueva filosofía de la naturaleza del hombre, no conocida ni alcanzada de los grandes filósofos antiguos. La cual mejora la vida y salud humana* (Madrid, 1588).

[263]El empleo del concepto de *enfermedad* en los tratados militares escritos por los cronistas de Flandes es una realidad que está pendiente de investigar. Así, en una tesis doctoral publicada por la Universidad de Murcia, Denis Grê (2015) realiza un estudio de estas obras desde una perspectiva cultural y política descubriendo como algunos de estos autores se valió, de hecho, del concepto de *enfermedad* para describir tanto el desarrollo de sus campañas como sus apreciaciones acerca de la realidad política de su momento. Destacan en este sentido las analogías empleadas por Carlos Coloma en su obra *Las Guerras de los Estados Baxos desde 1588 hasta 1599* (Amberes, 1622) donde, para referirse a los calvinistas y al problema de la religión, describe la herejía como "una enfermedad tan larga, y envejecida". Algo similar a lo que realizó Alonso Vázquez en *Los sucesos de Flandes y Francia, del Tiempo de Alexandro Farnesse, desde 1577-1595* (obra de 1614 que no vería la luz hasta 1879, cuando fue publicada por el Marqués de la Fuensanta del Valle y José Sancho Rayon). Aquí el autor emplea la analogía de la *enfermedad* para describir el desorden y la rebeldía.

Para más información consultar: GRÊ, D. 2015, pp. 87-105.

[264] DE ISABA, 1991, Pág. 215.

Por otra parte, en el pensamiento político hispánico durante la Edad Moderna, muchos autores se preocuparon por la situación de la Monarquía Hispánica, a menudo percibida como una *enfermedad* (tratable o no). Esta cuestión es, además, aclaratoria, pues resulta que ese aumento significativo de la aparición de este concepto está relacionado con un cambio de paradigma, con el paso de una situación de prosperidad, el siglo XVI, a otra de austeridad, el siglo XVII. Tal contraste, definido por Maravall como una "compleja experiencia", podría explicar el porqué de la potenciación del concepto en tratados y obras de política, escritos por hombres conscientes de que la situación había llegado a un punto de inflexión en el que era urgente aplicar el remedio[265].

El *cuerpo de la República*, a decir de estos pensadores, estaba enfermo y precisaba de una cura. En esta situación, investigadores como Fernández-Santamaría han querido ver el origen de una "trabazón directa" entre la medicina del siglo XVI y la política del siglo XVII[266]. Dicho vínculo tendría sus principales causas en el deseo de los tratadistas políticos de dotar a sus argumentos de una estructuración científica. Buena muestra de ello se encuentra en el dramaturgo belga Nicolaus Vernulaeus (1583-1649), quien definía a esta como una nobilísima ciencia cuyo objetivo era la concordia político-social, para lo que era necesario conocimiento y experiencia por parte de los gobernantes y una homogeneidad religiosa en los gobernados[267].

En el ámbito hispánico numerosos fueron los pensadores que reflexionaron sobre si esta podía ser considerada como tal, buscando para ello un método que la definiera, que le diera razón. Encontraron este en el discurso médico renacentista. Entenderla así, implicaba convertirla en una disciplina que podía (o debía) ser enseñada, algo que se manifiesta en propuestas concretas, como la creación de una cátedra para formar políticos que expuso Sancho de Moncada[268]. Ello puede entenderse mejor si se atiende a las definiciones que, sobre política y medicina, brinda el *Tesoro* de Covarrubias: la primera se dice que es "la ciencia y modo de gobernar la ciudad y la republica"[269], mientras que

[265] MARAVALL, 1986, pág. 64.

[266] FERNÁNDEZ-SANTAMARÍA, 1986, pág. 130.

[267] CARRASCO, 2017 b, pág. 199.

[268] GIL PUJOL, 2004, pág. 1017.

[269] COVARRUBIAS, 1611, pág. 591.

la segunda se define como "la facultad que el Medico professa, y los remedios que aplica al enfermo"[270].

Entonces, si el Estado había de ser gobernado, debía de serlo de la mejor forma posible y esto significaba que el gobernante tenía que buscar la estabilidad y armonía y, en su caso, repararlas si se habían perdido, es decir, que tenía que ejercer las funciones de un *médico*. Esta última cuestión, tratada en próximas líneas, también fue fundamental en la articulación del discurso político, que equiparó la figura de los políticos y gobernantes a la de los *galenos*, aunque la forma de interpretar su labor fue distinta según los casos, pues muchas veces estos eran asimilados como el *veneno* o causa de la *enfermedad* y no como el *remedio* que se había de aplicar[271]. Ejemplo de esto último se puede encontrar en los *Consejos políticos y morales* (Cuenca, 1663), de Juan Enríquez de Zúñiga (1585-1670)[272].

En cualquier caso, la trabazón a la que se aludía anteriormente implicó que la aparición de conceptos médicos se viera multiplicada en la tratadística política del siglo XVII, pues tan importante era conocer la *enfermedad* que asolaba al *cuerpo* como los medios disponibles para su cura. Esta ciencia, revalorizada desde el siglo XVI, se introdujo en la política a través del término *experiencia*, entendida como "el conocimiento y noticia de alguna cosa que se ha sabido por vso, prouandola, y experimentándola"[273] y vinculada a la *historia*, que a su vez era considerada como "una narración y exposición de acontecimientos pasados: y en rigor es de aquellas cosas que el autor de la historia vio por sus propios ojos"[274].

Estas definiciones dieron lugar a modos diferentes de entender la medicina (tanto en sentido metafórico como literal) y practicar la cura de enfermedades. En primer lugar, hay que destacar la distinción que Juan Huarte de San Juan (1529-1588) realizó en su *Examen de ingenios para las ciencias*[275] (Baeza, 1575). En esta obra el autor distinguió entre los médicos racionales (aquellos que buscaban conocer las causas de la enfermedad

[270] COVARRUBIAS, 1611, pág. 544.

[271] CARRASCO, 2017 b, pág. 201.

[272] SUMILLERA, 2020, pág. 421.

[273] COVARRUBIAS, 1611, pág. 377.

[274] COVARRUBIAS, 1611, pág. 473.

[275] El título completo de la obra fue *Examen de ingenios para las ciencias. Donde se muestra la diferencia de habilidades que hay en los hombres y el género de las letras a cada uno corresponde en particular.*

para aplicar una cura, lo que implicaba tener un conocimiento general del cuerpo humano) y los empíricos (que buscaban un remedio efectivo en los casos del pasado haciendo especial hincapié en estudios concretos)[276]. Para este autor, además, la política era la ciencia encargada del estudio de las pasiones humanas.

De este modo, en su *Examen* realizó un análisis del comportamiento humano basándose en la teoría clásica de los cuatro humores, que él transformó en la de los cuatro saberes[277]. Esta fue tomada y usada en un intento de determinar qué tipo de oficio era el adecuado para cada tipo de persona, cuestión que le llevó, incluso, a realizar una petición a Felipe II, en la que pedía una ley que obligara a cada persona a desempeñar el cargo más adecuado conforme a sus capacidades [278]. Diferente distinción realizó Marco Antonio de Camos en su *Microcosmia y gobierno universal del hombre cristiano, para todos los estados y cualquiera de ellos* (Barcelona, 1582). Este distinguió entre empíricos, metódicos y médicos refiriéndose a los primeros como aquellos que llevaban a cabo tratamientos eficaces contra la enfermedad, pero que desconocían el porqué de sus efectos; mientras que los segundos ejercían la medicina aplicando el método deductivo, de modo que eran eficientes en diagnosticar enfermedades, pero incapaces a la hora de ponerles fin; finalmente, los médicos eran aquellos que fundaban su arte en el conocimiento y en la práctica, es decir, que no diagnosticaban las enfermedades, sino que conocían los tratamientos y remedios necesarios para cada caso[279].

Como se ve, el peso de la *experiencia* y el de *la historia* (entendida como recopilación de experiencias) fueron distintos en cada uno de los casos. Entendidas como experiencia de primer y segundo grado respectivamente, la segunda adquirió una importancia crucial en la cultura moderna que se manifestó no solo en su aparición como recurso argumentativo, sino también en la impresión de numerosos tratados destinados a reflexionar en torno a ella. Ejemplos a mencionar podrían ser la *Historia General del Mundo en tiempos de Felipe II* (Valladolid, 1606), de Antonio de Herrera, o la *Historia general de España* (Toledo, 1601), de Juan de Mariana[280].

[276] FERNÁNDEZ-SANTAMARÍA, 1986, pp.133-140.

[277] BALTAR, 2016, pág. 211.

[278] GARCÍA, 2016, pág. 62.

[279] LORENZO, 2016, pág. 137.

[280] IÑURRITEGUI, 1993, pág. 123.

De cualquier forma, lo interesante aquí es que, si de verdad el método médico podía aplicarse para diagnosticar y solucionar los problemas de un Estado, ello había de significar que la política, encargada de velar por la salud y armonía de este, estaba dotada de un método científico que bebía directamente de la medicina. Por ello, en los tratados políticos del Siglo de Oro es común encontrar términos como, *prescripción*, *prevención*, *remedios*, etc., lo que parece indicar que sus autores pretendían, de hecho, dar una argumentación empírica a sus propuestas, quizá con la intención de reforzarlas.

2.2.1. Arbitrismo

En este punto hay que ahondar en la cuestión del arbitrismo y los arbitristas, cuya denominación resulta complicada porque no existe un acuerdo firme sobre si constituyó realmente una escuela de pensamiento, entendida como un grupo que seguía una misma doctrina o sistema de principios. Así, José Luis Abellán parece encontrar en estos suficientes encuentros como para considerarlos parte de una misma rama del pensamiento político español. Este autor, de hecho, utiliza el vocablo *movimiento* para referirse a ellos, a quienes también llama *economistas*, por ser su principal punto de unión el tema que les preocupaba, este era, la decadencia económica que atravesaba la Monarquía desde el final del reinado de Felipe II[281]. De otro lado, se encuentran autoras que, como Anne Dubet, cuestionan si este hecho es suficiente para considerarlos un grupo[282]. En esta línea se mueven también las aportaciones de Margarita Cuartas Rivero[283] y Manuel Urí Martín[284].

Otra dificultad surgida de su estudio está en su encuadre espacio-temporal, que no es tan simple como pudiera parecer en un principio, ya que la mayoría de investigaciones coinciden en afirmar que este fenómeno no fue exclusivo de la Monarquía Hispánica y que incluso, siguiendo a Vilar, tampoco lo fue de la centuria del seiscientos. Con lo que respecta a esta última cuestión, este autor afirma que se pueden encontrar muestras de algo similar al arbitrismo en la Antigua Grecia, por lo que pasa a llamarlos *repúblicos*[285]. La utilización de este término no es casual, pues el mismo vocablo aparece en el *Tesoro*

[281] ABELLÁN, 1988, pág. 312.

[282] DUBET, 2003, pág. 05.

[283] CUARTAS, 1981, pág. 04.

[284] URI, 1998, pág. 264.

[285] VILAR, 1973, pág. 23.

de Covarrubias estableciendo que el *repúblico* es "el hombre que trata del bien común"[286]. Similar trato se encuentra en Fabrique Furió Ceriol o Martín González de Cellorigo (que de hecho fue un arbitrista) al considerarlos como aquellos encargados del bien público o de materias políticas[287].

En este sentido, su preocupación fundamental fue denunciar la crisis que atravesaba la Monarquía planteando soluciones, un matiz que hay que recalcar, porque, si bien es cierto que esta tuvo especial virulencia en los territorios del conglomerado polisinodial gobernado por los Austrias, no es menos cierto que tuvo un calado global y afectó (aunque no de igual manera) a todas las potencias del momento[288]. Así pues, la centuria del mil seiscientos fue el contexto idóneo para el surgimiento de estos arbitristas en el ámbito hispánico, pero también para la aparición de los *projectors* en el ámbito inglés, *los donneurs d`avis* en el francés, los *projektenmacher* en el austriaco, los *arbitristi* en el italiano y los *zeleux* en el flamenco[289]. Fuera un fenómeno español, europeo o global, fuera o no una escuela o grupo homogéneo de pensadores, lo que está claro es que estos operaron en el contexto del Siglo de Oro y que tomaron por oficio la redacción y entrega de arbitrios, entendidos estos como expedientes financieros y proyectos (en algunos casos extravagantes) que pretendían dar soluciones rápidas a la penosa situación que atravesaba la Monarquía[290]. Es por esto que han sido considerados, no unánimemente, como los primeros en percibir dicha situación y plantear posibles soluciones[291].

Además, su transcendencia lleva a considerarlos más allá de su propio tiempo, puesto que sus propuestas tuvieron calado en las reformas ilustradas[292]. Entre ellas hay varias que se repiten y que podrían entenderse como un denominador común de su pensamiento, tales como el incremento de la riqueza a través de una mayor inversión estatal en actividades primarias (como la agricultura); la reducción de las cargas fiscales y, quizá

[286] COVARRUBIAS, 1611, pág. 09.

[287] GIL PUJOL, 2008, pág. 128.

[288] Para más información consultar: PARKER, 2017, pág. 27; URI, 1998, pág. 264; ABELLÁN, 1988, pág. 48; ELLIOTT, 2007, pág. 147.

[289] LORENZO, 2016, pág. 23.

[290] ABELLÁN, 1988, pág. 312.

[291] GIL, et al, 2004, pág. 269.

[292] RICO, 1998, pág. 245.

como la más importante, la armonía y complementariedad entre los miembros o estratos sociales[293]. En este sentido, es fácil deducir que estos autores señalaron también unas causas comunes a la crisis que hizo necesaria la implementación de estas medidas, tales como la despoblación; la llegada (y salida) masiva de metales preciosos a Castilla[294]; la venalidad de los gobernantes y la indolencia generalizada del pueblo; la afluencia del vellón; la excesiva presión fiscal y la presencia de extranjeros. Esta última fue una de las más comunes y de ella, en general, los pensadores políticos arrojaron una imagen consensuadamente negativa[295].

Con lo que respecta al porqué de estas situaciones, muchos de los escritores estudiados señalaban a América y el Imperio como principales culpables de la despoblación, el despilfarro, la afluencia de metales preciosos y su inmediata saca, el vellón y, sobre todo, el cambio de mentalidad de la población, esto es, de los súbditos del rey, que cómo se verá, habían experimentado un proceso de decadencia colectiva en lo moral, lo social y lo económico[296]. Especial significancia, quizá, adquirió para estos autores el tema de la despoblación, que se encuentra abundantemente en los que se han estudiado. Uno de los más reputados arbitristas, Martín González de Cellorigo, la veía, de hecho, como una de las causantes de la crisis[297].

Otra cuestión importante que no ha de pasar desapercibida es desde dónde emitieron sus juicios y recomendaciones los arbitristas. Así, se puede distinguir entre aquellos que presentaron sus reformas desde fuera de la administración y el gobierno y los que lo hicieron desde dentro. De este modo, una primera generación se caracterizó por hacer de la redacción y presentación de arbitrios un oficio; mientras que otra posterior vivió un proceso de institucionalización del fenómeno, que llevó a figuras como Mateo Lisón y Biedma a compaginar esta tarea con el desempeño de cargos administrativos. De hecho, este autor ostentaba el cargo de regidor en el Cabildo de Granada (desde 1601) cuando escribió y publicó diversos memoriales realizando sus propuestas para la Monarquía. El momento en el que esta institucionalización se produjo se puede encontrar, pues, en algún punto entre 1619 y 1621, correspondiendo este último año a la creación de la Junta de Reformación. Hay que destacar, por último, un grupo de arbitristas de difícil

[293] AMADORI, 2014, pág. 109.

[294] PERDICES DE BLÁS, L. & REEDER, J., 1991, pág. 14-15.

[295] GIL PUJOL, 2004, pág. 992.

[296] RUÍZ & VICENT, 2007, pág. 97 y siguientes.

[297] GIL PUJOL, 2004, pág. 989.

caracterización: aquellos que plantearon sus propuestas desde el prestigio que les daba no solo su carrera política, sino también su bagaje cultural y académico[298].

La figura del arbitrista, a razón de todo lo dicho, puede considerarse propia de la época, lo que explica su notable presencia tanto en los estudios de Historia Moderna como en los escritos que les fueron coetáneos, desde obras literarias hasta diccionarios. En referencia a la historiografía, el arbitrista ha sido entendido, no unánimemente, como un intelectual o pensador preocupado y consciente de la crisis hispánica, que decidió emplear su tiempo en el análisis de las causas de esta y en la búsqueda de todas las soluciones posibles[299]. En cuanto a los segundos, hay que mencionar, de nuevo, a Covarrubias, quien equiparó el significado de *arbitrio* con el *albedrío*[300], dando de este último la definición que sigue:

> "A aluedrio de buen varon se juzgan algunas cosas para atajar pleitos, concurriendo en ello las partes, que del nombre Latino arbitrium, le llamamos juez arbitrio, y arbitrio su sentencia: y otras vezes arbitrio vale tanto como parecer que uno da, y el dia de oy ase estrechado a sinificar vna **cosa bien perjudicial** que es dar traças como sacar dineros y destruir el Reyno, porque de ordinario los que dan estos arbitrios son gente perdida. Verdad es, que a estos tales pocas vezes se les da oydos, porque como ha de pasar el arbitrio por hombres de ciencia y conciencia se los rechaçan, y entre otros males que hazen es acouardar a los que podrian darlos, por el mal nombre que han puestos a este genero de suplir necesidades, y remediar faltas"[301].

Mientras, ya en la centuria siguiente, el diccionario de Terreros establecía tres definiciones para este vocablo del que destaca especialmente la primera, que lo entiende como la "accion de voluntad, con la cual se determina libremente una cosa, en vez de otra que se pudo elegir"[302]. Por su parte, la definición de *arbitrista*, que no aparece como tal en Covarrubias, es desarrollada aquí como la del que:

> "Comumente se toma por los que dan medios para aumentar tributos de esta, ó la otra manera, y que **por lo regular son dañosos al rei, y al Público**, y solo útiles para los que dan"[303].

[298] URI,1998, pág. 31.

[299] GARCÍA, 2002, pág. 140.

[300] COVARRUBIAS, 1611, pág. 81.

[301] COVARRUBIAS, 1611, pág. 61.

[302] TERREROS, 1788, pág. 138.

[303] TERREROS, 1788, pág. 138.

La acusación contra los arbitristas que encierran estas definiciones es clara: a estos no les preocupaba la Monarquía, sino su propio beneficio, por lo que el único objetivo del arbitrio sería el lucro personal. En verdad, tal imputación no carece de fundamento, pues se sabía que, si las propuestas que ofrecían se implementaban y tenían éxito, estos obtendrían (serían recompensados) con un 5% de los beneficios derivados de la puesta en práctica de su arbitrio[304].

Pero este no es el único ámbito donde la figura del arbitrista se convirtió en la de un acusado, y en este sentido, otra cuestión que debe ser analizada brevemente es la aparición del *arbitrismo* y el *arbitrista* en la literatura española del Siglo de Oro. Para ello, se debe volver a la obra de Jean Vilar[305]. Aquí, el autor realiza un estudio detallado de los arbitristas en su contexto histórico, examinando para ello su aparición en sátiras que los convirtieron, de hecho, en personajes peyorativos con los que irónicamente se asociaron conceptos como el de *enfermedad, daño* o *mal*[306]. De entre las que analiza se pueden destacar dos: el *Coloquio de los perros* (Madrid,1613), de Miguel de Cervantes y *La hora de todos y la fortuna con seso* (Toledo, 1636), de Francisco de Quevedo[307]. Es en esta última donde aparece una descripción especialmente negativa del arbitrista:

> "todos vuestros remedios son desta suerte: derribar una casa, porque no se caiga un rincon, llamais defender la hazienda: echarla en la calle, i socorrer, el rematar. Dais de comer al Principe **sus pies**, **i sus manos**, i **sus miembros**, i dezis que le sustentais, quando le hazeis que se coma abocados a si propio. Si la **cabeça se come todo su cuerpo, quedara canzer de si misma, i no persona**"[308].

El fragmento citado se puede encontrar en el capítulo 17 de la citada obra. La escena que se describe en él corresponde a la de un palacio danés que sufre un incendio, por lo que su señor se dispone a llamar a los arbitristas con la esperanza de que estos encuentren el remedio necesario para paliarlo. Lejos de esto, las soluciones que dan solo consiguen empeorar la situación. Se trata, entonces, de una sátira de esta figura, por la que Quevedo guardaba una especial animadversión[309]. Significativa es, por otra parte, la utilización de

[304] GÓMEZ-CORNEJO, pág. 19, 2018.

[305] VILAR, 1973.

[306] DUBET, 2003, pág. 02.

[307] URI, 1998, pp. 263-300.

[308] QUEVEDO, 1636, pág. 44.

[309] HUTCHINSON, 2001, pág. 72.

la metáfora organicista. En cualquier caso, la figura del arbitrista y, aún más, de sus tratados-arbitrios interesan porque en ellos se encuentra un uso exponencial del concepto de *enfermedad* que, a su vez, está vinculado a un organicismo que venía evolucionando y transformándose desde épocas pasadas. Es cierto que, como ya se mencionó anteriormente, la aparición de este concepto no es exclusiva de la tratadística arbitrista.

2.2.2. Maquiavelismo y antimaquiavelismo

Esto lleva a una reflexión imprescindible relacionada con las fuentes que pudieron inspirar a los arbitristas. Se trata de un tema ampliamente estudiado, pero que es de obligada mención para la contextualización de esta investigación. Tres son los autores que se deben mencionar: Botero, Maquiavelo y Bodin, interpretados como la base del pensamiento arbitrista por gran parte de los historiadores, quienes han llegado a considerar que los arbitristas "mejor informados conocían a Bodin y Botero"[310]. Este último realizó en *Los seis libros de la República* (publicados en 1576 y traducidos al castellano en 1590) una utilización del concepto de *enfermedad* —"Así como los médicos expertos confían más en la curación ante los ataques más fuertes, cuando los síntomas son claros, que cuando la enfermedad es lenta y crónica (…) el político sabio observa su república (…)"[311]—, lo que pudo influir en el empleo de la misma metáfora en el arbitrismo español.

La recepción de sus obras fue, podría decirse, un éxito en los ambientes eruditos durante la Edad Moderna, pues sus traducciones se produjeron pocos años después de que estas se concluyeran. A este hecho hay que sumar que el propio Botero utilizó de los trabajos de un pensador español para la redacción de sus *Relationi Unviersali* (Venecia, 1596)[312], concretamente los que José Acosta (1540-1600) realizó sobre las Indias[313].

Por su parte, el caso de Maquiavelo, aunque no hizo un uso tan evidente del concepto, puede ser tomado como significativo, en tanto en cuanto pudo servir de inspiración a los autores que se estudian aquí. En esencia, lo que él pretendía con su utilización era insistir

[310] ELLIOTT, 2007, pág. 315.

[311] Citado por: ROSA DE GEA, 2010, pág. 87.

[312] Esta obra fue traducida al castellano por Diego de Aguiar con el título de *Relaciones universales de mundo de Iuan Botero, primera y segunda parte* (Valladolid, 1603).

[313] GIL PUJOL, 2004, pág. 980.

en la necesidad de que el príncipe fuera prudente en las decisiones de gobierno, cuestión repetida en pensadores posteriores. A esta se puede añadir otra, la de dotar a sus propuestas de un método científico que les diera validez. Este, parece, fue encontrado por el florentino en la medicina[314].

Entonces, si la política y la medicina eran equiparables, el Estado y el cuerpo también lo eran, por lo que, para Maquiavelo, el Estado se entendía como un organismo vivo, sometido a los ciclos vitales del nacimiento, crecimiento, vejez y muerte, lo que conduce a una reflexión doble que, en primer lugar, conecta a este pensador renacentista con la filosofía platónica. Ello puede hacer de sus obras uno de los vehículos por los cuales el organicismo llegó a la tratadística política del siglo XVII. Por otra parte, está claro que la *enfermedad* y la *muerte* son dos evidencias para cualquier organismo, cuestión que también es tratada en Maquiavelo, pero ¿puede retrasarse lo más posible el momento de la muerte de un Estado? Para él, esto se lograría con la renovación o, dicho de otra forma, con recobrar la gloria pasada de un Estado (de ahí la autoridad otorgada a la historia y, más concretamente, al pasado romano de Italia). En este sentido, era deber del príncipe retomar la gloria pasada para evitar la *muerte* del Estado, cuestión por la que también se le entendía como el *médico* del *cuerpo* político (el que debía velar por el restablecimiento de su salud)[315].

La influencia de Maquiavelo y Botero (entre otros referentes) no es, sin embargo, la única a tener en cuenta, principalmente porque las ideas de Maquiavelo en la Monarquía Hispánica fueron, como poco, teñidas de polémica[316]. Dos obras son las que hay que tener en cuenta: *El Príncipe* (Florencia, 1531) y los *Discursos de la primera década de Tito Livio* (Florencia, 1531). La primera puede ser considerada como una muestra del pensamiento republicano de su autor[317], mientras que la segunda desarrolla una teoría

[314] Especialmente interesante resulta la mención de una enfermedad concreta de su tiempo: la tisis. Este uso metafórico del concepto de enfermedad puede encontrarse en el capítulo 3 (*Los principados mixtos)* de *El Príncipe*. También destaca la mención de llagas "engangrenadas" en el capítulo 26 de la misma obra (*Exhortación a tomar Italia y liberarla de los barbaros*). Para más información consultar, SONTAG, 2003, pág. 106 y siguientes.

[315] ANDRADA-ZURITA, 2021, pp. 33-50.

[316] FORTE & ÁLVAREZ, 2008.

[317] POCOCK, J.G.A., 2008.

política vinculada a la acción que descartó completamente los planteamientos morales como una parte indispensable dentro de las cualidades del buen gobernante[318].

En cualquier caso, la reacción en la Monarquía Hispánica respecto al maquiavelismo se basó en el surgimiento de un importante elenco de tratados que pretendían refutar sus propuestas. Esta reacción no fue inmediata, ya que las obras del italiano fueron bien acogidas en un principio, llegando a ser protegidas por el papa Clemente VIII y el emperador Carlos V[319]. Aunque esto cambió radicalmente cuando estas fueron incluidas en el *Índice* de libros prohibidos (1559)[320], coincidiendo con la pragmática dada por Felipe II que prohibía a los estudiantes españoles estudiar en universidades extranjeras[321].

Desde este año, pues, se puede hablar de una efervescencia editorial en los territorios peninsulares de la Monarquía Hispánica, que respondía al deseo de refutar al maquiavelismo y plantear alternativas, en algunos casos sospechosamente parecidas a las ideas originales del florentino. Son muchos los autores que se podrían mencionar y muchos los temas a tratar. Quizá habría que destacar, en primer lugar, la figura del jesuita Juan de Mariana y sus aportaciones en *Del rey y de la institución de la dignidad real* (Toledo, 1599). Igualmente importante fue el pensamiento de Claudio Clemente, también de origen jesuita, quien en su *Maquiavelismo degollado por la sabiduría de España y Austria* (Alcalá, 1637) describió a los seguidores de este como acólitos de la conveniencia política. Por su parte, un autor como Pedro de Rivadeneira pudo convertirse en una de las figuras más importantes del antimaquiavelismo al publicar su *Tratado de la religión y virtudes que debe tener el príncipe cristiano* (Madrid, 1595)[322]. Uno de los muchos valores de esta obra respecto a las ya citadas es que ahondaba en el concepto de razón de Estado[323].

---

[318] DEL ÁGUILA, 2008, pág. 61.

[319] PUIGDOMÉNECH, 2008, pág. 41.

[320] Posteriormente volvió a ser incluido en el *Índice* del cardenal Quiroga (1583), en cuya elaboración había colaborado Juan de Mariana; en el *Índice Tridentino* de Pío IV (1564) y en el resto de índices romanos, por lo que las obras del florentino estuvieron prohibidas en el mundo católico (y especialmente en la Monarquía Hispánica) hasta bien entrado el siglo XVIII.

[321] GIL, et al, 2004, pág. 61.

[322] El título completo de esta obra fue *Tratado de la religión y virtudes que debe tener el príncipe cristiano para gobernar sus estados. Contra lo que Nicolás Maquiavelo y los políticos de estos tiempos enseñan*.

[323] Para más información consultar: BOTERO, 1603; MEINECKE, VICEN & DEL CORRAL, 1983; FERNÁNDEZ-SANTAMARÍA, 1986; DEL ÁGUILA, 2000; CID, 2002; VIROLI, 2009; BADILLO, 2013, pp. 75-118.

Se trata este de un término fruto de un contexto histórico convulso, marcado por las guerras y por el fracaso de la idea de monarquía universal cristiana, que llevó inevitablemente a la elevación del Estado como medio necesario, en algunos casos único, para garantizar la cohesión y el orden establecido[324]. Por lo tanto, no es de extrañar que se usara reiteradamente por distintos autores. Pedro Barbosa Homen llegó incluso a incluirlo en el título de su obra *Discursos de la jurídica y verdadera razón de Estado* (Coímbra, 1623)[325]. El término, en cualquier caso, fue empleado por primera vez en la obra del ya mencionado Giovanni Botero, *Della Ragion di stato* (Venecia,1589)[326], y no aparece en ninguna de las obras de Maquiavelo (que en su lugar usaba la expresión "arte del Estado")[327], lo que no ha impedido que se le haya considerado como el primer tratadista político en desarrollar una teoría de la razón de Estado que, en esencia, planteó que los asuntos de gobierno no podían ser analizados, valorados ni resueltos desde los principios de la moral religiosa[328].

Siguiendo esta línea, y como se verá, el concepto no estuvo exento de interpretaciones muchas veces enfrentadas, algo que, es de presuponer, no había pretendido su inaugurador. De hecho, es posible que el término estuviera más o menos extendido antes de que él lo plasmara en su obra (de un modo u otro) y que sus intenciones, paradójicamente, fueran las de calmar los ánimos, pretendiendo demostrar que no había conflicto entre la razón y la fe[329].

2.2.3. Neoestoicismo y tacitismo

La articulación de un discurso que incluyera las propuestas del florentino no podía exponerse de forma abierta, por lo que muchos escritores tuvieron que valerse de argucias que otro movimiento político a tener en cuenta, el tacitismo, les iba a proporcionar. Para comprender la situación hay que hablar, en primer lugar, del neoestoicismo y su principal

[324] CID, 2015, pág. 293

[325] El título completo de esta obra fue *Discursos de la jurídica y verdadera razón de Estado, formados sobre la vida y acciones del Rey Don Juan II de buena memoria, Rey de Portugal, llamado vulgarmente el Príncipe Perfecto. Contra Maquiavelo, Bodino y los demás políticos de nuestro tiempo, sus secuaces*

[326] *Traducida al castellano por Antonio Herrera en 1593*.

[327] SUÁREZ, 2016, pág. 971.

[328] CURZIO, 2004, pág. 30.

[329] CARRASCO, 2017 b, pág. 189.

figura: Justo Lipsio (1547-1606), ya que los autores a los que prestó especial atención fueron Tácito y Séneca[330]. Las obras del primero, de hecho, fueron reeditadas por el profesor belga, lo que lo prestigió a él y revalorizó al historiador romano[331]. Ambos se asentaron y expandieron en los tratados de política entre los últimos años del siglo XVI y las primeras décadas del XVII, lo que se observa tanto en el aumento de referencias textuales a estos, como en la aparición de las primeras traducciones de sus obras y, en el caso de Lipsio, en una red de correspondencia existente entre muchos de los pensadores más afamados de la época y el lovaniense[332].

En este contexto, su creciente reputación le llevó a ejercer de consejero de miembros de la nobleza católica de las Provincias Unidas[333]. Por ello, la extensión de sus obras se produjo especialmente entre las élites nobiliarias de la Monarquía Hispánica, alcanzando incluso al conde-duque de Olivares[334]. Este mecenazgo humanístico, llevado a cabo desde los estratos superiores de la sociedad, contribuyó posiblemente en la difusión del neoestoicismo[335], al que se puede considerar como un movimiento intelectual de calado internacional y cosmopolita vigente durante los siglos XVI y XVII[336].

En relación con esto último, hay que establecer cuáles fueron las vías de penetración del neoestoicismo en la Monarquía Hispánica. En primer lugar, destacó la flamenca, a la que se pueden añadir otras dos: la francesa (que tuvo por protagonistas a las obras de Bodin y otros pensadores de su tiempo) y la italiana (en la cual se pueden citar las aportaciones de Alciato, Botero y Malvezzi)[337]. El proceso de recepción de esta corriente del pensamiento político fue, pues, complejo y se debió a varios factores, entre los que hay que añadir la presencia española en los Países Bajos o el ambiente de reflexión en torno a cuestiones religiosas que se había desencadenado a partir de 1517. En este sentido, parece que las ideas estoicas habían prevalecido en cierta medida durante la Edad Media y se habían impulsado aún más a partir del Renacimiento. Los motivos de ello estuvieron

[330] ABELLÁN, 1988, pág. 211.

[331] CARRASCO, 2017 b, pág. 185.

[332] RAMÍREZ, 1966, pp. 11.

[333] CARRASCO, 2019 b, pág. 36.

[334] GIL PUJOL, 2008, pág. 134.

[335] CARRASCO, 2019 c, pág. 394.

[336] CARRASCO, 2013, pág. 171.

[337] ANTÓN, 1993, 238.

relacionados con la percepción, quizá equivocada, por parte de pensadores cristianos de que esta era una de las corrientes filosóficas más compatibles con la moral cristiana[338].

De este modo, autores como Francisco de Quevedo, Virgilio Malvezzi o Diego de Saavedra Fajardo han sido considerados como representantes del neoestoicismo tacitista[339]. No obstante, cada uno de estos autores utilizó las bases de este para articular teorías de diferente naturaleza. Por citar un punto de especial polémica, el concepto de razón de Estado (vigente desde el último tercio del siglo XVI) no fue recibido del mismo modo por el escritor de *Política de Dios y gobierno de Cristo* (Zaragoza, 1626), pues el significado de este implicaba para el madrileño un mal intolerable que, por el contrario, autores como Saavedra se vieron resignados a asumir, intentando adaptarlo a la moral cristiana. De hecho, las ideas de Justo Lipsio y el neoestoicismo estaban directamente relacionadas con esta última, que también pretendía renovar.

En cuanto a la razón de Estado, se puede decir que sus significados estuvieron sometidos a un intenso debate en los territorios del rey católico y, en esta línea, se puede mencionar la obra de Baltasar Gracián (1601-1658): *El héroe* (Madrid, 1637), donde aparece como "razón de uno mismo", lo que ha sido entendido como la politización del sujeto y la constatación de que dicho debate se había interiorizado en el espíritu colectivo[340].

En esta línea se podría hablar de la razón de Estado cristiana como una parte inseparable de dicho debate. Esta pretendía conciliar la política y la moral en claras sinergias con el neoestoicismo. Bajo esta perspectiva, y como ya se ha dicho, durante la Edad Media el estoicismo había sido considerado como "la doctrina pagana más cercana a la moral cristiana"[341]. Por ello, no ha de extrañar que una filosofía enlazada con las ideas del cristianismo fuera protagónica en la difusión de ideas políticas desde la primera gran crisis que vivió la Monarquía (1598-1620)[342], la cual coincidió con la segunda fase de

[338] CARRASCO, 2021, pág. 54.

[339] GARCÍA, 1998, pp. 237-261.

[340] CARRASCO, 2017 b, pág. 180.

[341] ÁLVAREZ, 2011, pág. 06.

[342] ABELLÁN, 1988, 215.

recepción de las ideas de Maquiavelo (caracterizada, sobre todo, por la hostilidad a las ideas del florentino)[343].

En esencia, lo que el neoestoicismo pretendía era la conjugación del estoicismo y el cristianismo lo que, a su vez, desembocó en una defensa del gobierno de uno como forma de Estado[344]. Así pues, entender el cómo se produjo la recepción de estas ideas, aunque estas llegaran de forma tardía, es fundamental para comprender el pensamiento político hispánico durante el Siglo de Oro. En este sentido, una obra a tener en cuenta es *Politicorum sive civilis doctrinae libri sex.* Traducida por Bernardino de Mendoza con el título de *Los seis libros de las políticas o doctrina civil de Justo Lipsio, que sirven para el gobierno del reino o principado* (Madrid, 1604). Algunas de las ideas centrales de esta giran, como se verá, en torno a la cuestión religiosa y tienen que ver con una homogeneización cultural del Estado.

Especialmente interesante resulta la utilización de un discurso médico en la obra, que se vale de distintos recursos como, por ejemplo, la definición de la *prudencia* como "el arte de vivir, como la medicina el de la salud"[345] (Libro I, Capítulo 7) o a sus recomendaciones acerca de cómo administrar los fraudes y el engaño, que no descartaba si sus fines eran positivos y que vinculaba también con la prudencia (Libro IV, Capítulo 14):

> "Muchos creen con Lisandro ser mejor la verdad que la mentira, pero que la excelencia y dignidad de cada vno se viene a distinguir, segun vso y serucio que se saca de ellas. Todo lo qual se ha de aprobar si se considera la prudencia humana. Porque no, pues se refiere al bien publico, el qual chupa y traga toda la ponçoña de malicia que puede auer en ello. De la suerte que con alabança **mezclamos el veneno con medicamentos para la salud del enferm**o y a buen fin: ansi de estas cosas, a manera de **medicamentos,** vienen a ser prouechosas"[346].

Se ve cómo la *prudencia* constituye, a juicio de este autor, uno de los pilares de la sociedad civil[347]. Este concepto se convirtió en fundamental en su discurso y también en los que elaborarían a partir del suyo. Ejemplos de ello se encuentran en el pensamiento de Álamos de Barrientos, Mártir Rizo o Saavedra Fajardo. Lo que interesa ahora, en

[343] BADILLO, 2013, pág. 79.

[344] ELLIOTT, 2007, pág. 228.

[345] LIPSIO, 1612, pág. 16.

[346] LIPSIO, 1612, pág. 153.

[347] CAMPBELL, 2010, pág. 58.

cualquier caso, es comprender de dónde extrajo Justo Lipsio sus ideas en torno a la prudencia, algo que la mayoría de estudios sitúa en sus lecturas del autor romano Tácito[348]. Unida a ella se encuentran, además, términos como el de *experiencia*, *ciencia* o *historia.* Y es que, para Tácito, y luego para los pensadores de la Edad Moderna, el arte de la política (la ciencia encargada del estudio de las pasiones humanas) no podía practicarse si no se combinaban estos cuatro elementos, cuya sinergia significaba la unión de la teoría y la práctica[349].

De esta forma, el verdadero maestro para gran parte de los pensadores del siglo XVII hispánico fue Tácito, sobre todo porque recurrir a él podía servir tanto para refutar a Maquiavelo como para usar sus ideas de forma velada[350]. Curiosa paradoja que no sorprende, pues tanto aquellos que querían refutarlo como utilizar sus ideas necesitaban de una alternativa y ambos lo encontraron en el historiador romano[351].

La recepción de Tácito, en consecuencia, se convirtió en un fenómeno de singular importancia. En primer lugar, porque hubo un sector del pensamiento español que consideró al historiador romano como impío y deshonroso por pretender supeditar la religión a la razón de Estado o convertir a la primera en instrumento de la segunda[352]. De otro lado, su llegada fue bien recibida por aquellos que pretendían convertir sus propuestas en la base de la *ciencia* de gobernar. No en vano, sus textos contenían una auténtica doctrina que enseñaba a valerse de la experiencia, la prudencia y también de la cautela y el disimulo para la consecución de objetivos políticos. No obstante, el verdadero sustrato de su ideario contenía algo de más valor y este es su capacidad de analizar desde

[348] SÁNCHEZ, 2015, pág. 63.

[349] ANTÓN, 1992, pág. 297.

[350] CID, 2002, pp. 289-316.

[351] A este respecto, el debate en torno a si el tacitismo funcionó como enmascaramiento del maquiavelismo ha llegado hasta nuestros días. En su momento, José Antonio Maravall, siguiendo a su vez los trabajos de G. Toffanin, así lo sostuvo. Consideraba el jativés que aquellos que refutaban a Maquiavelo y al tiempo usaban argumentos tacitistas en sus obras eran en realidad maquiavelistas encubiertos. No tenía la misma opinión Fernández-Santamaría, quien en su más que citada obra *Razón de Estado y política en el pensamiento español del Barroco* no consideraba a estos como defensores encubiertos de un maquiavelismo, algo que compartieron otros grandes estudiosos de esta cuestión, como Enrique Tierno Galván, para quien los tacitistas no eran sino una escuela del pensamiento que planteaba una razón de Estado alternativa.

[352] SAUQUILLO, 2008, pág. 240.

distintos planos el poder y todo lo que lo rodeaba, lo que ha llevado a describir al tacitismo no como una doctrina política, sino como un "conjunto de actitudes" ante esta[353].

Muestra de ello fueron las innumerables traducciones de sus obras y otras producciones que se dedicaron a analizarlas y tratar de llevar su ideario a la práctica. Especial significancia tuvo el *Tácito español ilustrado con aforismos* (Madrid, 1614), de Baltasar Álamos de Barrientos[354]. En este tratado, el autor esbozó las bases de una nueva forma de entender la política, que vinculaba a esta con la naturaleza y que pretendía darle bases sólidas (la más fuerte, la experiencia) para articularla como una *ciencia* dotada de un *método*. En este sentido, en la misma incluyó una dedicatoria al duque de Lerma en donde describía las reglas y pautas para la conservación y aumento de los Estados, es decir, para su buen gobierno[355].

Además, la obra ofrecía a todo lector, a través de sus aforismos, un método formado por unos principios claros que se definieron como "doctrina de Estado"[356]. Esta estaba formada por cuatro niveles (las naciones, las personas, las familias y los Estados), cuyo estudio sería responsabilidad de la historia (a su entender de las historias), pues esta se convirtió en una suerte de repositorio de experiencias y ejemplos del pasado, cuestión que une a este autor con las propuestas de Justo Lipsio para quien, como ya se ha dicho, la verdad de las cosas se encontraba precisamente en el pasado y con Tácito, para quién la historia era la mayor fuente de conocimiento y elocuencia[357].

Lo interesante del tacitismo es, en todo caso, que sirvió como medio para la difusión de las ideas de Maquiavelo, sin mencionar al florentino y utilizando para ello la disimulación[358]. Cabe, no obstante, establecer una diferencia básica entre ambos

[353] CARRASCO, 2017 b, pág. 186.

[354] Otras obras dedicadas a los aforismos producidas por el pensamiento tacitista fueron: *Política civil escrita con aforismos* (Madrid, 1621) de Eugenio de Narbona; *Aforismos del Arzobispo Querini* (Madrid, 1640) de Mateo del Prado; *Tiberio ilustrado con morales y políticos discursos* (Zaragoza, 1645) de Luis de Mur; *Alma o aforismos de Tácito* (Amberes, 1651) de Antonio Fuertes y Biota y otros muchos títulos que evidencian como la recepción de Tácito en la Monarquía Hispánica fue tanto pronunciada como prolongada en el tiempo, estableciéndose el final de esta en 1687, año de la publicación de la obra de Alfonso de Lancina *Comentarios políticos a los Annales de Cayo Vero Cornelio Tácito* (Madrid, 1687).

[355] MERLE, 2014, pág. 10.

[356] ÁLAMOS, 1614, pág. 03.

[357] LÓPEZ, 1999, pág. 70.

[358] RODRÍGUEZ & SÁNCHEZ, 2000, pág. 66.

movimientos, que se encuentra en el hecho de que el maquiavelismo pretendía someter los principios de la ética a los de la política, mientras que el tacitismo anhelaba simplemente independizar y separar ambos conceptos[359].

[359] SANTOS, 1990, pág. 24.

SEGUNDA PARTE: CUERPO Y ENFERMEDAD

9. Políticos que escriben *medicina*

Se puede decir, entonces, que entre las principales metas del tacitismo estaba el convertir a la política en una ciencia que, dotada de un método, adquiriera la suficiente autoridad para aplicar remedios. Los saberes afines a esta metodología planteada por los tacitistas fueron encontrados en dos ámbitos diferentes: la historia y la medicina. Esto se debió a que ambos campos ofrecían una capacidad analítica sólida, pero, sobre todo, porque los pensadores de la época los consideraban verdaderamente objetivos.

Por otra parte, y como se ha visto, la comparación entre ambas esferas ya había sido un rasgo común en la Antigüedad y el Renacimiento. A ello se le sumaba un nuevo interés por el cuerpo, que había sido redescubierto por una renovada anatomía y por el estudio de enfermedades a través de esta. De aquí se infiere la revalorización del concepto de *experiencia* para la puesta en marcha de soluciones en los dos ámbitos. Las valoraciones sobre qué era esta fueron, pues, abundantes y variopintas y estas se podían encontrar tanto en tratados médicos como en políticos, vinculándola con la historia, en tanto en cuanto consideraban que esta era una acumulación de experiencias (de grandes gobernantes) conservadas para las generaciones venideras.

Será, pues, un rasgo común en los escritores que se analizan aquí su percepción de la historia como inspiradora de la política, hasta tal punto que muchos de ellos consideraban que el conocimiento de esta era algo imprescindible para ejercitar el poder, tal y como Luis Cabrera de Córdoba defendió en *De la Historia para entenderla y escribirla* (Madrid, 1611)[360]. Por su parte, el trato que recibió el concepto en la medicina fue similar, pues si para la gestión del Estado la historia era un elenco pormenorizado de experiencias de grandes gobernantes, en la medicina era exactamente lo mismo pero aplicado a los grandes médicos. A estas dos cuestiones cabría unir otra, y es la historia como herramienta propagandística defendida, quizá como ejemplo más significativo, por Botero. Este defendía la necesidad de que el príncipe hiciera escribir y registrar sus proezas y éxitos con el objetivo de extender su fama tanto entre sus súbditos como entre sus enemigos[361].

[360] BADILLO, 2013, pág. 100

[361] GIL PUJOL, 2004, pág. 1014.

La unión de todos estos conceptos (*medicina, experiencia* e *historia*) se aglutinó con el objetivo de acabar con los problemas del Estado y con la crisis que lo asolaba o, dicho de otra forma, sanar las *enfermedades* que lo aquejaban[362]. De esta manera, el arte del gobierno pretendió construirse como ciencia y, si esto ocurrió, fue porque los pensadores del siglo XVII, enmarcados en realidades personales, pero también en una realidad colectiva, percibieron los síntomas de una *enfermedad* que, consideraban, asolaba a la Monarquía. Esta, sin embargo, ya era visible desde mediados del siglo XVI y, enmarcada en lo que estudiosos de la talla de Abellán y Tierno denominaron como Segunda Contrarreforma, se caracterizó por el trauma de la transformación[363].

Ello se explica por el hecho de que existieron realidades opuestas entre la primera y la segunda etapa, visibles por ejemplo en el modo en que se recibieron las ideas de Maquiavelo, la presencia cuantitativa de Tácito en los tratados de política el peso cada vez mayor de cuestiones como las consecuencias del Imperio, la despoblación peninsular, la inflación creciente, la presencia de extranjeros, la ociosidad generalizada, la excesiva presión fiscal, una Corte hipertrofiada y un largo etcétera, en el que los tratadistas estudiados encontraron un *mal* que había que erradicar a través de las artes de la política, encargada de prescribir un tratamiento para el *cuerpo*[364] .

En los distintos enfoques para estas cuestiones la presencia del galenismo tenía un peso capital, pues era la doctrina médica preeminente en los territorios de la Monarquía Hispánica. Ello puede significar que el siglo XVII fue el contexto de nacimiento de una suerte de galenismo político que se valió de obras médicas seguidoras de esta corriente. Como muestras de ello se pueden citar la analogía galénica del ojo humano con el sol, el estómago como un almacén de alimento, el hígado con un taller o el empleo de analogías marítimas para explicar la morfología de algunas partes del organismo[365].

Por otro lado, y de forma más evidente, la equiparación de la Monarquía Hispánica con un *cuerpo* enfermo es continua en la producción arbitrista, llegando en algún caso a compararla directamente con uno de los enfermos descritos por Galeno[366]. Así, a medida

[362] VELÁZQUEZ, 2011, pág. 201.

[363] ABELLÁN, 1988, pág. 60; TIERNO, 1948, pág. 912.

[364] SANTOS, 1990, pág. 32.

[365] LÓPEZ, 2010, *Introducción.*

[366] ELLIOTT, 2007, pág. 309.

que se avance en la lectura, se verá cómo las comparaciones organicistas son una buena muestra de las preocupaciones de la época y, por tanto, sirven para comprender la sociedad y la cultura en la que estaban inmersas.

3.1. Fabrique Furió Ceriol

Siguiendo estas premisas, se puede empezar a analizar la obra de un pensador que planteó el sentido científico de la política: Fabrique Furió Ceriol (1527-1592). Oriundo de Valencia y una de las figuras más destacadas de la política del siglo XVI y, por lo tanto, expuesto a corrientes ideológicas como el erasmismo, que pudo conocer bien por sus estudios y estancias en grandes ciudades europeas, entre ellas París o Lovaina. Controvertido a veces, sus ideas se encuentran condensadas en *El Concejo y consejeros del Príncipe* (Amberes, 1559), que puede encuadrarse dentro de la corriente tacitista[367].

Uno de sus rasgos más notorios es su distanciamiento del platonismo por sus reflexiones referentes a la separación entre fe y razón, que iban más allá de lo propuesto por Maquiavelo, además de por emplear un sentido más naturalista en su visión del Estado[368]. Así, es sabido que Platón fundamentó su propuesta organizativa, entre otras cosas, en el papel aglutinador de la religión, y el florentino reconocía en esta un medio en manos de los príncipes. En este sentido, para articular una propuesta basada en el poder total del príncipe (y su autonomía respecto al poder espiritual), Furió recurrió al empleo de una especie de filosofía política dual cercana a la doctrina de la *persona mixta*:

> "Todo **Principe** es **compuesto** casi de **dos personas**, la una es obra salida de manos de naturaleza en quanto se le comunica un **mesmo ser con todos los otros hombres**, la otra es merced de Fortuna, i favor del Cielo, hecha para gobierno i amparo del **bien publico**, a cuia causa la nombramos **persona publica**; (…). De manera, que todo i qualquier Principe se puede considerar en dos maneras distintas i diversas: la una, **en quanto hombre; i la otra, como a Principe**"[369].

Estas palabras conectan la obra de Furió con la teología medieval redescubierta por Kantorowicz en *Los dos cuerpos del rey*[370]. Concretamente, interesan los fragmentos de

[367] RISCO, 1977, pág. 135.

[368] ABELLÁN, 1988, pp. 105-107.

[369] FURIÓ, 1952, pág. 95.

[370] El origen de los dos cuerpos del rey puede tener su origen en el planteamiento teológico de la persona mixta. Este fue primero aplicado a los cargos eclesiásticos, que poseían un cargo clerical y otro secular (por ejemplo, barón y obispo) y también a los miembros de las órdenes militares, que eran a la vez monjes y

una obra de autoría anónima de los que se vale para demostrar los orígenes remotos de la doctrina del *cuerpo* político[371]. De hecho, otros investigadores han querido ver en la doble persona del príncipe planteada por Furió semejanzas y conexiones con las ideas del jurista medieval Baldus, que básicamente insistía en considerar la naturaleza humana de los reyes más allá de su función cuasi divina[372], o con la doctrina del doble oficio desarrollada por el pensador inglés Francis Bacon[373]. Pero sobre todo supone que, como en otros pensadores que le son coetáneos, su planteamiento se enmarca en la controversia referente a la procedencia del poder.

De este modo, Furió defendía la idea de que la autoridad que ostentaban los reyes venía directamente de Dios y rechazaba la colaboración de la Iglesia[374]. Esta separación entre fe y razón vendría garantizada por la omisión de la religión como medio de fundar un buen gobierno (no se refiere en ningún momento a esta como instrumento de tal fin). Así, la necesidad de que el príncipe fuera educado en estos valores quedaba también descartada entre sus propuestas (lo que supone un alejamiento claro de los preceptos erasmistas), de hecho, para el valenciano el buen príncipe no tenía por qué ser un buen cristiano, sino simplemente un hombre conocedor de su oficio, en esencia, un profesional del principado[375]. Todo ello lo fundamentaba, como otros antes y después, con el recurso

soldados. Esta idea fue traslada posteriormente a los reyes. Es posible, Kantorowicz reflexiona desde la duda, que este sea el origen medieval de lo que luego sería el cuerpo místico de la Monarquía. Los reyes serían desde ese momento entendidos como *actores* que interpretaban el papel de Cristo en la tierra, bendecidos y deificados a través de la unción. Para más información consultar: KANTOROWICZ, 2012, pp.75-79.

[371] En la citada obra el historiador alemán dice lo siguiente: "Debemos, por tanto, reconocer [en el rey] una persona geminada, una proveniente de la naturaleza geminada, y otra de la gracia (…). Una por la cual, en virtud de la naturaleza, se asemejaba a los otros hombres; y otra por la cual, en virtud de la eminencia de [su] deificación y por el poder del sacramento [de la consagración], superaba a todos los demás. En lo que concierne a una de las personalidades, era, por su naturaleza, u hombre individual; en lo que concierne a su personalidad, era, por la gracia, un Christus, esto es, un Dios-hombre". Así, tal y como el historiador aclara, cuando el "anónimo normando" hace referencia a la gracia, en realidad se está refiriendo al gobierno. Ello supone una equiparación evidente con lo que Furió plantea al comienzo de su obra. Para más información consultar: KANTOROWICZ, 2012, pág. 79.

[372] BLEZNICK, 1966, pág. 26.

[373] MANZO, 2008, pp. 181-185.

[374] BLEZNICK, 1966, pág. 30.

[375] RISCO, 1977, pág. 132

a la alegoría. Así, si bien es cierto que no se encuentra en *El Concejo* un organicismo desarrollado de igual manera que el que se encontraba en obras cercanas como la *República original*, no es menos cierto que la equiparación de las funciones del príncipe con las de la *cabeza* de un *cuerpo* metafórico formadas por este y el concejo, no deja de ser significativo:

> "Dirán otros su parecer sobre ello, i quizá mui bien, mas io, siguiendo razón, experiencia i reglas de grandes gobernadores, oigo, que aunque el Concejo del Principe realmente no es sino uno en quanto no tiene más de una **cabeza, que es el Principe** (…)"[376].

Es posible, entonces, encontrar el uso de cierto organicismo en esta obra, cuyos fines podrían convertir a su autor en un adelantado a su época, pues este pretendía diseñar una sociedad nueva basada en la articulación de consejos, tal y como perseguiría posteriormente parte de la tratadística arbitrista[377]. Este se ve, además de lo dicho, en su idea en torno al concepto de *República*, que considera como la unión entre el *cuerpo* y el *alma*, siendo el primero la ubicación física de la segunda y su trama urbana, mientras que el *alma* propiamente dicha la vincula al gobierno[378].

Pudo, por otra parte, adelantarse al tacitismo en sus deliberaciones en torno a la naturaleza de la política, a la que veía como una *ciencia* encaminada a garantizar la armonía del Estado y para cuyo conocimiento y práctica se debía recurrir a la *historia* (entendida como cúmulo de experiencias)—"(...) porque las historias no son otra cosa que aiuntamiento de varias i diversas esperiencias de todos tiempos i de toda suerte de hombres"[379]—. El sentido que da a la historia, y el valor que confiere a esta en manos del príncipe, va más allá y llega hasta el punto de ser considerada como un medio para curar los males del Estado, es decir, una *medicina*:

> "la **Medicina tambien es historia de las esperiencias** que hizieron los médicos antiguamente, sobre la qual fundan nuestros médicos sus juizios i curas. Pues para ordenar una republica, gobernar un principado, tratar una guerra, sostener un estado, acrescentar el poder, procuar el bien, huir el mal, ¿qué cosa mejor que la **historia**?"[380].

[376] FURIÓ, 1952, pág. 109.

[377] RISCO, 1977, pág. 137.

[378] GIL PUJOL, 2008, pág. 113.

[379] FURIÓ, 1952, pág. 126.

[380] FURIÓ, 1952, pp. 127-128.

Por todo esto, Furió ha sido considerado unánimemente como uno de los grandes pensadores políticos del siglo XVI hispánico[381]. Sus propuestas políticas lo acercan en cierto sentido, a Maquiavelo, lo alejan de Platón y San Agustín y lo enfrentan, aparentemente, a ejemplos como Juan de Mariana, quien en su obra *Del Rey y de la institución de la dignidad real* (Toledo, 1599) defendía no solo la necesidad de un rey cercano a la fe, sino que no descartaba el tiranicidio, cuestión en la que sí coincidía con el valenciano, aunque argüía motivos diferentes[382]. La principal diferencia entre ambos fue, en cualquier caso, sus valoraciones acerca de la naturaleza del poder (que están precisamente conectadas con la idea del tiranicidio y cuándo aplicarlo). De este modo, para el jesuita el poder del rey no solo procedía de Dios, sino que además este debía someterse al dictamen de los súbditos[383].

3.2.Juan de Mariana

En cualquier caso, las obras de ambos pueden considerarse conectadas y, de hecho, la influencia del valenciano en el jesuita ha pretendido ser demostrada en más de una ocasión. Antes de proceder a esbozar las características del pensamiento de este último es necesario, sin embargo, realizar un breve retrato histórico del mismo. Probablemente hijo ilegítimo de Juan Martínez de Mariana y Bernardina Rodríguez, fue adoptado por Juan Salguero. Inició estudios de Filosofía y Teología en la Universidad de Alcalá (1547) y poco después ingresó en la Compañía de Jesús (1553), completando su noviciado en Simancas para terminar su formación en Alcalá. En función de esta última, fue designado para enseñar teología en el Colegio Romano en Roma, pero no fue esta su única estancia en el exterior, pues también impartió clases en Sicilia y en París. De hecho, su estancia en la capital francesa coincidió con la matanza de San Bartolomé (1572), que bien pudo influir en la posterior redacción de su *Del rey y de la institución de la dignidad real*, cuyas consideraciones acerca del tiranicidio le valieron la acusación de continuador de las ideas de los monarcomanos[384].

[381] ÁLVAREZ, 2016, pág. 662.

[382] RODRÍGUEZ-AGUILERA, 1983, pág. 152.

[383] GARCÍA, 1998, pág. 17.

[384] BRAUN, 2013 a, pág. 146.

A esto hay que añadir problemas con la Inquisición[385]. En este sentido, también se puede destacar que, como Furió Ceriol y otros antes y después que él, este jesuita fue acusado de maquiaveliano por su tratamiento de las ideas en torno al poder real[386]. A este respecto, hay que advertir que, aunque Mariana defiende la monarquía como mejor forma de gobierno, muchas de sus reflexiones giran en torno a nociones católico-agustinianas[387]. Por otro lado, se puede afirmar que para ambos la educación del príncipe era un objetivo primordial[388].

En cualquier caso, si existe una cuestión que debe ser citada aquí esa es la del organicismo empleado por el teólogo toledano. Así, y tal y como se ha dicho anteriormente, su obra principal fue *Del rey y de la institución de la dignidad real*. Publicada originariamente en latín con el título de *De rege et regis institutione* (1599), no fue traducida al castellano hasta la tardía fecha de 1845[389]. En ella, se realizó una defensa de las instituciones católicas y su separación del poder real, sin olvidar el concepto de universalidad de la fe cristiana[390]. Se trata de un trabajo centrado en describir un sistema de gobierno que no había renunciado a los principios religiosos, idea opuesta frontalmente al maquiavelismo, que no es mencionado en ningún fragmento[391]. Pero, sobre todo, se trata de un tratado donde los conceptos de *cuerpo* y *República* se convirtieron en vertebradores de un discurso cuyos fines estaban relacionados con la legitimación de la monarquía como sistema de gobierno:

> "Sobran por una y otra parte poderosos argumentos, de los cuales mencionaremos aquí los principales. El primero declara que **a todos los demás géneros de gobierno aventaja el de los reyes**, pues muy conforme a las leyes de la naturaleza, a las de la comunidad y al régimen del cielo, que el gobierno se refiere **a una sola cabeza**, como se observa entre otras partes del orden natural, en el **corazón del animal**, desde donde se comunica la **vida y el espíritu** a todos los demás **miembros del cuerpo**"[392].

---

[385] Otras obras fruto de su ingenio fueron *Historiae de rebus Hispaniae* (1592), que ha sido considerada como una historia científica de España; *De rege et regis institutione* (1599), que se analiza aquí; *De ponderibus et mensuris* (1599) o *De Monetae Mutatione* (1609), donde hacía una crítica a la manipulación monetaria.

[386] TIERNO, 1948, pág. 896.

[387] BRAUN, 2013 a, pág. 152.

[388] ANTÓN, 2003, pág. 328.

[389] FERNÁNDEZ ALBALADEJO, 2015, pág. 39.

[390] FERNÁNDEZ-SANTAMARÍA, 1986, pág. 67.

[391] FERNÁNDEZ ALBALADEJO, 1992, pág. 83.

[392] DE MARIANA, 1845, pág. 28.

Esto es, ciertamente, un rasgo común con un buen número de los tratados de la época, lo que no impidió que el autor se desmarcara en cierto sentido de sus coetáneos al articular un discurso contra el *rey-tirano* en el que, incluso, no se descartaba el tiranicidio. En este sentido, y como ya hacían otros, Mariana recurría a la figura retórica del príncipe como *médico* de su Estado, solo que en esta ocasión no lo hacía para describir a uno bueno o ideal, sino todo lo contrario—"y así como el médico separa en el cuerpo humano los humores malos de los buenos, del mismo modo el tirano trata de extrañar de la república a los buenos ciudadanos."[393]—. Más allá iba Mariana al equiparar a ese tirano con una *enfermedad* que impedía, frenaba o dificultaba la unión armoniosa de todos los *miembros* del *cuerpo* en uno solo, por lo que eliminar a lo que consideraba un *miembro gangrenado* estaba más que justificado:

> "Así como **ciertos miembros podridos se cortan para que no infeccionen con su corrupción las demás partes del cuerpo**, del mismo modo esta especie de bestias feroces, en figura humana, se debe ahuyentar de la sociedad y **herirlas con el hierro**"[394].

No ha de sorprender que las preocupaciones de la obra giraran en torno a cuestiones como la licitud de acabar con la vida de un mal príncipe (entendido como tirano), si este estaba sometido a las leyes o, en definitiva, si era mayor la potestad de la *cabeza* que la del resto del *cuerpo*, esto es, si era mayor el poder del rey que el de su reino. En este último aspecto, Mariana se declaraba, a grandes rasgos, partidario de limitar el poder de los reyes, cuestión unida al papel de las leyes y que es común a otros referentes de la cultura política del mil seiscientos como, por ejemplo, Francisco Suárez (1548-1617), también jesuita. Más limitado se encontraba el rey en cuestiones religiosas, pues, en este ámbito Mariana era tajante en la separación de ambas esferas, la política y la religión, o, más bien, en la subordinación de la primera frente a la segunda[395]. El jesuita reconocía una diferenciación o compartimentación del poder espiritual frente al secular, incluso la necesidad del mismo, pero, matizaba, ello no debía suponer que los sacerdotes, para él ministros de la fe, desaparecieran del escenario[396]. Siguiendo sus propias palabras:

[393] DE MARIANA, 1845, pág. 63.

[394] DE MARIANA, 1845, pág. 81.

[395] STROSETZKI, 2005, pág. 539.; BRAUN, 2013, pág. 152.

[396] BRAUN, 2013 a, pág. 160.

> "siendo una verdad, que **jamás puede separarse la religión de la república**, sin grave daño y ruina de una y de otra, los pueblos todos, y en todos tiempos, procuraron que los ministros de la religión, que llamamos sacerdotes, viviesen en la **más completa amistad y armonía** con los demás magistrados, que ejercen la autoridad civil, de suerte que fuesen **como dos miembros de un solo cuerpo, y nunca formasen diversos cuerpos**"[397].

En todo esto residía una profunda preocupación por la legitimidad del poder y la moralidad en el ejercicio del gobierno. Sus ideas sobre la limitación del poder real y la separación de esferas política y religiosa, aunque innovadoras, se enmarcan dentro de una tradición de pensamiento que buscaba armonizar los principios de autoridad con los valores cristianos y que no están exentos de un cierto pesimismo antropológico que desconfiaba de la capacidad de los hombres en ejercer un poder moderado[398].

3.3. Baltasar Álamos de Barrientos

Otro pensador coetáneo a Mariana, y quizá lector de sus escritos, fue Baltasar Álamos de Barrientos (1556-1640), quien comparte rasgos estilísticos y formales con el teólogo jesuita: en primer lugar, ambos compartieron un objetivo común (la formación del príncipe heredero), pero también apelativos (fueron acusados de seguidores de Maquiavelo) y fuentes, ya que leyeron al florentino y, aunque trataron sus ideas de manera diferente, los dos recurrieron a Tácito como alternativa visible. Además, en sus escritos se aprecia un notable influjo de Botero, evidenciado en diversos aspectos[399].

Poco se sabe, por otra parte, sobre la vida de este erudito español: nació en Medina del Campo y falleció en Madrid; estudió leyes en Salamanca y estuvo al servicio del secretario Antonio Pérez (1580), lo que acabó costándole el ingreso en prisión (1590). Con lo que respecta a sus obras, no existe consenso en cuanto a cuáles son realmente suyas, planteándose un debate que cuestiona si estas fueron en verdad de él, de Antonio Pérez o si fueron una elaboración conjunta. En este sentido, si se asume que las creaciones que llevan su nombre nacieron realmente de su pluma, se puede decir que sus trabajos

[397] DE MARIANA, 1845, pág. 271.

[398] CARRASCO, 2017 b, pág. 190.

[399] GIL PUJOL, 2004, pág. 1008.

fueron verdaderamente prolíficos[400]. Y es que cada uno de ellos constituye una muestra significativa del pensamiento político de su época[401]. Además, en sus páginas se percibe el uso de un tacitismo orientado a fines que podrían ser tildados de maquiavélicos y que se fundamentaba en un discurso con pretensiones cientificistas[402]. Con respecto a esto último, en este autor se puede encontrar una de las primeras manifestaciones de la nueva naturaleza de la política, que consistía en su separación de los dictados de la moral religiosa a través del empleo de un método con fines concretos y que bebió fundamentalmente de tres fuentes: la medicina, la historia y la experiencia. En referencia a la primera, el propio Álamos atestiguó su intención de imitarla en obras como *Tácito español ilustrado con aforismos* (Madrid,1614), justificando el empleo de estos con base a una imitación del método que Hipócrates había empleado antes que él:

> "Quise vsar deste nombre de Aforismos; aunque pudiera del de reglas, sentencias, o conclusiones por **seguir el exemplo** de los dos Griegos, Medico, y Astrologo, **Hipocrates, y Ptolomeo**, Principes de sus ciencias, que por compedio y epilogo dellas, y para enseñarles como tales a los descendientes, nos dexaron escritas otras tales reglas con nombre de Aforismos. Y porque como los primeros siruen para la **salud de los cuerpos humanos**, para su conseruacion y remedio; y por los segundos se pronostican los sucessos naturales, y las inclinaciones del apetito del hombre por estos mios, y de **Tacito** (…)"[403].

Por otro lado, en lo que a su método se refiere, llama la atención sus semejanzas con la anatomía. Como se sabe, desde el Renacimiento esta adquirió un significado más amplio y complejo que la igualó a la acción de analizar a través de la división parte por parte, tanto en medicina como en política[404]. Esto fue lo que Álamos se dispuso a hacer en su *Discurso al rey Nuestro Señor* (1598)[405], donde se encuentra una descripción

---

[400] La polémica historiográfica en torno a las obras de Álamos de Barrientos no se limita, evidentemente, a la que se estudia aquí. En este sentido, fue notable la disputa historiográfica entre aquellos que afirmaban que sus escritos y tratados eran en realidad de Antonio Pérez y la de aquellos que, con matices, apostaban por la autoría del salmantino. Los debates giraron en torno a *El conocimiento de las naciones* (1598) y *Norte de Príncipes* (1606) y tuvieron como cabezas visibles a Feliciano Cereda y Gregorio Maraón en cada uno de los argumentos. Para más información consultar: SAUQUILLO, 2008, pág. 237-239.

[401] CANTARINO, 1996, pág. 04.

[402] MURILLO, 1957, pp. 76-91.

[403] ÁLAMOS, 1614.

[404] BOLAÑOS, 2018, pág. 20.

[405] Hay que aclarar cuál fue el contexto de redacción y publicación de esta obra. Para ello hay que seguir lo dicho por Modesto Santos en la introducción que realiza en la reedición de la misma (1990). Aclara este investigador que existen distintos títulos con los que ha sido conocida, a saber: *El conocimiento de las*

compleja y compartimentada de la Monarquía Hispánica. De esta forma, la primera parte de la obra está dedicada a la descripción de los distintos reinos que la componían (heredados, conquistados, próximos, apartados, divididos, unidos, amigos y enemigos públicos o secretos). Álamos pasa después a alertar sobre los *males* que sufrían cada uno de estos, haciendo especial insistencia en Castilla y a temas de calado económico. Termina la primera parte valorando las causas que llevaron a la Monarquía a *enfermar* y empieza la segunda valorando cuál sería el *remedio* más adecuado para acabar con sus *afecciones*. Con respecto a esta variedad de reinos, el autor insiste en la importancia de mantener su cohesión para evitar la *enfermedad*[406]. En este sentido, si se sigue la definición que de *anatomía* brindó Bernardino Montaña de Monserrate, se puede concluir que lo que Álamos pretendía con esta estructuración era comprender o, mejor dicho, hacer comprender cuáles eran las características del Estado en el que Felipe III inauguraba su reinado:

> "doctrina que enseña a conocer perfectamente **las partes de que esta compuesto el cuerpo humano** y su fabrica y templança, según que conuiene conocerla al médico y al cirujano para la **conseruación y curación del hombre**. LLamasse esta doctrina **anathomia**, que quiere decir diusion perfecta: porque assi como en la diusion real las partes que primero estauan juntas, se apartan vna de otra, y queda cada vna dellas mas clara y conocida , que quando estauan juntas. Assi tambien en esta doctrina las **partes del cuerpo humano** que sin la doctrina están confusas y oscuras y no se entienden, se dan a entender claramente"[407].

Separar para comprender fue la técnica usada por Álamos. Eso le venía, quizá, de la anatomía y de la medicina, por lo que valorar el papel de esta última en su análisis no debe dejarse de lado. En este caso, el empleo del discurso médico perseguía un doble fin:

Naciones; *El Arte de Gobernar*; *Discurso político al Rey nuestro Señor del estado que tienen sus reinos y señoríos y los de amigos y enemigos con algunas advertencias sobre el modo de proceder y gobernarse con los unos y con los otros* y *Discurso político al rey Felipe III al comienzo de su reinado*. Las discrepancias que rodean a la cuestión de la intitulación tienen que ver con su contenido y estructura, pues, dice Santos, la obra que ha llegado hasta nuestros días consta de dos partes, una en la que se contiene la doctrina política de Álamos de Barrientos y otra que toma la forma de Dedicatoria. Dice este especialista, que es necesario distinguir ambas partes. La segunda de estas correspondería al discurso político al rey Felipe III, mientras que en la primera existen más discrepancias. Mayor dificultad presenta determinar su autoría, pues no todas las investigaciones apuntan a Álamos de Barrientos. Cereceda (1948), por ejemplo, concluye en sus investigaciones que el autor no puede ser otro que Antonio Pérez.

[406] GIL PUJOL, 2012, pág. 75.

[407] MONTAÑA, 1551, pág. 03.

la articulación científica de la política y la eliminación de la moral de sus planteamientos. Ambas son cuestiones vertebrales para comprender su ideario, pues, ante la posibilidad de recurrir a Maquiavelo para fundamentar sus teorías (algo temerario para sus propósitos) Álamos encontró una alternativa: recurrir a Tácito. Así, como toda ciencia tenía un método, resultaba necesario determinar cuál debía ser el de la política, encontrando sinergias en la *medicina*, en tanto en cuanto esta era un saber compuesto por reglas y procedimientos destinados a recuperar o conservar la salud del cuerpo humano, completamente desvinculada de los métodos que empleara el médico para conseguir este fin[408]. En este sentido, las propuestas de Álamos han sido vinculadas a las del tacitismo médico, que lo diferencia de otros pensadores de calado tacitista que, como Donato Giannotti, se enmarcan en lo que se ha denominado tacitismo arquitectónico[409].

El medinense, sin embargo, no hace mención de la ciencia anatómica. No se refiere a ella en ningún momento de la obra, aunque parece emplear su método. No ocurre lo mismo con otros pensadores que, como Saavedra Fajardo, enlazaron abiertamente el trabajo del político con el del anatomista[410]. Se trata de una cuestión presente en muchos discursos que pudo tener su origen en el papel de Tácito como aval de sus propuestas. Este pensador clásico se convirtió, como se sabe, en una de las bases del pensamiento político barroco. Álamos, de hecho, ha sido considerado como uno de los tacitistas españoles más prototípicos[411].

Es por ello que la historia y la experiencia jugaron un papel de importancia capital en su obra, pues estas venían directamente del ideario del romano. Así, para este y otros referentes, la política era una ciencia dotada de un método y, como tal, esta había de ser aprendida por sus practicantes (políticos, reyes o príncipes). En este sentido, la distinción entre experiencia de primer orden, esto es, la experiencia vital o personal, y la de segundo orden, la historia, dieron lugar, combinadas con la prudencia (virtud tacitista) a la articulación teórica de lo que debía ser un buen gobernante[412]. Pero la elevación de la historia, entendida esta como cúmulo de experiencias, no fue algo exclusivo del pensador romano, sino que también fue una idea central de las propuestas del innombrable

[408] TIERNO, 1948, pág. 957.

[409] SAUQUILLO, 2008, pág. 243

[410] SAAVEDRA, 1999, pág. 254.

[411] ABELLÁN, 1988, pág. 105.

[412] ÁNTON, 1993, pág. 297.

florentino. Ideas que, a pesar de las restricciones, habían llegado a la península Ibérica y habían sido difundidas por sus pensadores, aunque no abiertamente. Furió Ceriol, por ejemplo, había traducido literalmente las palabras de Maquiavelo a este respecto sin llegar a citarlo[413].

Se puede decir, en definitiva, que la producción escrita de Álamos de Barrientos es una buena muestra para entender movimientos como el maquiavelismo o el tacitismo y cómo estos abordaron cuestiones como la razón de Estado y la naturaleza de la política[414]. No en vano, este ha sido considerado como un político de talla en la España de los Austrias debido entre otras cosas a sus aportaciones económicas, cercanas en algunos aspectos a las propuestas que podría realizar un arbitrista, aunque él mismo acabó por desvincularse de estos últimos[415]. Cargó en este sentido contra los juros, las obligaciones fiscales desmesuradas que soportaban los naturales de Castilla, la presencia de extranjeros en el mercado interior y se adhirió a las ideas de la teoría cuantitativa de la escuela de Salamanca[416].

[413] ÁLVAREZ, 2016, pág. 663.

[414] La llegada y difusión del tacitismo a los territorios peninsulares de la Monarquía Hispánica es, aún hoy, una cuestión historiográfica sin resolver. Por un lado, un grupo de autores, entre los que se encuentra Beatriz Antón Martínez (1992), defiende que este fenómeno se desarrolló de una forma progresiva y diferenciada. Distinguen, entonces, entre una primera generación de tacitistas compuesta entre otros nombres por Diego Hurtado de Mendoza, Jerónimo de Zurita o Benito Arias Montano, figuras que en la mayoría de los casos habían demostrado un interés por la historia y contaban con experiencia en política y un segundo grupo de tacitistas que contaría con nombres como Cristóbal Pérez de Herrera o Mateo Alemán, quienes, a diferencia de los tacitistas de primera generación, no tenían experiencia política ni, por lo general, habían ostentado ningún cargo en ese sentido. En la mayoría de los casos procedían de la baja nobleza y defendían los intereses de la incipiente burguesía. A este respecto, autores como Juan Varo Zafra (2015) han considerado a Baltasar Álamos de Barrientos como un tacitista diferente, incluso como una bisagra entre los dos tacitismos. Por otro lado, otro grupo de historiadores y estudiosos del pensamiento político consideran que no se puede hablar de tacitismo hispánico hasta 1580. Entre estos últimos destacan las aportaciones de Francisco Sanmartí Boncompte en *Tácito en España* (1951). Para más información consultar: ABELLÁN, 1988, pp. 98-111; ABELLÁN, 2014, pp. 195-218; ANTÓN, 1992; BONCOMPTE, 1951; FERNÁNDEZ-SANTAMARÍA, 1986, pp. 161-203; RODRÍGUEZ-AGUILAR, 1983, pp. 131-158; VARO, 2015, pp. 537-556.

[415] RODRÍGUEZ-AGUILAR, 1983, pág. 149.

[416] SANTOS, 1990, pág. 49.

En referencia al organicismo, hay que decir que este se percibe en distintos puntos de la obra. Se intuye, además, que Álamos conocía a Platón, pues llega citarlo en más de una ocasión. En esta línea destaca una referencia a los arbitristas en la que se vale del filósofo griego, entre otras argumentaciones, para criticar a quiénes emitían falsos arbitrios buscando el beneficio propio:

> "Y sobre todo suplico a Vuestra Majestad mande que **no se escuche género alguno de arbitrios** para sacar dinero por este camino o por aquél de esto que dicen que ahora no vale a Vuestra Majestad ni a otro, y que ellos podrían hacer que valga: **que todos paran en destrucción pública**, y que por esto los reprueba Platón en su *República* (…)"[417].

Siguiendo esta estela, la aparición del organicismo platónico se puede encontrar en varias ocasiones dentro de la obra[418]. De todas ellas, quizá la más explícita se encuentra en su descripción de Castilla, entendida como *cabeza* de la Monarquía y dividida en cuatro estados (eclesiásticos, señores, nobles y plebeyos), cada uno de los cuales destinado a cumplir una determinada función en el *cuerpo* sociopolítico[419]. Recomienda Álamos que se guarde que cada uno de estos cumpla su función sin ser menospreciado para garantizar la estabilidad y prosperidad:

> "Dejo esto para otra ocasión, y paso a los Estados de **Castilla, cabeza y principio del imperio español**, que ya he dicho a Vuestra Majestad que **los divido en cuatro**, con los cuales me parece que proceda de esta manera. Con los eclesiásticos, religiosos y seglares ha de gobernarse Vuestra Majestad honrándolos y favoreciéndolos (…). En los grandes, en los nobles y en el pueblo, la orden que puede haber para poseer los ánimos y afición de todos es proceder, demás de la visita que decía, honrando los grandes, sirviéndose de los nobles, no cargando de nuevo la plebe, y haciendo que todos gocen de la abundancia y bienes de la paz, y no prueben la estrecheza y males de la guerra sin tenerla"[420].

[417] ÁLAMOS, 1990, pág. 121.

[418] La descripción colectiva de una sociedad también puede ser indicio de tacitismo, pues de hecho esta fue una de las características ideológicas del movimiento que se puede encontrar en otros autores como Arias Montano. En esencia, el enfoque psicológico-colectivo de la sociedad, empleado tiempo atrás por Tácito y retomado por sus seguidores en la Edad Moderna, buscaba establecer una serie de preceptos o advertimientos en referencia a cada uno de los extractos que la componían, así como una suerte de recomendaciones para los gobernantes. Para más información consultar: VARO, 2015, 541.

[419] ÁLAMOS, 1990, pág. 26.

[420] ÁLAMOS, 1990, págs. 107-108.

Se considera a Castilla como Estado principal, a la que se refiere en otro momento como la "cabeza de esta monarquía, como Roma, Constantinopla, Macedonia y Persia lo fueron de las antiguas"[421]. No se olvida de otras partes de ella y, una vez más, divide estas en miembros sociales. Se puede citar en este caso, para complementar lo que se ha dicho sobre Castilla, la descripción que hace de los virreinatos americanos, a los que entiende como "el fundamento de esta monarquía" en un sentido muy claro, de ellos procede el dinero o "sustancia":

> "Las Indias occidentales, que sin duda es el **fundamento de esta monarquía**, como cualquier **provincia** de donde **viene el dinero**, y así lo entendieron los maestros de **esta ciencia**, de tal manera que es la parte de este imperio con que más cuenta se ha de tener, pues **sin dinero quedaríamos sin fuerzas y sin sustancias**"[422].

Álamos describe estos empleando tanto el lenguaje médico como la metáfora organicista[423]. Esta última queda evidenciada cuando los divide en distintos estados sociales a los que llama *miembros* y que serían cuatro (naturales, conquistadores, forasteros y eclesiásticos). A cada uno de estos atribuye una función y unas características, pero resulta más significativo la utilización del discurso médico para la prevención o remedio de las *enfermedades* que de estos puedan surgir:

> "De suerte que en aquellas provincias extendidísimas, para **prevenir y remediar** el **daño** que puede suceder en ellas, se han de considerar dos cosas, la una ajena y la otra propia. La ajena es el **daño** que se puede recibir en ellas, y en el camino para ellas, de los enemigos y de sus insultos; y la propia será los **humores** que se podrían revolver en naciones tan ricas y abundantes como aquellas, si llegan a conocer su poder y **que el de esta monarquía depende del suyo**, y que **podrían dar leyes el lugar de recibirla**"[424].

Este planteamiento recuerda a lo dicho por Jerónimo de Merola en su *República original*[425]. Esto lleva a entender a las Indias como una parte del *cuerpo* político encargada de producir una *sustancia* que, al detener su flujo, desencadenaría un desequilibrio en todo el *organismo*. Distinto a lo que ocurre cuando se refiere a los Estados divididos, es decir, enemigos públicos o secretos de la monarquía, en los que

[421] ÁLAMOS, 1990, pág. 26.

[422] ÁLAMOS, 1990, pág. 13.

[423] RODRÍGUEZ-AGUILERA, 1983, pág. 149.

[424] ÁLAMOS, 1990, pág. 14.

[425] MEROLA, 1587, pág. 112.

incluye a Flandes y los Estados italianos. Estos últimos son entendidos como "mudables enemigos de cualquier imperio que tengan sus cabezas, y amigos del que no los posee"[426]. A decir de Álamos, los habitantes de aquellas tierras consideraban únicamente los daños de su presente y no los del futuro, dejándose encender por potencias extranjeras (menciona a Francia) y por las aspiraciones de sus potentados. Italia era, en definitiva, un posible origen de la *enfermedad* por el desequilibrio que esta podía provocar en el conjunto de la Monarquía:

> "Y con esto se junta como **el cuerpo humano**, sujeto de suyo a **enfermedades**, está en mucho peligro de que, lleno de **mal humor**, no le acabe del todo la **primera enfermedad que le diere**, y que despertare y moviere aquella abundancia de los **malos humores** que no se ve ni se conoce mientras está sano; así también **Italia** sujeta a **guerras** por los muchos potentados que en sí encierra, nuevos y viejos, todos ambiciosos y con **codicia** de la propia grandeza, abundante de vituallas y aun de dineros, acostumbrada a guerras civiles por mucho tiempo, se puede temer que no la admita y aun procure tenerla, alimentándola sus naturales por su codicia y ambición, como ya lo han hecho otras veces en tiempo de nuestros abuelos, que fueron la **causa principal** de meter en revuelta el mundo"[427].

Pero, continuando con la cuestión americana, hay que decir que en ella aparece una idea que será relativamente reiterada en la obra: la equiparación del dinero con la *sangre* o *sustancia* del *cuerpo* político. Se hace uso de esta en diversas ocasiones, de las que ya se ha referido la mención de esta parte del *cuerpo* político como el lugar que la produce. También está presente cuando se denuncia el excesivo peso que Castilla llevaba en el mantenimiento de la Monarquía—"porque todos los demás reinos de Vuestra Majestad tienen apariencia de señorío y hacen sombra de grandeza, pero dan poca gente y ningún dinero que salga de los mismos"[428]— lo que da lugar a otras cuestiones nada desdeñables, tratadas por otros muchos, como son la despoblación y la excesiva carga fiscal que sufría la *cabeza* del *cuerpo* político —"en fin esta Castilla entera con todos sus miembros, dicen que esta cargadísima de tributos nunca aprobados por sus mayores, y que los lugares se despueblan por no tener ya con que pagar las imposiciones"[429]—. Esta situación desembocó, como es sabido, en una crisis del sector agrario que también es mencionada —"que las ciudades y villas grandes de estos reinos están faltas de gentes, y las aldeas

[426] ÁLAMOS, 1990, pág. 10.

[427] ÁLAMOS, 1990, pág. 11.

[428] ÁLAMOS, 1990, pág. 26.

[429] ÁLAMOS, 1990, pág. 27.

menores despobladas del todo, y los campos sin hallar apenas quien los labre"[430]—. Este escenario, en conclusión del propio tratadista, solo podía entenderse como una crisis, como una *enfermedad* que tenía sus causas y principios:

> "**Y siendo la hacienda la sustancia con que vive este cuerpo público**, en fin se sustentará mientras anduviere **la sangre** por **los miembros de él**. Pero si se le seca del todo y se pasa a otros sujetos, es forzoso que éste a quien le falta perezca y se acabe. Y con esto se junta que con **las guerras** se ha perdido el trato y comercio, y cesado las ganancias con que podían contribuir y pagar. Y así certifico a Vuestra Majestad que están de manera que cualquiera cosa que se les añada sobre lo que tienen, no se lo podrán pagar sino con sus hijos y mujeres; y que aún si no se alivian y con el trato y comercio **les crece la sangre**, como con mantenimientos nuevos, para que puedan dar de ella, por falta de ésta han de acabar también"[431].

En referencia a la guerra como una de las causas de la falta de *sangre*, Álamos insiste nuevamente cuando, en el capítulo dedicado al "remedio para lo mas de lo pasado", realiza una reflexión sobre este asunto, que desaconseja justificando la situación que atravesaba la Monarquía—"Que las conquistas, Señor, no se han de hacer sino por sobra de riquezas y gente propia"[432]—. De este modo, considera que la guerra solo contribuye al *desangramiento* del Estado, esto es, a la pérdida o despilfarro de sus riquezas—"Porque las discordias y guerras, aunque extrañas, no los metan en ellas y obliguen a nuevos gastos; porque los de aquella guerra, si dura, se han de hacer con la sangre de la corona"[433]—. La guerra, en suma, es relacionada con un recurso de última instancia o excepcional, lo que constituye un factor común en las obras de Álamos de Barrientos[434]. Unida a esta cuestión estaba la saca de metales preciosos que pretendían financiarla, así como las deudas que la Corona había contraído con la banca extranjera, algo que también se menciona en la obra:

> "Siendo pues esto así, y no viniéndonos de ellos, como digo oro ni plata, ni cosa de provecho y duración, sino que se consume cada año, y **gastándose en nuestro sustento y en las Indias los frutos que cogemos**, claro es que donde sale más oro y plata cada año de lo que entra, y en donde nuestros

[430] ÁLAMOS, 1990, pág. 27.

[431] ÁLAMOS, 1990, pág. 29.

[432] ÁLAMOS, 1990, pág. 55.

[433] ÁLAMOS, 1990, pág. 78.

[434] SAUQUILLO, 208, pág. 236.

frutos y **sustancia** convertimos en esto para que se vaya y **se lleve a los extranjeros**, muy en breve se ha de venir a **consumir el cuerpo** que se sustentaba con esto."[435]

La guerra no es, sin embargo, rechazada en todos los escenarios, sobre todo por la visión que brinda el pensador de la Monarquía Hispánica como un *cuerpo* dividido y, por lo tanto, de difícil defensa. Esto se ve desde el inicio de la obra, pues se dedica enseguida a tratar la cuestión de la "división de los reinos de la monarquía española"[436], que separa en categorías: heredados y conquistados; juntos, unidos, apartados y divididos[437]. En este sentido la guerra y el dinero sí parecen ser necesarios para el sustento de un Estado que, de una forma específica, se encontraba desmembrado. Esto se explica cuando hace alusión a Francia, un enemigo secreto de la monarquía, que dividía su *cuerpo*:

"También es de advertir que aquel reino está pegado a todos los Estados de Vuestra Majestad de la corona de Aragón, de Navarra, de Guipúzcoa, del Estado de Milán y de Flandes ; de manera que siendo éstos **cabezas, brazos y pies** de Vuestra Majestad, si con ellos quisiésemos formar un **cuerpo entero**, viene el Francés a tener el lugar del **corazón** por el suyo"[438].

En sus reflexiones en torno a Francia, se decanta por una suerte de paz virtual en la que el monarca debe mantenerse alerta. La guerra es entendida por su excepcionalidad[439]. Algo similar ocurre en referencia a Flandes, en donde ve necesaria la paz conseguida a través de la concesión de mercedes y beneficios que descarte la posibilidad de *extirpar* a este *miembro* de la Monarquía mediante el arte de la guerra:

[435] ÁLAMOS, 1990, pág. 29.

[436] ÁLAMOS, 1990, pág. 08.

[437] En este punto la influencia de Maquiavelo es perceptible. Como se sabe, en *El Príncipe* el Florentino distinguió entre dos formas de Estado: las repúblicas y los principados. A estos últimos lo dividió, además en hereditarios y nuevos. Las características de los primeros ayudan a que su conservación por parte del príncipe sea fácil, al contrario de lo que ocurre con los segundos, cuya conservación se hace harto difícil porque sus naturales siempre están dispuestos a mudar de señor. Dentro de estos últimos realiza otra subdivisión que distingue entre los principados completamente nuevos o aquellos a los que denomina como principados mixtos, estos son, aquellos que tienen costumbres, leyes e idiomas diferentes a las del Estado principal y par cuyo mantenimiento prescribe una serie de preceptos y recomendaciones. Para más información consultar: FORTE, 2020, pp. 49-61: MAQUIAVELO, 1998, pp. 33-39; MÉNDEZ, 2001, pág. 22.

[438] ÁLAMOS, 1990, pág. 44.

[439] SAUQUILLO, 2008, pág. 236.

> "Que no sea guerra la que los sosiegue, sino medios de reducción y beneficios; porque en fin los ha dado como sus vasallos, y son propio y particular patrimonio de sus abuelos, y de quien por esto no se puede ni se debe pretender acabarlos, sino conservarlos, porque **no sea todo cortar miembros**. Que en los **médicos** mismos se tiene por argumento de imprudencia, y son **remedios falsos**, pues con ellos se acaban los individuos. Es necesario, pues no han aprovechado la guerra, las armas y el rigor de tantos años, y antes esto les ha endurecido y estragado sus ánimos**, mudar remedios** para su reducción, **como hacen los médicos**, como muy pocos sabios y experimentados, que **no saben los daños, sino cuando ya los ven al ojo en las enfermedades corporales**, con que tienen mucha semejanza en todo los **del ánimo**, que donde no aprovechan o ven que dañan **las medicinas de calidad**, aplican las del contrario, y con ellas **sanan los enfermos**, que los mismo es bien se haga con los **ánimos de aquellos estados enfermos**. Y de **enfermedad tan antigua y desesperada**, que en lugar del rigor se les aplique la clemencia, y en lugar de la sangre que se les quita con las armas y castigos las mercedes y beneficios (…)"[440].

Tal y como se ve en el fragmento citado, el empleo del discurso médico se realiza en esta ocasión vinculando las acciones políticas necesarias en Flandes con las artes de la cirugía. Es decir, este territorio era visto como un *miembro enfermo* y, por lo tanto, pareciera factible su extirpación. No obstante, antes que esto, era preferible cambiar el tratamiento que hasta entonces se había aplicado para la *enfermedad*, que no era otro que uno basado en el hostigamiento y el miedo, para pasar a otro basado en la negociación y la concesión. La huella de Maquiavelo se percibe por recordar este fragmento a las valoraciones que, sobre la prevención de *enfermedades*, realizó el florentino en el capítulo 3 de *El Príncipe*[441].

El fin último de su obra, en cualquier caso, fue aconsejar a Felipe III al comienzo de su reinado y, tal y como tuvieron lugar los acontecimientos, parece que el rey no hizo caso omiso a sus escritos[442]. La cuestión de Flandes intentaría resolverse poco después mediante la Tregua de Amberes, pero la trascendencia de Álamos de Barrientos y sus obras fueron más allá de esta. Su relevancia tiene que ver con la llegada del tacitismo a España, hasta tal punto de convertirse en un movimiento prototípicamente español[443]; la elevación de la política al rango de ciencia (lo que implicaba el reconocimiento del método que esta empleaba) o la autonomía de esta última con respecto a la religión. Logros, todos ellos, que han convertido a este en uno de los personajes más relevantes

[440] ÁLAMOS, 1990, pp. 74-75.

[441] MAQUIAVELO, 1998, pág. 39.

[442] SÁNCHEZ, 2011, pág. 52.

[443] SAUQUILLO, 2008, pág. 240.

para comprender el siglo XVII en todos sus aspectos, especialmente en aquellos relacionados con un pensamiento político en desarrollo, lo que ha llevado a que se le considere, no sin debate, como un arbitrista[444].

3.4.Martín González de Cellorigo

En esta línea es donde se puede ubicar a Martín González de Cellorigo (1570-1620), quien de hecho ha sido considerado como el inaugurador de esta rama del pensamiento político[445]. Abogado de la Real Cancillería de Valladolid y del Santo Oficio (1620), en su

[444] SÁNCHEZ, 2011, pág. 50.

[445] No toda la historiografía coincide en atribuir a Cellorigo el privilegio de inaugurar el pensamiento arbitrista, ya que, antes de que él publicará su *Memorial*, ya se habían impreso y difundido otras obras que se pueden enmarcar en el arbitrismo. De este modo, a la división y secuenciación que del pensamiento político hispánico realizó Fernández-Santamaría (1986) hay que añadir las aportaciones y concreciones que realizó Gutiérrez Nieto (1986). Este autor distinguió entre el arbitrismo fiscal, político, social, técnico y económico. El primero tuvo su origen en la aparición del *Memorial del contador Luis de Ortiz a Felipe II* (1558). En esencia, este arbitrismo fiscal y financiero buscaba dar soluciones a los problemas (anquilosados para algunos) del erario y hacienda públicos. Por su parte, el arbitrismo político perseguía la aplicación de reformas que garantizasen la conservación y aumento de la Monarquía, así como una proyección exterior basada en el prestigio. Buena muestra de ello fue el *Apuntamiento en que se proponen varios medios para el remedio de la Monarquía de España, en especial de los Estados de Flandes* (1612) del coronel Semple. En lo social, el arbitrismo destacó por una fijación por los sujetos y no por su entorno, es decir, buscaba mejorar la situación de ciertos estratos sociales para que esto derivase en una mejora del Estado. Especialmente destacados son, en este sentido, los escritos de Cristóbal Pérez de Herrera, concretamente su *Discurso del amparo de los legítimos pobres y reducción de los fingidos y de la fundación y principio de los albergues de los reinos y amparo de la milicia de ellos* (Madrid, 1598). Semejantes fueron los objetivos del arbitrismo técnico, empeñado en mejorar la productividad mediante el incentivo del trabajo (muchas veces de forma forzada) para aquellos que no realizaban ninguna actividad o no aportaban nada al conjunto de la sociedad. Ejemplo de ello fue la *Representación al rey Felipe IV sobre la importancia y facilidad de establecer Casas y Hospicios y abolir la mendicidad lográndose adelantar las fábricas de comercios* (1644) de Antonio Heredia Bazán. Finalmente, el arbitrismo económico, en el que Gutiérrez Nieto enmarca a Martín González de Cellorigo, realizó varias propuestas destinadas a incentivar la agricultura y mejorar la situación económica del país.

Por su parte, en su muy conocida *Historia crítica del pensamiento español*, José Luis Abellán (1988) considera a Cellorigo como un antecedente, al que alude como continuador del pensamiento de la Escuela de Salamanca y fuerte opositor al cuantitativismo. Para este autor, la figura de fundador del arbitrismo encaja más en Sancho de Moncada por ser el primero en establecer de forma clara que los problemas

Memorial de la política necesaria y útil restauración a la república de España (Madrid, 1600) aseveraba que la *enfermedad* era tratable —"la dolencia de nuestra República no descubre indisposición tan maligna que quite la esperanza al remedio, si se usa de él como conviene"[446]— encontrando sus principales causas en el despoblamiento[447]—"la declinación de nuestra República y el crecimiento de su daño es haber menguado tanto el número de gente"[448]—; la polarización social y económica por la que habían desaparecido las clases medias —"no hay cosa más perniciosa que la excesiva riqueza de unos y la extrema pobreza de otros"[449]—; el descubrimiento de América (y más concretamente la inflación resultante de la llegada masiva de reservas de oro y plata)[450] y el excesivo número de censos[451], es decir, la enajenación reversible de rentas e impuestos[452], que llega a equiparar con una *peste*:

> "Y emprender lo que destruye a las Repúblicas, cuando ponen su riqueza en el dinero y en la renta del que por medio de **los censos** se adquiere, que como **peste general** ha puesto estos reinos en suma miseria por haberse inclinado todos o la mayor parte a vivir de ellos, y de los intereses que causa el dinero, sin ahondar de dónde ha de salir lo que es menester para semejante modo de vivir"[453].

En palabras de Elisa Caselli "la especulación rentística, sumada a la polarización social cada vez más acentuada y una evidente disminución y redistribución de la población constituyeron sus preocupaciones centrales"[454]. Los *remedios* que prescribió

económicos del país solo podían tratarse desde el punto de vista del Estado. Para más información consultar: GUTIÉREZ, 1986, pp. 235-354; ABELLÁN, 1988, pp.312-330; UJALDÓN, 2008, pág. 301.

[446] GONZÁLEZ, 1991, pág. 164.

[447] Las causas de este despoblamiento hay que buscarlas en la epidemia de peste que la península estaba sufriendo el año de publicación del *Memorial* (1600), pero no únicamente en esta. Según Bartolomé Bennassar (2016), y en la línea de lo que el mismo Cellorigo nos dice, los reinos peninsulares de la Monarquía venían sufriendo un proceso continuo de vaciado poblacional vinculado al descubrimiento y colonización de América, y a unos años de infructíferas cosechas que habían desembocado en carestía y hambrunas. A este respecto, Cellorigo afirma que "con la ocasión de las Indias, de las guerras, de la comunicación de otros Reinos, ha faltado por este respecto infinita gente". Para más información consultar BENNASSAR, 2016, pág. 94; GONZÁLEZ, 1991, pág. 159.

[448] GONZÁLEZ DE CELLORIGO, 1991, pág. 57.

[449] GONZÁLEZ DE CELLORIGO, 1991, pág. 51.

[450] HERNÁN-PÉREZ, 2014, pág. 128.

[451] MATEOS, 1991, pág. 449.

[452] CLAVERO, 1991, pág. 136

[453] GONZÁLEZ DE CELLORIGO, 1991, pág. 20.

[454] CASELLI, 2002, pág. 56.

pasaban por una reforma de la Hacienda real[455] y una vuelta a la grandeza, que relacionaba con el reinado de Felipe II — "el mejor Rey que la Cristiandad jamás tuvo"[456] — y con el de los Reyes Católicos —"Nunca nuestra España en todas las cosas tuvo más alto grado de perfección, su crecimiento aumentó y estado florido"[457]—. Así pues, y como ya sostuvo John Elliott, para este y otros arbitristas, "el futuro se situaba básicamente en el pasado"[458]:

> "Para acomodar las cosas del Reino es primero necesario **prepararle y medicinarle** hasta ponerle en una previa disposición en que se le asienten las comodidades grandes que el tiempo le ofrece, para ser rico y poderoso y exceder a las otras monarquías. Y así toda la fuerza de los arbitrios estará en reducir el ser del Reino **a sus principios**, que cuanto más a esto se acercare, más fuerzas y **más salud cobrará**, haciendo lo mismo en el desempeño del Rey, a forma que conservando el bien común vuelva a los mismos **principios;** que cuanto también a esto se allegaren las cosas del Rey y del Reino más fuertes y firmes quedarán y en mayor bondad y fortaleza"[459].

A este respecto, hay quien ha relacionado estas ansias de retorno a la grandeza, que Cellorigo describía como una vuelta a los principios, con una influencia del maquiavelismo y del bodinismo, aunque tampoco se debe olvidar en este aspecto a Botero[460]. Concretamente, se puede mencionar lo que el florentino expuso en el tercer libro de los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio* (Florencia, 1531), donde afirmaba que los Estados, como los *cuerpos*, atravesaban una serie de fases desde el nacimiento (principio), pasando otra fase de apogeo (que Bodin describía como "estado florido") hasta su decadencia, declinación y muerte[461].

Es por esto que, en esta y en otras obras de calado arbitrista, se puede apreciar cierto grado de pesimismo antropológico que no obviaba que la Monarquía sufriría un declive que ningún *organismo* vivo podía evitar— "De como nuestra España, por más fértil y abundante que sea, está dispuesta a la declinación en que suelen venir las demás

[455] PÉREZ, 1991, pág. 26.

[456] GONZÁLEZ DE CELLORIGO, 1991, pág. 115.

[457] GONZÁLEZ DE CELLORIGO, 1991, pág. 95.

[458] ELLIOTT, 2007, pág. 312.

[459] GONZÁLEZ DE CELLORIGO, 1991, pág. 93.

[460] GIL PUJOL, 2004, pág. 987.

[461] VILLANUEVA, 1997, pág. 72.

Repúblicas"[462]—. Idea, esta última, originada en la cultura clásica y presente en el maquiavelismo[463].

Esto no hacía, sin embargo, que Cellorigo se rindiera, por lo que buscó un método para aplicar estos *remedios*, este fue, la política, que vinculaba directamente con la medicina y sus practicantes:

> "Porque si se ha descubierto que la **fuerza de los astros**, tenida de algunos por inevitable, **se puede desviar**, y que los **sabios médicos** han hallado medios para **mudar las enfermedades** y **alterar las fiebres** contra su curso natural y la **sanan con facilidad**, que razón hay para entender que un gobierno tan prudente y tan sabio como nuestro Príncipe sustenta, **previniendo** a las cosas del Estado no reparara **con consejo y con remedios** la ruina y caída de los suyos; mayormente que, si la fuerza del mal es tan crecida que sea necesario algún tanto obedecerle, deben fiar de tan **buenos y entendidos médicos como los que en el consejo de su Príncipe asisten**, que con prudencia tomará los **síntomas** del día crítico y hará seguro juicio en el suceso de sus consejos, para surgir en alto con esta monarquía y ponerla en puesto seguro, donde vuelva y permanezca en su **florido estado**"[464].

Como se ve en este fragmento, los *médicos* del Estado serían los consejeros del príncipe[465], por lo que estos se convertirían en los encargados de aplicar la *medicina* necesaria para el mantenimiento del *cuerpo* y la *prevención* o *cura* de *enfermedades*. Ello no les otorgaba la infalibilidad, pues no estaban exentos de errar y tampoco lo estaban de ejercer mal su oficio, anteponiendo sus intereses particulares al bien común— "Por eso dijo un doctor que advirtiesen los consejeros de los Reyes que tres cosas destruyen la República: el consejo imprudente y mal considerado, el interés particular y el odio secreto"[466]—. La figura del consejero, por otra parte, está presente en buena parte de la tratadística política, lo que ya se ha visto con alguna de las cuestiones que rodean al *Consejo y consejeros del príncipe* que no es el único título que se encarga de estas cuestiones, como se verá más adelante.

Ejercer la buena *medicina* era ejercer la buena política y para ello era imprescindible prescribir un certero diagnóstico que considerara el origen de la *enfermedad*. Mención especial guardaba a los astros, y de hecho parece que confería a estos la capacidad de

[462] GONZÁLEZ DE CELLORIGO, 1991, pág. 11.

[463] ELLIOTT, 2007, pág. 152.

[464] GONZÁLEZ DE CELLORIGO, 1991, pág. 54.

[465] GONZÁLEZ DE CELLORIGO, 1991, pág. 133.

[466] GONZÁLEZ DE CELLORIGO, 1991. Pág. 104.

influir sobre hombres y mujeres y hacerles enfermar. Cellorigo, de hecho, dedicó un capítulo de su *Memorial* a derrumbar una idea que, según parece, estaba generalizada en su época y también en las precedentes: una de las causas por la que los seres humanos enfermaban se encontraba en la influencia que sobre ellos desplegaban los astros. Esta teoría, que fue analizada por figuras como Paracelso (1493-1541) durante la centuria precedente[467], recibió el mismo trato en el *Memorial* de Cellorigo, solo que en este el objeto de estudio era el *cuerpo* político y no el físico.

Era, por otra parte, bastante común en los tratados de política, y adoptaba, muchas veces, la morfología de un determinismo climático que unía la influencia de los astros a los distintos climas de la tierra, y estos, a su vez, con la variedad de temperamentos entre los seres humanos que habitaban las distintas regiones. Así pues, y según Cellorigo, "las causas de la mutación, declinación o caída de las repúblicas, o son naturales, humanas o divinas"[468]. Es por esto, y por otras cuestiones, que en la obra aquí analizada la presencia del organicismo es evidente. En este caso, su utilización se puede relacionar con una defensa del absolutismo, que establecía el origen divino y sagrado del poder de los reyes, así como de la necesidad de una sociedad armónica, estática y corporativista:

> "Muchos bienes se juntan en la conformidad de entre los súbditos y el Rey, y muchos males se esparcen por la discordia entre ellos; porque si la bien ordenada República se parece al **cuerpo humano**, en el cual **todas las partes estando juntas y unidas** se fortifican y refuerzan para **conservar la salud**, la hermosura, la alegría de todo el **cuerpo**, lo mismo se debe juzgar de **la República**, **cuya salud** y seguridad depende de la unión y conformidad de los súbditos entre sí para con el que los gobierna" [469].

[467] Paracelso, al hablar de las causas de la enfermedad, se refería a las entidades, esto es, las cosas que tenían el poder de dirigir o alterar el cuerpo humano. De esta forma, el alquimista consideraba que el origen de la enfermedad se encontraba en un agente exterior y no en una alteración interior, desvinculándose así de la teoría hipocrática de los humores. Concretamente, hablaba de cinco entidades: la natural; la de los espíritus; la de Dios; la de los venenos y la astral. De esta última afirmaba que era la primera fuerza a la que estaban sometidos los seres humanos pero que no era capaz, por sí sola, de provocar alternación o enfermedad en sus cuerpos para lo que era preciso que estos emanaran males que contaminaran el aire y que fuera este último el que alterara el equilibrio interior de hombres y mujeres. Así pues, decía Paracelso que "la naturaleza de la Entidad Astral (Ens Astrale) se compone del olor, de la respiración o vapor, y del sudor de las estrellas mezclado con el aire". Para más información consultar: PARACELSO,1945, pág. 43 y siguientes.

[468] GONZÁLEZ DE CELLORIGO, 1991, pág. 17.

[469] GONZÁLEZ DE CELLORIGO, 1991, pág. 127.

Destaca, además, la alusión a órganos y miembros concretos. Por ejemplo, "los nervios de la República son las leyes" emanadas del rey "que para ello las promulga, por la justa compulsión de la pena de que han de ser ejecutores los Consejos, Chancillerías y jueces supremos"[470]. Desde su perspectiva, dichos preceptos constituían algo fundamental para el sustento del Estado, algo que todos sus *miembros*, en tanto que vasallos, debían acatar[471].

Así pues, si estas eran los *nervios* de la República, y venían del rey, entonces él debía de ser la *cabeza* del *cuerpo* que se describe en el *Memorial*. Esto se puede deducir fácilmente si se recuerda lo dicho acerca del papel de los *nervios* en otros tratados políticos que hicieron uso del organicismo, así como las reflexiones que sobre estos se pueden encontrar en libros de medicina[472]. No obstante, es el arbitrista quien concreta este aspecto al hablar sobre el papel del rey, que no era otro que el de *cabeza*, *alma* y *corazón*. Alude para ello, como era común en otros pensadores, a las *Partidas*:

> "En esta **Ley** se cifran todos los oficios del **Rey** para su pueblo, pues le llama **alma y vida suya**, y esto es porque el Rey es puesto en la tierra en lugar de Dios para cumplir justicia y dar a cada uno su derecho, y así como **el alma está en el corazón y el corazón en todas las artes del hombre y por ella vive el cuerpo y se mantienen, sustenta y vivifica, así en el Rey está la justicia, que es vida y mantenimiento del pueblo.** Pusiéronle los antiguos también este nombre **de alma y corazón** del pueblo, porque como el **corazón** está en medio **del cuerpo** para dar vida igualmente **a sus miembros**, así puso Dios al Rey en medio del pueblo para dar igual justicia a sus vasallos. (…). Dice también esta ley que es **la cabeza** de todos porque naturalmente el Rey es la del Reino, y como de ella **nacen los sentidos** por donde se mandan todos los demás, de la misma manera por lo que el Rey manda y gobierna todos los del Reino se deben mandar, y guiar, y estar conformes con él conformes y de acuerdo para amparar, guardar y acrecentar el Reino donde **el Rey es la cabeza**"[473].

[470] GONZÁLEZ DE CELLORIGO, 1991, pág. 101

[471] CASELLI, 2002, pág. 66.

[472] Esta equiparación de las leyes con los nervios del Estado no es única ni novedosa. Tiene, de hecho, profundas raíces en la cultura política clásica y del Medioevo. En este sentido, al *Rex Pacificus* (1302), ya mencionado, hay que añadir otras obras como *el De Laudibus Legum Angliae* (compuesto en 1470 e impreso en 1546) que establecía las mismas funciones a las leyes y los nervios: sostener el *cuerpo* (el místico o el natural). Esta analogía debió ser recuperada tiempo después por autores como Francis Bacon, quien la incluyó en sus reflexiones sobre los *post-nati* en 1608, o Saavedra Fajardo, que la incluyó en sus descripciones de la Monarquía Hispánica. Para más información consultar: MANZO, 2008, pág. 182.

[473] GONZÁLEZ DE CELLORIGO, 1991, pág. 112.

Se realiza así una clara defensa del gobierno de uno, entendiendo al rey como la cabeza y corazón de un organismo para cuyo mantenimiento era imprescindible la contribución de todos los *miembros* del *cuerpo* (incluyendo, no si matizaciones, al estado eclesiástico)[474]. Esta es una de las principales preocupaciones del autor, a la que dedica una buena cantidad de líneas de la tercera parte de su *Memorial*. Centrada esta última en tratar la necesidad de un programa de reformas socioeconómicas que ponían el acento en un saneamiento de la Hacienda real, las otras dos están dedicadas a la decadencia que atravesaban los reinos de la Monarquía Hispánica y las medidas a implementar para paliarlas[475]. Pero volviendo a la tercera parte, en ella se concentran buena parte de las metáforas organicistas referentes al *cuerpo* y la *enfermedad*:

> "Todos lo que en esta materia escriben, para dar forma en las cosas que son necesarias a la República, la comparan al **cuerpo humano** (como hemos dicho) aplicándole los **remedios** que, conforme los accidentes de su **enfermedad**, aumentos y disminuciones, y los que según el mal que padece le son necesarios, diciendo que **es medicinarla** como los mismos hombres, unas veces por **leyes, costumbres y ordenaciones,** y otras por buenos consejos que la preserven de **sus males y enfermedades** y sustente su **florido estado** o lo hagan volver a él y a sus principios"[476].

El valor de este fragmento radica en dar apertura a una serie de referencias que equiparan a la Monarquía Hispánica con un *cuerpo enfermo* y que, por lo tanto, ponen el acento en conceptos como *medicina*, *medicamentos* o *remedios*. De este modo, considera Cellorigo que el rey, como ya se ha dicho, es *cabeza* y *corazón* de su Estado, pero ahora también se le otorga a este la capacidad de curarlo, es decir, que quien ocupa el trono (como los consejeros antes que él) es descrito como el *médico* del *cuerpo* político, que puede salvarlo "del grande empeño que tanto le acosa" haciendo uso de "su gran magnificencia y liberalidad"[477]. En este sentido, el rey es el encargado de curar y, por lo tanto, de medicar. Es él quien decide que tratamiento prescribir:

> "Y así como no se cura al **enfermo** si no es pasando por la **aspereza de los medicamentos**, entre los cuales unos **son suaves, dulces, fáciles, y amigables** a los hombres, y otros **ásperos, ácidos y dificultosos** de sufrir, y todos ellos ordenados a restaurar y fortalecer la vida de los hombres; de la misma manera (como dice Pedro Gregorio en sus libros de República) el Príncipe, para restaurar sus estados, debe usar de todos los medios que **en la medicina de las leyes y buenas constituciones se**

[474] CALLE, 1975, pág. 46.

[475] GIL, et al, 2004, pág. 271.

[476] GONZÁLEZ DE CELLORIGO, 1991, pág. 135.

[477] GONZÁLEZ DE CELLORIGO, 1991, pág. 135.

puedan alcanzar, procurando los más fáciles y sin menos daños de los suyos en cuanto ser pueda y, en caso necesario, se ha de aprovechar de aquellos que, aunque ásperos y ácidos y malos de sufrir, sean en bien suyo y de sus súbditos. Y pareciendo bueno el remedio, le es precisamente necesario seguir lo que se propusiere, no mirando los casos fortuitos y dudosos, a que según reglas de buena política no se ha de atender cuando se trata de Estado"[478].

Las leyes son entendidas como las *medicinas* de las que precisa el reino para sanar algo que, como se verá, aparece también en los escritos de Saavedra Fajardo[479]. Más interesante resulta comprobar como el empleo de la metáfora organicista se va especializando, concretando, a medida que se avanza en la lectura del *Memorial.* Esto se aprecia, por ejemplo, en la descripción que hace de la *enfermedad*, en la que alude a los cuatro humores hipocráticos—"porque algún elemento de los cuatro más que otro predomina"[480]— o en la mención de fuentes como Platón —"lo que decía Platón, que traía turbadas las Repúblicas era la pobreza y riqueza de los Reinos"[481]— a lo que luego añadela división tripartita de la sociedad que, como se sabe, tiene su origen en su filosofía y pensamiento—"es necesario procurar luego juntar y enlazar a buena y sana proporción las tres partes del pueblo"[482]— Se trata, en fin, de un modelo cuyos orígenes se encuentran en obras que ya se han mencionado[483].

El organicismo de Cellorigo, entonces, trató, como otros antes y después que él, de legitimar una sociedad con el añadido, común a todos los arbitristas, de anhelar una

[478] GONZÁLEZ DE CELLORIGO, 1991, pág. 138.

[479] CRESPO, 2018, pág.308.

[480] GONZÁLEZ DE CELLORIGO, 1991, pág. 163.

[481] GONZÁLEZ DE CELLORIGO, 1991, pág. 159.

[482] GONZÁLEZ DE CELLORIGO, 1991, pág. 164.

[483] Bartolomé Bennassar, en su celebre obra *La España del Siglo de Oro* (2016), afirma que "Los escritores políticos ven en la sociedad terrestre una proyección del orden celestial. Esta proyección ha sustentado dos esquemas que consideran ambos la desigualdad como 'estado natural de la sociedad humana antes del fin de los tiempos' y que se inspiran los dos en la Antigüedad, uno en Aristóteles, otro en Plutarco, pero que fueron reelaborados en función de los nuevos datos de la sociedad cristina. Estos dos esquemas aparecieron en Francia a lo largo de los siglos XI y XII, definidos por unos obispos como Adalbéron de Laon, Gérard de Cambrai, Juan de Salisbury, obispo de Chartres. Los encontramos de nuevo con idéntica formulación en España y no es raro en los siglos XVI y XVII observar que son utilizados simultáneamente con un mismo propósito teórico.". Estos dos esquemas a los que se refiere el autor son, por una parte, el modelo celestial (que afirmaba que la sociedad, como el paraíso, se articulaba en tres órdenes) y, de otra, el "cuerpo místico civil", que ha sido estudiado y analizado en esta tesis. Para más información consultar: BENNASSAR, 2016, pp. 38-39

restauración o reparación de la Monarquía, tan dañada por la crisis que se había iniciado poco antes de que su *Memorial* diera la luz. Es por eso que, además de describir el *cuerpo* y la *enfermedad* que esta padecía, dedicó buena parte de su obra a los *remedios* necesarios, así como las causas que la habían provocado (la pobreza, el despoblamiento, la polarización social, etc.).

3.5.Sancho de Moncada

Algo similar se observa en la *Restauración política de España* (Madrid, 1619) con la particularidad de que en este tratado se insiste en cuestiones de calado moral (distinguiendo entre los daños espirituales y temporales), pues fue escrito por el teólogo toledano Sancho de Moncada (1580-1638)[484]. Destacado representante del mercantilismo castellano y perteneciente a una familia de mercaderes judeoconversos, sus estudios superiores los realizó en la Universidad de Toledo, donde se doctoró en Teología y Filosofía (1604). Perteneciente al Grupo de Toledo, colectivo de escritores que abordaban los problemas económicos y sociales de la antaño capital visigoda, sus propuestas también lo han llevado a ser calificado como un representante del arbitrismo económico.

De este modo, destaca el desarrollo de cuestiones como la presencia de extranjeros en la Monarquía y el papel que estos desempeñaban visto como un veneno que emponzoñaba la producción nacional y el trabajo[485]. El autor, de hecho, consideraba que estos eran la "verdadera causa de la disminución de las rentas reales"[486]. Por lo demás, la obra vuelve a poner el acento en cuestiones como la despoblación, la escasa importancia que se concedía a las actividades agropecuarias, la poca efectividad de las leyes (y su excesivo número), una presión fiscal desmesurada, el despilfarro del Estado y, en suma, una situación de crisis para la que su autor vio soluciones como la vuelta a un pasado glorioso[487].

A este respecto, se pueden establecer muchas sinergias entre la obra de Moncada y la de Cellorigo, pero estas se pueden extender también a más pensadores, de las cuales quizá

[484] HERNÁN-PÉREZ, 2014, pág. 73.

[485] LORENZO, 2016, pág. 95

[486] DE MONCADA, 1746, pág. 75.

[487] GÓMEZ, 1998, pág. 07.

el nexo común entre todos sea la utilización implícita o explícita de las propuestas de Botero. Una de las más llamativas fue la equiparación del Estado con un *organismo* vivo que, como tal, podía envejecer y morir—"las Monarquías son tan mortales como los hombres, que es la Monarquía muchos hombres y todos mortales."[488]—. El empleo de esta analogía suponía una conexión con el maquiavelismo[489], además de una advertencia al rey y su monarquía[490] pero, sobre todo, influiría en el posterior desarrollo de un discurso cientificista con el que pretendía dar rigor a su discurso. Significativos son, en este punto, sus menciones a autores como Platón o Aristóteles, que aparecen referidos como *repúblicos*[491]. De este modo, para Moncada "ciencia difícil es saber gobernar"[492]. Ciencia a la que, por otra parte, definió como razón de Estado —"razon de Estado, es medio para fundar, conservar, o aumentar un Reyno"[493]— y comparó con la medicina:

> "**la medicina** es aplicar los debidos **remedios y las dolencias**; y como ay principios ciertos, y reglas infalibles, que enseñan a **remediar las enfermedades de los cuerpos y las almas**, y los agravios, que unos hombres pretenden hacer a otros, ay **remedios infalibles, para remediar los daños**, que pueden venir à los Reynos en común"[494].

Por otra parte, el texto de Moncada también incluye la figura del *médico* equiparado al príncipe —"Y siendo obligación universal la de V. Mag. Es suma, pues es Maestre, Pastòr, Medico, Padre, y Cabeza de esta República, todos oficios, que obligan à mirar por ella"—. Equiparación que se realiza varias veces a lo largo de la obra y que pertenece a una cuestión a tratar, la del *médico-príncipe* perfecto en los tratados políticos de la Edad Moderna y su papel sanador para el Estado. En el caso de la *Restauración* no se habla expresamente de cuál había de ser el *médico* perfecto (o de cómo debía ser) para la Monarquía, pero sí se habla de cuáles eran sus deberes. Por ejemplo, afirma que el

[488] DE MONCADA, 1746, pág. 04.

[489] ANDRADA-ZURITA, 2021, pág. 39.

[490] ABELLÁN, 1988, pág. 318

[491] Este término resulta de interés por haber sido equiparado, tanto por las fuentes estudiadas como por la historiografía consultada, con el practicante de la política o, dicho de otra manera, con el científico especializado en cuestiones políticas. Basta recordar la definición de *arbitrista* dada en Covarrubias en el *Tesoro* (estableciendo que el *república* es "el hombre que trata del bien común") o, para la historiografía, el uso que de este vocablo realiza Jean Vilar para referirse a los arbitristas, concretamente a González de Cellorigo. Para más información consultar: VILAR, 1996.

[492] DE MONCADA, 1746, pág. 150

[493] DE MONCADA, 1746, pág. 149

[494] DE MONCADA, 1746, pág. 149.

príncipe, "como excelente médico"[495], tenía el deber de purgar el *cuerpo* de la Monarquía de extranjeros.

Parece evidente, entonces, que si en la obra aparece la figura del *médico* también debe de aparecer la de la *enfermedad*. De hecho, Moncada creía que la Monarquía estaba enferma, aunque, como Cellorigo antes que él, no renunciaba a la posibilidad de una cura[496]. Las causas de esa situación eran diversas e iban más allá de la xenofobia antes mencionada: la política imperial, el descubrimiento y conquista de América, la venalidad de las leyes, la existencia de censos y juros y otra serie de cuestiones volvían a estar sobre la mesa, aunque la importancia que se concedía a cada una de estas era distinta desde la perspectiva del teólogo toledano. Las leyes, por ejemplo, eran entendidas como "el aliento Real, que vivifica el Reyno, y sin él muere"[497]. En referencia a esta cuestión, Moncada resalta el excesivo número de estas[498] en el momento en el que él escribía estos discursos, estableciendo y enumerando los "daños de tantas leyes"[499]. Por otra parte, no debe esta consideración enturbiar otra, no menor, y es la equiparación de estas con el *aliento real*. Este término puede conectarse con el saber médico de su época y es también visible en otros pensadores. Este se encuentra en tratados como el de Vesalio, donde se vinculan sus funciones con funciones básicas como la nutrición.

Por su parte, el descubrimiento de América fue visto como uno de los orígenes de la quiebra de la hacienda española[500] , mientras que la política imperial fue entendida como una "causa del daño general de España"[501]. En referencia a la primera cuestión, las Indias fueron bien consideradas desde el punto de vista de la seguridad del Estado[502]. En ambas consideraciones, en cualquier caso, el tratadista se valía del providencialismo para volver a la idea de que los Estados, como los *cuerpos*, podían fenecer y, tomando el ejemplo del Imperio Romano[503], advertía de que podría suceder lo mismo con la Monarquía Hispánica

[495] DE MONCADA, 1746, pág. 51.

[496] ELLIOTT, 2007, pág. 288.

[497] DE MONCADA, 1746, pág. 109.

[498] HERNÁNDEZ & CHAULET, 2009, pág. 16.

[499] DE MONCADA, 1746, pág. 118.

[500] GIL, et al, 2004, pág. 269.

[501] DE MONCADA, 1746, pág. 06.

[502] GIL PUJOL, 2004, pág. 997.

[503] RODRIGUEZ & SÁNCHEZ, 2000, pág. 106.

—"la providencia de Dios puso coto à la grandeza de las Monarquías"[504]—. Se refería a este respecto, no solo a su extensión, sino a su naturaleza atomizada que hacía de su defensa una empresa ímproba:

> "Otros hallan el daño en la dificultad de la defensa, y gobierno de tanta maquina, comparando estas Monarquías a (…) hombres corpulentos con demasìa, que suelen ser de **flacas fuerzas**, repartidos los **espíritus vitales en tan gran cuerpo**" [505].

Pero, quizá, lo más interesante de este fragmento es la mención de los *espíritus vitales* (a los que ya se había referido al hablar del *aliento vital* equiparado con las leyes) que, de hecho, tenían una presencia en la tratadística médica. En ese contexto, el papel de estos era impulsar el movimiento del cuerpo, además de garantizar su funcionamiento sensorial. Su lugar en él, desde donde nacían para distribuirse, cambiaba según el escritor que los describía, pero, en esencia, solía estar en el corazón y constituían uno de los fundamentos de la salud y la vida. Su aparición en esta obra, en cualquier caso, servía para referir el enflaquecido estado de la Monarquía[506]. Un estado del que advertían una serie de síntomas (Moncada habla de *daños*) que llegan incluso a aparecer equiparados a dolencias reales. Por ejemplo, al referirse a los *daños* causados por una Corte hipertrofiada, afirma que:

> "**Lominillo** tienen los reinos despoblados, y que tienen toda la sangre en la garganta. Y aunque la Corte se va despoblando de naturales y poblando de extranjeros, de la poca gente que queda en España gran número se acoge a ella"[507].

Por "lominillo", Sancho de Moncada debía referirse a lobanillo[508] que, según la Real Academia de la Lengua Española, es un "bulto superficial, y por lo común no doloroso, que se forma en la cabeza y en otras partes del cuerpo"[509]. Parece, entonces, que la concentración de población en la Corte se podía asemejar con el desarrollo de una especie de tumor benigno. No era el primero en referirse a esta situación en tal sentido y no sería el último. De hecho, el mismo empeora su diagnóstico cuando plantea posibles soluciones a la despoblación del país, valorando distintas posibilidades:

---

[504] DE MONCADA, 1746, pág. 6.

[505] DE MONCADA, 1746, pág. 6.

[506] PERCIDES DE BLAS, 1996, pág. 326.

[507] DE MONCADA, 1746, pág. 114.

[508] VIRTO, 2022, pág. 293.

[509] https://dle.rae.es/lobanillo (última consulta: 25/08/2024).

> "y el mesmo riesgo corre España cargada de Estrangeros, que en una ocasión reventaría la **apostema,** y declararía, que no son sangre española, sino materia, ò **humor nocivo**, que era **fina isípula**, como se viò en los Moriscos"[510].

Vuelve a cargar contra los extranjeros, esta vez equiparando su presencia a molestas dolencias que se sufrían en el cuerpo natural y empleando también la metáfora médica, pues se refiere a ellos como *humor nocivo*. En referencia a la mención de la *sangre*, por otra parte, esta aparece en diversas ocasiones y, aunque no siempre adquiere un sentido médico-metafórico, cuando sí lo hace, el autor suele equipararlo o con el dinero o con la población, pues consideraba que ambos elementos eran el verdadero sustento y fuerza de la Monarquía. La falta de *sustancia*, entonces, era otra de las dolencias o daños por los que se estaba pasando:

> "no hay hombre que en un aprieto pueda socorrer a V.M. con cosa de importancia, y lo experimentó el Rey nuestro Señor, deseando hacer asientos con españoles, y no halló **sustancia** para hacerlos (…)"[511].

Pasa posteriormente a referirse a partes concretas del *cuerpo* político: los *hombres ricos* que, para él, eran "los huesos y los nervios de los reinos"[512]. Esta cuestión une las argumentaciones del arbitrista con las de Botero, referente del que también se valieron otros pensadores como Valle de la Cerda o, como será explicado en próximas líneas, Saavedra Fajardo[513]. Por lo tanto, se entiende que la importancia de estos (los nervios y los huesos) era fundamental (sobre todo si se recuerda lo que los anatomistas habían dicho acerca de ambos). Los huesos eran considerados la base sobre la que se formaba el cuerpo humano para la gran mayoría, si no la totalidad, de los médicos de la Edad Moderna y sus precedentes medievales, mientras que los nervios eran considerados, en la mayoría de los casos, como los encargados de transmitir los sentidos o garantizar el movimiento. Una importancia, en cualquier caso, primordial en la obra de Moncada, pues constituye la única mención expresa a partes reales del cuerpo humano, la cual vuelve a repetirse cuando se refiere a los juros:

> "Lo tercero, es muy de considerar, que los **huessos, y nervios de España**, oy fundan el serlo en tener Juros, que en suma es fundar su hacienda en que V.Mag, no la tenga, y en su empeño."[514].

[510] DE MONCADA, 1746, pág. 50.

[511] DE MONCADA, 1746, pág. 53.

[512] DE MONCADA, 1746, pág. 53.

[513] GIL PUJOL, 2004, pág. 989.

[514] DE MONCADA, 1746, pág. 70.

Se entiende, entonces, que la percepción de los juros y los censos del teólogo toledano era negativa, de hecho, llegó a dedicar un capítulo completo a tratar sobre estos, a los que no consideraba un daño grave, porque "son los Juros, y Censos muy antiguos, y el daño muy fresco"[515]. El verdadero problema en referencia a esta cuestión estaba, según él, en que los beneficiarios de los mismos fueran los extranjeros. El foco de atención estaba en ellos en esta y otras cuestiones, por ejemplo, cuando en la obra se habla de la presión fiscal que soportaban los súbditos, situación que considera una de las causas de la *enfermedad* aun creyendo que no se debía reducir las alcabalas, por ser el único medio por el que los extranjeros podían redundar en un beneficio para la Monarquía:

> "Lo primero, porque toda baxa, ò remission es muy útil à los Estrangeros (que son los que mas negocian oy en España) y lo que no pagassen de Alcavala, llevarìan mas; pues lo que dexan de ella, llevan menos"[516].

No ha de extrañar, entonces, sus valoraciones en cuanto a la expulsión de los moriscos, que considera una decisión "muy acertada" al suponer el paso del comercio que ostentaban estos a manos españolas[517]. La mención de los extranjeros es reiterada, ya se ha dicho, aunque otros grupos étnicos no extranjeros, como los gitanos, también son tenidos por un problema por ser considerados ociosos[518].

El organicismo de Moncada, en conclusión y más allá de estas cuestiones, se puede encuadrar dentro de la escuela arbitrista, pues su discurso no dejaba de ser un diagnóstico y una preinscripción de medidas concretas que, dirigiéndose al rey Felipe III, pretendían sanear el *cuerpo* de la Monarquía. Es cierto que en su planteamiento se observa el mayor peso de cuestiones morales, sobre todo si se compara con la doctrina economicista desarrollada por Cellorigo. Sus propuestas, por lo tanto, giraban en torno a cuestiones como el fin de la ociosidad y la persecución de ciertos grupos sociales. En este sentido, encontró el origen de la despoblación sufrida en la península en el siglo XVII en razones como la presencia de extranjeros y la libertad de comercio[519], mientras que el origen de la *enfermedad* general que asolaba a la Monarquía lo encontró en la ignorancia política de sus gobernantes, es decir, en el hecho de que los príncipes no se habían

[515] DE MONCADA, 1746, pág. 09.

[516] DE MONCADA, 1745, pág. 71.

[517] DE MONCADA, 1745, pág. 72.

[518] DE MONCADA, 1745, pág. 72.

[519] DE LORENZO, 2016, pág. 95.

formado en la política o *ciencia de gobernar*[520]. Las soluciones que daba a estos problemas pasaban por la expulsión (incluso muerte) de esos grupos sociales incómodos y el establecimiento de la política como una ciencia de formación universitaria[521].

Relacionado con este último aspecto se debe encuadrar la valoración acerca de las influencias que se pueden percibir en la obra, que también pueden ser entendidas como las autoridades que todo político, según el criterio de Moncada, debía estudiar para garantizar un gobierno efectivo. El mismo autor hacía hincapié en diversos nombres, entre los que se encuentra el del historiador romano Tácito y otros de relevancia como Lipsio o Juan de Mariana. Cada uno de los cuáles contribuyó a la creación de una propuesta discursiva basada en un cientificismo médico que anhelaba la restauración, es decir, recuperar la *salud* perdida de la Monarquía Hispánica.

3.6.Pedro Fernández de Navarrete

Más de lo mismo se podría decir acerca de Pedro Fernández de Navarrete (1564-1632), hijo de Gonzalo Alonso de Navarrete y Juana Benita de Mena. Sus primeros años los pasó en Logroño para posteriormente incorporarse a la Iglesia Apostólica de Santiago (1594) donde ocupó varios puestos que le permitieron conocer de primera mano el estado de la agricultura en la Monarquía (estaba al cargo de atender las quejas de los campesinos). Paralelamente, ocupó también el puesto de visitador ordinario en la Universidad de Santiago, aunque dejó ambos puestos para servir como secretario personal del cardenal infante Fernando, hermano de Felipe IV. Quizá vinculada a su propia experiencia se debe su *Conservación de monarquías* (Madrid, 1626)[522]. En esta obra analizó los males de la Monarquía desde una perspectiva moral, pero también desde la económica, por lo que se le puede considerar un arbitrista[523].

Así, volvía a cuestiones ya tratadas por Cellorigo o Sancho de Moncada y, de hecho, parece que se valió de las mismas fuentes que estos. Por ejemplo, menciona a las *Partidas* para justificar la eficiencia de la monarquía equiparando las funciones del rey a las de la

[520] FERNÁNDEZ-SANTAMARÍA, 1986, pág. 189.

[521] MARAVALL, 1986, pág. 65.

[522] El título completo de esta obra fue *Conservación de monarquías y discursos políticos sobre la gran Consulta que el consejo hizo al señor Rey Don Felipe Tercero al presidente y Consejo Supremo de Castilla*.

[523] GOÑI, 1979, pág. 30.

cabeza y el *corazón* en el *cuerpo* humano. Navarrete, en definitiva, pretendía defender esta como mejor forma de gobierno, aunque se resistía a que la *cabeza*, esto es, el rey operara de forma completamente autónoma o independiente:

> "Porque aunque todos los hombres prudentes confiesan que el gobierno **monárquico de una cabeza**, con autoridad soberana, es el mejor, más antiguo y más durable; también dice que conviene que para sus aciertos **se ayude del aristocrático**: porque si al poder de la monarquía falta el prudencial socorro de los **consejeros**, viéndose con potencia absoluta, y sin los **grillos de las leyes**, y sin el **apoyo de consejos**, está á peligro de despeñarse por los precipicios del libre albedrio; de que resulta muchas veces desconsuelo en los gobernados, poca satisfacción en todos, y peligro á los mismos reyes"[524].

Recuperaba para ello el concepto de armonía como sustento de un *cuerpo* sano, de un Estado eficiente. En este caso garantizada por la correspondencia entre el monarca y sus consejeros, que además de numerosos habían de ser experimentados y por el equilibrio entre los diferentes estados del reino, que el autor equiparaba con los *humores* hipocráticos —"y el cuerpo humano consta de varios humores: así también para la conservación de los reynos son necesarios varios estados con diferentes profesiones y cualidades"[525]—. Por su parte, la importancia atribuida al rey la manifestaba valiéndose de un elemento original, y es que para Navarrete el origen de todas las *enfermedades*, del cuerpo humano y también del político, se encontraba en la *cabeza*[526]. Esto quiere decir, básicamente, que sí la cabeza del Estado enfermaba, enfermaría también la totalidad de su cuerpo:

> "que **como la cabeza es la que da influencias**, de ellas se origina, ó la **buena salud**, ó las graves **enfermedades**. Y el **Padre Mariana** dixo á este mismo propósito, que la **mas grave enfermedad de la república era la que se originaba de la cabeza**"[527].

Pero esta correspondencia entre la salud de la *cabeza* y la del resto del *cuerpo* no era entendida como algo unidireccional y, de hecho, Navarrete también sostenía que de la salud del *cuerpo* dependía también la de la *cabeza*—"no basta que la cabeza esté sana si hay dolor y enfermedad en los costados"[528]—. En este punto habría que preguntarse cuál

[524] FERNÁNDEZ DE NAVARRETE, 1626, pág. 6.

[525] FERNÁNDEZ DE NAVARRETE, 1626, pág. 331.

[526] Muy importante en esta obra es la aparición del concepto de *cuerpo* místico para referirse a la Monarquía Hispánica, lo que reviste un conocimiento por parte del autor de la existencia y recorrido del concepto y, en consecuencia, puede significar un enriquecimiento y refinamiento de su empleo.

[527] FERNÁNDEZ DE NAVARRETE, 1626, pág. 291.

[528] FERNÁNDEZ DE NAVARRETE, 1626, pág. 387.

era el papel que, desde la perspectiva del organicismo empleado por Navarrete, tenían los estratos más bajos de la sociedad. Así, y cómo se ha visto en otros autores de distintas épocas, estos solían estar equiparados con las partes más bajas o menospreciadas del cuerpo (los pies, el hígado o el estómago) y así sucede en la obra que se analiza aquí, pues en ella se realiza una comparación entre el pueblo llano y el *estómago*—"el pueblo, que en el cuerpo místico del reyno hace oficio de estómago"[529]—.

Se puede decir, entonces, que lo que se describe es una situación de equilibrio mutuo que, por otra parte, era algo común en un buen número de tratados de calado arbitrista, aunque los elementos que participaban en esta relación podían variar. No se ha de olvidar, en este sentido, que la morfología de la Monarquía Hispánica estaba basada en un Estado polisinodial de reinos de distinto tipo y que para los autores estudiados el sustento de todos ellos era Castilla, cuyas funciones muchas veces eran equiparadas a las de la *cabeza* de un *cuerpo* que, desde la mentalidad política del seiscientos, estaba *enfermo*[530]. El mismo Navarrete afirmaba que Castilla era la *cabeza* de la Monarquía y del Imperio defendiendo los derechos de agregación que esta había llevado a cabo sobre otros territorios como las Indias[531].

En este punto se encuentra, de hecho, uno de los problemas a los que el autor dedicó su tiempo: el excesivo peso que este territorio tenía en el conjunto de la Monarquía Hispánica—"teniendo intención á que Castilla (…) no quede tan enervada y flaca"[532]—. Se trata de una cuestión muy estudiada por la historiografía y para la que los escritores de la época plantearon distintas y variopintas soluciones que, en este caso, se limitaron a "poner límite y raya á su extendido imperio"[533]. Algo, por otra parte, común en otros creadores de *arbitrios* que vieron muy pocas ventajas en el sistema imperial y las relaciones con las tierras americanas. De hecho, esta cuestión tocaba directamente con otro de los problemas mencionados por el autor: la llegada (y salida) de metales preciosos a la península y los efectos que esta situación repercutió, no solo en los precios de productos de consumo básico, sino también en las alteraciones monetarias y en una

[529] FERNÁNDEZ DE NAVARRETE, 1626, pág.112.

[530] ELLIOTT, 2016, pág. 114.

[531] GIL PUJOL, 2012, pág. 71.

[532] FERNÁNDEZ DE NAVARRETE, 1626, pág. 47.

[533] FERNÁNDEZ DE NAVARRETE, 1626, pág. 47.

ociosidad extendida que se manifestó en un importante descenso de las actividades productivas[534].

En cualquier caso, fuera Castilla, el rey o ambos la *cabeza del cuerpo*, lo que estaba claro es que este estaba *enfermo* y que presentaba síntomas de lo que el mismo Navarrete denominaba como una *enfermedad grave*. De este modo, denunció situaciones que ya había revelado Cellorigo, como eran los efectos negativos causados por juros y censos, la despoblación, una Corte hipertrofiada, la excesiva presión fiscal, la inflación y el despilfarro gubernamental[535]. Con lo que se refiere a las tres primeras cuestiones, para el autor eran una sola, pues este entendía a los juros como la principal razón que explicaba el creciente número de gente en la Corte y en la capital donde estaba ubicada. Mientras que los censos los veía como la principal causa de que muchos labradores abandonaran las tierras de su labranza para buscar sustento en otros ámbitos o para entregarse a la pobreza y pedir limosna. Ambas situaciones, en cualquier caso, provocaban un descenso importante de las actividades productivas y una despoblación preocupante interpretadas, ambas, como una entrega por parte de los estamentos a la ociosidad y la holgazanería. Navarrete llegó incluso a plantear la necesidad de prohibirlos como remedio eficaz contra sus efectos y, en su lugar, resaltaba las virtudes del trabajo y la producción agraria, tal y como, según él mismo, se hacía en la Antigüedad —"mientras hubiere en las repúblicas juros y censos, no habrá estimación de la labranza, como lo hacían los antiguo Romanos"[536]—.

Es por esto que las soluciones que ponía sobre la mesa se pueden relacionar con un agrarismo que no era único de este autor[537]. De hecho, el agrarismo ha sido considerado como una de las vertientes del arbitrismo económico[538], debido a su insistencia en la potencialización de las actividades agrarias y ganaderas como forma eficaz de acabar con los males de la Monarquía[539]. En concreto, Navarrete consideraba que "ninguna provincia del mundo puede hacer ventaja, y pocas hacen competencia á España, así en fertilidad

[534] GARCÍA, 1993, pág. 244.

[535] LUCÍA, 2018, pág. 26.

[536] FERNÁNDEZ DE NAVARRETE, 1626, pág. 300

[537] RAMOS-GOROSTIZA, 2009, pág. 16.

[538] GUTIÉRREZ, 1986, pág. 237.

[539] GÓMEZ-CORNEJO, 2018, pág. 19.

como en la riqueza"[540]. Esto quiere decir que, a su criterio, la virtud del territorio que describía no se limitaba a la fecundidad de sus tierras, sino también a la de sus montañas (minería), ríos y bosques. Su solución a la mayoría de los problemas de la Monarquía, entonces, era clara: fomentar las actividades primarias, especialmente la agricultura y la minería y, para ello, el primer paso era acabar con el vacío poblacional —"Lo que á España falta es gente que cultive las tierras y beneficie las minas"[541]—.

También relacionados con la ociosidad situaba a los impuestos, que no habían dejado de subir y que de hecho constituían una preocupación común entre los pensadores políticos del Barroco, arbitristas o no[542]. Las reflexiones de Navarrete en este sentido convertían a estos en otro de los causantes de la despoblación del campo español[543]. Similar consideración guardaba para la inflación, que recomendaba combatir desde arriba—"no sería poco conveniente atajar esta tiranía de los precios, en que tan damnificados quedan los nobles y los labradores"[544]—.

El *cuerpo* de la Monarquía, entonces, estaba enfermo y, si bien es cierto que Navarrete mantenía ese pesimismo antropológico que ya se mencionó para Cellorigo y que podía tener sus orígenes en el discurso de Maquiavelo y el pensamiento clásico[545]—"llegando las monarquías á la cumbre de su grandeza, comienza la declinación por causa del descuido con que se vive, y las delicias con que se enferma"[546]— no renunciaba por ello a la esperanza de una *cura*, por muy grave que fuera la *enfermedad*—"gravísima pero no incurable"[547]—. La cuestión estaba, entonces, en cuál era la *medicina* más adecuada y en quién debía de practicarla. En este sentido, a lo largo del tratado estudiado se hace muchas veces mención de *tratamientos* como la *sangría*, la *purga* o a soluciones radicales como la *amputación*. De hecho, se justifican decisiones como la expulsión de los moriscos

[540] FERNÁNDEZ DE NAVARRETE, 1626, pág. 138.

[541] FERNÁNDEZ DE NAVARRETE, 1626, pág. 146.

[542] ANDRÉS, 2000, pág. 24.

[543] FERNÁNDEZ DE NAVARRETE, 1626, pág. 102.

[544] FERNÁNDEZ DE NAVARRETE, 1626, pág. 306.

[545] La metáfora de un Estado que, como si de un organismo se tratase nace, crece y muere tiene raíces en la Antigüedad Clásica y es visible también en los escritos de Maquiavelo. Siendo visible, por ejemplo, en los capítulos 3 y 5. Para más información consultar: MEBANE, 2024.; MARAVALL, 1986, pág. 272.

[546] FERNÁNDEZ DE NAVARRETE, 1626, pág. 258.

[547] FERNÁNDEZ DE NAVARRETE, 1626, pág. 345.

entendiéndolos como una *purga humoral* (aunque sin obviar las consecuencias negativas que esta tuvo para los tiempos en los que él escribía):

> "con ser la población de los reynos tan grande importancia (…) han querido siempre los reyes de España carecer de su lustrosa numerosidad, ántes que consentir en el **cuerpo místico de su monarquía** los **malos humores**, que con su contagio **podian corromper la buena sangre**. Y así dixo el Señor Rey Don Alonso, que los Reyes tuviesen gran cuenta en facerla poblar de buna gente; porque los de diferentes costumbres y religión no son vecinos, sino enemigos domésticos; como lo eran los Judios y Moriscos"[548].

En cuanto a la cuestión de quién era el *médico* que la monarquía precisaba, este pensador eclesiástico valoraba dos opciones: el rey y sus consejeros. Con lo que se refiere al primero, las funciones que le atribuía eran varias: en primer lugar, era el encargado de prescribir y dispensar un tratamiento adecuado, fuera o no del gusto del paciente:

> "Porque **siendo los Reyes médicos de sus vasallos**, pueden y deben curarlos del frenesí de los gastos, aplicándoles (aunque sea contra su voluntad) **los medicamentos saludables** de la templanza: porque en las **enfermedades graves** pocas veces está dispuesta la voluntad del enfermo á recibir con gusto lo que le ha de acarrear salud"[549].

En segundo lugar, debía también procurar la dieta más adecuada para garantizar la salud de su reino—"Y si el Rey (como queda dicho) es médico de sus vasallos, incúmbele cuidar que con la dieta se repare lo que la demasía de gasto dañó al cuerpo místico del reyno"[550]—.

Por lo que se refiere a los consejeros hace varias veces mención de estos, comparándolos con una *medicina amarga*—"las pócimas amargas, se ha de verificar en el buen consejero"[551]; con los *cirujanos*—"Y así en las enfermedades de la república, (…) deben los consejeros hacer lo que el buen cirujano, que sin atender á las quejas del enfermo, corta lo que conviene"[552]— y, finalmente, con los *ojos*, las *orejas*, los *pies* y las *manos* de la Monarquía[553]. Todo esto lo dice Navarrete poco después de afirmar que la codicia y el desperdicio son las dos *enfermedades* más graves que sufren las monarquías

[548] FERNÁNDEZ DE NAVARRETE, 1626, págs. 35-36.

[549] FERNÁNDEZ DE NAVARRETE, 1626, pág. 232.

[550] FERNÁNDEZ DE NAVARRETE, 1626, pág. 230.

[551] FERNÁNDEZ DE NAVARRETE, 1626, pág. 03.

[552] FERNÁNDEZ DE NAVARRETE, 1626, pág. 349.

[553] FERNÁNDEZ DE NAVARRETE, 1626, pág. 02.

y que, de hecho, suelen hacerlas fenecer —"Y así es forzoso, que donde hay gastos excesivos, haya codicia y desperdicio; que son las dos enfermedades de que suelen morir las monarquías"[554]—. En este sentido, dice Fernández de Navarrete que "siendo el dinero los nervios de la república, es forzoso que si ellos se atenúan y enflaquecen, haya de caer y disolverse el cuerpo místico"[555]. Es por esto que el autor realiza una distinción entre gastos necesarios y no necesarios en la Monarquía, con la intención de esbozar un plan de ahorro[556].

Pero más importante que los tratamientos necesarios para curar el *cuerpo* o las cuestiones que rodeaban a quién debía aplicar los *remedios*, si el rey o los consejeros, estaba la cuestión (ya vista en Maquiavelo) de la *prevención*. De este modo, Navarrete afirmaba que era necesario "atender á prevenir los daños venideros antes de que sucedan"[557]. En este punto entran en juego conceptos como la *historia*, la *educación y* la *experiencia* que conectan nuevamente su obra con el discurso médico renacentista. Un discurso que, como se ha visto, se había transformado y en donde sus autores se habían replanteado cual era la mejor forma de practicar su oficio. En este sentido, tanto para curar como para prevenir los *males* de un Estado era necesario atender a sus causas, esto es algo que se repite muy a menudo en los tratados arbitristas y también se puede encontrar en obras médicas de distinta importancia. Así pues, para prevenir la *enfermedad* de la Monarquía había que ser consciente de que:

> "las ciudades, los reynos y las monarquías perecen como los hombres y las demás cosas criadas; y nos lo advierten lasa de los Medos, Persas, Griegos y Romanos; y de más cerca nuestra propia España, que tantos siglos ha durado el restaurarla de los moros; y es importante conservarla, sino es por los mismo medios con que se ganó, que son del todo opuesto a los que hoy usamos"[558].

Navarrete cita aquí parte de la *Consulta* a la que se refiere el título de su obra y, como se ve, la importancia de los hechos del pasado para justificar sus propuestas se va a convertir en un eje en torno al cual articular su discurso. Algo muy repetido en otros tratados que convierten a la historia en un elenco de experiencias útiles para la ciencia de gobernar, es decir, para la política que define como el "arte de conjeturar el bien

[554] FERNÁNDEZ DE NAVARRETE, 1626, pág. 225.

[555] FERNÁNDEZ DE NAVARRETE, 1626, pág. 227.

[556] CALLE, 1977, pág. 10.

[557] FERNÁNDEZ DE NAVARRETE, 1626, pág. 25.

[558] FERNÁNDEZ DE NAVARRETE, 1626, pág. 25.

comun"[559]. En este caso, dice el riojano, que la mejor forma de prevenir los *daños* al *cuerpo* místico del Estado son las leyes, pues conociendo los casos del pasado se pueden prevenir males que todavía no han sucedido. Les leyes, de este modo, se convierten en una especie de tratamiento preventivo en donde la figura del consejero vuelve a adquirir una importancia capital —"Y por esta razón los providos y prudentes legisladores hicieron leyes para casos que aun no habian sucedido, previniendo con ellas lo que con el tiempo podría suceder"—.

Este pensador ejemplifica con claridad las principales preocupaciones que marcaron el discurso arbitrista, así como las soluciones que en este se esgrimieron. Destacan en él la habilidad para combinar principios morales y económicos en su análisis de la Monarquía Hispánica. En este sentido, su empleo del organicismo vuelve a ensalzar la importancia del mantenimiento del equilibrio entre todos sus miembros (el rey, los consejeros y los estados sociales) para salvaguardar la salud de un *cuerpo* político que, de hecho, estaba achacado por enfermedades como la despoblación, la ociosidad, los excesos fiscales o el despilfarro y proponiendo soluciones como el fomento de actividades agrarias y la recuperación de una política económica basada en la producción y el trabajo. La visión de Navarrete conecta directamente con la tradición clásica y renacentista.

En este sentido, destaca su uso del discurso médico para justificar o legitimar sus propuestas en base, como otros antes y después que él, a conceptos como el de *experiencia*. En esta línea, su enfatización de la figura real como la de un *médico* y la de los consejeros como sus *cirujanos* no solo subraya la necesidad de una gobernanza sabia y prudente (en línea con el pensamiento clásico), sino que también es muestra de una conexión de este autor con la realidad científica que le era coetánea y de la que estaba sacando un provecho discursivo. Algo que se refuerza todavía más si se tiene en cuenta el énfasis que pone en las leyes como herramientas preventivas para garantizar la estabilidad y prevenir futuras crisis, algo en lo que la historia también adquiere, desde su punto de vista, un papel de primer orden.

[559] FERNÁNDEZ DE NAVARRETE, 1626, pág.25

10. Médicos que escriben política

Por lo visto hasta ahora se puede constatar que en el ámbito de la medicina española del Siglo de Oro el galenismo tradicional seguía teniendo un peso relevante en las imágenes del *cuerpo*. Ello tuvo su manifestación en la tratadística política, lo cual se infiere de la aplicación de la metáfora organicista por parte de los autores estudiados. Frente a ellos, aunque no en un sentido combativo, se puede ubicar la aportación de algunos pensadores que, desde su posición como galenos, intentaron describir la Monarquía y sus *males*. Entre ellos se puede destacar a Jerónimo de Merola, cuya obra evidencia claramente la división tripartita de la sociedad aplicando el organicismo. Este enfoque hacía que su mención y análisis encajara mejor en apartados anteriores, pero no fue este el único ejemplo, formando parte de un extenso elenco, entre los que destacan Andrés Laguna, Juan Huarte de San Juan, Rodrigo de Castro, Antonio Pérez, Cristóbal Pérez de Herrera u Oliva Sabuco, aunque con esta última existen incógnitas que resolver relacionadas con la autoría de la *Nueva filosofía de la naturaleza del hombre* (Madrid, 1588), que también se ha atribuido a su padre Miguel Sabuco[560]. Sea cual sea la autoría de esta, su inclusión aquí interesa para volver a materializar la existencia de ese debate sobre la cientificidad de la política. Y es que el autor o autora de este tratado dudaba hasta de la naturaleza misma de la medicina, al menos en las formas en las que se practicaba en su época[561]. Razón por la cual no podía esta otorgar bases a la política, lo que no obsta, sin embargo, para que la obra contenga propuestas de esta índole que conviven con otras que perseguían mejorar la ciencia de Asclepio y la salud pública de sus coetáneos[562].

En este debate, pues, no solo participaron teóricos de la política, sino que los practicantes de la medicina también tuvieron algo que decir y, de hecho, figuras como Rodrigo de Castro (1546-1627) llegaron a formar la figura del *médico-político* a través de la redacción de sus obras[563]. No solo eso, sino que muchas veces los médicos elevaban memoriales a las más altas autoridades gubernamentales siguiendo el mismo patrón que

[560] Para más información consultar: FERNÁNDEZ-SANTAMARÍA, 1986, pág. 333.; MARAVALL, 1986, pág. 60.; BALLTONDRE, 2006, pp. 259-262; GARCÍA-POSADA, 2021, pp. 608

[561] FERNÁNDEZ-SANTAMARÍA, 1986, pág. 142.

[562] GARCÍA POSADA, 2021, pág. 256.

[563] Concretamente destaca su *Medicus politucus* (1614). Para más información consultar: VEIGA & NEVES, 2020, pág. 52.

los arbitristas por lo que, quizá, se pueda decir que una parte significativa del arbitrismo estuvo compuesta por personas formadas en medicina, aunque esto no siempre tenga que ver con la aparición de conceptos organológicos en sus textos. El caso más significativo y estudiado actualmente es el de Cristóbal Pérez de Herrera (1558-1620), que también se trata aquí. Así pues, se han constatado dos vías por las cuales los médicos dieron a conocer sus propuestas, que son la publicación de tratados y la presentación de memoriales[564].

La procedencia de estos autores y su ocupación es, por otro lado, algo que también debe de ser tratado. De esta manera, entre ellos se pueden encontrar médicos y cirujanos reales con dilatadas carreras políticas o militares (incluso ambas) pero también personas sin demasiada o ninguna conexión con la Corte. En el primer caso, se puede mencionar a Andrés Laguna (1499-1559), que ejerció como médico personal de Carlos I de España y que brindó una serie de consejos políticos concentrados en su *Discurso sobre Europa* (Colonia, 1543), en el que se observa la aplicación del organicismo al comparar el Viejo Continente con una mujer enferma[565]. Hubo, por otra parte, otros que, como Antonio Pérez, ejercieron de médicos de Corte, además de participar activamente en las campañas militares de la Monarquía, caso también de Pérez de Herrera. En el caso del primero, la inmersión en estos contextos fue proclive para la redacción de opúsculos sobre la proyección exterior de la Monarquía en los que se entreveían conocimientos de política.

4.1. Antonio Pérez

Muchos fueron, entonces, los médicos que escribieron política. El primero a analizar ya ha aparecido en capítulos anteriores. Se trata del cirujano Antonio Pérez, autor de *Summa y examen de cirugía* (Madrid, 1568), a la que también se ha hecho mención. Con esta obra pretendía, como otros antes y después que él, hacer accesibles los conocimientos anatómicos a aquellos cirujanos que desconocían el latín (está escrita en lengua romance). También fue Pérez autor de otros títulos de repercusión médica. En este ámbito, se puede mencionar su *Breve tratado de la peste*. En ambas se aprecia un peso evidente del galenismo y la medicina hipocrática, de los que ya se han dado breves notas y del que la citación de los *Aforismos* de Hipócrates, así como algunas obras de Galeno y sus consideraciones acerca de ciertas funciones organológicas son algunos de los elementos

[564] SUMILLERA, 2020, pág. 423.

[565] REDONDO, 2001, pág. 270.

que así parecen constatarlo[566]. Estas obras, además, son también una fuente interesante para conocer la vida de su autor, pues gracias a ellas se sabe, por ejemplo, que fue médico de la Corte[567].

Pero si este autor ha sido incluido en el presente apartado es por otro tipo de reflexiones, aquellas que giraron en torno a la cuestión de Flandes y que están recogidas en sus *Avisos importantes de estos estados de Flandes*. Obra de indudable valor para comprender mejor el devenir de la presencia española en aquellos territorios durante la Guerra de los Ochenta Años (1568-1648), a la que se hace referencia en el texto, así como algunas consecuencias que de esta se derivaron[568]. En esta línea, antes de proceder a su análisis, es necesario situar a este autor en su contexto histórico. De este modo, para dar un retrato biográfico del mismo se ha acudido, además de a los datos disponibles en sus obras, a los fondos del Archivo General de Simancas. También se debe tener en cuenta que no es la primera vez que se ha pretendido dar un bosquejo sobre la vida de este personaje, por lo que la información contenida en fuentes secundarias también puede resultar de utilidad. De este modo, y por los datos que se han podido consultar, se sabe que fue cirujano personal del rey Felipe II desde 1574; que conoció a Andrés Vesalio y que pudo participar en el intento de curación de la última enfermedad de doña María Manuela de Portugal, primera esposa de Felipe II[569].

En lo que a la documentación histórica toca, se sabe que ocupó el cargo de "teniente del preboste general en los estados de flandes" y que participó en el intento español de invadir Inglaterra —"que ha que sirve a vuestra majestad veynte y dos años continuos los diez en los presidios de españa y jornadas de ynglaterra"[570]—. Estos datos han sido extraídos de una consulta del Consejo de Estado, fechada el 2 de julio de 1604, con relación a la petición de este cirujano de un incremento de su sueldo. Como se ve, en lo que a los fondos documentales consultados se refiere, se constatan datos referentes a sus servicios como cirujano en los ejércitos españoles. Así, la mayoría de documentos hace referencia a cuestiones económicas o reclamaciones de sueldo que Pérez realizaba y

[566] ROJO, 2014, pág. 52.

[567] PÉREZ, 1598, pág. 01.

[568] MARTÍNEZ, 1991, pp. 344-350.

[569] ALVAR, 1983, pág. 208.

[570] AGS E 1792 N.º 105.

justificaba haciendo alusión a sus servicios. Esto también se ve en una cédula fechada en Madrid el 12 de abril de 1589:

> "El doctor Antonio Pérez como testamentario y heredero de Francisco Pérez su hermano ya difunto dizeque que del tiempo que **sirvió en la provincia de Bretaña** de platicante en el ospiptal que allí se formo y del que assi mismo **siruio de barbero en la real armada** sele deuen ciento y sesenta y nueve escudos de diez reales quatro reales y treinta un maravedís como paresece por una certificación que esta a las espaldas de una cedula real que haze presentación atento lo qual y a que no se pueden cumplir algunas mandas del difunto sino es cobrando esta suma de marabedeis suplica a vuestra majestad se sirua de mandar dar orden al pagador Juan Perez de Hercilla para que de cualquier dinero que hubiere en su poder pague los dichos ciento y sessetna y nuevo escudos quatro reales y treinta y un marabedeis que en ello reseeuira merced de vuestra majestad"[571].

Además de esto, hay que destacar que en alguno de los documentos (asientos y cuentas particulares) se hace referencia a Antonio Pérez como médico y doctor, en los que se vuelve a mencionar sus servicios. Por ello, se podría constatar que no solo era cirujano, sino también médico y doctor. A este respecto, hay quien ha afirmado que pudo ejercer como docente en la Universidad de Alcalá[572]. Se trata, entonces, de un personaje de frenética vida que no le impidió, sin embargo, dejar constancia escrita de sus propuestas médicas y, sí, también políticas y militares.

4.1.1. Avisos importantes de estos estados de Flandes

Estas últimas las vertió en la ya referida *Avisos importantes de estos estados de Flandes*, que se analiza aquí. Obra que se le atribuye por el hecho de estar firmada por "el doctor Antonio Pérez", no siendo descabellada tal atribución dado el bagaje biográfico al que ya se ha hecho referencia. Así, hay que llamar la atención sobre la presencia de un organicismo implícito. Y es que, aunque no se hagan aquí referencias concretas a miembros y órganos del cuerpo humano en correspondencia con los administrativos o gubernamentales, sí se percibe una jerarquización de funciones que vuelve a colocar al rey a la cabeza de todo el conjunto. Se observa, también, que las preocupaciones del doctor fueron similares a las que podrían haber tenido (y de hecho tenían) muchos de sus coetáneos. Es cierto que el transito vital de este coloca sus obras en un contexto histórico diferente al que podrían tener autores como Saavedra Fajardo. Por ello, más que una crisis

[571] AGS GYM. 59. N.º 6.

[572] VEGA, 2014, pág. 51.

asentada y asumida, lo que en sus escritos se puede percibir es, en esencia, las primeras manifestaciones de la misma.

En este sentido, el primer epígrafe de este opúsculo habla de *Conocido donde esta el Daño, mas fácilmente se halla remedio*. Algo que puede vincularse con el discurso médico en un sentido no novedoso, ya que los términos que aquí aparecen (*daño* y *remedio*) estuvieron bien extendidos en la tratadística política estudiada. En algunos de estos, no en este, estos estuvieron acompañados del concepto de *enfermedad*. Por otra parte, también es importante resaltar alguno de esos problemas que preocupaban a Antonio Pérez. Así, habla del despilfarro económico—"Por la mala repartición del dinero"[573]—; de una suerte de clientelismo en las filas de la milicia —"fauores e yntelligencias secretas que no se pueden decir"[574]—; así como el creciente vandalismo entre las filas de la misma —"siguen grandísimos dannos, motines, crueles asesinos, muertes, sacrilegios y total destrucion de las prouincias, ruyna de las tierras y naturales y hazienda de su majestad"[575]—.

En esencia, este texto pretende ser un análisis sobre el estado de salud de la proyección de la Monarquía Hispánica en el exterior por lo que, quizá, convenga vincularlo más con la tratadística militar que con la política. Ello no obsta para que se aprecien ciertas sinergias con el discurso político, quizá la más señera sea la búsqueda de un pasado mejor en los tiempos de Carlos I de España —"como lo hazian en tiempo de la gloriosa memoria del emperador don Carlos nuestro señor"[576]— pero no es esta la única, pues en su detallado informe sobre los ejércitos españoles en Flandes incluye también menciones a órganos de la administración política —"y que los secretarios y oficiales no tengan mas derechos que los que tienen los secretarios de un consejo supremo de guerra en la corte de su majestad y que ningún secretario prouea ni decrete memoriales sin que primero se vean en consejo"[577]—, así como referencias al oro de las Indias, en este caso no como un mal, sino como algo insuficiente para poner fin al conflicto —"que no se acaura la guerra con todo el dinero de las indias"[578]— y menciones a la presión fiscal derivada de la guerra

[573] AGS E 610 N.º 154.

[574] AGS E 610 N.º 154.

[575] AGS E 610 N.º 154.

[576]AGS E 610 N.º 154.

[577] AGS E 610 N.º 154.

[578] AGS E 610 N.º 154.

—"aliue en las alcaulas y otras imposiciones que para los gastos de las guerras han sido ynouadas"[579]—.

Así, la mayor parte de sus propuestas, hay que decirlo, estuvieron relacionadas con la administración de pagos y el establecimiento del orden en las filas de la milicia. En este aspecto, quería asegurarse de que cada soldado recibiera su paga, por lo que insistía en que el desembolso de los servicios de estos debía realizarse en mano y sin intermediarios. Pero también se encuentran otras relacionadas con la provisión de servicios médicos y sanitarios —"aya ospitales muy proueydos y gouernados de oficiales, ropas, medicinas, dietas, comidas y regalos y sobre todo gran seruicio y limpieza y que se curen apartados los de medicina y cirugia, cámaras, sarna y otras enfermedades contagiosas"[580]— que velaban por la salud del cuerpo y, sí, también se preocupaba el doctor Pérez por la salud espiritual al pedir al rey el envío de un arzobispo u obispo y el castigo de los vicios y la salvación de las almas llevada a cabo por un "saludable tribunal"[581].

Denunciaba "tardanzas y floxedades" en el desarrollo de las campañas que tuvieron como resultado la pérdida de tierras, no haciendo culpables a los soldados y gentes de guerra, a las que en cierto sentido exculpa, sino directamente a una falta de gobierno y mando "que les ordene y azote como perros a la caza"[582]. En este sentido, el empleo de ese organicismo implícito al que se ha hecho referencia tiene que ver, una vez más, con la insistencia por parte del autor en que cada *miembro* debía cumplir su función. De la lectura de este opúsculo se deduce, pues, que la función del rey no era otra que "ordenar lo que se ouiere de hazer"[583], teniendo el resto de *partes* la obligación de obedecer. Este pone como ejemplo al enemigo holandés que, a su criterio, estaba compuesto por una comunidad en la que se "atienden todos juntos a la conseruacion de su republica", mientras que al mirar a la Monarquía Hispánica observaba que cada uno velaba por "su particular interés"[584].

Se puede concluir que esta obra trató de abordar varios temas relacionados tanto con la organización militar como de otros asuntos administrativos vinculados con la

[579] AGS E 610 N.º 154.

[580] AGS E 610 N.º 154.

[581]AGS E 610 N.º 154.

[582]AGS E 610 N.º 154.

[583] AGS E 610 N.º 154.

[584] AGS E 610 N.º 154.

Monarquía y sus guerras exteriores. En referencia al primer punto, algunas de las propuestas de Antonio Pérez giraron en torno a los sistemas de pago y la creación de tribunales especializados que velarían por disciplinar las tropas. Relacionado con esto se pueden encontrar también un tipo de propuestas que se pueden denominar como logísticas, en tanto en cuanto pretendían garantizar la distribución de alimentos, municiones y todo tipo de viandas necesarias para las tropas. Además, la profesión del autor se hace notar también en la preocupación por la atención médica de los soldados heridos (se habla de la creación de hospitales de campaña). Finalmente, en la proyección exterior de la Monarquía fue fundamental la cuestión religiosa, razón por la cual no ha de sorprender que el doctor se preocupara por la defensa del catolicismo frente a enemigos como "el gran turco" o los protestantes. Por otro lado, no le fueron ajenas cuestiones de tipo administrativo, y de hecho alguna de sus propuestas pretendieron fortalecer el poder real para garantizar la eficaz defensa de sus territorios.

Es por esto que se puede extraer de su lectura ciertos conocimientos sobre la naturaleza política de la Monarquía Hispánica (poder real, roles eclesiásticos y laicos, sistema de administración militar y de justicia, sistema polisinodial, etc.), por lo que tampoco debe de extrañar que poseyera conocimientos acerca del poder y las formas de ejercerlo. En este sentido se percibe una visión de la autoridad del rey como absoluta, como aquella encargada de dirigir las fuerzas militares, proceder con el nombramiento de cargos públicos, dirigir las leyes y el orden público y controlar cuestiones financieras. Es por todo esto que se puede entender que los conocimientos políticos de este médico eran los suficientemente amplios como para considerarle también un pensador de esta rama del conocimiento. Se trata de algo relativamente habitual, ya que muchos médicos se atrevieron a escribir sobre temas políticos. Un ejemplo de ello se encuentra en la figura del ya mencionado Cristóbal Pérez de Herrera (1556-1620).

4.2.Cristóbal Pérez de Herrera

Con respecto al tránsito vital de este personaje, primera cuestión a tratar, se han extraído datos a través de la consulta de los fondos del Archivo General de Simancas. De este modo, se sabe que fue herido por un arcabuzazo durante su servicio en las galeras de España en la campaña de las islas Azores dirigida por Pedro de Toledo Osorio (1557-1627), concretamente en la isla de Faisal (1582). Y esto se puede constatar en la relación que, de sus servicios, aparece en una consulta fechada el 2 de junio de 1604 y que el

Consejo de Estado remitió en referencia a un memorial donde el médico pedía un incremento de una renta que le había sido otorgada por Felipe II. En dicho documento, que no es el único que contiene esta información, se aclara que el médico defendió "con la espada en la mano"[585] a cientos de heridos. Por esta hazaña el doctor recibió la referida merced de cien ducados de renta. También se dice aquí que sus servicios como protomédico se dilataron durante veintiséis años (aunque en realidad se sabe que esta cifra es aún mayor), aludiendo a otras gestas realizadas en "la ciudad de Varcelona y otro de Gibraltar" [586]. Suplicaba, de este modo, que, como se hizo otras veces, se le perpetuase y aumentase esa renta. Así, este documento hace referencia a la vida militar del personaje en cuestión, aunque no es esta la única faceta que se debe conocer.

Y es que se sabe de sus aportaciones a la cultura, al pensamiento y a la medicina a través de un dilatado elenco de obras, así como sus servicios como médico de la Casa Real (otros documentos consultados arrojan información en este sentido). Un hecho importante en esta dirección fue la fundación de albergues que tenían por objetivo la lucha contra los falsos pobres, que quedó reflejada en su obra *Discursos del amparo de los legítimos pobres y reducción de los fingidos* (Madrid, 1598)[587], pero también quedó constancia de ella en la documentación del Consejo de Estado conservada en el Archivo General de Simancas. Así, en otra de las consultas donde aparece el nombre del doctor se hace referencia a la financiación de 16.000 ducados que este recibió para la construcción de dichos albergues. En este documento, fechado en febrero de 1605, también aparece el nombre de Martín de Albelda, su yerno, al que pretendía ocupar en "algun oficio y exercicio de papeles haciendolo ayuda de camara o acroy de su real casa"[588] en pago como dote de su hija Estefanía Pérez de Herrera. Esta cuestión ocupa buena parte de la documentación consultada y de ella se dirá que no se tiene constancia de que se resolviera favorablemente, pese a la insistencia de Pérez de Herrera (las peticiones en este sentido se dilatan hasta el año 1618).

---

[585] AGS E 1792 N.º 161.

[586] AGS E 1792. N.º 161.

[587] El título completo de esta obra fue *Discvrsos del amparo de los pobres legitimos, y reducción de los fingidos: y de la fundación y principio de los albergues destos reynos, y amparo de la milicia dellos* (Madrid, 1598).

[588] AGS 1803 N.º 79.

Volviendo a sus aportaciones a la medicina y a la cultura de su momento, se pueden mencionar obras como el *Discurso al Rey Felipe Nuestro Señor* (Madrid, 1597) [589], en el que se hacían una serie de propuestas para mejorar la capital del reino; o *Defensa de las criaturas de tierna edad* (Valladolid, 1604)[590], que ya se enmarca dentro de sus propuestas médicas. En referencia a la primera, hay que decir que no es la única que Pérez de Herrera dedicó a la defensa de Madrid como sede de una corte fija, pudiéndose destacar otros títulos como el *Discurso a la católica y real Majestad*[591]. Este se enmarca dentro de un fenómeno mayor, que no es otro que la transformación y adecuación de las ciudades a los tiempos modernos[592].

Resulta especialmente interesante, sobre todo, porque aquí se hace uso del discurso organicista para defender el rango de capital de esta villa. En esta se aprecia la concepción antropomórfica de la ciudad que tenía Pérez de Herrera, que, con sus diferentes antecedentes, insistía en la importancia de la situación de esta ciudad en el centro de la Monarquía, como si del *corazón* de esta se tratase[593]. Entre los referidos antecedentes se pueden citar a fray José de Sigüenza y Luis Cabrera de Córdoba que, durante el reinado de Felipe II, brindaron también argumentos organicistas para defender la capitalidad de

[589] El nombre completo de esta obra fue: *Discurso al Rey Felipe N. S., en que se le suplica que, considerando las muchas calidades y grandezas de la villa de Madrid, se sirva de ver si convendría honrarla y adornarla de muralla, y otras cosas que se proponen, con que mereciese ser Corte perpetua y asistencia de su gran monarquía*

[590] El nombre completo de esta obra fue: *Defensa de las criaturas de tierna edad, y algunas advertencias cerca de la curación y conservación de su salud.*

[591] Este discurso adquirió dos títulos diferentes, pues fue dedicado tanto a Felipe II como a Felipe III. Su objetivo principal, sin embargo, se mantuvo incólume. Este no era otro que la defensa de Madrid como capital del reino, siendo las circunstancias en que apareció uno y otro diferentes. El título completo del primero fue *Discvrso a la católica y real magestad del Rey Don Felipe nuestro señor, en que se suplica, que considerando las muchas calidades y grandezasde la villa de Madrid, se sirua de ver si conuendria honrarla y adornarla de muralla, y otras cosas que se proponen, con que mereciesse ser Corte perpetua y asistencia de su gran monarquia* (Madrid, 1598); el título del segundo fue *A la catolica y Real Magestad del Rey don Felipe III nuestro señor: suplicando á su Magestad que atento las grandes partes y calidades desta villa de Madrid se sirua de no desampararla sino antes perpetuar en ella la asistencia de su casa y gran Monarchia* (Madrid, 1600). Para más información acerca de ambos se puede consultar: GONZÁLEZ DE LA FUENTE, 2002, pág. 31; PÉREZ PASTOR, 1888, pág. 1600.

[592] FRAILE, 2011, pág. 686.

[593] GONZÁLEZ DE LA FUENTE, 2002, pág. 33.

esta villa, a la que ellos entendían como el *corazón* del Estado. Otros, como Juan Ginés de Sepúlveda o Méndez Silva, la consideraban como una *cabeza* que, sin embargo, estaba sujeta a ser elegida por el rey[594].

4.2.1. Memorial, Remedio para el bien y la salud del cuerpo de la República

Su vida como escritor fue más que prolífica, por lo que el número de obras que se le han atribuido es considerable. De este modo, el amplio elenco que se conserva hoy día ha obligado a una priorización, en este caso centrada en la búsqueda de aquellas donde las concepciones organológicas tuvieran más peso. En este grupo, se puede destacar su *Memorial, Remedio para el bien y la salud del cuerpo de la República* (Madrid, 1610) donde realiza un empleo de la metáfora organicista, mostrando conciencia de qué era y cuáles eran sus orígenes:

> "Y **es muy antigua** y usada esta asimilación de los Filosofos. Y el mismo Espiritu Santo la puso tambien en boca del diuino Apostol, pues comparando el **cuerpo mistico de Christo**, que es la Iglesia, al humano (…)"[595].

Por lo general, lo que se percibe en esta obra es un uso de los conocimientos médicos, que sin duda su autor tenía, complementados con propuestas políticas. A este respecto es sabido que este se formó en la Universidad de Salamanca, habiendo constatación de su graduación en bachiller en Artes (1574) y Medicina (1577). Título este último que le sirvió para ocupar una plaza de examinador de Protomedicato (1581)[596]. Esto, unido a su ya referida experiencia, le permitió alcanzar el grado de médico de la Corte y Casa Real en 1592. Por ello, no ha de extrañar que en la aplicación de su discurso el galenismo se mantenga. Ello se ve en la continua mención de los *humores* del cuerpo a los que, de hecho, se les otorga una correspondencia con elementos del Estado:

> "Como ay en el cuerpo humano quatro elementos que lo hazen serviuiente, **vegetable, sensible, y dispuesto a racional**: ansi en el de la Republica, ay otros quatro con que reniue y se enriquece las prouncias que son, **labor de la tierra**, **cria de ganado**, **mercaderias reales**, y **manifaturas**"[597].

---

[594] GIL PUJOL, 2017, págs. 19, 31.

[595] PÉREZ DE HERRERA, 1610, pág. 05.

[596] https://dbe.rah.es/biografias/5418/cristobal-perez-de-herrera (Última consulta: 12/06/2024)

[597] PÉREZ DE HERRERA, 1610, pág. 21.

En su concepción del *cuerpo* era fundamental la cuestión económica vinculada al mercantilismo, algo perceptible en otras obras de este autor y un tema reiterado en la literatura política del momento[598]. Por lo demás, la obra aquí analizada se estructura en catorce títulos enfocados a temáticas diferentes. En el desarrollo de estos, la aparición del discurso médico es vertebradora en más de un sentido, sobre todo, por el hecho de que su autor fuera practicante de medicina, aunque ello no tiene porqué significar que la aplicación de las metáforas médicas y organológicas se hiciera con mayor ventura. Sí se puede adelantar que Pérez de Herrera encontró sinergias y correspondencias entre los *órganos* y *miembros* del cuerpo humano con los *elementos* y *miembros* del Estado. Se trata de una cuestión que lo une a otros autores, aunque no es la única. No en vano, fue, como todos los aquí estudiados, un hombre de su época, y ello implica su incorporación, no solo a las corrientes de pensamiento, sino también a los estilos que, con más frecuencia, fueron escogidos por los teóricos del pensamiento político hispánico. Prueba de ello se encuentra en sus *Discursos del amparo de los legítimos pobres*, enmarcados en el género emblemático[599].

4.2.1.1.El hígado

Volviendo al *Memorial*, luego de hacer una justificación de la necesidad del mismo, procede con la descripción del *cuerpo de la república* empezando por el *órgano* que, a su criterio, era uno de los más importantes. Este no era otro que el *hígado*, del que dice lo siguiente:

> "El hígado de este **cuerpo** que en el **humano es parte que embia por las venas mantenimiento a todo el** (a que en la Republica parece que corresponden los **labradores, ganaderos, oficiales y trabajadores, y aun los tratantes y mercaderes ordinarios**, y otros que le siruen y fomentan) **está tan resfriado**, **opilado, y de tan mala complexión**, que engendra **poca sangre y de mala calidad**, como acontece al del **cuerpo**, quando por algunos desordenes **se calienta demasiadamente**, **destempla y enferma** boluiendose **frio su temperamento:** por auer dexadno todos estos sus antiguas costumbres, y codicia loable de trabajar y sustentarse de mantenimientos de poca costa, y vestir cada uno conforme a su calidad y trato (…)"[600].

[598] VARO, 2015, pág. 550.

[599] FERNÁNDEZ, 2014, pág. 48.

[600] PÉREZ DE HERRERA, 1610, pág. 04.

El hecho de que sitúe al *hígado* como el encargado del mantenimiento del *cuerpo* lo relaciona directamente con el galenismo, sobre todo si se recuerda que para el médico de Pérgamo este era el centro del sistema circulatorio. Su conexión con el pensamiento clásico también se deduce de la comparación de este órgano con los estratos más bajos de la sociedad. Lo curioso aquí está en la consideración del *hígado* como, sino el más, uno de los órganos más valiosos del cuerpo humano que, a su vez, es equiparado con el tercer estado. Esto podría resolver esa situación paradójica mencionada en capítulos anteriores, en la que se valoraba la idea de que la tratadística política, por lo general, consideraba que los miembros de este tuvieran una posición subordinada con respecto al resto, mientras que se les otorgaba una importancia primordial en el organicismo político. Desde el punto de vista de este médico la función del *hígado* era la provisión y mantenimiento de *órganos rectores*, como la *cabeza* y el *corazón* y, de forma complementaria, la del resto del *cuerpo*. Ello lleva a entender que una situación subordinada con respecto a otras partes no implica una menor o mayor importancia. La cuestión del equilibrio es, pues, fundamental para entender esto y se relaciona, de nuevo, con el pensamiento clásico y el discurso hipocrático.

Por otro lado, está el hecho que parece diferenciar a este autor de alguno de los que se ha citado hasta ahora, y es la alusión a una *enfermedad* concreta, el *resfriado*, que da pie a la introducción de la teoría de los *humores* en su discurso. Aunque esto último no representa una novedad, su presencia después de mencionar esta dolencia es significativa. No en vano, esta era entendida como un mal que enfriaba el cuerpo o al menos así se concibe de la lectura de la definición de "Resfriar" del *Tesoro* de Covarrubias —"poner alguna cosa fría, o con el ayre, o con la Niue, o en otra forma. Resfriarse, y resfriado, indisposición causada de frio"[601]—.

El *hígado*, pues, estaba enfermo, lo que se explicaba por un enfriamiento o, lo que es lo mismo, un desequilibrio humoral. Algo que también se apreciaría en la obra de Saavedra Fajardo décadas después de la aparición del *Memorial.* Es cierto, Saavedra Fajardo se refirió a un *hígado* enfermo en sus *Empresas*, aunque no en el mismo sentido. Como se verá en el capítulo correspondiente, el murciano hablaba de un *hígado ardiente* para denunciar un *daño* producido por la Corte, que no era otro que la despoblación vinculada, a su vez, con el escaso desarrollo de la agricultura en Castilla. Preocupación

[601] COVARRUBIAS, 1611, pág. 621.

esta última compartida por buena parte de la literatura política del momento y, de hecho, algo que también denuncia el médico salmantino, que coincide en situar a las Indias como uno de los causantes de esta situación —"los mercaderes y tratantes se han ausentado a otros reynos y a las Indias"[602]—. Se trata, en cualquier caso, del empleo del discurso médico para analizar, quizá denunciar, una situación crítica, una *enfermedad*, en este caso localizada en un *órgano* concreto:

> "Y esto nace que auiendo de embiar **el hígado** (como lo haze en el cuerpo humano**) la sangre** bastante para sustentar **la cabeça y coraçon**, y las demas **partes del cuerpo**, **embia poca, y de tan mala calidad, que se enflaquece todo**, y haze notable falta, por tener la **cabeça** precisa necesidad de **ser seruida y socorrida**, como la **parte principal deste cuerpo**, a donde residen las **potencias y sentidos**, que le gouiernan, y miran por el; que no sin propiedades **Vuestra Majestad y su Real casa y familia**, **Ministros y Consejeros**"[603].

La *sangre* vuelve aquí a aparecer como un elemento de singular importancia. La *enfermedad* a la que se refiere el autor tiene que ver con la poca eficiencia en la distribución de esta o una calidad mermada de la misma. En este sentido, la correspondencia de la *sangre* se podría establecer con la riqueza (el dinero), pues parece la encargada de dar fuerza al conjunto del *cuerpo* y en especial a las partes principales (la *cabeza* y el *corazón*). Así pues, para Cristóbal Pérez de Herrera, el *hígado* de la República se correspondía con las clases populares y su función era, quizá a través del trabajo, la producción de una riqueza de la que habría de nutrirse todo el *cuerpo*.

Llama la atención que la mención de la *cabeza* en el texto de Herrera sea tan escueta. Para él, y para la mayoría de autores tratados, la *cabeza* del Estado era el rey que, además, era su *corazón*. Ello la convertía, no siempre, en la parte más importante de todo el conjunto, lo que muchas veces se traduce en una situación de dependencia con respecto al resto, como parece que es el caso.

Quizá por eso, precisamente, el autor prefiera no dar excesivos detalles en cuanto a la situación de esta, evitando en cierto modo culpabilizar a la Monarquía de su valetudinario estado. Es cierto, por otra parte, que el médico salmantino añade a este punto la casa real, a los ministros y a los consejeros reales, lo que puede relacionarse, como se verá, a lo dicho en las *Empresas.* Con referencia a estos últimos hay que decir que en estas se les

[602] PÉREZ DE HERRERA, 1610, pág. 05.

[603] PÉREZ DE HERRERA, 1610, pág.05.

equiparaba con los órganos visivos, es decir, que estos se vinculaban con la sensorialidad. Situación similar a la que se infiere de la lectura del texto de Herrera, pues parece afirmar que en estos reside parte de las potencias y los sentidos[604].

4.2.1.2.El estómago

Otro órgano que mencionan ambos autores es el *estómago*. En este caso no se encuentran correspondencias significativas entre las descripciones que realizan uno y otro. Y es que, como se verá, para Saavedra este se podía comparar con el secretario, mientras que en Pérez de Herrera sus funciones son asumidas por la nobleza. Algo, por otra parte, llamativo si se recuerda que, por lo general, este solía adquirir una posición denostada en el empleo del organicismo por la creencia de que de él emanaban las tendencias pecaminosas[605]. Es posible que esta sea la causa que explique las razones de su equiparación en esta obra con una nobleza en procesos de cambio. Situación que difiere a la que se encuentra, por ejemplo, en la obra de Pedro Fernández de Navarrete, donde era el pueblo el que era equiparado con el órgano en cuestión.

En cualquier caso, y según el pensador que ocupa este apartado, el *estómago* estaba, como el *hígado*, achacado por un *mal*, que no era otro que la *hidropesía*. Se trata, una vez más, de la mención de una enfermedad física con una sintomatología concreta para explicar una situación política de características específicas entre las que el autor encuentra sinergias. Su definición también está presente en el *Tesoro* de Covarrubias, donde se la describe como una "enfermedad de humor agusoso, que hincha todo el cuerpo" y de la que el diccionario refiere tres tipos, una de las cuales tiene su principal sintomatología en una sed insaciable[606].

Leyendo esto, es inevitable recordar las aportaciones que al organicismo vertió Tomas Hobbes en su *Leviatán* (Londres, 1651), pues, como se sabe, una de las características de su discurso era la aplicación del concepto de *enfermedad* mencionando afecciones concretas. Pues bien, una de estas era la *rabia* y uno de sus síntomas era la *hidrofobia*, situación contraria a la que describe aquí Cristóbal de Herrera[607]. Es cierto que las

[604] DAVID-PERYRE, 1977, pág. 312.

[605] LÓPEZ, 2007, pág. 243.

[606] COVARRUBIAS, 1611, pág. 469.

[607] HOBBES,1651, pág. 133.

circunstancias que se relacionan con la aplicación de estos términos no son las mismas, en primer lugar, Hobbes advierte sobre lo perjudicial que pueden resultar la lectura de ciertos libros (especialmente los vinculados con la Cultura Clásica), mientras que el médico salmantino habla de un debilitamiento de la nobleza asociado con lo que Saavedra Fajardo denominaría después como emulación:

> "los quales por auer gastado algunos un tercio y aun muchos la mitad mas de lo que tienen de renta cada año, para llevar la grandeza adelant, **a imitación unos de otros**, por no quedarse atras en ninguna cosa (…)"[608].

Se puede detectar aquí connotaciones negativas destinadas a este estado, que como se ha dicho podrían explicar su equiparación con un órgano que, como el *estómago*, se había asociado tradicionalmente con la voracidad. Es, en cualquier caso, una vuelta al discurso hipocrático y a la aplicación del concepto de *enfermedad* para la descripción de la crisis hispánica. De este modo, pocas líneas más avanzadas la obra, Pérez de Herrera asevera que esta situación produce un *mal quilo* y, por lo tanto, una producción sanguínea insuficiente que relaciona directamente con el equilibrio entre los *cuatro humores*. De lo que dice, parece, se vuelve a inferir una equiparación de la circulación monetaria con la sanguínea que, evidentemente, resultaba insuficiente para enviar *humor sanguíneo* al *hígado*, la *cabeza* y el *corazón* y, por lo tanto, para el mantenimiento del resto del *cuerpo*. Se trata de la misma línea que habían seguido otros autores, que como este relacionaban la pérdida de las funciones de la *sangre* con distintas situaciones, en este caso un debilitamiento de la nobleza.

Se ve, en cualquier caso, que este autor estaba conectado con el pensamiento político de su época, y que en él pudieron tener un peso importante las aportaciones del arbitrismo. De ahí su apuesta por la agricultura como uno de los remedios que habría de acabar con las *enfermedades* del Estado. En esta línea se pueden establecer sinergias con sus coetáneos, sobre todo en relación con ese estado florido al que se hizo referencia al hablar de González de Cellorigo y otros ejemplos. Para el autor que ocupa el presente apartado, la agricultura era el medio para llevar a la Monarquía a "su antiguo ser"[609].

[608] PÉREZ DE HERRERA, 1610, pág. 06.

[609] PÉREZ DE HERRERA, 1610, pág. 16.

No se debe aventurar, a pesar de ello, su denominación como arbitrista, aunque sí se puede decir que tiene algunos aspectos en común con estos[610]. Fue él mismo el que quiso dejar claro su desvinculación con este grupo en algunas líneas de esta obra —"Que por tratar solo de cosas tocantes al bien público, no merecen estos mis pensamientos nombre de arbitrios (que el vulgo llama)"[611]— aunque posiblemente sea este un intento de separarse y diferenciarse de aquellos que estaban tan denostados. De este modo, si se atiende a lo que se ha dicho sobre los repúblicos a lo largo de esta investigación, tal denominación podría ser acertada si se tienen en cuenta la cantidad de memoriales que elevó a las distintas administraciones de la Monarquía a lo largo de su vida, ello a pesar de que no estuvo dedicados a ellos con la intensidad que otros sí pudieron prestar. Se puede decir, en suma, que su experiencia de primera mano en el ámbito militar, político y médico le convirtieron en un pensador multifacético, razón por la cual la calidad y viabilidad de algunas de sus propuestas brilla por encima de otros arbitrios presentados[612].

4.2.2. Las dolencias del cuerpo de la república

En general, para Cristóbal Pérez de Herrera, el origen de la crisis hispánica estaba en circunstancias como la "gran ociosidad de mucha gente"; "la mendiguez fingida"; los extranjeros—"el gran número que entra de fuera de estos Reynos" [613]—; los gastos superfluos; una excesiva presión fiscal y el endeudamiento de la Corona [614]. Como se ve, nada nuevo con respecto a todo lo que se ha venido analizando hasta ahora.

4.2.2.1.El diagnóstico y sus remedios

Por todo esto, desarrolló y defendió un elenco de *remedios* para los *males* antedichos. Así, a la ya mencionada apuesta por la agricultura habría que añadir un aumento de las gentes de guerra, otorgando especial importancia a la armada. Este punto es importante si se tiene en cuenta el bagaje biográfico de este personaje, tan vinculado a los ejércitos y la marina. Por la documentación consultada, se sabe que estuvo sirviendo en las galeras

[610] SIMÓN, 1964, pág. 10; CAVILLAC, 2002, pág. 628; GONZÁLEZ, 2002, pág. 28.

[611] PÉREZ DE HERRERA, 1610, pág. 30.

[612] CAVILLAC, 1999, pág. 391.

[613] PÉREZ DE HERRRA, 1610, pág. 09.

[614] PÉREZ DE HERRERA, 1610, pág. 22.

de España, entre otros muchos servicios a la Corona. Todo esto se conoce, además, porque él mismo lo plasmó en muchas de sus obras.

Lo descrito en ellas y en los documentos consultados es similar a la que se dio para otros autores como Marcos de Isaba, que en su *Cuerpo enfermo de la milicia española* (Madrid, 1594) también alertaba sobre las deficiencias de los ejércitos de la Monarquía, aludiendo, por cierto, a cuestiones similares a las que se refirió Antonio Pérez (indisciplina entre las filas, corrupción en los mandos o la necesidad de defensa frente a las herejías) con la particularidad de que esta obra se centraba en la infantería con un empleo no demasiado sofisticado del discurso médico. Se ve, en cualquier caso, cómo el pensamiento de Cristóbal Pérez de Herrera se puede entender como la visión de dos esferas distintas, la militar y la política, en la percepción de la crisis que estaba atravesando la Monarquía Hispánica. Por ello no ha de sorprender que el tema del socorro de la milicia se desarrolle en su *Discurso décimo y último al Rey Don Felipe, nuestro señor, del ejercicio y amparo de la Milicia de estos reinos* (Madrid, 1598). Se trata de otro de los proyectos de asistencia social del Doctor Pérez de Herrera, centrado en los miembros de la milicia para que, una vez cumplieran su servicio y llegada su vejez, no se vieran desprovistos de amparo[615].

En lo que se refiere a esa apuesta por la agricultura, el autor insistía en que habían de trabajar la tierra todos los falsos pobres, por lo que proponía métodos para distinguir a estos de los auténticos. También los propuso como mano de obra para la reforma y embellecimiento de Madrid[616]. Incluía, además, a los extranjeros en sus consideraciones, haciendo alusión concreta a los irlandeses que describía como "otra nueua raza y generación de Gitanos"[617]. En lo que se refiere a la primera cuestión, el autor vuelve a las propuestas que ya había esgrimido en sus *Discursos del amparo de los legítimos pobres* donde denunciaba la falsedad de algunos de estos que "sin licencia de médicos espirituales ni corporales"[618] comían carne en los días prohibidos por la Iglesia. Denuncia, de este modo, su ociosidad y los inconvenientes que generaba su presencia, de los cuales

[615] GONZÁLEZ DE SAN SEGUNDO, 1986, pp. 43-59.

[616] CAVILLAC, 2002, pág. 636.

[617] PÉREZ DE HERRERA, 1610, pág. 11.

[618] PÉREZ DE HERRERA, 1598, pág. 05.

el quizá más llamativo sea el sexto y último, directamente relacionado con la aparición de enfermedades como el tabardillo[619].

Y es que la consideración social de los pobres también se alteró como resultado de la crisis hispánica. En este sentido, ya se ha dicho que la mayor parte de los autores analizados tuvieron en común ser espectadores (aunque en distintos momentos) de la misma, es decir, que estuvieron inmersos en el contexto histórico-social que pretendían mejorar. Pues bien, en sus escritos se puede percibir también los imaginarios sociales acerca de determinadas materias y como estas habían cambiado con respecto a épocas precedentes.

La cuestión de los pobres es una de ellas. Así, durante buena parte de la Edad Media estos fueron percibidos como una especie de representación de Cristo en la tierra y, por lo tanto, no eran objeto de persecución y, de hecho, muchas veces se imponía la obligatoriedad o el compromiso de darles limosna. Pero en plena Edad Moderna la situación había cambiado, las gentes habían migrado al Nuevo Mundo, la agricultura se estaba perdiendo y los ociosos se concentraban en una atorrante corte. Los problemas se acumulaban, y la percepción social que se tenía de los pobres se alteró hasta convertir a estos en un inconveniente, un mal social e, incluso, una e*nfermedad*. Percepción agudizada aún más desde que empezaron a afluir los falsos pobres que, según la mentalidad de la época, no querían trabajar[620].

La solución que Pérez de Herrera propuso para este asunto no difiere demasiado de la propuesta de Luis Vives (1493-1540), quien ya había mencionado la idoneidad de obligar a estos a trabajar en su *De subventione pauperum* (Brujas, 1526)[621]. Para el salmantino, estos suponían, como se ha visto, un peligro sociosanitario, económico y, no menos importante, también espiritual. Por ello, las soluciones que propone van encaminadas a combatir la ociosidad —"procurando que trabajen y sean útiles"[622]—; prevenir la aparición de enfermedades —"procurar que no salgan los enfermos de los hospitales"[623] — y garantizar que los auténticos pobres pudieran acceder a la limosna —

[619] PÉREZ DE HERRERA, 1598, pág. 15.

[620] CARREÑO, 1997, pág. 23.

[621] CARREÑO, 1997, pág. 25.

[622] PÉREZ DE HERRERA, 1598, PÁG. 59.

[623] PÉREZ DE HERRERA, 1598, pág. 60.

"y quitar de España los fingidos, falsos, engañosos, y vagabundos, usurpadores de la limosna de los otros"[624]—. De esta triple solución se entiende la importancia otorgada a los albergues como institución encargada de regular, no de prohibir, la mendicidad.

De todo esto se ve, en cualquier caso, que una de las características más señeras del discurso empleado por este autor a la hora de aplicar conceptos médicos es la combinación entre realidad y alegoría. Ello quiere decir que, aunque emplea la metáfora organicista para describir el Estado y la situación que este estaba atravesando en, por ejemplo, la equiparación de estratos sociales con *órganos* del *cuerpo* humano no deja, por otro lado, de hacer referencia a situaciones vinculadas con una situación sociosanitaria real.

Ello se ve también cuando propone medios para reducir un gasto que relaciona con la suntuosidad en el vestir y en el comer —"y aun ahirandose con tantos manjares diferentes, de que proceden tambien muchas enfermedades de almas y cuerpos"[625]—. Esta situación puede tomarse como una demostración de que el empleo del discurso organicista no era, la mayor parte de las veces, entendido como la aplicación de una mera metáfora, sino que en verdad se entendía como una realidad, lo que se podía deber, entre otras cosas, a la autoridad que su utilización en tal sentido daba las Sagradas Letras, tal y como ya se ha mencionado. El fragmento más significativo en este sentido es el que sigue:

> "contentándome con imitar en esto al **sabio y prudente medico**, que quando halla vn **cuerpo** con alguna complicación y **síndrome de grandes enfermedades**, se contenta, **con curar las que dan mas muestras de acabar el sugeto**, y que tienen mayor vigencia (que llamamos los Medicos) para **que ya que no sane de todo punto el enfermo**, **a lo menos no se muera**, **y mejore**, alentándole, con ponerle animo de *esperanças de salud*. **Y despues** de vuelto en si, **la misma naturaleza** esforçada y desembarçada de los males grandes que le apretauan, **expele las enfermedades menores que le quedan**. Y assi remediándose en la Republica dos cosas, que entre las demas la afligen y desconciertan, que son la **ociosidad de tantos, y los gastos excesivos en todo genero** de gente, se remediaran muchas, con que boluera a **su antigua prosperidad**, **y se enmendaran otras menores que tiene**. Porque a mi parecer, es cosa cierta, que como la Ley de Dios se encierra en amarle, y al próximo como a si mismo: Y la de **la salud corporal**, en comer moderadamente, y hazer exercicio. Assi la salud deste **gran cuerpo de la Republica**, y su bien y remedio consiste, en que todos se moderen en sus gastos, y se ocpupen y trabajen, y no este nadie ocioso en ella"[626].

[624] PÉREZ DE HERRERA, 1598, *Carta del doctor Cristóbal Pérez de Herrera al lector.*

[625] PÉREZ DE HERRERA, 1610, pág. 15.

[626] PÉREZ DE HERRERA, 1610, pág. 29.

En estas líneas, que concluyen su obra, el autor asume que los problemas analizados por él no podían ser enfrentados a la vez. Es por ello que, valiéndose del discurso y saber médico, aconseja acabar solo con los más graves para que, de forma natural y como sucede en el *cuerpo* humano, la República pueda sanarse por sí sola o, al menos, recupere un cierto vigor. Este método puede estar haciendo referencia al pensamiento hipocrático, concretamente a algunos de los *Aforismos*[627]*,* aunque parece encajar mejor con las aportaciones de Galeno en *Sobre el Método Terapéutico.* En esta última, el médico de Pérgamo enfatizaba la importancia de entender las causas de las enfermedades para poder realizar un tratamiento adecuado, recomendando una priorización en la lucha contra las más graves.

Se ve, en cualquier caso, cómo los conocimientos médicos de este autor influyeron notablemente en sus consideraciones y en la morfología dada a sus propuestas. Para él, los *males* más graves que atravesaba la Monarquía eran la ociosidad y el despilfarro. Las consideraciones políticas, incluida la aplicación del discurso médico y de la metáfora de *enfermedad*, se mezclan, pues, con recomendaciones médicas reales "para la salud de las poblaciones y otros muchos bienes"[628].

En referencia a los falsos pobres, una de las soluciones que da se encuentra en sus *Discursos del amparo de los legítimos pobres,* la cual es la construcción de hospitales y albergues donde estos habrían de concentrarse. Es una cuestión que se relaciona con el remedio propuesto en el *Memorial,* donde habla de recuperar una figura de la antigüedad, que no es otra que la del censor, para controlar a las personas ociosas. Es esta una idea que une a este autor con Jean Bodin, que en *Los seis libros de la Republica* había ensalzado las funciones de esta figura pública romana, y con otros pensadores del momento que, como Sancho de Moncada o Lope de Deza, se unieron a esas consideraciones sobre la necesidad de, por decirlo así, contar y registrar a la población. No pensaba lo mismo Saavedra Fajardo, que en su empresa 14 entendía que, en el contexto que le era presente, la práctica de la censura sería odiosa y traería más daños que remedios[629].

[627] HIPÓCRATES, 1983.

[628] PÉREZ DE HERRERA, 1610, pág. 27.

[629] GIL PUJOL, 2004, pp. 1011-1020.

Estas no eran el único problema a resolver, pues también se fijó el autor en la falta de población en los reinos peninsulares de la Monarquía. En este sentido, y esto se puede establecer también con una conexión con el pensamiento de su época, el autor señala las Indias como uno de los causantes de una situación demográfica depauperada, por lo que una de las soluciones que puso sobre la mesa fue la vuelta de estas personas para la ocupación de labores y empresas que considera prioritarias. Otras pasaban por impulsar la institución del matrimonio y la reducción de las gentes de fe, incluso llegó a valorar la idea de "admitir gente estrangera y Catolica, inclinada a trabajar"[630] para colonizar tierras que estaban sin labrar (algo que puede resultar una contradicción si se tiene en cuenta sus valoraciones con respecto a los irlandeses).

Unida con esta última cuestión se hallan los *remedios* propuestos para enmendar los *males* de la economía. Y es que el autor establecía una equiparación de los cuatro *humores* del *cuerpo* humano con la agricultura, la ganadería, las mercaderías reales y las manufacturas. Todos ellos son elementos económicos que el autor consideraba ineficientes y maltrechos o, lo que es lo mismo, *enfermos*. En referencia a las dos últimas, habla de impulsar el comercio a través de ferias como la de Medina del Campo con la advertencia de evitar el "dinero seco", que considera algo dañoso —"Y los que negocian con dinero seco dentro destos Reynos (…) fingen pagar alcauala ni diezmo, ni los derechos, saca grande fruto e intereses"[631]— que podría dejar de serlo aumentando la intervención estatal.

Propone también la reducción de la entrada de mercaderías extranjeras, una suerte de proteccionismo, y la potenciación del trabajo nacional en la fabricación de productos evitando, al mismo tiempo, la ociosidad de las gentes que ya se ha referido. Esta idea de reactivación del comercio no hace sino idealizar una época pasada en la que este era esplendoroso, siendo esta otras de las sinergias clave de este autor con el pensamiento arbitrista[632].

Todas estas propuestas, tratamientos o soluciones alcanzan un nivel mayor de concreción acercándose al final de su obra y, específicamente, en las *Doze advertencias de mucha consideracion para la vtilidad y riqueza destos reynos*. En estas líneas vuelve

[630] PÉREZ DE HERRERA, 1610, pág. 20.

[631] PÉREZ DE HERRERA, 1610, pág. 22.

[632] CAVILLAC, 2002, pág. 631.

a mencionar la necesidad de una reducción de los monasterios (especialmente los masculinos, por lo que los femeninos quedarían excluidos de la propuesta); también propone la supresión de las licencias para "fundar mayorazgos" (aportando también excepciones); algo similar pretende hacer con los notarios y escribanos reales, cuyo excesivo número consideraba como un inconveniente. Relacionada con esta última cuestión está la excesiva proliferación de pleitos, que un autor como Saavedra Fajardo entendía como consecuencia del excesivo número de leyes y que el salmantino vinculaba con la gran cantidad de escribanos y notarios. La cuarta consideración, directamente relacionada con la agricultura, se refiere a la necesidad de construir acequias por todo el campo español "como se haze en el Reyno de Valencia, Murcia, Granada y otros para regar las tierras"[633].

Significativas, por último, se pueden considerar sus observaciones acerca de la salida de metales preciosos de los reinos peninsulares de la Monarquía. Con este último aspecto se relaciona uno de los *males* más graves por los que estaba pasando esta y que es mencionado por prácticamente todos los autores que se han analizado hasta ahora: la moneda de vellón. Como es sabido, una referencia imprescindible en este sentido es *El tratado y discurso sobre la moneda de vellón,* publicado por Juan de Mariana un año antes que la obra de Cristóbal Pérez de Herrera viera la luz, es decir, en 1609. De hecho, el propio Pérez de Herrera era consciente de lo trillado de la cuestión y las propuestas que giraban en torno a ella –"Aunque aura auido otros muchos pareceres de personas de partes y talento, acerca de la reducción tan importante de la moneda de bellon"[634]—. A esta considera el autor como un peligro que estaba debilitando al *cuerpo* político y para el que propuso medidas que iban desde su desaparición hasta su alteración.

El tratado de Pérez de Herrera, en definitiva, se presenta como un resumen de los problemas que estaba atravesando la Monarquía Hispánica y que la habían sumido en una crisis percibida por él y por tantos otros como una *enfermedad*. Los ejes centrales de su discurso vuelven a girar aquí en torno a la necesidad de volver a un pasado glorioso; el impulso de la agricultura; la reducción o supresión de juros, censos, mayorazgos, la moneda de vellón y un sinfín de *males* que, al parecer, estaban a la vista de todos. Se trata, como se ha venido reiterando, de un texto que aúna los conocimientos médicos de su

[633] PÉREZ DE HERRERA, 1610, pág. 23.

[634] PÉREZ DE HERRERA, 1610, pág. 27.

autor con la capacidad analítica que él tenía desde un punto de vista político. Por ello, precisamente, la valoración de las fuentes de inspiración del mismo han de mirar a las dos vertientes: la medicina y la política. En verdad, no difiere esta situación de la del resto de autores, más allá del hecho de que el autor aquí tratado pudiera tener una mayor familiaridad y cercanía con los conceptos médicos.

En cualquier caso, del lado de estos últimos, se podrían citar las aportaciones de Luis Lobera de Ávila, Bernardino Montaña de Monserrate, Andrés Laguna, Juan Valverde de Amusco y, en definitiva, los grandes anatomistas del siglo XVI español que, en la mayor parte de los casos, también tuvieron una estrecha relación con la Corona[635]. En este sentido, y como se dijo en el capítulo correspondiente, la situación de la anatomía en España, aunque había progresado en las formas de investigación y docencia, seguía sumergida en el galenismo clásico. Esto es algo que se percibe en los tratados médicos y, como se ha venido demostrando, también en los tratados políticos que, de una forma u otra, se apropiaron de los métodos discursivos de estos. Es precisamente por ello que el propio Galeno ha de ser considerado como fuente de inspiración o conocimiento junto con buena parte de los grandes autores de la historia de la medicina hasta la Edad Moderna.

El discurso médico, desde este punto de vista, se convierte en un recurso de persuasión en manos de alguien que debía conocerlo bien. Este aparece tanto desde un punto de vista anatómico como terapéutico. En este último aspecto destacan las referencias a tratamientos como las sangrías o las purgas —"como lo hacen los malos humores que se sacaron por sangrias y purgas del cuerpo humano"[636]— para hacer referencia a cuestiones como la expulsión de los moriscos, acertada desde su punto de vista y el de otros autores políticos como Sancho de Moncada.

Por otro lado, otros autores coetáneos a él también advertían sobre la necesidad de *medicinas fuertes* para la salud del cuerpo del Estado, en este sentido se puede mencionar a Saavedra Fajardo, quien advertía sobre que no siempre era conveniente usarlas. De este modo, en la empresa 42 habla de la cura más adecuada para las "enfermedades envejecidas" que, para él, es una basada en "medicinas suaves". En estas líneas Saavedra habla sobre la utilidad de atraer al pueblo (al que compara con un *caballo*) con medios

[635] DAVID-PERYRE, 1977, pág. 312.

[636] PÉREZ DE HERRERA, 1610, pág. 07.

dulces a la aceptación de las resoluciones de su príncipe o gobernante. Menciona en este sentido los espectáculos públicos de la antigua Roma concluyendo que no siempre han de ser estas impuestas por la fuerza, sino que pueden ser aceptadas con la dulzura de la persuasión. Continúa su reflexión con lo dicho en la empresa 85 (*Consilia media fvgienda*), donde se descarta por completo usar *remedios medios* en castigar los tumultos — "propusieron a Druso que, o disimulase, o usase remedios fuertes"[637]—, pues tan solo la extrema suavidad o la extrema dureza son las adecuadas para tratar los asuntos del vulgo. Se pude aludir, por último, a las consideraciones que a este respecto realizó Justo Lipsio y que ya han sido analizadas.

En referencia a las cuestiones anatómicas, ya se ha dicho que la elección de los dos órganos mencionados, el hígado y el estómago, no fue una cuestión azarosa, sino vinculada a los conocimientos médicos del autor. En primer lugar, si el hígado era considerado como el centro del sistema circulatorio era porque dependía de las viandas enviadas por el estómago. Este proceso consistía en la transformación del alimento depositado en el estómago en quilo, que no era otra cosa que "aquella sustancia que del majar apartan las potencias vitales antes que se distribuya por las partes del cuerpo"[638]. Era, pues, fundamental para la elaboración de la sangre. De ahí, por cierto, uno de los motivos por los que el propio Vesalio denominó al cuerpo como *fabrica.* Imprescindible era también en mantener el equilibrio entre los humores, tal y como el propio Herrera atestigua. Pero, quizá como característica más importante, el hígado era, sobre todo, la morada de los espíritus vital y natural. Estos, aunque no aparecen de forma explícita, tal y como sí ocurría en las *Empresas* de Fajardo, están presenten en las consideraciones que giran en torno a la función fundamental del hígado y de cómo esta puede truncarse si se altera su temperatura. La teoría de los espíritus, pues, debe ser mencionada como vertebradora en el uso de la metáfora médica y organicista, aunque en este caso su aplicación metafórica no alcance un grado de desarrollo tan preciso como en la obra del murciano.

La función del *hígado* de la república, era, en cualquier caso, la misma que la que este tenía para el cuerpo humano. De ahí que el autor lo considere *enfermo*, pues para él esas funciones de mantenimiento correspondían a trabajadores del campo, mercaderes y

[637] SAAVEDRA, 1999, pág. 915.

[638] COVARRUBIAS, 1611, pág. 602.

practicantes de otras profesiones que, por causas antedichas, escaseaban en los reinos peninsulares de la Monarquía. Su ausencia era la causante de un desequilibrio humoral, una *enfermedad* directamente vinculada con la calidad de la *sangre*.

En cuanto al estómago, su importancia se vinculaba en, como se ha dicho, la producción de quilo. Su correspondencia en la obra de Herrera se sitúa en los "Grandes, Titulos, Caualleros y gente noble y rica destos reinos"[639], algo en lo que algunos autores han querido ver una alegoría metafórica de las cuatro venas por donde el quilo pasaba del estómago al hígado según la teoría de Galeno[640]. La *enfermedad* de este órgano, entonces, tendrá que ver con la escasa producción de esta *sustancia* —"de que este tan falto de calor natural, que no puede hazer la digestion, y conzer como conuine"[641]— vinculada también a una escasa calidad de la *sangre* que el autor creía causada por una crisis de la nobleza que vinculaba con la emulación, los mayorazgos y otra serie de hechos que habían traído a este estado a la destemplanza. En la descripción de esta anomalía se introducían cuestiones económicas trascendentes como el endeudamiento del Estado o la presión fiscal, así como otras ya mencionadas como la expulsión de los moriscos. Se trata, en cualquier caso, de lo que ya se ha dicho, la aplicación del discurso galénico e hipocrático, complementado con el vocabulario anatómico de su época para exponer sus propuestas. De ahí que la cura este directamente relacionada con los *Aforismos* de Hipócrates, concretamente el de los contrarios.

[639] PÉREZ DE HERRERA, 1610, pág. 06.

[640] DAVID-PERYRE, 1977, pág. 314.

[641] PÉREZ DE HERRERA, 1610, pág. 06.

TERCERA PARTE: ECOS MÉDICOS EN SAAVEDRA FAJARDO

11. Vida y obras de Saavedra Fajardo

Por todo lo dicho, se podrían adelantar varias conclusiones, de las cuales quizá la más significativa, por el momento, es la que convierte a la política en un ámbito multifacético en el que no existe exclusividad o, lo que es lo mismo, las aportaciones y publicaciones, en el mismo, no estaban limitadas a un determinado tipo de pensadores. Esto se manifiesta en la variedad de escritos que, desde distintas ópticas (médica, militar, jurídica, teológica, etc.) vieron la luz durante los siglos XVI y XVII. Esto lleva a un escenario complejo a la hora de hacer búsquedas como la que se pretende realizar en estas líneas, lo que se explica por una cuestión sencilla, y es que no todos los autores tenían por qué tener el mismo bagaje intelectual ni los mismos intereses. El empleo de la metáfora organicista, y junto a él, del discurso médico, no siempre aparece claramente en los escritos y, cuando lo hacen, las morfologías que estos adquieren pueden estar sujetas a matices diferenciadores. Se ha considerado conveniente, por lo tanto, dar un enfoque especial a uno de los autores más significativos del pensamiento político del Siglo de Oro: Don Diego de Saavedra Fajardo (Murcia, 1587-Madrid, 1648) [642]. Esta decisión se ha tomado en base tanto al desarrollo vital de este personaje como a su más que dilatado bagaje político e intelectual.

5.1.Perfil biográfico

En este sentido, es pertinente comenzar la disertación de su pensamiento por unas breves notas biográficas. Estudiado por muchos, no existe, sin embargo, un número significativo de publicaciones que hayan tratado cuestiones referentes a su vida previa a sus trabajos en Roma y en Centroeuropa[643]. Esto es así porque la mayoría de estas se han centrado preferentemente en un análisis heurístico y hermenéutico de sus obras. Es, de hecho, la situación en la que se encuentra esta investigación, que no por ello deja de reconocer la importancia de ahondar más en una cuestión como la de sus primeros estudios (referentes a dónde los realizó, quiénes fueron sus profesores, dilucidar si estos

[642] Para más información consultar: FRAGA, 1998.

[643] La vida de Saavedra Fajardo se divide en dos etapas diferenciadas por primera vez por Quintín Aldea Vaquero en su edición de las *Empresas* de Saavedra Fajardo (1976). Estas etapas se denominan *Romana* (1610-1633) y *Centroeuropea* (1633-1646).

últimos tenían alguna vinculación con la Compañía de Jesús, etc.) [644], así como de otras cuestiones relacionadas con su vida no oficial[645].

En lo que se refiere a sus servicios a la Corona, existe una información bastante detallada al respecto disponible en un memorial, presentado por él mismo, fechado el 6 de diciembre de 1630 y que ha sido tomado como referencia en muchas publicaciones[646]. Gracias a este y otros documentos, y especialmente a su correspondencia privada (que todavía se conserva) se pueden dilucidar un elenco nada escueto de datos sobre su vida como funcionario de la Corona[647].

De este modo, se conocen sus trabajos para el jesuita Gaspar de Borja y Velasco, que se extendieron por más de veinticinco años y que tuvieron lugar entre Roma, Nápoles y Sicilia. Al servicio de Borja, Saavedra ejerció como secretario particular y de la embajada de España en Roma, cuando su señor era cardenal (1608-1620), y secretario de Estado y Guerra en Nápoles, cuando él mismo fue designado como virrey de ese territorio (1620). Además, destacó su presencia en los cónclaves que eligieron a los papas Gregorio XV (1621) y Urbano VIII (1623); siendo también designado como Solicitador y Procurador de los negocios de los reinos de Castilla (1623) y de los asuntos de las Indias Occidentales (1624) en la Corte Romana[648]. Labores llevadas a cabo entre 1610 y 1633, es decir, durante su estancia en Italia, que concluyó después de que fuera designado como secretario en una Junta de los Consejos de Estado y Castilla (1631-1632) para después volver a sus trabajos en Roma y Nápoles hasta que recibió la orden de trasladarse a Alemania el 27 de febrero de 1633.

[644] DÍEZ DE REVENGA, 2008, pág. 15.

[645] Sobre sus estudios existen menciones en las distintas obras y publicaciones que han tratado su figura. Sagrario López, en la introducción que realiza a su edición de las *Empresas* de Saavedra, llega a aclarar que estos se desarrollaron en la Universidad de Salamanca y que se basaron en estudios de Derecho Canónigo y Civil, siguiendo quizá a Abellán (1988). Por su parte, Sonia Boadas (2016) aclara que recibió el título de Bachiller en 1606 al tiempo que avisa sobre la falta de información sobre si siguió cursando sus estudios después de este hecho. Para más información a este respecto consultar: ABELLÁN, 1988, pág. 76; FRAGA, 1999; LÓPEZ, 1999; BOADAS, 2016.

[646] RUIZ, 2022, pág. 103.

[647]ALDEA, 1987.

[648] BOADAS, 2015.; BOADAS, 2016, pág. 12.

En Alemania, Saavedra estuvo 15 años: primero tuvo que actuar como representante español ante el duque de Baviera, pasando posteriormente a ejercer como plenipotenciario en la firma de la paz de Münster. Cuando fue designado para la primera labor, consistente en facilitar un acuerdo entre Maximiliano I y Fernando III después de la firma del tratado de Fontainebleau (1631), en el que Maximiliano de Baviera había establecido una alianza con Francia (alejándose, por tanto, del Imperio), Saavedra tenía cincuenta años de vida y una más que dilatada experiencia desarrollada en más de veinticinco años de carrera profesional. Tal objetivo, enmarcado en un convulso momento como era la Guerra de los Treinta Años (1618-1648), se caracterizó, además, por una latente rivalidad entre la Monarquía Hispánica y la francesa, cuyo paroxismo se manifestó en la declaración de guerra que Luis XIII había formalizado tras la publicación de un manifiesto en 1635.

En este se detallaban las razones que habían obligado al rey cristianísimo a optar por tal decisión, entre las que se encontraba la supuesta intención de los españoles de constituir una monarquía universal[649]. De otro lado, y en una oleada de textos propagandísticos típicos de cualquier conflicto bélico, apareció la *Respuesta al manifiesto de Francia,* que muchos historiadores atribuyen a Saavedra Fajardo[650]. Los resultados de la labor diplomática del murciano fueron, en cualquier caso, favorables a la causa española, pues el acercamiento de Baviera a los intereses de la Monarquía Hispánica resultó incontestable. También consiguió un triunfo en su campaña diplomática en Mantua, donde logró sumar la lealtad de María de Gonzaga hacia la casa de Austria y la persona de Felipe IV.

No se puede decir lo mismo de los trabajos de Saavedra en los Cantones Suizos, donde las dietas entre católicos se repitieron hasta nueve veces (1638-1642). Allí, su misión diplomática se centró, una vez más, en atraer la fidelidad de aquellos territorios a la Corona Española, así como en mantener la estabilidad en el Franco Condado y la permanencia de Borgoña bajo la soberanía de esta. Pretendía, pues, el cese de envío de tropas en auxilio de la causa de Luis XIII en Borgoña por parte de los cantones y la intervención de estos y la Conferencia Helvética en favor de la causa austracista. Los objetivos, sin embargo, no se lograron en gran parte debido a trabas burocráticas

[649] SCHMIDT, 2012, pág. 231.

[650] JOVER, 1949; ARREDONDO, 1992; BOADAS, 2016.

relacionadas con la supuesta desacreditación de Saavedra y a la perspicacia de algunos de sus adversarios políticos.

Sea como fuere, los intensos trabajos de Saavedra fueron recompensados al tiempo que estaban teniendo lugar estas dietas. El 18 de septiembre de 1640 recibió el título de hábito de la Orden de Santiago y, poco después, el 22 de febrero de 1641, Felipe IV le otorgaba también el título de caballero de la misma orden[651]. Estos títulos, símbolo del reconocimiento de su trabajo, le sirvieron en la etapa más característica y conocida de su vida iniciada en 1643, cuando fue designado como miembro de la Junta de Guerra del Consejo de Indias y luego fue nombrado ministro plenipotenciario para participar en el congreso de Münster (que en 1648 concluiría con la firma de la paz de Westfalia). Su objetivo allí fue intentar conseguir el mejor posicionamiento posible para una maltrecha Monarquía en unas negociaciones que no fueron fáciles. Su estancia en aquel congreso, en cualquier caso, terminó antes de que este concretara los términos de la paz. En el verano de 1646 ya se encontraba en Madrid, donde ocupó el cargo de introductor de embajadores en la Corte y un puesto en el Consejo de Indias hasta su muerte el 24 de agosto de 1648.

5.2.Obras

Sobre este aspecto Abellán ha calificado a Saavedra como un autor poco "prolífico", algo que resulta chocante teniendo en cuenta la considerable cantidad de obras que escribió[652]. Así pues, si bien es cierto que muchos títulos fueron publicados con carácter póstumo, décadas e incluso siglos después de su muerte, esto poco tiene que ver con el número real de escritos que el murciano concluyó a lo largo de su vida[653]. La *República Literaria* (su primer trabajo) es un claro ejemplo, pues fue concluida en 1612 y no conoció el formato impreso hasta 1655, siete años después de la muerte de Saavedra[654]. De ese mismo año (1612) son también sus primeros poemas, creados para

[651] BOADAS, 2012, pág.13.

[652] ABELLÁN, 1988, pág. 76.

[653]Para más información sobre la difusión de las obras de Saavedra Fajardo se puede consultar: DÍEZ DE REVENGA, 1981, pp. 51-54; DIEZ DE REVENGA, 1983, pág. 49-53; FRAGA, 1998, pág. 533; GARCÍA, 1998, pág. 244; BOADAS, 2012 pp. 108-118; BOADAS, 2016, pp. 5-20.

[654] A este respecto, hay que recordar la información aportada por Jorge García López en su edición crítica de la *República Literaria* (2006). Este autor defiende que la mención textual, en la primera edición, de unos

insertarse en obras de mayor extensión como *Desengaños de Fortuna* de Gutierre Marqués de Careaga y las *Tablas poéticas* de Francisco Cascales[655].

Años después, fruto de una experiencia más dilatada, aparecieron sus primeras creaciones de carácter político: las *Introducciones a la política* y la *Razón de Estado del rey católico don Fernando.* Concluidas en 1630 en un único manuscrito y dedicadas al conde-duque de Olivares, no conocerían el formato impreso hasta 1853, si bien es cierto que gran parte de ambas fue aprovechada para formar parte de las *Empresas Políticas*[656]. También en 1630 apareció la *Indispositione generale della monarchia di Spagna*, que hizo su primera aparición en formato manuscrito y cuya atribución ha sido puesta en entredicho recientemente[657]. En orden cronológico, seguirían a estos títulos otros como la ya mencionada *Respuesta al manifiesto de Francia* (1635); el *Discurso sobre el estado de la presente Europa* (1637); el *Dispertador a los trece cantones esquízaros* (1638); la *Relación de la jornada del Condado de Borgoña* (1638); la *Idea de un príncipe político cristiano representada en cien empresas* (1640); los *Suspiros de Francia* (1643); las *Locuras de Europa* (1645) y la *Corona Gótica* (1645).

Cada una de estas obras se enmarca en un contexto vital distinto. Así pues, el *Discurso* (1637) es un análisis de la situación política del Viejo Continente bastante concienzudo en un momento concreto, pues fue escrito después de su asistencia a la elección de Fernando III como emperador, que tuvo lugar en la ciudad de Ratisbona[658]. Por su parte, títulos como la *Respuesta* (1635), el *Dispertador* (1638), los *Suspiros* (1643) o las *Locuras* (1645) se crearon con la intención de persuadir al lector, francés, español,

cuadernos atribuidos a Diego de Mendoza puede significar que esta obra no sea posterior a 1627, pues es probable que esta alusión se refiera a la *Guerra de Granada* publicada precisamente ese año. Por otra parte, el mismo autor asegura que la ultimación de la obra no puede ser anterior a 1612, pues la obra de Traiano Boccalini *De'ragguagli di Parnaso,* que según este mismo autor es una fuente de inspiración de Fajardo, fue concluida precisamente ese año. A todo esto, se añade la existencia un manuscrito disponible en la Biblioteca Nacional que dice que la obra fue compuesta en 1612. Para más información consultar: GARCÍA, 2006, pp. 25-26.

[655] DÍEZ DE REVENGA, 2008, pág. 16.

[656] DOWLING, 1957, pág. 59; LÓPEZ, 1999, pág. 20.

[657] BOADAS, 2015, pp. 355-370.

[658] GONZÁLEZ, 1987, pág. 52; DÍEZ DE REVENGA, 2008, pág. 30; BOADAS, 2016, pág. 14.

holandés, sueco o simplemente europeo sobre los desmanes de una guerra prolongada, ensalzando las virtudes de la paz y recalcando los peligros de una Francia hegemónica.

El contexto de todos ellos era, como es sabido, los trabajos que el diplomático estaba realizando en Centroeuropa en el marco de la Guerra de los Treinta Años (1618-1648), situación que quizá explique por qué muchas de sus obras no conocieron el formato impreso de forma inmediata. Este fue el caso de las *Locuras de Europa,* terminadas en 1645 pero editadas e impresas en 1748, o la *Corona Gótica*, que hubo de esperar hasta el año siguiente de su redacción[659].

De esta forma, se puede establecer un denominador común para la mayor parte de estas, que no es otro que la postergación del momento en que aparecieron en un formato impreso que les permitiera difundirse de forma eficiente. La excepción a esta regla está, quizá, en las *Empresas Políticas* (que se editaron dos veces en la vida de Saavedra), pero, en general, se puede establecer que el murciano tuvo dificultades en difundir sus ideas que se manifestaron, sobre todo, en las reservas que algunas de sus propuestas generaron en la Corte de Madrid.

Algunas de sus obras, de hecho, las difundió desde el anonimato o bajo el nombre y apellidos de otras personas. Este último es el caso de la *República Literaria,* aparecida por vez primera con el título de *Juicio de artes y sciencias* y bajo la autoría del quizá ficticio Claudio Antonio de Cabrera[660]. Con respecto a otras, un caso conocido es el de la *Respuesta al manifiesto de Francia*, cuya atribución a Saavedra Fajardo es relativamente reciente[661], o las *Locuras de Europa*, que en un principio se redactaron encubriendo a su autor[662]. También sigue esa línea la *Carta de un holandés a otro* (Madrid, 1642), en la que finge ser un oriundo de aquel país con el propósito de persuadir al lector sobre las virtudes de la Monarquía Hispánica[663]. Esta cuestión es clave para entender por qué el publicista decidió omitir su nombre en este tipo de tratados, pues la naturaleza de los

[659] BOADAS, 2016, pág. 30.

[660] LÓPEZ, 1999, pág. 18; DÍEZ DE REVENGA, 2008, pág. 33; BOADAS, 2016, pág.; GARCÍA, 2006, pág. 98.

[661] JOVER, 2003.

[662] BOADAS, 2012, pág. 220.

[663] SÁEZ, 2014, pág. 99.

mismos, que no es otra que la propagandística, no permitía revelar el nombre ni los intereses de su autor.

Esta misma circunstancia puede explicar por qué alguno de sus trabajos apareció originalmente en idiomas como el alemán, el holandés o incluso el latín, pues el objetivo de estos era alcanzar una mayor profusión y difusión. Esto se ve claramente en algunas de las consideraciones que, sobre sus propias obras, esgrimía el murciano. Por ejemplo, cuando las *Locuras de Europa* (1645) vieron la luz, lo hicieron en un contexto en el que la causa española en la guerra se daba por perdida. Como ya se ha dicho, y como se volverá a insistir, Saavedra comprendía que lo que no se podía lograr en el campo de batalla con la fuerza de las armas podría lograrse con el poder de la palabra y la debilidad de las mentes. Este fue el contexto en el que nacieron muchos títulos de tipo propagandístico, entre los cuales quizá el más notorio fue *Locuras de Europa,* cuya última meta era persuadir a las naciones del Viejo Mundo, especialmente la holandesa, para no aliarse con Francia. De ahí, precisamente, la importancia de traducirla a cuantos más idiomas mejor. Cuestión esta última en la que insistía el propio Saavedra en cartas conservadas al marqués de Castel-Rodrigo[664]. No fue este, sin embargo, el único propósito del mismo. En este sentido, sus *Empresas* pretendían funcionar como manual de consejos y advertimientos para el joven príncipe Baltasar Carlos, mientras que la *República Literaria* pretendía ser una crítica satírica a la cultura libresca del momento.

5.2.1. República Literaria

Escrita, como se ha dicho, en 1612, no conoció el formato impreso hasta 1655 y entonces se publicaría con la firma del mencionado Claudio Antonio de Cabrera (siete años después de la muerte del que se supone fue su autor original). La aparición del nombre de Diego de Saavedra Fajardo habría de esperar hasta 1670, motivo por el que su autoría ha sido puesta en duda[665]. En este sentido, la obra cuenta con dos versiones de diferente naturaleza correspondientes a la manuscrita (producida entre 1612 y 1625) y las impresas. A estas últimas habría que ir sumando un sinfín de nuevas ediciones acaecidas durante el siglo XVIII, fruto del renovado interés que la cultura ilustrada mostraba por el pensamiento saavedriano y que también provocó el descubrimiento, por parte del padre

[664] BOADAS, 2012, pp. 210-211.

[665] GARCÍA, 2002, pág. 79.

Estala, de una redacción inédita de la obra hasta finales de la centuria del mil setecientos[666]. Esta se unía al manuscrito (conservado actualmente en la Biblioteca Nacional) de la misma obra, donde se observaban anotaciones de Saavedra Fajardo[667]. Así pues, tanto el manuscrito como la versión del padre Estala parecen demostrar que la autoría corresponde al ministro plenipotenciario. Además, parece que esta fue mostrada disimuladamente por el propio autor a lo largo del texto. En la dedicatoria *Al ilustrísimo y excelentísimo Señor, el Señor Conde Duque de San Lúcar,* Saavedra nos informa de una serie de "contraseñas"[668] puestas por él mismo para demostrar que las ideas reflejadas en el escrito pertenecían a su pluma[669].

Una vez resuelta esta cuestión, se debe aclarar que entre una y otra existen diferencias significativas, que van más allá de aspectos formales y de calidad, y que albergan también aspectos ideológicos. Estos últimos pueden estar relacionados con un cambio radical en la personalidad del diplomático, pero parece más lógico pensar en una adaptación de la obra a una situación profesional distinta[670].

Enmarcada en el género literario de la sátira, que en este caso toma la forma de un sueño o ficción alegórica basada en Luciano y Platón, las fuentes que la inspiraron fueron extensas y variadas[671]. Siguiendo un criterio cronológico, se pueden citar las ideas de Erasmo de Rotterdam en su *Elogio de la locura* (Basilea, 1515); a las que se deben añadir títulos como *De incertitudine et vanitate scientiarum declamatio invectiva* (Colonia, 1526), de Enrique Cornelio Agrippa von Nettesheim. Esta obra, traducida al castellano como *Declamación sobre la incertidumbre y vanidad de las ciencias y las artes*, guarda sinergias importantes con la *República Literaria*, pues adopta la forma de una sátira crítica con el estado de la ciencia en el momento de su publicación[672]. Del mismo año es

[666] La revalorización de las obras de Diego Saavedra Fajardo durante el siglo XVIII se produce sobre todo a partir de la publicación de *Oración en alabanza a las obras de Diego de Saavedra* (Madrid, 1725) del filósofo valenciano Gregorio Mayans y Sicar (1699-1781), que también fue el promotor de una edición impresa de la *República Literaria* (Madrid, 1735).

[667] GARCÍA, 2006, pág. 99.

[668] SAAVEDRA, 2006, pág. 191.

[669] BOADAS, 2012, pág. 137.

[670] Para más información consultar: BLECUA & BOHIGAS,1984; BLECUA, 1984, pp. 11-28; BLECUA, 1992, pp. 554-519.

[671] GONZÁLEZ, 1946, pág. 1132.

[672] MAÑAS, 2013, pp. 201-203.

Veritas lucata, sive de licentia, poética, quantum poetis liceat de veritate abscede, de Luis Vives, donde el autor se sirve de recursos literarios cercanos a la sátira[673]. Precisamente la misma circunstancia que une la obra aquí analizada con los *Ragguagli di Parnaso* (Salamanca, 1616), de Traiano Boccalini que, traducida al castellano como *Discursos y avisos del Parnaso* por Pérez de Sousa (Madrid, 1634)[674]*,* recurre a la mofa y la jocosidad para cargar contra el gran obstáculo que existía entonces para la consecución de una hegemonía francesa en Europa: la propia Monarquía Hispánica[675]. Por otra parte, se deben citar las *Anotaciones a Garcilaso* (Sevilla,1580), de Fernando de Herrera, que constituyen un auténtico tratado de poesía romance[676].

Más allá de las influencias cercanas en el tiempo, es innegable que la *República* de Saavedra bebe mucho de los formalismos propios de la cultura clásica. De hecho, en el trascurso de la misma se suceden recursos y procedimientos literarios del Mundo Antiguo que la enlazan con obras como *La República* de Platón; *De República* de Cicerón; el *Sueño de Escipión,* obra ciceroniana recuperada por Macrobio en su *Comentario* y, sobre todo, las obras de Luciano, muy extendidas y referenciadas por el Humanismo, como *El sueño*, *El gallo* o *Ícaro Menipo*. No en vano, la obra aquí analizada está enmarcada en el género literario del *sonnium*, reforzado durante el Renacimiento y muy extendido durante el Barroco y de la que *La República Literaria* es solo un ejemplo más. Así pues, entre los más representativos, se puede recalcar la *Satyra Menippaea. Somnium. Lusus in nostri aevi Criticos (*Amberes, 1581) de Justo Lipsio, también de marcado carácter crítico con la cultura de su época[677]. En ella, el belga nos cuenta un sueño en el que pudo asistir a una reunión de un Senado Romano particular que, formado por escritores como Cicerón, denunciaba a los humanistas por la falta de decoro en la edición de obras maestras de la cultura clásica [678].

La obra de Saavedra es muy similar, ya que se trata de una narración en la que él mismo se convierte en visitante de una ciudad onírica, que ha sido identificada con una

[673]DIEZ DE REVENGA, 1970, pág. 5.

[674] GARCÍA, 2006, pág. 27.

[675] GAGLIARDI, 2010, pág. 192.

[676] Para más información consultar: GARCÍA, 1956, pág. 53; DOWLING, 1957, pág. 55; DOWLING, 1967, pág. 15; GARCÍA, 2006, pág. 27; DÍEZ DE REVENGA, 2008, pág. 43.

[677] FERRER, 2013, pág. 109.

[678] GARCÍA, 2006, pág. 20; FERRER, 2013, pág. 114.

alegoría de Salamanca. Esta ciudad estaba habitada por los grandes autores, artistas, médicos y científicos de toda la historia hasta el momento de su redacción. Así, como ya había hecho Lipsio para su *Satyra Menippaea*, el protagonista de esta fábula contaba con la inestimable ayuda de los oriundos de aquel lugar, función que en este caso recayó sobre dos personajes distintos: Marco Varrón y Polidoro Virgilio. Guiado por estos dos personajes, conoció de primera mano a sus habitantes y las distintas funciones que estos desempeñaban. Así, y según lo que se puede leer en la segunda versión de esta obra, entre los arquitectos vio Saavedra a Sóstrato de Cnido o a Calícrates; entre los orfebres, a Estratónico o a Antipatria; menciona a grandes pintores de la historia universal y a artistas ejemplares del arte español de su tiempo (Navarrete y Diego Velázquez); Antonio de Nebrija se dedicaba a enseñar gramática; Vesalio su anatomía, lo mismo que Galeno, a quien vio "haciendo anatomía de cuerpos humanos"[679].

5.2.2. Indispositione generale della monarchia di Spagna

La conclusión manuscrita de este opúsculo tuvo lugar en diciembre de 1630, aunque no alcanzaría una edición impresa hasta años después, cuando lo hizo como apéndice de la *Historia della disunione del regno di Portogallo dalla Corona di Castilla* (Ámsterdam, 1647), que el padre Ferdinando d'Helevo redactó a partir de la *Historia di Portogallo* (1644), de Giovanni Battista Birago. Al parecer, la obra original había tenido un fuerte carácter antiespañol que se había disipado con las modificaciones del clérigo[680]. Las *Indispositione* quedaron anexadas a esta modificación sin dejar constancia de quién había sido su autor hasta que el historiador italiano Giorgio Spini las atribuyó a un publicista y diplomático español: Saavedra Fajardo[681]. Los motivos que le llevaron a ello están relacionados con no pocas sinergias ideológicas y coincidencias de esta con las *Empresas Políticas* que, además, se refuerzan por los conocimientos que de los asuntos italianos demuestra su autor (Don Diego pasó parte de su vida sirviendo a la Monarquía

[679] SAAVEDRA, 2006, pág. 251.

[680] ROSA DE GEA, 2008, pág. 112.

[681] SPINI, 1942, pp. 438-451

en aquel lugar), por lo que a esa aseveración se unieron una parte importante de autores que llegan hasta fechas recientes[682].

Ha habido, sin embargo, quienes han dudado sobre este hecho. Manuel Fraga, en su monografía sobre Saavedra, llegó a atribuir la obra aquí analizada a Giovan Battista Birago[683], mientras que Sonia Boadas sostiene que esta no puede ser fruto del ingenio del publicista[684]. Esta investigadora afirma que las coincidencias entre las *Empresas* y las *Indispositione* no son suficientes para aseverar que Saavedra fuera su autor. Además, aunque reconoce la existencia de datos biográficos extraíbles de este tratado que pueden evidenciar que así fuera (su estancia en Madrid a finales de 1630, coincidiendo con la publicación, o el ya referido conocimiento acerca de los asuntos italianos), afirma que existen otros que alejan la hipótesis de Spini de la realidad, como las menciones a otras propuestas de características similares presentes en otros trabajos suyos. La investigadora deduce de este hecho que, al no existir otros discursos anteriores presentados a Felipe IV y al conde-duque, Don Diego no puede ser el autor de este opúsculo. En cuanto a las sinergias ideológicas, basadas en la influencia de Maquiavelo, el uso de la metáfora organicista y el concepto de *enfermedad* o el naturalismo, no son tampoco suficientes para esta investigadora, que los considera comunes a la literatura política del momento. A todo esto, añade las diferencias palpables entre las *Introducciones a la política* y *La razón de Estado del rey católico don Fernando* con la obra aquí analizada en referencia, por ejemplo, a Flandes. En las primeras se hace una defensa de la conservación de este territorio, mientras que en la segunda se aboga por renunciar a él para garantizar la conservación de la Monarquía.

Las argumentaciones de Boadas al respecto se basan en la falta, a su juicio, de argumentos sólidos que lleven a una conclusión certera. Sin embargo, no propone la autora una alternativa a que fuera Saavedra el autor de esta obra. Es cierto que la actitud mostrada por el autor en las *Introducciones* o en *La razón de Estado* es bien distinta, incluso en el trato con el cual se refiere a Felipe IV y al conde-duque de Olivares, pero es posible también que esto se deba simplemente a la mayor libertad que le confería el

[682] Para más información consultar: MURILLO, 1957, pág. 19; DOWLING, 1977, pág. 58; BLECUA, 1984, pág. 16; GONZÁLEZ, 1987, pág. 57; DÍEZ DE REVENGA, 2008, pág. 18; ROSA DE GEA, 2008, pág. 111.

[683] FRAGA, 1998, pág. 536

[684] BOADAS, 2015, pp. 355-370.

anonimato. Por lo que respecta a esta tesis doctoral, se considerará a Saavedra Fajardo como el autor de las *Indispositione.* Así, es importante conocer el contexto en el que se redactó, que parece estar vinculado con los deberes de su autor como secretario de la Junta de Reforma de abusos de Roma que, reunida en Madrid desde septiembre de 1630, pretendía resolver las tensiones entre la sede pontificia y la Monarquía.

Dedicada al "ilustrísimo y excelentísimo señor el conde-duque de Olivares"[685], no es sino una descripción de los *males* que achacaban a la Monarquía, proponiendo los *remedios* a tratar. En ella se citan muchos argumentos que se emplearían también en otras obras suyas, algunos de ellos prácticamente de forma literal: la elevación de la historia como maestra de la política y la extracción de ejemplos de esta; el docto conocimiento de los asuntos italianos; el naturalismo maquiaveliano; el uso de un organicismo al que va unido el concepto de *enfermedad*; las consideraciones acerca de Castilla y el sistema polisinodial y una serie de cuestiones que la conectan intensamente con el pensamiento saavedriano.

5.2.3. Introducciones a la política y Razón de Estado del rey católico don Fernando

También dedicadas al conde-duque de Olivares y al rey Felipe IV, son dos obras distintas, aunque muchas veces que se encuentran menciones a estas aparecen como si fueran una sola. La primera de ellas, inconclusa, guarda una serie de principios teóricos basados en la *Política* de Aristóteles, mientras que la *Razón de Estado* pretendía funcionar como un catálogo de ejemplos históricos de aplicación práctica[686]. Ambas fueron acabadas al mismo tiempo (1631), coincidiendo con una estancia de Saavedra en Madrid[687], pero ninguna conocería el formato impreso hasta mucho después (1853), en una edición que incluía también algunos textos saavedrianos inéditos hasta ese momento[688]. Por otra parte, el hecho de que la primera no se concluyera, unido a que ninguna de las dos se editó e imprimió inmediatamente después de su terminación, ni durante la vida de su autor, ni tan siquiera durante la Edad Moderna, se ha tomado como un indicativo de que no fueron del gusto de las autoridades (la Corte de Madrid, los censores o incluso el propio rey y su valido). Ambas, en cualquier caso, fueron diseñadas

[685] SAAVEDRA, 2008 a, pág. 117.

[686] GONZÁLEZ, 2009, pág. 03.

[687] FRAGA, 1998, pág. 157.

[688] ROSA DE GEA, 2008, pág. 456.

con el objetivo de educar a un joven Felipe IV a través, en primer lugar, de aforismos y reflexiones políticas de raíz aristotélica y, en segundo lugar, a través de un espejo donde mirarse, que no era otro que Fernando el Católico.

Entendidas como una misma obra o como algo separado, las fuentes que las inspiraron fueron diversas y variopintas. En este sentido, al evidente peso del aristotelismo en las *Introducciones* se puede añadir el influjo de Juan de Mariana en la *Razón de Estado*, del que se puede citar concretamente su *Historia General de España* (Toledo, 1601)[689]. Esta influencia se desprende, por ejemplo, de las reflexiones en torno a la tiranía y al mejor gobierno posible. En este título, Mariana se postulaba abiertamente a favor del gobierno de uno, que consideraba como el más antiguo y el más conectado con la naturaleza. Se decantaba, entonces, por la monarquía, concretamente por una hereditaria en la que los varones tuvieran preferencia en la sucesión[690].

El discurso empleado y las conclusiones a las que Saavedra llega en sus *Introducciones* son muy similares, ya que también defiende el gobierno de uno como el más adecuado (cosa que también realiza en las *Empresas*) afirmando que "todos los gobiernos padecen achaques, este [el gobierno de uno] menores"[691]. A todo esto, además, se pueden añadir otras influencias, casi todas ellas vinculadas con el pensamiento tacitista, el neoestoicismo y la reacción a las propuestas de Nicolás Maquiavelo[692].

En ambas se puede encontrar, pues, el uso de un organicismo en el que se hacen referencias al *alma*, a las "partes corpóreas de la ciudad"[693], la *salud* pública, etc. complementado con la mención del mejorable estado de *salud* que estaba atravesando la Monarquía. Todo ello para describir muchas de las preocupaciones y reflexiones que el murciano también incluyó en las *Empresas*. No en vano, a lo largo de estas se puede observar cómo, en más de una ocasión, Saavedra se apoyó en fragmentos literales de la *Razón de Estado.*

[689] CANTARINO, 2008, pág. 145.

[690] CENTENERA, 2009, pág. 345.

[691] SAAVEDRA, 2008 a, pág. 172.

[692] GIL PUJOL, 1996, pág. 29; CARRASCO, 2017 b, pág. 179.

[693] SAAVEDRA, 2008 a, pág. 165.

5.2.4. Empresas políticas

La *Idea de un príncipe político-cristiano representada en cien empresas* puede ser considerada como la obra magna de Saavedra Fajardo[694]. Escrita a lo largo de toda su vida profesional, su primera edición se armó en la imprenta de Nicolao Enrico en la ciudad de Múnich (1640), mientras que la segunda lo haría en Milán poco tiempo después (1642) [695]. El contexto en el que se fraguaron explica el contenido y naturaleza de las mismas, así pues, la primera incluía alusiones al conde-duque de Olivares (que adoptaron la formalidad de halagos en un momento en que su gestión no había sido puesta en entredicho); un discurso marcadamente tacitista, incluso maquiaveliano, en el que las citas al historiador romano rebasaban el centenar y un orden diferente en la sucesión de las distintas empresas[696]. Por su parte, como consecuencia de las reacciones que, desde la Corte de Madrid, habían suscitado sus escritos (no solo las *Empresas*), Saavedra tuvo que claudicar y modificar su obra, lo que fructificó en la edición de Milán en la que menguaron las referencias a Tácito, desaparecieron las alusiones al conde-duque y se multiplicaron las citas bíblicas (sobre todo del Antiguo Testamento). Estas últimas se sucedían con la intención de dificultar la percepción de las disimuladas referencias a Tácito. Muchas de ellas, incluso, se colocaron en los márgenes de algunas de las empresas sin que ello supusiera modificación alguna de su texto explicativo[697]. Saavedra adaptaba de este modo sus *Empresas* a los tiempos y circunstancias que las rodeaban[698].

Enmarcadas en los emblemas y los espejos de príncipes, su objetivo principal fue la formación en los ejercicios del gobierno del entonces príncipe heredero Baltasar Carlos (fallecido en 1646)[699]. De este modo, las referencias que pudieron servir de inspiración para las *Empresas* son incontables, por lo que parece lógico comenzar la disertación de

[694] En esto coinciden prácticamente la totalidad de especialistas en su obra. Para más información consultar: MARAVALL, 1975, pág. 67; ABELLÁN, 1988, pág. 76; GALVÁN, 1966, pág. 18.

[695] Estas no han sido las únicas ediciones de la obra, ya que a las dos primeras ediciones hay que sumar un sinfín de nuevas impresiones y publicaciones que llegan hasta nuestra época y que alcanzan al menos la cifra de 64. Para más información consultar: SÁNCHEZ PÉREZ, 1977, pág. 137; DÍEZ DE REVENGA, 1981, pp. 51-54; LÓPEZ, 1999, pp.100-101; LÓPEZ, 2000, pp. 621-646.

[696] LÓPEZ, 2000, pág. 622.

[697] GARCÍA, 1998, pág. 252.

[698] BOADAS, 2016, pág. 22.

[699] VELÁZQUEZ, 2011, pág. 199.

autores inspiratorios de esta obra haciendo alusión, en primer lugar, a la emblemática[700]. Así pues, se debe aclarar que existen diferencias entre este género y el de las empresas, pues ambos estaban sujetos a una normativa que, aunque no siempre se cumplía, debió ser objeto de conocimiento del murciano[701].

Más allá de estas formalidades, el objetivo moralizador de ambos era un punto común innegable. Aserto que se justifica por las semejanzas que se han demostrado existen entre Fajardo y otros emblemistas. En este sentido, se puede mencionar a Andrés Alciato y sus *Emblemas* (1531)[702], obra considerada responsable de impulsar este género en Europa[703] y que fue traducida al castellano por Bernardino Daza Pinciano (1549)[704]; las *Empresas Morales* (1581), de Juan de Borja y especialmente la *Emblemata politica* (1618), de Jacob Bruck, que, de hecho, ha sido considerada como la verdadera fuente de inspiración de Fajardo en este género[705].

En cuanto a los espejos de príncipes, se trata de un género de carácter político-moral que enfatiza cuestiones relacionadas con el comportamiento del príncipe en las esferas pública y privada. Este hunde sus raíces en la Edad Media y tiene como una de sus primigenias manifestaciones el ya mencionado *Policraticus* (1159), de Juan de Salisbury [706]. Esta, no obstante, no fue la única manifestación dentro de su género, que de hecho continuó evolucionando con la aparición de obras como *De regno ad regem Cypri* (1266), de Santo Tomás de Aquino. Traducida al castellano por Alonso Ordoñez con el título de *Del gobierno de los príncipes* (1625), se trata de un compendio de normas y recomendaciones basadas en la doctrina aristotélica y dirigido a los gobernantes para que estos realizaran la mejor labor posible y que, después de describir las distintas formas de gobierno, acaba por decantarse por el de uno solo[707]. Algo similar fue lo que realizó

[700] SANCHEZ, 1977.

[701] Para más información consultar: SÁNCHEZ, 1984, pág. 56; LÓPEZ, 1999, pág. 55.

[702] UREÑA, 2001, pág. 438.

[703] En la Monarquía Hispánica esta moda también se hizo notar. Muestra de ello son los *Emblemas morales* de Juan de Orozco y Covarrubias (1589) o los *Emblemas moralizados* de Hernando de Soto (1599).

[704] El título que recibió la obra en español fue *Los emblemas de Alciato traducidos en rhimas españolas.* La primera edición de esta traducción apareció en la ciudad de Valencia en 1549.

[705] SÁNCHEZ, 1977, pág. 138; SÁNCHEZ, 1984, pág. 57; GONZÁLEZ, 1982, pp. 291-300; ABELLÁN, 1986, pág. 76.

[706] LÓPEZ, 1999, pág. 24; VERGARA-CIORDIA, 2019, pág. 227.

[707] BEUCHOT, 2005, pág. 104.

Egidio Romano en *De regimine principum* (1277). Traducida al castellano por Juan García de Gastrogeriz con el nombre de *Regimiento de príncipes* (1345), la obra está dividida en tres partes dedicados al príncipe propiamente dicho (la primera); a todo lo que tiene que ver con su familia (la segunda) y, finalmente, a cómo debe gobernar su reino (la tercera)[708].

Como se ve, los espejos de príncipes no eran algo nuevo cuando Saavedra publicó sus *Empresas*. De este modo, en estas se aprecia la influencia de otros autores enmarcados en este género, más cercanos en el tiempo y el espacio. Y es que entre los siglos XV y XVI se puede constatar una efervescencia de este tipo de tratados, relacionada con la aparición, gestación y consolidación de los Estados modernos en el Viejo Continente. Principalmente destacaron Maquiavelo y *El Príncipe* (Florencia, 1531), y Erasmo de Rotterdam y su *Institutio Principis Christiani* (Basilea, 1516), lo que no deja de resultar llamativo teniendo en cuenta las diferencias entre ambos[709]. Además de Pedro Belluga y su *Speculum principum* (París, 1530); Fray Antonio de Guevara y su *Relox de príncipes* (Valladolid, 1529); Francisco de Monzón y su *Libro primero del espejo del príncipe cristiano* (Lisboa, 1544) y, finalmente, Fabrique Furió Ceriol y su *El concejo y consejeros del príncipe* (Amberes, 1559).

El objetivo de estos títulos, pues, estaba claro: dar consejos al príncipe o, en su caso, contribuir a su formación para garantizar el desempeño más adecuado de las labores del gobierno. Precisamente lo que Saavedra se propuso con sus *Empresas*, creadas, según él mismo explicó en las primeras líneas de la obra, con el propósito de servir y acompañar al príncipe desde la cuna hasta su muerte (Empresa 1)[710].

A este respecto, llama la atención la influencia de jesuitas en el diplomático murciano. Especialmente destacable sería Pedro de Rivadeneyra y su *Tratado de la religión y virtudes que deue tener el Principe Cristiano para gouernar y conseruar sus Estados* (Madrid, 1595). En primer lugar, la distinción que el jesuita realiza entre buena y mala razón de Estado (entendiendo la primera como aquella que se basa en la religión y la segunda como la que se basa en la política) se aleja de los planteamientos saavedrianos al considerar estos que el príncipe no debe únicamente ser un buen cristiano,

[708] DE GOICOECHEA, 2003, pág. 11.

[709] BRANDA, 2020, pp. 13-32.

[710] SAAVEDRA,1999, pág. 200.

sino que también debe dominar las artes de la política en un mundo donde la disimulación y el engaño campan a sus anchas[711]. En segundo lugar, la idea de una voluntad divina y superior que rige los destinos de la política está presente tanto en Rivadeneira como en Saavedra Fajardo. De otro lado, la idea de la educación como instrumento necesario para que el príncipe llegue a conocer los entresijos del gobierno es el gran denominador común de ambas obras. Algo que también se podría decir si se compararan las *Empresas* con la *Philosophia moral de príncipes para su buena crianza y gobierno y para las personas de todos los estados,* de Juan de Torres (Burgos, 1596), o el ya mencionado *Del rey y de la institución de la dignidad real* (Toledo, 1599), de Juan de Mariana. Otro autor a tener en cuenta es Baltasar Gracián y Morales (1601-1658). Entre otras cosas, por su obra *El político don Fernando el Católico* (Zaragoza, 1640), un título que recuerda al de *Razón de Estado del rey católico don Fernando*, del que se puede encontrar contenido textual en las *Empresas*[712].

Las fuentes de inspiración de Fajardo van, sin embargo, más allá de los géneros de la emblemática y de los espejos de príncipes. Como se tratará de dilucidar en próximos apartados, Saavedra fue un escritor de su época y, por lo tanto, no era ajeno a movimientos políticos e ideológicos como el tacitismo, el maquiavelismo o el neoestoicismo. Tampoco le eran ajenas cuestiones unidas con la razón de Estado o el debate en torno a la cientificidad de la política. A este respecto hay que citar, de nuevo, autores como Justo Lipsio o Giovani Botero que, junto a Tácito y Maquiavelo constituyen la base doctrinal e ideológica de muchas obras y autores que, a su vez, contribuyeron de forma evidente a forjar el pensamiento saavedriano[713].

Se puede decir, siguiendo una línea más o menos consensuada entre investigadores, que la erudición fue la base de las lecciones que el diplomático pretendía

[711] El empleo del concepto *príncipe político-cristiano* ha de entenderse en su contexto. Como es sabido la política había adquirido connotaciones especialmente negativas vinculadas al ideario de Nicolás Maquiavelo que, entre otras propuestas, planteó un modelo de acción separado de la moral religiosa para garantizar la consecución de los objetivos del principado. Es por ello que autores como Rivadeneira la despreciaban en todos sus ámbitos, aunque este no es el caso de Saavedra Fajardo, que entendía que se podía diseñar una política cristiana, es decir, basada en la moral pero que no descartaba el empleo de acciones basadas en la disimulación o el oportunismo. Para más información consultar: RESTREPO JAAMILLO 1957, pp. 347-355; ABELLÁN, 1988, pág. 74; VIVAR, 2011, Pág. 90.

[712] CEREZO, 2023, pág. 12.

[713] CID, 2012, pág. 275.

dar al príncipe heredero y, para ello, debía demostrar fehacientemente que él era un hombre experimentado, culto y adecuado para tal propósito. En este sentido se pueden destacar cientos de citas textuales provenientes, en orden de importancia cuantitativa, de las obras de Tácito, la Biblia, Juan de Mariana, Aristóteles, Alfonso X (a quién atribuye la escritura de *Las Partidas*), Séneca y otros autores[714]. A estas, habría que añadir a los autores y obras que no menciona explícitamente entre los que destaca especialmente Nicolás Maquiavelo, a quien en principio Saavedra pretendía refutar, pero del que se vale en más de una ocasión[715].

5.2.5. Obras de propaganda hispanófila

El primer título que se puede mencionar en este apartado es la *Respuesta al manifiesto de Francia* (1635), una de las obras anónimas de Saavedra Fajardo que posteriormente le fueron atribuidas[716]. Se trata de un panfleto francófobo que denunciaba la ambición y las malas artes del Estado francés y, en concreto, del primer ministro de Luis XIII, el cardenal Richelieu —"suframos todas las injusticias y tiranía del director de vuestra voluntad"[717]—, fingiendo ser un habitante de aquel reino —"me pareció solicitar que se diesse a la estampa, traduziendose del original francés, en que le escriuio vn gentilhombre de aquella nación"[718]—.

Con este pequeño texto en forma de carta o memorial pretendía dar respuesta a la declaración de guerra de Luis XIII —"en respuesta de la Declaración que hizo el Rey Christianissimo"[719]—. Para eso, el supuesto caballero francés debía demostrar conocimientos acerca del país galo, sus costumbres y los entresijos de su gobierno. Su destinatario era, oficialmente, el propio rey de Francia, pero sin duda Saavedra esperaba que estas páginas se difundieran por una nobleza que hiciera ver al monarca cuán innecesaria y costosa sería una guerra contra la Monarquía Hispánica[720]. En las mismas, además, volvía a demostrar su cercanía a los grandes representantes del pensamiento

[714] LÓPEZ, 1999, pág. 68.

[715] VILLANUEVA, 1998, pág. 169-196.

[716] JOVER, 2003, pp. 512-524.

[717] SAAVEDRA, 2008 a, pág. 216.

[718] SAAVEDRA, 2008 a, pág. 215

[719] SAAVEDRA, 2008 a, pág. 215.

[720] DE GEA, 2008, pág. 211.

político, y es que vuelve a apreciarse el influjo del tacitismo y las ideas de autores como Juan de Mariana, siendo posible ver la huella de Maquiavelo, al que, como venía siendo habitual, se cita para hablar de la mala razón de Estado —"Tuvieron al Rey de Inglaterra mucho tiempo en sus manos, en quien poder executar alguna acción de la escuela de Maquiavelo"[721]—.

El objetivo de esta no distaba demasiado del que se había marcado en el *Discurso del presente estado de Europa* (1637), escrito durante su estancia en Ratisbona y en el que acusaba a Richelieu de ser el origen de los *males* que asolaban a este continente[722] —"Pero Richilieu, que ha causado estas guerras, las sustenta porque solamente con la violencia de las armas y con la necesidad mantiene la gracia de su rey"[723]—. La obra la compuso Saavedra después de la elección de Fernando III de Habsburgo (1608-1657) como rey de romanos, lo que se produjo en diciembre de 1636, por lo que el discurso fue escrito probablemente en enero de 1637[724].

Este hecho, el de la elección de un nuevo rey de romanos, no lo veía Saavedra como "la salud de las enfermedades de Europa"[725]. En este sentido, describía la juventud de este y la senectud del emperador como uno de sus *males*. Más allá de este hecho, el autor denunciaba aquí otras situaciones producidas por guerras que, dilatadas en el tiempo, habían causado el desgaste de los Estados. Si bien es cierto que en este texto se dedicó a proponer la paz como *remedio*, no sin antes ofrecer un análisis de la situación. Por todo esto, el valor de la obra radica en una doble vertiente: en primer lugar, es una de las muestras (dentro del pensamiento saavedriano) en las que se percibe el empleo del concepto de *enfermedad* como metáfora política; en segundo lugar, resalta su valor como fuente histórica para comprender los hechos más relevantes para la Monarquía Hispánica y Europa en el momento de ser redactada.

Su fin último, en cualquier caso, fue propagandístico, algo que comparte con el *Dispertador de los trece cantones esguizaros* (1638), con el que aspiraba a persuadir a la Confederación Helvética para intervenir en el Franco Condado. Este empezó a ser

[721] SAAVEDRA, 2008 a, pág. 236.

[722] BOADAS, 2016, pág. 14.

[723] SAAVEDRA, 2008 a, pág. 257.

[724] BOADAS, 2008, pág. 253.

[725] SAAVEDRA, 2008 a, pág. 255.

redactado después de la terminación del *Discurso.* Se trata de un pasquín o panfleto político que buscaba la unión entre todos los territorios afines a los Habsburgo con la Monarquía Hispánica y en contra de Francia, a la que de nuevo acusaba de instigadora de conflictos y generadora de *males* en Europa[726].En él, como ya había hecho en otros textos, se abogaba por soluciones pacíficas y diplomáticas frente un belicismo poco apetecible desde el punto de vista de este diplomático español.

También reclamaba una paz para el Viejo Continente en los *Suspiros de Francia.* Opúsculo escrito después de la muerte de Richelieu (4 de diciembre de 1642) y el retiro de Gaspar de Guzmán a Loeches (1643); antes de la muerte de Luis XIII de Francia (14 de mayo de 1643) y, quizá como fecha más importante, antes de que Fajardo fuera designado como plenipotenciario para el congreso de Münster[727]. La obra circuló en un primer momento en forma de carta anónima en la que se volvía a cargar contra el ya fallecido primer ministro francés[728]. En ella, es la misma Francia la que toma la palabra para, una vez más, intentar abrir los ojos de su rey, es decir, algo parecido a lo que había hecho para con la Confederación Helvética en su *Dispertador* o lo que ya había intentado hacer con el mismo sujeto en su *Respuesta*.

Por último, se debe tener en cuenta la *Carta de un holandés escrita a un ministro de los estados confederados.* Se trata de otro texto de carácter propagandístico que, en esta ocasión, pretendía la pacificación de las provincias flamencas díscolas a la autoridad de Felipe IV. La obra la debió escribir en torno a 1642, si bien es cierto que su aparición posterior se ha vinculado con las órdenes que en enero de 1644 Felipe IV enviaba a los ministros plenipotenciarios de Münster[729]. Se trata de otra ocasión en la que Don Diego tuvo que hacer uso de sus habilidades diplomáticas y literarias. Su objetivo principal era hacer ver al lector cómo el apoyo a Francia contra España podría redundar en un peligro para Holanda y Suiza. En este sentido, el país galo volvía a presentarse como una potencia belicosa y hostil que no parecía merecer crédito alguno.

De estos títulos, unidos a otra serie de textos panfletarios, se pueden extraer varias características comunes. En primer lugar, la mayoría de ellos recurren a un anonimato que

[726] GARCÍA, 2008, pág. 265.

[727] ROSA DE GEA, 2008, pág. 373.

[728] ARREDONDO, 1992, pág. 106.

[729] ROSA DE GEA, 2008, pág. 356.

llega a convertirse en fingimiento, pues no es extraño que el autor de estos textos se identifique como natural del territorio en el que pretende hacer efectivas sus propuestas. Además, más allá de objetivos específicos, todos los textos de esta naturaleza se crearon con dos fines mayores, que no eran otros que alcanzar la paz y servir a la imagen del Rey Católico. No fue, en este sentido, Saavedra el único dispuesto a cumplir con esas metas y, en realidad, este afán propagandístico del murciano está enmarcado en una tendencia general, quizá buscada y promovida por la Monarquía Hispánica en su necesidad de proyección exterior[730]. En lo que se refiere a la producción de Don Diego, si existe un texto que aglutine estos fines y estas características, según refieren recientes estudios, es el de las *Locuras de Europa*[731].

5.2.6. Locuras de Europa

Se trata de una de las muchas producciones francófobas de Saavedra Fajardo, de la que hay que destacar las distintas interpretaciones existentes. Por un lado, un número importante de publicaciones las han encumbrado sobre el resto de obras que de este tipo produjo a lo largo de su vida. En verdad, si se atiende a aspectos cuantitativos y cualitativos, las *Locuras* brillan de una manera especial. No en vano, son consecuencia directa de toda una vida de esfuerzos y trabajos en la que la acumulación de experiencias llegó a su cénit[732]. Es por esto que sorprende que algunos autores hayan calificado a estas como una obra menor, dentro de las producciones de Saavedra Fajardo, quizá, precisamente, por sus funciones propagandísticas[733]. Y es que el contexto en el que fueron redactadas no fue otro que el desarrollo de las reuniones del congreso de Münster (concluidas con la firma de la paz de Westfalia en 1648). En el mismo, las frustraciones del plenipotenciario español no fueron pocas, pues a los continuos fiascos diplomáticos acaecidos allí, se unían los desmanes que las tropas del rey católico sufrían en la contienda (en 1643, por ejemplo, se había perdido Rocroi)[734]. Así, y ante las dificultades que planteaban tanto la diplomacia como el campo de batalla, Saavedra estableció una alternativa: el poder de la palabra escrita.

[730] LÓPEZ & RUIZ, 2022, pág. 193.

[731] ARREDONDO, 1993, pág. 04.

[732] CID, 2015, pág. 304.

[733] ARREDONDO, 1993, pág. 09.

[734] Para más información consultar: CASTEL, 1958; BRAUBACH & REPGEN, 1962; BOADAS, 2012

No existen problemas de atribución en esta obra que, planteada en forma de conversación entre dos personajes, el dios Mercurio y el escritor sirio Luciano de Samosata (125-181), puede enmarcarse en distintos géneros literarios. El primero de ellos es el diálogo[735]. Por otra parte, el hecho de que uno de los protagonistas esté encarnado en una deidad clásica consagrada al sueño, ha hecho pensar a especialistas en la materia en una posible vinculación con el *somnium* humanista, idea reforzada aún más por el hecho de que el escenario reflejado aquí sea ficticio u onírico[736]. El escrito analizado, además, guarda aspectos que lo vinculan con la sátira, lo que queda reflejado en las escenas encuadradas en su primera parte, es decir, las correspondientes con el encuentro de ambos personajes. En estas líneas se muestra y describe a un dios humanizado al que se dirige un mortal con innumerables preguntas (como si de un niño se tratara) que dan paso a la descripción de los *males* de Europa, momento a partir del cual los recursos satíricos menguan para dar lugar a la denuncia política. Así, la estructuración y los recursos empleados hacen pensar en la influencia tanto del diálogo (especialmente inspirado en los trabajos de Luciano) como de la sátira y el *somnium* humanista (inspirado en el estilo de Lipsio).

Una combinación literaria compleja con fines políticos concretos que han hecho que sea definida como un diálogo didáctico o pedagógico[737]. Función y forma que se deben, por otra parte, a las innumerables fuentes de las que pudo beber Saavedra a la hora de componerla. En este sentido, es imprescindible tener en cuenta los títulos enmarcados en la sátira lucianesca; en la cultura humanista propia del Renacimiento; los innumerables diálogos producidos durante el siglo XVI y el primer tercio del siglo XVII y los libelos hispanófobos de origen francés a los que el publicista español quería dar respuesta. En referencia al primer punto, parece un aserto demostrado que Saavedra conociera trabajos del sirio tales como *Diálogo de los dioses; Diálogo de los muertos*; *Diálogo de los cortesanos*; *Caronte el cínico*; *Prometeo* y la *Asamblea de los dioses*. Todas ellas de relevancia durante las primeras décadas de la Edad Moderna en los territorios de la

[735] Autor relevante para el Siglo de Oro y Saavedra Fajardo. Cuenta con distintas apariciones en sus obras, no solo en las *Locuras*, sino también en la *República Literaria*, obra en la que aparece satirizado burlándose de los filósofos. Para más información consultar: DÍEZ DE REVENGA. 2008, pág. 42; BOADAS, 2012, pág. 113.

[736] BOADAS, 2012, pág. 112.

[737] ARREDONDO, 1993, pág. 13.

Monarquía Hispánica[738]. Hecho que se debía a la influencia de un Humanismo ansioso por recobrar el espíritu de la Antigüedad y, en este sentido, por las aportaciones de Erasmo de Rotterdam, quien se encargó personalmente de traducir alguno de los títulos antedichos y que además dejó notar la influencia de estas en los propios, siendo un ejemplo de ello el *Carón* (Basilea,1529)[739].

Coetáneo a este autor, y quizá conocido más tempranamente por un estudiante de la Universidad de Salamanca, fue el valenciano Juan Luis Vives (1493-1540), cuyas obras también deben ser destacadas como influencia o fuente[740]. En referencia a esta cuestión, la manifestación de dicho influjo en las *Locuras* parece que viene especialmente de las *Distensiones de Europa y la guerra contra los turcos* (Brujas, 1526), pues ambos textos, planteados como un diálogo, pretendían advertir sobre los peligros que suponía un enemigo externo (Vives habla sobre los turcos, Saavedra sobre los franceses) en un alegato pacifista que buscaba ante todo la defensa de la Monarquía Hispánica. Pero si hay una obra dentro de este género que haya sido destacada como precedente notable de las *Locuras de Europa* esta ha sido el *Diálogo de Mercurio y Carón* (1528) de Alfonso de Valdés[741]. Algo cuestionado recientemente por investigaciones que señalan la poca relevancia de la misma para el autor murciano[742].

Queda por clarificar, pues, cuáles fueron los libelos hispanófobos a los que el diplomático pretendía refutar. Son muchos, y por motivos de logística no pueden ser analizados aquí. Baste citar alguno de ellos y clarificar el contexto en el que fueron producidos para continuar con otras cuestiones que rodean a las *Locuras* de Saavedra. El primero de ellos es *La necesidad de ocupar Dunquerque* que, según parece, apareció en territorio holandés el mismo año en el que aparecieron las *Locuras,* tal y como se

[738] ZAPPALA, 1982, pág. 25.

[739] Para más información consultar: ZAPPALA, 2015; GRIGORIADOU, 2009, pp. 147-159; BOADAS, 2012, pág. 134.

[740] Para más información consultar: GONZÁLEZ PALENCIA, 1945, pág. 1132; GARCÍA DE DIEGO, 1956, pág. 53; GARCÍA, 2006, pág. 17; DIEZ DE REVENGA, 2008, pág. 43; BOADAS, 2012, pág. 135 ZAPPALA, 2015.

[741] Para más información consultar: TORRES, 1957, pág. 45; ALEJANDRO, 1965, pág. 17; BLECUA, 1984, pág. 13; RALLO, 1988, pág. 86; DIEZ DE REVENGA & DE PACO,1989, pág. 105; ARREDONDO, 1993, pág. 12; BLANCO, 1996, pág. 62.

[742] BOADAS, 2012, pp. 128-134.

desprende de la información aportada por Saavedra Fajardo a través de su personaje Luciano:

> "Mejor lo conocerán cuando hayan leído un discurso francés impreso en Holanda, donde persuaden a las Provincias Unidas que desistan de la guerra con Dinamarca y que empleen a su favor para la empresa de **Dunquerque** las fuerzas marítimas con que le divierten, y aunque con palabras algo equívocas, les señala que no les está bien la potencia de Suecia"[743].

Un segundo panfleto francófilo, que aparece en las *Locuras* y al que Saavedra responde, es *Aviso desinteresado*. Redactado probablemente en 1643, fue traducido a lengua italiana al año siguiente con el objetivo principal de desestabilizar el poder habsbúrgico en los territorios donde aparecía[744]. Así, aunque el texto está dirigido a los Países Bajos, la enorme difusión que alcanzó parece indicar que pretendía surtir el mismo efecto en cuantos más territorios mejor. La misma fortuna corrió el *Fin de la guerra del país bajo*, el tercer panfleto que se menciona en las *Locuras* que también estuvo dirigido a los naturales de este territorio, que tuvo el mismo objetivo que los libelos anteriores.

Así, en referencia a estas producciones propagandísticas, por lo que se puede ver hasta ahora, todas tenían un fin común que se vinculaba a unas características comunes (la autoría anónima, su traducción a más de un idioma, la enorme difusión que alcanzaron, su disponibilidad en formato impreso y manuscrito, etc.) [745].Características compartidas por las *Locuras de Europa*, que, de hecho, no contaron con una edición impresa de forma inmediata a su conclusión.

Esto quiere decir que las copias que en un principio circularon lo hicieron a través de manuscritos en los que no figuraba el nombre de su autor[746]. Su difusión fue bastante exitosa (a pesar del formato), pues las traducciones a otras lenguas (como el italiano) aparecieron muy tempranamente. En contraste, hubo que esperar más a que apareciera una traducción al alemán, que de hecho le granjeó una de sus primeras ediciones impresas. Algo que puede chocar si se tiene en cuenta que otras producciones de Saavedra se habían

[743] SAAVEDRA, 2016, pág. 144.

[744] BOADAS, 2010, pág. 153.

[745] ARREDONDO, 2011.

[746] Esta circunstancia ha llevado a que algunos autores hayan interpretado que la obra, en un principio, no fue pensada para una gran difusión, sino para una lectura en pequeños círculos. Para más información consultar: FRAGA, 1998, pág. 443.

traducido al alemán tempranamente (las *Empresas,* por ejemplo, estuvieron disponibles en este idioma desde 1655)[747].

Las *Locuras*, sin embargo, tuvieron que esperar hasta 1748 para contar con una edición alemana impresa y traducida, el mismo año en el que aparecía otra edición impresa en castellano y en el que la *República Literaria* volvía también a la palestra al contar con una versión alemana. El porqué de esta efervescencia editorial está vinculado con el contexto histórico que rodea a estas impresiones, que no es otro que el fin de la Guerra de Sucesión Austriaca (1740-1748), que volvía a poner en cuestión el poder de los Habsburgo. Se trata esta de una circunstancia importante, pues hay que recordar que las *Locuras,* en el contexto en el que fueron escritas, pretendían servir advertencia al lector sobre las consecuencias de una Europa dominada por Francia.

5.2.7. Corona Gótica

Lo mismo se puede decir sobre el siguiente trabajo que Saavedra llevó a cabo. Redactada durante su asistencia como ministro plenipotenciario a las sesiones del Congreso de Münster, la *Corona Gótica, castellana y austríaca políticamente ilustrada* (Münster, 1645) guarda semejanzas y diferencias con otras obras que, en el mismo tiempo y contexto, pudo concluir el embajador español[748]. En primer lugar, y a diferencia de lo que había sucedido con la *República Literaria,* las *Locuras de Europa* y un sinfín de libelos propagandísticos, la *Corona* contó desde el principio con la firma y rúbrica de su autor, es decir, que en esta ocasión Don Diego decidió no ocultar su identidad bajo ningún seudónimo o simplemente escondiéndose tras el anonimato[749].

---

[747] BOADAS, 2012, pág. 369.

[748] Hay que aclarar en este punto que lo que hoy se conserva de la *Corona Gótica* no se debe completamente a la pluma del murciano. La obra fue dividida en cuatro partes, de las que al menos la segunda corresponde con una redacción del historiador Alonso Núñez de Castro (1627-1695), que la redactó a partir de originales manuscritos de Saavedra. Para más información consultar: ROSA DE GEA, 2005.; RODRÍGUEZ, 2014, pp. 627-651

[749] El mismo Saavedra, a través de la correspondencia que de él se conserva, informa sobre el estado de sus trabajos año a año. Así pues, se puede destacar una carta al marqués de Castel-Rodrigo fechada el 4 de abril de 1645 y citada por Boadas (2012), además de otras cartas que compartía con la Corte de Madrid en referencia a la necesidad de publicar panfletos hispanófilos que ayudaran al buen curso de las negociaciones (ROSA DE GEA, 2005). Pero sin duda, la obra de referencia para saber más acerca de Saavedra Fajardo y su correspondencia es la recopilación realizada por Quintín Aldea Vaquero (1987).

Así pues, con este nuevo título aspiraba a legitimar la hegemonía europea de los Habsburgo en un momento en el que estaba cuestionada. Para ello, quiso atraer a Suecia a la órbita hispánica al tiempo que denunciaba supuestos abusos perpetrados por Francia y sus aliados. En este sentido, la morfología que adoptó la obra fue la de una compilación histórica sobre la monarquía goda con el fin de demostrar que los reyes suecos y españoles tenían ancestros comunes[750].

De este modo, parece que fue el conde Johan Gabriel Sparwenfeld, célebre diplomático de aquel país, quien llevó a cabo la traducción sueca de la *Corona Gótica* con el fin de editarla, imprimirla y difundirla entre sus compatriotas. Algo que, por lo que se sabe a día de hoy, no pudo lograr, ya que debido a dificultades desconocidas solo llegó a imprimirse el primer folio[751]. De hecho, parece que solo se imprimió (con ejemplares completos) en lengua castellana, situación que la aleja de otras producciones saavedrianas, que fueron traducidas a varios idiomas muy tempranamente.

Precisamente por esto se entiende que su difusión fuera menor, sobre todo porque tan solo se llegaron a realizar unas doce reediciones[752], algo que contrasta con las más de treinta que se realizaron de las *Empresas* durante la Edad Moderna[753]. Más allá de estas cuestiones, si algo hay que destacar de esta compilación histórica es un nivel de erudición que rebasaba, incluso, los niveles a los que estaban (y están) acostumbrados sus lectores. Hay que recordar que esta obra se escribió mientras tenían lugar las reuniones del Congreso de Münster, de las que el murciano explicaba el mucho tiempo libre que tenía por la lentitud con la que estaban teniendo lugar las mismas:

> "hallé en él más ociosidad que la que convenía a un negocio tan grande, de quien pende el remedio de los mayores peligros y calamidades que jamás ha padecido la Christiandad, pasándose los días,

[750] CID, 2012, pág. 247.

[751] BOADAS, 2012, pág. 72.

[752] La primera edición de la *Corona Gótica, castellana y austriaca políticamente ilustrada* salió a la luz en la ciudad alemana de Münster (1646), mientras que la segunda fue editada e impresa en Madrid (1658) cuando Saavedra ya había muerto y coincidiendo con la impresión de otra edición de sus *Empresas*. Más de una década después, en esta misma ciudad, tuvo lugar una tercera reimpresión (1670), que fue seguida por otras ediciones, ya fuera del territorio español. Así, entre 1677-1687 se reeditó e imprimió en la ciudad de Amberes. Finalmente, el libro volvió a dar trabajo a las imprentas amberinas, pues se conocen reediciones en el año 1708 y entre los años 1739-1742. Para más información consultar: VILLACAÑAS, 2008, pág. 18.

[753] ROSA DE GEA, 2005, pág. 01.

> los meses y los años sin poderse adelantar la negociación, por las causas que sabe el mundo; con que me hallé obligado a trabajar en algo que pudiese conducir al fin dicho del servicio del Príncipe nuestro señor, y también a estos mismos tratados, habiendo visto publicados algunos libros de pretensos derechos sobre casi todas las provincias de Europa, cuya pretensión dificultaba y aun imposibilitaba la conclusión de la paz"[754].

Con tanto tiempo libre, y con el fin de refutar a Francia y legitimar los derechos hegemónicos de la Monarquía Hispánica, Saavedra pudo dedicarse a una empresa que considerada tan necesaria como sus obligaciones diplomáticas: redactar una historia de España en un momento en el que el valor de los conocimientos históricos estaba directamente conectado con los pilares de un buen gobierno[755]. Por ello, no ha de extrañar que un estimulante importante para tal fin lo encontrara en Juan de Mariana, pues él ya había hecho lo propio con su *Historia General de España* (Toledo, 1601). Inspirador, sin embargo, al que Saavedra refutaba al considerar que había "perdido en Francia el amor a su patria"[756] por esgrimir el argumento de que Alarico, octavo rey visigodo, había gobernado con crueldad y a quien también corrige el hecho de haber comenzado su historia por los romanos, a los que Don Diego consideraba más alejados de la verdadera razón de Estado[757].

Importante, sí, pero no el único. Las citas en la *Corona Gótica* llegan a alcanzar (y sobrepasar) la cifra de mil doscientas[758] para un total de doscientas cincuenta y nueve fuentes y alrededor de trescientos autores diferentes[759]. Entre ellas, además de los libros de historia, tratados de filosofía, textos bíblicos, etc. destaca la mención de los concilios toledanos[760]. Se trata, pues, de una miscelánea compleja en la que, a las fuentes de inspiración ya mencionadas, se pueden añadir aportaciones de historiadores franceses (Claude Fauchet y Jean de Serres entre otros) sin olvidar grandes referentes para Saavedra como Alfonso X o personalidades de la cultura humanista que ya fueron determinantes para otras de sus obras, como Luis Vives o Erasmo. A todas estas se debe añadir a

[754] SAAVEDRA, 2008 b, pág. 77.

[755] SCHMIDT, 2012, pág. 241.

[756] SAAVEDRA, 2008 b, pág. 197.

[757] VILLACAÑAS, 2008, pág. 18.

[758] BOADAS, 2008 pág. 82.

[759] ROSA DE GEA, 2005, pág. 06.

[760] ROSA DE GEA, 2008, pág. 451.

Francesc Tarafa, historiador, canónigo y archivero español, cuya presencia en la *Corona* ha sido recientemente analizada [761].

Por todo esto, en definitiva, parece plausible afirmar que el peso cuantitativo de los tratados y libros de historia como fuente de erudición es mayor en el conjunto de la obra. Ello no resultará llamativo si se tiene en cuenta la importancia que esta había adquirido como un instrumento político o de gobierno. Algo de lo que el propio Saavedra daba cuenta:

> "Y porque **ningún maestro mejor de los príncipes que la historia**, y en ella estudian poco por las ocupaciones del gobierno y delicias del palacio, y porque los atemoriza la prolijidad de las narraciones divertidas en los sucesos universales y en la averiguación de los lugares, del tiempo y de la antigüedad, sin señalar los documentos políticos, que son el principal fruto de la historia (…)"[762].

Esta cuestión, por otra parte, no era nueva y de hecho ya había sido objeto de análisis en sus *Empresas:*

> "**La historia es maestra de la verdadera política**, y quién mejor enseñará a reinar al príncipe, porque en ella está presente la experiencia de todos los gobiernos pasados y la prudencia y juicio de los que fueron. Consejero es que a todas horas está con él"[763].

También hay menciones a esta en la *Respuesta al manifiesto de Francia* cuando Saavedra la utiliza como un medio para reforzar sus argumentos y hacer entrar en razón al rey francés:

> "Quien fuere visto en **las historias**, notará infinitos desórdenes en los grandes estados, y otros tantos malos sucesos en los ejércitos en el que el número ha excedido a lo que la cabeza de un hombre pude animar y gobernar"[764].

Historia y prudencia se unen en la creación de la figura de un príncipe ideal. Por ello, a pesar de rechazar la posibilidad de establecer una ciencia segura de causas tan remotas (refiriéndose a la historia), consideraba que observar su pasado y compararlo con su presente era una valiosa lección de prudencia[765]. La aparición de la misma es reiterada

[761] BOADAS, 2008, pp. 81-88.

[762] SAAVEDRA, 2008 b, pág. 73.

[763] SAAVEDRA, 1999, pág. 228.

[764] SAAVEDRA, 2008 a, pág. 223.

[765] GIL PUJOL, 2004, pág. 1021.

y casi constante en la mayor parte de sus obras, por lo que realizar una mención de todas estas parece casi imposible.

Es probable que en la *Corona* la importancia sea mayor que en el resto, y de hecho una función que puede pasar desapercibida para una de las últimas creaciones de Saavedra es que esta pretendía complementar a las *Empresas*. En concreto, estas aportaban una visión teórica de todo lo que el príncipe heredero debía conocer sobre la ciencia política, sobre la razón de Estado mientras que, por su parte, la *Corona* servía como guía práctica, en tanto en cuanto a través de ella se podían conocer las experiencias de los grandes reyes de la Monarquía Toledana[766].

Para entender esto es imprescindible recordar las cuestiones que rodean al concepto de *experiencia* en la tratadística política del Barroco[767]. En esencia, esta se convertía en uno de los medios más idóneos para formar al príncipe y para que este gobernara. Por ello, el concepto estaba rodeado de cuestiones referentes a su naturaleza y formas, que se resolvían acudiendo a la sapiencia de Tácito, Justo Lipsio y otros autores. Saavedra, como hombre de su época, estaba entonces inmerso en este y otros debates de los que ya se ha hablado en apartados anteriores[768].

[766] VILLACAÑAS, 2008, pág. 19; GONZÁLEZ, 2009, pág. 09.

[767] GONZÁLEZ, 2009, pág. 114.

[768] CARRASCO, 2023, pág. 21.

12. Un hombre de su época

Visto lo que se ha venido diciendo hasta ahora, se puede considerar a Saavedra Fajardo como un hombre atrapado "entre dos mundos"[769]. Así es si se atiende a las diversas variables que se han expuesto. En primer lugar, si se tienen en cuenta los aspectos conocidos de sus primeros años de vida, se deduce que como alumno de la Universidad de Salamanca debía conocer bien los pilares de un pensamiento político que, cimentado en aquella institución desde los inicios de la Contrarreforma, todavía conservaba unas profundas raíces escolásticas[770]. Por otro lado, considerando su actividad profesional, es evidente que su pensamiento evolucionó y maduró hasta alcanzar un cenit que se sitúa sin duda en la segunda etapa de su vida, la centroeuropea (1633-1646). Finalmente, observando y analizando las obras que compuso a lo largo de toda su carrera, y una vez valoradas las fuentes que permitieron su alumbramiento, se puede intentar establecer un mapa ideológico del autor.

Siguiendo estas estelas es posible establecer, pues, tres grandes temáticas referentes a cuáles son las características de su pensamiento; cómo influyó este en su vida y obras, y de qué manera evolucionó a lo largo de su carrera profesional. Son muchas las cuestiones que se pueden establecer en torno a ellas y muchas de estas han generado un debate historiográfico más o menos resuelto a día de hoy. También se ha de tener en cuenta que la cuestión saavedriana fue algo bastante recurrente durante la segunda mitad del siglo pasado y que las conclusiones en torno a ella se han modificado desde entonces[771]. De este modo, una de las grandes preguntas giró en su momento en torno al maquiavelismo del murciano. Se trata de un interrogante añejo que se resuelve si se lee al propio Saavedra, puesto que, por ejemplo, en sus *Empresas Políticas* reconocía el peso de cierto historiador romano—"he procurado tejer esta tela con los estambres políticos de Cornelio Tácito"[772]— lo que puede ser muy relevante si se tiene en cuenta lo dicho sobre la vinculación entre tacitismo y maquiavelismo.

En este sentido, ya han sido mencionados los problemas a los que tuvo que enfrentarse el autor de las *Empresas* debido al excesivo número de citas de Tácito en esta

[769] ABELLÁN, 1986, pág. 85

[770] ARANDA, 2004, pág. 817.

[771] ROSA DE GEA, 2008, pp. 449-472.

[772] SAAVEDRA, 1999, pág. 175.

obra que, entre otras cosas, le obligaron a realizar una reducción de las mismas que vieron sus frutos en su reedición dos años más tarde. Tacitista, por lo tanto, pero ¿también maquiaveliano? En verdad, la influencia del maquiavelismo, y del propio Maquiavelo, es innegable a día de hoy[773]. Por ello, precisamente, se pueden establecer una serie de puntos en común entre los dos autores. El primero de estos, sobradamente estudiado, está en un pesimismo antropológico vinculado, quizá, a las situaciones histórico-políticas que vivió cada uno[774]. Baste recordar que Maquiavelo ansiaba una Italia unida en un tiempo en el que esta estaba sometida a los intereses de monarquías europeas, y que a Saavedra le tocó lidiar, desde la primera fila, con la declinación de la que hasta entonces había sido la potencia hegemónica del Viejo Continente[775].

Pero existen también muchos puntos que los separan, de los cuales quizá el más llamativo sea la matización que el diplomático español realiza sobre el concepto de disimulación o la conceptualización del poder del monarca, que parece quedar más estructurado en el sentido del deber en la obra de Saavedra Fajardo, quizá por la influencia de Juan de Mariana. Se puede decir, entonces, que Saavedra estuvo enmarcado en la cultura política de su momento histórico y ello implica también asumir que formó parte de ese nuevo lenguaje que se derivó de esta[776].

6.1. Maquiavelismo, neoestoicismo y tacitismo en Saavedra Fajardo

No se puede entender el pensamiento saavedriano sin considerar especialmente a Maquiavelo, Botero, Tácito y Justo Lipsio, puesto que fueron una base firme en la estructuración de sus argumentos, aunque el reconocimiento que les dio el murciano fue dispar. Y es que utilizar argumentos venidos de algunos de ellos podía convertirse en un escollo en la carrera profesional de cualquiera. Comenzando el análisis por Maquiavelo, hay que decir que este apenas aparece explícitamente en las obras del murciano y, cuando lo hace, es objeto de refutaciones y sentencias de reprobación. Caso significativo es el de las *Empresas* donde no se le menciona más de una decena de veces distribuidas entre las empresas 18, 41, 43, 65, y 101. Especialmente reveladora es su clara aparición en la

[773] VILLANUEVA, 1998, pp. 169-196.

[774] RESTREPO, 1957, pág. 349.

[775] VELÁZQUEZ, 2011, pág. 209.

[776] CARRASCO, 2017 b, pág. 181.

empresa 43 (*Ut sciat regnare*), cuando se le reprochan las consideraciones que, en el capítulo 18 de *El Príncipe,* daba acerca del compromiso del soberano con sus promesas:

> "Debéis saber, pues, que hay dos formas de combatir: con las leyes y con la fuerza. La primera es propia del hombre, la segunda de los animales, pero, puesto que muchas veces la primera no es suficiente, conviene recurrir a la segunda. (…). Por consiguiente, puesto que el príncipe necesita saber utilizar provechosamente al animal, tiene que elegir de entre todos los animales al **zorro y al león**, porque el león no se sabe defender de las redes, y el zorro no se puede defender de los lobos. Así pues, **hay que ser un zorro para conocer las trampas, y un león para amedrentar a los lobos**. Los que solo se basan en el león no entienden de política. Por tanto, un señor que actúe con prudencia no puede ni debe observar la palabra dada cuando vea que va a volverse en su contra y que ya no existen las razones que motivaron su promesa. Y si todos los hombres fuesen buenos, este precepto no sería justo; pero puesto que son malvados y no mantendrían su palabra contigo, tú no tienes por qué mantenerla con ellos"[777].

> "No hay virtud moral que no se halle en los animales. Con ellos mismos nace la prudencia práctica. En nosotros se adquiere con la enseñanza y la experiencia. De los animales podemos aprender sin confusión o vergüenza de nuestra rudeza, porque quien enseña en ellos es el mismo Autor de las cosas. Pero el vestirnos de su naturaleza, o querer imitallas para obrar según ellos irracionalmente, llevado del apetito de los afectos y pasiones, sería hacer injuria a la razón, dote propio del hombre, con que se distingue de los demas animales (…). De donde se infiere cuán impío y **feroz es el intento de Maquiavelo**, que forma a su príncipe con otro supuesto o naturaleza de **león y de raposa**, para que lo que no pudiere alcanzar con la razón, alcance con la fuerza y el engaño"[778].

El primer fragmento se corresponde con las recomendaciones del florentino, mientras que el segundo lo hace con las que, al respecto, esgrimió Saavedra Fajardo. Se deduce de estos una evidente influencia del primero en el segundo. Una influencia que no siempre se puede ver de forma explícita. Citar y reconocer a Maquiavelo era un riesgo que muy pocos estaban dispuestos a asumir y Saavedra, cuya carrera profesional había llegado ciertamente lejos, no iba a ser uno de ellos. Así, lo que más abunda en sus obras es el maquiavelismo implícito, y los ejemplos que se pueden citar son innumerables.

Esta cuestión resulta interesante, sobre todo, porque algunas de las veces que Saavedra recurre a la metaforización orgánica, se puede encontrar una raíz maquiaveliana. A este respecto hay quien ha afirmado que la metáfora organicista no se encuentra presente en el discurso político del florentino. El motivo de ello está en la organización estatal defendida por Maquiavelo, en la que no parece tener relevancia el interés o papel

[777] MAQUIAVELO, 1998, pp. 119-120.

[778] SAAVEDRA, 1999, pág. 525.

que pueda desempeñar el pueblo[779]. No es algo que se pueda secundar en esta tesis, pues a día de hoy son incontables las investigaciones que han alumbrado un organicismo maquiaveliano[780] (quizá sería mejor decir naturalismo) en el que el Estado es equiparado con un ser vivo, es decir, un Estado que nace, enferma y muere[781]. Una cuestión, por cierto, también presente en Saavedra Fajardo en la empresa 60 (*Subir o bajar*) pero que bebe directamente del laconismo, el aristotelismo clásico y la Escolástica medieval [782]:

> "No **son las monarquías diferentes de los vivientes** o **vegetales**. **Nacen, viven y mueren como ellos**, sin edad firme de consistencia. Y así, son **naturales sus caídas**"[783].
>
> "Lo que nos muestra la experiencia y el orden natural de las cosas es que **los imperios nacen, viven y mueren**, y que aun los cielos (corte del eterno reino de Dios) se **envejecen**"[784].
>
> "Mercurio. – Así es verdad, pero dice un discursista francés que la república de Holanda ha crecido más en setenta años que en cuatrocientos los romanos, y que los estados levantados con muchas prisas **declinan presto a su menguante**"[785].
>
> "Pero como las cosas de los hombres están **siempre en movimiento y no pueden permanecer estables**, es preciso **subir o bajar**, y la necesidad nos lleva a muchas cosas que no hubiéramos alcanzado por la razón, de modo que, si una república está organizada de forma apta para mantenerse, pero sin ampliación, y **la necesidad la obliga a extenderse**, en seguida templarán sus cimientos y la harán desplomarse en ruinas. Y, además, si el cielo le fuese tan benigno que la librase de la guerra, esto haría nacer el **ocio**, que la volvería afeminada o dividida, cosas que, juntas o por separado, serían causa de su ruina" [786].
>
> "Además, la ciudad está compuesta de **elementos distintos**, como **el ser vivo**, por de pronto, de **alma y cuerpo**; y el ama, de razón y apetito; y la casa de **marido y mujer**, y la propiedad, de **amo y esclavo**. De igual modo, también la ciudad está compuesta de todos estos elementos, y, además, de otros de distintas clases"[787].

El primer fragmento citado ha sido extraído de las primeras líneas de la empresa 60; el segundo de las últimas del compendio historiológico *Corona Gótica*; el tercero del

[779] RESTREPO, 1957, pp. 347-355.

[780] LANDI, 2015, pág. 77.

[781] CHABOD, 1994, pág. 219.

[782] GONZÁLEZ, 2008, pág. 73.

[783] SAAVEDRA, 1999, pág. 705.

[784] SAAVEDRA, 2008 b, pág. 601.

[785] SAAVEDRA, 2016, pág. 145.

[786] MAQUIAVELO, 2022, pp. 57-58.

[787] ARISTÓTELES, 1988, pág. 161.

diálogo lucianesco *Locuras de Europa* (las tres creaciones de Saavedra Fajardo); por su parte el cuarto lo ha sido de los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, de Nicolás Maquiavelo y el último se corresponde con la *Política* de Aristóteles. Los cinco se encuentran unidos en más de un sentido. En primer lugar, destaca un pesimismo antropológico común entre el florentino y el murciano. Este último, como es bien sabido, conocía de primera mano la tensa situación por la que estaba atravesando la Monarquía y, cómo un número incontable de autores antes que él, advertía sobre como esta se encontraba en un estado enfermizo. Algo que, por otra parte, se puede apreciar en otros textos del autor que serán analizados en el apartado correspondiente y que es común con muchos de los pensadores de la Edad Moderna que solían advertir que ni los Estados ni sus gobernantes estaban destinados a la perpetuidad[788].

Lo significativo aquí, en cualquier caso, es que Saavedra se valió de una idea previamente utilizada por Maquiavelo (que toma de forma literal) sin mencionarlo expresamente[789]. Esta, no obstante, pertenece a la sabiduría clásica. De hecho, sí se cita en un margen de las *Empresas* al *De natura deorum* de Cicerón (Libro II), donde se daba una descripción estoica del universo que incluía este tránsito político-vital[790]. Este hecho, pues, parece ser más un punto de unión entre ambos autores que una copia disimulada de las ideas de uno por el otro.

No obstante, si se sigue la lectura de sus obras, se ve que muchas veces estas sinergias se tradujeron en apropiación[791]. Por ejemplo, en la empresa 46 (*Fallimur opinione*), al describir al pueblo como una masa furiosa e ignorante, se vale (sin decirlo) de lo dicho por Maquiavelo en *Los discursos* (Libro I, capítulo 47)[792]. Recurre de este modo al mismo episodio histórico que el florentino, este es, el momento en el que el senador Pacuvio Calavio Campana ofreció a la plebe la posibilidad de condenar a muerte a los senadores que la habían agraviado con la condición de que nombrasen de inmediato

[788] VELÁZQUEZ, 2011, pág. 190.

[789] GARCÍA, 2003, pág. 313.

[790] Aunque Saavedra Fajardo pudo haberse inspirado en Maquiavelo, él se aseguró de enmarcar sus referencias dentro de una tradición filosófica más amplia y respetada, como la estoica de Cicerón, para evitar la desaprobación que conllevaba el reconocimiento directo de las ideas de Maquiavelo.

[791] VILLANUEVA, 1998, pp. 169-196.

[792] MAQUIAVELO, 2022, pág. 168.

un sucesor, pues no podía "estar sin cabezas esta república"[793]. Caso igualmente significativo es el de la empresa 91 (*No se suelda*), donde hace una severa crítica del soborno como medio de defensa del Estado, acción ineficaz y poco recomendable que el diplomático español desaconseja valiéndose, una vez más, de lo que el florentino ya había dicho en los *Discursos* (Libro II, capítulo 30)[794]:

> "En estos errores caen casi todas las monarquías; porque en llegando a su mayor grandeza, piensa **sustentalla pacíficamente con el oro, y no con la fuerza**. Y consumidos sus tesoros y agravados los súbditos para dar a los príncipes confinantes con fin de mantener quietas las circunferencias, dejan flaco el centro. Y si bien conservan la grandeza por algún tiempo, es para mayor ruina, porque, conocida la flaqueza y perdidas una vez **las extremidades**, penetra el enemigo sin **resistencia a lo interior** (…) Este consejo nos puede enseñar a considerar bien lo que se gasta con diversos príncipes extranjeros, enflaqueciendo a Castilla, la cual, siendo **corazón** de la monarquía, convendría tuviese **mucha sangre** para acudir con **espíritus vitales** a las **demás partes del cuerpo**, como lo enseña la Naturaleza, maestra de la política, teniendo más bien presidiadas las partes interiores que sustentan la vida"[795].

> "Semejantes inconvenientes proceden de mantener al pueblo sin armas, de lo que resulta un mal mayor: que cuanto más te apremia el enemigo, más débil te encuentra. Pues quien obra de este modo trata mal a los súbditos que viven en el **interior de sus dominios**, y bien a los que viven en **los confines** de su imperio, para tener allí hombres bien dispuestos que alejan al enemigo, y da pensiones a los señores y a los pueblos que viven cerca de **sus límites**. De este modo, los estados así organizados ofrecen alguna resistencia a sus fronteras, pero una vez que el enemigo las ha traspasado, ya no tienen medio de salvarse. Y no se dan cuenta de que tal modo de proceder es totalmente contrario al orden correcto, pues se han de tener armados **el corazón y los otros órganos vitales**, **y no las extremidades**, pues se puede vivir sin éstas, pero **se muere** si aquellos resultan lesionados, y estos estados tienen **desarmado el corazón y están atados de pies y manos**"[796].

La apropiación que de las ideas maquiavelianas lleva a cabo Saavedra Fajardo puede resaltarse. Realiza, además, un uso de la metáfora organicista que equipara a Castilla al *corazón* del *cuerpo* político de la Monarquía Hispánica. Esa forma de entender aquel reino no era novedosa, pues ya había sido esgrimida por otros autores en función de determinados factores. Uno de ellos se encontraba en la posición geográfica del mismo, en el centro de todas las posesiones del rey; otras lo relacionaban más con motivos

[793] SAAVEDRA, 1999, pág. 554.

[794] MAQUIAVELO, 2022, pág. 330.

[795] SAAVEDRA, 1999, pág. 957.

[796] MAQUIAVELO, 2022, pág. 330.

políticos y convertían en núcleo del *cosmos* estatal al lugar donde estaba el soberano y su corte[797]. A estas, finalmente, se podrían añadir materias demográficas y económicas.

Todas estas cuestiones, en cualquier caso, deberán ser tratadas con más profundidad en próximos apartados, aunque de la lectura de estos fragmentos quede patente que algunas veces (no todas) Saavedra recurrió a la metáfora organicista en posible paralelismo con Maquiavelo. Siguiendo esta línea, otra de las más notorias sinergias entre ambos se encuentra en la empresa 59 (*Con el senno e con la mano),* donde el publicista reflexiona sobre las peculiaridades que diferencian a los Estados y sobre la figura del tirano. Explica que los reinos humanos están caracterizados por un apetito insaciable de gobernar, esto es, que los Estados tienden a expandirse a costa de sus vecinos más próximos y, supuestamente, más débiles, pero también habla de las consecuencias que esta actitud acarrea (el fracaso, la declinación o incluso la desaparición). Para él, existían tres tipos de Estados: los hereditarios, los electivos y los conquistados o adquiridos "por la espada"[798]. Dichas consideraciones, que se mantienen en la *Corona Gótica*, recuerdan inevitablemente a la diferenciación que en *El príncipe* se realiza de los distintos principados, aunque no sean exclusivas de este último.

En cuanto al tirano, Saavedra reflexiona sobre este concepto a lo largo de sus *Empresas*[799]*,*pero la figura también aparece en otros de los trabajos que le son atribuidos, como por ejemplo la *Corona Gótica* o la *República Literaria*. Tienen en este ámbito un peso especial los libelos francófobos y las diversas obras de propaganda hispanófila que redactó en el marco de sus deberes como diplomático, publicista y propagandista español. En estas se puede resaltar las reflexiones que realiza Mercurio en torno a lo que se consideraba tirano en el diálogo lucianesco de las *Locuras de Europa* o las acusaciones vertidas sobre la Monarquía Francesa y algunos de sus máximos representantes, tal y como se puede observar en la *Respuesta al manifiesto de Francia.*

En todos estos casos la figura en cuestión se rodea, como no podía ser de otra forma, de connotaciones negativas que se complementan con momentos en los que se recurre a su figura para usarlo de ejemplo a evitar. En este aspecto la referencia al príncipe maquiaveliano es fundamental para la articulación de un discurso que pretende servir de

[797] GIL PUJOL, 2017, pág. 17, 30.

[798] SAAVEDRA, 1999, pág. 689.

[799] Especialmente llamativas son la 5, 7, 18, 19, 20, 41, 59, 61, 70, 74, 78 y 96.

alternativa a las tesis del florentino. Así, el arquetipo de soberano saavedriano no descarta el uso de la virtud y evita a toda costa el engaño (que no la disimulación) por ser este más próximo a la tiranía. Para Saavedra, pues, las tiranías duran poco, los reinos basados en la prudencia no; los tiranos son violentos, ambiciosos, usurpadores, impíos y egoístas, mientras que los príncipes son gobernadores generosos, prudentes y legítimos, pues basan sus acciones en la virtud. En este sentido, se puede mencionar la empresa 18 (*A deo*), donde se encuentra otra de las refutaciones al funcionario itálico:

> "No solamente quiso **Maquiavelo** que el príncipe fingiese a su tiempo virtudes, sino intentó fundar una política sobre la maldad, enseñando a llevalla a un extremo grado, diciendo que se perdían los hombres porque no sabían ser malos, como si pudiera dar **sciencia** cierta dello. **Esta doctrina es la que más príncipes han hecho tiranos y los ha precipitado**" [800].

También destacan otros puntos donde este no es mencionado, pero si refutado, por ejemplo, cuando, en la empresa 38 (*Con halago i con* rigor), Saavedra establece que "Muchos príncipes se perdieron por ser temidos, ninguno por ser amado"[801] oponiéndose a la tesis que afirmaba que valía más ser temido que amado en base a la innata vileza del ser humano[802]. No hay, por lo tanto, amor del pueblo hacía el tirano o de este hacía aquel, siendo este uno de los rasgos distintivos que Saavedra pretende establecer entre su príncipe y el de Maquiavelo.

Así pues, si bien existen ciertas contradicciones, como el hecho de utilizar la figura tiránica de Clístenes a modo de ejemplo a seguir, tal como se ve en la empresa 48 (*Sub luce lues*), se puede establecer un retrato del perfecto gobernante brindado por el pensamiento saavedriano. A los rasgos ya establecidos habría que añadir cuestiones relacionadas con la tributación (que es imposición en las tiranías y necesidad en los principados)[803] ; o con la guerra y sus distintas formas[804]. A pesar de todo esto, no llega Saavedra a defender el tiranicidio, aunque advierte que esta es una situación que se puede dar[805]. Por último, hay que aclarar que este distingue, entre los tiranos y los príncipes mal aconsejados, por lo que la figura del consejo y del privado resulta también relevante. Esta

[800] SAAVEDRA, 1999, pág. 339.

[801] SAAVEDRA, 1999, pág. 489

[802] MAQUIAVELO, 1998, pág. 116.

[803] SAAVEDRA, 1999, pág. 765.

[804] EGÍO, 2008, pp. 327-337.

[805] GARCÍA, 2008, pág. 132.

cuestión es tratada desde las primeras líneas de las *Empresas* y no es sino un reflejo del momento político que rodeaba a esta obra.

Se puede decir, entonces, que las reflexiones en torno a la tiranía constituyen otro de los vínculos de Fajardo con Maquiavelo (sin olvidar tampoco a Juan de Mariana). La influencia de este resulta, pues, indiscutible. Pero no se debe confundir influjo con aprobación, por lo que cabría preguntarse si, en verdad, Saavedra era seguidor de estas ideas, pretendía refutarlas o, en su caso, adaptarlas a su propio ideario. La última hipótesis puede ser la más factible, pues parece que asimila ciertos puntos del maquiavelismo sin renunciar al antimaquiavelismo (algo, por otro parte, típico en los discursos políticos de la época)[806].

Así, como es sabido, la religión y el Estado o la utilización de la primera como un instrumento al servicio del segundo, ambas propuestas de Maquiavelo, constituyeron el gran anatema contra el que cargaron la mayor parte de los pensadores políticos del Siglo de Oro, también Saavedra Fajardo. En sus *Empresas* eso se aprecia en varios puntos, de los cuales se destacarán solo alguno de ellos. El primero a mencionar se encuentra en la empresa 26 (*In hoc signo*) donde se realiza una carga contra las aseveraciones que Maquiavelo había esgrimido en sus *Discursos* (Libro II, capítulo 2) en torno al cómo la mansedumbre de los cristianos había derivado en una inclinación a la vida contemplativa que es vista de un modo negativo. Esta cuestión es matizada en la empresa 27 (*Specie Relligionis*), cuando se considera que la religión mal entendida es superstición, así de cómo el poder político puede valerse de esta para alcanzar fines ilícitos—"la política se vale de la máscara de la piedad"[807]—.

En esta empresa, pues, Fajardo parece coincidir con el argumento maquiaveliano de que ciertas manifestaciones de la piedad no son recomendables para el funcionamiento eficiente del Estado[808]. Más significativo, si cabe, resulta lo que Saavedra defiende en la empresa 18 (*A deo*), que no es sino una refutación clara de lo que se establece en el capítulo 18 de *El Príncipe,* ya mencionado. Como se sabe, esta es una de las ocasiones donde el florentino aparece mencionado abiertamente y el lugar donde se encuentra una

[806] CID, 2014, pág. 93.

[807] SAAVEDRA, 1999, pág. 408.

[808] VILLANUEVA, 1998, pág. 182.

de las metáforas más estudiadas por la historiografía: la del león y la raposa[809]. En este punto en concreto hay que destacar como Saavedra se vale de lo dicho por el florentino para articular una idea aparentemente propia que gira en torno a la disimulación. La metáfora en cuestión, en realidad, tiene otros orígenes, pues se remonta a lo dicho por autores clásicos como Plutarco (citado al margen) o Cicerón[810]. En cualquier caso, a Maquiavelo se le reprocha aquí su impío intento de formar al príncipe en las artes del fingimiento y la disimulación. Para Saavedra, el príncipe debe prevenir el daño que otros puedan hacerle haciendo uso de la disimulación, pero, como se verá en próximas líneas, descarta que esta se equipare al engaño (pecado mortal) matizando la propuesta original para llegar a un punto intermedio.

Y esto es lo que busca aquí y lo que se entrevé como uno de sus objetivos principales a lo largo de su bibliografía: alcanzar un término medio entre esa, a sus ojos, impía razón maquiavélica y la realidad política que le rodeaba. Es por ello que recurre a autores como Aristóteles, Séneca, Plauto, Tito Livio, Tácito y Justo Lipsio. De entre ellos parece que sentía una atracción especial por este último, lo que se hizo notar en que títulos como *De constantia libri duo, qui alloquium praecipue continente in publicis malis* (Leiden, 1584)[811]; o *Politicorum sive Civilis Doctrinae Libri Sex, qui ad Principatum maxime spectan* (Leiden, 1589)[812], tan en boga durante su centuria, fueron tenidos en

[809] RUIZ, 2022, pág. 460.

[810] BRAUN, 2013 a, pág. 155.

[811] La versión castellana de esta obra vio la luz en 1616 en la imprenta de Juan Bautista de Mesa en la ciudad de Sevilla. Se trata, quizá, de la obra más popular de Justo Lipsio que, como la *Política* fue detonante de una gran polémica en referencia, sobre todo, a sus consideraciones sobre religión y política.

[812] La fortuna editorial de esta obra fue muy agitada e incluso controvertida. En1590, tan solo un año después de que viera la luz, fue incluida en el *Índice* de libros prohibidos del Vaticano, algo a lo que Lipsio no respondió con rebeldía o indignación. Todo lo contrario, se mostró dispuesto a aplicar las correcciones que el consultor Roberto Belarmino le imponía y que se materializaron en la aparición de un nuevo texto (que sería el que finalmente sería traducido), el *Politicorum sive Civilis Doctrinae libri sex, qui ad Principatum maxime spectant. Additae Notae auctiores, tum et De Una Religione liber. Omnia postremo auctor recensuit* (Amberes, 1596). Esta revisión se basó en la eliminación de su teoría de la libertad de conciencia, así como un replanteamiento de la defensa de la razón de Estado maquiaveliana, que seguía en la obra revisada en un formato menos explicito. Aun con todo, la obra corregida volvió a ser objeto de censura y en 1640 fue incluida en el índice inquisitorial de Sotomayor, pues el Santo Oficio consideró que los capítulos 2, 3 y 4 debían ser expurgados. Estos describían una política religiosa basada preferentemente en la unidad pero que no debía descartar, llegado el caso, que se permitiera la diversidad religiosa. Para

cuenta a la hora de elaborar títulos como las *Empresas Políticas*[813], la *República Literaria,* las *Introducciones* o la *Razón de Estado del rey católico don Fernando*[814].

De este modo, los puntos en común entre ambos se encuentran, entre otras cosas, en un estilo laconiano o en la apropiación (disimulada o no) de las ideas de otros autores del pensamiento político, sobre todo del clásico, para redactar producciones a primera vista originales [815]. El punto de unión más notable podría estar en que el objetivo principal del *Politicorum* y de las *Empresas* fue el mismo. Este no era otro que la formación de los gobernantes para garantizar un buen gobierno basado en la virtud, es decir, pretendían crear una suerte de guía para el príncipe (convertirlo en un profesional de la política y del principado)[816]. No fueron los únicos que lo intentaron, pues se podría decir lo mismo de Maquiavelo y de Botero. De este último destaca la traducción que *Della Ragion di Stato* brindó Antonio de Herrera (1593)[817] y donde, en la dedicatoria al rey, se encuentra una justificación de la obra que la describe como útil materia para un príncipe prudente que gobierna a sus súbditos, prescindiendo de las tesis de Tácito o Maquiavelo[818].

No fueron estos los únicos que ensalzaron la razón de Estado monárquica como mejor forma de gobierno, de hecho, Lipsio fue tomado como referencia por muchos en este sentido. Su exaltación de la prudencia como virtud política es también otro de los puntos de soldadura entre ambos, aunque existen matices sobre la percepción de esta que

---

más información consultar: LÓPEZ, 1999, pp. 76-88; LÓPEZ, 2008, pág. 209-234; ANTÓN, 2004, pp. 137-148; MUÑOZ, 2011, pp. 49-57.

[813] Otras obras que pudo tener en cuenta fueron *Adversus Dialogistam liber De Una Religione* (1590); *Ad libros politicorum brevis notae* (Leiden, 1595); *De Militia Romana* (1595); *Dissertatiuncula apud Principes* (1604); *Monita et Exempla Politica. Libri duo, qui Virtutes et Vitia Principum spectan*t (Amberes, 1605); *Admiranda sive De Magnitudine Romana* (1613) y todas las obras en las que el belga tratara sobre asuntos políticos.

[814] GARCÍA, 1998, pág. 243.

[815] LÓPEZ, 2008, pp. 224-225.

[816] El mismo título de las obras es señal inequívoca de esto. La *Idea de un príncipe político-cristiano representada en cien empresas* pretendía hacer compatible el concepto de político (tan unido a Maquiavelo y por lo tanto denostado) con una razón de Estado cristiana.

[817] El título de esta traducción fue *Diez libros de la Razón de Estado, con tres libros de las casuas de la grandeza y magnificencia de las ciudades, de Iuan Botero*. Para más información consultar: GIL, 2044, pág. 976.

[818] GIL PUJOL, 2004, pág. 977.

los separan[819]. Lo que los une, principalmente, es la vinculación de esta virtud con la experiencia y la historia (en tanto que esta era entendida como repositorio de experiencias pasadas), hecho que lleva a pensar en Tácito como inspiración y el tacitismo como corriente política. Son, en cualquier caso, dos autores para dos siglos y dos épocas diferentes que se enfrentaron a distintas problemáticas, pero también a otras comunes. El maquiavelismo, por citar una cuestión que preocupaba a ambos, los separó. Así, mientras que Saavedra rechazaba frontalmente algunas de las tesis maquiavelianas, al menos aparentemente, Lipsio parecía tolerarlas, pretendiendo tan solo modificarlas para que alcanzaran la perfección[820].

La huella de las propuestas del neoestoicismo es notoria en el pensamiento saavedriano. Esta aseveración puede hacerse si se realiza una lectura atenta de sus obras, sobre todo, de las *Empresas* y la *República Literaria*[821]. Y debe ser especialmente atenta porque las menciones a este autor son escasas y escuetas (tal y como sucedía con Maquiavelo). Saavedra lo menciona poco, al menos explícitamente, y cuando lo hace es para refutarlo (como ocurre en las *Empresas*) o incluso para ridiculizarlo (como se ve en la *República Literaria*).

En el primer caso el neoestoicismo se hace notar implícitamente en no pocos puntos a través de una no tan sutil defensa de las máximas de esta corriente filosófico-política[822]. En la empresa 26, ya mencionada, lo hace hablando de la magnificencia y mansedumbre (términos que no considera opuestos) de los cristianos, explicando cómo la "secta estoica" trabajó en la cura de las "enfermedades del ánimo" y cómo le siguió en este sentido la "escuela cristiana" [823]. Sigue de este modo la línea marcada en la empresa 7 (*Auget et Minuit*), donde denunciaba el poco cuidado que los príncipes prestaban al cuidado y la salud del ánimo[824]. Hace en esta empresa una mención concreta a Epicteto, uno de los máximos referentes del estoicismo, junto a un sentido metafórico que lo equipara con el saber médico de Galeno de Pérgamo. Esta equiparación indica varias cosas: la primera, que el murciano era seguidor del neoestoicismo (aunque no lo afirmaba

[819] GONZÁLEZ DE LEÓN, 2014, pág. 145.

[820] LÓPEZ, 2008, pág. 222.

[821] LÓPEZ, 1999, pág. 79.

[822] Esto se aprecia sobre todo en las empresas 7, 26, 28, 31, 33, 34, 35, 36, 37, 43, 60, 61 y 71.

[823] SAAVEDRA, 1999, pág. 402

[824] SAAVEDRA, 1999, pág. 243.

abiertamente) y creía, como otros en su momento histórico, en este como sanador de los *males* del mundo[825]; la segunda, que el discurso médico (y con él, el organicismo y la metáfora de *enfermedad*) está presente en sus trabajos y, la tercera, que estas dos cuestiones darán lugar a una serie de propuestas políticas vinculadas al tacitismo y al maquiavelismo, entre otras corrientes del pensamiento. Con respecto a la primera cuestión, Lipsio solo aparece mencionado en las *Empresas* una vez (empresa 43) y, como se ha dicho, el trato que recibe sorprende teniendo en cuenta que Saavedra estaba aprovechando sus ideas para la elaboración de su obra:

> "Con este fin y para semejantes casos se dio a esta Empresa el mote *Ut sciat regnare,* sacando de aquella sentencia que el rey Ludovico Undécimo de Francia quiso que solamente aprendiese su hijo Carlos Octavo, *Qui nescit disimulare, nescit regnare.* En que se incluye toda la **sciencia de reinar**. Pero es menester gran advertencia, para que ni la fuerza pase a ser tiranía, ni la disimulación o astucia a engaño, porque son medios muy vecinos al vicio. **Justo Lipsio**, defendiendo en los casos políticos el engaño, dice que es un agudo consejo que declina de la virtud y de las leyes por bien del rey y del reino. Y, huyendo de los extremos de **Maquiavelo**, y pareciéndole que podría gobernar el príncipe sin alguna fraude o engaño, persuadió el leve, **toleró el medio** y condenó el grave. Peligrosos confines para el príncipe"[826].

Saavedra se refiere aquí a lo dicho en el *Politicorum* (Leiden, 1589), especificando en una nota al pie el capítulo 14 del libro IV como fuente concreta. Más allá de esta localización, el valor del fragmento citado es múltiple. En primer lugar, por el propio tema que se está abordando en la empresa en la que está inserto (la 43), que no es otro que el de la disimulación y el engaño explicada a través de la alegoría del león y de la raposa[827]. Se trata de una cuestión que inicia en la empresa 7, continúa en la 43 y concluye en la 44 y que une a esta obra, no solo con Lipsio, sino también con Maquiavelo (tal y como ya se ha mencionado).

Se habla en este sentido de *ciencia* de reinar como aquella que se basa en el equilibrio. Esto quiere decir que, aunque el príncipe debe evitar la malicia y el engaño, no debe extremar la mansedumbre y la piedad propias de la virtud moral, pues no conseguirá conservar sus Estados en un contexto en el que las primeras abundan y las segundas se extinguen paulatinamente. El príncipe, pues, puede (y debe) aparentar, no engañar, no ser malicioso. Por ello, acusa a Justo Lipsio de excesiva laxitud por limitar

[825] CARRASCO, 2021 b, pág. 55.

[826] SAAVEDRA, 1999, pág. 528.

[827] GÓMEZ, 2008, pág. 185.

esta disimulación a la ocultación[828]. Esto no quiere decir que el príncipe deba, en cualquier caso, despojarse de sus afectos y pasiones, más bien que no se deje llevar excesivamente por estas (empresa 7) [829]. La alegoría del león y la raposa, por otra parte, puede estar evidenciando un uso de la figura retórica de la doble naturaleza del príncipe, idea de orígenes históricamente remotos reinventada por el maquiavelismo y muy extendida en la tratadística política moderna.

Así, si se sigue con la comparación del *Politicorum* de Lipsio con las *Empresas* de Fajardo (por ser el primero el que se cita en el segundo), se tendrá que recordar que se contó, desde fechas muy tempranas, con una traducción del mismo titulado *Los seis libros de las políticas o Doctrina Civil de Justo Lipsio, que sirve para el gobierno del reino o principado* (Valladolid, 1604)[830]. Es fácil suponer que esta era conocida por el murciano, aunque eso no descarta que este leyera los trabajos originales del belga[831]. En cualquier caso, si se hace una lectura comparativa de este último con las *Empresas* (en su edición modificada) se podrá observar que cuestiones tales como el providencialismo, la importancia de la historia (y la experiencia) o la unidad religiosa están presentes en ambos:

> "En los **instrumentos de música**, aunque acontece estar alguna **cuerda desconcertada**, no por esto la rompemos luego, pero poco a poco, la baxamos y subimos, hasta boluerla en cosonancia con las demas: **en la Fe por que no se haze lo mesmo,** y se reprimen las faltas de manera que aya quien se arrepienta de auer pecado (…) Quiero concluir este discurso con plegaria y sopiros. Plegaos o benigno y misericordioso Dios juntar lo que esta diuidido, y hazer que sea **vno el coraçon y alma** de la machedumbre de todos los creyentes"[832].

> "Forma el arpa una perfecta aristocracia, compuesta del gobierno monárquico y democrático. Preside un entendimiento, gobiernan muchos dedos, y obedece **un pueblo** de **cuerdas,** todas templadas y **todas conformes en la consonancia**. (…). Semejante a la **arpa** es una república, en quien el largo uso y experiencia dispuso los que habían de gobernar y obedecer"[833].

---

[828] VILLANUEVA, 1998, pág. 184.

[829] FERNÁNDEZ-SANTAMARÍA, 1986, pág. 113.

[830] Es importante resaltar que en esta traducción se adaptó totalmente a las exigencias que el Santo Oficio había impuesto a Lipsio y que llevaron a censurar la obra original. Para más información consultar: GONZÁLEZ DE LEÓN, 2014, pp. 143-151.

[831] LÓPEZ, 2008, pp. 209-234.

[832] LIPSIO, 1604, pp. 81-82.

[833] SAAVEDRA, 1999, pp. 717-718.

La primera cita se corresponde con un fragmento del capítulo 3 del libro IV de las *Políticas* de Justo Lipsio, mientras que el segundo lo hace con la empresa 61 (*Maiora minoribus consonant*). Tienen ambos una conexión mayor de la que parece a simple vista, sobre todo porque ambas tratan la cuestión de la consonancia y la unidad desde el punto de vista religioso. Así, en las *Empresas* el *arpa* (símbolo de la concordia política) representa al Estado (en tanto que este es una unión de muchos pueblos) y al gobierno (en tanto que esta ha de ser tocada de forma armoniosa), cuya estabilidad se cimenta en un espíritu basado en "la unidad de la religión"[834].

Las interpretaciones de esta metáfora hablan, además, de una unión con Maquiavelo, pues ambos autores platican sobre la naturaleza de los hombres[835]. Por su parte, en las *Políticas* de Lipsio, concretamente en el libro IV al que pertenece este fragmento, se está haciendo una defensa férrea de la unidad religiosa del Estado. Unidad para la que el profesor se plantea la posibilidad de reprimir a los disonantes en la religión a los que divide en dos grupos: los que pecan contra la verdadera religión en público (intentando persuadir a otros) y los que lo hacen en privado. En estas líneas se dejan entrever ciertas sinergias con el maquiavelismo, en tanto en cuanto parece optar por la disimulación (cuando la situación así lo requiera). Así, cuando se refiere a la represión contra aquellos que pecan contra la religión en público aconseja que, cuando se pueda:

> "Sirua el hierro, **aya cauterios y incisiones**, y muera mas presto alguno de **los miembros de todo el cuerpo**: porque la injuira del agravio hecho a la sagrada religión toca generalmente a todos"[836].

Como se ve, estos son comparados con un *miembro enfermo* a extirpar, sin embargo, no siempre puede el gobernante reprimir estas herejías, pues una acción demasiado severa podría desencadenar en sediciones que acabarían por declinar el Estado:

> "porque aun en las **enfermedades del cuerpo**, no ay cosa alguna de mas peligro que el **apresurarse al curarlas fuera de razon y tiempo**. Sabiendo ansi mesmo, que los medicos aprouechan algunas vezes mas con el reposo y quietud, que con la cura y moumiento. Realmente el **tiempo y reposo** suele muchas vezes curar a estos **su negra melancolia y requemada colera**"[837].

[834] SAAVEDRA, 1999, pág. 719.

[835] VELÁZQUEZ, 2011, pág. 226.

[836] LIPSIO, 1604, pág. 78.

[837] LIPSIO, 1604, pág. 79.

Este fragmento, aunque parece vincularse con Maquiavelo en el sentido de la disimulación, parece alejarse de él si se lee otro extracto de *El Príncipe* (Florencia, 1531), que se corresponde con el tratamiento que el florentino daba para los principados mixtos (capítulo 3), que entendía como "una especie de apéndice", y un principado nuevo[838]:

> "Porque los romanos hacían en estos casos lo que todo príncipe sabio debe hacer: no preocuparse sólo de los desórdenes del presente, sino también de los del futuro y evitarlos por todos los medios; porque **cuando los males se prevén con antelación es fácil ponerles remedio**, pero si se espera hasta que están cerca, **la medicina ya no surte efecto**, porque **la enfermedad se ha vuelto incurable.** Y ocurre lo mismo que **los médicos** dicen de **la tisis**: cuando el mal está en sus comienzos es **fácil de curar y difícil de reconocer**, pero si pasa el tiempo sin que lo hayan detectado y curado cuando empezó, entonces se vuelve **fácil de reconocer, pero difícil de curar**. Lo mismo sucede con los **asuntos de estado,** porque los problemas que nacen se pueden solucionar rápidamente cuando se perciben a tiempo (un don que solo tienen los prudentes), pero si, por no haberlos advertido a tiempo, se los deja crecer hasta que todos los conocen, **ya no tienen remedio**"[839].

Esta fue la idea que otro pensador pudo tomar prestada del florentino para tratar, precisamente, sobre los *males* derivados de la diversidad de religión o el surgimiento de herejías en la Monarquía. Se trata de Juan de Mariana, que llega a definir estas como una *enfermedad contagiosa* para lo que aconseja lo siguiente:

> "Cuando el mal se haya hecho demasiado pertinaz, **el remedio será tardío y acaso poco eficaz**; por lo que conviene que todos y cada uno estén instruidos en religión, y en la obediencia a la Iglesia y sus ministros"[840].

Después de la lectura de estos fragmentos se puede ver como Lipsio se acerca a Maquiavelo al recomendar que el príncipe actúe antes de que la herida metafórica (la disidencia en religión) se emponzoñe y acabe por destruir a todo el *cuerpo* político, pero matiza esta prescripción para los casos en los que implique un peligro mayor. En este caso Lipsio se aleja de Maquiavelo al recomendar un tratamiento metafórico contrario para una *enfermedad* metafórica similar. En cualquier caso, lo cierto es que el concepto de *prevención* (tan vinculado a la prudencia) parece no ser entendido del mismo modo por el belga que por el florentino, mientras que Mariana sí parece coincidir porque ambos

[838] MAQUIAVELO, 1998, pág. 39.

[839] MAQUIAVELO, 1998, pág. 44.

[840] DE MARIANA, 1845, pág. 277.

extrajeron esta idea de una fuente común[841]. En Fajardo, por otra parte, este concepto también aparece (empresa 60):

> "Los **estados hereditarios** se suelen perder cuando en ellos reposa el cuidado del sucesor, principalmente si son muy poderosos, porque su misma grandeza le hace descuidado, despreciando los peligros, y siendo irresoluto en los consejos y tímido en executar cosas grandes, por no turbar la posesión quieta en que se halla. **No acude al daño con las prevenciones**, sino con los **remedios** cuando ya ha sucedido, **siendo entonces más costosos y menos eficaces**. Juzga el atreverse por peligroso y procurando **la paz** con medios flojos y indeterminados, llama con ellos la guerra, y por donde piensa conservarse, se pierde. Éste es el peligro de las monarquías que, **buscando el reposo, dan en las inquietudes**. Quieren parar, y caen. En dejando de obrar, **enferman**"[842].

Aparentemente, la postura de Saavedra se encuentra más cercana a la maquiaveliana que a la lipsiana, aunque no esgrime aseveraciones tan tajantes. El motivo de ello parece estar relacionado con la necesidad de ocultar su adhesión a las ideas del florentino, pero, en el fondo, es más plausible que en esto se encuentre las ideas de un pensador cristiano que se vale de la técnica maquiavélica, sin que ello implique que adopte todo su sustrato ideológico. La cuestión que rodea a estos tres fragmentos, en cualquier caso, es la disimulación y cómo y cuándo conviene llevarla a cabo. Para dar respuesta a esta incógnita el autor eleva a la prudencia como una suerte de canalizadora de todas las virtudes y acciones del buen gobernante.

La disimulación, entonces, es adecuada si está correctamente guiada por aquella y, además, complementada por la experiencia (en sus distintos tipos). Se convierte de este modo en un método, el método de la política. La forma de aplicarlo se basa para el murciano en un alejamiento del engaño maquiavélico (no es lo mismo disimular que engañar, no es lo mismo entender mal que no entender). Decir la verdad, para Saavedra, es altamente imprudente. Mentir es un pecado, pero velar la verdad con silencios y disimulos es prudencia[843]. La importancia de esta última radica, pues, en cómo y cuándo aplicarla. No considera Saavedra prudente la idea de disimular las ofensas de los disidentes en religión, pues "no puede haber concordia ni paz entre los que sienten diversamente de Dios"[844].

---

[841] BRAUN, 2013 b, pág. 101.

[842] SAAVEDRA, 1999, pág. 712.

[843] GRANDE, 2008, pág. 195.

[844] SAAVEDRA, 1999, pág. 708.

En la empresa citada, de hecho, se habla de las distintas causas (universales) que podían, a su juicio, provocar sediciones en el Estado, siendo estas la "religión, la honra, la vida y la hacienda"[845]. A estas añade otras "muy particulares"[846], que aplica a los Estados hereditarios, los Imperios electivos y los adquiridos por la espada. En este sentido, y volviendo a sus consideraciones en torno a la diversidad de religión, esta es entendida como "un dardo en el corazón"[847], para la que descarta la disimulación como la reacción más idónea. Así, y lejos de lo que se pueda pensar, no propone un enfrentamiento violento a este problema, sino más bien un entendimiento pacífico y diplomático[848], tal y como se deduce de la lectura de las empresas 87 (*Auspice Deo)* y 88 (*Violentes Trahimur)*. La prudencia y la prevención, en cualquier caso, se convierten en términos unidos por su fin, este es, evitar la declinación del *cuerpo* político (Empresa 60):

> "Cierro esta materia con dos advertencias. La primera, que las repúblicas se conservan, **cuando están lejos de aquellas cosas que causan su muerte y también cuando están cerca dellas**, **porque la confianza es peligrosa y el temor solícito y vigilante**. La segunda, que ni en la **persona del príncipe** ni en el **cuerpo de la república se han de despreciar los inconvenientes o daños, aunque sean pequeños**, porque secretamente y **poco a poco crecen**, **descubriéndose después irremediables**. Un pequeño gusano roe el corazón a un cedro y le derriba. A la nave más favorecida de los vientos detiene un pecezuelo. Cuando es más poderosa y mayor su velocidad, más fácilmente se deshace en cualquier coa que topa. Ligeras pérdidas ocasionaron la ruina de la monarquía romana. **Tal vez es más peligroso un achaque que una enfermedad, por el descuido en aquél y la diligencia en ésta**. Luego tratamos de **curar una fiebre**, y despreciamos una distilación al pecho, de que resultan **mayores enfermedades**"[849].

La prudencia es, pues, la virtud clave para hablar de prevención. Esta, quizá extraída de Tácito, es la madre de todas las virtudes según Saavedra Fajardo—"Áncora es la prudencia de los Estados, aguja de marear del príncipe. Si en él falta esta virtud, falta el alma del gobierno"[850]—. Ella es la base de la paz, algo que Fajardo defendía también en *Discurso sobre el presente estado de Europa*, un análisis concienzudo de la situación

[845] SAAVEDRA, 1999, pág. 705.

[846] SAAVEDRA, 1999, pág. 712.

[847] SAAVEDRA, 1999, pág., 708.

[848] GUILLAMÓN, 2010, pp.59-84

[849] SAAVEDRA, 1999, pág. 716.

[850] SAAVEDRA, 1999, pág. 412.

política de su momento histórico[851]. Su príncipe, en este sentido, ha de ser virtuoso para gobernar, y esa es una cuestión que lo aleja de Maquiavelo[852]. Su virtud, además, debe de estar presente por algo que, para él y para Lipsio, era una realidad: la inconstancia del pueblo. De este modo, otro punto de conexión entre ambas obras (las *Empresas* y las *Política*s) está en sus consideraciones acerca del vulgo o plebe. Y es que, sin siquiera salir de la empresa 61 y el IV Libro se encuentran evidentes sinergias:

> "El vulgo de cuerdas desta arpa del reino es el pueblo. Su **naturaleza** es **monstruosa** en todo **desigual** a sí misa, inconstante y varia. Se gobierna por apariencias (…) con el rumor se consulta. Es pobre de medios y de consejo, sin saber lo falso de los verdadero. Inclinado siempre a lo peor. Una misma hora le ve vestido de dos **afectos contrarios**. Más se deja llevar dellos que de la **razón**, más del **ímpetu** que de la prudencia, más de las sombras que de la verdad"[853].

> "Todo el vulgo y pueblo es **incostante**, nada mas incierto que el. En la multitud esta la variedad, y es tanta a menudo la **mudança de los pareceres y opiniones**, como de las tempestades. Con la facilidad que toma los **afectos**, con esta mesma los dexa, mouiendose según lo tiene por costumbre de las cosas repentinas, tan inclinado a misericordia, quanto auia sido excesivo en crueldad. (…) No es capaz de **razon.** No ay en el vulgo juzio ni verdad"[854].

Junto a esta consideración se encuentran una serie de metáforas que lo equiparan con un *caballo furioso* (que el rey debe manejar a través de las riendas), tal y como se ve en las empresas 46 (*Fallimur opinione*) y 101 (*Futurum indicat*); un *cuerpo* que debe ser

---

[851] En esta obra Saavedra propone al recién elegido rey de romanos un cambio de tratamiento para la *cura* de los *males* de Europa, de modo que ofrece a este la posibilidad de optar por la paz descartando la guerra. Algo que va en la línea pacifista que Saavedra demuestra en las *Empresas.* Así, Saavedra dice que "Esta mala disposición de la guerra y de la paz suele dar mucho cuidado, y aunque o la muerte de alguno de los Príncipes, o muchos que perturban el sosiego público, o una victoria contra suceses la podría mudar, no ha de pender la prudencia humana de accidentes que pueden dejar de ser, sino gobernarse según el curso ordinario y prevenir y remediar los peligros que amenazan. Si se siguen las máximas que hasta aquí y se aplican los mismos remedios, se envejecerá mal y será cada día más incurable. La experiencia muestra que conviene nueva mano y nueva forma de cura (…). Habiendo, pues, sido la guerra de Suecia la principal causa de los males della, sería también su remedio, si con la fuerza o con la paz se extinguiese". Estas reflexiones se pueden vincular a lo que se ha dicho sobre la prevención en los distintos fragmentos estudiados. Por lo que se refiere a la búsqueda de una paz con Suecia esta puede estar vinculada con los vínculos de amistad que el murciano pretendía establecer entre esta y la Monarquía Hispánica. Para más información consultar: SAEZ, 2014, pp. 91-110.

[852] MASÍS, 2014, pág. 03.

[853] SAAVEDRA, 1999, pág. 720.

[854] LIPSIO, 1604, pág. 84.

cuidado para garantizar su multiplicación, tal y como se ve en la empresa 66 (*Ex fascibus fasces*) y otras imágenes como las de la *cuerda del arpa*, ya mencionadas. En referencia al pueblo como un *cuerpo*, hay que dejar claro que este uso particular del organicismo tiene orígenes e influencias diversas, entre las que se puede incluir el neoestoicismo. Esto último se percibe en consideraciones acerca de la prudencia, que Lipsio entiende como "el arte de vivir, como la medicina de la salud"[855] (Libro I, capítulo 7); la autoridad real como alma del Estado (Libro II, capítulo 1)[856] o la equiparación de los disidentes de la religión como un miembro gangrenado a extirpar (Libro IV, capítulo 3)[857].

Lipsio, entonces, está presente en las *Empresas Políticas* y esto se percibe en no pocos aspectos analizados hasta aquí. Pero no es esta la única obra de Saavedra Fajardo donde se le puede encontrar. El neoestoicismo se puede apreciar de un modo evidente en la *República Literaria*, donde aparece mencionado en la primera versión de esta obra:

> "De **Justo Lipsio** se querelló Cicerón con una retórica oración, porque le había quitado a su mujer la lengua latina y la tenía en una torre encerrada, donde apenas veía la luz, con gran deshonor suyo y escándalo de la República Literaria"[858].

A esta mención hay que añadir la de Epicteto y Séneca:

> "Pareciome novedad que la **composición y órganos de los príncipes** se diferenciasen tanto de los demás, y que era grande inconveniente que aquellas potencias tan necesarias faltasen o fuesen gobernadas de la voluntad ciega y desatentada; y queriendo preguntar la causa, lo impidió un alboroto que sucedió en la calle, y fue pasando el emperador Licinio, que con mucha majestad y acompañamiento había entrado a ver la ciudad, **Seneca y Epíteto**, contumaces en su opinión (que los ignorantes son esclavos), le menospreciaron como a tal por lo que aborrecía las letras, y pasaron cerca de él sin hacerle cortesía, de los cual, enfadado el emperador, había mandado dar de palos a aquellos filósofos descorteses, y ejecutándolo sus arqueros, los dos estoicos pedían al cielo venganza, levantado las manos y las quejas(…)"[859].

Por lo que se lee en estos fragmentos del considerado primer trabajo de Saavedra (en su primera versión), parece que en el momento de su redacción (1612) él no guardaba ninguna sinergia con el neoestoicismo, más bien parece ponerse frente a él intentando ridiculizarlo. Hay que recordar que el principal objetivo que se pretendía cubrir con esta

[855] LIPSIO, 1604, pág. 16

[856] LIPSIO, 1604, pág. 21.

[857] LIPSIO, 1604, pág. 79.

[858] SAAVEDRA, 2006, pág. 181.

[859] SAAVEDRA, 2006, pp. 145-146.

obra era una crítica satírica a la cultura libresca del momento, con la que también estaba vinculado el humanismo de la centuria anterior y, cómo no, el pensamiento de Justo Lipsio[860].

Así, Lipsio, Séneca y Epicteto aparecen ridiculizados por la misma naturaleza de la escena en la que se encuentran inmersos. En cualquier caso, el tratamiento que recibe aquí la filosofía neoestoica puede resultar chocante si se observa el que recibe, aunque no explícitamente, en las *Empresas*. Y es que, como ya se ha dicho, existen diferencias significativas desde el punto de vista ideológico y formal entre las primeras y últimas obras del murciano universal. Los motivos ya han sido aducidos escuetamente y están relacionados con la posición profesional de Saavedra, entre otras circunstancias, pero no se debe dejar de mencionar la posibilidad, discutida entre distintos autores, de que la obra aquí analizada no se deba a su ingenio[861]. Ello podría descartarse si se tomara por veraz la mención que se realiza de las *Empresas* en el trascurso del cuento onírico (en su segunda versión):

> "Ponderé mucho la gravedad destas razones y juzgué por ellas que de aquellos libros mandaría hacer reguiletes, que a cualquier viento, y a veces sin él, se mueven al fin de quien los conduce, y también máscaras, porque todo **el estudio de los políticos se emplea en cubrille el rostro a la mentira** y que parezca verdad, **disimulando el engaño**, y disfrazar los designios; pero todos los mandó entregar el fuego, y preguntándole la causa, me respondió:
>
> - 'Este papel trate tanto **veneno** que aun en pedazos y por las tiendas sería peligroso al público sosiego; y, así, más seguro es que le purifiquen las llamas'
>
> **Algo me encogí temiendo aquel rigor en mis *Empresas políticas,*** aunque las había consultado con la piedad, con la razón y justicia"[862].

No obstante, el hecho de que este fragmento se encuentre en la segunda edición de la obra y no en la primera refuerza la hipótesis de aquellos que han dudado de la autoría de la misma, que han llegado a sugerir que solamente la segunda edición se debe parcialmente a Saavedra Fajardo, que la habría adaptado y hecho suya[863]. Esta hipótesis sostiene que la obra habría estado terminada entre 1640 y 1642[864] aunque, como ya se ha

[860] GARCÍA, 2008, pág. 42.

[861] GARCÍA, 2008, pág. 181.

[862] SAAVEDRA, 2006, pág. 215.

[863] GARCÍA, 1998, pág. 254.

[864] GARCÍA, 2006, pág. 26.

dicho, no conocería el formato impreso hasta 1655. El producto final, entonces, fue una obra refundida y redefinida al gusto de Saavedra que este decidió no publicar, hecho que se ha relacionado con la caída política del conde-duque de Olivares (enero de 1643).

En la escena, por otra parte, se relata cómo el censor de la República Literaria evita que los libros de política entren en la ciudad por considerarlos peligrosos para la religión, la verdad y la conservación de los Estados y, por ello, son frenados y destruidos para evitar que se expandan como una *enfermedad* o *veneno*[865]. Se habla, de nuevo, de ese pesimismo político-antropológico, tan habitual en Saavedra Fajardo (pero no solo en él)[866]. Frente a la malicia de la política, pues, el autor va a colocar el papel de la religión como verdadero fundamento del buen gobierno—"la religión y la verdad son los fundamentos firmes y estables, y solamente feliz aquel príncipe a quien la luz viva de la Naturaleza, con una prudencia cándidamente recatada, enseñó el arte de reinar."[867]—.

Esta va a ser una de las constantes en el pensamiento saavedriano, presente en la mayor parte de sus obras y que en muchas ocasiones viene a colación de sus refutaciones a Maquiavelo. Pero existe otro valor que atribuir a esta escena, uno que no ha pasado desapercibido por los estudiosos del pensamiento saavedriano, y es que en las mismas líneas en las que se carga contra los libros de política se dan pistas de cómo el tacitismo llegó a España[868]. En este sentido, justo antes de describir como el censor se ceba con estos últimos, el autor de la *República Literaria* (en su segunda versión) relata que:

> "De las **partes septentrionales** y también de **Francia y Italia** venían caminando recuas de libros de política y razón de estado, aforismos, discursos, comentarios sobre **Cornelio Tácito** y sobre las repúblicas de Platón y Aristóteles"[869].

Es entonces cuando se puede leer el apelativo "dañosa mercancía" para referirse a los libros de política a la que se ha hecho referencia en otras líneas[870]. Las pistas al respecto de esta cuestión, continúan páginas hacia adelante:

> "Aquel de las cejas caídas y nariz aquilina, con antojos de larga vista y desenfado cortesano, cuyos pasos cortos ganan más tierra que los demás, es **Cornelio Tácito**, tan estimado del emperador

[865] SAAVEDRA, 2006, pág. 214.

[866] DÍEZ DE REVENGA, 2008, pág. 52.

[867] SAAVEDRA, 2006, pp. 214-215.

[868] ANTÓN, 1993, pág. 238.

[869] SAAVEDRA, 2006, pág. 214.

[870] SAAVEDRA, 2006, pág. 214.

> Claudio, que mandó se pusiese su retrato en todas las librerías, y que diez veces al año se escribiesen sus libros. Pero no bastó esta diligencia para que no ocultase el olvido la mayor parte dellos, y que los demás estuviesen sepultados por muchos años, sin que hiciesen ruido en el mundo, hasta que **un flamenco le dio a conocer** a las naciones; que también ha menester valedores de virtud"[871].

El flamenco al que se hace mención es Justo Lipsio, pues este fue el editor de diversas obras de Tácito que influyeron sin duda en su extensión posterior[872]. El fragmento, además, refuerza la hipótesis de la existencia de tres vías de acceso del tacitismo en España (la flamenca, la francesa y la italiana) que Saavedra podía conocer bien. Por ello, este se convierte en una de las figuras más relevantes (quizá incluso la más idónea) para estudiar la recepción, asentamiento y expansión del tacitismo en España. Esto es así por el trascurso de su propia vida, que sin duda le permitió conocer de primera mano las aportaciones de los grandes pensadores de su tiempo, pero, sobre todo, le permitieron conocer cuál fue el modo en que cada una de estas corrientes se adaptaba a los distintos territorios de la Monarquía.

En referencia al tacitismo, ya se han mencionado las innumerables citas que del historiador romano se conservan en las *Empresas,* y ello a pesar de que estas sufrieron una reducción; además de la defensa de la historia como almacén de experiencias útiles para el principado, que se ve en las *Empresas* pero que también es evidente en otras obras como la *Corona Gótica;* una construcción de un método o técnica de gobernar que equiparaba la política con una ciencia y un sinfín de características de la filosofía saavedriana que beben también de esta corriente del pensamiento político[873]. Saavedra, de hecho, ha sido considerado como uno de los grandes baluartes de esta, y no sin razón, pues su príncipe político cristiano no es sino un intento de conjugar política y religión en un intento de crear al gobernante perfecto al más puro estilo de Tácito, quizá el más citado en la primera edición de sus *Empresas* y el gran inspirador de muchos de sus trabajos.

Pero no fue Tácito el único a seguir, ya que, además de él, el ejemplo de Botero también se consideró como una guía para los gobernantes y príncipes de la Europa contrarreformista. Este ha sido un punto de unión, más o menos común, entre buena parte de la literatura política del Barroco y a él hay que sumarle una serie de consideraciones

[871] SAAVEDRA, 2006, pp. 225-226

[872] TIERNO, 1948, pág. 896.

[873] CARRASCO, 2017 b, pág. 187.

presentes tanto en el murciano como en el piamontés. No son, de hecho, pocas las que se podrían mencionar, la mayoría de ellas concentradas en la que, quizá, haya sido su obra más afamada: *Della Ragion di Stato*. Aquí se encuentra una reflexión sobre qué Imperios o Estados eran los más longevos haciendo referencias a la escasa población de la Monarquía Española y la poca producción de sus campos[874].

Cuestiones estas que se podrían calificar de preocupaciones universales del pensamiento político de la época. En el caso de Saavedra, tan conectado con Italia y sus realidades, la hipótesis de una conexión con este pensador cobra más fuerza y se manifiesta, por ejemplo, en las consideraciones peyorativas sobre los libros de política, que Botero consideraba dañinos si salían de un ámbito intelectual y que no recibieron mejor trato en Saavedra Fajardo. La relación entre ambos, pues, se puede considerar como cierta en referencia en no pocos aspectos unidos a determinados temas, lo que ha obligado a hablar de estos en apartados concretos. Por citar otro aquí, se puede destacar sus consideraciones acerca de la paz y de la guerra[875].

Por todo lo dicho se puede decir que el pensamiento político de Saavedra Fajardo, aunque sin duda influido por las grandes corrientes de su contexto histórico, se estableció como original al saber adaptar los postulados de estas en nuevas y matizadas propuestas. Es por ello que se debe reflexionar sobre la presencia del maquiavelismo en Saavedra, pues parece que la influencia de Maquiavelo en su obra es más compleja, incluso más ambigua, de lo que se podría pensar en un primer momento. Así, parece que el ideario del primero apareció en el segundo como una construcción teórica no asumida explícita o directamente. Ello quiere decir que, aunque se perciben aportaciones venidas del político italiano, Saavedra pretendía distanciarse de ellas rechazando algunas, matizando otras y, en definitiva, construyendo unas propias a partir de un sustrato original, que iba más allá de la obra del florentino.

En este sentido, el peso del pensamiento clásico, una referencia para ambos, no debe dejar de observarse. Tampoco se debe olvidar a Tácito, Botero y Justo Lipsio, referentes a los que estudiaba de manera crítica y selectiva para reelaborar y adaptar sus ideas a su punto de vista. Es por esto que la obra de Saavedra Fajardo se configura como un producto original que refleja la complejidad y riqueza del contexto político de su

[874] GIL PUJOL, 2004, pág. 980.

[875] COHEN, 2022.

época, por lo que la relación entre Saavedra y estos no debe verse como un simple seguimiento o rechazo de sus ideas, sino como un diálogo crítico y enriquecedor que contribuye a una comprensión más profunda del pensamiento político que le era coetáneo.

6.2. Saavedra Fajardo y el arbitrismo

Y es que Don Diego era un lector ávido de estos y otros muchos autores. Entre los historiadores, después del romano, destacan las menciones a Juan de Mariana, pero no fueron estos los únicos en ser leídos y refutados por Saavedra. Existe un grupo de escritores del Siglo de Oro que ningún autor de propuestas políticas podía obviar: los arbitristas, para los cuales Saavedra guardaba una opinión generalizada en su época—"El ingenio suele aprobar los arbitrios y la experiencia los reprueba"[876]—. No eran (al parecer) del agrado de Saavedra y, sin embargo, en sus obras se encuentran no pocos indicios de una influencia de aquellos sobre él.

Esta no solo se manifestó en el ámbito ideológico, sino también en las principales preocupaciones que rodearon al discurso saavedriano, que también se pueden encontrar en multitud de trabajos de los arbitristas. En este sentido, la cuestión de Flandes; la expulsión de los moriscos; las consecuencias de la moneda de vellón y un sinfín de circunstancias que rodeaban la crisis hispánica fueron también recogidas por el publicista en sus distintas obras. Ello resulta importante para esta investigación, sobre todo, porque al hablar de estas cuestiones los conceptos de *cuerpo* y *enfermedad* vuelven a convertirse en articuladores de su discurso. Ello se puede observar, por ejemplo, en la empresa 28 (*Quae fuerint quae mox ventura trahantur quae sint*):

> "Vuelva, pues, los ojos V.A. a los tiempos pasados, desde el rey don **Fernando el Católico** hasta los de Filipe Segundo. Y, puestos en paralelo con los que después han corrido hasta la edad presente, considere V.A. si está agora España tan populosa, tan rica, tan abundante como entonces. Si **florecen** tanto las artes y las armas; si faltan el **comercio y la cultura**. Y si alguna destas cosas hallare menos V.A. haga **anatomía deste cuerpo**, reconozca sus **arterias** y **partes**, cuáles están **sanas**, y cuáles no, y de que **causas** provienen sus **enfermedades**. Considere bien V.A. si acaso nacen de algunas déstas, que suelen ser ordinarias. De la **extracción de tanta gente**, del descuido de la propagación, de la **multiplicidad de las religiones**, del **número grande de los días feriados**, del haber **tantas universidades** y estudios, del **descubrimiento de Indias**, de la paz no económica, de **la guerra** emprendida o con lenteza executada, de la extinción de los maestrazgos

[876] SAAVEDRA, 1999, pág. 253.

de las ordenes militares, de la cortedad de los premios, del peso de los cambios y usuras, de las extracciones de dinero, **de la desproporciona de las monedas**, o de otras semejantes causas (…)" [877].

Si se recuerda lo que ya se dijo con respecto al arbitrismo, muchas de las cuestiones que unían a los autores que se podían enmarcar dentro de esta (por denominarla de algún modo) escuela del pensamiento político estaban vinculadas a la crisis que atravesaba la Monarquía Hispánica. Su razón de ser, de hecho, era la misma decadencia. No ha de extrañar entonces que temas socorridos y repetidos por esta literatura, como ya se ha visto, giraran en torno a la despoblación; la llegada masiva (e inmediata saca) de metales preciosos a la península; la indolencia del pueblo; la afluencia de la moneda de vellón; la presencia de extranjeros o la decadencia moral. Unidas a estas preocupaciones se encontraban otras consideraciones a tener en cuenta, como la idealización de un pasado glorioso o estado florido o la utilización de la metáfora organicista y el concepto de *enfermedad* para la descripción de la Monarquía.

Cada una de estas temáticas y recursos tiene un origen complejo que es preciso escudriñar aquí. En primer lugar, ya se ha determinado que las grandes fuentes de inspiración (por señalar las más destacadas por la historiografía) se encontraban en Botero, Bodin, Lipsio y Maquiavelo. En este último, de hecho, se encuentran alusiones a ese estado florido entendido como una época de gloria pasada que situaba, para Italia, en el Imperio Romano y que muchos arbitristas situaban, para la Monarquía Hispánica, en algún punto entre el reinado de los Reyes Católicos y el de Felipe II y en donde los *espíritus vitales* de la Monarquía y su vigoroso ánimo permitieron al *cuerpo* político la consecución de grandes metas[878]. Algo similar ocurre con las referencias a la indolencia del pueblo, presentes en gran parte de arbitrios, pero también en la literatura neoestoica anterior y coetánea o las referencias a la moneda de vellón, que tampoco es exclusiva de los arbitristas (no se ha de olvidar las aportaciones de Juan de Mariana en este aspecto)[879].

Así pues, el hecho de que Saavedra reflejara las mismas inquietudes de los arbitristas no ha de llevar inmediatamente a construir una hipótesis en la que se establezca

[877] SAAVEDRA, 1999, pág. 416.

[878] GIL PUJOL, 2004, pág. 985.

[879] El jesuita fue autor del *Tratado y discurso sobre la moneda de vellón* (1609). Para más información sobre este y otros tratados al respecto de esta temática consultar: ULLASTRES, 1944, pp. 437-471; GARCÍA DEL PASO, 1999, pp. 13-44; GARCÍA, 2006, pp. 183-205.

firmemente que este se valiera de aquellos para la elaboración de sus obras. Y es que muchas de las conclusiones a las que llegó no fueron precisamente coincidentes con el arbitrismo. Esto se observa, por ejemplo, en el debate en torno a la expulsión de los moriscos, que figuras como Pedro Fernández de Navarrete o Sancho de Moncada vieron con buenos ojos, pero que Don Diego denunciaba como un error en la empresa 59[880]. Sí se puede decir que ambos, Saavedra y los arbitristas, compartían un objetivo común, que no era otro que la superación de la crisis, pero el hecho definitivo y demostrativo de una influencia del arbitrismo en sus obras está relacionado con sus labores como secretario al servicio del cardenal Gaspar de Borja que, entre otras cosas, se basaron en la lectura de infinidad de memoriales de entre los cuales debía escoger aquellos que podrían resultar de interés para su señor[881].

En este sentido, y para el caso de los arbitristas, se repite quizá la misma situación que para Lipsio o Maquiavelo: Fajardo los usó, pero no se podía permitir dejar ver que lo había hecho. Por ello, estos reciben un trato severo cuando son mencionados explícitamente, aunque ello no impide que alguna de sus ideas aparezca incluso de forma literal. Así, una de las preocupaciones comunes fueron las consecuencias del descubrimiento de América, pues consideraban la conquista del Nuevo Mundo como una de las principales causas de la despoblación que sufrían los territorios ibéricos de la Monarquía. Para Saavedra, las Indias eran un perjuicio o *daño* que se manifestaba en la despoblación, la inflación, la ociosidad, la alteración monetaria y, en fin, una crisis que, sobre todo, afectaba a Castilla—"Triunfan los demás y él padece, sin acertar a valerse de los grandes tesoros que entran en él"[882]— para la que prescribía unos *remedios* no basados en "arbitrios especulativos"[883]. Resaltaba, en primer lugar, el valor de la agricultura—"No hay mina más rica en los reinos que la agricultura"[884]— para luego recomendar una disminución del gasto superfluo y la reducción (o eliminación) de las mercedes y exenciones fiscales. Finalmente proponía Saavedra al príncipe aplicar estas acciones a su propia persona, a fin de servir de ejemplo.

[880] ROSA DE GEA, 2010, pág. 232

[881] SABATINI, 2008, pág. 58.

[882] SAAVEDRA, 1999, pág. 788.

[883] SAAVEDRA, 1999, pág. 789.

[884] SAAVEDRA, 1999, pág. 789.

De este modo, y aunque es manifiesto el deseo del autor de plantear soluciones alejadas de los arbitristas, la sinergia con estos es incuestionable. No solo hace una mención especial a Castilla, como hicieron estos autores (que incluso llegaron a entenderla como *cabeza* de la Monarquía) sino que propone soluciones similares, e incluso idénticas. De entre ellas, la elevación de la agricultura como motor económico parece especialmente relevante.

Unido a todo esto se encuentra el hecho de que la metáfora de *enfermedad* funciona como un hilo conductor de sus argumentaciones, lo que refuerza aún más la hipótesis de que el arbitrismo pudiera obrar como una de las posibles fuentes de inspiración del murciano, sin olvidar a este respecto otros referentes no menos potentes, como el de Botero. La plausibilidad de esta aseveración crece si se tiene en cuenta lo dicho con respecto a un mismo tema: las Indias, en la *Indispositione generale della monarchia de Spagna*. Es verdad que su atribución a Fajardo ha sido discutida por cuestiones ya tratadas pero la presencia en esta de un maquiavelismo incipiente, conectado muy intensamente con la ideología de Saavedra Fajardo, hace inevitable que se considere para el presente estudio.

De este modo, se la puede considerar, si en verdad es fruto de su ingenio, como una de las mayores evidencias de conexión entre el pensamiento saavedriano con el arbitrismo. Es más, ello sería posible incluso si esta no fuera obra suya, pues la repetición de tópicos y argumentos en las *Empresas* es más que evidente. De entre estos, el primero en aparecer es el pesimismo antropológico, frecuentemente repetido en sus obras y también presente en el arbitrismo. Así, Saavedra afirma aquí que los imperios "nacen, viven y mueren"[885], lo que recuerda inevitablemente a la empresa 60 (*Subir o bajar*); a la *Corona Gótica* y a la *Respuesta al manifiesto de Francia* —"los cuerpos grandes se van hundiendo más con el propio peso"[886]—.

En todas se percibía un naturalismo propio de la época, derivado del saber clásico y en el que Maquiavelo pudo ser también un impulso. Sentencia esta también aplicable al arbitrismo. Así, y como se ha visto, muchos arbitristas, en la utilización del concepto de *enfermedad*, advertían que la muerte del Estado no estaba descartada, aunque la mayoría aseguraba que se podía evitar. Siguiendo esta línea, y retomando la cuestión americana,

[885] SAAVEDRA, 2008 a, pág. 117.

[886] SAAVEDRA, 2008 a, pág. 222.

el autor aquí estudiado llega a conclusiones idénticas, denunciando además que dicha situación había dejado a Castilla "sin sustancia"[887]. En esta línea, es importante mencionar al mar como elemento de conexión y la distancia entre las distintas partes del Imperio. Consideración presente también en otros tratados de distinto calado que consideraban, como Álamos de Barrientos, que la desconexión entre las distintas partes del *cuerpo* político podía ser una de las causas de su declinación[888].

Queda por aclarar que todas estas coincidencias no implican, y esto no ha sido defendido en ningún momento, que Saavedra se pueda enmarcar en este grupo. Principalmente porque su oficio no era la redacción y presentación de arbitrios (no así su lectura). Su posición se mantuvo siempre cercana al poder al que, precisamente, los arbitristas presentaban sus memoriales. Era Saavedra un lector de arbitrios y no un escritor de estos. Es cierto que compartía con ellos preocupaciones y, en algunos casos, un estilo en el que se repetía el uso de ciertas metáforas, pero ello parece estar más relacionado con un espíritu de resignación o pesimismo generalizado en el que una gran parte de los analistas políticos veían en la decadencia una *enfermedad* que acabaría con la vida del *cuerpo* político.

[887] SAAVEDRA, 2008 a, pág. 125.

[888] ÁLAMOS, 1990, pág. 107.

13. El cuerpo de la República

Por lo dicho hasta ahora se puede establecer que Diego de Saavedra Fajardo era un hombre instruido y de amplio bagaje intelectual. Su evidente conexión con Maquiavelo, Bodin, Tácito, Mariana, Lipsio y un sinfín de pensadores de su tiempo y tiempos anteriores a él lleva a esta afirmación. En este sentido, su utilización del organicismo político bebe de las fuentes a las que se han ido haciendo mención a lo largo del análisis de su obra y vida, así como, posiblemente, las que ya se explicaron en el capítulo correspondiente a los autores médicos. Un organicismo que, por otra parte, posee características propias, algunas de ellas ya señaladas por otras investigaciones[889]. Entre estas se incluye, por ejemplo, que su empleo no responde a una formulación metafórica, sino a una creencia firme en el Estado como un *cuerpo*, un *microcosmos* e incluso una *máquina*[890]. Efectivamente, este es comparado en las *Empresas* con los engranajes de un reloj, lo que puede estar relacionado con una idea de ente móvil que contrasta con la estabilidad que sugieren las metáforas que lo relacionan con un edificio, también presente en esta obra[891]. Cuestiones todas ellas que se acercan, incluso se adelantan, a lo que diría Hobbes no mucho tiempo después[892].

Movilidad frente a estatismo, pero, sin embargo, estas parábolas guardan una conexión quizá no visible a primera vista: ambas llevan a un *cuerpo* que ha de servir de alojamiento. Ello está relacionado también con la visión que, sobre el *corazón* en concreto, se tuvo en gran parte del pensamiento barroco: este debía servir como refugio del *alma* o garante de su materialidad[893]. Función también atribuida a la *cabeza*, y más concretamente al *cerebro*, en buena parte de la tratadística médica de los siglos XVI y XVII[894]. A este respecto, la utilización del término *alma* también es llamativo en Saavedra Fajardo, sobre todo porque su utilización en la política y en la medicina se relaciona, por lo general, con la sangre y el corazón. Es por ello que, en sus tratados, y sobre todo en las

[889] Para más información consultar: AYALA, 2008, pp. 107-122; GONZÁLEZ, 2008, pp. 51-74; ROSA DE GEA, 2010; CID, 2012, pp. 239-284.

[890] FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, 2021, pág. 65.

[891] GIL PUJOL, 2016, pág. 42.

[892] ROSA DE GEA, 2010, pág. 85.

[893] RODRÍGUEZ DE LA FLOR, 2012, pág. 242.

[894] SUMILLERA, 2020, pág. 430.

Empresas, se realiza una utilización similar de los conceptos *alma*; *corazón*; *sangre* y *cabeza*, todos ellos vinculados con el príncipe. Este se convierte, de este modo, en una especie de centro de un *microcosmos* que era su propia Corte, su Estado, lo que llegó a ser visible incluso en el ceremonial y protocolo real[895]. En el caso de Saavedra, y de la tratadística política, ello puede estar relacionado con las palabras escritas por Séneca en *De Clementia* (I, 5, 1), además de otras referencias clásicas y medievales que ya se han mencionado, sin olvidar las aportaciones de San Pablo y las de los tratados de medicina que pudo leer y conocer el murciano[896].

En el caso de la medicina existía un empeño en encontrar y justificar la materialidad del alma. Ello, en cualquier caso, significa que la importancia del príncipe se mantenía en el *cuerpo* estatal. No en vano, Saavedra defendía el absolutismo monárquico, y ello significa que creía que el rey era un elemento imprescindible de ese *cuerpo* (sin olvidar el debate en torno a este aserto), por lo que una de las cuestiones que se propuso desentrañar fue, precisamente, la relación que este guardaba con el resto de *partes* o *miembros*. Esta se basaba, entre otras cosas, en una suerte de simbiosis en la que el príncipe, dependiente del resto del *cuerpo*, debía acudir a los *miembros* que lo necesitaran:

"Así como **la sangre** acude luego a remediar las partes ofendidas, así **el príncipe** ha de procurar hallarse **presente** donde tumultuare su estado"[897].

Pertenece este fragmento a la empresa 73 (*Compressa Quiescunt*). La equiparación de la *sangre* con el príncipe adelanta una de las cuestiones más señeras: la función del soberano (*corazón* y *cabeza*) como el encargado de la producción, distribución y aprovechamiento de los *espíritus vitales* y *naturales.* Pero, sobre todo, adelanta la función de este como *médico* de su Estado. Y es que el empleo del organicismo en Saavedra Fajardo está fuertemente conectado con el concepto de *enfermedad*, como tantos autores de su contexto histórico. De este modo, es posible encontrar referencias a los *cuatro humores* hipocráticos que, como tantos elementos de la medicina clásica, todavía estaban presentes en los tiempos del publicista. Esta teoría convierte al cuerpo en, usando un término actual, una suerte de ecosistema donde el equilibrio es la clave para la supervivencia.

[895] ELLIOTT, 2016, pág. 189.

[896] LÓPEZ, 2001, pág. 818.

[897] SAAVEDRA, 1999, pág. 823.

Presente también en Pedro Fernández de Navarrete, Martín González de Cellorigo y buena parte de los pensadores políticos del Barroco, su utilización pretendía equiparar el estado de la Monarquía con el de una *enfermedad* más o menos grave[898]. Su aparición en este ámbito se puede relacionar con la situación de la medicina en el siglo XVII, pues esta teoría, así como otras vinculadas con el clasicismo y el galenismo, se mantuvieron en buena parte de Europa, especialmente en los territorios de la Monarquía Hispánica por estar estos fuertemente atados al espíritu contrarreformista. Ejemplo de ello se encuentra en la obra de Luis de Mercado (1525-1611), médico de Corte de Felipe II y Felipe III, y Antonio Ponce de Santa Cruz (1561-1632)[899]. Ambos son ejemplos de un arcaísmo médico que se mantuvo en la Monarquía Hispánica, vinculado con el saber clásico, y que tuvo precedentes en autores tan remotos como Nicolás de Cusa (1401-1464), quien ya había utilizado el discurso médico para representar al soberano como *médico* de su Estado[900].

Este organicismo, por otra parte, se empleó para describir elementos distintos. Así, siguiendo quizá a Jerónimo de Merola y su *República original,* Saavedra utilizó la metáfora organicista para referirse tanto a partes de la Monarquía Hispánica desde un punto de vista político y administrativo, como desde un punto de vista social y material, es decir, desde una triple perspectiva. Ello es especialmente visible en las *Empresas*, donde una de estas aplicaciones se encuentra presente cuando se hace referencia al valido, a los consejos, a los embajadores, los confesores y todos aquellos cargos que tenían algún papel en la administración, a los que Saavedra atribuye distintas funciones orgánicas. Por su parte, la mención de la sociedad de su tiempo es la de la sociedad estamental, es decir, los diferentes estados y su papel en el mantenimiento del *cuerpo* político. A esta división tripartita podría añadirse otra, el organicismo estrictamente político presente en las menciones al papel de los reinos en el conjunto polisinodial de los Habsburgo, que se ve sobre todo en los lamentos con respecto a la excesiva carga que llevaba Castilla en el

[898] ELLIOTT, 2007, pp. 308-309.

[899] GIL, et al, 2004, pp. 287-288.

[900] Ello es perceptible en obras como obras como *De concordia catholica* (1432) o *Vita Spiritualis* (1450). Para más información consultar: FERNÁNDEZ DE LA MORA, 1981, pp. 99-184; FERNÁNDEZ DE LA MORA, 1991, pp. 7-38; VENTURELLI, 2018, pp. 1-24.

conjunto. Finalmente, la presencia de un organicismo material se percibe cuando se hace referencia, por ejemplo, a los tesoros de la Monarquía[901].

Hay que decir asimismo que es posible encontrar muestras de este organicismo en otras obras. Siguiendo con la división tripartita de la sociedad, se puede mencionar la sentencia que Saavedra esgrime en sus *Introducciones a la política*, donde habla de la ciudad como un ente dividido en "tres compañías" (entre el marido y la mujer; entre el padre y el hijo y entre el amo y el criado)[902]. Se trata de algo que lo conecta con el pensamiento clásico, en este caso con lo que Aristóteles decía en su *Política* (Libro I)[903]. La primera interesa, además, porque en ella se encuentra una defensa del poder real en la que se realiza una argumentación de base organicista:

> "Pero, como no puede esa **potestad** y gobierno estar en todos, por la confusión de los pareceres y dificultad en resolver, y porque, según el orden de la naturaleza, e**n todos los cuerpos unas partes mandan y otras obedecen**, con lo cual conservan entres sí unión y conformidad (…). De donde nace que, llevados deste conocimiento y necesidad forzosa de la conservación, muchos pusieron **la potestad** que estaba esparcida en todas sus partes, **en un solo príncipe** (…)"[904].

La mención de la potestad real puede vincularse con la teoría de los dos cuerpos del rey[905]. Esta es, por lo que se infiere de la lectura de este fragmento, otorgada por el pueblo al monarca, lo que puede ser otra seña de conexión con el pensamiento de Juan de Mariana. Llama la atención, sin embargo, la ausencia del término *cuerpo místico* en el discurso saavedriano[906], lo que no le impide verse a sí mismo como un anatomista encargado de describir el *cuerpo* de la Monarquía. Para él, como se ha mencionado, hacer anatomía es desentrañar y describir cada una de las *partes*, así como las dolencias que puedan afectar a cada una de ellas por separado o en su conjunto[907].

Esto le une con un buen elenco de autores de su época, muchos de ellos arbitristas, para los cuales la historia era, como la anatomía para la medicina, la acumulación de experiencias necesarias para que el político-médico ejecutara correctamente su labor, que

---

[901] ROSA DE GEA, 2010, pág. 86.

[902] SAAVEDRA, 2008 a, pp. 159-170.

[903] ARISTÓTELES, 1988, pp. 45-87.

[904] SAAVEDRA, 2008 a, pág. 171.

[905] KANTOROWICZ, 2012.

[906] MARAVALL, 1997, pág. 115.

[907] LISÓN, 1998, pág. 395.

no era otra que la sanación de un *cuerpo* enfermo[908]. Es este punto especialmente interesante en la obra de Saavedra, sobre todo (pero no únicamente) en sus *Empresas*. Aquí se observa un uso frecuente del concepto de *enfermedad*, que distingue entre las dolencias que afectaban al *cuerpo* del Estado y la que podían hacerlo al del príncipe. Estas últimas, conforme a las tesis galénicas, se denominan *enfermedades del ánimo* y podían afectar gravemente al conjunto del Estado.

Se percibe, entonces, que el ideario que Saavedra expresó en sus obras está fuertemente conectado con las bases del pensamiento político y también con las del médico. Su sapiencia en asuntos de gobierno, pues, era excelsa, pero a esta conviene ahora unir su supuesto dominio de conocimientos médicos y anatómicos. Para sustentar esta necesidad basta con insistir en la conexión que existía, para el pensamiento barroco, entre los dos ámbitos. Se trataba de dos ciencias unidas por compartir métodos y fines. Por ello, no ha de extrañar que en el empeño de demostrar que la política podía vincularse a la medicina, muchos autores se valieran de la lectura de tratados de anatomía y como esta había comenzado una transformación que, desde la centuria anterior, le acercaba cada vez más a la realidad corpórea del ser humano es plausible pensar que en el uso del organicismo el peso de estas innovaciones se hiciera notar en mayor o menor medida.

Así, y como se haría en un tratado de anatomía, lo que se pretende en este capítulo es el análisis y descripción de cada uno de los *órganos* que componían el *cuerpo* de la Monarquía según Saavedra Fajardo, mencionando también las *enfermedades* que este padecía y las soluciones que él proponía. Para ello, se volverá a cuestiones como el concepto de *prevención*, el pesimismo antropológico, las mencionadas *enfermedades del ánimo* o sus consideraciones acerca del lugar que ocupaban ciertos reinos en el conjunto de la Monarquía Hispánica. Cuestiones, todas ellas, vinculadas a idearios concretos. Para este pensador, como ya se ha dicho, hacer *anatomía* era someter a examen minucioso determinadas realidades políticas. Aquello que realizó, precisamente, en la que se ha considerado como su obra magna, las *Empresas*, donde se pueden encontrar no pocas muestras de un organicismo bastante desarrollado, cuya utilidad encuentra, como otros lo habían hecho antes que él, en la defensa de una sociedad jerarquizada y eficiente[909]. Esto se ve, por ejemplo, en la ya aludida empresa 61:

[908] FERNÁNDEZ-SANTAMARÍA, 1986, pág. 130.

[909] CARRASCO, 2017 a, pág. 19.

"Esté, pues, advertido, el príncipe en que el reino es **una unión** de muchas ciudades y pueblos, un **consentimiento común** en el Imperio de uno y en la obediencia de los demás, a que obligó la ambición y la fuerza. La c**oncordia** le formó, y la concordia le sustenta. La **justicia** y la **clemencia** constituyen **su vida**. Es un cuidado de la **salud** ajena. Consiste su **espíritu** en la **unidad de la religión**. De las mismas **partes** que consta pende su **conservación**, su **aumento** y su **ruina**. No puede sufrir la compañía. Vive expuesto a los peligros. En él, más que en otra cosa, exercita la fortuna sus **inconstancias**. Está sujeto a la **emulación y la invidia**. Más peligra en la prosperidad que en la adversidad, porque con aquella se asegura, con la seguridad se ensorberbece y con la soberbia se pierde. O por nuevo se descompone, o por antiguo se deshace. No es menor su peligro en la continua paz que en la guerra. Por sí mismo **se cae**, cuando ajenas armas no le exercitan. Y en empezando a **caer,** no se detiene. Entre su mayor altura y su precipicio no se interpone tiempo. Los celos le defienden, y los celos le suelen ofender. Si es muy pequeño, no se puede defender. Si muy grande, no se sabe gobernar. Más obedece al arte que a la fuerza. Ama las novedades, y está en ellas su perdición. La virtud es su **salud**. El vicio su **enfermedad**. **El trabajo le levanta y el ocio le derriba.** Con las fortalezas y confederaciones se afirma y con las **leyes** se mantiene"[910].

A todo esto, Saavedra añade algo que se debe resaltar sobre el resto:

"El magistrado es su **corazón,** los Consejos **sus ojos**, las armas sus **brazos** y las riquezas sus **pies**"[911].

Se entrevé en el primer fragmento una suerte de resumen de alguna de las cuestiones que, según se ha referido, unieron a Saavedra Fajardo con Lipsio, Maquiavelo, Aristóteles y otros pensadores, además de una síntesis de sus ideas en cuanto a la virtud y la prudencia. Destaca especialmente su visión de la *enfermedad* y, ya en el segundo fragmento, su concreción a la hora de aplicar la metáfora organicista. Asigna de este modo una función específica a cada parte u organismo estatal y realiza una equiparación con la del cuerpo humano. Concretamente, afirma que el magistrado es el *corazón* del reino, algo que lleva a una reflexión de capital importancia, vinculada a cuál era el valor de esta entraña para el diplomático murciano y si este seguía las bases del organicismo tradicional.

En esta línea, en cuanto a la formulación de los *pies* como riquezas, entendidos quizá como los recursos económicos del reino, puede llamar la atención si se recuerda que esta parte del cuerpo fue frecuentemente descrita como una parte ínfima por ser la que más alejada estaba de la cabeza que, en este sentido, era considerada la parte más noble[912]. En

[910] SAAVEDRA, 1999, pág. 719

[911] SAAVEDRA, 1999, pág. 719

[912] DE LA PEÑA, 2018, pág. 30.

realidad, la forma en la que estos eran entendidos como concepto no siempre estuvo vinculada, como se irá viendo, con una parte de menor importancia, en sus funciones, con respecto al resto de la estructura del cuerpo humano, sino que, merced a ellas, iban a estar frecuentemente emparentados con los miembros del tercer estado. Quizá por ello estos últimos también adopten las funciones de órganos de importancia fundamental en el organismo (desde el punto de vista del galenismo tradicional) aunque es más frecuente encontrar que estas son ocupadas por la *cabeza*, el *corazón* y otras partes.

7.1.La cabeza y el corazón

En este sentido, hay que hablar de dos realidades diferentes que no se excluyen entre sí, es decir, que el supuesto acercamiento que se había realizado, por parte de los tratadistas políticos, a las innovaciones médico-anatómicas de su momento histórico no implicó que las líneas tradicionales del organicismo desaparecieran. Así, en las obras del publicista se perciben elementos de esta metáfora con orígenes anteriores a la Edad Moderna, extraídas especialmente de *Las Partidas.* Son estas citadas en más de una ocasión para justificar la comparación del rey con la *cabeza* y el *corazón*, por lo que este seguía siendo el *órgano* más importante, incluso imprescindible, para el mantenimiento de la vida del *cuerpo* político.

Cuantitativamente esta y otras equiparaciones tienen un mayor peso en las *Empresas,* aunque no es exclusiva de estas, pues también aparece en la *Corona Gótica* —"no se ha de vengar la república las ofensas que se hacen al príncipe como particular, sino solamente las que recibe como cabeza della"[913]— o en la *República Literaria* —"si pueden sello los que comete la cabeza de la República, cuyas acciones imita ciegamente el pueblo"[914]—. En la primera la mención de la *cabeza* del Estado es colocada en los labios de Flavio Recesvinto, quien le da un sentido relacionado con la *salud* y la *enfermedad* —"la salud de la cabeza es el fundamento de la del cuerpo"[915]—. En lo que a las *Empresas* se refiere, su aparición persigue el fin concreto de defender la idea de que el rey, como *cabeza* de su Estado, ostentara el poder absoluto o cuasi absoluto. Es significativo, sin embargo, que

[913] SAAVEDRA, 2008 b, pág. 239.

[914] SAAVEDRA, 2006, pág. 227.

[915] SAAVEDRA, 2008 b, pág. 454.

en cierto momento la aparición de esta indique ciertas sinergias con los tratados de anatomía:

> "Y así, convendría que el príncipe tuviese las orejas vecinas a la mente y a la razón, como la que tiene la lechuza (quizás también dedicada por esto a Minerva), que le nace de la **primera parte de la cabeza**, donde está la **celda de los sentidos** (…)"[916].

Pertenece este fragmento a la empresa 46, donde el autor realiza una reflexión en torno a la opinión y las falsas apariencias en un contexto en el que el príncipe debía dominar las artes de la razón de Estado. Aquí, la consideración de la cabeza como "celda de los sentidos" podría ser un indicio de seguimiento de la doctrina hipocrática, que consideraba al cerebro como centro sensorial y del intelecto[917]. Por otro lado, la mención de la "primera parte de la cabeza" puede suponer una conexión con lo dicho en algunos tratados de anatomía, ya que para la tratadística médica medieval y moderna el cerebro estaba dividido en ventrículos con funciones distintas.

Esta diferenciación funcional ha sido vinculada con el galenismo, aunque parece que fue en el Medioevo cuando las cuestiones en torno a las partes y funciones del cerebro alcanzaron una verdadera definición. De este modo, un autor como Nemesio de Emesa (350-420) ubicaba la capacidad imaginativa del cerebro en los dos ventrículos frontales; la razón en el central y la memoria en el anterior. Otro referente del pensamiento medieval, San Agustín de Hipona (354-430), creía que los sentidos se encontraban en el ventrículo central, mientras que la memoria y los movimientos lo situaba en el anterior y posterior[918].

---

[916] SAAVEDRA, 1999, pág. 552.

[917] El debate en torno a cuál era el centro del cuerpo humano había sido notorio entre los médicos de la Antigüedad. De este modo, a las propuestas hipocráticas del cerebro como centro psíquico y vascular del cuerpo se le oponían otras que, como la propuesta por Empédocles y Filistión de Crotona, consideraban que este centro se encontraba en el corazón y en la sangre que este producía. El propio Aristóteles en su *Partes de los Animales* aseguraba, siguiendo esta teoría, que el principio de la inteligencia humana se encontraba en el ventrículo izquierdo del corazón. Para estos dos opuestos hubo, por último, intentos de reconciliación que derivaron en una teoría que situaba en el cerebro el principio sensitivo-intelectual del cuerpo, mientras que era el corazón el encargado de hacer posible un calor primigenio que garantizará este funcionamiento. Para más información consultar: JIMÉNEZ & ALONSO, 2008, *Introducción.*

[918] BARTRA, 2021, pág. 68.

El cerebro, en cualquier caso, no era entendido por los médicos como la cabeza como un todo, sino como una parte de ella (a su vez subdividida en ventrículos). De este modo, la mayor parte de los consultados dividieron, aunque de diferente manera, a la cabeza en diversas partes, cada una de las cuales tenía a su cargo una función determinada. Especialmente significativa resulta la segmentación realizada por Antonio Pérez en su *Summa.* En esta obra el cirujano distinguía diez partes en la cabeza: cinco contenientes y cinco contenidas, que a su vez albergaban otras partes. Entre las primeras se encontraba el cuero, la carne mucosa, el pericráneo, el cráneo y aquellas encargadas de sustentar elementos como los huesos de las orejas o el lugar de los ojos[919]. Hacía mención, también, al cerebro y sus ventrículos sin aportar más detalles[920].

El autor se basaba en lo defendido por Galeno en los libros VIII y XI de *Del uso de las partes*, donde se consideraba la cabeza como el lugar donde se albergaban los órganos sensoriales (ojos, orejas, nariz y lengua) que tenían su principio en el cerebro[921]. Algo similar a lo defendido por anatomistas como Juan Valverde de Amusco, que brindaba una compleja definición del cerebro al que dividía en tres "ventrezillos", mencionando también lo que "algunos llaman quarto ventrezillo" [922]. La función de estos, según este anatomista, era "engendrar los espiritus del sentido"[923] aunque este no se arriesgaba en determinar cuál de ellos tenía un peso mayor en esta labor.

Para la anatomía y médicos, el cerebro, como parte de la cabeza, era considerado la sede de los sentidos. En las palabras de Saavedra Fajardo, parece que cuando se refiere a la *cabeza*, en realidad está hablando del *cerebro*. Esto sugiere que, en su obra, el soberano (ya sea el príncipe o el rey) desempeña el papel del *cerebro*, y no el de la *cabeza* en su totalidad. Eso se puede extraer de la defensa galénica del cerebro como centro de la sensibilidad, siendo base de órganos como los ojos, que están estrechamente relacionados con la percepción sensorial y que, en las *Empresas,* asumen la forma de los consejos. Esto recuerda inevitablemente a lo dicho por Cristóbal Pérez de Herrera en el *Memorial*, donde

[919] PÉREZ, 1568, pág. 08.

[920] PÉREZ. 1568, pág. 17.

[921] GALENO, 2010, Libros VIII y XI.

[922] VALVERDE, 1556, pág. 79.

[923] VALVERDE, 1556, pág. 80.

entendía la *cabeza* del *cuerpo* político como el conjunto formado por el rey, los consejeros y los ministros[924].

La importancia del *cerebro* en la obra de Saavedra reside en su papel como garante de los sentidos, siendo quien los recibe y les da utilidad. Es importante señalar que, según la doctrina médica medieval y moderna, el cerebro realizaba esta labor mediante un proceso de cocción en el interior del cuerpo, que proporcionaba la energía necesaria para su funcionamiento, teniendo como ingrediente principal a los espíritus vitales que se transformarían en espíritus animales[925].

7.1.1. Los espíritus vitales, naturales y animales

La función de estos espíritus sería la de combustible o fuente de energía, tal y como sostenía Andrés Velásquez[926] en su *Libro de la melancolía* (Sevilla, 1585)[927]. En consonancia con esto, en la doctrina galénica se describen tres tipos de espíritus: los naturales, los vitales y los animales. Cada uno de estos desempeñaba un rol esencial en el funcionamiento del cuerpo humano, poseyendo un origen específico asociado a distintos procesos de formación. En primer lugar, los espíritus naturales tenían su origen en el hígado. Estos se generarían a partir del quilo, que se formaba en el sistema digestivo tras la ingesta y procesamiento de los alimentos en el estómago. Esta sustancia se transportaba al hígado a través de la vena porta, donde era transformado en sangre, que contenía también a los espíritus naturales. Entonces, la función de estos últimos estaba vinculada con la nutrición y el sustento de todas las partes del organismo, ya que eran distribuidos por todo él a través de las venas para abastecerlo con la energía vital necesaria para su funcionamiento básico.

De estos se derivaban los espíritus vitales, que tenían su origen en el corazón, lugar donde la sangre entraba en contacto con el aire inspirado por los pulmones dando lugar a los espíritus vitales que, a través de su distribución mediante las arterias, eran los encargados de regular la temperatura del cuerpo. Finalmente, los espíritus animales tenían

[924] PÉREZ DE HERRERA, 1610, pág.05.

[925] BARTRA, 1999, pág. 06.

[926] BARTRA, 2021, pág. 69.

[927] El nombre completo de esta obra fue *Libro de la melancholia, en el qual se trata de la naturaleza desta enfermedad, assi llamada Melancholia, y de sus causas y simptomas, y si el rustico puede hablar latín, ó philosophar, estando phrentico o maniaco sin primero lo auer aprendido.*

su origen en el cerebro y eran los garantes, como se ha visto, de los procesos sensoriales y cognitivos, pero también del movimiento del cuerpo. Refinados a partir de los espíritus vitales, eran esenciales para la toma de decisiones y algo propio del ser humano. Estos también se distribuían por todo el cuerpo, en este caso a través de los nervios[928]. Cada uno de estos estaba asociado a los distintos órganos considerados esenciales por el galenismo.

En lo que se refiere a su equiparación metafórica en las obras saavedrianas, ya se ha dicho que el *cerebro* podía ser el soberano. En cuanto al *corazón*, es necesario aclarar que, en Saavedra Fajardo, no solo el rey y el magistrado adoptaron este papel para el Estado. De hecho, Castilla, como un reino dentro de una monarquía polisinodial, también recibió este apelativo. Así se ve en la empresa 91 (*No se suelda*):

> "Este consejo nos puede enseñar a considerar bien lo que se gasta con diversos príncipes extranjeros, **enflaqueciendo a Castilla**, la cual siendo **corazón de la monarquía**, convendría tuviese **mucha sangre** para acudir con **espíritus vitales** a las **demás partes del cuerpo**, como lo enseña la Naturaleza, maestra de la política, teniendo más bien presidiadas las **partes interiores que sustentan la vida**" [929].

Esta es otra de las cuestiones que unen a Fajardo con Maquiavelo. Y es que, como se ha visto, emplea aquí los mismos argumentos que el florentino utilizó en sus *Discursos* (Libro II, 30) [930]. Como nota distintiva entre ambos está la inclusión en la obra del primero del término "espíritus vitales", lo que podría denotar un mayor conocimiento de medicina. En este sentido, y como se ve en el fragmento, Saavedra está describiendo una de las funciones que en la tratadística médica se atribuían al corazón: la producción de espíritus vitales. Además, también parece estar haciendo alusión a un estado enfermizo que vincula con una política demasiado empecinada en evitar la guerra.

De este modo, describe situaciones como el excesivo gasto en la defensa de los territorios periféricos o el soborno de potencias extranjeras para evitar sus ataques. También se acercan estas consideraciones, más allá de Maquiavelo, a lo que decían varios autores de distinto calado. Por ejemplo, si se vuelve a lo dicho acerca de la guerra por Álamos de Barrientos, se recordará que la producción de la *sangre* del *cuerpo* de la Monarquía Hispánica correspondía a los territorios americanos. Esta era equiparada por

[928] BORGES, GARCÍA & LEÓN, 1999, pág. 72.

[929] SAAVEDRA, 1999, pág. 958

[930] MAQUIAVELO, 2022, pág. 331.

él mismo con el dinero, que a razón del autor se gastaba en exceso en las guerras que la Monarquía mantenía en Europa y que provocaban que la *cabeza* del *cuerpo*, es decir, Castilla, quedara enflaquecida produciendo una *enfermedad* que debilitaba a todos sus *miembros*.

Una valoración que también se encuentra en Saavedra, aunque no del mismo modo, ya que para él era Castilla (el *corazón*) la encargada de distribuir (incluso producir) los *espíritus vitales* por el resto del *cuerpo*, de ahí su insistencia en que esta se mantuviese sana. Esta consideración, en cualquier caso, está también en sintonía con una de las grandes denuncias del arbitrismo, esta es, el exceso peso de esta (militar, económico, poblacional, etc.) en el sostenimiento de los reinos que formaban un *cuerpo* polisinodial.

Por último, la mención de *partes interiores*, presente también en el discurso del florentino, puede hacer pensar en que estos fragmentos se vieron influidos de algún modo por la medicina. Y es que, por ejemplo, se pueden encontrar semejanzas con los escritos del cirujano Antonio Pérez (entre otros) que en su *Summa* distinguía entre las partes simples, compuestas, interiores y exteriores del cuerpo humano[931]. Las partes interiores no solo están presentes en la obra del cirujano[932], sino que Galeno ya incluía al corazón, el hígado y el cerebro como las partes interiores sostenedoras de la vida, en tanto en cuanto en ellas se producían los distintos espíritus[933].

Se puede decir, entonces, que las *Empresas* estaban conectadas con el saber médico en mayor o menor grado. La alusión a los órganos internos del cuerpo humano y la equiparación de las enfermedades de este con una situación que atravesaba la Monarquía así parece constatarlo. Podría pensarse, en cambio, que la sinergia observada entre la obra de Fajardo y la de la cirugía no se debe a que este poseyera conocimientos médicos, sino simplemente a que tomó prestada esta metáfora de los *Discursos* de Maquiavelo (entre otros autores). Esto podría decir que tal sinergia no existiría.

No obstante, la presencia de los *espíritus vitales* en el discurso de Don Diego denota que el uso de la misma se había vuelto, quizá, más compleja. Esta situación también se aprecia en la empresa 44 (*Nec a quo necad quem*), donde el autor sostiene que "con estar tan retirado el corazón, se conocen sus achaques y enfermedades por solo el movimiento

[931] PÉREZ, 1568, pág. 10

[932] PÉREZ, 1568, pág. 08

[933] LÓPEZ, 2010, *Introducción*.

que participa a las arterias"[934]. Pero quizá en la empresa 69 (*Ferro et auro*) es donde la mención, no al corazón, sino a los espíritus vitales, alcanza una mayor concreción que ha de ser resaltada:

> "Los **brazos de las repúblicas son las armas**. **Su sangre y espíritus, los tesoros**. Y si éstos no dan **fuerza** a aquéllos, y con aquéllos no se **mantienen** éstos, caen luego **desmayadas** las repúblicas y quedan expuestas a la violencia"[935].

La referencia a "sangre y espíritus" como fuente de la fortaleza del *cuerpo*, y su equiparación con los tesoros está hablando de un saber médico cercano al galenismo tradicional, pero también podría significar una conexión con Vesalio. En este sentido, hay que recordar que médicos anatomistas seguidores de este, como Juan Valverde de Amusco, describían los espíritus vitales como aquellos que, provenientes del corazón, daban fuerza al cuerpo y permitían su movimiento:

> "El oficio destos ventrezillos es, del derecho disponer **la sangre** a que della se puedan engendrar los **espíritus dela vida** (como haze el estomago la comida) y del yzquierdo recebir esta sangre ya dispuesta, y conuertir parte della en los **espíritus que dan la vida**, y embiar lo demas por las arterias juntamente con estos **espíritus que dan la vida**, y embiar lo demas por las arterias juntamente con estos espíritus, como en su lugar diremos" [936].

Vesalio, por su parte, se refiere a un "aliento vital" que, al mezclarse con "sangre fina y muy caliente", contribuye al mantenimiento y funcionamiento del cuerpo[937]. Según su interpretación, la presencia de este aliento en el cuerpo humano se explica a través del sistema respiratorio, que él considera esencial para regular la temperatura del corazón—"ya que también éste necesita el aire y su intenso calor precisa enfriarse"[938]—, aunque comete errores en su descripción, como afirmar que la respiración es un acto voluntario. Según Vesalio, este aliento proviene del aire inspirado por los pulmones, llega al corazón, se mezcla con la sangre y luego es distribuido a través de la "arteria grande"[939]. Esta repartición cumple también una función termorreguladora, restaurando "el calor innato

[934] SAAVEDRA, 1999, pág. 535

[935] SAAVEDRA, 1999, pág. 782.

[936] VALVERDE, 1556, pág. 76.

[937] VESALIO, 1997, pág. 413

[938] VESALIO, 1997, pág. 194.

[939] Término con el que quizá se refiera a la arteria pulmonar.

de cada miembro"[940]. Es decir, que el aliento vital, procesado por el corazón, serviría para el mantenimiento de todo el cuerpo.

Por consiguiente, se puede decir que el belga desarrolla una teoría cercana a lo que ya había dicho Galeno que, como se ha explicado, también hablaba de los espíritus animales. De estos ya se ha dicho que se derivaban de los vitales, pero es preciso aclarar que en su creación era fundamental la participación de un elemento exterior, ese *pneuma* o aliento vital. Siglos después, en la Edad Media, el franciscano Bartholomaeus Anglicus (1203-1272) añadió matices a esta teoría[941]. De este modo, defendió que el espíritu vital tenía su origen en el hígado. La elección de este órgano no era baladí, pues Galeno ya lo había descrito como el centro del sistema circulatorio[942]. También destacó, ya en la Edad Moderna, el *Examen de ingenios para las ciencias* (Baeza,1575) de Juan Huarte de San Juan en donde, siguiendo las bases de la teoría de los humores, hablaba del temperamento perfecto para los hombres de ciencias. En este sentido, la calidad de los espíritus vitales era de gran importancia, pues estos eran considerados como aquellos encargados de, una vez producida su transformación en espíritus animales, garantizar el movimiento y los sentidos. El cerebro, órgano vinculado al intelecto y lugar donde se producía tal metamorfosis, no podía, sin embargo, actuar solo, sino que debía colaborar con el corazón, donde se cobijaban primeramente los espíritus vitales[943].

Esta teoría, que no es igual según el médico que la desarrolla, coincidía en diferenciar los espíritus vitales de los naturales y los animales y en denominar a estos últimos como la causa del movimiento y sensorialidad del cuerpo. Se trataba así de buscar la materialidad del alma, algo en lo que no estaban de acuerdo todos los médicos[944]. Su origen, como sucedía con la metáfora organicista, se puede encontrar en fuentes como *La*

[940] VESALIO, 1997, pág. 413.

[941] La obra en donde se contienen estas aportaciones es el *Proprietatibus rerum.* Impresa tiempo después de la muerte de su autor (Toulouse, 1494) y traducida al castellano por Vicente de Burgos en el mismo año, se trata de un compendio del saber humano hasta ese momento, que incluye también cuestiones referentes a la anatomía y el funcionamiento del cuerpo humano. Para más información consultar: KÖHLER, 2012, pp. 581-588; MARTÍN & SÁNCHEZ, 2014, pp. 133-145; GÓMEZ, 2016.

[942] ÁLVAREZ, 2012, pág. 789.

[943] BORGES, GARCÍA & LEÓN, 1999, pág. 87.

[944] BARONA, 1993, pág. 165; VERDÚ, 2004, pág. 271.

Biblia y también en el pensamiento clásico[945]. En la primera se hace referencia al "aliento de vida" que en los tratados de medicina se equiparará posteriormente con la sangre y el alma[946]; mientras que a estos segundos se les puede considerar como verdaderos acuñadores del término *pneuma*[947]. Estos fueron seguidos a su vez por los médicos de la cultura árabe que tradujeron las grandes obras de la medicina clásica. De este modo, el equivalente árabe al *pneuma g*riego era el *ruh* que, venido del exterior a través de la respiración, también era identificado con el alma[948]. Todo esto se mantenía en gran parte de los tratados de anatomía de los siglos XVI y XVII. Sirva de muestra el *Libro de anatomía del hombre* de Bernardino Montaña de Monserrate:

> "En el **celebro** se engendra el **espíritu animal**: el qual es principio necesario para el **sentimiento**, y el **moumiento**: en el **coraçon** se engendra el **espíritu vital**, el qual es principio nescessario para las obras de la vida, **en el hígado** se engendra **la sangre**, y según algunos el **espíritu natural**: los quales son principios nescessarios para el mantenimiento de **los miembros**"[949].

Según este médico, era el espíritu natural el encargado de mantener a los miembros, lo que se puede percibir también en el fragmento seleccionado de las *Empresas.* Se aprecia, en cualquier caso, como la teoría galénica de los espíritus se mantiene prácticamente intacta en el tratado del médico barcelonés. El concepto aparece, además, en algunas obras de calado político que ya han sido analizadas, como la *Restauración* de Sancho de Moncada, donde se les atribuye la misma función que en la medicina, o la *República original* de Jerónimo de Merola, donde la *sangre* y los *espíritus naturales* del *cuerpo* político son llamados "bienes de fortuna". Estos se componen de la alimentación que nutre a los ciudadanos y que, por lo tanto, permite su movilidad y circulación. En este sentido, cree el autor que el órgano que les corresponde (en comparación con el ser humano) sería el hígado, siguiendo las tesis galénicas.

Por lo leído hasta aquí, se puede deducir que estos espíritus garantizan el sustento del cuerpo. Esto es precisamente lo que defiende Saavedra Fajardo en sus escritos. De este modo, y en referencia al *aliento vital*, se puede inferir que el príncipe es el encargado de

---

[945] De este modo, el libro del Génesis dice "Entonces Yahveh Dios formó al hombre con polvo del suelo, e insufló en sus narices aliento de vida, y resultó el hombre un ser viviente" (Genesis 7, 2).

[946] RODRÍGUEZ DE LA FLOR, 2012, pág. 227.

[947] SOL, 2021, pág. 54.

[948] ÁLVAREZ, 2006, pág. 24.

[949] MONTAÑA, 1551, pág. 06.

dar aliento a las leyes (penales y distributivas), es decir, que él (como *corazón* y *alma* de su Estado) es el encargado de distribuirlo (Empresa 21)[950].

Los *espíritus vitales*, por su parte, tenían que ser producidos en algún lugar (*órgano*) específico para ser repartidos por el resto de *miembros*. Cuál es este *órgano* en la descripción corpórea saavedriana es una de las cuestiones por resolver. De este modo, y siguiendo lo dicho por Álamos de Barrientos, un posible origen era América, dado que de aquí provenían parte de los ingresos de la Monarquía, y dado que los *espíritus* de esta eran los tesoros según Saavedra. Pero en otros puntos de las *Empresas* parece que se establece esta equiparación, no con los tesoros, sino con la población. Es el caso de la empresa 66:

> "**La Corte** es causa principal de la **despoblación**, porque como **el hígado ardiente** trae a sí el **calor natural** y deja **flacas** y **sin espíritu** las demás partes, así la pompa de las Cortes, sus comodidades, sus delicias, la ganancia de las artes, la ocasión de los premios tira a sí la gente, principalmente a los oficiales y artistas, juzgando que es más **ociosa** vida la de servir que de trabajar"[951].

Más allá de la vinculación temática de este fragmento con el arbitrismo brindada por sus consideraciones acerca de la Corte, hay que destacar dos elementos importantes: en primer lugar, la equiparación de la despoblación que sufría Castilla con una *enfermedad* y, en segundo la identificación de la población, es decir, los habitantes de un territorio, con los *espíritus naturales*. Se entiende de este modo que la falta de estos últimos era la causa de la afección.

En este sentido, para la medicina hipocrática y galénica, el origen de las enfermedades estaba en un desequilibrio humoral, el cual podía estar causado tanto por agentes internos como externos y manifestarse de distinta forma [952]. A este respecto, muchos de los libros de medicina del siglo XVI coincidían en que un aviso de estas era, precisamente, el excesivo calor de los órganos principales del cuerpo (es decir, el cerebro, el hígado y el corazón). Afirmaciones así se encuentran, por ejemplo, en el *Libro de enfermedades contagiosas y la preservación de ellas* (Sevilla, 1559) de Francisco Franco (1515-1569)[953]. El final de esta situación, decían también estos tratados, podía ser la

[950] SAAVEDRA, 1999, pág. 358.

[951] SAAVEDRA, 1999, pág. 761

[952] GARCÍA,1972, pág. 38.

[953] FRANCO, 1559.

muerte y la cura más habitual solían ser las sangrías, es decir, la eliminación del exceso o la aplicación de la terapia de los contrarios[954].

Siguiendo esta línea, Saavedra habla aquí de un *hígado ardiente* que retiene los *espíritus naturales* del *cuerpo*, lo que puede ser una seña de que el diplomático murciano tuviera conocimientos de anatomía galénica. Se trata de una alteración humoral equivalente a una *enfermedad* política que atravesaba la Monarquía: la despoblación causada por una Corte hipertrofiada. Parece ser, pues, que en este fragmento la población es interpretada como los *espíritus naturales* del *cuerpo*, quizá de su *sangre*, y que la atracción de esta a un punto en concreto es tenida por el murciano como una situación enfermiza.

No es el único momento en que Saavedra recurre a una alegoría tan específica, pues la cuestión de la Corte y los daños de su hipertrofia son temas reiterados en las *Empresas*. Así pues, antes de resolver las cuestiones vinculadas a este asunto se deben zanjar otras. En primer lugar, hay que dilucidar cuáles eran los *órganos* del *cuerpo* político de la Monarquía Hispánica donde se producían los distintos espíritus de los que se ha venido hablando. De este modo, y, en primer lugar, América funcionaba como un lugar productor de *espíritus vitales* si estos se equiparaban con el dinero, pero, si estos se equiparaban con la población parece más factible que el gran productor en ese sentido fuera el reino de Castilla. En otras empresas, como en la 23, Saavedra convierte al rey en el engendrador de los *espíritus vitales*, vinculando sus funciones con el *corazón*. Concepto que también aparece en su *Corona Gótica*, donde coloca en los labios de Eurigio, hombre de confianza de Wamba, la siguiente reflexión:

> "La suprema **salud** de la república es la conservación del **príncipe**, de quien, como del **corazón** nacen los **espíritus vitales**; y así, quien le expone a los peligros lo aventura todo"[955].

Lo que se deduce de todo esto es que, para Saavedra, Castilla y su rey eran el *corazón* y *cabeza d*e la Monarquía Hispánica, pensamiento que como se sabe no era exclusivo de este autor. Parece plausible, entonces, afirmar que no era América la encargada de engendrar los *espíritus vitales* relacionados con los tesoros, sino el propio rey; mientras que Castilla hacía lo propio si se trataba de la población. Dos elementos, tesoros y

[954] GÓNGORA, 2005, pág. 282.

[955] SAAVEDRA, 2008 b, pág. 475.

población, que circulaban y se equiparaban con la *sangre*, la cual daba vida al *cuerpo*, por lo que no ha de extrañar que su pérdida sea descrita como una *enfermedad*:

> "Si es interior **la guerra**, es **fiebre ardiente que abrasa el Estado**. Si es exterior, le abre las **venas**, por donde se vierte **la sangre de las riquezas y se exhalan las fuerzas y los espíritus**"[956].

Pertenece este fragmento a la empresa 74 (*In fulcrum pacis*) que constituye un alegato pacifista que se une a los que ya se habían hecho referencia (empresas 87 y 88) y que contrasta con lo dicho en la empresa 82 (*Decus in armis)*:

> "Son las armas los **espíritus vitales** que mantienen el **cuerpo de la república**, los fiadores de su sosiego. En ellos consiste la conservación y aumento, si están bien instruidas y disciplinadas"[957].

En cualquier caso, la equiparación de cada uno de los *espíritus* se hace en Saavedra Fajardo de un modo aparentemente aleatorio, ya que, por ejemplo, unas veces parece hablar de la población en equivalencia a los *espíritus naturales* y otras parece que esta se asemeja más a los *vitales*. Esto también tiene que ver con los tres órganos rectores del cuerpo humano según la doctrina galénica (el cerebro, el corazón y el hígado) que, de hecho, aparecen mencionados junto a los espíritus. De este modo, tanto la población como el dinero se asimilan con los *espíritus naturales* o *vitales*, producidos en el *hígado* y el *corazón* respectivamente, de lo que se infiere que los encargados de producirlos pueden ser el rey como figura de autoridad o Castilla como entidad política preeminente en la Monarquía Hispánica.

Esto es así si se hace referencia a los *espíritus vitales* que, como se sabe, tienen su asiento en el *corazón,* pero si se hace referencia a los *espíritus animales*, por ejemplo, hay que hablar de estos como *cabeza*. Este último término no aparece en las *Empresas* como tal, como tampoco aparece el de *espíritu natural.* No obstante, si se infiere de las funciones que se adjudican al rey en, por ejemplo, la impartición de justicia, ciertas semejanzas con el organicismo. En cualquier caso, en sus equiparaciones el diplomático pareció centrarse en las funciones de los *espíritus vitales* y en qué pasaría si estos no estuvieran presentes en el *cuerpo.* Asociados, como se sabe, con la sangre, estos podían faltar si se producía, como se ha visto en los fragmentos citados, un desangramiento que, en general, se relacionaba con la guerra.

---

[956] SAAVEDRA, 1999, pág. 832.

[957] SAAVEDRA, 1999, pág. 899.

7.1.2. Las enfermedades del corazón

Y es que la guerra, y las reflexiones en torno a esta, son una de las cuestiones de mayor peso en las *Empresas.* Esta, como se verá, es muchas veces valorada como uno de los orígenes de las *enfermedades* del *cuerpo* político y sus distintas *partes*. Pero no era el único detonante que se tenía en cuenta. En lo que se refiere a las *enfermedades* del *corazón,* convivía con otros muchos, algunos de los cuales se veían a primera vista:

> "La **edad más florida**, la disposición más robusta, no son bastantes fiadores de una hora más de **salud**. El **corazón**, que sirve de volante al **relox del cuerpo**, señala las horas presentes de la vida, pero no las futuras. Y no fue esta incertidumbre desdén, sino favor de la Naturaleza, porque si, como hay tiempo determinado para fabricarse el **cuerpo** y **nacer**, le hubiera para deshacerse y **morir**, viviera el hombre muy insolente a la razón"[958].

Aunque la empresa en la que está inserto este fragmento —la 101 (*Futurum indicat*)— está haciendo referencia a la vida del soberano y no a la de su Estado, se puede deducir que, si Castilla era de verdad el *corazón*, esta estaba dando señales de su final. Estaba funcionando como un *reloj* que indicaba la inminente *muerte* de la totalidad del *cuerpo*. A lo largo de muchas de sus obras, y especialmente en las *Empresas,* Saavedra describe una serie de situaciones que pueden ser equiparadas con *enfermedades*, llegando incluso a hacer mención expresa a *lesiones* o *daños* relacionados con el *corazón*:

> "La ruina de un Estado es la **libertad de conciencia**. Un clavo a los ojos, como dijo el Espíritu Santo, y un **dardo al corazón** son entre sí los que no convienen en la religión"[959].

> "Es la sedición **un veneno que tira al corazón**, y por salvar el **cuerpo** conviene tal vez dar a **cortar el brazo** y dejarse llevar del raudal de la furia, aunque sea contra razón y justicia"[960].

El segundo fragmento corresponde a la empresa 73, que trata, según rezan sus primeras líneas, de las *enfermedades* de las repúblicas (entiéndase de los Estados). En ella la figura del príncipe aparece equiparada a la de un *médico* encargado de curarlas. Específicamente, se habla aquí de las sediciones y los tumultos, de los que el autor hace una reflexión que recuerda a lo que Maquiavelo decía en el capítulo 3 de *El Príncipe*. Con una marcada influencia aristotélica, Saavedra advierte de que, si estas no se tratan a

[958] SAAVEDRA, 1999, pág. 1039.

[959] SAAVEDRA, 1999, pág. 708.

[960] SAAVEDRA, 1999, pág. 824.

tiempo, pueden extenderse con grave perjuicio a la salud pública[961]. Advierte, en conexión con Lipsio, de que el pueblo es inestable y volátil y que conviene tratarlo con cautela. Advierte, en definitiva, de que una *enfermedad* grave que puede atacar a la república es la sedición o el tumulto, y a esta opone una solución, *remedio* o *cura*: la división, que es equiparada con la prevención y con la prudencia.

En este sentido, y valiéndose como otras veces de la historia, justifica acciones del príncipe encaminadas a dividir al pueblo que, de amotinarse, engendraría graves perjuicios. Distingue dos causas del amotinamiento del pueblo: las que se originan en algún ministro y las que lo hacen por las acciones del propio príncipe. En el primer caso, dice Saavedra que "no hay polvos que más le sosieguen que satisfacelle con su castigo"[962]; en el segundo recomienda Saavedra que, de ser el culpable de la sedición el príncipe, este debe consentir que el pueblo culpe al ministro, y de ahí la metáfora de la *extirpación* empleada en el fragmento citado. Llama también la atención la aparición de unos "polvos" que pueden estar haciendo referencia a un tratamiento real contra ciertas enfermedades[963]. En cualquier caso, la sedición se entiende en Saavedra como una *enfermedad* que daña a todo el *cuerpo* político, en especial a su *corazón*, su rey y es precisamente en este dónde está la cura pues, como Lipsio antes que él, considera que tal dolencia solo puede repararse con el empleo de un monarca que vincula también con la estabilidad religiosa[964].

Por otro lado, si el *cuerpo* presentaba síntomas, se debía también a su particular anatomía. Ya se ha dicho que, para Saavedra y otros autores, Castilla era el *corazón* (en algunos casos, *cabeza*) de la Monarquía Hispánica y también se ha dicho que las funciones de este órgano no eran otras que la distribución de la *sangre* por el *cuerpo*, así como garantizar la transformación de los *espíritus vitales* en espíritus *animales*. El problema estaba en la lejanía de este *corazón* con respecto al resto de partes del *cuerpo* (haciendo alusión al carácter discontinuo de la Monarquía), algo que redundaba en que las *enfermedades* que padecía fueran especialmente graves y que solo tenía una salvación: el mar que, como elemento vinculado a la circulación, garantizaba la distribución de los

[961] ARISTÓTELES, 1988, pág. 279 y siguientes

[962] SAAVEDRA, 1999, pág. 824.

[963] SOLIS, 2011, pág. 143 y siguientes.

[964] CARRASCO, 2017 b, pág. 189.

espíritus[965]. Esto es algo común con otros autores y obras que se aprecia también en las *Empresas,* concretamente en la empresa 68 (*His polis*) —"Si le faltasen a España los dos polos del mar Mediterráneo y Océano, luego caería su grandeza, porque, como consta de provincias tan distantes entre sí, peligrarían, si el remo y la vela no las uniesen"[966]— y también en la *Indispositione generale della monarchia de Spagna*, donde se dice lo siguiente:

> "Estas [las enfermedades] son mayores en aquellas repúblicas que carecen de **unidad entres sus partes**, a las que siempre llega tarde el socorro, de la misma manera que la **distancia del corazón deja sin calor las partes más lejanas a él**. Por esta causa **son graves las enfermedades de esta monarquía**, y por eso serán más peligrosas si el **dominio del mar** no uniese con la presteza de la ayuda aquellas de sus partes separadas por la naturaleza"[967].

Es esta otra de las cuestiones que lo unen, no solo con el organicismo y el discurso médico, sino también con el político. Concretamente, se puede mencionar aquí las reflexiones que Botero brindó sobre la naturaleza desunida de la Monarquía Hispánica que, a pesar de ello, había sabido adquirir fuerza gracias, no solo a sus habilidades en el mar, sino también a sus muchos tesoros y riquezas[968].

7.1.3. La circulación de la sangre

El empleo de equiparaciones relacionadas con el sistema circulatorio trasciende las obras de Saavedra Fajardo. En esta línea se pueden destacar las reflexiones que, en torno a la justicia distributiva, es decir, el reparto de premios y mercedes, realiza Juan de Mariana en su *Del rey y de la institución de la dignidad real*. El jesuita consideraba que estas debían de ser repartidas por el rey proporcionalmente, tal como el *corazón* distribuía la *sangre* en función de las necesidades de cada *parte* o *miembro* del *cuerpo*[969]. Volviendo a Saavedra Fajardo, tanto la población como el dinero tenían algo en común: su capacidad de circulación, para la cual la presencia del mar era fundamental. De todo esto se puede deducir, además, que el empleo de tales metáforas no las realizaba Saavedra de forma

[965] ROSA DE GEA, 2010, pp. 227-228.

[966] SAAVEDRA, 1999, pág.775.

[967] SAAVEDRA, 2008 a, pp. 117-118.

[968] GIL PUJOL, 2004, pág. 1004.

[969] CENTENERA, 2009, pág. 339.

fútil. Su uso podría estar basado en un conocimiento médico derivado, quizá, de la lectura de tratados médicos de su época e, incluso, del propio Galeno.

A este respecto, el médico de Pérgamo ya había descrito el movimiento circulatorio de la sangre, aunque de manera equívoca. Para él, el alimento digerido por el estómago se transformaba en quilo y era trasladado al hígado mediante la vena porta. Allí se convertía en sangre propiamente dicha para ascender al corazón y, tras mezclarse con el *pneuma* pulmonar (que como se ha dicho tenía un origen exterior), se distribuía por todas las partes del cuerpo[970]. Este hecho no implicaba, sin embargo, la existencia de una idea acerca de un sistema cerrado, sino que creía que la sangre se consumía en los tejidos después de salir del corazón. Directamente relacionada con la teoría de los espíritus, ya explicada, esta otra distinguía entre la circulación venosa y la arterial en una ordenación que, según su creador, tenía tanto una función nutritiva como termorreguladora y que se mantuvo, en parte, en las descripciones que Vesalio brindó sobre el sistema circulatorio[971]. Esta hipótesis no carecía de errores, si bien es cierto que se desmarcaba notablemente de otras anteriores que, incluso, llegaron a discutir que las arterias contenían sangre. La principal falla del postulado galénico, en cualquier caso, está relacionada con la falta de explicaciones fehacientes en torno a las conexiones entre arterias y venas, que el de Pérgamo resolvía con elucubraciones no demasiado fundamentadas[972].

Esta articulación sería descartada en los albores del Barroco, primero por las aportaciones de Miguel Servet[973] (1511-1553) y luego por las de William Harvey (1578-1657), sin olvidar las aportaciones de Reinaldo Colombo (1516-1559) a este respecto[974]. Fue el primero el que, siguiendo lo dicho por el pensamiento clásico, Galeno y las Sagradas Letras[975], y añadiendo a estos su propia experiencia, describió la circulación

[970] RODRÍGUEZ & SÁNCHEZ, 2000, pág. 176.

[971] RODRÍGUEZ, 2018, pp. 202-204.

[972] SENDRAIL, 1983, pág. 148.

[973] Muy anteriores fueron las contribuciones de Ibn AL Nafis (1213-1288) aunque no hay evidencias de que los trabajos de este médico sirio fueran conocidas por Miguel Servet. Para más información consultar: NUMAN, 2014, pp. 1088-1090.

[974] RIELLO, 2018, pág. 58.

[975] Es el propio autor quien justifica su obra haciendo alusión a *La Biblia*, concretamente al Génesis, 9; Levítico, 7 y Deuteronomio, 12. En este último, por ejemplo, se afirma que "la sangre es la vida" (Deuteronomio 12, 23), mientras que de las lecturas del Génesis 9 y del Levitico 7 se infiere una relación entre el alma y la sangre del ser humano.

pulmonar de la sangre como parte del *Christianismi Restitutio* (1553)[976]. Aquí, concretamente en el libro quinto, se encuentra un pequeño fragmento en donde el autor describe el recorrido de los espíritus vitales persiguiendo el mismo objetivo que tantos otros antes que él: buscar la materialidad de lo inmaterial, esto es, la del alma[977].

En esencia, su teoría respeta la tesis galénica, ya explicada, de los tres espíritus. Así, afirma que el espíritu vital se engendra en el ventrílocuo derecho del corazón. Servet describe este espíritu como tenue, de color pálido y compuesto por aire, fuego y agua, es decir, valiéndose de la teoría de los humores. El mismo pasa del ventrículo derecho al izquierdo, pero, en contra de lo que el mismo autor denomina como una opinión generalizada de su época, este trasvase no se hace a través de la pared media del corazón, sino valiéndose de un complejo sistema en el que los pulmones son los protagonistas[978]. Es aquí donde se encuentra el punto más innovador de su teoría, pues al valor que ya tenían los pulmones como los encargados de inspirar el aire necesario para fraguar estos espíritus, se añade otro: el de la distribución de los mismos[979]. Según él, la sangre, que tiene su origen en el hígado, experimenta un proceso de transformación que la lleva de ser "más fina" a otra "más pura" [980]. Esta última es la que es transportada, a través del sistema arterial y venal pulmonar para ascender al cerebro, donde se convierte en el espíritu animal[981]. Así pues, tan solo tres años después de los descubrimientos de Miguel Servet, ya era palpable el impacto de sus aportaciones, pues el propio Valverde reconocía en su *Historia* que la sangre venosa discurre entre los pulmones y el corazón[982].

[976] Concluido posiblemente en 1546, fue durante su estancia en Viena cuando la obra fue editada e impresa (1553), aunque no figuraba en esta primera publicación ni el nombre de su autor ni el de la imprenta que lo había montado. El motivo de esta situación puede estar en lo polémico de las aportaciones que el libro contenía, sobre todo en lo referente a teología (verdadera naturaleza de la obra). Años antes ya había montado Servet revuelo, cuando en su *De Trinitatis erroribus,* ponía en duda el dogma de la trinidad.

[977] DE MICHELI, 2003, pág. 172.

[978] O'MALLEY, 1953, pp. 204-205.

[979] SERVET, 1553, pág. 170

[980] Otras traducciones hablan de sangre "sutil" y su paso a "sangre roja". Ver: SALINAS, 2001, pág. 38

[981] BERMUDO, 2009, pág. 12.

[982] HERNÁNDEZ, 2020, pág. 86.

La teoría de los espíritus, pues, estaba presente incluso cuando los médicos (por llamarlos de un modo general) pretendían innovar[983]. En este sentido, un paso más en el conocimiento del sistema circulatorio se encuentra en las aportaciones de William Harvey (1578-1657). Harvey descubrió (no sin polémica) que la sangre circula bombeada por el corazón y no impulsada desde el hígado (como sostenía la medicina galénica)[984]. Este descubrimiento lo dio a conocer en su obra *Exercitatio anatomica motu cordis et sanguinis animalibus* (1628), que ha sido interpretada como un avance o continuación, no solo de la obra de Servet, sino también de la de Reinaldo Colombo o Giulio Aranzio entre otros[985].

7.1.4. Un corazón solar

Pero la obra del inglés interesa aquí, no solo por lo innovador y revolucionario que resultó para la medicina, sino por la interpretación política que del cuerpo humano en ella se contiene. De este modo, Harvey equipara el corazón del cuerpo humano con el *príncipe*, es decir, realiza un empleo de la metáfora, pero de forma inversa (aplicando conceptos políticos al cuerpo biológico). Además, estas comparaciones iban más allá e implicaban a otros órganos que, como el hígado, debían funcionar correctamente para garantizar el buen funcionamiento del cuerpo[986]. Este recurso metafórico no era ni innovador ni extraño, pues en buena parte de los territorios de Europa aparecieron tratados que, escritos por médicos, abordaron temas como la salud y la enfermedad recurriendo a conceptos políticos[987].

No ha de extrañar, volviendo a Harvey, que la metáfora organicista conviva con los conceptos de *macrocosmos* y *microcosmos* y que estos, a su vez, se vinculen con la aparición de referencias astronómicas que enriquecen su obra. Esto ocurre cuando el médico inglés compara al príncipe con el *sol* de su Estado, y también está presente en otros tratados de medicina de la Edad Moderna. Paracelso, por ejemplo, afirmaba en su

[983] No hay certezas de que Miguel Servet fuera médico. Para más información consultar: BARÓN, 1970, pág. 144.

[984] ZALAQUETT, 2016, pág. 190.

[985] RODRÍGUEZ & SÁNCHEZ, 2000, pág. 177.

[986] WRIGHT, 2016, pág. 230.

[987] Para el caso de la Monarquía Hispánica ya se ha mencionado el que se considera más notorio: la obra y pensamiento de Cristóbal Pérez de Herrera.

Libro de las entidades (1589) que el corazón actúa como el *sol* del cuerpo humano[988]. De hecho, este médico habla de distintos orígenes de la enfermedad, y de todos ellos llama especialmente la atención el que denomina como entidad astral. Según él, los astros influyen sobre la tierra y sobre el cuerpo humano. Se trata de una explicación acerca de cómo el *macrocosmos* influye sobre el *microcosmos* que está presente también en otros tratados médicos y también en las reflexiones políticas del Barroco.

En este contexto, Saavedra Fajardo no fue distinto. Así, en la empresa 54 (*A se pendet*) se encuentran reflexiones en torno a la rebelión y la traición al soberano, la ambición de poder de los individuos y las mudanzas de gobierno. Causa principal, a decir de Saavedra, de las caídas de las Repúblicas, que tiene su origen en el ascenso de los súbditos. Para explicar esto, Saavedra recurre a la imagen de un árbol al que se ha acoplado un acodo, símbolo del deseo de independencia de un ministro (planta nacida) del príncipe (el árbol madre) y también a la metáfora cosmográfica, que describe cómo los "ministros celestes" deben poseer luz solo por tiempo limitado:

> "Considerando también que se hallaría **oprimida la Tierra** si siempre predominase la **melancolía** de **Saturno**, o el **furor de Marte**, o la **severidad de Júpiter**, o la **falsedad de Mercurio**, o la inconstancia de la Luna" [989].

Parece creer, entonces, que los astros influyen sobre el planeta. En esta línea, hay que decir que Don Diego se enmarcaba todavía en un geocentrismo escéptico ante los cambios e innovaciones de su siglo y, precisamente por ello, no debe extrañar que confiriera importancia a las teorías sobre el origen de la enfermedad que proporcionaron figuras como Paracelso. Así, según la teoría del geocentrismo la tierra era el centro del macrocosmos y, sobre ella, giraban los siete astros principales, es decir, la Luna, Mercurio, Venus, el Sol, Marte, Júpiter y Saturno[990]. Según la situación de cada uno de estos, y según la astrología, podían producirse distintas influencias sobre la Tierra. Algo que, como se verá, tenía manifestaciones climáticas en los países, y temperamentales en sus habitantes.

Se trata de algo habitual y relacionado con el tema que ocupa estas líneas: la circulación de la sangre. De este modo, un tópico muy extendido en el pensamiento

[988] PARACELSO, 1945, pág. 62.

[989] SAAVEDRA, 1999, pág. 639

[990] GUERRERO, 2004, pág. 101.

barroco europeo era aquel que comparaba el cuerpo humano (*microcosmos*) con el universo (*macrocosmos*) en virtud de una característica común: ambos tenían una naturaleza circulatoria y, de esta, dependía su buen estado y, como parece lógico, a esta sinergia entre dos significados se añadía inevitablemente un tercero: el Estado. Autores como Bances Candamo, Gabriel Bocángel, el propio Saavedra Fajardo y muchos más se unieron en su comparativa entre las dos esferas[991]. Las referencias astronómicas en las *Empresas*, de hecho, parecen convivir muchas veces con las consideraciones respecto al sistema circulatorio para explicar, no solo el carácter distributivo de este, sino también su caducidad. El príncipe adquiere en este caso el rango de *Sol*, que es equiparable al del *corazón*:

> "Este exemplo natural enseña a los príncipes la conveniencia pública **de girar** siempre por sus Estados, para **dar calor** a las cosas y al afecto de sus vasallos"[992].

Pertenece este fragmento a la empresa 86 (*Rebus adest*), donde, luego de haber defendido el geocentrismo, Saavedra compara las funciones del *sol* con las del rey. Entiende Saavedra que el *sol*, como "príncipe de luz", es el encargado de dar forma e ilustrar las cosas con su presencia y movimiento. Habla de reyes que, como Fernando II de Aragón o Carlos I de España, tuvieron cortes itinerantes[993]. Consideraba el autor conveniente que el rey visitara al menos una vez sus Estados, aunque con ciertas limitaciones. Esto es así porque, en el momento en que él escribía, la Corte ya se había asentado en un lugar fijo, lo que fue objeto de distintas consideraciones en memoriales y tratados de política. De entre estos se puede sacar a colación las reflexiones vertidas en *El Político* (Zaragoza, 1640), de Baltasar Gracián que, entre otras cosas, se planteaba las ventajas que reportaban la existencia de un rey sedentario con corte fija frente a las de un rey móvil que, como el sol, diera vida a cada una de las partes de su monarquía gracias a su movimiento[994].

Ello supone que ese geocentrismo no era exclusivo de Saavedra y que este se podría entender como algo característico de la cultura de la España del Barroco. De vuelta a este último, y de este modo, en la *Razón de Estado del rey católico don Fernando* se llega a

[991] MARAVALL, 1986, pág. 363.

[992] SAAVEDRA, 1999, pág. 922.

[993] GIL PUJOL, 2022, pág. 84.

[994] GIL PUJOL, 2017, pág. 31.

afirmar que "mal pueden los reyes saber las artes de reinar desde el retiramiento de sus palacios"[995]. En este sentido, utiliza al rey católico como ejemplo de rey itinerante —"Siempre giran esas segundas causas del cielo que asisten al gobierno del mundo"[996]—. En las *Empresas,* por su parte, se da especial importancia a la presencia del rey en la guerra y las reflexiones sobre si esta es conveniente o no. Así, aunque entiende que esta infunde buenos ánimos en la soldadesca, no recomienda al monarca salir de su Corte, y en eso vuelve a emplear la metáfora solar para referirse al mismo:

> "Peligrosas son las ausencias de los príncipes. En España se experimentó cuando se ausento della el emperador Carlos Quinto. No es conveniente que el príncipe por nuevas provincias ponga a peligro las suyas. El mismo **sol**, de quien nos valemos en esta Empresa, **no llega a visitar los polos**, porque peligraría entre tanto el uno dellos"[997].

La equiparación del astro rey con el príncipe, por otra parte, está igualmente relacionada con el contexto científico que rodea a la obra del murciano. Así, y como ocurrió con la circulación de la sangre, los movimientos de los astros habían sido revisados y las consideraciones en torno al universo cambiadas durante el Renacimiento, momento de revalorización de la Cultura Clásica y, con ella, de las imágenes del Sol asociadas a la representación política de la realeza. Y es que en la cosmovisión barroca este había recuperado su lugar central después de contribuciones como *De revolutionibus orbium coelestium* (Núremberg, 1543), de Nicolás Copérnico; *Mysterium cosmographicum* (Graz, 1598), de Johannes Kepler y *Siderus nuncius manga* (Venecia, 1610), de Galileo Galilei.

Cada uno de estos autores, además, favoreció la construcción de la imagen del Sol como *corazón* del universo, en tanto en cuanto confería, no solo luz, sino también calor a cada una de sus partes[998]. Metáfora similar es la que emplea, por cierto, Saavedra Fajardo en la empresa 23 (*Pretium virtutis*), que trata temas como la importancia del premio y el castigo por parte del príncipe a sus ministros. Considera a ambos imprescindibles para mantener el orden en la República—"Éstos son los dos polos de los orbes del magistrado,

[995] SAAVEDRA, 2008 a, pág. 189.

[996] SAAVEDRA, 2008 a, pág. 189.

[997] SAAVEDRA, 1999, pág. 926.

[998] TORRES, 2019, pág. 303.

las dos luminarias de la república. En confusa tiniebla quedaría si faltasen"[999]—. Han de existir y estar presentes, sin embargo, de una forma equilibrada (para evitar *males* y *daños*). El príncipe, pues, como *corazón* de su Estado, es el encargado de repartir estos premios y riquezas que se equiparan a los *espíritus vitales* del *cuerpo* (siguiendo un discurso galénico):

> "Siendo el príncipe **el corazón** de su Estado (como dijo el rey don Alonso), por él ha de repartir los **espíritus vitales** de las riquezas y los premios. Lo más apartado de su Estado, ya que carece de su presencia, goce de sus favores. Esta consideración pocas veces mueve a los príncipes"[1000].

Se hace referencia aquí a una situación real y coetánea a Saavedra, esta es, la acumulación de mercedes a aquellos más cercanos al monarca, es decir, aquellos que vivían en la Corte. Tema este reiterado en la tratadística política en general al que ya se ha hecho referencia y que interesa ahora por la equiparación que se realiza del soberano con el astro rey:

> "La presencia de los príncipes es fecunda como la del **sol**. Todo florece delante della. Y todo se marchita y seca en su ausencia. A la mano le caen los frutos al que está debajo de los árboles. Por esto concurren tantos a **las Cortes**, desamparando el servicio ausente, donde más ha menester el príncipe a sus ministros (…)" [1001].

Así pues, los premios y las mercedes, según parece, estaban siendo acaparados por los miembros de la Corte, lo que derivó también en un aumento exponencial de la población de esta y los territorios circundantes en busca, sin duda, de premios, cargos, mercedes y prebendas. Lo interesante aquí, en cualquier caso, es la interpretación que de estas líneas se puede hacer. Así, si eran las personas las que debían desplazarse hacia el rey, está claro que este (con una Corte fija) estaba permaneciendo inmóvil, pero ello es visto como algo negativo, como la causa o síntoma de una *enfermedad* o como una *enfermedad* misma. El remedio que propone para la situación, en cualquier caso, pasa por dar premios a quien se los merece, no a quien los pretende, independientemente de dónde esté. Se puede decir, por otra parte, que los síntomas que describe son similares a los que hacía referencia cuando describía un *hígado ardiente* que atraía todo el calor y los

[999] SAAVEDRA, 1999, pág. 382.

[1000] SAAVEDRA, 1999, pág. 384.

[1001] SAAVEDRA, 1999, pág. 385.

espíritus del cuerpo. De este modo, la *enfermedad* en cuestión vuelve a estar relacionada con la Corte y el intenso flujo migratorio hacía ella. En ella están implicados dos órganos, el *corazón* y el *hígado*, que estaban unidos por la medicina galénica:

> "La utilidad del **corazon** como auemos dicho principalmente es para que de la **sangre** que le va del **hígado** se engendre en el la **sangre arterial**, y de la **sangre arterial** se engendre también en el **espiritus vitales**. Y por esta razon tuuo nescessidad de los dichos ventrículos, el derecho para que resciuisse la **sangre del hígado** mediante la **vena caua**, y el izquierdo para que se hiziese en el **la sangre arterial** y de la sangre arterial los **espiritus vitales**"[1002].

Este fragmento ha sido extraído del tratado de Bernardino Montaña de Monserrate con el objetivo de constatar los conocimientos que sobre medicina galénica tenía Saavedra Fajardo. No se va a reiterar aquí en los errores anatómicos que en él se pueden encontrar, sino que se resaltará la descripción que hace de las funciones del hígado y del corazón y como la incorrecta marcha de estas deriva en un mal dañino que tiene que ser remediado. Esta enfermedad, metafórica en las *Empresas,* parece estar extraída del saber médico de su época, pues no fueron pocos los tratados que describieron enfermedades del corazón como aquellas que se manifestaban por la incapacidad de este por repartir los espíritus vitales por el cuerpo. Un ejemplo de ello se encuentra en la obra de Luis Lobera de Ávila (1480-1551) *Remedio de cuerpos humanos y silua de experiencias* (Toledo, 1544). En ella se describen distintas dolencias que afectan a los diferentes órganos y partes del cuerpo humano. Para el caso del corazón, Lobera describe varias formas en las que este padece enfermedad, una de las cuales encaja con lo descrito por Saavedra Fajardo para la Monarquía Hispánica:

> "El **desmayo** es quando falta el coraçon en su mouimiento: de manera que no puede embiar su influencia y **espiritus vitales** a los **miembros**: y assi que da sin moumiento y sentido faltando la causa o agente vniversal que es la virtud vital sin la qual las operaciones naturales osiales no se pueden hazer"[1003].

Especialmente interesante resulta la denominación de la situación que describe (desmayo) sobre todo si se tiene en cuenta lo que Saavedra decía en la empresa 69 cuando

[1002] MONTAÑA, 1551, pág. 49.

[1003] LOBERA, 1544, pág. 67.

describía una situación en la que los espíritus vitales no obraban correctamente—"caen luego desmayadas las repúblicas"[1004]—. No en vano, la obra de Lobera ha sido considerada como una muestra de galenismo no universitario (el que era practicado y difundido por médicos que no tenían cátedra en la universidad). Este bebió fuertemente de fuentes árabes y, por lo tanto, también clásicas[1005]. Es posible entonces, establecer una conexión entre la obra del médico y la del diplomático, en tanto en cuanto ambos hacen referencia a una situación en la que los espíritus vitales (que en la empresa 23 son premios y mercedes y en la 69 los tesoros) no se distribuyen correctamente generando un malestar que puede ser entendido como una *enfermedad* (o un *desmayo*). Saavedra también hace uso de esta metáfora en su *Corona Gótica*:

> "Es la reputación es el espíritu que, como a los cuerpos, sustenta derechas las monarquías, y si falta **caen desmayadas** con tan apresurado movimiento, que apenas se interpone tiempo entre su mayor altura y su más bajo precipicio"[1006].

En este caso es el concepto de reputación el que se equipara con las funciones de los *espíritus vitales*. Esta, en esencia, era lo que hacía que los Estados fueran respetados en un contexto internacional. De este modo, ya había sido tenida en cuenta como algo necesario en los vasallos para "repeler a los enemigos" (empresa 58) [1007]. En este sentido, este concepto se puede entender como el valor de aquellos que tienen que defender el *cuerpo* político. En cualquier caso, como algo necesario para su mantenimiento y energía. Todo ello refuerza la hipótesis que se pretende demostrar aquí: la de que Saavedra Fajardo empleó sus conocimientos médicos para la elaboración de su idea organicista del Estado. Estos, por otra parte, no eran los únicos por los que se interesó el autor, y en ellos también se puede incluir a la astronomía que, como se ha visto, tiene más vinculación con la medicina de la que parece. Desde esta óptica, volviendo a las metáforas solares, hay que aclarar que estas no solo se manifiestan de un modo en que el rey se convierte en centro del cosmos político, sino que otras veces es Dios el que es referido como *sol* y el rey como su *satélite*.

[1004] SAAVEDRA, 1999, pág. 782

[1005] LÓPEZ, 2016, pág. 233.

[1006] SAAVEDRA, 2008 b, pág. 115.

[1007] SAAVEDRA, 1999, pág. 667.

De este modo, el rey es el *sol* de su gobierno en empresas como la 49 (*Lumine Solis*) y la 58 (*Sin pérdida de luz*). La primera es importante para comprender la figura del valido, pues este adquiere el rango de *luna* que toma prestada la luz del *sol* (el príncipe), mientras que en la segunda el rey y sus ministros se convierten en *cirios* (el rey sería uno encendido y el resto tomarían prestadas sus llamas). Recuerda la primera a lo dicho por el poeta Tirso de Molina en *Cigarrales de Toledo* (Madrid,1624), que describía a las estrellas como virreinas del sol, en tanto en cuanto, estas daban luz en su ausencia[1008]. En otras empresas, como en la 13, se vuelve a incidir en las cualidades luminiscentes del príncipe, cuando se compara a este como un farol. Además, en esta empresa es el rey el depositario de este préstamo, lo que también se percibe en la empresa 18 (*A Deo*), donde él es quien se convierte en *luna* que recibe los rayos del *sol* (Dios) para iluminar su gobierno. A este respecto, se puede señalar que la soberanía era entendida como algo que venía de Dios y de la que el rey era su depositario en un préstamo en el que muchas veces el pueblo aparecía como intermediario.

En este sentido, la empresa 13 (*Censurae patent*) hace referencia a un mal de Estado vinculado al rey como ejemplo dañino para su pueblo—"Desprecia el pueblo las leyes viendo que no las observa el que es alma dellas"[1009]—. También se considera perjudicial al príncipe que, aun obrando bien, lo hace por medios que parecen malos y, por último, se reflexiona sobre sus ministros, ya que son representación de su persona. En este punto recurre Saavedra, de nuevo, a metáforas solares:

> "No es defecto de **la luna** el que padece en el eclipse, sino de **la tierra**, que interpone su sombra entre ella y el **sol**. Y con todo eso se le atribuye el mundo, y basta a escurecelle sus rayos, y a causar inconvenientes y daños a las cosas criadas"[1010].

También se observa la aplicación de estas analogías en otras obras de Saavedra Fajardo. De este modo, en las *Introducciones a la política* Saavedra afirma que "El corazón reparte espíritus vitales, obedecen al entendimiento las demás operaciones; de un sol reciben luz las estrellas, y una primera causa produce y gobierna las demás"[1011]. El trasfondo histórico de este empleo, por otra parte, estaba relacionado con un cambio

[1008] GIL PUJOL, 2017, pág. 19.

[1009] SAAVEDRA, 1999, pág. 296.

[1010] SAAVEDRA, 1999, pág. 299.

[1011] SAAVEDRA, 2008 a, pág. 172.

radical en la imagen del mundo y del universo impulsado por obras antedichas que, desde la astronomía, contribuían a este hecho, pero al mismo tiempo también se estaba produciendo una efervescencia en la redacción de tratados políticos de distinta índole (emblemas, empresas, espejos de príncipes, memoriales, etc.), por lo que no es de extrañar que una esfera (la científica) influyera en otra (la política) [1012].

No se ve esta circunstancia en las *Empresas*, pues la mención de los movimientos del príncipe como sol de sus Estados parece conferir un movimiento a la estrella que, de hecho, no tiene. Algo que se ve claramente en la empresa 101 (*Futurum indicat),* donde volviendo a poner a Fernando el Católico como ejemplo, afirma que "No tuvo corte fija, girando, como el sol, por los orbes de sus reinos"[1013]. Por lo tanto, se puede hablar de un cambio radical entre dos épocas (el Renacimiento y el Barroco) que lleva a deducir que Saavedra conocía el heliocentrismo, pero que no estaba de acuerdo con él o se negaba a adscribirse al mismo[1014]. Los motivos que le llevaron a distanciarse o separarse de esta realidad estuvieron unidos con el desencanto y la resistencia a la pérdida de la posición privilegiada del ser humano en el cosmos[1015]. Sea como fuere, el murciano se adscribió empecinadamente al geocentrismo[1016]. Lo cual no implica que, en algunos casos, se valiera de las innovaciones vinculadas a su contrario para la construcción de metáforas, incluso para el diseño de algunas empresas[1017]. Este es el caso de la empresa 13, donde el autor hace gala de uno de los descubrimientos de Galileo, eso sí, sin citarlo:

> "¿Quién más solícito en ilustrar al mundo, quién más perfecto que ese príncipe de la luz, ese luminar mayor, que da ser y hermosura a las cosas? Y la curiosidad le halla **manchas y escuridades**, a pesar de sus **rayos**"[1018].

Aquí se alude a las manchas solares, lo que significa que conocía los avances astronómicos de su tiempo y sus teorías, pero no las secundaba[1019]. Algo similar ocurre con la conexión de su pensamiento con libros de temática médica, fundamentalmente

[1012] MÍNGUEZ, 2013, pp.167-169.

[1013] SAAVEDRA, 1999, pág. 1047.

[1014] DOWLING, 1957, pág. 105.

[1015] ROSA DE GEA, 2010, pág. 40.

[1016] BOADAS, 2012, pp. 61-71.

[1017] GONZÁLEZ DE LEÓN, 2014, pág. 146.

[1018] SAAVEDRA, 1999, pág. 299.

[1019] TORRES, 2019, pp. 297-318.

interesantes para este apartado los que trataron el tema de la circulación de la sangre. En este sentido, también podía conocer Saavedra las innovaciones que habían surgido en este campo, pero, si se lee su obra, quizá se aprecie que está más cercano al galenismo que a las innovaciones de Servet o Harvey.

Esto se puede deducir, entre otras cosas, por la escasa (o nula) importancia que adquieren los pulmones en sus formulaciones respecto de la circulación de los *espíritus vitales* del *cuerpo* político. Es cierto que hay una referencia a ellos en la empresa 13 que no se puede pasar por alto, en primer lugar, por ser esta de las pocas en las que se encuentran menciones explícitas a Tácito, pero, sobre todo, por su enorme valor alegórico, pues compara a los príncipes con "los planetas de la tierra, las lunas en las cuales substituye sus rayos aquel divino Sol de justicia para el gobierno temporal"[1020], y al pueblo con girasoles que dan vueltas "mirando y imitando al príncipe"[1021]. Aquí se aprecia como las acciones del príncipe pueden servir de ejemplo para el pueblo, algo de lo que, advierte Saavedra, puede ser perjudicial si el comportamiento de este está viciado —"Y así como los defectos de la luna son perjudiciales a la tierra, así también los pecados del príncipe son la ruina de su reino"[1022]— pero también se advierte de que la soberanía de Dios es la única y verdadera y solo el príncipe cristiano es su depositario[1023]. Un príncipe malo, pues, da lugar a un Estado *enfermizo*. Algo sobre lo que el autor reflexiona, haciendo también referencia a los ministros que, de ser buenos, contrarrestarían las maldades de su soberano:

> "La convalesciencia de los príncipes malos es tan difícil como la de los **pulmones dañados**, que no se les pueden aplicar los **remedios**; porque éstos consisten en oír y no quieren oír, consisten en ver y no quieren ver, ni aunque otros oyan ni vean; o no se les consienten los mismos domésticos y ministros. Los cuales le aplauden en los vicios, y, como solían los antiguos sonar varios metales y instrumentos cuando se eclipsaba **la luna**, le traen divertido con músicas y entretenimientos, procurando **tener ocupadas sus orejas**, sin que puedan entrar por ellas los susurros de la murmuración, y las voces de la verdad y del desengaño, para que, siendo príncipes y ellos cómplices en los vicios, no haya quien los reprehenda y corrija."[1024]

[1020] SAAVEDRA, 1999, pág. 295.

[1021] SAAVEDRA, 1999, pág. 295

[1022] SAAVEDRA, 1999, pág. 296.

[1023] VELÁZQUEZ, 2011, pág. 211, 227.

[1024] SAAVEDRA, 1999, pág. 300.

Esta es la única mención que, en las *Empresas,* se encuentra de los *pulmones*. No hay en ella ninguna referencia a su función como los encargados de producir, transportar o distribuir la sangre y los *espíritus* por todo el *cuerpo*. Es cierto que su ubicación en una empresa en donde las referencias astronómicas abundan para convertir al príncipe y sus ministros en satélites y planetas puede llevar a pensar que, siguiendo lo dicho en referencia a los dos cosmos, exista alguna relación con las innovaciones médicas del Barroco. Sin embargo, esto podría ser calificado como mera especulación. Lo que sí es cierto es que se menciona una situación donde estos órganos no funcionan correctamente, esto es, una *enfermedad* que está directamente relacionada con las acciones del rey y de sus ministros.

En cualquier caso, la conclusión a este respecto es que Saavedra o no conocía o no seguía las nuevas teorías acerca de la circulación de la sangre. Por todo ello, se puede deducir que las referencias organicistas de Saavedra son todavía clásicas. Lo que no obsta para que las descripciones que realizó de las funciones de la *cabeza* y el *corazón* (entre otras partes del *cuerpo*) fuesen precisas en cuanto a su propio conocimiento. Ello quiere decir que su intención era precisamente esa: explicar detalladamente cuál era la situación que atravesaba la Monarquía Hispánica, para él un *cuerpo enfermo* que había que sanar. Es muy posible que sí empleara conocimientos médicos que poseía, aunque estos no estaban, por decirlo de algún modo, actualizados. Por otra parte, en estos tratados, que posiblemente leyó, también estarían descripciones de las otras partes del cuerpo humano, sus funciones y sus enfermedades. Por ello, una vez abordadas las cuestiones que rodean a los órganos rectores, es preciso valorar cuál fue el trato que recibieron el resto de miembros del mismo.

7.2.Los ojos y oídos

Así pues, si el rey en el Barroco cumplía las funciones de *cabeza* y *corazón* del *cuerpo* político, una reflexión que no debe dejarse de lado gira en torno al papel de otros miembros de la administración y del gobierno. El primero a valorar sería, quizá, el de los validos[1025], hombres de confianza del rey que llegaron a ostentar grandes cotas de poder[1026]. En los tiempos en los que Saavedra publicó sus obras la persona que había

[1025] ESCUDERO, 2005; ELLIOTT, 2017; SÁNCHEZ, 2021; ELLIOTT & BROCKLISS, 2022.

[1026] GALVÁN, 2023, pág. 192.

asumido estas funciones en la Monarquía Hispánica era el conde-duque de Olivares, a quién iban dedicadas muchas de estas y cuyo papel en el Estado justificaba con sentencias que afirmaban que el peso de reinar era demasiado para uno solo. A estas se unían aquellas que no trataban específicamente sobre la figura del valido, pero en las que se repetía tal conclusión—"Esta flaqueza humana obligó a formar consejos y tribunales y a criar presidentes, gobernadores y virreyes, en los cuales estuviese la autoridad y el poder del príncipe"[1027]—. Justificaba así el sistema polisinodial, algo que no solo implicaba la existencia de un primer ministro, sino también una compleja red de consejos a los que se tuvo en cuenta para el empleo del organicismo.

7.2.1. Los ojos

Dos ejemplos de esto se encuentran en las empresas 55 (*His praevide et provide*) y 57 (*Uni reddatur*). En ambas, Saavedra compara los consejos y consejeros con los *ojos* de la Monarquía, aclarando en la primera que el empleo de esta analogía no era nuevo, pues sitúa su aparición primigenia en la *Política* de Aristóteles y su posterior reutilización en las *Partidas*[1028]. Es importante recordar también que Cristóbal Pérez de Herrera

[1027] SAAVEDRA, 1999, pág. 581.

[1028] Saavedra especifica en una nota al pie que se está basando en lo contenido en el libro III de la *Política.* Concretamente, el filósofo griego asevera que "todo magistrado formado por la ley juzga bien; y parecería tal vez absurdo que cualquiera con dos ojos, dos oídos, dos pies y dos manos viera, juzgara y actuara mejor que muchos con muchos, cuando también ahora los monarcas se procuran muchos ojos, oídos, manos y pies, pues hacen participes del mando a los amigos de su poder y a sus amigos personales." En lo que se refiere a las partidas, atribuidas como se sabe al rey Alfonso X de Castilla el murciano refiere a lo dicho en la Ley XXI de la partida segunda, que versa sobre los mandaderos del rey a los que entiende como "aquellos que el rey envia á algunos hombres á quien non puede decir su nombre por palabra, ó non puede ó non quiere enviárgelo decir por carta: et estos tienen oficio muy grande et mucho honrado, como aquellos que han de mostrar la voluntad del rey por su palabra: et por eso los puso Aristóteles en semejanza de la lengua del rey, porque ellos han á decir por él allá do los envia lo que él non puede decir: otrosi fizo semejanza dellos al ojo et á la oreja del rey, porque ellos han de ver et de oir allá do van lo que él non oye ni vee." En la misma empresa menciona Saavedra como los reyes de Persia y Babilonia llamaban ojos y orejas a sus hombres ministros u hombres de confianza, aseverando que tal comparación no era nueva en Aristóteles. Muchas son las fuentes que tratan sobre este tema, entre las más señeras se pueden destacar la *Ciropedia de* Jenofonte y las *Historias* de Heródoto. En cualquier caso, la equiparación de los ojos a los ministros u hombres del rey no era algo nuevo en Saavedra, aunque es posible que el murciano le diera una mayor complejidad a esta metáfora al incluir también sus propios conocimientos de anatomía. Para más información consultar: GARCÍA, 1988, pág. 210; FERNÁNDEZ, 2004, pp. 269-280.

vinculaba a los consejeros con los cinco sentidos[1029], y que Quevedo hablaba de ellos como el arma más poderosa del príncipe[1030]. En cualquier caso, dice Saavedra que:

> "Un príncipe que ha de ver y oír tantas cosas, todo había de ser **ojos y orejas**. Y, ya que no puede serlo, ha menester valerse de los ajenos. Desta necesidad nace el no haber príncipe, por entendido y prudente que sea, que no se sujete a **sus ministros, y sean sus ojos, sus pies y sus manos**"[1031].

Las responsabilidades del consejero obligaban a este, por otra parte, a cumplir con unas determinadas características, entre las que se encontraban el dominio de experiencias de distinto tipo. Además, y tal como esgrimía una sentencia repetida en la época, estos (los ojos) eran los espejos del alma. En realidad, tal sentencia situaba esa característica no en los ojos, sino en el rostro en general. El propio Saavedra lo decía en la empresa 13—"atentos todos a los ademanes y movimientos del rostro, por donde se explica el corazón"[1032]—. La raíz de dicha metáfora se encuentra en el mundo clásico, pues la afirmación de que "el rostro es el espejo del alma y los ojos sus delatores" fue (y es) atribuida a Cicerón[1033]. La cara, pues, era entendida como el espejo del alma, por lo que no ha de extrañar que la fisionomía se tuviera en cuenta como la encargada de anunciar las cualidades negativas o positivas del ser humano (especialmente de los gobernantes), lo que explica que autores como Fernando de Bouza convirtieran al mundo en un gran teatro exterior[1034].

De hecho, esta función atribuida a los ojos se había constatado también por anatomistas de la talla de Leonardo da Vinci, que atestiguaba la existencia de una conexión entre estos y el corazón, que describió como un conducto ascendente desde el segundo a los primeros y que denominó como *agujero m*[1035]. Por su parte, Saavedra insiste, citando el libro de los Salmos y desde su empresa 3 (*Robur et decus*), en que "no se ha de adornar el alma con la belleza del cuerpo, sino al contrario, el cuerpo con la del alma"[1036]. Quiere esto decir que consideraba que la apariencia externa dependía de la

[1029] DAVID-PEYRE, 1977, pág. 314.

[1030] LÓPEZ, 1950, pág. 158.

[1031] SAAVEDRA, 1999, pág. 645.

[1032] SAAVEDRA, 1999, pág. 298.

[1033] NOGUERA, 2007, pág. 389.

[1034] SALAZAR, 2017, pág. 150.

[1035] RODRÍGUEZ DE LA FLOR, 2012, pág. 226.

[1036] SAAVEDRA, 1999, pág. 215.

calidad del alma, es decir, que hacía visible lo invisible[1037]. Por ello, consideraba que, en el *cuerpo* político, los *consejos* eran una muestra de las acciones del rey. De este modo, dice en la empresa 12 (*Excae cat candor*) que:

> "A lo más **profundo del pecho** retiró la naturaleza el **corazón humano**, y, porque, viéndose oculto y sin testigos, no obrase contra la razón, dejó dispuesto aquel nativo y natural color o aquella **llama de sangre** con que **la vergüenza encendiese el rostro y le acusase**, cuando se aparta de lo honesto, o siente una cosa, y profiere otra la **lengua**, debiendo haber entre ella y el **corazón** un mismo movimiento y una igual consonancia"[1038].

Este es otro punto donde Saavedra demuestra su conocimiento del discurso de los *cuatro humores*, pues hace referencia a la naturaleza de la sangre. En lo que se refiere a los consejeros y su función orgánica, esta era similar a la de los ojos del cuerpo natural, pues eran los encargados de conocer y guardar los secretos del gobierno, por lo que si un consejero era ignorante o imprudente podría derivar en *daños* al conjunto:

> "Tan buena **correspondencia hay entre los ojos y el corazón**, que los afectos y pasiones déste se trasladan luego a aquellos. Cuando está triste, se muestran llorosos; y cuando alegre, risueños. Si el **consejero** no amare mucho a su **príncipe**, y no sintiere como propias sus adversidades o prosperidades, pondrá poca vigilancia y cuidado en las consultas, y poco se podrá fiar dellas"[1039].

La mención del *corazón* abre una reflexión referente a cuál debe de ser la relación entre el rey (*corazón*) y sus consejeros (*ojos*). Cuestión que el autor retoma en la empresa 57 (*Uni reddatur*), cuando el primero se entiende como *cabeza* del *cuerpo* político. Por otra parte, el medio por el que los *ojos* se comunican con el rey es, en ambas empresas, el mismo: los *nervios ópticos*. Término complejo que aparece por vez primera en la empresa 55 (*His praevide et provide*):

> "Aunque los **ojos** son diversos, no representan diversa, sino unidamente las cosas, concordes ambos en la verdad de las **especies** que reciben y en remitillas al **sentido común** por medio de los **nervios ópticos**, los cuales se unen para que no entren diversas y le engañen"[1040].

Hay que recordar la posibilidad de que cuando Saavedra se refiere a la *cabeza* esté haciendo alusión al *cerebro*, pues habla de "sentido común", que tenía su alojamiento, según la tratadística médica consultada, en este órgano. Por su parte, en la empresa 57, el

[1037] ALTUNA, 2008, pág. 87.

[1038] SAAVEDRA, 1999, pág. 285.

[1039] SAAVEDRA, 1999, pág. 646.

[1040] SAAVEDRA, 1999, pág. 647.

papel de los consejeros se vincula con el de "instrumentos de reinar" que no han de ensombrecer nunca la figura del soberano. Saavedra utiliza aquí la imagen del *reloj* y su maquinaria interna para explicar cómo las resoluciones de estos no se les atribuían a ellos, sino al monarca como la figura visible del gobierno. De este modo, este es entendido como la *mano* que muestra la hora y aquellos los *engranajes* que hacen funcionar la maquinaria.

Esta metáfora es signo indudable del pensamiento barroco, que dejó paso también a consideraciones mecanicistas que convertían al Estado (y al cuerpo) en una máquina compuesta por mecanismos y engranajes internos que no se veían a simple vista y que había que comprender. Ello puede reforzar la idea, que no es nueva, de que la creación estatal en el Barroco se entendió como un diseño artificial, esto es, algo hecho por el ser humano[1041]. Además, la elección del reloj para su empleo no es inocente, pues está relacionado con otras cuestiones, como los movimientos circulares del *macrocosmos* y los movimientos internos (también circulares) del cuerpo humano[1042].

La cuestión del movimiento (entendido como cambio) es algo reiterado en el Siglo de Oro. En cualquier caso, se trata del empleo de otra metáfora, la mecanicista, que tiene los mismos fines que la organicista, la descripción de las distintas partes (que realiza tanto la mecánica como la anatomía) con un fin introspectivo y también sanador (reparador en este caso)[1043]. A esta se une más adelante el empleo de una compleja metáfora organicista, concretamente al describir escuetamente el sistema polisinodial de la Monarquía Hispánica, atribuyendo funciones específicas al rey y sus consejos:

> "Allí se consultan todos los negocios de justicia y gracia tocantes a cada uno de los reinos o provincias. **Suben al rey estas consultas**, y resuelve lo que juzga más conveniente. De suerte que son estos consejos **las ruedas**. Su Majestad**, la mano**. O son los **nervios ópticos** por donde pasan las **especies visuales**. Y el rey, el **sentido común** que las dicierne y conoce, haciendo juicio de ellas"[1044].

La descripción de los *nervios ópticos* conecta esta empresa con el saber médico. De hecho, Juan Valverde de Amusco describió en su tratado como los nervios tenían su fundamento en el cerebro explicando que los médicos del pasado, Galeno incluido, creían

[1041] MURILLO, 1989, pág. 63.

[1042] GIL PUJOL, 2016, pág. 43

[1043] RIELLO, 2018, pp. 65-66.

[1044] SAAVEDRA, 1999, pág. 672.

que lo tenían en el corazón—"cada uno puede fácilmente ver, porque del coraçon no se vee jamás nacer neruio alguno"[1045]—. Es importante señalar que, en su obra *Del uso de las partes,* el sirio afirmaba que "en la cabeza hay cuatro órganos sensoriales: los ojos, las orejas, la nariz y la lengua. Todos tienen el principio sensorial en el encéfalo"[1046], para luego especificar que los nervios ópticos avanzan desde los ojos hasta este último. Lo situaba, por lo tanto, en la cabeza y no en el corazón. Galeno diferenciaba así entre distintos tipos de nervios según su función, separando las del cerebro y los nervios; el corazón y las arterias; y del hígado y las venas.

Un seguidor suyo coetáneo a Valverde, Antonio Pérez, basó sus afirmaciones en las obras más importantes del médico de Pérgamo, afirmando que en el cuerpo humano existen siete pares de nervios, todos con nacimiento en la cabeza, pero con un destino diferente[1047]. De esos siete pares, los dos primeros llegarían a los ojos, mientras que el tercero y el cuarto irían a distintas partes de la boca y el paladar; el quinto a las orejas; el sexto al pecho y al estómago; finalmente, el séptimo a la espalda y al pecho[1048]. Por lo tanto, la acusación esgrimida por Valverde, parece no encajar para este caso. Por lo demás, distinguía, como la mayoría de médicos y anatomistas de la época, entre los nervios del movimiento y de los sentidos y, evidentemente, situaba a los ópticos en la segunda categoría. A estos se les atribuían unas características y funciones concretas:

> "Y assi acaban estos **neruios** sin hazer ramo alguno seruiendo de **conductos** por los quales los **espiriitus visiuos** van a los ojos, y **los rayos o especies** o semejanças delas cosas a los **ventrezillos** de los sesos, donde **juzgamos** de lo que auemos visto; para el qual efecto an querido muchos decir que estan **agujereados**, y por esso los llamaron Poros opticos, que quiere decir **canales** o agujeros dela vida. Pero yo hasta agora (como he dicho) no e visto en ellos agujero manifiesto, ni pequeño ni grande"[1049].

Algo similar se encuentra también en el *Libro de anatomía del hombre* de Bernardino Montaña de Monserrate:

> "El **nervio óptico** fue necesario para camino por donde viniesen al ojo del cerebro los **espíritus visiuos**, sin los quales esta obra ver es imposible hazerse (…) los dichos espiritus visiuos vienen

[1045] VALVERDE, 1556, pág. 98.

[1046] GALENO, 2010, *Libro VIII*.

[1047] VEGA, 2014, pág. 52.

[1048] PÉREZ, 1568, pág. 16 y siguientes.

[1049] VALVERDE, 1556, pág. 99.

> al ojo por alguna **concauidad que tengan los neruios opticos**, como algunos han dicho o por los mismos **pozos** de los neruios; porque esto la experiencia lo declara a los que vieren la incission real destos neruios (…)"[1050].

Interesante resulta la mención de los *espíritus visivos* como aquellos que circulan a través de los nervios ópticos haciendo posible la visión. Esto es así porque la naturaleza de estos, en la mayor parte de los tratados de anatomía, se relacionaba con un líquido que, como los otros, estaba sometido a un proceso de cocción o transformación[1051]. Ello convertiría a estos nervios en unos conductos huecos que permitirían la circulación de esta sustancia. Sin embargo, no todos los médicos creían esto. De hecho, como se ve, el propio Valverde lo dudaba, mientras que Montaña parecía estar de acuerdo. No terminan estos, sin embargo, de concluir abiertamente que los nervios ópticos están o no huecos. Algo que un médico como Andrés Velásquez sí hizo, pues en su obra cuestionaba abiertamente esta morfología y naturaleza y, en su lugar, explicaba su función como algo semejante a un sistema de impulsos:

> "De mas que los **neruios son algo duros y solidos**, y **los espiritus** no pudieran pasar tan presto. Y assi ordeno naturaleza que los neruios a quien los medicos llama opticos; los quales siruen a los ojos para la vista fuessen cauos y con manifiestos agujeros, para que los espiritus libremente pudiessen pasar, aunque algunos anatomistas modernos afirman, no poder hallar esta **cauidad**. Se decir, y assi affirmo, que vide hartas anothomias, y **jamas vide estas cauidades tan manifiestas**; saluo que este nervio óptico, es de mucha mas blanda sustancia, que todos los demas neruios, y mucho mas laxa y mas semejante a la sustancia del cerebro."[1052]

La naturaleza de los nervios ópticos que se infiere de la lectura de la obra de Saavedra Fajardo parece estar más cercana a la idea de que estos nervios estaban huecos y por ellos circulaba algún tipo de sustancia (hace referencia a *especies*). Así pues, se puede hablar de ciertas semejanzas o conexiones entre lo dicho por Valverde, Montaña y Saavedra, sobre todo si se observa que tanto los anatomistas como el publicista equiparaban a los ojos con las atalayas del cuerpo:

> "Todo se confunde, si los **consejeros** son más que **unas atalayas** que descubren al príncipe el horizonte de las materias, para que pueda resolverse en ellas y elegir el consejo que mejor le pareciere. **Ojos** le dio la Naturaleza. Y, si a cada uno de sus Estados asiste un ángel, y Dios gobierna

[1050] MONTAÑA, 1551, pág. 30.

[1051] BARTRA, 2021, pág. 69.

[1052] VELÁSQUEZ, 1585, pág. 25.

su **corazón,** también gobernarán su vista, y la harán más clara y más perspicaz que la de sus ministros."[1053]

"Este tercer principio llamamos nosotros **los sesos**, cuya silla esta en la mas alta parte del cuerpo, no porque para ellos este asiento fuese mas seguro o mejor, sino porque estuuiese junto alos **ojos**, los quales no podian por ninguna via estar en otra parte auiendo de ser (como son**) atalayas dela fortaleza de nuestro cuerpo**"[1054].

"Su postura en la **parte mas alta del cuerpo**: porque assi conuenia que fuese el lugar de **las atalayas**, porque puedan cubrir mas tierra, y por esta razón decía Galeno que la naturelaza puso la cabeza en el lugar más alto del cuerpo, porque auia en ella los ojos, a los quales conuiene este lugar"[1055].

El origen de esta analogía parece estar en lo dicho por el propio Galeno[1056]. De hecho, fue él quien concluyó que el cerebro y los órganos sensitivos se situaban en la cabeza para que, gozando de una posición elevada, transmitiesen la información captada a los nervios blandos que, según él, se dirigían al encéfalo[1057]. Siguiendo esta línea, Bernardino Montaña de Monserrate explicó las funciones de los nervios, clasificándolos entre los llamados "miembros simples", junto con las venas, arterias y otros conductos que servían como "camino por donde pasan los espíritus animales a los miembros que participan de sentido o moumiento"[1058]. El barcelonés diferenciaba entre nervios motores y sensitivos, ubicando entre estos últimos a los nervios ópticos— "De la parte baxa del primer ventrículo nascen los neruios opticos que van a los ojos, para camino por dónde van los espíritus visiuos a los humores de los ojos donde se forma la vista"[1059]—. Parece, entonces, que la mayoría de anatomistas coincidían en las funciones de los nervios ópticos, aunque con matices en ciertos aspectos de su naturaleza. En general, se aceptaba que estos nacían del cerebro y eran responsables de transmitir la información visual.

En lo que a la metáfora organicista se refiere, se puede decir que los consejos eran los *ojos* (y los *nervios ópticos*) de la Monarquía, ya que se encargaban de observar y transmitir las realidades particulares de cada reino—"los Consejos son ojos que miran lo

[1053] SAAVEDRA, 1999, pág. 653.

[1054] VALVERDE, 1556, pág. 78.

[1055] MONTAÑA, 1551, pág. 30

[1056] LAÍN, 1951, pág. 19.

[1057] LÓPEZ, 2010, *Introducción*.

[1058] MONTAÑA, 1551, pág. 07.

[1059] MONTAÑA, 1551, pág. 24.

futuro"[1060]—, mientras que era el rey (*cerebro* y *alma*) el encargado de tomar decisiones resolutivas[1061]. Esta importancia concedida a los consejos puede estar relacionada con la revalorización del ojo como medio para adquirir conocimiento en todas las ciencias, incluida la anatomía[1062]. De este modo, durante el Medioevo los oídos parecían ocupar un puesto preferente en este sentido, pero en el Barroco estos habían sido reemplazados por los ojos[1063].

Esto es algo perceptible en las *Empresas*—"más que por la vista que por el oído entra la invidia"[1064]—; en otras creaciones saavedrianas como la *Razón de Estado del rey católico don Fernando* y en otras muestras del pensamiento barroco, de la que se puede destacar especialmente a Suárez de Figueroa y sus *Varias noticias importantes a la humana comunicación* (Madrid, 1621), que ha sido considerada como una de las obras más emblemáticas del Siglo de Oro por la concentración de tópicos y recursos que en ella se encuentra, así como la variedad de fuentes que sirvieron para su composición[1065]. En esta línea, Suárez de Figueroa utiliza el organicismo, incluyendo a los *ojos* para reflexionar sobre la sociedad y valiéndose del concepto de *enfermedad*. Esto se refleja también en otra de sus obras, *El Pasajero* (Madrid, 1617), un diálogo que puede recordar a la *República Literaria*[1066]. Un empleo de la metáfora corporal conectado con su época

[1060] SAAVEDRA, 1999, pág. 645.

[1061] Para justificar la equiparación de los consejos con los ojos Saavedra se vale, una vez más, de Aristóteles (concretamente cita a su *Política*).

[1062] MADRESSI, 2005, pág. 347.

[1063] MARAVALL, 1980, pág. 503.

[1064] SAAVEDRA, 1999, pág. 264.

[1065] BRADBURY, 2016, pág. 705.

[1066] El organicismo en Cristóbal Suárez de Figueroa está perfectamente enmarcado en el pensamiento político barroco. Así, y como tantos como él en el siglo XVII, las fuentes de las que bebió este autor fueron fundamentalmente Tácito, Justo Lipsio o las Sagradas Letras (por citar solo los más representativos). En sus obras se encuentra la mención de las distintas partes del cuerpo humano con su correspondiente político (la cabeza es el rey, los consejeros son los ojos, etc.) unidas también al concepto de enfermedad y las consideraciones vinculadas a este (cuáles eran las enfermedades que padecía la Monarquía y como se podían curar). Se encuentran también menciones al rey (también referido como magistrado) como médico de su Estado en un compendio metafórico que tenía como objetivos primordiales la defensa del absolutismo como sistema de gobierno y la superación de la crisis total que atravesaba la Monarquía Hispánica. Para más información a este respecto consultar: GARCÍA, 2012, pp. 77-86.

y posiblemente también con Saavedra Fajardo. En *Varias noticias*, de hecho, se pueden encontrar a los consejeros como los *ojos* y los *oídos*:

> "El solo tiene **las manos** desatadas para disponer de las leyes, como juzgare conuenir. A los de sus **consejos**, **ojos y orejas** suyas, pertenece poner en execucion sus ordenes, haziendole advertido por consultas de las cosas que piden **remedio c**on la interposición de su autoridad suprema"[1067].

En la misma obra, además, se percibe como los ojos habían crecido en importancia con respecto a las orejas en la captación de los sentidos—"Su limpio obrar ha de ser manifiesto a todos: ya que el pueblo (según Séneca) da más fee a los ojos que a las orejas"[1068]—. La vista era, entonces, el sentido más importante, algo que no implicaba que los oídos perdieran totalmente su papel, pues ambos (oídos y ojos) son considerados como "instrumentos del saber"[1069] por Saavedra Fajardo. Esta situación se refleja en varios puntos de las *Empresas*. Por ejemplo, en la empresa 55 cuando en un ensalzamiento de la monarquía se recalca la vista como un sentido necesario para el gobierno:

> "Un **coloso** ha de ser el **Consejo de Estado**, que, puesto el príncipe sobre sus hombros, descubra más tierra que él. No quisieron con tanta vista a su príncipe los tebanos, dándolo a entender en el modo de pintalle con las **orejas** abiertas y los **ojos** vendados, significando que había de executar a ciegas lo que consultase y resolviese el Senado. Pero aquel símbolo no era de príncipe absoluto, sino de príncipe de república, cuya potestad es tan limitada, que basta que oiga; porque el ver lo que se ha de hacer está reservado al Senado"[1070].

También se encuentra en la empresa 52 (*Mas que en la tierra nocivo*):

> "El examen de las **orejas** pende de otro; el de los **ojos** de sí mismo. Aquellos pueden ser engañados, y éstos no. Aquellos informan solamente el ánimo, éstos le informan, le mueven y arrebatan o a la piedad o al premio"[1071].

Y en la empresa en la Empresa 46 (*Fallimur opinione*):

> "De todo esto se puede conocer cuán errado era el simulacro de los tebanos con que significaban las calidades de sus príncipes, porque tenían **orejas**, pero no **ojos**, siendo tan necesarios éstos como

[1067] SUÁREZ, 1621, pág. 96.

[1068] SUÁREZ, 1621, pág. 92.

[1069] SAAVEDRA, 1999, pág. 169.

[1070] SAAVEDRA, 1999, pp.653-654.

[1071] SAAVEDRA, 1999, pág. 628.

> aquellas; las orejas, para la noticia de las cosas; los **ojos**, para la fe dellas. En que son mas fieles los **ojos**, porque dista tanto la verdad de la mentira cuanto distan los ojos de las orejas"[1072].

Todas estas consideraciones pudieron estar relacionadas con las innovaciones científicas que se habían producido desde la centuria anterior. Así pues, la importancia concedida a los ojos derivó también en reflexiones en torno a si el individuo podía fiarse de sus sentidos o no[1073]. Esto se ve en Saavedra en las reflexiones en torno a la utilidad del telescopio, claramente marcada por un escepticismo al que ya se ha hecho referencia[1074]. Los globos oculares eran, en cualquier caso, un medio de adquirir experiencias y también uno para sentir—"siendo los oídos y los ojos los instrumentos por donde entra la sabiduría y la experiencia"[1075]— cuya revalorización se manifestaba no solo en el ámbito de la investigación, sino también en el de la docencia, en cuyo seno empezaron a implementarse recursos visibles que apoyaran la oralidad de los enseñantes[1076]. Esta revalorización no solo aparece en las *Empresas,* sino también en la *Razón de Estado del rey católico don Fernando*:

> "Por la **vista y por los oídos** entra el amor; lo que ni se ve ni se oye no se deja de amar. Son los **ojos y la lengua intérpretes del corazón**. Por aquellos manifiesta esta su necesidad; por esta declara su **remedio**. Si el príncipe se niega a los **ojos** y a la **lengua**, se niega también a la necesidad y al **remedio;** y si bien en el retiramiento le pueden hallar las quejas explicadas en memoriales, como a estos no los acompaña el suspiro de la acción, y llegan en ellos ya secas las lágrimas con que los bañó el afligido, queda desadvertida la piedad y sin esperanza el socorro"[1077].

Las semejanzas entre el discurso de Saavedra y el de Suárez de Figueroa podrían volver a ponerse sobre la mesa tras la lectura de este fragmento. Por otra parte, Saavedra habla más arriba sobre la importancia de dar audiencia a los vasallos, cuestión que puede relacionarse con las consideraciones en torno al rey como *sol* del cosmos gubernamental y en la que el murciano vuelve a valerse de un maquiavelismo disimulado —"Bien puede ser que tal recato haga más temido, pero no más amado el respeto"[1078]—. Estas líneas, unidas al fragmento tratado, tienen su afín en las *Empresas*. Concretamente en la empresa

[1072] SAAVEDRA, 1999, pág. 553.

[1073] WARNKE, 1972, pág. 22.

[1074] RODRÍGUEZ DE LA FLOR, 2009, pág. 91.

[1075] SAAVEDRA, 1999, pág. 553.

[1076] RODRÍGUEZ & SÁNCHEZ, 2000, pág. 122.

[1077] SAAVEDRA, 2008 a, pág. 203.

[1078] SAAVEDRA, 2008 a, pág. 203.

52 (*Más que en la tierra nocivo*), cuando Saavedra reflexiona en torno a la figura de Felipe II:

> "Feliz el reino donde ni la ambición ni el ruego ni la solicitud tienen parte en las elecciones, y donde la virtud más retirada no ha menester memoriales ni relaciones para llegar a los oídos del príncipe. El cual **por sí mismo** procura conocer a los sujetos"[1079].

En cualquier caso, ojos, odios y lengua debían colaborar para articular un buen gobierno o remediar el malo. En este sentido, la importancia de los consejos se puede ver también en aportaciones como las de Bermúdez de Pedraza (1585-1655). Este, en *El secretario del Rey* (Madrid, 1620), afirmaba que "De cada uno de estos Consejos se forma un vn cuerpo mistico, cuya cabeça es su Presidente, los consejeros sus miembros, y sus acciones el expidiente de los negocios que le tocan"[1080]. También es importante recordar en este punto lo que ya se ha dicho acerca de la obra de Fabrique Furió Ceriol (1527-1592) y sus reflexiones en torno a los consejeros[1081]. Así, a los conceptos de *cabeza* y *corazón* aparecidos en su obra, se puede añadir ahora el de los *ojos*:

> "Es el Concejo para con el Príncipe como casi todos **sus sentidos**, su **entendimiento,** su **memoria**, **sus ojos**, sus **oídos**, su **voz**, sus **pies** i **manos**: para con el pueblo es padre, es tutor **i curador**: i ambos, digo el Principe i su Concejo, son **Tenientes** de Dios acá en la tierra"[1082].

Coincide con muchas de las aseveraciones esgrimidas por Saavedra en sus *Empresas,* lo que confirma que la aplicación de esta metáfora no era novedosa. Ello no impide hablar de una mayor concreción médica a la hora de aplicarla en la obra del murciano. Es más, este no aplicó la categorización óptico-visual únicamente a los consejeros, pues los confesores reales también reciben ese apelativo en la misma empresa 55[1083]:

> "Estas calidades de los **ojo**s deben también concurrir en **los confesores** de los príncipes, que son sus consejeros, jueces y **médicos espirituales**: oficios que requieren sujetos de mucho celo al servicio de Dios y amor al príncipe (...)"[1084].

[1079] SAAVEDRA, 1999, pág. 628.

[1080] BERMÚDEZ, 1620, pág. 01.

[1081] FERNÁNDEZ-SANTAMARÍA, 1986, pp. 144-145.

[1082] FURIÓ, 1952, pág. 108.

[1083] LÓPEZ, 2008, pp. 235-292

[1084] SAAVEDRA, 1999, pág. 655.

Precisamente por ello, consideraba necesario que el confesor real estuviera presente en el Consejo de Estado. Sus propuestas en este punto se unen a otra, la cual se basó en la creación de un Consejo General con obligación de reunirse en Madrid cada diez años o, en su defecto, de unas Cortes compuestas por dos miembros de cada uno de los consejos territoriales[1085]. El objetivo era que organismos que funcionaban separadamente se unieran y funcionaran como uno solo, una propuesta centralizadora que encajaba con las que Olivares estaba llevando a cabo. Habla, así, de la creación de un *cuerpo* "más unido"[1086]. Su valoración de los confesores reales, por otra parte, llega hasta el punto de considerarlos como "médicos espirituales"[1087], cuestión de lo más relevante para comprender apartados posteriores y que Saavedra justifica aquí aludiendo a que "algunos conocen los pecados que cometen como hombres, pero no los que cometen como príncipes"[1088]. Esta última sentencia se relaciona con la persona mixta del rey, que en Saavedra también goza de un peso significativo. La justificación de la presencia de confesores en las Cortes (y de integrantes del estado eclesiástico) continúa, pues, afirmando que:

> "No solamente parece conveniente que se halle el confesor en el Consejo de Estado, sino también algunos prelados o eclesiásticos constituidos en dignidad, y que éstos asistan en las Cortes del reino, por lo que pueden obrar con su autoridad y letras, y porque así se unirían más en la conservación y **defensa del cuerpo los dos brazos: el espiritual y el temporal**"[1089].

Es este último fragmento una muestra del organicismo medieval, que Saavedra todavía tenía presente. En lo que se refiere a la labor del confesor, parece que las propuestas de Saavedra fueron escuchadas, pues no solo estos, sino en general las altas jerarquías eclesiásticas ocuparon, como se sabe, puestos en la administración del Estado y también en sus juntas y consejos[1090]. Algunos, incluso, aprovecharon su privilegiada situación para presentar memoriales y arbitrios de todo tipo. Un ejemplo conocido y estudiado recientemente es el del confesor del valido real (el conde-duque de Olivares), el jesuita Hernando Salazar (1577-1646)[1091]. Queda establecido, en cualquier caso, que

[1085] GIL PUJOL, 2012, pág. 90.

[1086] SAAVEDRA, 1999, pág. 655.

[1087] SAAVEDRA, 1999, pág. 655.

[1088] SAAVEDRA, 1999, pág. 655.

[1089] SAAVEDRA, 1999, pág. 655.

[1090] LÓPEZ, 2008, pp. 235-292.

[1091] NEGREDO DEL CERRO, 2002, pág. 173.

en el empleo de la metáfora organicista en Saavedra Fajardo los consejos ocupan el puesto de los *ojos*. De hecho, el murciano incidía en esta idea en la *Corona Gótica*:

> "no tiene un príncipe solo dos pies, dos manos, dos orejas y **dos ojos**, sino tantos como tienen sus ministros, por los cuales, ve, oye y obra; en que solamente ha menester la buena elección dellos y una asistencia general (...)"[1092].

La atribución a los consejos de las cualidades de los ojos, en definitiva, no es sino muestra de una visión profundamente arraigada en las concepciones políticas y culturales de su época, así como de la sofisticada relación que existía entre las ciencias y las artes del gobierno. Al considerar que, en esencia, los consejos son los sentidos del príncipe, Saavedra articula una jerarquía de funciones, quizá no novedosa, que recalca la importancia de la observación, el discernimiento y la comunicación para el correcto ejercicio del poder. Esta visión subraya sobre todo la importancia del conocimiento como fundamento de un gobierno sano, por lo que la alteración de su equilibrio interno es, como se verá, interpretado como una *enfermedad*.

7.2.1.1.Las enfermedades de los ojos

Vistas estas cuestiones, queda claro por qué el concepto de *enfermedad* vinculado con los sentidos se vuelve vertebral en el discurso saavedriano. En primer lugar, se debe a que, en la tratadística médica de la Edad Moderna, en general, los ojos eran observados como los indicadores de diversas afecciones. Ello se observa, por ejemplo, en *Remedio de cuerpos humanos y silua de experiencias* (Toledo, 1544) de Luis Lobera de Ávila, donde se hace mención del color de estos como síntoma de melancolía —"Las señales de la melancolía adulta son el color de los ojos"[1093]— pero, sobre todo, se debe atender a las funciones que desempeñaban los globos oculares y cómo estas se llevaban a cabo.

Volviendo a la tratadística política, en la empresa 55 se describe a un consejero imprudente como aquel que no sabe o no quiere guardar los secretos y cuyas acciones pueden desembocar en *daños* graves para el gobierno. Dice Saavedra en este punto que "son los labios ventanas del corazón, y en abriéndolos se descubre lo que hay en él"[1094], algo que se puede relacionar sobre lo que se decía acerca de la equiparación entre el rostro

[1092] SAAVEDRA, 2008 b, pág. 236.

[1093] LOBERA, 1544, pág. 19.

[1094] SAAVEDRA, 1999, pág. 647.

y el corazón. También hace referencia a aquellos consejeros ambiciosos que rivalizan con el resto y a aquellos que usan el consejo para cubrir sus aspiraciones. Actitudes, por cierto, de las que no estaba exento el valido (empresas 49 y 50). Advierte en este sentido que:

> "Dividió la Naturaleza la jurisdicción a cada uno de los **ojos**, señalándoles sus términos con una línea interpuesta. Pero no por eso dejan de estar ambos muy conformes en las operaciones, asistiéndose con celo tan recíproco, que, **si el uno se vuelve** a la parte que le toca**, el otro también**, para que sea más cierto el reconocimiento de las cosas, sin reparar en si son o no son de su circunferencia" [1095].

Saavedra describe aquí el movimiento de los ojos cómo podría haberlo hecho un anatomista como Juan Valverde de Amusco:

> "y por esso **quando obra vno solo de ellos**, bolbemos el ojo hacia aquel lado, mas hazia arriba o hazia baxo según que mouemos el mas alto o el mas baxo, quando **obran los dos** del vn lado, boluemos el ojo derechamente hazia aquel lado, quando todos juntos, si tiran alapar tenemos el ojo izquierdo y derecho (…)"[1096].

Galeno, por su parte, también tenía algo que decir a este respecto. Siguiendo los principios de la geometría euclídea, postuló algunos principios como, por ejemplo, que lo visto por un ojo no se ve en el mismo lugar por otro. Sus aportaciones las vertió en el libro X de *Del uso de las partes*, donde aseguraba que los globos oculares se mueven gracias a una serie de músculos que los rodean, siendo cuatro sus movimientos (hacia dentro, hacia la nariz, hacia fuera y "hacia el ángulo pequeño")[1097]. Aplicado al *cuerpo* político, Saavedra elogia la correspondencia existente entre los ministros para que estos, como *ojos* que son, sirvan a la correcta visualización de los negocios de la Monarquía—"Esta buena conformidad es muy conveniente en los ministros, cuyo celo y atención debe ser universal, que no solamente mire a lo que pertenece a su cargo, sino también al ajeno"—. Es por eso que considera dañina la actitud de ciertos ministros:

> "No hay parte **en el cuerpo** que no envíe luego su **sangre y sus espíritus** a la que padece, para mantener el individuo. Estarse un ministro a **la vista de los trabajos y peligros de otro ministro**, es **malicia,** es **emulación**, o **poco afecto** a su príncipe. Algunas veces nace esto del amor a la conveniencia y gloria propia, o por no aventuralla o porque sea mayor con el desaire del

[1095] SAAVEDRA, 1999, pág. 648.

[1096] VALVERDE, 1556, pág. 32.

[1097] GALENO, 2010, *Libro X*.

compañero. Tales ministros son buenos para sí, pero no para el príncipe. De donde resultan **dañosas diferencias** entre sus mismos Estados (…)"[1098].

Más allá de la mención de la sangre y los espíritus, tratada en apartados anteriores, se debe resaltar lo que se puede entender como un ministro egoísta (un *ojo* que no se mueve en sintonía con su compañero). Las acciones de este tienen que ver con el rédito propio (o el de su reino), lo que es entendido como algo perjudicial para la *salud* del *cuerpo* estatal por las diferencias que puede ocasionar entre los distintos Estados o *partes*. Por ello, recomienda el autor que los ministros y consejeros mantengan correspondencia, comunicándose las decisiones adoptadas por cada uno de ellos. La falta de esta es la principal *dolencia* que, para los *ojos*, se detecta en las descripciones de Saavedra Fajardo. Ello es un síntoma, volviendo a los tratados médicos, de oftalmía, aunque no se ha detectado una correspondencia clara entre la descripción de esta enfermedad en los consejos de Fajardo[1099]. En cualquier caso, si se lee el fragmento citado, se verá otra de las situaciones dañosas que se pueden dar relacionadas con los consejos, su multiplicidad:

> "Si bien son tan importantes al cuerpo **los ojos**, no puso en él la Naturaleza muchos, sino dos solamente, porque **la multiplicidad** embarazaría el conocimiento de las cosas. No de otra suerte, cuando es **grande el número de consejeros**, se retardan las consultas, el secreto padece y la verdad se confunde, porque se cuentan, no se pesan los votos, y el exceso resuelve; **daños que experimentan las repúblicas**"[1100].

Esta idea ya estaba presente en tratados políticos desde la centuria anterior. De este modo, Fabrique Furió Ceriol parece ser contrario a ella, pues en su *Concejo* incidía especialmente en la colectividad de tal institución o, mejor dicho, instituciones, ya que recomendaba que el número exacto de consejos que habían de servir al príncipe fueran siete (Hacienda, Paz, Guerra, Mantenimiento, Leyes, Pena y Mercedes)[1101]. Por su parte, las aportaciones de Juan Costa Beltrán (1548-1597) en su *Gobierno de Ciudadanos* (Zaragoza, 1584)[1102] establecían abiertamente que fueran muchos los que ocupasen el

[1098] SAAVEDRA, 1999, pág. 648.

[1099] LOBERA, 1544, pp. 41-43.

[1100] SAAVEDRA, 1999, pág. 648.

[1101] FURIÓ, 1952, pág. 110.

[1102] La obra se publicó por vez primera con el título de *El ciudadano* (Pamplona, 1575) y contó con otras dos ediciones en las que cambió tanto su morfología como su título. La segunda edición salió a la luz como *El regidor ciudadano* (Salamanca, 1578) y, la tercera, que es la que se menciona aquí como *Gobierno del ciudadano* (Zaragoza, 1584). Para más información consultar: GIL PUJOL, 2001, pp. 81-101.

consejo, si bien es cierto que él se refería a los que formarían un gobierno ciudadano y municipal[1103]. Más cerca parece estar Saavedra de las aportaciones de Juan de Madariaga (fallecido en 1619), quien en *Del senado y de su príncipe* (Valencia, 1617)[1104] recomendaba que los consejeros debían ser pocos y sabios, o Lorenzo Ramírez de Prado (1583-1658), que en su *Consejo y consejero de príncipes* (Madrid, 1617) elevaba la calidad de los estos sobre su número[1105].

Para todos ellos, en cualquier caso, se puede establecer una nota común, que no es otra que el entendimiento del consejero como un servidor público (bien de una colectividad, bien de un soberano)[1106]. Algo que es extensible también a la figura de los ministros en general. Es por esto que muchos pensadores consideraban a los consejos como la parte crucial de un todo, como una extensión de los *sentidos* del soberano. Ello, además, podría implicar un acercamiento al rey que, a su vez, podría reportarles, de caer en la gracia real, prebendas y mercedes. De ahí el hecho de que muchos de los que teorizaron sobre el sistema ocuparon puestos en alguno (incluido el propio Saavedra Fajardo). Por ello, la mayoría defendía el sistema polisinodial, aduciendo que podría liberar la pesada carga del gobierno al monarca:

> "También ha de dejar el príncipe a otros las diligencias y fatigas ordinarias, porque **la cabeza no se canse en los oficios de las manos y pies.** Ni el piloto trabaja en las faenas, antes sentado en la popa gobierna la nave con un reposado movimiento de la mano con que obra más que todos"[1107].

El presente fragmento (correspondiente a la empresa 57) no es más que otra de las muchas muestras que, solo en las *Empresas,* se pueden encontrar de una metáfora

[1103] ARANDA, 2017, pág. 152.

[1104] Aunque este fue el título original de la obra, la misma se intituló en su segunda edición como Gobierno *de Príncipes y de sus Consejos para el bien de la República con un tratado de los pontífices y prelados de España y de los grandes títulos y linages della; compuesto por un deuoto religioso que por su humildad no se nombra* (Valencia, 1626). Como se ha insistido a lo largo de esta tesis, la censura y el prestigio de los autores dependía en buena medida de las opiniones que vertieran en sus obras. En este sentido, algunas aportaciones para el caso de Madariaga han interpretado este cambio como una adaptación a la situación política del momento en el que le tocó vivir. Así, su marcado neoestoicismo y otras cuestiones, le llevaron, quizá, a prescindir incluso de su nombre en la publicación de la obra. Para saber más información consultar: SANTOS, 2009.

[1105] ARANDA, 2017, págs. 138 & 143.

[1106] YAÑEZ, 2010, pág. 371.

[1107] SAAVEDRA, 1999, pág. 667.

organicista aplicada para la justificación del sistema polisinodial. Esta, incluso, podría aplicarse a otra figura distinta a la de los consejeros, pero que evolucionó en parte a partir de estos. De este modo, a pesar de que esta empresa no trata específicamente sobre la figura del valido, se puede decir que sus conclusiones al respecto de los consejeros se unen en cierto sentido a las de las empresas 49 (*Lumine solis*) y 50 (*Iovi et Fulmini*), que sí que lo hacen. En estas Saavedra se muestra partidario del valimiento, algo que no es de extrañar dada su vinculación con don Gaspar de Guzmán y que contrasta con las opiniones de otros autores de su tiempo que, como Palafox de Mendoza (1600-1659), se oponían enérgicamente a su existencia[1108].

En la empresa 49, comienza a tratar la cuestión justificando, haciendo uso de la historia, la necesidad del valimiento, vinculándolo con la prudencia, la prevención y la *salud*. En este sentido, si este era necesario o recomendable, la siguiente reflexión gira en torno a quién debía ostentar el cargo, es decir, la persona ideal para desempeñar estas labores en función de determinadas características. Entre estas, tiene en cuenta el autor al linaje —"Siendo pues, fuerza repartir este peso del gobierno, natural cosas es que tenga alguna parte la afición o confrontación del sujeto"[1109]—; una cualidad que se puede considerar como humildad resolutiva —"que sin divertimento asista, sin ambición negocie, sin desprecio escuche, sin pasión consulte y sin interés resuelva"[1110]— y una serie de actitudes propias de la utilidad pública. También recomienda que el peso del cargo recaiga en uno solo, por el peligro de que el valimiento de muchos caiga en la emulación. Considera Saavedra, en este sentido, que la labor de un solo ministro principal podía *digerir* eficientemente las materias o asuntos del Estado[1111].

Empleo no tan extraño del organicismo que equiparaba las funciones del *estómago* a ciertos ministros del rey y que convive con otra metáfora no menos importante: la equiparación del valido con la *luna* que, en ausencia del *sol* (el rey) emite una luz que no es propia, sino que proviene de este último. Se vuelve de este modo a una cuestión tratada en líneas anteriores: las referencias astronómicas combinadas con el empleo del organicismo. Se advierte de que el valimiento puede tornarse en un *mal* para el Estado si este se traduce en una acumulación excesiva de poder por parte del ministro

[1108] GIL PUJOL, 2016, pág. 38.

[1109] SAAVEDRA, 1999, pág. 583.

[1110] SAAVEDRA, 1999, pág. 584.

[1111] SAAVEDRA, 1999, pág. 583

principal que llegue, incluso, a eclipsar al del propio monarca—"Peligroso está el corazón del príncipe en la mano de un vasallo a quien los demás respetan por su sangre y por el poder de sus Estados"[1112]—. *Daño* vinculado con la murmuración, por lo que Saavedra recomienda no dar excesiva autoridad y responsabilidad al privado, ya que, a decir del murciano, el valido es la sombra del rey y no su cuerpo[1113].

Mayor complejidad, extensión y reflexión en torno al valido y su cargo se alcanzan en la empresa 50 (*Lovi et fulmini*). Esta comienza con su figuración como una montaña que, más cercana a la gracia real, también lo está a su ira, por lo que pasa a describir las formas en las que el poder del primero puede declinar, algo que se enmarca en la línea de ese pesimismo antropológico del que se ha hablado —"Y en llegando a lo sumo de las cosas, es fuerza caer"[1114]—. En este sentido se mencionan y describen algunas de las actitudes que en otras empresas Saavedra describe como enfermedades del ánimo, tales como la emulación, la envidia o la indolencia[1115]. A estas, consideradas como *escollos* que rompen "la nave del valimiento"[1116], se unen situaciones en las que el ministro principal acapara más reconocimiento que el propio rey; la simonía administrativa; las envidias generadas en la Corte; las alianzas con extranjeros y, en definitiva, una situación en la que este acumule tanto poder que genere en el soberano una indolencia y desapego a sus funciones, situación que considera Saavedra como perjudicial:

> "Todas estas artes resultan en grave daño de la república y de la reputación del príncipe, en que viene a pecar más quien con ellas procura su gracia que quien le ofende, porque para la ofensa se comete un delito, para el **valimiento** muchos. Y estos siempre tocan al honor del príncipe y son contra el beneficio público. Mucho se ofende a la república con la **muerte violenta del príncipe**. Pero al fin se **remedia** luego con el **sucesor**. Lo que no puede ser cuando, dejando vivo al príncipe, le hacen con semejantes artes incapaz e inútil para el gobierno: **mal** que dura por toda su vida, con **gravísimos daños** del bien público"[1117].

Las reflexiones en torno al poder del valido pueden recordar a los escritos de Juan de Mariana y sus cavilaciones en torno al tiranicidio. Lo cierto es que Saavedra cita aquí a Tácito, concretamente el libro XV de sus *Annales,* para describir, quizá incluso

[1112] SAAVEDRA, 1999, pág. 585.

[1113] SAAVEDRA, 1999, pág. 586.

[1114] SAAVEDRA, 1999, pág. 588.

[1115] SAAVEDRA, 1999, pág. 591.

[1116] SAAVEDRA, 1999, pág. 593.

[1117] SAAVEDRA, 1999, pág. 599.

denunciar, la excesiva acumulación de prerrogativas a la que habían llegado algunos de ellos. Como es sabido, la figura de la corrupción e ineficacia se ha vinculado historiográficamente al duque de Lerma. Algo que también se puede extraer de las obras de alguno de los pensadores políticos que le fueron coetáneos. En este caso, el autor de las *Empresas* describe una escena profética, en donde la confianza del rey hacia su primer ministro cae y este ha de retirarse perdiendo el apoyo de todos sus aliados.

Pero lo interesante aquí es el empleo de la idea de *enfermedad* para tal descripción—"una vez enferma la gracia, muere, sin que haya remedio con que pueda convalecer"[1118]—. Se trata esta de una sentencia que entra en contradicción con otra esgrimida pocas líneas después —"porque, aunque enferme la gracia, convalece después con el desengaño y queda más fuerte"[1119]—. Se observa, en cualquier caso, que el concepto de *enfermedad* no se aplica al Estado, sino al favor real y al valimiento. Por ello, estas empresas las dedica el autor a intentar, no impedir, sino retrasar lo más posible la caída del privado, pues considera este hecho inevitable.

La fuerza y significado del ministro principal en las *Empresas* tiene que ver, pues, con la del auxilio a la figura del príncipe. Algo parecido a lo que pasaba con los consejos. En este sentido, se puede mencionar que este papel tenía su manifestación artística en representaciones iconográficas de su figura. En estas solía aparecer siempre en apoyo de las acciones reales[1120]. De este modo, es una cuestión pendiente resolver qué funciones cubría este desde el punto de vista del organicismo saavedriano. En esta línea, considera Saavedra que el "valimiento es una enajenación de la Corona"[1121] y, por lo tanto, no se le puede considerar como el *corazón* de su Estado ni como su *cabeza*. A razón de don Diego, y volviendo a la empresa 57:

> "el príncipe no ha de vivir descuidado y ajeno de los negocios, aunque tenga ministros muy capaces y fieles; porque el **cuerpo de los Estados es como los naturales, que, en faltándoles el calor interior del alma**, ningunos remedios ni diligencias bastan a mantenellos, o a sustentar que no se corrompan. **Alma es el príncipe de su república**, y para que viva es menester que en alguna manera **asista a sus miembros y órganos**"[1122].

[1118] SAAVEDRA, 1999, pág. 601.

[1119] SAAVEDRA, 1999, pág. 603.

[1120] MÍNGUEZ, 2016, pp. 69-91

[1121] SAAVEDRA, 1999, pág. 607.

[1122] SAAVEDRA, 1999, pág. 667.

El rey era el *alma* de su Estado, su *corazón*, y la falta de este o su ensombrecimiento por otros elementos traía inevitablemente el fin de la vida del *cuerpo* político. Por otra parte, del vocablo "digerir" mencionado más arriba se infiere que el valido puede ser equiparado con alguno de los órganos implicados en la digestión, el *hígado* o el *estómago*. Ambos son mencionados en las *Empresas* y en *Razón de Estado del rey católico don Fernando*. En esta última se encuentra la siguiente reflexión en torno al ministro principal:

> "Grave es el peso de la monarquía para los hombres de un rey solo; y habiendo de repartirse entre muchos ministros, más conforme es al orden natural, y de menos inconvenientes y confusión, que, reducido a unidad, caiga sobre uno, el cual vele sobre los demás; **por quien pasen al príncipe digeridas las materias,** y en quien esté sustituido el cuidado, no el poder; las consultas, no las mercedes; las cuales siempre se reciban del rey"[1123].

La importancia de este fragmento es doble, pues es uno de los que se puede encontrar textualmente en las *Empresas* (concretamente en la empresa 49)[1124]. Se trata de una defensa del valimiento de la que se extrae un conocimiento de medicina galénica por parte de Saavedra Fajardo. Como ya se ha dicho, la digestión de los alimentos producida en el estómago se entiende como el punto de arranque del proceso que da lugar a la creación de la sangre[1125]. Es por esto que se podría entender, en este punto, al valido como el *estómago* de la República, si bien parece que ese papel era propio, como se verá, del secretario. Por otra parte, se advierte aquí que la función del valido era auxiliar al monarca y en ningún caso sustituirlo. Esta es una advertencia que Saavedra repite varias veces y que puede ser objeto de reflexión, pues abre interrogantes en torno al tirano y la dignidad real. Y en esa advertencia, una vez más, se encuentra un fragmento literal entre la *Razón de Estado* y las *Empresas*:

> "**Un sol da luz al mundo, y cuando tramonta**, y en su lugar, han de presidir la luna y las estrellas, del sol reciben la luz, y dél reconoce el mundo, y no dellas"[1126].

[1123] SAAVEDRA, 2008 a, pág. 193.

[1124] SAAVEDRA, 1999, pág. 583.

[1125] ESCOBAR, 2006, pág. 201.

[1126] SAAVEDRA, 2008 a, pág. 193.

> "**Un sol da luz al mundo, y, cuando tramonta**, deja por presidente de la noche, no a muchos, sino solamente a la luna, y con mayor grandeza de resplandores que los demás astros, los cuales como ministros inferiores le asisten"[1127].

Estos fragmentos vuelven, como ya se había visto en apartados anteriores, a otorgar al valido el rango de *luna* en el *cosmos* de la Monarquía Hispánica. Se entiende de todo esto a este como un consejero principal, un hombre de confianza del rey cuyas funciones orgánicas no terminan de especificarse, pero de cuya lectura se puede entender sus sinergias con los *ojos* (los consejos) y el *estómago* (el secretario). Tal vez por el continuo contacto que el ministro principal debía mantener con estas dos instituciones. Los textos de Saavedra Fajardo, revelan una profunda reflexión sobre el papel de los consejeros y los validos dentro del gobierno, utilizando metáforas para ilustrar las funciones de ambos y los riesgos a estas asociadas. A través de comparaciones con *órganos vitales* del *cuerpo* político, al privado se le describe como un apoyo fundamental que, sin embargo, no debe acumular excesiva influencia o poder por los daños que esta pueda ocasionar. Una parte importante de estos venía de la actitud hacia el rey, tanto de los consejos como del ministro principal que, según advertía Saavedra, podían enfermar el gobierno a través de los oídos del príncipe.

7.2.2. Los oídos

Si los consejos eran los ojos, es necesario desentrañar quiénes o qué representaban los oídos. Así, cuando en las *Empresas* se los menciona, casi siempre se vincula con la persona del príncipe, y no con una parte de la administración, aunque, por otra parte, en empresas como la 55, los oídos son equiparados con los consejos. En las demás obras de Fajardo examinadas al respecto, el concepto no parece tener gran relevancia. En esta línea, se pueden distinguir dos formas de referirse al sentido auditivo: la primera se asocia con actitudes perjudiciales del príncipe y sus ministros, como la adulación y la lisonja; mientras que, por otro lado, también se vincula con una actitud dañina practicada por el pueblo: la murmuración, por lo que el tratamiento que recibe este vuelve a ser negativa[1128]. Se trata de una cuestión que ya se abordó en apartados anteriores que relacionaban el ideario saavedriano con Justo Lipsio. En general, se considera al pueblo como un sujeto inconstante, propenso a los rumores y habladurías. Estas pueden resultar

[1127] SAAVEDRA, 1999, pág. 583.

[1128] GÓMEZ, 2008, pág. 187.

especialmente graves para la *salud* de la república y, paradójicamente, también beneficiosas.

> "Y así, aunque la **murmuración** es en sí mala, es buena para la república, porque no hay otra fuerza mayor sobre el magistrado o sobre el príncipe (…). Ningunos consejeros mejores que las **murmuraciones**, porque nacen de las **experiencias** de los **daños.** Si las oyeran los príncipes, acertarían más. No me atreveré a aproballas en **las sátiras y libelos**, porque suelen exceder de la verdad, o causar con ellas escándalos, **tumultos y sediciones**"[1129].

Pertenece este fragmento a la empresa 14 (*Detrahit et decorat*). En ella, Saavedra equipara la murmuración con la *tijera* o la *lima* por servir esta, como sirven estos instrumentos, en perfeccionar las obras. Así, entiende que "lo que no alcanza a contener o reformar la ley, se alcanza con la murmuración". En contraste, coloca a la lisonja como algo perjudicial, ya que provocará "que no llegue a los oídos del príncipe lo que se murmura dél". Se plantean de este modo dos ideas opuestas que se consideran inevitables (las alabanzas y las murmuraciones) y que ponen sobre la mesa conceptos corpóreos como los *oídos* y el *corazón*:

> "Por las alabanzas y murmuraciones se ha de pasar, sin dejarse halagar de aquéllas ni vencer déstas. Si se detiene el príncipe en las **alabanzas** y les da **oídos**, todos procurarán ganalle el **corazón** con la **lisonja**. Si se perturba con las murmuraciones, desistirá de lo arduo y glorioso, y será **flojo en el gobierno**"[1130].

La aparición del término *oído* se relaciona con la figura física del príncipe y no con su gobierno. Además, se observa que uno de los *daños* asociados, la lisonja, afecta al Estado en su totalidad. Entendida también como un daño por autores como Quevedo[1131], aparece nuevamente en la empresa 48, donde se describe a los lisonjeros como enemigos domésticos de los príncipes y a la lisonja como una fuerza destructora comparada con las *polillas*, la *carcoma*, el *veneno* y la *lepra*. La figura de la empresa, en este sentido, es el *estelión*, animal que también se compara con el lisonjero[1132]. En líneas posteriores, se utiliza la historia para fundamentar las argumentaciones y recomendaciones destinadas a proteger al príncipe de los lisonjeros, y se reflexiona sobre la importancia de que el

[1129] SAAVEDRA, 1999, pág. 302.

[1130] SAAVEDRA, 1999, pág. 304.

[1131] En las primeras ediciones de la *Política de Dios* se habla de "lisonjas venenosas" que cercaban los oídos del rey y llevaban a la perdición de la República. Para más información consultar: FERNÁNDEZ, 2013, pp. 551-576.

[1132] SAAVEDRA, 1999, pág. 567.

príncipe conozca los libelos políticos, independientemente de su contenido. En este punto, también se hace referencia a los órganos visivos del príncipe:

> "Procure también el príncipe que lleguen a **sus ojos** los **libelos inflamatorios** que salieren en contra él; porque si bien los dicta la malicia, los escribe **la verdad**, y en ellos hallará lo que le encubren los cortesanos, y quedará escarmentado en su infamia"[1133].

Poco después, se compara la lisonja con un *espejo* engañoso que no ofrece la imagen real del príncipe, sino la que él quisiese de sí mismo. Se ve a esta como algo perjudicial y venenoso para el gobierno. Esto también se refleja en las reflexiones de Juan de Mariana en *Del rey y de la institución de la dignidad real*. En el segundo capítulo de esta obra, el jesuita afirma que:

> "grande es cerca de todos los príncipes la escasez de la verdad; porque ¿qué lugar habrá para ésta entre las continuas lisonjas de los cortesanos, entre e fraude y la mentira de su servidumbre, que todo lo refiere a su propio provecho?"[1134].

En este punto el jesuita expone las ventajas que puede tener el gobierno de muchos sobre el de uno, aunque él se decantaba por el segundo. Para combatir la lisonja al rey como algo que se puede tornar en un *mal* de Estado, este autor no descarta una conveniencia de un gobierno de varios, donde la lisonja y los engaños no puedan surtir efecto[1135]. Por su parte, Saavedra Fajardo ofrece diversas recomendaciones, como premiar a los ministros y consejeros que digan la verdad abiertamente. No obstante, también advierte que "decir verdades más para describir el mal gobierno que para que se enmiende es una libertad que parece advertimiento, y es murmuración"[1136]. Considera esta acción tan perjudicial como la lisonja, y ve a ambos extremos como totalmente descartables en una situación donde los oídos del príncipe vuelven a aparecer como los conductores de ese *mal* del gobierno:

> "No **lisonjear** algo es acusallo todo. Y así no es menos peligroso en un gobierno desconcertado no adular nada que adular mucho. **Desesperada de remedio quedaría la república**, inhumano sería el príncipe, si ni la verdad ni la lisonja se le atreviesen. **Áspid** sería, si cerrase los oídos al halago de quien discretamente le procura obligar a lo justo"[1137].

[1133] SAAVEDRA, 1999, pág. 569.

[1134] DE MARIANA, 1845, pág. 30.

[1135] CENTENERA, 2009, pág. 292.

[1136] SAAVEDRA, 1999, pág. 566.

[1137] SAAVEDRA, 1999, pág. 567.

La mención del *áspid* marca fuertemente el pesimismo antropológico de este autor[1138]. El origen del daño se encuentra en los malos consejeros y los malos ministros. En esta línea, si los consejeros habían de ser pocos o muchos, según los distintos autores, los ministros debían ser, sobre todo, buenos (primaban las reflexiones cualitativas y no las cuantitativas). Esta es una idea presente en Saavedra, pero también, por ejemplo, en Francisco de Quevedo, que en el capítulo 9 de su *Política de Dios y gobierno de Cristo* (Zaragoza, 1626) apostaba por el castigo público para estos, pues, "peor es permitir mal médico que las enfermedades"[1139]. Por ello, no ha de extrañar que las reflexiones en torno al valimiento salgan a colación a este respecto. En este sentido, en la empresa 50, que está dedicada al valido, se hace referencia a una de las situaciones dañosas que se pueden derivar del mal (o nulo) uso de los oídos del príncipe:

> "Impresa una vez esta buena opinión de la fineza del valido en el príncipe, se persuade a que ya no puede faltar después, y se deja llevar de sus **consejos**, aunque sean perniciosos (…). De aquí nacen todos los **daños**; porque el príncipe cierra los **oídos** al desengaño con la fe concedida, y él mismo enciende la **adoración al valido**, permitiendo que se le hagan honores extraordinarios. (…). Pasa luego el susurro de los favores de unas **orejas** a otras, y dél se forma el **nuevo ídolo**. Este culto le hace arrogante y codicioso para sustentar la grandeza: vicios ordinarios de los poderosos. Olvidase el valido de sí mismo, y se caen aquellas buenas calidades con que empezó a privar; como postizas, sacando la prosperidad afuera los vicios que había celado el arte"[1140].

Se describe aquí una situación en la que el valido acumula excesivo prestigio y admiración, hasta el punto de encubrir la gloria del principado. Uno de los daños vinculados a la murmuración y que nace de la desvinculación del monarca con sus deberes o la excesiva confianza depositada en el privado. Relacionado con esta cuestión se encuentran las reflexiones en torno a la necesidad de que este se encuentre presente (con sus ojos y oídos) frente a sus vasallos. Algo de lo que ya se ha tratado en apartados referentes al *corazón* y los *ojos* y que aquí adquiere el mismo significado—"no ha menester memoriales ni relaciones para llegar a los oídos del príncipe"[1141]—.

Volviendo al empleo del concepto de *enfermedad*, en la empresa 8 (*Prae ogulis ira*) se relaciona a las orejas con una de las enfermedades del ánimo: la irá. En ella vuelve a aparecer la metáfora de la *polilla* en referencia a algo que corroe la imagen del príncipe;

[1138] GONZÁLEZ, 2008, pág. 19.

[1139] QUEVEDO, 1702, pág. 46.

[1140] SAAVEDRA, 1999, pág. 595.

[1141] SAAVEDRA, 1999, pág. 628.

mientras que en la ya vista empresa 13 se compara la convalecencia de los príncipes (entiéndase *enfermedad*) como la de unos *pulmones* dañados. Anteriormente se ha hecho referencia al empleo de esta metáfora resaltando la importancia de estos órganos, ahora toca recalcar a los sentidos de la vista y del oído. Del fragmento se infiere, además de lo ya dicho, que el príncipe malo es aquel que ni ve ni oye los consejos de sus ministros.

Otra enfermedad del ánimo vinculada con los órganos auditivos es la *envidia*, la cual está a su vez relacionada con las mercedes que pueda otorgar el príncipe y con las murmuraciones que a ellas le acompañan (empresa 14). A estas se une la *lisonja* como medio por el que se "levantan las pasiones y los afectos del ánimo"[1142], por lo que se puede decir que cuando estos conceptos aparecen se está haciendo referencia a *enfermedades* o causas que las provocan. Ellas están a su vez vinculadas con los ministros y consejeros y, en fin, con las personas que rodean al monarca que ha de saber encontrar *remedios* que, en algunas empresas, se basan en "no dalles oídos"[1143]. Sentencia que entra en contradicción aparente con la que se desarrolla en la empresa 39 (*Omnibus*):

> "La naturaleza puso puertas a los **ojos** y la **lengua**. Y dejó abiertas las **orejas** para que a todas horas oyesen. Y así, no las cierre el príncipe, oiga benignamente. Consuele el premio con la esperanza, porque ésta suele ser parte de satisfacción con que se entretiene el mérito"[1144].

La diferencia está en que aquí se está haciendo referencia, no a las murmuraciones o rumores, sino a las necesidades del pueblo. En otro momento de las *Empresas* se recomienda al príncipe "cerrar las orejas al encanto"[1145]. Esta idea se encuentra en la empresa 43, aquella que recomendaba la disimulación valiéndose de la metáfora del león y la raposa. Saavedra relaciona esta acción con la prudencia, a la "defensa propia" y no al "daño ajeno", por lo que se la puede vincular con una especie de prevención. En cualquier caso, queda claro que la aparición de los oídos (o las orejas) desempeña papeles contrarios en el discurso saavedriano, lo que subraya la complejidad que para él tenía la gestión del poder y la delicada tarea del príncipe en equilibrar la apertura de los consejos con la protección contra los engaños y las murmuraciones. La interpretación de los oídos como receptores de tanto alabanza como crítica revela la importancia de discernir entre la verdad y la falsedad, así como la necesidad de evitar la influencia destructiva de la

[1142] SAAVEDRA, 1999, pág. 552.

[1143] SAAVEDRA, 1999, pág. 306.

[1144] SAAVEDRA, 1999, pág. 499.

[1145] SAAVEDRA, 1999, pág. 527.

lisonja y la envidia. En definitiva, la obra pone de relieve que una gestión eficaz del poder requiere no solo de una buena recepción de los consejos, sino también de un firme rechazo a las actitudes perjudiciales que pueden corroer la integridad del gobierno.

7.3.El estómago

De la misma manera que los oídos deben ser cautelosos en la recepción de los consejos y en la resistencia a los engaños, el estómago, como órgano clave en el *cuerpo* político, representa las funciones esenciales del secretario, por lo que se puede decir que sus funciones están relacionadas con los *ojos*. Esto se ve en la empresa 56 (*Qui a secretis ab ómnibus*), en las *Indispositione Generale della monarchia di Spagna* y en la *República Literaria.* En la primera se eleva su importancia a través de distintas metáforas que, más allá de su equiparación con este órgano, lo comparan también con la *mano* de la voluntad del príncipe, un *instrumento* de su gobierno o un *boticario*[1146]. Tal es su relevancia, que de su ineficiencia o inexperiencia se pueden derivar las más graves *enfermedades* del Estado. Es en este sentido en el que aparece la metáfora del *boticario*:

> "Tienen los **boticarios** recetas de varios **médicos** para diversas **curas**. Pero las errarían todas si, ignorantes de la **medicina**, las aplicasen a las **enfermedades** sin el conocimiento de sus **causas**, de la complexión del **enfermo**, del tiempo, y de otras circunstancias que halló la experiencia y consideró el discurso y especulación. Un mismo negocio se ha de escribir diferentemente a un **ministro flemático** que a un **colérico**; a un **tímido** que a un **arrojado**"[1147].

La comparación entre las funciones del secretario y las del *boticario*, es decir, "el que vende las drogas y las medicinas"[1148] no debe pasarse de largo si se tiene en cuenta que las leyes eran entendidas como las *medicinas* del Estado, y si se recuerda que el príncipe era considerado el *médico* del mismo en algunas de las obras de temática política más relevantes del mundo hispánico[1149]. En el caso de Saavedra, parece que la relación entre ambos (secretario-rey; boticario-médico) debía ser eficiente para garantizar la eliminación de los *males* del cuerpo. Tampoco debe dejarse de advertir cómo Saavedra habla de los distintos temperamentos de los ministros (cuestión que se tratará en próximos apartados) y de cómo la diversidad de estos debe de ser tenida en cuenta por el secretario.

[1146] GIL PUJOL, 2016, pág. 38.

[1147] SAAVEDRA, 1999, pág. 660.

[1148] COVARRUBIAS, 1611, pág. 140.

[1149] CRESPO, 2018, pp. 299-313.

Parece, pues, que el papel de este era prescribir distintas *recetas* que divergieran según los temperamentos de los ministros y las situaciones a resolver. Esa era su función como *boticario*, pero sus funciones como *estómago* también son descritas. Así, se debe resaltar en primer lugar la aparición de esta metáfora en las *Empresas*:

> "Pero ocultos y atribuidos a los **Consejos**, como a la **enfermedad** las **curas erradas** del **médico**. Puede gobernarse un príncipe con malos ministros, pero no con un **secretario inexperto**. **Estómago** es donde se **digieren los negocios**. Y si salieren dél **mal cocidos**, será **achacosa y breve la vida del gobierno**"[1150].

En las *Indispositione* le atribuye las mismas funciones:

> "La **primera digestión** de los negocios la hacen los **ministros mayores**, pero son **los secretarios** los que digieren y cuecen, haciendo el oficio **de estómago** de la república, y si la sustancia se mantiene indigesta y mal cocida tras ellos, entonces genera **enfermedades incurables**"[1151].

Y también en la *República Literaria*:

> "Y porque ningún **cuerpo** del reino o República se puede mantener **sano**, aunque su **cabeza** sea de buen consejo, y estén perfectamente organizados sus **miembros**, si el **estómago**, que es el **secretario,** no fuere tan robusto que sin i**ndigestiones** de despachos **cueza** bien las materias, y con prácticas y conocimiento suministre a cada una de las partes la sustancia que ha menester (…)"[1152].

La referencia a ministros mayores vuelve a dar, quizá, un papel al valido en el proceso de cocción y digestión de los asuntos del gobierno. En este sentido, hay que resaltar la relación establecida entre los consejeros y el secretario del primer y tercer fragmento como una posible evidencia de una misma autoría. En ambos parece estar recordando el papel del segundo en el sistema de consejos de la Monarquía Hispánica. La equiparación que con el *estómago* realizan los tres, en cualquier caso, convierte a este en algo fundamental o, lo que es lo mismo, en un *órgano vital* sin el que el *cuerpo* político no sobreviviría. De este modo, se observa como todos hacen uso de la metáfora organicista. Algo que no era novedoso, pues ya había sido empleado por otros autores. En esta línea, y en una época no muy lejana al contexto inmediato de estas obras, se puede resaltar a personalidades como Fernández de Navarrete, que equiparó a este órgano con la plebe y no con el secretario. Este, enmarcado en el pensamiento arbitrista, hacía esta

[1150] SAAVEDRA, 1999, pág. 660.

[1151] SAAVEDRA, 2008 a, pág. 123.

[1152] SAAVEDRA, 2006, pág. 247.

consideración en su *Conservación de Monarquías* (Madrid, 1626)[1153]. Tal equiparación la hacía Navarrete para denunciar la difícil situación económica que atravesaba la Monarquía, proponiendo un remedio suave que no debilitara al pueblo (el *estómago*), que no era otro que los donativos voluntarios de las fortunas más grandes[1154].

Y es que, como ya se clarificó en el apartado correspondiente, las metáforas organicistas adquieren morfologías y equivalencias distintas según la época, incluso según los autores. En lo que se refiere a las menciones al *estómago,* parece que su origen como metáfora política es muy anterior, pues hay que considerar como una de sus primeras manifestaciones a la *Fábula de Memenio Agripa,* contenida en la obra *Ad urbe condita* (II, 32, 8-12) de Tito Livio[1155]. Como ya se ha dicho, en esta obra el romano comparaba las funciones del *estómago* con las del Senado, pues este era el encargado de distribuir la sustancia por el resto del *cuerpo* político. Algo, por otra parte, poco habitual en el empleo de la metáfora organicista si se ve desde una perspectiva histórica general, pues la mayor parte de las veces que se hace alusión al *estómago* suele vincularse con el pueblo o los estratos más bajos de la sociedad.

Otra muestra no tan lejana se encuentra en la *Vita spiritualis* de Nicolás de Cusa (1401-1464), que hacía responsable al emperador de la curación de las enfermedades del *cuerpo* político mediante un método que incluía la participación del *estómago*, encargado de la digestión y distribución de las *medicinas* (resoluciones) que este, como *médico* de su Estado, determinara[1156]. Tampoco se deben olvidar las referencias a este órgano en el *Memorial* de Cristóbal Pérez de Herrera, tratado anteriormente y, finalmente, se debe mencionar la documentación relativa a la administración del Estado, donde es posible encontrar también un empleo de la metáfora organicista. Así, aunque esta no ha sido estudiada persiguiendo un estudio concreto al respecto, recientes investigaciones han dado con el empleo de esta. Concretamente, se han estudiado los memoriales de Cortes de Castilla elaborados en respuesta a la política financiera de Felipe II. En estos

[1153] El nombre completo de la obra es *Conservación de monarquías y discursos políticos sobre la gran consulta que el Consejo hio al serñor rey don Felipe Tercero.*

[1154] FORTEA,1998, pág. 173.

[1155] MARTÍNEZ, 2006, pág. 03

[1156] ROSA DE GEA, 2010, pág. 86.

documentos se hace referencia a la contratación como un *estómago* que nutre a todo el *cuerpo* político cuando está sano y que enferma de *malos humores* si no lo está[1157].

Se debe comprobar también si la utilización de este concepto en Fajardo se explica, aun en parte, a sus conocimientos médicos que, como se viene defendiendo hasta ahora, estaban influenciados por el galenismo. Así, fue Galeno quien en su *Sobre las facultades de los alimentos* brindó una descripción del proceso digestivo que, en realidad, eran tres digestiones distintas o, si se prefiere, una digestión dividida en tres fases. De este modo creía Galeno que los alimentos experimentaban su transformación en quilo (alimento purificado) en el estómago, lo que constituiría la primera digestión; la segunda tendría lugar en el hígado, que transfigurarían este quilo en los distintos humores; finalmente, la tercera digestión se produciría cuando a través de la sangre la sustancia producida se distribuiría por todo el cuerpo transformándose en una materia propia de cada parte[1158]. Este proceso se puede detectar en los fragmentos que se han citado, por ejemplo, en la *República Literaria* se dice que el secretario (el *estómago*) debe cocer las materias y suministrar "a cada una de las partes la sustancia que ha menester"; mientras que en la *Indispositione* se habla de la primera cocción de los alimentos en un modo similar al que se podría encontrar en tratados de anatomía de la época:

> "En quanto a la anthomia del **estomago** conviene entender que naturaleza hizo el **estomago** para vaso donde se **cueze de primera instancia** la vianda necesaria para el mantenimiento de todo **el cuerpo**"[1159].

El fragmento, perteneciente al *Libro de anatomía del hombre*, hace alusión al estómago como lugar de primera cocción. Es muestra, pues, de cómo el galenismo seguía vigente a la hora de describir el proceso digestivo[1160]. Algo que se percibe incluso en la obra de Vesalio, *De Humani Corporis Fabrica*[1161]. Así, a lo dicho por Bernardino

---

[1157] MIRANDA, 2015, pág. 119.

[1158] PINO, 2016, pág. 183.

[1159] MONTAÑA, 1551, pág. 48.

[1160] La Universidad de Valladolid, en donde impartía sus clases Montaña, se había desmarcado del vesalianismo prácticamente desde el principio. En este contexto, menos de veinte años después de la aparición de la *Fabrica* de Vesalio (1543) Alfonso Rodríguez de Guevara daba a conocer su *In pluribus ex iis quibus Galenus impugnatur ab Andrea Vesalio Bruxelensi in constructione et usu partium corporis humani, defensio: et nonnullorum quae in anatome deficero videbantur supplementum* (Coímbra, 1559). En esta obra refutada y contradecía las consideraciones que, sobre Galeno, había esgrimido el belga. Línea que seguiría el médico barcelonés.

[1161] LAÍN, 1948, pp. 85-147; VESALIO,1997, pág. 334 y siguientes.

Montaña de Monserrate (1551), se podrían añadir las consideraciones de Juan Valverde de Amusco (1556), quien también consideraba al estómago como el lugar donde se cocina los alimentos—"enel (como en vn calderon o olla) se cueze la vianda para todo el cuerpo"[1162]— y otros muchos autores médicos de la época.

Todo esto podría indicar varias cosas. Primero, que Saavedra fue heredero del organicismo al considerar al *estómago* como un agente distribuidor de materias, si bien es cierto que este autor hace referencia al secretario y no al pueblo u otros elementos. Por otro lado, es importante valorar la posibilidad que, en el empleo de dicha metáfora, Saavedra se valiera de aportaciones médicas, algo que parece plausible a la luz de los textos estudiados.

Se puede decir que la comparación que Saavedra hace del estómago con el papel del secretario en el *cuerpo* político subraya la importancia crítica de esta figura en la estabilidad y *salud* del Estado. A través de las metáforas utilizadas, se refleja la visión de que una administración eficiente depende tanto del procesamiento adecuado de los asuntos de gobierno como de la capacidad de adaptar las decisiones a las diversas circunstancias y temperamentos de los ministros. La riqueza de estas metáforas, además de demostrar la influencia del pensamiento galénico, resalta cómo el autor incorpora tradiciones anteriores en su análisis político, subrayando la complejidad de la función administrativa y la responsabilidad vital del secretario para la preservación del Estado.

[1162] VALVERDE, 1556, pág. 61.

14. Las enfermedades de la República

De la vivisección que de la Monarquía realiza Saavedra Fajardo en las *Empresas* se pueden inferir sus enfermedades. A esto hay que añadir un conjunto de circunstancias y situaciones que él mismo consideraba como tales en su *Indispositione generale della monarchia di Spagna*, así como la descripción de la crisis hispánica presente en otras de sus obras. Es especialmente importante destacar cómo algunas de estas *enfermedades* son descritas en las dos obras mencionadas, es decir, cómo ambas coinciden en determinar ciertos orígenes y posibles curas. De este modo, se puede considerar la despoblación que padecía la Monarquía como una *enfermedad* causada, entre otras cosas, por el descubrimiento de América o la hipertrofia de la Corte. Mientras que otras dolencias valoradas eran la multiplicidad de consejeros, los secretarios inexpertos o los malos ministros. También es posible distinguir aquellas de las que advierte, es decir, *enfermedades* que el Estado no padecía, pero que temía podían aparecer.

Es importante tener en cuenta que muchas de las que aparecen en sus obras ya habían sido mencionadas anteriormente, especialmente en los escritos de la tradición arbitrista. En este sentido, se pueden citar ejemplos como los de Cellorigo o Sancho de Moncada, quienes coincidieron en alertar sobre un posible final trágico. En cuanto a la situación de crisis que vivía la Monarquía Hispánica, también es descrita en obras como la *Respuesta al manifiesto de Francia.* Como se ha dicho, Don Diego se hacía pasar aquí por un caballero francés que instaba a su rey a cambiar su actitud hacia España, contra la cual había declarado la guerra en 1635. De este modo, informaba aquí de los problemas de la Monarquía Hispánica, pero advirtiendo también que, estando formada por estados separados, podía hacer un "cuerpo para defenderse" y, no solo resistir la guerra contra el rey cristianísimo, sino ocupar sus territorios[1163] . En referencia a la crisis hispánica, en cualquier caso, afirmaba lo siguiente:

> "Bolihano tuvo razón en decir que España, comparada con Francia, pesaba casi lo mismo; pero que añadiendo lo que ella tiene en Italia, en las Indias y otras partes, no pesaba nada, no consistiendo **la fuerza y la vida más que en la unión y en la continuidad.** Y así juzga todos los **miembros apartados** de España por **muertos**, y dice que la reputara por mucho más formidable si no tuviera lo que tiene fuera y **estuviera cultivada, poblada y bien regida.** Pues en el estado en que se halla al presente, la gente que ha menester emplear para conservar las provincias

[1163] SAAVEDRA, 2008 a, pág. 224.

> desunidas la despuebla de tal manera que no le queda persona para la agricultura; y el dinero que envía a Alemania, Italia y Flandes le reduce a tal miseria, que necesita que todo su comercio sea dentro de sus límites, y con **moneda de cobre**"[1164].

Se habla aquí de la despoblación, sus causas, la crisis de la agricultura, la moneda de vellón y el endeudamiento del Estado. Problemas que, juntos o por separado, hacían que el *cuerpo* político se considerase *enfermo*. En resumen, Saavedra Fajardo ofrece una visión crítica y profunda sobre las *enfermedades* que aquejaban a la Monarquía Hispánica a través de sus obras, especialmente en las *Empresas* y en la *Indispositione generale della monarchia di Spagna*. Su análisis revela una serie de problemas estructurales y de gobernanza, tales como la despoblación, la crisis agrícola y la mala gestión de recursos, que afectaban al *cuerpo* político en su conjunto. A través de una comparación entre las dolencias potenciales del Estado, Saavedra destacaba la importancia de un gobierno eficiente y una administración sabia para preservar la integridad de la Monarquía en un contexto de crisis creciente.

8.1. La despoblación

En referencia a la despoblación, aunque Saavedra habla sobre ella en más de una ocasión, es en la empresa 66 donde las explicaciones en torno a este *mal* se hacen más precisas. También es posible encontrar menciones a ella en la empresa 28, donde habla "del descuido de la propagación" haciendo uso del discurso médico en claras sinergias con lo dicho en la *Indispositione* —"Castilla padece otra grave enfermedad, producida por la despoblación, la falta de comercio, de agricultura"—. De modo que, volviendo a la empresa 66, cabe decir que después de tratar cuestiones como la instrucción real y la del pueblo, aborda otras tales como la proporcionalidad de los estamentos y la necesidad de propagación. Así, Saavedra ve la despoblación de los reinos peninsulares como una forma de deshonra —"En la multitud dellos [los vasallos] consiste (como dijo el Espíritu Santo) la dignidad de príncipe, y en la despoblación su ignominia"[1165]— elevando a la población como el sustento u origen de la fuerza de un Estado—"La fuerza de los reinos consiste en el número de vasallos"[1166]—, incluso por encima de las riquezas—"las riquezas sin gente

[1164] SAAVEDRA, 2008 a, pág. 223.

[1165] SAAVEDRA, 1999, pág. 758.

[1166] SAAVEDRA, 1999, pág. 758.

llaman a la guerra"[1167]—. Esta no es una idea exclusiva del murciano, ya que también fue defendida por muchos arbitristas como Martín González de Cellorigo quien, como se ha visto, se valía en lo dicho por Alfonso X el Sabio a este respecto[1168]. Saavedra, por su parte, lo hace aludiendo a las Sagradas Letras, concretamente al libro de los *Proverbios* (14:28)[1169]. En el fondo de todo esto, en cualquier caso, está la adhesión a las propuestas de Botero.

Así, dado que la realidad que le rodeaba en este sentido no era propicia, inicia un diagnóstico de la situación, buscando las *causas* de la despoblación y proponiendo los *remedios* para paliarla. En este sentido distingue entre causas externas e internas. Dentro de las primeras sitúa a las guerras europeas y a las posesiones americanas de la Corona; mientras que las segundas abarcan a la presión fiscal, la escasa importancia que se concedía a la agricultura y el excesivo número de días festivos. No olvida tampoco la cuestión de los clérigos, es decir, aquellos que se decantaban por tener una vida religiosa renunciando a la procreación.

De este modo, y, en primer lugar, la guerra es un tema reiterado en las *Empresas* que también se menciona en las *Indispositione.* Es tan importante que, desde un punto de vista cuantitativo, aparece en aproximadamente un tercio de las primeras[1170]. Vinculados a él se encuentran infinidad de cuestiones que rodean a si es justa o no la resolución bélica de los conflictos diplomáticos. Por lo general, las consideraciones en torno a ella son negativas en Saavedra, quien llega a describir como se engendra a raíz de una serie de *males* previos, como la emulación gloriosa (una de las enfermedades del ánimo)[1171]. En este sentido, en la *Indipositione,* avisa de los perjuicios de emprender nuevas guerras "sin causa justa y forzada"[1172] citando el conflicto en la península itálica.

La guerra, no obstante, sí se entiende como algo necesario cuando se une con la razón de Estado. En el fondo de ello vuelve a aparecer, otra vez, Botero, que había considerado el apetito expansionista de los Estados como un vicio que podía precipitarlos

[1167] SAAVEDRA, 1999, pág. 759.

[1168] GIL PUJOL, 2004, pág. 989.

[1169] Este versículo bíblico dice lo que sigue: "Pueblo numeroso, gloria del rey; pueblo escaso, ruina del príncipe"

[1170] EGIO, 2008, pág. 328.

[1171] ROSA DE GEA, 2008, pág. 305.

[1172] SAAVEDRA, 2008 a, pág. 122.

a su final[1173]. En sus reflexiones, por otra parte, no olvida la crisis que atravesaban las armas hispánicas y su milicia, algo que vincula a Saavedra con la tratadística militar. Hay que recordar en este punto que las armas habían sido equiparadas en las *Empresas* con los *brazos* del *cuerpo* político, incluso con sus *espíritus vitales*. La importancia de estos últimos en el conjunto de cualquier *cuerpo* también ha sido analizada, por lo que no ha de extrañar que el autor vuelva a insistir en una situación de debilidad derivada del mal estado de la milicia —"la fuerza, que consiste en la milicia, parecerá a algunos que está hoy despreciada"[1174]—. En estas líneas también retoma sus avisos en torno a realidades que ya había denunciado en las *Empresas*, como la mala gestión de los premios y las mercedes, que también denuncia en la *Razón de Estado*[1175].

En referencia a la primera cuestión, y como se ha dicho, la situación de la milicia ya había sido denunciada por cronistas de Flandes como Marcos de Isaba, Antonio Pérez o Diego de Villalobos y Benavides[1176]. En esencia, lo que estos tratadistas militares describieron fue un estado de corrupción generalizada, el comportamiento inmoral de la soldadesca, su escasa formación e incluso su escaso deseo de gloria[1177]. Estas circunstancias han sido vinculadas recientemente con una crisis de la nobleza que en ocasiones es entendida como algo fundamental para el sustento del Estado y de otros estados –"Es el pueblo un cuerpo muerto sin la nobleza. Y así debe el príncipe cuidar mucho de su conservación y multiplicación"[1178]— y en otras es entendida como un *cuerpo* en sí mismo que padecía de sus propias *enfermedades*, entre las que la más destacable era la indolencia en la que se había sumido desde finales del siglo XVI[1179]. Esta situación también es denunciada en la *Respuesta al manifiesto de Francia*:

> "Los que conocen el interior de España se conformarán conmigo en que el mayor **daño** que se puede hacer a sus naturales es dejarles consumir en las delicias a que habían comenzado a entregarse tan vivamente, que ya **no se hallaba entre ellos quien quisiese tomar las armas**"[1180].

[1173] GIL PUJOL, 2004, pág. 1000.

[1174] SAAVEDRA, 2008, pág. 121.

[1175] SAAVEDRA, 2008 a, pág. 194.

[1176] RUIZ & VALLEJO, 2012, pp. 1109-1170.

[1177] GRÊ, 2015, pág. 68.

[1178] SAAVEDRA, 1999, pág. 758.

[1179] CARRASCO, 1998, pp. 231-271.

[1180] SAAVEDRA, 2008 a, pág. 224.

Estas cuestiones no eran desconocidas para quien incluso llegó a proponer la creación de academias militares y no dejó de justificar la necesidad de una hegemonía habsbúrgica en Europa para la que era necesario la participación de los nobles. Para justificar tales propuestas, y en sus consideraciones acerca de la guerra, el murciano volvía a conectarse al pensamiento que le era coetáneo. De este modo, se encuentran sinergias con el pensamiento de Sancho de Moncada, quien en su *Restauración* describía el dinero como "el principal nervio de la guerra"[1181] , exactamente lo mismo que Saavedra hacía en su empresa 69 (*Ferro et auro)*, donde afirmaba que "el dinero es el nervio de la guerra"[1182]. Este, sin embargo, atribuye lo dicho a Tácito (detalla en una nota al pie que es una sentencia esgrimida en el Libro II de sus *Historias*), por lo que es posible que la cita provenga del historiador romano sin la necesidad de que Fajardo leyera la obra del clérigo toledano[1183]. También es posible establecer esta sentencia como un nexo de conexión con las ideas de Maquiavelo, ya que el florentino había advertido sobre la laxitud de dicha sentencia en sus *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*[1184]. En cualquier caso, nada de ello altera el valor de tal coincidencia, que se podría considerar como una sinergia de pensamiento entre Saavedra, el arbitrista y el contexto intelectual del momento y que a su vez conecta dos términos a los que se ha hecho menciones reiteradas: la guerra y el dinero como los sostenedores del poder regio y su proyección exterior[1185]. De este último, ya se ha clarificado su equiparación con la *sangre* del *cuerpo* político, bien porque le da fuerza o porque lo impulsa a acciones arrojadas. De este modo, la sentencia repetida aquí podría entender al dinero como la motivación o el detonante de los conflictos bélicos o el medio por el que estos se sustentan.

Este, en virtud de su capacidad circulatoria, sería responsable también de dar vigor y fuerza a cada uno de los *miembros* del cuerpo. Siguiendo esta línea, también se ha dicho que la población puede ser entendida, en algunos momentos de las *Empresas,* del mismo modo. Ello sería un nexo de conexión con lo dicho por Botero, que había defendido a esta (y su abundancia) como la verdadera fuerza de un reino, haciendo alusión

[1181] MONCADA, 1746, pág. 57

[1182] SAAVEDRA, 1999, pág. 783.

[1183] Esta sentencia, en realidad, se encuentra primigeniamente en la obra de Cicerón, concretamente en su *Philippicae* (5,2,5). Para más información consultar: CASCAJERO, 1997, pág. 164.

[1184] GIL PUJOL, 2004, pág. 972.

[1185] PETENGHEM, 1989, pág. 233.

a Francia como un Estado vigoroso en el que, gracias a su abundante población, circulaban los tributos y el comercio[1186]. En este sentido, una de las causas del *desangramiento* español las veía Saavedra Fajardo en América, pues su mantenimiento implicaba "gran extracción de gente"[1187]. Por lo tanto, veía en el descubrimiento, conquista y colonización del Nuevo Mundo más un lastre que un impulso, lo que también se aprecia en empresas como la 60 o 69. En esta última denuncia la pésima situación de Castilla, explicando esta con el descubrimiento del Nuevo Mundo, al tiempo que propone algunas soluciones. Por otra parte, también se pueden encontrar reflexiones en torno a esta cuestión en otros pensadores del Barroco, como Palafox de Mendoza[1188]. La biografía de este personaje es, sin embargo, harto distinta a la del murciano, así como su vinculación con América (ostentó los cargos de virrey de Nueva España, arzobispo de México y obispo de Puebla), por lo que no ha de extrañar que sus reflexiones en este sentido, dadas desde otro punto de vista, aporten argumentaciones vinculadas con un sentimiento de olvido de los americanos por parte de los españoles peninsulares[1189].

En cuanto a las causas internas, especial significancia otorga Saavedra al papel de la Corte como origen de una *enfermedad*, la cual, como se ha visto, es equiparada con un *hígado ardiente* que provoca un *trastorno humoral* en el *cuerpo* estatal[1190]. Esta equiparación alcanza mayor simbolismo si se tienen en cuenta los tratados médicos que convertían a la vida cortesana en una de las causas por las cuales aparecía una de las enfermedades más comunes, esta es, la melancolía. Aunque las reflexiones en torno a esta son variopintas, como se verá, en general se la puede considerar como una afección del ánimo provocada por un desequilibrio humoral (exceso de bilis negra). En lo que se refiere a su relación con la vida en la Corte se puede destacar el tratado de Antonio Guevara *Menosprecio de corte y alabanza de la aldea* (Valladolid, 1539), reflejo de la situación de desventaja de la nobleza alejada de la residencia real[1191]. Pero, volviendo a Saavedra, no fue la Corte el único causante de despoblación, pues también dirige su

[1186] GIL PUJOL, 2004, pág. 980.

[1187] SAAVEDRA, 1999. Pág. 760.

[1188] ALDEA, 2008, pp. 491-519

[1189] ARREDONDO, 2016.

[1190] También se encuentran reflexiones en torno a la corte en su *Corona Gótica*, concretamente en el capítulo 27. Para más información consultar: SAAVEDRA, 2008 b, pág. 510-511.

[1191] BARTRA, 2021, pág. 98.

atención en el mayorazgo, un escollo para la propagación de la población vinculado al mal reparto de los bienes —"Por eso Platón llamaba a la riqueza y la pobreza antiguas pestes de las repúblicas, conociendo que todos los daños nacían de estar en ellas mal repartidos los bienes"[1192]—. El *remedio* que propone es ampliar los derechos de herencia hasta los parientes de "cuarto grado" para evitar que miembros de la nobleza queden sin sustento. Relaciona el mayorazgo con la excesiva presión fiscal a la que estaba sometido el tercer estado. Además, otras cuestiones que no deben omitirse son la presencia de extranjeros, que vuelve a conectar a Saavedra con el arbitrismo de Sancho de Moncada, o las funciones de cada estamento en el *cuerpo* estatal. En cuanto a la primera cuestión, se muestra reacio a la presencia de estos:

> "Y con gran razón, porque los de diferentes costumbres y religiones más son **enemigos domésticos** que vecinos, que es lo que obligó a echar de España a los judíos y a los moros. **Los extranjeros** introducen sus vicios y opiniones impías, y fácilmente maquinan contra los naturales"[1193].

Una cuestión que puede entrar en contradicción con otras reflexiones que se esgrimen en referencia a la falta de trabajadores en el campo, que queda solventada por la presencia de extranjeros. Así, estos se ven como un beneficio cuando se traen "para la cultura de los campos y para las artes"[1194], pero como un perjuicio político cuando se trata de la diversidad de religiones. De este modo, su valoración en referencia a la expulsión de los moriscos puede ser tildada de contradictoria, ya que parece justificar su expulsión basándose en un motivo religioso con fines políticos, pero critica también sus efectos negativos[1195].

Ello abre otras consideraciones en referencia a la diversidad de la religión, y a la utilización de esta con fines políticos. Antes de tratarlas, no obstante, hay que mencionar otras como la edad del matrimonio y el número de clérigos. Para la primera, advierte que no ha de detenerse ni anticiparse esta institución, pues en el primer caso el Estado padecerá con "la incontinencia de los mancebos"[1196] y en el segundo con la maquinación de los herederos. En cuanto a los clérigos, parece ver con malos ojos un exceso número de estos, por no contribuir a un crecimiento poblacional. En este sentido, parece cargar

[1192] SAAVEDRA, 1999, pág. 761.

[1193] SAAVEDRA, 1999, pág. 759.

[1194] SAAVEDRA, 1999, pág. 759.

[1195] PARDO, 2015; GIL PUJOL, 2004, pág. 1021.

[1196] SAAVEDRA, 1999, pág. 763.

contra el celibato valiéndose de la historia —"los romanos (…) notaron con infamia el celibato"[1197]—, algo que también hace en sus *Introducciones a la política* —"Por esto los legisladores antiguos castigaron el celibato"[1198]—. Más que una crítica, sin embargo, sus reflexiones deben ser vistas como una apuesta por el matrimonio, que defiende pocas líneas después en un fragmento que resume las propuestas que se han venido analizando hasta ahora:

> "España , que necesita más de esta atención por las **expulsiones que ha hecho de gente**, por la que han consumido **las guerras** en diferentes partes y por la que ha pasado a poblar las colonias de **las Indias** y de otros reinos, es la que menos cuida de **animar los matrimonios**, procurando que se faciliten gracias de las dispensaciones en algunos grados prohibidos, sin que hayan de costar largas peregrinaciones y extracciones de dinero, prescribiendo también el **número de sacerdotes y religiosos**, y prohibiendo los **fideicomisos y mayorazgos** (…) y finalmente se debieran usar otros medios que dicta la prudencia para el **aumento de la propagación**"[1199].

Para cerrar el análisis sobre las reflexiones de Saavedra Fajardo en torno a la despoblación y otros males que aquejaban a los reinos peninsulares, es importante destacar que su diagnóstico no se limita a un simple lamento por la situación del momento, sino que articula una crítica profunda y estructural de la realidad socioeconómica y política de su tiempo. Saavedra, en sintonía con pensadores coetáneos como Botero y los arbitristas, entiende que la verdadera fortaleza de un Estado radica en su población, su capacidad productiva y su cohesión social. Al identificar tanto las causas externas como internas de la despoblación y otros males, como la guerra, la presión fiscal, la crisis de la milicia y el mal reparto de los bienes, ofrece no solo una radiografía de los problemas, sino también posibles soluciones basadas en la prudencia política y el refuerzo del tejido social. Así, Saavedra nos deja un legado de pensamiento que trasciende su época, proponiendo una visión integral del Estado como un *cuerpo orgánico* que requiere un equilibrio entre sus *partes* para mantener su vitalidad y evitar su decadencia.

[1197] SAAVEDRA, 1999, pág. 757.

[1198] SAAVEDRA, 2008 a, pág. 161.

[1199] SAAVEDRA, 2008 a, pág. 161.

8.2.La diversidad de religión

Volviendo a la cuestión de la religión, Saavedra no toleraba su diversidad y, de hecho, pensaba en esta situación como uno de los *males* que podían acabar con la vida del Estado. Su importancia la elevó hasta ser descrita como el *alma* del mismo y fundamento de su estabilidad. Idea esta última defendida en la empresa 24 (*Immobilis ad immobile numen*), donde la entendía como *norte* que ha de seguir el *piloto* de la República, que no es otro que su príncipe. Así, defendía la homogeneidad religiosa como clave para la estabilidad del gobierno y la fidelidad de los vasallos a su rey. De hecho, consideraba "el gran número de religiones y de fiestas"[1200] como una *enfermedad* en su *Indispositione.* De ahí que el tema trascienda de cuestiones vinculadas con otros cultos y trate también a las divergencias en el cristianismo.

En referencia a este punto, se puede aventurar una conexión con los escritos del jesuita Pedro de Rivadeneira y, concretamente, con el *Tratado de la religión y virtudes que debe tener el Príncipe Cristiano*[1201]. Como es sabido, aquí el jesuita se oponía enérgicamente a las tesis maquiavélicas que convertían a la religión en un instrumento en manos de los políticos, algo en lo que Saavedra parecía estar de acuerdo—"a muchos impíos pareció invención política la religión"[1202]—. Y es que la cuestión religiosa había sido una constante durante la Edad Moderna por diversos motivos que van desde el estallido de la Reforma protestante y sus movimientos subsiguientes a controversias por la utilización de la religión con fines políticos. Esta situación, además, se había agravado especialmente en el contexto político hispánico debido a la propia naturaleza de la Monarquía, que desde finales del siglo XV estaba encabezada por reyes titulados como católicos y que poco después se configuraría como compuesta y polisinodial. En este sentido, personajes como Fernández Vázquez de Menchaca (1512-1569) valoraron que, precisamente en la religión y su homogeneidad, estaba uno de los elementos indispensables para mantener la unidad del *cuerpo* político[1203]

[1200] SAAVEDRA, 2008 a, pág. 126.

[1201] FERNÁNDEZ-SANTAMARÍA, 1986, pág. 58.

[1202] SAAVEDRA, 1999, pág. 389.

[1203] FERNÁNDEZ ALBALADEJO, 1993, pág. 110.

Así, el tiempo histórico en el que vivió el pensador aquí estudiado fue efervescente en estos sentidos, más aún en el momento de aparición de sus *Empresas,* que como se ha mencionado, fueron concluidas y editadas mientras se desarrollaba la Guerra de los Treinta Años (1618-1648). Especial significancia tuvo la declaración de guerra francesa contenida en el *Manifiesto del Rey de Francia* (1635) y que posiblemente fuera autoría de la mano derecha del cardenal Richelieu, que es mencionado por Jover como P. José[1204]. La respuesta a este texto se derivó en la aparición de sucesivas réplicas fruto del ingenio de algunos de los más ilustres autores, entre los que se encontraba Saavedra Fajardo[1205]. A estas hay que sumar también otras obras de propaganda francófila, de modo que se puede hablar de un auge de textos de propaganda política (hispanófilos y francófilos) donde la cuestión de la religión se articuló muchas veces como un hilo conductor de las argumentaciones que estos esgrimían.

En este sentido, las obras que se han atribuido a Saavedra Fajardo durante este periodo (1635-1647), aunque todavía existe controversia y debate en torno a algunas de ellas, son: *Respuesta al manifiesto de Francia* (1635); *Discurso sobre el estado presente de Europa* (1637); *Dispertador de los trece cantones esguízaros* (1638) y *Locuras de Europa* (1645). No en vano, como diplomático al servicio del rey católico, una de sus grandes preocupaciones debió ser el estado de las relaciones hispano-francesas y el papel que en ello jugaba la religión[1206]. En la primera de estas, Saavedra carga contra la Monarquía Francesa, y especialmente contra su primer ministro, vertiendo sobre este último una serie de acusaciones, algunas de ellas muy vinculadas con la religión. A juicio del autor de la *Respuesta,* el hombre de confianza del rey no solo no había conseguido acabar con el protestantismo en su reino, sino que lo había potenciado[1207]. Carga en este sentido contra la diversidad de religión, lo que también se aprecia en la *Corona Gótica* y

[1204] Su nombre fue François Leclerc du Tremblay (1577-1638). Fue un fraile capuchino francés que trabajó como consejero del cardenal Richelieu desde 1624 hasta su muerte. También conocido como "la eminencia gris", es una figura conocida y estudiada de la historia de Francia. Para más información consultar: JOVER, 2003, pág. 73; DESCIMON & RUIZ, 2005, pág. 21.

[1205] Para un estudio profundo sobre este tema la consulta de la obra de José María Jover *1635. Historia de una polémica y semblanza de una generación* es prácticamente obligada. Esta fue reeditada en una edición facsimilar en el año 2003. Los autores estudiados en esta monografía son, además de Saavedra Fajardo, son Guillén de la Carrera, Céspedes y Meneses y José Pellicer entre otros.

[1206] ARREDONDO, 1992, pág. 104.

[1207] ROSA DE GEA, 2008, pág. 213.

en las *Empresas*. Es en estas últimas donde, hablando de la religión, y con un empleo de abundantes metáforas, Saavedra denuncia la diversidad de opiniones y de religión como algo negativo. Como un *mal* que se ha de combatir con las leyes aplicadas por el príncipe. De este modo, sin salir de la empresa 24, asevera lo siguiente:

> "El pueblo se dividirá en **opiniones**, la **diversidad** dellas desunirá **los ánimos**. De donde nacerán las **sediciones y conspiraciones**, y dellas las **mudanzas** de repúblicas y dominios. Más príncipes vemos despojados por las **opiniones diversas de religión** que por las armas"[1208].

También critica a aquellos que fingen la religión para garantizar la unión de su pueblo. Es en este punto donde afirma que la religión es "el alma de las repúblicas", pues es aquella que garantiza la unión de todo el *cuerpo* político y social. También trata sobre este tema en la empresa 60:

> "La religión (…) es **vínculo de la república**, como hemos dicho, es la que más **desune y reduce** a varias formas de gobierno cuando no es una sola, porque no puede haber concordia ni paz entre los que siente diversamente a Dios"[1209].

Todo esto, entendiendo, evidentemente, que la verdadera religión es la católica y que el rey debe defenderla. Lo que, por otra parte, no concede a esta ninguna potestad sobre aquella, pues todos los arbitrios vinculados a la misma pertenecen a la *cabeza* de la Iglesia. La obra de Saavedra Fajardo refleja, pues, una profunda preocupación por la unidad religiosa como pilar esencial para la estabilidad del Estado. A través de sus *Empresas* y otros escritos, el autor subraya la importancia de la homogeneidad en las creencias religiosas, viendo en la diversidad un peligro latente que puede desmembrar el *cuerpo* político y conducir a su desintegración. Su defensa de la religión católica como núcleo del orden social y político revela la influencia de las tensiones de su tiempo, marcadas por la Guerra de los Treinta Años y las disputas ideológicas que enfrentaban a las potencias europeas. De este modo, su pensamiento se enmarca dentro de una tradición que valoraba la unidad religiosa no solo como un bien espiritual, sino también como un instrumento de cohesión social y estabilidad política, cruciales para la pervivencia del poder monárquico en una Europa en constante transformación.

[1208] SAAVEDRA, 1999, pág. 389.

[1209] SAAVEDRA, 1999, pág. 708.

8.3.La inflación y la deuda

Quizá se pueda relacionar la política religiosa de la Monarquía Hispánica con la siguiente cuestión, considerada también como un mal: la inflación y la deuda de la corona y su situación económica. Y es que el siglo XVII español está supeditado con la decadencia por, entre otras cosas, la inmensa deuda que el Estado español había contraído tanto con prestamistas foráneos como interiores. El origen de tal situación se puede encontrar en el reinado de los Reyes Católicos, pero sus efectos eran especialmente negativos en la centuria del seiscientos[1210]. Saavedra habla en las empresas del exceso de gastos o su vanidad (tal y como explica en la empresa 17); la presencia de extranjeros que saqueaban las materias primas del país o las traídas desde América y, en definitiva, de una situación económica enfermiza, cuyos orígenes escudriña. En referencia al endeudamiento, en la Empresa 68 (*His polis*) sitúa las causas de este en la escasa cultura comercial de los españoles. Fuera del endeudamiento, las causas de esta dolencia las encontró, en primer lugar, en el descubrimiento de América y en la llegada masiva de metales preciosos, algo que se percibe en las *Empresas* (como ya se ha visto) pero que también está presente en otras obras como la *República Literaria*:

> "¡Que ingeniosos somos en buscar nuestros daños! Escondió próvidamente la Naturaleza la plata y el oro en las entrañas de la tierra, como metales perturbadores de nuestro sosiego, y con gran providencia los retiró a regiones más remotas, poniéndoles por foso el inmenso mar Océano, y por muros altas y peñascosas montañas. Y el hombre, industrioso, busca artes y instrumentos con que navegar los mares, penetrar los montes y sacar aquella materia que tantos cuidados, guerras y muertes causa al mundo"[1211].

También trata este tema en las *Indispositione generale della monarchia di Spagna,* donde achaca el endeudamiento de la Corona con el descubrimiento de América:

> "La otra de las dificultades nace del **descubrimiento de América** (…). Subieron los precios de las cosas y se hizo poca cuenta de los **frutos de la tierra**, que son la riqueza mayor y más segura de los reinos. Y aquellas minas descubiertas en la Indias con nuestra fatiga, mal administradas, hicieron ricas a las naciones extranjeras contra nosotros. Esta es la **enfermedad** y estas son sus **causas**"[1212].

[1210] RUÍZ, 1970, pp. 13-15

[1211] SAAVEDRA, 2006, pág. 197.

[1212] SAAVEDRA, 2008 a, pág. 125.

Una reflexión semejante a la que expone en la empresa 74 (*In fulcrum pacis*):

> "En las entrañas de la Tierra escondió la Naturaleza el hierro, el acero, la plata y el oro, porque el hombre no usase mal dellos. Y allí los halló y sacó la venganza y la injusticia, unos para instrumento y otros para precio de las muertes"[1213].

Parece cargar contra el exceso de metales preciosos, incluso contra su sola existencia, sin embargo, Saavedra no desprecia la búsqueda y utilización de estos, sino su mala gestión o utilización. En este sentido, se les consideraba como algo fundamental para cuestiones como la guerra—"No hiere la espada que no tiene los filos de oro, ni basta el valor sin la prudencia económica, ni las armerías sin los erarios"[1214]—; la estabilidad interna del reino—"Nunca más obediente un reino que cuando está rico y abundante"[1215]—o el auge del comercio —"que consiste en las monedas labradas de metal precioso y raro"[1216]— entre otras cuestiones que, de hecho, adolecían en la Monarquía Hispánica. El problema venía, quizá, no del exceso de metales preciosos, sino de su concentración en manos de los súbditos y no en el rey, el gestor más adecuado de las riquezas[1217]. Interesantes en este sentido son sus consideraciones acerca de la moneda de vellón, cuestión directamente relacionada con la inflación que alcanza en los reinados de Felipe III y IV una especial significación[1218]. El tema ya había sido tratado por Juan de Mariana en su *Tratado y discurso sobre la moneda de vellón* (Madrid, 1609). Saavedra, por su parte, se oponía a la alteración monetaria en la estudiada empresa 69 —"Creció la necesidad, y obligó a costosos arbitrios. El más dañoso fue la alteración de las monedas, sin advertir que se deben conservar puras como la religión (…)"[1219]—.

De otro lado, una de las situaciones a mejorar estaba relacionada con los tributos excesivos. En referencia a esta cuestión, y a diferencia de otros autores de la época, parece que no tenía Saavedra una mala consideración de estos. Al menos, si se planteaban desde la razón y la moderación:

[1213] SAAVEDRA, 1999, pág. 834.

[1214] SAAVEDRA, 1999, pág. 786.

[1215] SAAVEDRA, 1999, pág. 769.

[1216] SAAVEDRA, 1999, pág. 241.

[1217] MÁRQUEZ, 1953, pág. 255.

[1218] GÓMEZ, 2011, pág. 97 y siguientes.

[1219] SAAVEDRA, 1999, pág. 793.

> "Pero el príncipe natural considera la justificación de la causa, la cantidad y el tiempo que pide la necesidad, y la proporción de las haciendas y de las personas en el repartimiento **de tributos**, y trata su reino, no como **cuerpo** que ha de fenecer con sus días, sino como quien ha de durar en sus sucesores, reconociendo que los príncipes son mortales y eterno el reino"[1220].

En esta sentencia, atribuida a Tácito (*Annales*, Libro III), los tributos no son negativos si siguen ciertas recomendaciones, pero también habla Fajardo sobre la imposición tiránica de los mismos, que se basa en abrasar impuestos al pueblo mientras se esté en el poder. Estas reflexiones se encuentran en la empresa 67 (*Poda no corta*), pero también aparecen otras en la empresa 66 donde se trata el tema vinculándolo con la situación de despoblación que atravesaban los territorios peninsulares de la Monarquía, por no tener sentido ni efectividad plantear unas cargas fiscales a una población en descenso atribuyendo estos, incluso, como una de las causas que la había provocado. Por otra parte, también se encuentra en América el origen de esa presión fiscal mal gestionada, lo que se percibe en la *Indispositione.*

Los remedios para estos males son diversos. El primero a destacar podría ser el del ahorro, pues Saavedra ve con buenos ojos el atesoramiento, elevándolo en importancia como garante de estabilidad y prosperidad. Así, en la misma empresa 69 defiende que el rey no ha de gastar el dinero en, por ejemplo, premiar a sus súbditos, sino que debe guardarlo y gastarlo ante la necesidad. Advierte en esta línea que no se debe exceder en estas formas, pues muy fácil caen los hombres en la codicia, una vileza dañina especialmente en los príncipes que, de caer en ella, acarreará también en la destrucción de sus Estados. Recomendación esta, la del ahorro, que también hace en la *Indispositione*. A esta, hay que sumar otras como, por ejemplo, un retorno a la mirada a las labores agrícolas (como habría hecho un arbitrista).

En cualquier caso, el análisis de las preocupaciones económicas y fiscales de Saavedra Fajardo revela una profunda inquietud por el impacto de la política y la gestión económica sobre la estabilidad del Estado. Su crítica al despilfarro, a la inflación y a la deuda, así como sus propuestas para mitigar estos problemas, reflejan una comprensión aguda de las dinámicas económicas de su tiempo. La obra de Saavedra ofrece no solo una reflexión sobre los efectos adversos del mal manejo de los recursos y los excesivos tributos, sino también recomendaciones sobre la prudencia en la administración de la

[1220] SAAVEDRA, 1999, pág. 766.

riqueza. En un contexto de guerra y crisis, sus sugerencias para un ahorro riguroso y una gestión eficiente de los recursos subrayan la importancia de la prudencia y la moderación para la preservación del poder y la prosperidad del reino.

8.4.La multiplicidad de las leyes

Si una había de ser la religión, algo parecido se puede aplicar a las leyes que, como se ha visto en capítulos anteriores, debían ser pocas y entendibles. Estas eran la *medicina* y la justicia su fundamento, por lo que no es de extrañar que en la empresa 24 (*Immobilis ad immobile numen*) ambas sean consideradas como "las columnas que sustentan el edificio de la república"[1221] que, a su vez, se asientan en la base de la religión. La multiplicidad de estas, es decir, su gran cantidad o exceso es vista como algo negativo, lo que es otra de las sinergias de Saavedra con su entorno intelectual[1222]. Particularmente interesantes a este respecto son las reflexiones contenidas en la *Nueva filosofía de la naturaleza del hombre*, por ser semejantes a las que el propio Saavedra esgrimió. Así, el autor o autora de este tratado afirma, sobre las leyes, que son un daño por su gran cantidad, por estar escritas en latín, incluso por su antigüedad —"arbitrio de hombres muertos"[1223]—. No solo eso, también se denuncia en esta obra el excesivo número de pleitos asociado a esa multiplicidad:

> "Lo que à mi me parece que es gran daño, y perdición en este mundo, son los **pleitos,** los quales también matan à muchos con sus enojos, y por ser inmortales les consumen las haciendas, traen grandes pesambres, y desassosiego por lo qual muchos mueren"[1224].

Cuestiones, como se ha visto, compartidas por Saavedra Fajardo, que en su obra trataba, entre otras cosas, sobre la complejidad de interpretación de estas, así como el excesivo número de pleitos a ellas asociados[1225]. Las leyes, por lo tanto (y siguiendo a Aristóteles) deben ser pocas, escuetas y entendibles. Algo que se ve en las *Empresas*, pero

[1221] SAAVEDRA, 1999, pág. 388.

[1222] GIL PUJOL, 2004, pág. 1013.

[1223] SABUCO, 1587, pág. 179.

[1224]SABUCO, 1587, pág. 178.

[1225] MONTOYA, 1988, pág. 35.

que también existe en otras obras de Fajardo. En este sentido, en el capítulo 8 (*Eurico, séptimo rey godo en España*) de la *Corona Gótica*, Saavedra afirma lo siguiente:

> "Es la **ley** el principal instrumento de la dominación. Es un vínculo de la compañía civil, y la mejor invención que pudo hallar la política para administrar justicia con menos sospecha y odio de los agresores contra los jueces y contra la majestad; porque, establecidos los decretos de la ley antes de los casos, queda después hecha una convención o un contrato entre el delito y la pena, entre el despojo y la restitución. Pero, como **aplicados juntos muchos remedios no son medicina**, **sino enfermedad**, así **la ley, siendo la salud de la república**, es su mayor daño, quando se multiplica porque no menos vive trabaja con las muchas leyes, que, con los muchos vicios, de donde resulta, el ser felices aquellas repúblicas que más con la razón natural, que con la escrita gobiernan, como hicieron los godos en sus principios (…)"[1226].

Las reflexiones en torno a la multiplicidad de leyes se repiten en este pasaje que fue atribuido a Quevedo en el siglo pasado[1227]. Estas, por lo tanto, son tenidas como algo positivo, pues contribuyen a dominar a un pueblo entendido en alguna ocasión como un *potro salvaje*. Es la multiplicidad la que resulta dañosa, pues deriva en confusión y no en entendimiento. Y como el pueblo no necesita ser instruido, Saavedra acaba recomendando que estas sean pocas y entendibles. Funcionan, de este modo, como una suerte de *medicina* preventiva y curativa que no debe aplicarse en exceso. Reducirlas, entonces, era la medida propuesta, tal y como se pretendía para los pleitos, algo en lo que el murciano coincidía con lo dicho, como se ha dicho, por el autor o autora de la *Nueva filosofía de la naturaleza del hombre*[1228].

De este modo, la reflexión de Saavedra Fajardo sobre las leyes y su multiplicidad revela una profunda preocupación por la claridad y la eficacia en la administración de justicia. Su crítica a la abundancia legislativa y a los excesivos pleitos se enmarca dentro de una visión más amplia sobre la necesidad de simplicidad y entendimiento en el gobierno. Saavedra, alineado con las ideas de su entorno intelectual, aboga por un sistema legal que, en lugar de complicar la vida de los súbditos, facilite una convivencia ordenada y equitativa. La reducción de leyes y pleitos, como él propone, busca evitar la confusión y fomentar una gobernanza basada en principios claros y accesibles, un enfoque que, en su tiempo, pretendía fortalecer la estabilidad y el bienestar del Estado. Así, Saavedra no

[1226] SAAVEDRA, 2008 b, pág. 181.

[1227] Fue Astrana Marín al que se debe esta atribución, aunque actualmente sus conclusiones a este respecto han sido puestas en cuestión. Para más información consultar: HERRÁN & SANTOS, 2014; LÓPEZ, 2008.

[1228] SUMILLERA, 2020, pág. 432.

solo critica los defectos del sistema vigente, sino que también ofrece una visión de reforma orientada hacia una mayor eficacia y justicia en la administración pública.

15. El alma de la República

Como anteriormente, para acercarse al concepto que aquí se trata es necesario comprender cuál era la imagen mental que don Diego podía tener acerca de él. Así, a todo lo que se ha dicho sobre la búsqueda de la materialidad de este ente se puede sumar la definición que de él se encuentra en el *Tesoro* de Covarrubias. Esta es más compleja que otras definiciones, pues el autor comienza refiriéndose a Aristóteles para describir el alma como algo relacionado con el cuerpo orgánico. En este sentido, afirma que "las cosas que tienen alma viuen por ella, como la planta la que tiene vegetatiua, el bruto sensitiua: el hombre que tiene alma racional (…)"[1229]. Añade a esta una serie de consideraciones que la definen como conciencia, espíritu, esencia, fuerza, etc. Para Saavedra, el término estaba asociado con la energía que da movimiento y fuerza al cuerpo, aunque tampoco se puede descartar la idea de que, como muchos de sus coetáneos, creyera en el alma como algo inmortal[1230]. De hecho, la importancia de este término va más allá de su aparición en las *Empresas,* así en *Introducciones a la política* afirma que el *alma* y la República se equiparan en el cómo funcionan:

> "El instituto pues y gobierno que con el consentimiento y aprobación de todos señala una orden y un concierto entre quien ha de mandar y quien ha de obedecer, es la forma de la ciudad, **como el alma del hombre**: a tal forma llamamos **república**"[1231].

Es cierto que la mayor parte de las veces que empleó este concepto lo hizo para definir el poder real y su importancia en el conjunto del Estado. Entonces, que este sea considerado como el *alma* de su reino puede entenderse con una conexión con lo dicho por otros autores, de entre los cuales se puede destacar a Francisco Bermúdez de Pedraza y su *Historia eclesiástica de Granada* (Granada,1638)*,* donde se defendía que el *alma* de una ciudad y un Estado se correspondían con el poder político y espiritual[1232]. También se puede mencionar a este respecto la obra de Jerónimo de Merola, que dividía el gobierno del *cuerpo* estatal en tres órganos, afirmando que era el teólogo el piloto del *alma*, el

[1229] COVARRUBIAS, 1611, pág. 50.

[1230] Para más información consultar: ÑAHUINCOPA, 2014, pp. 195-197.

[1231] SAAVEDRA, 2008 a, pág. 160.

[1232] GIL PUJOL, 2016, pág. 36.

médico el del *cuerpo* y el letrado el de los bienes. Aludía, además, a las facultades de estos (animal, vital y natural) en posibles sinergias con los espíritus de Galeno[1233].

Por otra parte, años después de la publicación de las *Empresas,* la cuestión del *alma* del Estado y las reflexiones en torno a ella seguían sobre la mesa. En el ámbito hispánico hay que mencionar las aportaciones de Sebastián de Ucedo en El *príncipe deliberante abstracto en idioma castellano* (Milán, 1678), que definía al Estado como un *cuerpo* de muchas *cabezas* gobernado por una sola (e indivisible) *alma*[1234]. En el ámbito global debe mencionarse el *Leviatán* (Londres, 1651), de Thomas Hobbes. Aquí el Estado es descrito como un *hombre artificial* del que la soberanía es *alma* que da energía y movimiento al *cuerpo*[1235]. También habla de los distintos miembros de la administración y del gobierno, de los premios y de los castigos, de los nervios, de las riquezas, los consejeros, etc. Como se ve, cuestiones semejantes a las que trató Saavedra en algunas de sus obras. Todo ello con un sentido marcado por el pesimismo antropológico que ha llevado a algunos a autores a considerar al murciano un adelantado a las ideas del filósofo inglés[1236].

Siguiendo esta línea, se debe aclarar cuál era la concepción de *alma* más próxima a Saavedra Fajardo para valorar cómo se aplicó este término en su obra. En referencia a este punto, es preciso explicar que las consideraciones acerca de esta tenían un origen dilatado en el tiempo. En primer lugar, no se ha de olvidar la influencia evidente del pensamiento clásico y el galenismo. Así, la influencia de referentes como Aristóteles se hace notar, entre otras cosas, en la aplicación del justo medio en determinadas situaciones, mientras que la teoría de la división del alma brindada por Galeno también ha de tenerse en cuenta. Este hablaba de un alma racional (situada en el cerebro), otra irascible (que se asentaba en el corazón) y finalmente otra concupiscible o vegetativa (residente en el hígado)[1237]. Cada una de estas quedó descrita en su obra *De las costumbres del alma*, destacable entre otras cosas por sus dudas en torno a la inmortalidad de la misma o su

[1233] VICENTE, 2016, pág. 54.

[1234] CARRASCO, 2017 a, pág. 16.

[1235] MURILLO, 1989, pág. 61

[1236] GONZÁLEZ, 2008, pág. 19.

[1237] GARCÍA, 1996, pág. 707.

escasa preocupación en ofrecer una descripción certera acerca de sus funciones o materialidad[1238].

En lo que se refiere al pensamiento medieval, la muestra quizá más aplicable a la obra del murciano sean las *Partidas* atribuidas a Alfonso X el Sabio, pues en ellas el rey es entendido como el *corazón* y el *alma* de su reino[1239]. Tampoco se deben dejar de mencionar las aportaciones de autores como Egidio Romano, que consideraba la monarquía como el sistema político más natural, equiparando el gobierno del alma sobre el cuerpo con el que el rey realizaba sobre su pueblo[1240]. En este sentido, para la tradición medieval también existían tres tipos de alma (racional, vegetal y sensitiva) que adquirían distintas funciones (racional-intelectual, nutritiva-adquisitiva y sensitiva)[1241]. De entre ellas, la racional era la que confería un carácter especial al ser humano sobre las demás criaturas de la creación, mientras que las dos restantes (la vegetal y la sensitiva) estaban asociadas con la percepción y la sensibilidad. Entonces, la mayor y más importante de todas era la racional, ya que estaba directamente relacionada con el intelecto que otorgaba al ser humano la capacidad única de discernir, valorar y decidir. En cuanto a las capacidades de las dos restantes, estas estaban conectadas con los sentidos (internos y externos), entre los que se puede destacar la vista y la memoria[1242]. El pensamiento medieval, en conclusión, sí que se preocupó por encontrar la materialidad del alma. Algo que se mantenía en el pensamiento político de la Edad Moderna, adquiriendo esta preocupación distintas formas.

Así pues, muchos autores médicos y políticos buscaron esta materialidad vinculándola con el corazón o la sangre (a veces con ambos). Excepciones a este respecto hubo y, como ejemplo, se puede citar lo dicho en la *Nueva filosofía de la naturaleza del hombre*, donde el asiento del alma se sitúa en el cerebro —"Como allí en el celebro está el anima divina"[1243]—. En la mayor parte de los casos, sin embargo, son los espíritus de vida galénicos los que deben ser tenidos en cuenta como una conexión entre lo material

[1238] SENDRAIL, 1983, pág. 153.

[1239] FERNÁNDEZ ALBALADEJO, 1992, pág. 81.

[1240] HORTAL, 2016, pág. 83.

[1241] SALINAS, 2016, pág. 17.

[1242] SALINAS, 2016, pág. 17.

[1243] SABUCO, 1587, pág. 47.

del cuerpo y lo inmaterial del alma[1244]. El propio Servet defendía que el lugar donde radicaba esta era la sangre, siguiendo la teoría galénica de los espíritus. Afirmaba, apoyándose en el *Génesis*, el *Levítico* y el *Deuteronomio*, que el espíritu divino nacía en el hígado[1245].

A grandes rasgos, entonces, era entendida como la energía del cuerpo, tanto en tratados médicos como en políticos. En los primeros se puede citar nuevamente a Bernardino Montaña de Monserrate—"el alma es la vida del cuerpo que viue, y la muerte es priuacion y carecer de dicha alma"[1246]—, mientras que en los políticos se puede volver a incidir en autores como Jerónimo de Merola o Francisco Bermúdez. También es significativo el hecho de que en alguno de estos tratados se considerara que su posesión confería al ser humano esa caracterización como *microcosmos*, pues convertía a este en un ser racional[1247]. Pero, sobre todo, destacan las reflexiones en torno a sus *enfermedades*. Así, la salud y la enfermedad también fueron conceptos aplicados a esta que, para funcionar, también necesitaba de un equilibrio semejante al de los cuatro humores[1248].

De este modo, para valorar cómo esta enfermaba, un término clave vuelve a ser el del equilibrio. En esta línea hay que tener en cuenta el peso del estoicismo y del neoestoicismo. Y es que esta corriente filosófica retomada en la Edad Moderna tuvo un gran peso en el ambiente académico de Galeno, por no olvidar las reflexiones que el propio Séneca guardaba a este respecto (consideraba al príncipe como la fuerza vital de su Estado)[1249]. En este contexto, algunas de las preocupaciones estoicas giraron en torno a la salud del alma y su relación con la actividad política. La valoración del buen súbdito, y del buen gobernante, convertía a este en seguidor de las leyes, que eran entendidas como guía de justicia y virtud. Esta idea ya había sido desarrollada por filósofos como Platón, Aristóteles o Sócrates, pero su conexión con la política es quizá más profunda en la escuela estoica[1250]. Para esta, las leyes o la ley como concepto universal era la clave para

[1244] SALINAS, 2016, pág. 17.

[1245] SALINAS, 2016, pág. 36.

[1246] MONTAÑA, 1551, pág. 71.

[1247] SALINAS, 2016, pág. 16.

[1248] GARCÍA, 1972, pág. 120.

[1249] ROSA DE GEA, 2010, pág. 84.

[1250] NOLASCO, 2011, pág. 91.

el funcionamiento de la sociedad, algo así como su *alma*[1251]. En este sentido, y a grandes rasgos, las *enfermedades anímicas* valoradas por esta corriente del pensamiento se explicaban, cuando de los individuos se trataba, como una actitud ante la vida, es decir, sobre cómo proceder o comportarse ante ciertas adversidades [1252]. Mientras que, si se hablaba del Estado, estas *enfermedades* se asociaban al no cumplimiento de las leyes, entendidas como un *logos* universal. Por último, es importante mencionar que la visión teológica de estas convertía a los pecados en *males* o *heridas* y a Jesucristo en su sanador[1253].

Entonces, se puede decir que el alma también enfermaba. No obstante, la cura era posible, tal y como también lo era para el cuerpo. Así, los autores que hablaban de los *males* de la primera no negaban que existieran remedios posibles[1254]. Las primeras *enfermedades* a tener en cuenta en este sentido son las llamadas *del ánimo*, mientras que las segundas son todas las que tienen que ver con el incumplimiento o el no funcionamiento de la ley. A grandes rasgos, las primeras eran las que afectaban a la persona del príncipe y hacían referencia a su comportamiento y actitud ante las adversidades, mientras que las segundas afectaban a la colectividad del *cuerpo* político y social.

Ambas están muy presentes en las *Empresas* de Saavedra, pero antes de tratarlas es preciso desentrañar cuándo y de qué forma hace uso del concepto que se trata aquí. Así, afirma en la empresa 21 (*Regit et corrigit*) que las leyes son el *alma* (y los *ojos*) de la ciudad y también que los jueces son los que dan el *alma* a las leyes[1255]; en la 22 (*Praesidia maiestatis*) que en todo el reino está presente el *alma* de la majestad; en la 24 (*Immobilis ad immobile numen*) atribuye sus funciones a la religión[1256]; en la 28 (*Quaae fuerint qua mox ventura trahantur qua sint*) que la virtud es el *alma* del gobierno[1257]; en la 47 (*Et ivuise nocet*) que el príncipe es el *alma* de la ley[1258]; en la 57 (*Uni reddatur*) que

[1251] LAVIÉ, 2005, pág. 3.

[1252] GARCÍA, 1972, pág. 134.

[1253] LAÍN, 1955, pág. 16.

[1254] MARAVALL, 1986, pág. 148.

[1255] SAAVEDRA, 1999, pág. 361.

[1256] SAAVEDRA, 1999, pág. 391.

[1257] SAAVEDRA, 1999, pág. 413.

[1258] SAAVEDRA, 1999, pág. 557.

el príncipe es el *calor* que da vida al *cuerpo* político; en la 66 (*Ex fascibus fasces*) vuelve a aparecer la figura del magistrado como *alma*, pero esta vez de la República—"en ser bueno o malo [el magistrado] consiste la conservación o ruina de las repúblicas, de las cuales es alma."[1259]— y en la 70 (*Dum scinditur frangor*) se hace referencia a la unidad entre el *cuerpo* y el *alma* del Estado—"Uno es el cuerpo de la república, y una ha de ser el alma que la gobierna"[1260]— en una alegoría que se puede relacionar con el cuerpo mixto del rey, cuestión tratada en próximos apartados.

No son las *Empresas* las únicas que contienen reflexiones en torno al *alma*. En la *Respuesta al manifiesto de Francia,* don Diego afirma que "siendo el general el alma de el ejército, conviene que pueda ver, conocer, asistir y mover en todas sus partes"[1261]. Una sentencia muy parecida a la que contiene la empresa 22, pero refiriéndose al general y su papel en el Ejército y no al rey y a su papel en el Estado. En esencia, ambas pretenden elevar la figura correspondiente, convirtiéndola en una suerte de motor que hace posible el movimiento. Concepto este último de lo más importante si se recuerda la importancia de la circulación en el empleo del organicismo.

Se podría, en este sentido, continuar y completar el inmenso elenco de menciones al alma desde un punto de vista organicista en la obra de Saavedra Fajardo, pero, más que su mera mención, se ha de incidir en sus significaciones. De este modo, en primer lugar, la elevación de la figura del juez a niveles tan excelsos hacía necesario que la persona que ocupara dicho cargo reuniera una serie de virtudes que solo se conseguirían a través de la educación, lo mismo que se podría decir para el príncipe, cuya educación es, de hecho, el objetivo de las *Empresas.* La importancia que esta había adquirido había llevado a la aparición de tratados cuyo único fin estaba vinculado con la educación del príncipe[1262]. Más allá de las *Empresas,* ejemplos de ello se pueden encontrar en obras como *Speculum principum ac Iustitiae* (Valencia,1530), de Pedro Belluga, por no olvidar la obra del innombrable florentino, *El Príncipe*, así como la *Institutio Principis Christiani* (Basilea,1516), de Erasmo de Rotterdam, e incontables ejemplos más[1263]. Muchos de ellos enmarcados en el género literario de los espejos de príncipes, venidos de la tradición

[1259] SAAVEDRA, 1999, pág. 753.

[1260] SAAVEDRA, 1999, pág. 800.

[1261] SAAVEDRA, 2008 a, pág. 223.

[1262] VELÁZQUEZ, 2011, pág. 187.

[1263] LÓPEZ, 1999, pág. 26.

medieval y encaminados a formar a los futuros reyes en las reglas del gobierno, guiarles en la mejor opción posible y, por ende, convertirlos en la mejor versión de sí mismos a través de una instrucción diversa que incluía, quizá como elemento más importante, el conocimiento de la historia y la adquisición de experiencia[1264].

Estos solían estar muy influenciados por las tesis aristotélicas y el tomismo, por lo que la mayoría elevaban la figura del príncipe como el encargado de dar vida a su pueblo o a su Estado, es decir, que lo consideraban como el *alma* del *cuerpo* político. También había quien, siguiendo esta línea, lo consideraba como aquel más adecuado para administrar una cura, argumentación seguida frecuentemente por arbitristas como Manuel Gaitán de Torres[1265]. La frecuencia de este recurso lleva a la misma reflexión que ya se ha hecho para la concepción corpórea del Estado, pues muchas veces la equiparación del príncipe con el *alma* de un *cuerpo* no tenía que ver con una visión alegórica de la política, sino como algo más cercano a la percepción real de los tratadistas políticos, imbuidos por las ideas contrarreformistas y todavía influenciados por cierta carga escolástica[1266]. La importancia de la educación se vincula entonces a la calidad del *alma*, no así con la del *cuerpo*:

> "La Naturaleza colocó en **la cabeza**, como en quien es **principesa** del **cuerpo**, el entendimiento que aprendiese las sciencias y la memoria que las conservase. Pero a **las manos** y a los **demás miembros** solamente dio una aptitud para **obedecer**"[1267].

El *cuerpo* no necesitaba de educación, o al menos no una educación igual a la de la *cabeza*, y esto era así simple y llanamente porque el príncipe era una persona que había nacido para gobernar y sus acciones y decisiones eran tenidas como universales[1268]. Hecho que, por otra parte, contrasta con un fenómeno que se había vivido desde el Renacimiento, este es, el desplazamiento del alma a un segundo plano en favor del cuerpo, sobre todo en el contexto artístico, pero también en el científico[1269]. De hecho, la cuestión de la educación del alma a todos los niveles hunde sus raíces en el pensamiento medieval. En cualquier caso, la instrucción del pueblo es vista como algo dañino, lo que no

[1264] HORTAL, 2016, pág. 131.

[1265] AMADORI, 2014, pág. 111.

[1266] ABELLÁN, 1988, pág. 74.

[1267] SAAVEDRA, 1999, pág. 753.

[1268] VELÁZQUEZ, 2011, pág. 189.

[1269] BOLAÑOS, 2018, pág. 18.

sorprende teniendo en cuenta las consideraciones que de él se tenían. Este debía permanecer ignorante, pues de lo contrario podrían generarse *daños* vinculados a la calumnia, la difamación y a una propagación deficiente desde el punto de vista demográfico que podía derivar en una de las *enfermedades* más graves del Estado, esta es, la despoblación:

> "Con el **estudio** se crían **melancólicos** los ingenios, aman la soledad y el celibato: todo opuesto a lo que ha menester la república **para multiplicarse** y llenar los oficios y puestos, y para defenderse y ofender"[1270].

No defiende Saavedra que esa ignorancia deba ser total y generalizada, pues lo que buscaba con sus propuestas era un equilibrio, al considerar el excesivo (a su juicio) número de universidades como la causa de que muchos hombres optaran por las letras y no por las armas. Algo que, como se ha visto, era necesario para el mantenimiento del *cuerpo* (empresa 69). Es en este punto donde el discurso médico, concretamente el del equilibrio de los *humores*, parece hacerse visible de nuevo:

> "Al príncipe buen gobernador tocará el cuidado deste **remedio**, procurando disponer la **educación** de la juventud con tal juicio, que con el número de letrados, soldados, artistas y de otros oficios, sea **proporcionado al cuerpo** de su Estado"[1271].

Proporción que aplica también al estamento clerical, concretamente se refiere a aquellos que "se aplican a la vida eclesiástica y monástica, cuyo exceso es muy dañoso a la república y al príncipe"[1272], aunque Saavedra matiza esta aseveración distinguiendo los fines del brazo espiritual del temporal. Se trata de una cuestión común a otros discursos políticos, que vincularon el exceso de clérigos con una de las causas de la despoblación de la España peninsular[1273]. En cualquier caso, para que el Estado no enfermara, la ignorancia del pueblo era vista, quizá, no como algo bueno, pero sí como algo conveniente. Esto es así porque aquellos que debían ejecutar una orden no tenían, según el pensamiento saavedriano, que entender los motivos de sus acciones. Esta cuestión parece empezar a tratarse en la empresa 4 (*Non solum armis*) que abre sus reflexiones así:

> "Para mandar es menester **sciencia;** para obedecer basta una discreción natural y a veces la **ignorancia sola.** En la planta de un edificio trabaja el ingenio. En la fábrica, la mano. El mando

[1270] SAAVEDRA, 1999, pág.753.

[1271] SAAVEDRA, 1999, pág. 756.

[1272] SAAVEDRA, 1999, pág. 756.

[1273] FORTEA, 1998, pág. 170.

> es estudioso y perspicaz. La obediencia casi siempre ruda y ciega (…). Y así, se **deben contar las sciencias entre los instrumentos políticos de reinar**. A Justiniano le pareció que no solamente con armas, sino también con **leyes** había de estar ilustrada la majestad imperial, para saberse gobernar en la guerra y en la paz"[1274].

La importancia de las leyes en la ciencia política, y en la instrucción del gobernante, es capital. Es el propio Saavedra quien afirma esto al explicar el significado del dibujo de su empresa (un cañón nivelado con la escuadra, símbolo de las leyes y la justicia)[1275]. Se consideraba, por ello, necesario que el príncipe fuera instruido, aunque sin descartar totalmente que fueran sus súbditos aquellos que recibieran las enseñanzas necesarias para dominar la ciencia del gobierno—"Alguno podría entender este ornamento de las letras más en el cuerpo de la república, significado por la magestad, que en la persona del príncipe (…)"[1276]—. El soberano, pues, debía formarse para poder cumplir con su deber, que Saavedra equipara con el de un anatomista:

> "No sin gran caudal, estudio y **experiencia** se puede hacer **anatomía** de la diversidad de ingenios y costumbres de los súbditos, tan necesario en quien manda. Y así, a ninguno más que al príncipe conviene la sabiduría"[1277].

Vuelve este fragmento, imbuido de maquiavelismo, a fusionar la política con la medicina a través de la anatomía y la experiencia. La convierte, por tanto, en una ciencia que ha de conocer el príncipe, rebatiendo al emperador Lucinio, que, según reza esta empresa, tenía a la ciencia como una peste pública y a los filósofos como un *veneno*. También, debido a una influencia aristotélica, considera dañosos los extremos en este sentido, es decir, que el príncipe se separe del estudio o que se sumerja completamente en él. El exceso apetito de conocimiento, de hecho, es entendido como una de las enfermedades del ánimo:

> "No menos se excede en los estudios que en los vicios. Tan **enfermedad** suelen ser aquellos del **ánimo**, como éstos del cuerpo"[1278].

Una idea que también se encuentra en la *Razón de Estado del rey católico don Fernando.* Aquí, reflexionando sobre los afectos del príncipe, Saavedra concluye que este

[1274] SAAVEDRA, 1999, pág. 221.

[1275] SÁNCHEZ, 1977, pág. 52.

[1276] SAAVEDRA, 1999, pág. 222.

[1277] SAAVEDRA, 1999, pág. 223.

[1278] SAAVEDRA, 1999, pág. 226.

necesita de la educación para dominarlos, pues considera que en él son más intensos y más peligrosos. Eso sí, no debe el soberano entregarse en exceso a las ciencias si no quiere caer en uno de los *males* del gobierno —"No es mi intento disuadir en los príncipes las buenas letras, sino el exceso dellas"[1279]—. Para ser buen príncipe, según estas líneas, bastaba con conocimientos militares, de historia y de lenguas. Argumentaciones que conectan la empresa 4 con esta otra obra del murciano.

En esta línea, la prudencia vuelve a convertirse en la virtud que intercede para llegar al justo medio, pues detiene el apetito glorioso de saber (esa enfermedad del ánimo que se describe arriba) y garantiza una educación eficiente que, siguiendo a Tácito, es aquella que conduce al gobierno "de la paz y de la guerra"[1280]. Continúa la empresa describiendo en qué aspectos debe formarse el príncipe, alude a la elocuencia y a la historia, a la que define como "maestra de la verdadera política" elevándola sobre otros elementos por considerar el pensador, como otros hicieron antes y después que él, a esta como repertorio de experiencias de lo pasado. Menciona en este sentido a la jurisprudencia o estudio de las leyes, a las que vincula con la razón de Estado. Sobre estas últimas habla profundamente en la empresa 21, donde la cuestión se encuentra unida al empleo del concepto de *enfermedad* y la metáfora organicista. En primer lugar, como se ha visto en otro apartado, dice que es el príncipe el que ha de dar "aliento" a las leyes, tanto a las penales como a las distributivas (las dos tipologías que distingue en su obra). En este sentido, vuelve a convertir al rey en el *alma* y el *corazón* de su Estado:

> "A unas y otras **leye**s ha de dar el príncipe **aliento. Corazón e alma**, dijo el rey don Alonso el Sabio, que era de la república el rey: 'Ca así como yaze el alma en el corazón del ome, e por ella vive el **cuerpo** e se mantiene; así en el rey yaze **la justicia**, que es vida e **mantenimiento del pueblo** e de su señorío'"[1281].

El acto de dar aliento puede indicar una inspiración bíblica de tal sentencia (tal y como se vio en el apartado referente a los espíritus de la vida), bien de forma directa o indirecta (a través de las lecturas de obras atribuidas a Alfonso X el Sabio) y ratifica la importancia de la sangre en el organicismo saavedriano. También se podría mencionar aquí la reflexión que, en este mismo sentido, se encuentra en la *Respuesta al manifiesto de Francia*, donde Don Diego afirma que, en una monarquía, "es necesario que el aliento

[1279] SAAVEDRA, 2008 a, pág. 188.

[1280] SAAVEDRA, 1999, pág. 224.

[1281] SAAVEDRA, 1999, pág. 358.

del príncipe pueda de ordinario hallarse presente en todas las partes de su Estado, y que sus órdenes lleguen con facilidad a cualquier lugar de su dominio"[1282]. El *aliento*, de gran valor para el galenismo por ser un paso para la generación de los espíritus vitales, puede ser entendido también como *alma*, como *fuerza vital* que da impulso o movimiento al *cuerpo*. Además, y como se infiere de la lectura de este y otros textos de Saavedra, son las leyes las que garantizan que la voluntad real se distribuya por todo el *cuerpo* de la República. En este sentido, continúa el autor reflexionando sobre el papel de las leyes para el Estado, a las que llega a equiparar como un *brazo invisible* con el que el príncipe maneja las riendas del gobierno (metáfora importante por estar también presente en Lipsio)[1283].

En este sentido, destacan reflexiones del ideario tacitista (el romano es citado en esta ocasión sin disimulo alguno) que inciden en la importancia de las leyes y la determinación del soberano en aplicarlas. Es en este punto donde se encuentra la alegoría que convierte a estas en *muros* del magistrado, *ojos* y *alma* de la ciudad y freno que corrige al pueblo[1284]. Estas conviven con otras metáforas de distinto tipo (navales y edilicias) que, incluso, llegan a convertir a las mismas leyes en "cuerpos que reciben el alma y el entendimiento de los jueces, por cuya boca hablan, y por cuya pluma se declaran y aplican a los casos"[1285].

En este punto se menciona otro de los *daños* de los que advierte Saavedra: la multiplicidad de las leyes —"Ningún daño interior de las repúblicas mayor que el de la multiplicidad de las leyes"—. Se trata de algo también mencionado por el arbitrismo, que de hecho es un punto en común entre sus diferentes ramas (agrarista e industrialista) que veían el exceso de leyes como uno de los detonantes de la situación económica de la Monarquía[1286]. A decir de Saavedra, una gran cantidad de leyes (a las que llega a comparar con *abrojos*) invita a la contradicción entre ellas, a la confusión en el pueblo y a la variedad de opiniones, lo que vuelve a relacionar con otro de los grandes *males* de ese momento histórico: la falta de brazos en el campo y en la guerra. Recomienda, pues, que las leyes sean pocas y antiguas, criticando el arbitrio de nuevas a las que tiene incluso por

[1282] SAAVEDRA, 2008 a, pág. 223.

[1283] SAAVEDRA, 1999, pág. 359.

[1284] SAAVEDRA, 1999, pág. 360.

[1285] SAAVEDRA, 1999, pág. 360.

[1286]HERNÁNDEZ, 2009, pág. 16.

un *veneno* —"Hacer experiencias de remedios es a costa de la salud y de la vida. Muchas yerbas, antes que se supiesen preparar, fueron veneno"[1287]—. Al excesivo número de leyes se suman los pleitos emparentados con ellas, que es visto como un tratamiento inadecuado para curar una *enfermedad* — "Y cuando todos fueran justos [los pleitos], no se apura mejor entre muchos la justicia, como no curan mejor muchos médicos una enfermedad"[1288]— cuyo origen se explica en el excesivo número de letrados —"Con gran prudencia y paz se gobiernan los Cantones Esguízaros, porque entre ellos no hay letrados"[1289]—. En esta línea, la solución de Saavedra, como en las leyes, es la reducción de estos últimos, pues son ellos los que levantan los pleitos para garantizar su propio sustento[1290].

Igual de malignas se consideran las pragmáticas y decretos, sobre todo cuando son abundantes a la par que ineficientes —"La reputación del príncipe padece cuando los remedios que señala, o no obran o no se aplican"[1291]—. Sitúa en este punto a los "abusos de trajes" y los "gastos superfluos", relacionados con los decretos que pretendían regularlos y que no surtían efecto. En este sentido, reflexiona sobre el poder de las costumbres y la dificultad de cambiarlas en el pueblo, aun cuando estas son malas. Parece brindar una sentencia profética al recomendar prudencia en todo lo que tenga que ver con la modificación de las costumbres—"El príncipe prudente gobierna sus Estados sin innovar las costumbres; pero, si fueren contra la virtud o la religión, corríjalas"[1292]—.

Después de esto, el concepto de *enfermedad* vuelve a hacer aparición para aquellos Estados, a su razón, mal constituidos —"Poco aprovechan los remedios a los enfermos incorregibles"[1293]—. Termina la empresa vinculando al príncipe con la razón y la tarea de fundar las leyes, mientras que al pueblo solo atribuye la capacidad de obedecer, una idea que podría estar relacionada con lo defendido por autores como Fernández de Medrano en la *República mixta* (Madrid, 1602); Francisco Escrivá en sus *Discursos de*

[1287] SAAVEDRA, 1999, pág. 360.

[1288] SAAVEDRA, 1999, pág. 365.

[1289] SAAVEDRA, 1999, pp. 364-365.

[1290] MONTOYA,1988, pág. 36.

[1291] SAAVEDRA, 1999, pág. 365.

[1292] SAAVEDRA, 1999, pág. 367.

[1293] SAAVEDRA, 1999, pág. 367.

los estados (Valencia, 1613)[1294] o fray Juan de Madariaga en *Del senado y de su Príncipe* (Valencia, 1617)[1295]. Tampoco se puede descartar que este aspecto tuviera también cierta inspiración bíblica[1296]. En cualquier caso, lo que se puede deducir de todo esto es que, como ya se ha visto, era la *cabeza*, esto es el rey, el encargado de diseñar las leyes, en tanto en cuanto era en él donde residía la capacidad resolutiva y *alma racional* y, por lo tanto, era él quién debía dirigir las operaciones vitales del *cuerpo* político.

Cuestión esta última que sitúa a las *Empresas* en la línea del pensamiento organicista, puesto que, en primer lugar, en ella se encuentran reflexiones que justifican los decretos por estar basados en la "experiencia de lo pasado". Sentencia que no deja de recordar a aquellas que vinculaban la medicina con la política aduciendo que ambas se basaban precisamente en eso, la experiencia pasada. La cuestión que surge ahora es si las leyes tenían algún papel en el organicismo o si estas se podían unir de algún modo con el empleo del lenguaje médico, lo que en principio no es descartable. De hecho, otros autores convirtieron a las leyes en las *medicinas* del Estado en tanto en cuanto se consideraban creación del rey, *cabeza* y *corazón* del cuerpo, para el resto de *miembros*, que debían obedecer[1297].

Las funciones de estas eran, entonces, curarlo o mantenerlo sano y, si el rey era su creador, no ha de extrañar que fuera entendido como el *médico* de su Estado. A este respecto se pueden destacar autores anteriores a Saavedra, como Rodrigo Sánchez de Arévalo (1404-1470), defensor de la idea del rey como *cabeza* de su *cuerpo*, no sin recordar la prevalencia universal del papa[1298]. Este último era considerado a su vez como la *cabeza* de la Iglesia desde un punto de vista absolutista, pues era su función la de regir el *cuerpo*, mientras que la del resto de *miembros* (entre los que destacan los cardenales) se basaba en ejecutar sus dictados[1299]. Algo similar ocurría también con la obra de Bartolomé de las Casas (1484-1566), donde las leyes, junto con las costumbres y la

[1294] El título completo de esta obra fue: *Discursos de los estados, de las obligaciones particulares del estado y oficio según las quales ha de ser cada uno juzgado.*

[1295] CARRASCO, 2017 b, pág. 197.

[1296] *Romanos* 13:5 ("es preciso someterse, no solo por temor al castigo, sino también en conciencia").

[1297] FERNÁNDEZ ALBALADEJO, 1992, pág. 84.

[1298] BENEYTO, 1976, pp. 218-221.

[1299] FERNÁNDEZ, 2021, pág. 391.

ciencia, eran entendidas como un suplemento a las fuerzas naturales que, complementadas con razón y el arte, conservan la vida[1300].

Las leyes, pues, actuaban como una *medicina* aplicada por el monarca. En este sentido, se puede conectar lo dicho hasta aquí con las reflexiones que, sobre la justicia, realiza Saavedra en la empresa 22. En ella, afirma que para impartirla debe el príncipe adquirir las cualidades del *águila* (la fuerza de sus garras, la ligereza de sus alas y su formidable vista). Dice que, en períodos de calma, es posible que el príncipe imparta justicia a través de sus ministros y tribunales, pero que en tiempos turbados convendría que este hiciera ostentación de estas calidades para demostrar que:

> "como en *el cuerpo humano*, así en el del reino está todo él y en **cada una de sus partes entera el alma de la majestad**"[1301].

Así, la majestad real debía impregnar todas las partes del *cuerpo* político, para que este sanara o no enfermara. Parece, de este modo, que Saavedra hace aquí uso del concepto de *alma* galénico, que significaba, a grandes rasgos, la fuerza vital de la que se valía el *cuerpo* para su mantenimiento y vida[1302]. Además, era la majestad real la que debía aplicar un tratamiento que, como toda *medicina*, debía aplicarse con cautela:

> "porque si la virtud sale de sí, impaciente de los desórdenes, y pone la mano en todo, parecerá crueldad lo que es justicia. **Cure** el tiempo lo que **enfermó** con el tiempo. Apresurar su **cura** es peligrosa empresa, y en que se podría experimentar la furia de la **mansedumbre irritada**"[1303].

Saavedra usa aquí el discurso médico recordando a lo que él mismo expresaba en la empresa 60 o lo que decían los escritos de Maquiavelo y Lipsio. La vinculación de la prudencia con un tratamiento de justa medida o la sustitución de este por la prevención son, pues, puntos comunes con otros autores que se deben, quizá, a una inspiración común con el pensamiento clásico. Ello queda realzado en líneas posteriores al fragmento citado, pues en estas se insiste en la importancia de la disimulación ejemplificada a través de la figura de Fernando el Católico. La *enfermedad* que se trata de evitar o curar aquí no es otra que la sedición, una de las dolencias que, como se verá, podían padecer los Estados. Propone en este sentido una justa medida en la aplicación de la justicia para que el

[1300] ZUCHEL & KRUPECKA, 2017, pág. 1160.

[1301] SAAVEDDRA, 1999, pág. 370.

[1302] SENDRAIL, 1983, págs. 153 y siguientes.

[1303] SAAVEDRA, 1999, pág. 370.

soberano sea, a un mismo tiempo, temido y amado. De ello se infiere la interpretación de la justicia como una *medicina* o *tratamiento médico*. Por otra parte, es esta otra de las ocasiones en las que la conexión con Maquiavelo (que no es citado en la empresa) se hace evidente[1304]. En cualquier caso, a raíz de todo esto se puede interpretar la majestad real como una especie de *alma* (en la línea de lo que ya se ha dicho anteriormente) pero, sobre todo, las acciones del príncipe con las del *médico*.

9.1. Las enfermedades del alma

Entonces, si el *alma* (la del cuerpo y la del Estado) podía enfermar, no ha de extrañar que existieran tratados destinados a orientar sobre cómo mantenerla sana. Desde un punto de vista médico, se pueden destacar obras como *La conservación de la salud del cuerpo y del alma* (Valladolid, 1597)[1305], de Blas Álvarez de Miraval, título que ofrece una serie de recomendaciones y consejos diseñados para mantener tanto la salud física como espiritual, los cuales conviven con otros más centrados en lo corpóreo, como el *Libro del regimiento de la salud* (Valladolid, 1551)[1306] o el *Banquete de Nobles Caballeros* (Alcalá de Henares, 1542)[1307], ambos escritos de Luis Lobera de Ávila[1308].

[1304] Maquiavelo reflexionaba sobre esto en el capítulo 17 de *El Príncipe.* Se trata de una de las sentencias más famosas del florentino que le lleva a concluir que, si el príncipe ha de elegir entre ser temido o amado, la elección más conveniente es la de ser temido. El motivo, los hombres aman por propia voluntad y temen según la voluntad de su soberano. Por lo tanto, lo único que debe procurar el príncipe para garantizar la unidad de sus súbditos es ser temido sin llegar a ser odiado. Para más información consultar: MAQUIAVELO, 1998, pp. 115-119.

[1305] El nombre completo de la obra es *La conservación de la salud del cuerpo y del alma, para el buen regimiento de la salud, y más larga vida de la Alteza del serenísimo príncipe Don Philippo nuestro señor.*

[1306] El nombre completo de la obra es *Libro de regimiento de la salud, y de la esterilidad de los hombres y mujeres, y de las enfermedades de los niños, y otras cosas vtilisimas compuesto por el doctor Avila de Lobera.*

[1307] El nombre completo de la obra es *Vergel de sanidad: que por otro nombre se llamaua Banquete de caulleros y orden de biuir, ansi en teimpo de sanidad como de enfermedad y habla copiosamente de cada majar que complexión y propiedad tenga y de sus prouechos y daños: con otras vtilisimas nuevamente corregidos y añadido por el mismo autor, que es el doctísimo y excelente doctor Lusis Lobera de Aulia, medico de su majestad*

[1308] GARCÍA,2013, pág. 273.

Estos títulos, escritos por médicos, pudieron influir en las recomendaciones realizadas por autores encuadrados en el pensamiento político. Entre estos, se puede destacar al sevillano Sebastián Fox Morcillo (1526-1559), quien en su *De regni regisquae institutione* (Amberes, 1556) recalcaba la importancia de mantener la salud del cuerpo y la mente. Esta obra se centraba específicamente en la salud del rey, extrayendo para ello consejos que Galeno ya había dejado en obras como *De sanitate tuenda*. Esta, traducida literalmente como *Acerca de la conservación de la salud*, contiene cuestiones relacionadas con el sueño, la alimentación, el ejercicio físico y todo un elenco de consejos destinados al cuidado del cuerpo, considerado como instrumento del alma[1309]. Por ello, se puede considerar que las reflexiones en torno a esta cuestión, la salud del cuerpo y del alma, tienen un origen común en el galenismo (aunque no únicamente en él), tanto en tratados médicos como políticos. Este último término va unido, en las *Empresas,* a la persona del príncipe y su educación. Ejemplo de ello se puede encontrar en la empresa 2 (*Ad ommnia*):

> "Esta buena **educación** es más necesaria en **los príncipes** que en los demás, porque son instrumentos de la felicidad política y de **la salud pública**"[1310].

En otras empresas, ya tratadas, se hace referencia al cuidado de la justicia o la majestad real como la garantía de la *salud* del principado. Se ha de tener en cuenta, entonces, que, si el rey era el *alma* de su Estado, su *enfermedad* podía afectar a todo el *cuerpo*. De ahí la importancia de considerar el ánimo real y sus dolencias. De otro lado, no hay que dejar de recordar que en el Siglo de Oro las enfermedades del alma se relacionaban estrechamente con el pecado. Este, entendido como una trasgresión contra la voluntad de Dios, había sido vinculado a ciertas manifestaciones físicas desde la Edad Media, quizá incluso desde antes[1311]. Desde esta óptica, los pecados afectaban directamente al alma y al cuerpo, de ahí las analogías entre las enfermedades físicas y las del ánimo que están presentes en obras de la literatura barroca como *El Criticón* de Baltasar Gracián, donde se realiza un análisis de la condición humana, a menudo estableciendo este tipo de sinergias[1312]. También es posible encontrar estas valoraciones

[1309] BLEZNICK, 1959, pág. 08.

[1310] SAAVEDRA, 1999, pág. 806

[1311] MORIN, 2019, pág. 11.

[1312] En el *Crisi IX* de la Primera Parte se puede leer: "—Es assí—dixo Critilo—, donde quiera que hallamos corbada la disposición rezelamos también torcida la itención; en descubriendo ensenadas en el cuerpo,

en obras de medicina como *La nueva filosofía de la naturaleza del hombre*, donde se afirma que "los afectos del hombre, que son pecado, dañan principalmente al alma, pero también al cuerpo, haciendo el mismo daño en su proporción a alguno de ellos"[1313]. Por su parte, la mística de Santa Teresa de Jesús (1515-1582) enfatizaba especialmente a la que se podría considerar como la enfermedad del alma por excelencia, esta es, la melancolía[1314]. Desde este punto de vista, de la salud del príncipe o soberano, y de su alma, dependía la salud del resto, lo que significa que debía ser virtuoso y su comportamiento debía alejarse de los vicios. Si pecaba el príncipe, el Estado podía, desde este punto de vista, peligrar. Esta idea, quizá relacionada con la Biblia[1315], está bien presente en las *Empresas.* Así, en la empresa 13 se dice que:

> "Y así como los defectos de la luna son perjudiciales a la tierra, así también **los pecados del príncipe son la ruina de su reino**, extendiendo el castigo a los vasallos, porque a ellos también se extienden sus vicios, como los de Jeroboán al pueblo de Israel"[1316].

---

tenemos aya dobleces en el ánimo; el otro quien se le anubló alguno de los ojos, también suele cegarse de pasión, y lo que es digno de mas reparo (…) los coxos suelen tropeçar en el camino de la virtud, y aun echarse a rodar, coxeando la voluntad de los afectos (…) —La cabeça—confirmó Andremio—llamo yo, no sé si me engaño, alcáçar del alma, corte de sus potencias —Tienes razón—confirmó Artemia—, que assí como Dios, aunque asiste en todas partes, pero con especialidad en el cielo, donde se permite su grandeza, assí el alma se ostenta en este puesto superior, retrato de los celestes orbes. Quien quisiere verla búsquela en los ojos; quien oírla, en la boca; y quien hablarla, en los oídos. Está la cabeça en el más eminente lugar, ya por autoridad, ya por oficio, porque mejor perciba y mande". Se observa aquí la equiparación de, por decirlo así, la calidad del alma con la del cuerpo. Esta, que en algún punto puede recordar a lo dicho por Cicerón (en la sentencia mencionada más arriba) también hace mención de la cabeza como la parte más importante del cuerpo, como otros autores anteriores y coetáneos. Basta decir, en cualquier caso, que la mención de la calidad y salud del alma está vinculada en Cicerón a la del cuerpo, lo que se aprecia en otros fragmentos. Para más información consultar: GRACÍAN, 1938, pág. 267.; ESCRIBANO, 2018, pp. 581-620.

[1313] SABUCO, 1587, pág. 35.

[1314] ÁLVAREZ, 2016, pág. 15.

[1315] Hay varias referencias a tener en cuenta en este sentido. Así, en el segundo libro de Samuel (versículo 24) se narra como el rey David eligió un castigo para sí, en vez de para su pueblo, después de que Yahveh le diera a elegir. También se encuentra en el Reyes 14: 16, que es el que cita Saavedra Fajardo en la citada empresa y en donde se cuenta cómo Jeroboam, rey de Israel, llevó a su pueblo a la idolatría, trayendo como consecuencia la calamidad para sus subidos.

[1316] SAAVEDRA, 1999, pág. 296.

El pueblo pagaba por los pecados de su príncipe, como el *cuerpo* sufría por los vicios del *alma*. Se trata de una idea que se encuentra aquí y en otras obras políticas del Renacimiento y el Barroco. Esta debe tenerse en cuenta para analizar la interrelación entre la ética del liderazgo y el bienestar de la comunidad, pues es reflejo de una creencia más o menos arraigada que depositaba en las acciones individuales del gobernante una relevancia que va más allá de lo meramente político, adquiriendo dimensiones colectivas, incluso historicistas. El príncipe, en definitiva, debía mantener una actitud que lo alejara del vicio y, sí, también de las enfermedades del ánimo, que se prevenían con la educación y cuya curación adquiría distintas facetas.

9.1.1. Las enfermedades del ánimo

Como se ha mencionado anteriormente, las enfermedades del ánimo eran aquellas que, desde el punto de vista de la medicina galénico-hipocrática, afectaban al comportamiento y el desenvolvimiento ante ciertas situaciones. Saavedra no es el único en valorarlas, pues autores como Quevedo mencionan los "achaques del ánimo"[1317] y su influencia en los asuntos de gobierno. En general, eran entendidas como una suerte de trastorno que afectaba a la inteligencia y a la percepción sensorial. En algunos tratados de medicina (y en la obra del propio Galeno) su aparición se vinculaba con distintos orígenes (alteraciones humorales en su mayoría)[1318]. Este tipo de enfermedades fueron muy consideradas durante la Edad Media, tanto en el ámbito cristiano como en el islámico. En este último destacan las descripciones sobre la melancolía desarrolladas por el médico Ishaq Ibn Imran (830-910); mientras que en el segundo destaca *El sumario de medicina y el tratado sobre las pestíferas bubas* (Salamanca, 1498), de Francisco López de Villalobos (1473-1549) que, además de brindar una de las primeras descripciones de la sífilis, se refiere al amor como una enfermedad[1319].

En la obra de Saavedra Fajardo, por otra parte, se puede percibir ciertos conocimientos acerca de estas. El publicista habla en sus *Empresas* de la ira; el miedo; la obstinación; la ignorancia, la envidia y la emulación gloriosa. Todas estas unidas a la persona del príncipe y a su modo de desenvolverse en las labores del gobierno. En

[1317] QUEVEDO, 1702, pág. 77.

[1318] GONZÁLEZ, 1994, pág. 108.

[1319] VÁZQUEZ, 1985, pág. 370.

referencia a la primera de ellas, la ira es descrita como una de las más graves enfermedades del ánimo en la empresa 8, pues expone a la declinación, no solo al príncipe, sino a todo su reino. Tiene su origen en la suntuosidad regia y la soberbia que de ella se deriva. Evitarla o dosificarla debe ser su prioridad, ya que "De los príncipes pende la salud pública, y peligraría ligeramente, si tuviesen tan precipitado consejero como es la ira"[1320]. Su cura o remedio viene del consejo como acción y de la prudencia y la mansedumbre como virtudes cristianas (ya tratadas en otros apartados), mientras que su causa de aparición se achaca a otros factores, entre los cuales destacan las habladurías del pueblo. Vinculada a ella aparecen también otras cuestiones como la disimulación de las ofensas o las injurias, tratadas en otros apartados. También es destacable la envidia, al tiempo una enfermedad del ánimo y origen de algunos *males* del Estado. Esta puede tener su origen en la desigualdad entre el pueblo (referente a la distribución de mercedes, privilegios o cargas tributarias) y es tratada en las empresas 9, 41 y 17, las cuales parecen recomendar una distribución homogénea y justa de las riquezas y los gastos[1321].

Relacionada con ella, se podría mencionar a la emulación gloriosa, que no siempre es tenida como dañina. En lo que se refiere a la obstinación, esta se considera como parte del miedo en la empresa 7. Ambas son definidas como *pasiones dañosas* que hacen su aparición por una mala educación brindada al príncipe, lo mismo que ocurre con la ignorancia o la envidia. Otras pasiones del alma son la ambición, tratada en la empresa 41(*Ne quid minis*); la conmiseración, tratada en las empresas 7 y 47 (*Et ivvisse nocet*) y la vergüenza.

Hay que advertir que estas pasiones no las considera Fajardo dañosas siempre y en todos los ámbitos[1322]. En el príncipe, de hecho, pueden resultar beneficiosas si se

[1320] SAAVEDRA, 1999, pág. 254.

[1321] ARELLANO, 2016, pág. 218.

[1322] A diferencia de otros autores, Saavedra no consideraba a las pasiones como una enfermedad, sino como una potencia del alma que se podía aprovechar siempre y cuando se orientara por la educación y se guiara por la (verdadera) religión. Es por eso que muchas veces la unidad en la religión católica también sirve, desde la óptica saavedriana, como un método preventivo contra la aparición de enfermedades del Estado y, en algunos casos, como el tratamiento necesario para su cura. Junto a estas últimas, se podrían poner también aquellas que Saavedra describe como enfermedades de la multitud, que están vinculadas a acciones perjudiciales extendidas por el pueblo. En lo que al tema religioso se refiere, una de estas es mencionada en la empresa 27 (*Specie relligionis*), donde se carga contra las romerías y otras costumbres malconsideradas por el autor. Para más información consultar: NOLASCO, 2011, pág. 103.

templan y guían con la educación adecuada. Es en el pueblo donde deben suprimirse o reducirse al mínimo, pues de su inconstancia se derivan sediciones, motines y otros daños para la república. De este modo, recomienda Saavedra en la empresa 38 que se "dome a los súbditos como se doma a un potro"[1323]. Entonces, si el príncipe no está exento de padecer estas enfermedades y pasiones, y si es entendido como el *corazón* de su Estado, se puede decir que, cuando le afectan a él, son *enfermedades* del *corazón* y el *alma* del Estado. En este sentido, Bernardino Montaña de Monserrate habla de "accidentes del alma" de la manera que sigue:

> "De más de la dicha **calentura** se atribuyen al **coraçon** los **accidentes del alma**: los quales por otro nombre se dice **pasiones del coraçon**, que son **placer** y **tristeza**, y otros leyes generos y acidentes que nascen dellas: los quales son temor, **yra**, **esperança, desesperación, congoja y verguença**"[1324].

Así, el término pasiones del alma (o del corazón) es algo que también se puede encontrar en las *Empresas* de Saavedra Fajardo, aunque estas no siempre son consideradas como algo dañino:

> "No es mi dictamen que se corten los afectos o que se amortigüen en el príncipe, porque sin ellos quedaría inútil para todas las acciones generosas, no habiendo la naturaleza dado en vano el amor, **la ira, la esperanza y el miedo**. Los cuales, si no son virtud, son compañeros della, y medios con que se alcanza y con que obramos más acertadamente. El **daño está en el abuso y el desorden dellos**, que es lo que se ha de corregir en el príncipe, procurando que en sus acciones no se gobierne por sus afectos, sino por razón de Estado. Aun los que son ordinarios en los demás hombres, no convienen a la majestad"[1325].

Las pasiones del alma, de no controlarse, podrían ser dañosas para el Estado. La empresa de donde se ha extraído este fragmento, la 7, posee un valor centrado en la valoración de las pasiones y los afectos del ánimo (el alma) real. En ella, y en posibles sinergias con Justo Lipsio entre otros autores, Saavedra hace la siguiente valoración:

> "Tienen los príncipes muchos **Galenos** para **el cuerpo**, y apenas un **Epicteto** para **el ánimo,** el cual no padece menores **achaques y enfermedades**; antes son **más graves que las del cuerpo**, cuanto es más noble parte la **del ánimo**. Si en él hubiese frente donde se trasladase la **palidez de sus males afecciones**, tendríamos compasión a muchos que juzgamos por felices y tienen

[1323] SAAVEDRA, 1999, pág. 491.

[1324] MONTAÑA, 1556, pág. 50.

[1325] SAAVEDRA, 1999, pág. 246.

abrasada el alma con fiebre de sus apetitos. Si se viese el ánimo de un tirano, se verían en él las ronchas y cardenales de sus pasiones"[1326].

En esta empresa habla el autor de los afectos como algo inherente en el ser humano. Estos han de ser dominados por la razón adquirida a través de la experiencia. Son comunes a todos, pero especialmente intensos en el príncipe, que desde nacimiento está expuesto a la adulación y la lisonja. De ahí la importancia de cuidar de que en él no se críen malos afectos que degeneren posteriormente en un ánimo enfermizo. Algo de lo más importante en un mundo cambiante y aparente, donde el engaño es la norma política y en donde el rostro, según reza el fragmento citado, es muestra del verdadero ser de los ánimos. Saavedra utiliza la metáfora de la lente en esta empresa, pero no es aquí el único lugar donde advierte de la falsa apariencia de las cosas y del engaño, pues en empresas como la 46 hace una advertencia similar que debe ser resaltada:

"Y no sin algún fundamento, porque para el conocimiento cierto de las cosas dos disposiciones son necesarias: de quien conoce y del sujeto que ha de ser conocido. Quien conoce es el entendimiento, el cual se vale de los **sentidos externos y internos**, instrumentos por los cuales se forman **las fantasías**. Los extremos se alteran y mudan por diversas afecciones, cargando más o menos **los humores**. Los internos padecen también variaciones, o por la misma causa o por sus diversas organizaciones; de donde nacen tan desconformes opiniones y pareceres como hay en los hombres, comprendiendo cada uno diversamente las cosas, en las cuales también hallaremos la misma incertidumbre y variación (…)"[1327].

Y debe ser resaltada, entre otras cosas, por ser prácticamente igual a lo dicho en la *República Literaria:*

"Cuerda modestia me pareció la de estos filósofos, y no sin algún fundamento su desconfianza del saber humano, porque para el conocimiento cierto de las cosas dos disposiciones son necesarias, de quien conoce y del sujeto que ha de ser conocido: quien conoce, que es el entendimiento, se vale de los sentidos **exteriores y internos**, instrumentos por quien se forman **las fantasías**: los sentidos, pues, exteriores se alteran y mudan por diversas afecciones, cargando más o menos **los humores**; los internos padecen también variaciones, o por las mismas causas, o por su varia composición y organización, de donde nacen tan desconformes opiniones y pareces como hay en los hombres, concibiendo cada uno diversamente lo que oye o ve"[1328].

[1326] SAAVEDRA, 1999, pág. 243.

[1327] SAAVEDRA, 1999, pág. 546.

[1328] SAAVEDRA, 2006, pág. 233.

Ambos fragmentos giran en torno a la idea del engaño, en este caso sensorial, y la opinión equivocada, errónea o falsa que de este se pueda derivar. Conecta de este modo con obras como *El Criticón* de Baltasar Gracián y con otros escritores que trataron un tema que fue objeto de no pocas reflexiones durante el Siglo de Oro[1329]. Pretende Saavedra aleccionar (tanto al príncipe como al lector) sobre la realidad de su presente, plagado de engaños que pueden precipitar su caída. Considera por ello necesaria la educación a través de la experiencia. La equivalencia entre ambos fragmentos resulta también significativa si se recuerda que la autoría de la *República Literaria* se ha puesto en cuestión por algunos investigadores, mientras que la de las *Empresas* no lo ha sido.

Pero también se ha de resaltar la mención que de los *humores* se realiza aquí. Ello es importante porque, como se verá en próximas líneas, la proporción de estos provocaba, entre otras cosas, afecciones en el rostro que podían delatar a un mentiroso o a un tirano. Se trata de otra de las ocasiones en las que se encuentra el empleo de un saber médico en las obras de Saavedra Fajardo, especialmente en sus *Empresas,* aunque también es posible encontrarlo en la *República Literaria* o en la *Corona Gótica.* En la primera, el momento quizá más significativo en el que el discurso humoral aparece se encuentra vinculado con la crítica a la vanidad de las ciencias brindada por Demócrito. En estas incluye el autor a la historia, la retórica, la geometría y, entre otras muchas, también incluye a la medicina. Curiosa resulta su referencia a los juristas y los pleitos, por poder conectarse también con lo que se dice en las *Empresas*. Poco afecto muestra a los médicos, a los que acusa de consumir la vida de los demás en un discurso donde se hace mención de los cuatro humores.

9.2.Los humores de la República

Como se recordará, la teoría de los cuatro humores era la que, universalmente y de forma generalizada, se usaba en la medicina clásica, medieval y moderna para explicar los orígenes de la enfermedad y atajar sus fines. Según esta teoría, el cuerpo humano, es decir, el *microcosmos*, estaba compuesto por cuatro humores en perfecto equilibrio (sangre, flema, bilis negra y bilis amarilla) en conexión con los cuatro elementos que

[1329] En el ámbito de la literatura, quizá el personaje más destacable sea El Quijote de Miguel de Cervantes, sin olvidar a otros personajes, no engañados, sino que se valen del engaño, como el Don Juan de José Zorrilla, además de otros personajes como el Lazarillo de Tormes. Para más información consultar: BAQUERO, 1955.

componían el *macrocosmos* (aire, tierra, fuego y agua)[1330]. Por lo tanto, a estos humores se les concedía también una serie de características: la sangre era caliente y húmeda; la flema, fría y húmeda; la bilis amarilla, caliente y seca, y la bilis negra, fría y seca[1331]. En función de esto se prescribían y aplicaban los tratamientos, pues cada medicamento poseía unas particularidades concretas de humedad, sequedad, calor y frío. Esto significa que si había un exceso de sangre (humedad), la medicina debía buscar el efecto contrario, es decir, la sequedad[1332]. Las causas de las enfermedades derivaban, pues, del desequilibrio entre estos humores o la prevalencia de uno sobre el resto. Además, estas podían ser físicas o temperamentales, es decir, podían afectar al cuerpo o al comportamiento, y en ellas la alteración de un humor solía implicar a la totalidad del cuerpo o solo a partes específicas, de ahí la importancia concedida a conocer cada una de ellas (a través de la anatomía) para garantizar la eficacia de los tratamientos[1333].

Más allá de estas cuestiones, la teoría de los humores se utilizó para explicar las diferentes complexiones, temperamentos e ingenios de las personas. Los comienzos de la misma se encuentran en la medicina clásica griega (destacando nombres como Empédocles o Hipócrates)[1334]. En ella, las causas por las cuales estos humores mutaban eran múltiples y variaban según el autor y el contexto cultural en el que se encontraba inmerso[1335]. Pero no eran estos y su alteración la única causa valorada como causante de los males. Y es que la medicina, a lo largo de su historia, y quizá de forma especial durante el Renacimiento, distinguió entre enfermedades naturales y accidentales. Las primeras tenían su origen en Dios, mientras que las segundas se producían en el desequilibrio de los humores causado por factores internos y externos, como las influencias astrales[1336].

En cuanto al Barroco hispánico, es necesario insistir en la situación que atravesaban los saberes, incluida la medicina, pero también recordar que no se puede hablar de un retroceso total de esta durante este periodo. De hecho, en lo que respecta a la anatomía, la situación en alguna de las universidades españolas se caracterizó por un

[1330] GONZÁLEZ, 1994, pág. 107.

[1331] GÓNGORA-BIACHI, 2005, pág. 282.

[1332] SÁNCHEZ, 2000, pág. 408.

[1333] SENDRAIL, 1983, pág. 148.

[1334] GARCÍA, 1983, pp. 9-57.

[1335] LAÍN, 1955, pp.13-23.

[1336] HERNÁNDEZ, 2020, pág. 60.

resurgimiento de la práctica de la disección y apertura de cuerpos[1337]. Esto indica que el método experimental ocupó un lugar preeminente sobre los demás. Situación que también se trasladó al ámbito de la farmacéutica, los medicamentos y su prescripción, donde se pueden mencionar las aportaciones de Nicolás Monardes (1493-1588) y su *Historia medicinal de las cosas que se traen de nuestras Indias Occidentales* (Sevilla, 1565)[1338].

En cualquier caso, y de un modo general, la prevalencia del galenismo (revestido de escolástica) hacía que las innovaciones en los distintos campos de la ciencia de Asclepio tardaran en llegar o que, una vez conocidos, su afianzamiento fuera más lento. De este modo, el sistema hipocrático de los cuatro humores permaneció prácticamente inalterado en el ámbito científico español[1339]. Un testimonio de ello se encuentra en el *Tesoro de la Lengua Castellana* de Covarrubias, donde, a pesar de no contar con una definición específica para el término, este aparece en más de una entrada[1340]. Pero sobre todo es rastreable en los trabajos escritos de los propios médicos de la época, como los de Antonio Trilla, que seguían recomendando regular la composición de los medicamentos en función del humor afectado, como se observa en su obra *Perfecto practicante médico y nueva luz de fácil enseñanza* (Toledo, 1677), en la que además se ensalza la figura de Hipócrates, considerado el padre de la medicina[1341].

Esta recomendación estaba, de hecho, bastante extendida, ya que al diagnosticar una enfermedad y prescribir un remedio se solía tener en cuenta preferentemente el humor afectado. El método para detectar esto resulta interesante: en gran parte de los casos se limitaba a observar las secreciones del cuerpo para, en función del color, determinar cuál era el humor que este producía en exceso[1342]. También había quienes, como Luis de Mercado (1525-1611), consideraban que un humor u otro tendía a alterarse en función de las propias características del paciente, lo que se defendió en obras como *De Pverorvm*

[1337] GIMARET, 2018, pág. 74.

[1338] FERNÁNDEZ, 1989, pág. 123.

[1339] SALINAS, 2016, pág. 03

[1340] El término aparece, por ejemplo, en la definición de *armonía,* que es definida como sinónimo de consonancia para la música y compostura para el cuerpo, haciendo alusión a "la proporción que tienen entre si los miembros, y ni más ni menos los humores" Para más información consultar: COVARRUBIAS, 1611, pág. 88.

[1341] GONZÁLEZ & DE FORTEZA, 2010, pág. 232.

[1342] VVAA, 1983, pág. 101.

edvcatione (1611) o *De Mulierum affectionibus* (Valladolid, 1579), dedicadas a las enfermedades de niños y mujeres respectivamente. Por su parte, autores como Cristóbal Suárez de Figueroa (1571-1639) incluyeron reflexiones relacionadas con los humores en sus escritos. En concreto, elaboró una explicación acerca de las diferencias entre pueblos y razas, valiéndose de la teoría de los humores y los temperamentos en *Varias noticias importantes a la humana comunicación* (Madrid,1621)[1343].

Conclusiones semejantes a las desarrolladas por Juan Huarte de San Juan en su *Examen de Ingenios para las ciencias* (Baeza, 1575), donde estudiaba los caracteres europeos[1344]. En la obra se pretende, entre otras cosas, realizar un estudio para diferenciar los distintos temperamentos que, vinculados con la fisonomía, explicarían para qué oficio son más adecuados los distintos tipos de personas. Para ello, se basó en la tradición médica y filosófica que le precedía. En su estudio climático aseguraba que quienes habitan en regiones más frías tienen un menor entendimiento, mientras que los nacidos en regiones más cálidas son más prudentes. En su clasificación climática, la península Ibérica resulta favorecida, ya que, por situarse en una zona templada (el término medio aristotélico) posee las virtudes del entendimiento y la prudencia[1345].

Algo similar se encuentra en la empresa 81 (*Quid valeant vires*), que atribuye la variedad de temperamentos y complexiones de los pueblos de la Tierra a las influencias astrales y a los climas que estas generan. De este modo, divide el tercer planeta en siete climas influenciados por diferentes astros (el Sol, Saturno, Júpiter, Mercurio, Venus, Marte y la Luna). Aquellos imbuidos por la Luna, por ejemplo, pertenecen al séptimo clima, estos son, alemanes, flamencos e ingleses, que son descritos como "flemáticos, inclinados a los banquetes, a la pesca y a la negociación"[1346]. Esta división climática del mundo se aprecia también en sus *Introducciones a la política*:

> "No todas las naciones son materiales dispuestos para que en ellas se funde y dure la monarquía, siendo unas a propósito para la aristocracia, otra para la policía, y otras para el gobierno de uno, en aquellas **regiones templadas**, donde con la proporción del calor y del frío nacen los **hombres**

[1343] MARAVALL,1986, pág. 379.

[1344] FUMAROLI, 2005, pág. 211.

[1345] PUJANTE, 2008, pág. 408.

[1346] SAAVEDRA, 1999, pág. 881.

animosos y hábiles para aquellas **calidades de virtud y obediencia necesarias para la monarquía (…)**"[1347].

Saavedra está haciendo uso de una teoría que es una herencia de la cultura griega, difundida posteriormente por geógrafos árabes como Al-Idrisi[1348] en el orbe islámico, y que también tuvo su continuidad en el ámbito cristiano. En este último resultaron interesantes las aportaciones de Rodrigo Sánchez de Arévalo (1404-1470), quien en su *Suma de la política* (Venecia, 1455), obra muy influida por el aristotelismo, estableció una relación entre el carácter de los habitantes de una ciudad y su clima[1349]. Prácticamente un siglo después, Juan Luis Vives (1493-1540) se valió de la teoría de los humores para afirmar que este era un factor determinante en los temperamentos de las personas, es decir, que influía en la prevalencia de unos humores u otros. Tales afirmaciones se encuentran en obras como *De disciplinis* (1531) o *De anima et vita* (1538)[1350].

Otro referente que no debe olvidarse es Giovanni Botero, quien en sus *Relationi universali* (1591-1596)[1351]realizó una diferenciación entre los distintos reinos que componían la Monarquía Hispánica haciendo referencia a una disposición anímica influenciada por el entorno natural[1352]. Posteriormente, ya en el Barroco, destacan argumentaciones climáticas para explicar las circunstancias por las que estaba atravesando la Monarquía Hispánica en la obra de Juan de Mariana, quien sostenía que esta estaba más sujeta a la sequedad del aire que el resto[1353]. Por su parte, Saavedra parece utilizarlo con la intención de instruir al príncipe en las artes de la diplomacia, la negociación y el gobierno de las distintas pasiones que componían un imperio transoceánico como el español:

[1347] SAAVEDRA, 2008 a, pág. 174.

[1348] OLCINA, 1996, pág. 92.

[1349] BONACHÍA, 2010, pág. 30.

[1350] BLEZNICK, 1959, pág. 07.

[1351] AZZOLLI, 2022.

[1352] GIL PUJOL, 2008, pág. 111.

[1353] GIL PUJOL, 2004, pág. 987.

> "No es uniforme a todas la razón de Estado, como no lo es **la medicina con que se curan**. En que suelen engañarse mucho los consejeros inexpertos, que piensan se puede gobernar con los estilos y máximas de los Estados donde asisten (…)"[1354].

A esta variedad de temperamentos añade también las diferentes fuerzas y armas que cada una de las naciones guarda. En este punto emplea una curiosa metáfora no vista hasta ahora, pues habla de hipocondría. Esta, definida por la Real Academia de la Lengua como "afección caracterizada por una gran sensibilidad del sistema nervioso con tristeza habitual y preocupación constante y angustiosa por la salud"[1355], puede tener un significado distinto para el publicista, pues su percepción del término lo acerca más a una alteración humoral, que es el significado que se le daba en tratados de medicina[1356]. En este caso, la mención de esta patología sirve al autor para describir una situación en la que los Estados adelantaban remedios a situaciones que todavía no se habían producido, basadas algunas de ellas en el temor a una nación extranjera:

> "Todos estos desengaños no bastan a curar las aprensiones falsas desta **hipocondría de la razón de Estado**, complicada con **humores** de **emulación y invidia**, para que depusiese sus **imaginaciones melancólicas**"[1357].

De este modo, si se habla de enfermedades del alma que afectaban a la Monarquía Hispánica y que se podían producir por una alteración humoral, hay que hacer destacar a la melancolía. Esto se comprende mejor al saber que muchos de los médicos aquí estudiados creían que el órgano más afectado en los pacientes con morbo melancólico era el cerebro, quizá porque lo consideraban una de las moradas del alma. Este órgano no toleraba las alteraciones de temperatura causadas por la bilis negra o atrabilis. Así, sus diferentes partes no podían funcionar correctamente si había un exceso de calor o frío. Esta hipótesis se originó en la Antigüedad y continuó en la Edad Media, como lo demuestran las explicaciones que vinculaban ciertas enfermedades con la alteración de sus funciones, por ejemplo, la melancolía con una alteración de la razón, según Isidoro de Sevilla (560-636)[1358]. La melancolía, entonces, se entiende como una enfermedad con un origen en la alteración térmica del cerebro, producida por un desequilibrio humoral.

[1354] SAAVEDRA, 1999, pág. 886.

[1355] https://dle.rae.es/hipocondr%C3%ADa (última consulta 26/03/2024)

[1356] SÁNCHEZ, 1978, pág. 166.

[1357] SAAVEDRA, 1999, pág. 890.

[1358] PIGEAUD, 1984, pág. 94.

Otras teorías achacan a esta un origen temperamental. De entre ellos se puede destacar a Juan Huarte de San Juan y su mencionada obra. Se trata, en cualquier caso, de un concepto importante para entender el organicismo y la aplicación de la *enfermedad* a la tratadística política durante la Edad Moderna.

Esta situación es visible tanto en el ámbito de la Monarquía Hispánica como en uno más global y abarca distintos campos que van desde el propiamente médico al político, pasando también por el literario. En este sentido, se puede destacar la obra de Timothy Bright, *Un tratado de melancolía* (Londres, 1586)[1359], de la que se valió Shakespeare para la creación de personajes que, como Hamlet, mostraban síntomas de la misma[1360]. Por su parte, se puede destacar, quizá como las obras más conocidas, a la *Anatomía de la melancolía* (Oxford,1626), de Robert Burton y *Melancolía Erótica o Enfermedad del amor* (Toulouse, 1610), de Jacques Ferrand[1361]. Ello puede ser reflejo de que esta, considerada una enfermedad, afectaba no solo a la Monarquía Hispánica, sino a Europa en general[1362]. No en vano, las *enfermedades* políticas estaban a la orden del día en las potencias del Viejo Continente. En la Monarquía Hispánica destacaron el *Diálogo de la melancolía* (Granada, 1558) y el *Libro de la melancolía* (Sevilla, 1585), de Pedro de Mercado y Andrés Velásquez respectivamente. El último contine una crítica a los planteamientos que Huarte esgrimió en su citada obra, que afirmaban que la melancolía natural estaba vinculada con el humor negro[1363]. Negaba de este modo que los melancólicos poseyeran cualidades que los diferenciaban del resto, equiparando su situación con una enfermedad y no un carácter especial.

De la lectura de estos tratados queda claro que la melancolía era considerada como una enfermedad, y es por eso que hay que aclarar que no fueron los médicos los únicos en preocuparse por ella. Se puede hablar en este sentido de autores como Tirso de Molina que, desde la literatura, brindaba una clasificación de la melancolía en tres tipos diferentes

[1359] Publicado en inglés con el título *A treatise of Melancholie.*

[1360] LÓPEZ, 2017, pág. 88.

[1361] El título original de la primera, escrito en inglés, fue *The Anatomy of Melancholy, What it is: With all the Kinds, Causes, Symptomes, Prognostickes, and Several Cures of it. In Three Maine Partitions with their several Sections, Members, and Subsections. Philosophically, Medicinally, Historically, Opened and Cut Up* y del segundo, escrito en francés, *Traité de l'essence et guérison de l'Amour ou mélancolie érotique.*

[1362] MARAVALL, 1986, pág.311

[1363] BARTRA, 2021, pág. 93.

(amorosa, temperamental y como enfermedad). También se puede hablar de su presencia en la *Segunda parte del ingenioso caballero don Quijote de la Mancha* (Madrid, 1615) y en otros títulos de la literatura española del Siglo de Oro[1364].

Pero si hay un ámbito interesante donde estuvo presente, ese es el político. En este, no solo la melancolía, sino toda la teoría de los humores sirvió de instrumento de justificación de propuestas de distinta índole, aunque la mayoría de los autores que la utilizaron (incluyendo a Saavedra) tenían intenciones formativas o de instrucción dirigidas al rey, al príncipe y a cualquier responsable del gobierno de la Monarquía. Se pueden volver a mencionar aquí autores y títulos como Fabrique Furió Ceriol y *El concejo*; Lorenzo Ramírez de Prado y *El consejo* o Bermúdez de Pedraza y *El secretario*. En algunas de estas obras se analizaba, desde distinta perspectiva, qué humor era el más adecuado para el desempeño de según qué cargo. Para Fabrique Furió Ceriol, por ejemplo, el consejero del príncipe debía ser colérico y sanguíneo[1365]. En esencia, lo que estas propuestas pretendían era reflexionar sobre la figura del gobernante-político perfecto, algo muy unido (como se verá) a la figura del médico perfecto. Por otra parte, el concepto de *melancolía* también aparece en el ámbito político para describir una *enfermedad* de Estado, algo que se puede apreciar en Saavedra Fajardo a través del fragmento citado anteriormente. En este caso, la clave para entender de qué melancolía está hablando el murciano está en la preocupación acerca del futuro (de lo futurible), algo que se aprecia en el *Tesoro* de Covarrubias, que brinda la siguiente definición de este término:

> "enfermedad conocida, y pasion muy ordinaria, donde ay poco contento y gusto (…). Pero no cualquier tristeza se puede llamar melancolia en este rigor; aunque dezimos estar uno melancolico, quando está triste y **pensatiuo de alguna cosa que le da pesadumbre**"[1366].

El concepto ha llegado a la actualidad, pues algunos historiadores han descrito la situación que atravesaba la Monarquía equiparándola a la de un *cuerpo* que la padecía, es decir, uno en el que la bilis negra se había descontrolado y prevalecía sobre los demás[1367]. Hay que recalcar, en este sentido, las afecciones que ocasionaba un desequilibrio de humores en sus distintas variantes. Así, se podía hablar de melancolía cuando era la bilis

[1364] DE LA HIGUERA, 2013.; FERNÁNDEZ-DIEGO, 2021.; PUJANTE, 2008.

[1365] SANTOS, 2006, pág. 21.

[1366] COVARRUBIAS, 1611, pág. 544.

[1367] REDONDO, 1997, pág. 128.

negra la que prevalecía sobre el resto[1368]; por su parte, si era la sangre la que lo hacía se trataba de un temperamento social; si lo hacía la flema, uno afable y si lo hacía la bilis amarilla, uno colérico. Queda ahora reflexionar sobre cuál era el temperamento que estaba mostrando la Monarquía Hispánica durante la crisis del Siglo de Oro. Así, melancolía en este sentido era tristeza, una tristeza que se había generalizado hasta tal punto que hoy día es descrita por los historiadores como la melancolía hispánica[1369].

Sin embargo, dicho mal se manifestaba en los cuerpos de distintas formas, por lo que es posible aplicar una clasificación[1370]. En primer lugar, la mención de la melancolía no hacía siempre referencia a una enfermedad, sino que muchas veces servía para identificar a un humor (un líquido) que, procedente del hígado, producía efectos en el cuerpo que podían llegar a ser perjudiciales si sus niveles rompían la proporción y el equilibrio pero que también podían resultar beneficiosos[1371]. También hay que distinguir entre la melancolía natural y la perjudicial, pues muchas veces la prevalencia de este humor no se definía como un trastorno. Es necesario diferenciar, entonces, entre temperamento, carácter y enfermedad: la prevalencia de la bilis negra se asociaba, como se ha dicho, a una sequedad que podía derivar en enfermedades como la locura o el furor maniático, pero también a un carácter en el que predominaba el entendimiento[1372]. De hecho, muchos de los afectados por melancolía, según refieren algunos tratados médicos, eran capaces de hablar el latín, el griego, demostrar conocimientos que hasta entonces no tenían e incluso realizar adivinaciones[1373].

Como enfermedad, la melancolía encontraría su equivalente actual en la depresión, pero en el Barroco también se podía equiparar con la locura e incluso con una enfermedad física con distintas manifestaciones (insomnio, problemas intestinales, etc.)[1374]. No en vano, como ya se ha dicho, la mayor parte de los médicos coincidían en

[1368] BIGEARD, 1972, pág. 20.

[1369] PUJANTE, 2008, pp. 401-448.

[1370] En referencia a los tipos de melancolía se puede mencionar la clasificación brindada por Robert Burton en su *Anatomía de la melancolía* (1621). Para más información consultar: BURTON, 2019, pp. 76-80.

[1371] BARTRA, 2021, *Prologo*

[1372] PALLARES,2001, pág. 136.

[1373] GONZÁLEZ, 2018, pp. 129-159.

[1374] PUJANTE, 2008, pág. 410.

afirmar que el órgano que se veía más perjudicado por esta era el cerebro[1375]. Los motivos de tal alteración fueron los que llevaron a Huarte de San Juan a considerar la melancolía, no como una enfermedad, sino como un temperamento. Y es que, como Saavedra hizo posteriormente, este médico vinculaba las características del clima con el carácter de sus habitantes. Unida a esta cuestión se encontraba la descripción de la melancolía como una característica social, como una actitud ante la vida o un tipo de personalidad extendida por toda una nación, algo que aparece en obras de calado literario y político entre las que se pueden destacar las de Miguel de Cervantes, Gracián o Quevedo[1376].

La percepción de que la sociedad, la Corona y las gentes padecían de melancolía o simplemente eran de un carácter asociado a este humor existe también en los tratados políticos. Pero no era el carácter melancólico el único que estos valoraban. En Saavedra Fajardo, ello se infiere de la lectura de la empresa 30 (*Fulcitur experientiis*), que comienza elogiando la costumbre romana de otorgar trofeos a los vencedores, pues ello convierte a sus valedores en ejemplo a seguir por sus coetáneos y en modelo a imitar por sus descendientes. Pasa luego a detallar cuáles deben ser las cualidades de un buen gobernador, que son la sabiduría, la prudencia y la experiencia, para insistir en la importancia de la instrucción adecuada para el príncipe que, como defiende en otras empresas, no debía basarse ni en el exceso ni en el defecto.

En este sentido, define al gobernante perfecto como aquel que se ha formado desde la teoría y la práctica haciendo uso, una vez más, del discurso médico. De este modo, la experiencia vuelve a ser elevada como la base del conocimiento y el aprendizaje. Esta, dividida en propia y ajena, ha de ser la que componga el ánimo del príncipe. Especialmente significativa es la propia, pues sirve al príncipe como verdadero aprendizaje y le ha de servir para conocer la variedad de ingenios y ánimos de las gentes, a los que hay que sumar la variedad de negocios. Por lo tanto, no debe el príncipe presentarse de igual forma ante todos y ante todas las situaciones, pues el contexto cambiante y aparente en el que se mueve le obliga a obrar con prudencia. Es por esto que

[1375] La idea de que la melancolía afectaba principalmente al cerebro puede venir del propio Galeno. Así en *Del uso de las partes* el médico de Pérgamo afirma que "las locuras y las melancolías se producen cuando el encéfalo está afectado en primera instancia o por simpatía" (Libro XVII). Sin embargo, había también quien opinaba que el órgano más afectado era el corazón, aunque parece que esta opinión era menos seguida.

[1376] FERNÁNDEZ-DIEGO, 2021; SOSA, 2019, 41-53; GAMBIN, 2004, pp. 191-212

Saavedra también presta atención a los ministros que este elija, y es aquí donde se encuentra la aplicación del discurso hipocrático-humoral. En primer lugar, insiste Saavedra que esta variedad antedicha obliga a elegir a los más adecuados, diferenciando entre experimentados y nuevos:

> "De unos y otros se compone un consejo acertado, porque las experiencias de aquellos se cautelan con los temores de estos. Como sucede cuando intervienen en las consultas **consejeros flemáticos y coléricos, animosos y recatados, resueltos y considerados**, resultando de tal **mezcla un temperamento saludable** en las resoluciones, como resulta en **los cuerpos de la contrariedad de los humores**"[1377].

Llama la atención la fusión que se realiza de la mezcla de los humores con el temperamento. Se siguen de este modo las tesis de la escuela peripatética, desarrollada durante la Edad Media y la Edad Moderna, y que defendía que las distintas mezclas posibles de los cuatro humores redundaban en el carácter de las personas. De este modo, si prevalecía uno de ellos, este podía variar entre la afabilidad (prevalencia de la flema), la amistad (la sangre), la cólera (bilis amarilla), o la melancolía (bilis negra)[1378]. Así, y como en otras ocasiones, parece que se puede deducir que el murciano está haciendo uso de sus conocimientos médicos que, como ya se ha advertido anteriormente, están vinculados con el galenismo escolástico. Ello puede significar que tal sapiencia estaba basada en lecturas entre las que se podrían encontrar a autores clásicos y medievales, pero también a médicos más próximos en el tiempo. A estos también habría que añadir influencias políticas próximas y lejanas, entre las que se puede resaltar a Huarte de San Juan y a Fabrique Furió Ceriol. En lo que al ámbito de la medicina se refiere, el libro de Bernardino Montaña de Monserrate y el de Antonio Pérez realizan explicaciones en torno a la teoría de los humores. En este último esto se hace para describir cuál era el fin último de la medicina, este es, acabar con la enfermedad:

> "Destas tres generales intenciones, la primera ya que se toma de la naturaleza y disposicion que dicen sustancia de la **enfermedad,** nos enseña lo que sea de hazer, que es conseruar lo natural y quitar lo ques fuera de naturaleza, y dañoso de ella. Cosas naturales son estas siete. **Elemento**s, ayre, fuego, agua, tierra. **Temperamentos,** caliente, frio, húmedo, seco. **Humores**, sangre, flema,

[1377] SAAVEDRA, 1999, pág. 434

[1378] GARCÍA, 1984, pp. 41-50; LÓPEZ, 2016.

> colera, **melancoli**a. **Facultades**, animal, vital y natural. **Acciones**, animal, natural. **Espiritus** animales, vitales, naturales"[1379].

Por su parte, en la segunda parte del *Libro de anatomía del hombre* se sitúa a los cuatro humores, que para el barcelonés son la sangre, la cólera, la flema y la melancolía:

> "digo que en la s**angre** se contiene ansi en las **venas** como en las **arterias** están encerrados todos los dichos **quatro humores**, es a saber **sangre, y colera, flema, y melancolia** entendiendo por sangre un humor quarto simple diferente de los otros, y avnque los dichos quatro humores no se manifiestan en **la sangre** por ser **la sangre** muy mayor en cantidad que encubre a los otros pero al que fuere sabio en **apartar las substancias que estan encerradas en la sangre bien notorio será que ay en ellas** los **quatro humores** distintos, que dicen los medicos"[1380].

Estos fragmentos pueden ser tenidos como una muestra de lo que se ha venido diciendo acerca de la naturaleza de los humores, su composición y su influencia, no solo en la aparición de enfermedades, sino también en el temperamento de las personas. Pérez detalla la necesidad de conservar el equilibrio natural del cuerpo y corregir lo antinatural, basándose en la teoría de los elementos que incluyen los humores y temperamentos. Montaña de Monserrate, por su parte, enfatiza que los cuatro humores (sangre, cólera, flema y melancolía) están presentes en la sangre, aunque no sean fácilmente discernibles. Ambos textos subrayan la centralidad del equilibrio humoral en la comprensión y tratamiento de las enfermedades, reflejando el pensamiento médico predominante de su época.

Así, el estudio de esta cuestión en las *Empresas* puede continuarse por la empresa 41, la cual está dedicada a valorar cómo el justo medio es la virtud de los gobiernos, en la aplicación de la justicia, en las artes de la guerra y la paz. Se dedica, pues, a reflexionar cómo el equilibrio se puede aplicar a la política, por lo que no debe extrañar la aparición de los cuatro humores para defender sus hipótesis. Especial importancia se dedica a la moderación de los afectos, como la ambición. Reflexiona también sobre cómo mantener los Estados adquiridos, haciendo alusión a Maquiavelo (al que refuta). Critica en este sentido actitudes vinculadas con la soberbia que considera perjudiciales para el gobierno—"no es durable la monarquía que no está mezclada y consta de aristocracia y democracia"[1381]— en una sentencia que atribuye a la *Política* de Aristóteles (Libro II, 4)

[1379] PÉREZ, 1568, pág. 04.

[1380] MONTAÑA, 1551, pág. 101.

[1381] SAAVEDRA, 1999, pág. 513.

y que se relaciona con las reflexiones en torno a la tiranía, que Saavedra desaconseja frontalmente, pues considera que esta es causa de la caída de muchos príncipes anteponiendo a ella la humildad y la modestia en el gobernante. Así, el equilibrio debe ser la respuesta:

> "Entre los extremos también se han de constituir las **partes del cuerpo de la república**, procurando que en las calidades de los ciudadanos no haya gran diferencia; porque del exceso y desigualdad en las riquezas o en la nobleza, si fuera mucho, nace en unos la **soberbia** y en otros la **invidia**, y dellas las enemistades y **sediciones** (…). Y si bien es imposible dejar de haber contraste en las repúblicas, por la diferencia en las calidades de las partes de que constan todas, con el mismo se sustentan, si es regulado, o se pierden, si es demasiado. Como sucede a los **cuerpos con los cuatro humores**, que, aunque **la sangre es más noble, y más poderosa la colera** que los demás, se mantienen entre sí mientras no es grande la desigualdad de alguno dellos"[1382].

En este fragmento se ve cómo Saavedra reconoce a la sangre como un humor que prevalece (en cantidad o significancia) sobre los demás, tal y como hacía Bernardino Montaña de Monserrate en el fragmento citado. Se ve, pues, cómo Saavedra hace uso del discurso humoral con fines políticos[1383], tanto para referirse al carácter del príncipe como al de su Estado. Ello se ve, además de en las empresas ya mencionadas, en la empresa 1 (*Hinc labor et virtus*) donde lo emplea precisamente al describir los distintos caracteres del príncipe —"Si melancólico, aborrece la compañía, ama la soledad, es obstinado en el llanto y difícil en la risa, siempre cubierto con nubecillas de tristeza la frente"[1384]— pues considera necesario conocer cuál es el temperamento que en él se ha de educar; algo parecido a lo que hace en la empresa 2 (*Ad Omnia*), donde se hace mención de cuatro temperamentos humorales vinculándolos al método educativo:

> "Estos medios obran en todos los naturales, pero en unos más que en otros. En **los generosos**, la gloria; en **los melancólicos**, el deshonor; en **los coléricos**, la emulación; en los inconstantes, el temor; y en **los prudentes**, el exemplo (…)"[1385].

En estas y otras empresas demuestra conocer qué era la melancolía y su vinculación con la teoría de los humores, lo que no ha de extrañar teniendo en cuenta la vigencia de esta entre los estudiosos de medicina en el momento histórico que le tocó

[1382] SAAVEDRA, 1999, pág. 516.

[1383] En lo que se refiere a Saavedra Fajardo, el empleo de tal teoría está vinculado a sus conocimientos médicos. Esto se aprecia también en las empresas 7, 30, 41, 46, 65, 81, 83, 89 y 100.

[1384] SAAVEDRA, 1999, pág. 199.

[1385] SAAVEDRA, 1999, pág. 209.

vivir[1386]. En lo que al empleo del discurso humoral se refiere, estas se centran en cuestiones vinculadas al equilibrio político externo e interno (como se vio anteriormente). En este sentido, la empresa 83 (*Me combaten y defienden*) se centra en orientar al príncipe hacia la prevención, para que nunca descuide la defensa de sus Estados, haciendo un uso de múltiples metáforas, entre las que se encuentra la médica:

> "Vela entonces el cuidado, está vestida de acero la **prevención**, enciende la gloria los corazones, crece el valor con las ocasiones, la emulación se adelanta, y la necesidad común une los ánimos, y purga los **malos humores** de la república. **El pueblo** apremiado del peligro respeta las **leyes**"[1387].

La causa común, la prevención, la alerta, incluso la propia guerra, parecen ser vistas como algo positivo. Saavedra cree que del peligro sale lo mejor de los pueblos, poniendo en ese sentido ejemplos históricos. Insiste en que la quietud y la calma militar derivan en "enfermedades internas que engendra la ociosidad"[1388]. En el fondo de esto está la advertencia de que el ocio extendido entre el pueblo derivado de la paz puede tornarse en una *enfermedad* estatal. De este modo, parece que se realiza una arenga en favor de la guerra, lo que puede entrar en contradicción con lo dicho en otras empresas y obras en las que situaba en esta una de las causas de la despoblación de los territorios peninsulares de la Monarquía. Esta supuesta contradicción, sin embargo, se puede matizar si se entiende que no se habla en las *Empresas* de una guerra ofensiva, sino de una defensiva, una guerra justa que garantiza la conservación de los Estados[1389]. El objetivo que se persigue es, en cualquier caso, aconsejar al príncipe el mantenimiento de la gloria y el valor militar, algo recomendable en el caso de las monarquías, pero no en el de las repúblicas. Aquí desaconseja las acciones encaminadas a tal fin, valiéndose de nuevo del discurso humoral. Objetivo similar es el que guarda en la empresa 89 (*Concordia cedunt*), donde realza el valor de la concordia y la unión para mantener la vida de los Estados:

> "Todas las obras de la Naturaleza se mantienen con la amistad y concordia. Y en faltando desfallecen y mueren, no siendo otra la causa de la muerte que la **disonancia y discordia de las**

[1386] También hay mención de la melancolía en empresas como la 27, 32, 42, 59, 66, 81 y 100. Por ejemplo, en la empresa 54 (*A se pendet*) habla de la "melancolía de Saturno, o el furor de Marte, o la severidad de Júpiter, o la falsedad de Mercurio, o la inconstancia de la Luna"; en la 59 (*Col seno e con la mano*) de "lo severo y melancólico" del genio de Tiberio o en la 66 (*Ex fascubys fasces*) como el exceso de estudio crea ánimos melancólicos.

[1387] SAAVEDRA, 1999, pág. 904.

[1388] SAAVEDRA, 1999, pág. 904.

[1389] MÁRQUEZ, 1943, pág. 253.

> **partes** que mantenían la vida. Así, pues, sucede en las repúblicas (…). En discordando **las abejas** entre sí, se acaba aquella república"[1390].

Se considera en este sentido a la discordia como un *mal*, rebatiendo a aquellos políticos que pretenden sembrarla para mantener las Repúblicas. Podría aquí referirse a otra de las grandes metáforas políticas de la Edad Moderna, la de la *colmena*. Símbolo por excelencia de la armonía que se relaciona, una vez más, con la sabiduría heredada del mundo clásico. Así, Aristóteles incluía a las abejas entre los animales políticos, junto con las avispas y las hormigas, por lo que muchos autores vieron en estas un modelo a imitar[1391]. Juan de Mariana también habla de abejas en el capítulo 2 de *Del rey y de la institución de la dignidad real*. En este caso, el jesuita reflexiona sobre cuál es el mejor sistema de gobierno posible realizando una descripción de cada uno (monarquía, aristocracia, república, gobierno popular y oligarquía) en unas líneas que recuerdan bastante a lo que Saavedra explica en sus *Introducciones a la política* cuando justifica el imperio de uno —"las abejas reconocen un príncipe que las gobierne: indeterminado se hallaría en sus acciones un cuerpo con dos cabezas"[1392]—. Ambos parecen decantarse por la monarquía. Si bien es cierto que el modelo que defiende el jesuita, según refieren algunos historiadores, está más cercano a una moderada o mixta que la absoluta[1393] que encuentra su referente en el reino de Aragón[1394]. En cualquier caso, este la defiende porque a su juicio, y como ya se vio en el capítulo correspondiente, era el sistema más cercano a las "leyes de la naturaleza"[1395].

La metáfora de las *abejas y la colmena* es equiparable a la del *cuerpo* en su significado, finalidad y origen, ya que no se puede descartar que su presencia en los tratados políticos del Barroco hispánico se deba a la influencia de la Escolástica medieval. En este punto se podrían citar las aportaciones de Santo Tomás de Aquino (1224-1274) en su *De regno, ad regem Cypri* (1266), donde ambas están presentes[1396]. Por otra parte, esa preferencia por el gobierno de uno sirve para prevenir la aparición de sediciones y

[1390] SAAVEDRA, 1999, pág. 943.

[1391] SARALEGUI, 2015, pág. 108.

[1392] SAAVEDRA, 2008 a, pág. 172.

[1393] CENTENERA, 2009, pp. 209-301.

[1394] GIL PUJOL, 2008, pág. 132.

[1395] DE MARIANA, 1845, pág. 28.

[1396] CENTENERA, 2009, pág. 291.

disputas causadas precisamente por la diversidad de opiniones, que Fajardo vincula, entre otras cuestiones, con la religión, la superstición y la ociosidad:

> "Suele el pueblo con especie de piedad engañarse, y dar ciegamente en algunas devociones supersticiosas con sumisiones y bajezas femeniles, que le hacen **melancólico** y tímido, esclavo de sus mismas imaginaciones, las cuales le oprimen el ánimo y el espíritu, y le traen ocioso en juntas y romerías, donde se cometen notables abusos y vicios. **Enfermedad es ésta de la multitud**, y no de las menos peligrosas a la verdad de la religión y a la felicidad política"[1397].

El texto citado refleja una crítica hacia las prácticas religiosas populares que el autor percibe como supersticiosas y excesivamente emotivas, especialmente aquellas que involucran devociones extremas o rituales colectivos como las romerías. El autor describe estas prácticas como manifestaciones de "sumisiones y bajezas femeniles," lo que sugiere una visión negativa, asociando tales conductas con características que él considera débiles o inferiores, vinculadas a la femineidad. Según el autor, estas devociones supersticiosas no solo engañan al pueblo, haciéndolo caer en prácticas que considera impropias, sino que también tienen efectos negativos sobre el carácter de las personas, volviéndolas "melancólicas y tímidas" y esclavas de sus propias imaginaciones. Esto refleja una visión de que tales prácticas no solo son espiritualmente erróneas, sino que también afectan la vitalidad y el juicio del pueblo, llevándolos a la ociosidad y facilitando la propagación de abusos y vicios. El autor considera esta *enfermedad* de la multitud como un peligro tanto para la pureza de la religión como para el bienestar político. Esto sugiere que, desde su perspectiva, las creencias y prácticas supersticiosas debilitan la sociedad no solo espiritualmente, sino también en términos de cohesión social y eficacia política. Para evitar esto la autoridad del soberano debe elevarse sobre el resto de *miembros* del *cuerpo* político, garantizando, entre otras cosas, la eficiencia del trabajo, al que se vincula con la salud[1398]. En este sentido parece refutar lo dicho por el florentino en el capítulo 20 de *El Príncipe,* pues aquí se describe como algunos príncipes, para mantener la unidad de sus Estados, alimentaron las enemistades entre los súbditos, algo que este autor no ve con malos ojos[1399]. En este sentido, Saavedra añade alguna excepción en sus argumentaciones contra la discordia—"Solamente podría ser conveniente y justo procurar la discordia en

[1397] SAAVEDRA, 1999, pág. 410.

[1398] MONTOYA, 1988, pág. 17

[1399] MAQUIAVELO, 1998, pág. 135.

los reinos ya turbados con sediciones y guerras civiles"[1400]—, lo que parece encajar más con el planteamiento maquiavélico —"por eso apoyaban los conflictos en algunas de las ciudades sometidas, para controlarlas más fácilmente"[1401]—. De este modo, parece que rechaza la metáfora de las *abejas* para realzar el valor de la discordia y también el de los cuatro humores, basado en los contrarios:

> "Ni es buen argumento el de los **cuatro humores** en los **cuerpos vivientes**, contrarios entre sí; porque antes de su combate nacen las **enfermedades** y brevedad de la vida, quedando vencedor el que predomina. Los cuerpos vegetables son de más duración por faltalles esta contradicción"[1402].

Curioso resulta el rechazo a esta argumentación si se sigue leyendo la empresa, pues al considerar las diferencias entre los estados como algo conveniente esgrime argumentaciones muy cercanas al discurso de los contrarios, algo que en cierto grado también aplica a los ministros. Pero si en algo conviene la desunión al príncipe es en la nobleza "porque es un cuerpo poderoso que arrastra la mayor parte del pueblo tras sí."[1403]. Es oficio del rey, entonces, mantener a su pueblo unido, pero, paradójicamente, esta unión general se consigue a veces con separaciones particulares. De no cumplir el rey con su cometido la República y su gobierno caerían. Como en otras empresas la clave de la salud, equivalente a la unión, la relaciona el autor con la observancia de las leyes; la homogeneidad religiosa y del repartimiento de premios y gracias; al trabajo del pueblo y a la ocupación de sus gobernantes; a la lucha contra la pobreza, etc.

Por lo demás, el discurso humoral también puede encontrarse en la empresa 7, donde la aparición de los humores se relaciona con la calidad de los afectos, esto es, las pasiones, y como su proporción es necesaria para la salud del ánimo; o en la empresa 65 (*De un eror muchos*), que se inicia con la advertencia de que un error, en las labores del gobierno, puede derivar en otro y que esto puede llevar a una sucesión que precipité el final de todo. Se trata esta de una de las empresas en donde Maquiavelo es mencionado para ser refutado para lo que, como es habitual, Saavedra recurre a ejemplos históricos para reforzar sus argumentos, a los que añade también el empleo del discurso médico:

[1400] SAAVEDRA, 1999, pág. 946.

[1401] MAQUIAVELO, 1998, pág. 136.

[1402] SAAVEDRA, 1999, pág. 944-945

[1403] SAAVEDRA, 1999, pág. 947.

> "El **médico** muda los **remedios** según la variedad de los accidentes, porque su fin en ellos es la **salud**. Las **enfermedades** que padecen las repúblicas son varias. Y así han de ser varios los modos de **curallas**. Tenga, pues, el príncipe por gloria reconocer y corregir sus decretos y también sus **errores** sin avergonzarse. El cometellos pudo ser descuido. El emendallos, es discreto valor"[1404].

Rectificar es actitud de sabios, de médicos y de príncipes. No ha de temer, por tanto, el príncipe a corregir sus errores. No debe, sin embargo, corregirlos todos, sino que existen otros que, por ser pequeños en comparación con las consecuencias de su remedio, no conviene enmendar. Es en torno a esta reflexión donde aparece el discurso hipocrático de los humores:

> "Constan los **cuerpos de las repúblicas** de partes diferentes y opuestas en las calidades y **humores**, y **el remedio** que mira a todo **el cuerpo** ofende a alguna parte. Y así es menester la prudencia del que gobierna para pesar los daños con los bienes, y un gran corazón para la execución, sin que por el temor de aquellos se pierdan éstos"[1405].

Se puede decir, en definitiva, que el discurso de los cuatro humores está presente en las *Empresas* de Saavedra Fajardo, y que su empleo no se debe a una cuestión estética, sino a una idea certera de que la Monarquía, los Estados, funcionaban como un *cuerpo* y que, en consecuencia, uno de sus componentes era los humores. En este aspecto los humores de aquellos que debían gobernar y administrar el Estado también se tuvo en cuenta. En algunos momentos de las *Empresas*, como en la 50, Saavedra hace alusión al temperamento de los hombres del gobierno. En este caso se centra como debe actuar el valido—"conviene que en los despachos y resoluciones ni sea tan ardiente que abrase, ni tan frío que se hiele"[1406]—. La importancia de estos, por otro lado, también se puede apreciar en otras obras, como la *Indispositione*. Aquí emplea términos médicos, como se sabe, en referencia a cuestiones como los "humores de los franceses"[1407] para referir el temperamento, aunque también hace referencia a la alteración de los humores como una posible causa de enfermedad y muerte de los Estados, que, como los cuerpos humanos:

> "sufren **alteraciones de los humores**, sienten sus **indisposiciones** e inseguridades. Estas son mayores en aquellas repúblicas que carecen de unidad entres sus partes, a las que siempre llega tarde el socorro, de la misma manera que la distancia del corazón deja sin calor las partes mas lejanas a él. Por esta causa son graves las enfermedades de esta monarquía, y por eso serán más

[1404] SAAVEDRA, 1999, pág. 749.

[1405] SAAVEDRA, 1999, pág. 749.

[1406] SAAVEDRA, 1999, pág. 603.

[1407] SAAVEDRA, 2008 a, pág. 119.

peligrosas si el dominio del mar no uniese con la presteza de la ayuda aquellas de sus partes separadas por la naturaleza"[1408].

También se percibe su empleo en la *Razón de Estado del rey católico don Fernando*:

"Alborotaban a Galicia algunos nobles; y aunque merecedores de muerte, mandó el rey don Fernando el Cuarto que se los trajesen, para servirse dellos en la guerra; con que **purgó de aquellos humores** el reino, y con los peligros de la guerra corrigió la bizarría de sus ánimos"[1409].

Como se ve en estas líneas, a veces el empleo del discurso humoral se hace también con la intención de recalcar que el rey es el médico del Estado, una idea que en Saavedra Fajardo se encuentra en diferentes obras y que adquiere distintas formas. En cualquier caso, en la obra del publicista, el discurso de los humores se emplea como una herramienta discursiva fundamental para articular su visión política y social, reflejando la influencia del pensamiento médico y filosófico clásico en la cultura barroca. Saavedra adapta la teoría de los humores, tradicionalmente utilizada para explicar la salud física y mental del individuo, al ámbito político y social, argumentando que las características y temperamentos de las distintas naciones están determinadas por factores climáticos y astrales. Este enfoque le permite justificar la diversidad de gobiernos y temperamentos de los pueblos bajo un marco naturalista, heredado de la tradición griega y árabe. Al hacerlo, Saavedra utiliza la metáfora del cuerpo humano y sus humores para hablar de la salud de la Monarquía Hispánica, donde las alteraciones en los equilibrios naturales y espirituales son vistas como enfermedades que podrían amenazar su estabilidad y grandeza. Esta aplicación del discurso humoral no solo demuestra la persistencia del galenismo y de la medicina hipocrática en el pensamiento barroco, sino que también subraya la manera en que Saavedra Fajardo concibe la gobernabilidad y el orden social. Para él, así como el equilibrio de los humores es crucial para la salud del individuo, el equilibrio de los temperamentos y climas dentro de un imperio es esencial para su estabilidad y prosperidad. En su obra, las nociones médicas se traslapan con las ideas políticas, ilustrando cómo las ciencias y saberes de la época se entrelazan para ofrecer un marco comprensivo de la realidad.

[1408] SAAVEDRA, 2008 a, pp. 117-118.

[1409] SAAVEDRA, 2008 a, pág. 195.

16. Los médicos de la República

Como se ha venido diciendo a lo largo de estas líneas, las funciones del soberano pueden equipararse, no solo con las del *corazón*, la *cabeza* o el *alma*, sino también con las del médico que ha de sanar a un *enfermo*[1410]. Este último era la Monarquía Hispánica y la *medicina* que el practicante había de aplicar no era otra que la política. Queda claro, entonces, que la categorización de los reyes como *médicos* no hacía alusión a un don taumatúrgico dirigido a las *enfermedades* físicas de los súbditos (cómo ocurría en Francia o Inglaterra)[1411], sino que eran las enfermedades del Estado, las políticas, las que este podía y debía curar. Así se ve, por ejemplo, en la *Restauración* de Sancho de Moncada donde, después de describir el estado enfermizo que esta atravesaba, afirma lo siguiente:

> "Y siendo obligación universal la de Vuestra Magestad es suma, pues es Maestre, **Médico**, Padre y **cabeza** de esta República"[1412].

También se percibe en obras como el *Arte Real Para el Buen Gobierno de los Reyes, Y Príncipes, y de Sus Vasallos* (Madrid, 1623), de Jerónimo de Ceballos, donde se compara al rey de la Monarquía Hispánica con un *médico* que ha de purgar los *malos humores* de su paciente[1413]. De ahí el estudio comparativo entre ambas esferas y, vinculado a él, el hecho de que muchos médicos se sintieran libres, incluso obligados, a escribir sobre política y el estado del Estado en tales sentidos, tal y como hicieron figuras como Cristóbal Pérez de Herrera, Antonio Pérez o Jerónimo de Merola[1414]. Por otra parte, la irrupción de sus ideas abrió, quizá inconscientemente, la puerta a otro debate referente a si debían participar en las decisiones gubernamentales y es que, insistiendo de nuevo, si el Estado era un *cuerpo*, ¿Por qué no incluir a los médicos en las decisiones en torno al mismo? Figuras como Pedro de Ribadeneyra se pronunciaron en tal sentido. En el caso de este jesuita, autor de un *Tratado de la religión y virtudes que deue tener el príncipe cristiano* (Madrid, 1595), la participación de médicos como consejeros en materias de Estado era vista negativamente, aunque no fue él el único que valoró esta posibilidad[1415].

[1410] ELLIOTT, 2016, pág. 114.

[1411] RUCQUOI, 1992, pp.55-100

[1412] DE MONCADA, 1746, pág. 05.

[1413] SUMILLERA, 2020, pág. 433.

[1414] VICENTE, 2018, pág. 242.

[1415] SUMILLERA, 2020, pág. 424.

En cualquier caso, no fue un monopolio médico el diseño de propuestas políticas, incluso la participación directa en estos asuntos. Hubo también casos contrarios como, por ejemplo, el de Saavedra, es decir, un político que escribió sobre *medicina* y que encontró distintos medios para paliar la situación. En primer lugar, se puede destacar su descripción de los clérigos como médicos de lo espiritual, tal y como hace en la empresa 30—"Mejores médicos son para lo espiritual que para lo temporal"[1416]— en una sentencia que parece rechazar la participación de estos en política y asuntos de gobierno, aunque esta conclusión es matizable (como muchas de las que brinda en sus obras). Similar consideración guarda para los confesores reales, que entiende como médicos espirituales en las empresas dedicadas a valorar la función de los consejos, es decir, los *ojos* de la Monarquía (empresa 55) [1417]. Pero, sobre todo, es importante destacar su valoración del príncipe como *médico* encargado de curar las *enfermedades* del Estado, es decir, las políticas. Ello aparece en empresas como la 22, la 73 —"Ocultas son las enfermedades de las repúblicas (…) Por eso conviene mucho la atención del príncipe para curallas"[1418]— o en la 30. En esta última afirma lo siguiente:

> "No ha de haber **exceso ni daño en el Estado**, que luego no llegue fielmente a la noticia del príncipe. No hay sentimiento y dolor en cualquier parte del cuerpo que en un instante no toque y informe al **corazón**, como a **príncipe** de la vida, donde tiene su asiento **el alma**, y como a tan interesado en su conservación. Si los reyes supieran bien lo que lastima sus reinos, no viéramos tan envejecidas sus **enfermedades**"[1419].

En cuanto a la empresa 22, la equiparación entre ambas figuras se realiza cuando se valora sobre cómo proceder en administrar los castigos:

> "Perdone el príncipe los delitos pequeños, y castigue los grandes. Satisfágase tal vez del arrepentimiento, que es lo que alabó **Tácito** en Agrícola. No es mejor gobernador el que más castiga, sino el que excusa con prudencia y valor que no se dé causas de los castigos. Bien así como no acreditan al **médico** las muchas muertes, ni **al cirujano** que se corten muchos brazos y piernas. No se aborrece al príncipe que castiga y se duele de castigar, sino al que complace de la ocasión, o al que no la quita (…)"[1420].

[1416] SAAVEDRA, 1999, pág. 427.

[1417] LÓPEZ, 2008, pp. 235-292.

[1418] SAAVEDRA, 1999, pág. 428.

[1419] SAAVEDRA, 1999, pág. 428.

[1420] SAAVEDRA, 1999, pág. 371.

Es él quien, como *alma*, debe velar por la salud del conjunto, el primero que debe reaccionar cuando tienen lugar los primeros síntomas de la *enfermedad*, pero, se lamenta Saavedra en la empresa 30, los soberanos en sus tiempos estaban embutidos en los divertimentos y distracciones de la Corte. Estaban, como se ha visto, expuestos a la lisonja de particulares. Otro, por cierto, de los *males* del Estado que derivaba en que las *enfermedades* que este padecía no fueran curadas. En la misma empresa, destaca la importancia de la experiencia del rey para conocer el temperamento (no emplea específicamente este término) de las personas a través del estudio de su rostro, que delata la esencia de sus ánimos para, de este modo, variar las formas según las naturalezas de los distintos sujetos, tal y como expone para otros deberes del gobierno. Propone la aplicación de un método parecido al del médico, basado en valorar las características de las personas antes de aplicar las medicinas:

> "**La medicina** propone **los remedios** a **las enfermedades**. Pero no los executa **el médico** sin considerar los accidentes de **la enfermedad**, y **la complexión del doliente**"[1421].

Saavedra no descarta, como se ve, la posibilidad de una *enfermedad* en todo el *cuerpo* o en *órganos* específicos de este. Su fijación por la fisiognomía, por otra parte, no es algo exclusivo de él y en este sentido se puede mencionar a otros representantes del pensamiento político que, como Martín González de Cellorigo, equiparaban las funciones del *médico* con el análisis y examen de "los movimientos del alma y del cuerpo"[1422]. También tuvo presencia en distintas manifestaciones literarias que otorgaron al rostro una capacidad delatora de los ánimos, tal y como se aprecia en *Un castigo en tres venganzas* (Madrid, 1691), de Pedro Calderón de la Barca (1600-1681)[1423]. Finalmente, también se encuentra en los libros de medicina que reflexionaron sobre cómo detectar una enfermedad. Cuestión que, volviendo a la política, pudo servir de inspiración a Saavedra a la hora de sopesar la situación de la Monarquía.

De este modo, su preocupación por la complexión específica del paciente está conectada con el pensamiento de su época, en la que los tratados acerca del príncipe perfecto se podían sumar a los del médico perfecto. En esta línea, se debe volver a mencionar a Juan Huarte de San Juan y su *Examen,* pues aquí se valora el método médico

[1421] MONCADA, 1746, pág. 05

[1422] CELLORIGO, 1991, pág. 28.

[1423] MARAVALL, 1986, pág. 150.

en el mismo sentido que Saavedra valora las formas de proceder del príncipe para luchar contra las dolencias del Estado. Así, valiéndose de Aristóteles, Huarte parece defender que la medicina resulta acertada únicamente cuando se conoce la naturaleza "particular" de cada paciente[1424]. No se ha de olvidar, en este sentido, la finalidad de su obra, que no es otra que escudriñar cuáles son los caracteres humanos más adecuados para las distintas profesiones. En este sentido, realiza un análisis de cómo debe ser el médico perfecto que recuerda, no solo a lo dicho por Saavedra en referencia al príncipe, sino a lo dicho por otros muchos pensadores de la política[1425]. Esta vuelve a unirse aquí con la medicina, esta vez aludiendo a las distintas composturas y temperamentos, esto es, el distinto equilibrio de los humores que tanto el príncipe como el médico debían conocer, como se vio en el apartado anterior, para proceder con la aplicación de un tratamiento.

Pero no fue el Barroco la única época en la que se valoró cuál era la imagen que correspondía con un médico perfecto. Las reflexiones en torno a cómo estos debían ejercer sus deberes se encuentran desde la Antigüedad, teniendo manifestaciones que van desde Hipócrates hasta la actualidad. En este sentido, los *Tratados hipocráticos* conservan una descripción sobre cómo debe ser el médico que incluyen cuestiones relacionadas con su salud, carácter y aspecto físico[1426]. Mucho más tardías son las aportaciones del Maestro Estéfano, quien en su *Vista y consejos médicos* (1381) insistía en cuestiones como la erudición como algo indispensable. Algo que también se percibe en otros autores como Antonio de Trilla, autor del *Perfecto practicante médico y nueua luz de fácil enseñanza* (Toledo, 1677) o en Enrique Jorge Enríquez, a quien se cree autor de un *Retrato del perfecto médico* (Salamanca, 1582)[1427]. A esta lista también se podría añadir a Marco Antonio de Camos (1544-1606) y su *Microcosmía y gobierno universal del hombre cristiano, para todos los estados y cualquiera de ellos* (Barcelona, 1592) y a Luis Lobera de Ávila en su *Libro de la pestilencia* (Alcalá de Henares, 1542)[1428]. En esta última se afirma que el "phisico para ser bueno ha de ser hombre reposado y letrado, con

[1424] HUARTE, 1575, *Capítulo XII*.

[1425] FERNÁNDEZ-SANTAMARÍA, 1986, pág. 137.

[1426] HERMOSÍN, 1996, pág. 205 y siguientes.

[1427] GONZÁLEZ, 2010, pp. 227-243.

[1428] El nombre completo de la obra es *Libro de pestilencia curatiuo y preseruatiuo y de fiebres pestilenciales, con la cura de todos los accidentes dellas y d'las otras fiebres, y habla de phlebotomia, ventosas, sanguisuelas y de las diez y nueue enfermeades súbitas que son vltisimas: y ciertas preguntas muy vtiles en medicina romance castellano y latín y otras cosas muy necessarias en medicina y curgia.*

experiencia y de buena estimativa"[1429]. En la mayor parte de los casos aludidos, en cualquier caso, se observa cómo la labor del médico se puede equiparar a la del político y viceversa, es decir, que sus métodos se unifican, entre otras cosas, por la elevación de la experiencia como base de sus métodos y procederes[1430].

Así, en cada una de estas obras se describen imágenes conceptuales en torno a cómo debe ser un médico perfecto. En primer lugar, la erudición de la que muchos de ellos hablan se relaciona tanto con la lectura de clásicos, la formación académica y la experiencia adquirida con la propia práctica, cosa que se percibe también en Saavedra, aunque él aplica estos talentos a la figura de un perfecto, por decirlo de alguna forma, administrador del gobierno. Y si se usa este término es porque las consideraciones sobre cómo obrar políticamente se aplican no solo a la figura del príncipe, sino también a la del secretario, el embajador, los ministros y otros hombres de confianza del rey.

Concretando más, autores como Antonio Trilla entienden al perfecto médico como aquel que conoce el latín y el griego, mientras que Jorge Enríquez llega a recomendar que este memorice todas las obras de Galeno, los *Tratados hipocráticos* y las obras de los grandes médicos árabes[1431]. Algo similar ocurre en el pensamiento saavedriano cuando se habla del correcto desempeño de la política. De este modo, el secretario (empresa 56), el embajador (empresa 81) y todo aquel que tenga que usar el arte de la política debe conocer estas lenguas. Los motivos de tal necesidad son coincidentes en algún punto. En el caso de los médicos, este conocimiento era útil para la lectura de las grandes autoridades de la medicina (Galeno, Avicena, Hipócrates, etc.), es decir, para su propia formación[1432]. Algo semejante ocurre en los políticos. Con respecto a estos, hay que recordar que Saavedra entiende las leyes como una suerte de medicamento que, como se ha visto en el apartado correspondiente, se torna en veneno si no se aplica correctamente. El conocimiento de la lengua latina lo considera, pues, útil para conocer las leyes romanas (empresa 21).

Entonces se puede establecer un primer punto de coincidencia entre la medicina y la política en la importancia del latín como instrumento para acercarse a la autoridad de

[1429] LOBERA, 1542, pág. 01.

[1430] FERNÁNDEZ-SANTAMARÍA, 1986, pág. 139.

[1431] SALINAS, 2016, pág. 17.

[1432] GUTIÉRREZ, 2014, pág. 88.

un pasado idealizado, es decir, que los médicos y los juristas consultaban las fuentes del mundo clásico, de las que se consideraban deudores. Su utilidad, sin embargo, iba más allá, ya que servía también para la comunicación en su presente. Se trata de algo que se aprecia tanto en medicina como en política. En medicina, la lengua de Plutarco fue, como se sabe, el lenguaje vehicular hasta bien entrado el siglo XVIII, conservando cierta importancia hasta el XIX[1433]. Aun con todo, hubo quienes, como Valverde, Monardes, Velásquez, Montaña de Monserrate o Pérez, decidieron escribir en lenguaje vernáculo, conscientes de que el latín no era conocido por todos los practicantes (especialmente los cirujanos). El propio Valverde de Amusco informaba de tal situación en su *Historia* —"y porque en latín an escrito tan largamente tantos, que no me parecía ser necesario nuevo trabajo"[1434]—. Este, de hecho, fue el autor de la que está considerada como la primera obra de anatomía escrita en castellano, hecho que algunos autores han relacionado con la extensión que había alcanzado la Monarquía Hispánica en la fecha en la que este tratado fue publicado[1435]. Médicos como Vesalio, sin embargo, sí escribieron en latín para garantizar una transmisión universal de su materia entre los estudiosos de Asclepio, además de que muchas veces la comunicación entre los académicos (no solo los médicos) se realizaba también en esta lengua. Algo similar ocurría en la política, donde el dominio de latín facilitaba al secretario (el *estómago*) el cumplimiento de sus funciones, sobre todo en lo referente a la comunicación con el exterior —"En estos tiempos que la monarquía española se ha dilatado por provincias y reinos extranjeros es muy necesario, siendo frecuente la correspondencia de cartas latinas"[1436]— precisamente la misma circunstancia por la cual resultaba útil para el embajador.

Pero no eran únicamente las lenguas clásicas lo que un buen médico y un buen político debían dominar. Una disciplina, la historia, también se convirtió en fundamental para el buen desempeño de las tareas de ambas esferas. Se trata, como se ha visto, de un nexo de unión fuerte entre ambas, ya que era considerada, a grandes rasgos, como un repositorio de experiencias, útiles tanto para la medicina como para la política. El político y el médico debían echar mano de ella para asegurarse de que el tratamiento que dispusieran ya había tenido efectos positivos anteriormente, es decir, necesitaban

[1433] LÓPEZ-ORTÍZ, 2020, pág. 03

[1434] VALVERDE, 1556, pág. 6.

[1435] BALLESTEROS, 2016, pág. 25.

[1436] SAAVEDRA, 1999, pág. 662.

justificar sus acciones en función de hechos pasados. Además, muchas obras hacen uso de ella como medio para reforzar sus argumentos. De este modo, un historiador como Juan de Mariana lo hace en su *Del rey y de la institución de la dignidad real,* pues se vale de ejemplos históricos para fundamentar y complementar sus reflexiones en torno al tiranicidio[1437]. En el caso de Saavedra Fajardo, este recurso aparece en distintos puntos de sus *Empresas*, entre ellos se puede resaltar lo dicho en el apartado dedicado *Al lector*: "Me he valido de ejemplos antiguos y modernos: de aquellos por la autoridad; y de estos porque persuaden más eficazmente"[1438].

En lo que a medicina se refiere, muchos de los autores médicos también hicieron uso de esta argumentación, pero, más allá de su utilización en este sentido, está el hecho de que tanto ellos como los políticos incluyeron en sus tratados referencias al dominio de la historia como un rasgo propio de un profesional ideal. En primer lugar, en lo que a medicina se refiere, Marco Antonio Camos (1544-1606) distinguía entre médicos empíricos, metódicos y verdaderos. Los primeros curaban valiéndose de su experiencia, los segundos lo hacían fundamentando sus decisiones en el saber de los libros, y los terceros hacían uso de ambos recursos[1439]. Algo similar a lo que realizaba Francisco Vallés (1524-1592) en su *Controversiarum medicarum et philosophicarum libri decem* (1556), que constituye una muestra del pensamiento humanista hispánico al combinar el saber adquirido mediante las lecturas de los grandes médicos del pasado y la propia experiencia del autor, adquirida a través de la disección de cadáveres humanos. Es por eso que Vallés enuncia aquí tres vías para conocer la verdad: la experiencia, el raciocinio y la autoridad de los antiguos[1440]. Por su parte, Jorge Enríquez creía que, para alcanzar la perfección en la profesión médica, no bastaba con la sola lectura de las grandes autoridades, sino que también era necesario haber sido testigo de cómo otros médicos ejercían su profesión, en otras palabras, que a la teoría había que añadir la experiencia[1441]. Pero quizá el caso más significativo en este sentido lo encontremos en Juan Valverde de Amusco—"y porque esta historia es mas necesaria ala Medicina que a ninguna otra ciencia"[1442]—. Autor, como

[1437] CENTENERA, 2009, pág. 335.

[1438] SAAVEDRA, 1999, pág. 177.

[1439] FERNÁNDEZ-SANTAMARÍA, 1986, pág. 41; SALINAS, 2016, pág. 20.

[1440] MARTÍN, 2019, pág. 07.

[1441] HERNÁNDEZ, 2020, pág. 37.

[1442] VALVERDE, 1556, pág. 01.

se sabe, de *Historia de la composición del cuerpo humano,* en cuyo prólogo se puede encontrar una interpretación histórica sobre la situación de la anatomía en el momento en que se publicaba la obra, además de una reflexión sobre el valor de la historia para ejercer esta.

Volviendo al ámbito de la política, Saavedra distingue entre experiencias propias y adquiridas, encontrando la historia entre las segundas (empresa 28). Además, considera a esta como una de las cualidades del buen gobernante. En este sentido, fueron muchos los que reflexionaron sobre si el conocimiento histórico debía estar entre los rasgos de la buena política [1443]. En esta línea se puede volver a mencionar a Fabrique Furió Ceriol y *El concejo y consejeros,* que en el segundo capítulo lo incluía entre las virtudes del buen consejero:

> "El Consejero que fuere **grande historiador**, i supiere sacar el verdadero **fruto delas historias**, este tal diré osadamente que es persitissimo Consejero, nada le falta, es plarico en todos los negocios del principado, antes es la mesma experiencia. Porque las historias no son otra cosas, que un aiuntamiento de varias i diversas experiencias de todos los tiempos"[1444].

Conclusiones parecidas se pueden encontrar en la centuria siguiente en obras como el *Consejo y consejeros del príncipe* (Madrid, 1617), de Lorenzo Ramírez de Prado (1583-1658) o *El secretario del rey* (Madrid, 1620), de Bermúdez de Pedraza (1585-1655), ambas centradas en las figuras de los consejeros y los secretarios y lo útil que el conocimiento histórico resulta para sus deberes. Así pues, muchas obras de reflexión política trataron sobre el valor de la historia. El porqué de esta situación se puede entender mejor si se considera que esta había sido elevada en prácticamente todos los ámbitos. El propio Lipsio se valía de ella en alguna de sus obras[1445], sin olvidar tampoco la revalorización que experimentó a raíz de la irrupción del tacitismo en el pensamiento español.

En este punto se pueden resaltar las reflexiones que sobre su utilidad realizaba Álamos de Barrientos en su *Discurso político* —"Prueba larga de esto tenemos sacada de las historias"[1446]— o en sus *Aforismos*—"los frutos que se pueden sacar de la historia, y

[1443] FERNÁNDEZ-SANTAMARÍA, 1986, pág. 143 y siguientes.

[1444] FURIÓ, 1952, pág. 126.

[1445] CAMPBELL, 2010, pág. 63.

[1446] ÁLAMOS, 1990, pág. 48.

la doctrina que se aprecia en la lección de ella"[1447]— haciendo uso del sistema que se había extraído de las obras del historiador romano. Pero sí existe una obra que se dedique a abordar este tipo de cuestiones profundamente, esta es *De la historia para entenderla y escribirla* (Madrid, 1611), de Luis Cabrera de Córdoba (1559-1623). Aquí, se encuentran argumentos que recuerdan a lo que años más tarde plasmará Saavedra en sus *Empresas:*

> "Es noble **la historia** por su duración, que es la del mundo**. Fenecen Reinos, mudanse los Imperios, mueren grandes y pequeños, ella permanece**: vida de la memoria, **maestra de la vida**, anunciadora de la antigüedad, **preparación importante para los actos políticos**, que haze cautos con los peligros, y con los sucesos agenos seguros. Son **las leyes** sentencias de los iurisconsultos, que reduzidas a orden enseñan a juzgar a los presentes por las relaciones. **La medicina, experiencia de los antiguos medicos**, sobre cuyas relaciones fundan sus juizios los presentes"[1448].

Así pues, y, en primer lugar, en la empresa 28 Saavedra define a la historia como "una representación de las edades del mundo"[1449]; en segundo lugar, la reflexión de Cabrera recuerda en parte a lo que el murciano decía sobre los imperios en la empresa 60 (*Subir o bajar*); también destaca su categorización como maestra de la vida y de la política. En referencia a esto último, en la mayor parte de los autores mencionados se infiere una valoración de la historia como maestra de la prudencia y madre de la política. Ejemplo de ello se encuentra en la obra de Juan de Mariana, como ya se ha visto[1450]. Saavedra, de hecho, la considera así en la empresa 4 (*Non solum armis*). Finalmente, la mención de las leyes y a la medicina vuelve a hacer de la experiencia la base de todo.

Se puede decir, entonces, que tanto el príncipe como el médico perfecto eran los que dominaban el latín y la historia. No obstante, existen otras muchas cualidades que fueron consideradas para la descripción del gobernante ideal. Así, no fue Saavedra el único que se dedicó a desarrollar una propuesta en tal sentido. Uno de sus grandes inspiradores, de hecho, ha legado hasta el presente una descripción del rey ideal. Se trata del jesuita Juan de Mariana, quien en el capítulo 5 (*De la diferencia que existe entre el rey y el tirano*) de su *Del rey y de la institución de la dignidad real* dejó una descripción del rey en oposición a la figura del tirano. Conviene recordar que en esta obra se llevan a

[1447] ÁLAMOS, 1614.

[1448] CABRERA, 1611, pág. 05.

[1449] SAAVEDRA, 1999, pág. 414.

[1450] BRAUN, 2013 a, pág. 152.

cabo reflexiones políticas en torno a cuestiones como el mejor sistema de gobierno posible que parecen decantarse por la monarquía hereditaria. En este modelo, que Mariana defiende basándose en la historia y en la autoridad de los clásicos, se tienen en cuenta aspectos relacionados con la potestad y deberes del príncipe y también cuestiones vinculadas a la propia naturaleza de la persona real. Según este y otros autores, el rey ejemplar sería el equivalente a un guardián de las leyes que recibiría su autoridad de los propios súbditos[1451]. Así, si este se aleja del ideal propuesto, entonces se convierte en un tirano. Figura que Mariana describe haciendo alusión a la figura del *médico*, no porque este último sea considerado como algo negativo, sino por las acciones que emprende para cumplir sus objetivos[1452].

También defiende este tipo de gobierno Saavedra en sus *Introducciones* —"En Castilla mejores reyes nos dio la sucesión que la elección cuando usaron de ella los godos"[1453]—, lo que parece lógico si se tiene en cuenta que, según la teoría de los dos cuerpos del rey, es la sucesión la que garantiza que ese *cuerpo* místico se mantenga inmortal. En este punto es quizá necesario aclarar que en las reflexiones en torno a si es lícito acabar con la vida del tirano (en el jesuita) no están haciendo una defensa del regicidio. La descripción de ese rey ideal en oposición a la figura detestable del tirano así parece constatarlo. Por lo tanto, no se descarta la pena de muerte para el tirano (no para el rey)[1454]. Por otra parte, para describir al rey perfecto hace uso del término "virtudes regias"[1455] que vincula con la inmortalidad.

Sea como fuere, el análisis detallado del pensamiento de Saavedra Fajardo y otros autores coetáneos revela una profunda interconexión entre la medicina y la política durante el Barroco. Ambos campos compartían un valor fundamental: el conocimiento de la historia y el dominio del latín. Para los médicos y políticos de la época, la historia no solo funcionaba como una herramienta para entender y justificar sus acciones, sino que también se veía como una fuente de autoridad y sabiduría acumulada. Saavedra Fajardo, al igual que otros pensadores como Juan de Mariana y Francisco Vallés, subraya que la capacidad de interpretar el pasado y aprender de él era crucial tanto para el buen ejercicio

[1451] GIL PUJOL, 2008, pág. 131.

[1452] DE MARIANA, 1845, pág. 63.

[1453] SAAVEDRA, 2008 a, pág. 177.

[1454] CENTENERA, 2009, pág. 328.

[1455] DE MARIANA, 1845, pág. 61.

de la medicina como para la administración política. El latín, como lengua del saber clásico, servía de puente entre los médicos y los textos fundamentales de la medicina, y entre los políticos y las leyes y tradiciones antiguas. Esta dualidad destaca la importancia de una formación integral que incluía no solo el conocimiento técnico, sino también una sólida base cultural e histórica. La confluencia de estas cualidades en el ideal del médico y el político perfecto revela un concepto de profesionalismo que va más allá del conocimiento especializado. Implica una comprensión profunda del contexto histórico y una capacidad para aplicar este conocimiento de manera que trascienda el tiempo, conectando el pasado con las realidades del presente. Así, la medicina y la política se presentan como disciplinas donde el estudio de la historia y el dominio del latín no son meros complementos, sino fundamentos esenciales para la excelencia en la práctica y en el gobierno.

17. El cuerpo del rey

Las reflexiones de Mariana, a las que se ha mencionado en el apartado anterior, sirven para enlazar con otro de los pilares ideológicos de la obra de Saavedra, que es común a muchos pensadores de la época. Se trata de la diferenciación entre el cuerpo mortal del rey y el *cuerpo* inmortal de su Monarquía. No es este un concepto baladí, pues el cuerpo del rey fue considerado como algo casi sagrado y rodeado de ritos, ceremonias y protocolos. En lo que se refiere a la obra de Mariana, que pudo influir en la de Fajardo en este aspecto, se observa cómo las figuras del monarca y de su Estado se entienden como dos cuerpos diferenciados que, a su vez, forman parte de uno solo[1456]. El de la República, es decir, el del Estado, estaría asociado al primero por ser la sede de su potestad, estableciéndose así una relación de dependencia del primero con respecto al segundo[1457].

Esta simbiosis fue explicada a través de la teoría de los dos cuerpos del rey por Ernst T. Kantorowicz (1895-1963), la cual afirmaba que, en los reyes, como en el propio Cristo, existían dos cuerpos: uno natural y otro político, lo que significaba que en ellos residía una doble naturaleza: la física y la mística[1458]. Su origen se encuentra en el precepto teológico que afirmaba a la Iglesia como una representación terrenal del cuerpo del Hijo de Dios, el *cuerpo místico*, que era trasladado a la realeza. En este punto, es preciso distinguir entre la *dignitas,* que era inmortal y hacía referencia a la institución, y la *potestas,* que era mortal y hacía referencia al individuo que la ejercía[1459]. Es decir, su cuerpo como persona y el que tenía como rey. Según esta, la dignidad real nunca moría, sino que se iba pasando de un sucesor a otro, garantizando una suerte de inmortalidad del *cuerpo* místico. En esencia, la dignidad real (o *dignitas*) garantizaba la estabilidad social al convertir al rey en *cabeza* del Estado, por lo que era el cargo y no la persona quien se elevaba en importancia y el que, en consecuencia, debía durar eternamente[1460].

Los estudios del historiador alemán son aplicables a la Edad Moderna en el ámbito de la Monarquía Hispánica[1461]. Así, algunos historiadores han visto en la jura de los

[1456] ZUNIO, 2020, pág. 13.

[1457] ZUNIO, 2020, pág. 22.

[1458] VIGARELLO, 2005, pág. 375.

[1459] KANTOROWICZ, 2012, pág. 214.

[1460] SALAZAR, 2017, pág. 144.

[1461] NIETO, 2012, pág. 18.

soberanos de la Monarquía Hispánica ante las distintas Cortes una representación del paso de esa *potestas* a la que se ha hecho referencia a través de un pacto político entre súbditos y monarca[1462]. También se ha visto la presencia de esta doctrina en momentos puntuales de la vida de príncipes y reyes. Destacan en este sentido ceremonias y actos concretos de los cuales han quedado testimonio escrito. Se conserva, por ejemplo, un sermón de Francisco Xarque que hace alusión al nacimiento de un heredero de Felipe IV[1463]. En este, el deán de Albarracín aseguraba que la gracia divina había concedido la eternidad a la dinastía de los Austrias, pues su espíritu seguiría vivo a través del recién nacido (que murió poco después)[1464]. Esta práctica, la de ensalzar los nacimientos de los príncipes (sobre todo si estos eran herederos), era habitual y, en este sentido, también lo serían las bodas reales, pues constituían otra garantía de la extensión de la realeza y del nacimiento de nuevos depositarios de la *dignitas*[1465].

Nacimientos, bodas y, sí, también la muerte del rey era celebrada (conmemorada si se prefiere). Esto se ve en el desarrollo del funeral real, donde se pueden destacar una serie de ceremonias que rodeaban el cuerpo del fallecido. Así, este era embalsamado y sus vísceras extirpadas, incluso algunas de ellas eran conservadas (el corazón, por motivos obvios, tenía un valor especial). Una vez superado este primer paso, el cuerpo del rey era sometido a un recorrido ritual que incluía las dependencias de su heredero[1466]. En este punto, el funeral de Felipe II puede resultar ejemplar, pues parece que el rey estuvo implicado en su organización desde que los médicos anunciaron que su fin estaba próximo[1467]. El siguiente paso era el acto público, es decir, el momento en que el cuerpo del rey era expuesto. Sobre este aspecto hay que destacar que en las cortes europeas (como Francia o Inglaterra) lo habitual era sustituir el cadáver del monarca por un maniquí, no así en las exequias que se realizaban en la Monarquía Hispánica[1468]. De hecho, en este ámbito, el cuerpo que debía permanecer oculto no era el que representaba la muerte, sino el que representaba la vida. Quiere esto decir que era el príncipe heredero quien debía

[1462] GIL PUJOL, 2012, pág. 72.

[1463] *Declamación panegírica en el dichoso nacimiento del Serenísimo Príncipe Don Phelipe el Próspero* (Zaragoza, 1658).

[1464] MARAVALL, 1986, pág. 300.

[1465] GARCÍA & LÓPEZ-GUADALUPE, 2017, pág. 110.

[1466] VARELA, 1990.

[1467] FERNÁNDEZ, 2001, pág. 936 y siguientes.

[1468] MÍNGUEZ, 2016, pág. 73 y siguientes.

ocultarse durante el funeral regio[1469]. En todo este proceso, la celebración de la santa misa era imprescindible, pues tras ella los restos mortales del monarca eran depositados en la Cripta Real del Monasterio de El Escorial. Este acto puede significar la presencia de la teoría de los dos cuerpos del rey manifestada en el depósito del cuerpo muerto de este en otro que estaba destinado a prevalecer, el del propio poder real, representado en un monumento como El Escorial. El rey había muerto, la Monarquía representada allí seguiría viviendo[1470].

Aspectos como la necesidad de ocultar al príncipe heredero hasta la conclusión del funeral o el acto de proclamación del mismo también parecen constatar la representación de ese traspaso de la *dignitas* como garantía de inmortalidad. De estos se ha dicho que funcionaban como una representación en el gran teatro del mundo, como, de hecho, lo hacía cualquier acto de la vida pública[1471]. La teatralización del poder se manifestaba, pues, en hechos como la invisibilidad del monarca, algo que puede contrastar con el tratamiento de su cuerpo sin vida. De este modo, en vida, el rey Habsburgo era poco menos que un ente inaccesible sometido a un estricto protocolo en el que se medían, incluso, las facciones, los gestos y su posición en ciertas ceremonias y actos[1472]. En estos últimos se puede destacar su propia posición en el desarrollo de obras dramatúrgicas, pues los reyes se situaban (en sus distintos palacios) en el punto exacto donde podían observar y ser observados, formando el centro de un cosmos escénico[1473].

No ha de extrañar, entonces, que en las propias obras teatrales se observe la presencia de la doctrina de los dos cuerpos del rey. Es más, esta también es visible en otros muchos ámbitos que van desde la cultura política hasta las manifestaciones artísticas. En referencia a estas últimas, se pueden destacar los estudios que sobre arquitecturas efímeras producidas para las exequias de Carlos II ha realizado Víctor Mínguez. Estas podrían ser una demostración de cómo la doctrina de los dos cuerpos del rey estaba bien asentada en el imaginario hispánico. Para ello, el autor se ha centrado en el análisis de iconos concretos que, como el del ave fénix, constatan esa idea de inmortalidad de la

[1469] ELLIOTT, 2007, pág. 162.

[1470] SALAZAR, 2017, pág. 158.

[1471] ELLIOTT, 2007, pág. 201.

[1472] SALAZAR, 2017, pág. 150

[1473] ELLIOTT, 2017, pág. 186; GREER. 1957, pág. 981.

dignidad real[1474]. Volviendo al ámbito de la dramaturgia, los estudios realizados a propósito de *El nuevo palacio del Retiro* (Madrid, 1634) y *El mayor encanto, amor* (Madrid, 1635), ambas obras de Pedro Calderón de la Barca (1600-1681), han demostrado que en este autor se percibe la doctrina de los dos cuerpos del rey, ya que este lleva a cabo una diferenciación entre su persona como gobernador y defensor de la fe (Dios terrenal) y su persona como hombre mortal[1475]. También parece observarse una presencia de esta en la obra de Cervantes, concretamente en la *Segunda parte del ingenioso caballero Don Quijote de la Mancha* (Madrid, 1615)[1476].

En lo que se refiere al pensamiento político, el número de autores que se podría citar es considerable, pues, la presencia de la doctrina de los dos cuerpos del rey parece ser común en las consideraciones respecto a la Monarquía Hispánica y su mejorable estado de salud. En Saavedra, su presencia puede deberse a la influencia de otros pensadores, entre los que se destaca Juan de Mariana. Y es que en el pensamiento del jesuita se pueden encontrar manifestaciones que así lo constatan. En *Del rey y de la institución de la dignidad real,* por ejemplo, se brinda la siguiente reflexión:

> "Ciertamente es una verdad que la república, donde tienen su origen **la potestad**, puede, explicándolo las circunstancias, emplazar al rey, y si desprecia **la salud** y los consejos del pueblo, hasta despojarle de la corona"[1477].

El autor habla aquí de la *potestad real* como algo que proviene del conjunto del *cuerpo* y que es depositado en el rey como individuo que debe garantizar su prevalencia. De este modo, es el Estado el que se conforma como un *cuerpo eterno*, mientras que el rey es únicamente el encargado de mantenerlo con vida hasta la próxima sucesión. Esta es una de las formas que puede adoptar la doctrina de los dos cuerpos del rey, sin embargo, también existe una diferenciación entre sus dos personas: como individuo (persona privada) y como soberano (persona pública). Esta última está presente, por ejemplo, en el pensamiento quevedesco manifestado en obras como *Política de Dios y gobierno de Cristo* (Zaragoza, 1626)[1478].

[1474] MINGUEZ, 2016, pp. 68-91.

[1475] GREER, 1957, pág. 984.

[1476] OLID, 2015, pág. 358.

[1477] DE MARIANA, 1845, pág. 73.

[1478] PERAITA, 1996, pág. 396.

En cualquier caso, y centrando este análisis en el pensamiento de Saavedra Fajardo, hay que decir que esta doctrina se puede apreciar en las *Empresas* en más de una ocasión. Esta está relacionada con la consideración del monarca como el *alma* de su Estado que, como se vio en la empresa 22, está en todo él. No solo en esta, sino también en las empresas 7, 8, 15, 19, 20, 33, 50, 55, 67 y 100. Su presencia en esta obra se ha relacionado con la función que perseguía, que no era otra que la educación del príncipe heredero, para convertirlo en un gobernante ideal[1479]. El comportamiento de la persona real debe, en las *Empresas*, medirse y regularse conforme a las reglas de la virtud. En estas se encuentran aspectos ya descritos, como la distinción entre la *dignitas* y la *potestas*, o la diferenciación entre la persona pública del rey (como representante de Dios en la tierra) y su persona privada (su ser mortal), junto con otros que miden las formas y actitudes del rey en público y aspectos relacionados con el cuidado y tratamiento de su cuerpo. El primer aspecto es visible en la empresa 19 (*Vicissim trabitur*):

> "¿Qué otra cosa es ceptro real sino una **antorcha encendida** que pasa **de un sucesor a otro**? ¿Qué se arroga, pues la majestad en grandeza tan breve y prestada? Muchas cosas hacen común al príncipe con los demás hombres, y una sola, y ésa es accidental, le diferencia; aquéllas no le humanan, y éste le ensoberbece. Piense que es hombre y que gobierna a los hombres. Considere bien que en el **teatro del mundo** sale **a representar un príncipe**, y que en haciendo su papel entrará otro con la purpura que dejare. Y de ambos solamente quedará después la memoria de haber sido. Tenga entendido que aun **esa púrpura no es suya, sino de la república**, **que se la presta** para que represente **ser cabeza della**, y para que atienda a su conservación, aumento y felicidad"[1480].

Saavedra describe la sucesión equiparándola con una *carrera de relevos*. En esta metáfora, la dignidad real se figura con una *antorcha encendida* que pasa de un corredor a otro. Es, por lo tanto, una dignidad inmortal garantizada por la descendencia, idea que se repite también en la empresa 100 (*Qui Legitime*), en la que se reflexiona sobre la vejez del príncipe, sus últimos días y la relación que con estos tiene su fama, acciones y decisiones tomadas a lo largo de todo su reinado —"Todas estas artes serán más fuertes si tuviere sucesión, en quien renazca y se eternice"[1481]—. Volviendo a la empresa 19, se menciona también al rey como un *actor* en el *teatro del mundo*. Se ve, en cualquier caso, que este es entendido como una pieza de algo más importante, que es la vida de su Monarquía, de su Estado, el cual se mantendrá gracias a la sucesión, cuya importancia se

[1479] CORELLA, 2010, pág. 91.

[1480] SAAVEDRA, 1999, pág. 343.

[1481] SAAVEDRA, 1999, pág. 1028.

manifiesta también en la empresa 50. Dedicada, como ya se ha dicho, al valido y sus funciones, esta resulta importante por las advertencias en torno a las extralimitaciones del ministro principal del rey. Al fin y al cabo, él no poseía la potestad de desempeñar la dignidad real, sino que era un mero instrumento de ella (en esa carrera de relevos metafórica, podría correr junto al rey, pero nunca portar la antorcha). Es por eso que Saavedra advierte sobre los *males* derivados de la aspiración del favorito a igualarse al rey—"Procura el valido exceder al príncipe en aquellas virtudes propias del oficio real, para ser más estimado que él."[1482]— que se derivan, básicamente, en la ruptura de los dos cuerpos del rey de la que se ha venido hablando hasta ahora[1483].

El mal desempeño del valimiento se considera, entonces, como tiranía o como algo perjudicial. Esto último se aprecia en empresas como la 23, en donde se hace alusión a la no vinculación del valido con la sucesión —"Los validos inciertos en la duración de su poder suelen no reparar en este inconveniente de las futuras sucesiones"[1484]—. Se trata de una cuestión interesante sobre la que se podrían hacer amplias reflexiones, especialmente si se recuerda que una de las fuentes del murciano fue el pensamiento de Juan de Mariana, quien planteó la cuestión de si era o no lícito matar al tirano, aunque también se deben mencionar otros autores que incluyeron en sus tratados valoraciones sobre el valimiento.

A este respecto, se puede volver a recordar que, aunque Saavedra era partidario de esta institución, no coincidía en este aspecto con algunos de los representantes del pensamiento político hispánico[1485]. En cualquier caso, fuera esta recomendable o no e independientemente de los matices que acompañen a estas respuestas, lo cierto es que, y esto es algo en que coinciden la mayor parte de los pensadores estudiados, el exceso de poder del valido podría derivar en el fin de la Monarquía. Como institución, este se había impuesto en la mayor parte de las potencias europeas como algo necesario y derivado de la burocratización del Estado, aunque existen otros argumentos para explicar este hecho[1486]. En este sentido, en estas potencias, el acceso al poder por parte de estos individuos derivó también en el monopolio y en el establecimiento de redes clientelares.

[1482] SAAVEDRA, 1999, pág. 596.

[1483] SAAVEDRA, 1999, pág. 599.

[1484] SAAVEDRA, 1999, pág. 384.

[1485] LÓPEZ, 1999, pág. 121; GIL PUJOL, 2016, pág. 38.

[1486] BENIGNO, 2023, pág. 46.

Por toda Europa situaciones similares eran denunciadas (quizá solo enunciadas). Ejemplos de ellos se encuentran en la Francia de Luis XIII y Richelieu, que tanto manifestó Saavedra a través de opúsculos hispanófilos ya mencionados. Por su parte, en las *Empresas* se encuentran argumentos como el siguiente:

> "De todo lo dicho se infiere claramente que **el mayor peligro del valimiento** consiste en las trazas que aplica a la ambición para conservalle, sucediendo a los favorecidos de príncipes que a los muy solícitos de su **salud**, que, pensando mantenella con **variedad de medicinas**, **la gastan, y abrevian la vida**. Y, como **ningún remedio es mejor que la abstinencia y buen gobierno**, dejando obrar a la naturaleza, así en los **achaques** del valimiento **el más sano consejo es no curallos**, sino servir al príncipe con buena y recta intención, libre de intereses y pasiones (…)"[1487].

Es por eso que Saavedra, luego de advertir sobre estos peligros, desarrolla un elenco de consejos que, dedicados al valido, tienen por fin que este realice sus funciones como corresponde. Entre estos destaca el que le insta a amar "en el príncipe más la dignidad que la persona"[1488](empresa 50). Aquí se aprecia, una vez más, cómo la doctrina de los dos cuerpos del rey estaba presente en su ideario, doctrina que también se aprecia en la empresa 7, donde, como se ha dicho, se lleva a cabo una distinción entre la persona pública y privada del rey:

> "En su retrete solía enojarse Carlos Quinto, pero no **cuando representaba la persona del emperador**. Entonces más es el príncipe **una idea de gobernador que de hombre**. Más de todos que suyo. No ha de obrar por inclinación, sino por razón de gobierno. (…). Sus deseos más han de **nacer del corazón de la república que del suyo**. Los particulares se gobiernan a su modo. Los príncipes según la conveniencia común. En los particulares es doblez disimular sus pasiones. En los príncipes, razón de Estado"[1489].

La idea de la persona mixta se encuentra en este fragmento al diferenciar al emperador de quien ostentaba el cargo. Se reflexiona aquí sobre los afectos del príncipe, distinguiendo entre los que ostentaba como máxima figura de su Estado de los que tenía como hombre mortal. En este sentido, el segundo podía conservar espontaneidad y genio, pero el rey debía guiarse por la razón de Estado —"No ha de obrar por inclinación, sino por razón de su gobierno. No por genio propio, sino por arte."[1490]—. Esto quiere decir

[1487] SAAVEDRA, 1999, pág. 601.

[1488] SAAVEDRA, 1999, pág. 603

[1489] SAAVEDRA, 1999, pág. 246.

[1490] SAAVEDRA, 1999, pág. 247.

que este último no podía permitirse llevarse por los afectos que le eran naturales, pues era la *cabeza* del *cuerpo* político[1491].

Esto último se puede relacionar con la idea neoestoica de la constancia, presente también en la empresa 33 (*Siempre el mismo*). En esta última se requiere del soberano el mantenimiento de su imagen institucional y corporativa[1492]. Para ello, la imagen del espejo en pedazos, que inicia la empresa, se emplea para significar la constancia de la dignidad real. Dice Saavedra que el príncipe, como ejemplo para su pueblo, es el *espejo* donde este se mira. Por ello, en él "siempre se ha de ver un mismo semblante"[1493], aun cuando esté quebrado. Las referencias a este son muchas en las *Empresas*, y múltiples son las formas que alcanza y las acciones que realiza. En este sentido, aparece como objeto que refracta la luz, que refleja imágenes o que despide fuego[1494]. El *espejo* es una metáfora común en la literatura barroca que se aprecia más allá de los ejemplos que se gestaron en la Monarquía Hispánica. Fuera de esta se puede destacar el estudio que, sobre la obra *Ricardo II* de Shakespeare, realizó Kantorowicz. En ella, una de las escenas con más dramatismo enfrenta al rey Ricardo con su reflejo ante el espejo. No su reflejo como rey, sino como hombre mortal que es arrojado al suelo y quebrado[1495]. El fin trágico del protagonista se puede relacionar con las pasiones y con los afectos que tenía como hombre. La misma línea sigue Saavedra cuando insiste en que el soberano no debe dejarse llevar por las pasiones que son comunes a todos los hombres mortales:

> "Rota la tienda del emperador Carlos Quinto cerca de Ingolstat con las continuas balas de artillería del enemigo, y muertos a su lado algunos, ni mudó de semblante ni de lugar"[1496].

Y para conseguirlo no es descartable que tenga que hacer uso de la disimulación, concepto tratado de forma especial en la empresa 43. En esta se hace una reflexión en torno a la naturaleza y sus afectos a través del ya analizado símil del león y la raposa. Extraído de Maquiavelo o del pensamiento clásico, este puede servir para volver a plantear la cuestión de la doblez del monarca. De este modo, aunque el murciano califica este planteamiento de impío por no negar al príncipe la posibilidad de emplear las artes

[1491] FERNÁNDEZ-SANTAMARÍA, 1986, pág. 115.

[1492] CORELLA, 2008, pág. 91.

[1493] SAAVEDRA, 1999, pág. 451.

[1494] DÍEZ DE REVENGA, 1988, pág. 50

[1495] KANTOROWICZ, 2012, pp. 72-74.

[1496] SAAVEDRA, 1999, pág. 452

vinculadas a cada uno de estos animales (afectos naturales), Fajardo no descarta que se pueda usar la fuerza o la disimulación (que no el engaño) cuando sea necesario, abandonando, eso sí, los extremos maquiavélicos y siempre guiando estos afectos con la prudencia y la razón. Se trata de una diferencia sutil que no termina de abandonar el empleo de la doblez, en tanto en cuanto acaba por recomendar que el príncipe adopte un comportamiento u otro según las circunstancias[1497].

A esto se le añade, además, que al príncipe se le permite usar las artes de la disimulación (que se interpreta como un modo de ocultar la verdad) únicamente por su naturaleza regia, pues como hombre mortal tales actos serían censurables y reprobables. Se trata, pues, de dos personas en una que no pueden confundirse y que deben desempeñar su función en su ámbito correspondiente. La figura del actor, de este modo, puede volver a mencionarse para describir las tareas que, en este caso, debía cumplir Carlos de Gante como emperador[1498]. Debía salir a representar su papel en el gran teatro del mundo y, cuando lo hiciera, debía hacerlo como emperador y no como hombre. De ahí que en otra empresa Saavedra plantee una reflexión en torno a la disimulación de las ofensas, pues ante ellas no ha de reaccionar igualmente un hombre que un emperador. Así, en la empresa 8 se distingue entre las ofensas que van dirigidas al cargo y a la persona:

> "Las ofensas particulares hechas **a la persona y no a la dignidad**, no ha de vengar el príncipe con la fuerza del poder; porque, si bien parecen inseparables, conviene en muchas ocasiones hacer esta distinción, para que no sea terrible y odiosa la majestad"[1499].

De este modo, el concepto de disimulación vuelve a aparecer para relacionarse con la persona mixta del rey. En él, la noción teatral del mundo es fundamental y está relacionada con la idea neoestoica de las mentiras en política; es decir, el temor de que, en ese contexto, el príncipe iba a estar frente a otros actores cuyo temperamento debía escudriñar con prudencia. Esto se puede relacionar con la tesis maquiavélica de la apariencia, de la cual Fajardo advertía y según la cual no era necesario que el príncipe poseyera virtudes, pues le bastaba aparentarlas[1500]. Entonces, su función no era solo actuar, sino descubrir las falsas apariencias de otros, lo que lleva a entender la figura del príncipe, además de como *actor*, como *médico* que analizaba el temperamento de otros a

[1497] FERNÁNDEZ-SANTAMARÍA, 1986, pág. 114.

[1498] CORELLA, 2010, pág. 91.

[1499] SAAVEDRA, 1999, pág. 258.

[1500] GRANDE, 2008, pág. 189.

través, por ejemplo, de sus facciones. Y si tenía que actuar, significaba que debía aparentar:

> "No solamente por sí mismo se representa el príncipe espejo a sus vasallos, sino también por su Estado, el cual es una idea suya. Y así en él se ha de ver, como en su persona, la religión, la justicia, la benignidad, y las demás virtudes dignas del imperio"[1501].

Más allá de la disimulación, en cualquier caso, la idea de las dos personas del rey deriva en una dependencia del soberano con respecto a su pueblo o su Estado (la República). Saavedra deja clara su opinión a este respecto en la empresa 20 (*Fallax bonum*) —"No se eligió el príncipe para que solamente fuese cabeza, sino para que, siendo respetado como tal, sirviese a todos"[1502]— donde, citando una vez más a las Sagradas Letras, se dispone a equiparar al pueblo con los *huesos* y la *carne* del soberano —"Los que aclamaron por rey a David, le advirtieron que eran sus huesos y su carne"[1503]—. Cuestión interesante y paradójica, sobre todo si se tiene en cuenta lo dicho acerca de las consideraciones que este autor, inspirado quizá en Lipsio, guardaba para el vulgo. En la misma empresa, de hecho, aparecen conceptos que reflejan su interpretación de este como una *bestia salvaje*.

Se entiende que la potestad de gobernar del rey (*cabeza* y *corazón*) le venía del resto del *cuerpo*. Saavedra incluso habla de un poder "limitado". La elección de los huesos para referirse al pueblo puede tener conexiones con la anatomía, ya que el mismo Vesalio afirmaba que estos "sustentan todo el cuerpo a modo de soportes"[1504]. Entonces, y desde esta perspectiva, aunque el rey es la *cabeza* y el *corazón* de su Estado, no podría vivir sin el sostén que suponían los *huesos*. Idea que se vuelve a defender en la empresa 67 (*Poda no corta*), en la que se encuentran las descripciones de dos figuras opuestas: el señor natural y el tirano. Descripción en la que vuelve a percibirse el discurso de los dos cuerpos del rey:

> "el príncipe natural considera la justificación de la causa, la cantidad y el tiempo que pide la necesidad, y la proporción de las haciendas y de las personas en el repartimiento de los tributos, y

[1501] SAAVEDRA, 1999, pág. 459.

[1502] SAAVEDRA, 1999, pág. 351.

[1503] SAAVEDRA, 1999, pág. 353.

[1504] VESALIO, 1997, pág. 23.

> trata a su reino, no como cuerpo que ha de fenecer con sus días, sino como quien ha de durar en sus sucesores, reconociendo que **los príncipes son mortales y eterno el reino**"[1505].

En este caso, tal sentencia es atribuida a los *Anales* de Tácito (Libro III)[1506]. Todo esto, además, se puede relacionar con las formulaciones que, sobre la limitación del poder, estaban presentes en las obras de Juan de Mariana, visto en el capítulo anterior, al que se podría añadir las del teólogo Francisco Suárez (1548-1617), quien entendía este como algo transmitido por Dios al pueblo y de este al monarca y las de Juan de Salazar (1570-1630), quien en su *Política española* defendía la idoneidad de la monarquía absoluta, aunque matizando que esta debía de complementarse con un sistema de consejos[1507].

Se puede decir, pues, que esa dualidad de la persona del rey tiene en Saavedra un origen más antiguo que el pasado medieval, que de hecho también se hace presente en esta empresa al citar el murciano las *Partidas*. La finalidad de la misma, no obstante, no es desarrollar la doctrina de los dos cuerpos del rey, sino dar a entender al monarca que depende del pueblo, como un pastor depende de la leche y lana de su ganado. La diferenciación de estas esferas, en cualquier caso, sirve para construir una imagen de profesionalidad en el monarca, es decir, todo lo que este debía conocer y hacer. Ello puede relacionarse con las reflexiones en torno al príncipe perfecto que se relacionaron con las del médico perfecto en el apartado anterior y también con lo expuesto por Fabrique Furió Ceriol en *El concejo y consejeros del príncipe*. Pero esa versión idealizada del principado no obsta para que el diplomático aconseje cautela, pues la doble naturaleza del rey también implica que en él exista el pecado. Es por eso que, como ya se ha visto, se recomienda la presencia de confesores entre los consejeros del monarca (empresa 55):

> "Solamente digo que en España se ha reconocido por importante su asistencia en el Consejo de Estado, para calificar las resoluciones, y para que, haciéndose capaz del gobierno, corrija al príncipe si faltare a su obligación, porque algunos conocen los **pecados que comenten como**

[1505] SAAVEDRA, 1999, pág. 766.

[1506] Concretamente se refiere al siguiente fragmento: "que no había necesidad de valerse de ejemplos antiguos, ni acordarse de cuántas veces sufrió constantemente el pueblo romano las rotas de sus ejércitos, la muerte de sus capitanes y la extirpación de sus antiguas y nobles familias; que eran los príncipes mortales, más la República eterna." (*Anales*, Libro III, 6). La traducción de esta obra realizada por Carlos Coloma (1566-1637) se encuentra disponible para su consulta online (ver bibliografía).

[1507] CARRASCO, 2017 b, págs. 191, 207.

> **hombres, pero no los que comenten como príncipes**, aunque son más graves los que tocan al oficio que los que a la persona"[1508].

Se puede decir que la doctrina de los dos cuerpos del rey presente en Saavedra Fajardo sigue las características que se pueden apreciar en otras obras de política o literatura. La influencia de esta se refleja en la concepción de la legitimidad y la autoridad monárquica. En el Barroco el pensamiento sobre la soberanía se articula en torno a la idea de que el rey, como representante del Estado, debe mantener una separación entre su persona privada y su rol público. Este concepto no solo se basa en la dualidad del monarca, sino que también está vinculado con la idea de que el poder real es una manifestación de un orden divino y natural.

En esta línea, la legitimidad del poder del rey se fundamenta en su de actuar para el mejor interés de su Estado, guiado por la prudencia (virtud neoestoica). En este sentido, el monarca no solo debía representar una figura de autoridad, sino que también debía cumplir con la función de primer servidor de la comunidad. Esta visión de la soberanía refleja, quizá, una preocupación por el equilibrio entre el poder personal del rey y su responsabilidad hacia el Estado (como parece exponerse en las obras de Saavedra Fajardo). En la teoría política del Barroco, la idea del rey como *cabeza* del Estado, pero a la vez como parte fundamental de un *cuerpo* más amplio, subraya una visión organicista del poder. El monarca debía desempeñar su papel con una conciencia doble, por una lado de responsabilidad (incluso autoridad) pero, por otro lado, también de dependencia. Teniendo por objetivo, en cualquier caso, el mantenimiento de la estabilidad y el bienestar de su pueblo.

Además, esta doctrina también se relaciona con la noción de que el rey debe actuar con prudencia evitando que sus pasiones interfieran en el gobierno. La imagen del monarca como actor en el teatro del mundo se convierte de este modo en un ideal político. En esta visión, el rey debe mantener una separación entre su identidad personal y su cargo pública, asegurando que sus acciones se alineen con el bien del resto del *cuerpo* y su estabilidad.

[1508] SAAVEDRA, 1999, pág. 655.

CONCLUSIONES

18. Conclusiones

Las conclusiones extraídas de esta investigación se pueden dividir en grupos formados a razón de su distinta naturaleza. Una primera tipología sería la referente a la conexión entre el discurso político y el médico. Algo que, según parece, existía con el fin de dotar a la política de una estructuración cercana al método científico, es decir, que tenía claras pretensiones cientificistas. Más allá de esta intencionalidad, sin embargo, está el cómo se articuló o se llevó a cabo, ya que el uso del organicismo en tiempos renacentistas y barrocos no parece diferir demasiado del empleado en la Edad Media, sobre todo por la presencia de las bases de la medicina clásica y el galenismo.

Se trata esta última de una doctrina que brindó una división tripartita del cuerpo que abarcaba órganos, espíritus y humores. Según Galeno, el cuerpo humano tenía tres partes rectoras: la cabeza, el pecho y el abdomen, cada una asociada con un órgano principal, un espíritu y un conjunto de funciones específicas. En la primera se encontraba el cerebro, órgano central de la razón y del pensamiento, donde residía el espíritu animal, encargado de las funciones cognitivas, la percepción sensorial y el movimiento voluntario. Esta región se asociaba con la facultad racional del alma, mientras que el pecho, donde estaba el corazón y la sede del espíritu vital, era responsable de la distribución del calor y la energía a través de las arterias. De este modo, esta víscera era el centro de las emociones y el coraje, vinculada con la parte irascible del alma, que gobernaba las pasiones y valentía. Finalmente, en el abdomen se encontraba el hígado, órgano que producía el espíritu natural, encargado de las funciones básicas de nutrición y crecimiento. Este espíritu circulaba por las venas, apoyando los procesos digestivos y el bienestar físico, conectados con la facultad concupiscible del alma, que gestionaba el deseo y la satisfacción de necesidades corporales. Además, Galeno complementó su teoría con la doctrina de los cuatro humores: sangre, bilis amarilla, bilis negra y flema, cada uno con características específicas que influían en la salud y el temperamento de las personas. La armonía entre los espíritus, los humores y los órganos era esencial para mantener el equilibrio y la salud en el cuerpo humano.

Esta teoría, como se ha visto, se mantuvo durante el Medioevo y buena parte de la Edad Moderna en las explicaciones referentes al cuerpo humano, por lo que no es extraño localizarla también en los tratados políticos de estas épocas. Es cierto que sus manifestaciones a este respecto van más allá de la división tripartita de la sociedad, tan

emparentada con el platonismo, pudiéndose encontrar también en las explicaciones de la circulación de la sangre o la respiración, procesos que tenían lugar tanto en el cuerpo humano como en el político. En cualquier caso, queda claro que el organicismo ha sido una constante en el pensamiento político, es decir, algo de lo que pensadores y escritores se han valido, no solo para describir un Estado concreto (ficticio o real), sino que también ha sido usado para articular una serie de propuestas acordes con distintas ideologías e idearios. Es cierto, que, a razón de la revalorización de la *experiencia*, la aplicación de conceptos médicos al discurso político del Barroco parece alcanzar mayor desarrollo, y que, en algunos de los textos estudiados, se pueden apreciar sinergias con una medicina en transformación. Pero, en esencia, no se puede decir que la aplicación del discurso organicista se alterara radicalmente después de las innovaciones, vinculadas en gran parte a la anatomía, experimentadas por la medicina en el siglo XVI. Esto se ve, por ejemplo, en la repetición de metáforas y recursos venidos del mundo clásico, como aquellas que convertían a los reinos, imperios y, en fin, a los Estados, en organismos vivos sujetos al envejecimiento y la muerte. Ello puede deberse a unos fines que, en esencia, fueron parecidos tanto en la Edad Moderna como en la Edad Media.

El matiz diferenciador en la política del Barroco viene, pues, de la elevación de la *experiencia* como medio para alcanzar el conocimiento, tal y como médicos y anatomistas como Juan Valverde o Vesalio defendieron en sus tratados. Este último fue defensor de un método basado en la observación directa y la intervención manual como garantes para la formación de un perfecto médico, así como para el conocimiento del cuerpo humano y la sanación de enfermedades. Desafiaba así la doctrina médica tradicional, que formaba esta figura con base en los conocimientos teóricos adquiridos por la lectura de las obras de Galeno y otros grandes referentes de la historia de la medicina. Fueron muchos los médicos que, adoptando el método empírico, legaron un saber médico renovado en cuanto a su proceder, pues en lo que se refiere a las descripciones del cuerpo humano y sus distintos órganos y funciones, muchas veces estos no terminaron de renunciar a los postulados de Galeno en, por ejemplo, la circulación de la sangre. En cualquier caso, un nuevo método había sido puesto sobre la mesa por parte de algunos médicos en el siglo XVI y sería recogido por aquellos encargados de describir el *cuerpo* de la Monarquía Hispánica durante el siglo XVII.

Al empleo del término *experiencia* habría que sumar también el de *historia* y *prudencia.* La primera era entendida como un repositorio de experiencias que se

configuró como fuente enriquecedora de la que debían beber todos los gobernantes. De ahí la efervescencia de títulos encargados de tratarla, como la *Historia General del Mundo en tiempos de Felipe II* (Valladolid, 1606) o la *Historia General de España* (Toledo, 1601) como, quizá, títulos más relevantes. La segunda era entendida como una cualidad inherente a aquellos versados en *historia* y avezados en *experiencias*. Todas estas consideraciones estaban conectadas con el saber médico a razón de sus similitudes con su método. Así, la *historia* contenía la *experiencia* de los grandes gobernantes del pasado, mientras que la *medicina* y sus tratados contenía la sabiduría y *experiencia* de los médicos más sabios. Una metáfora, como se ha dicho, muy poderosa que está presente en, entre otras referencias, las obras de Saavedra Fajardo donde se detecta, por ejemplo, en la descripción de las cualidades del consejero vertidas en las *Empresas*. Consideraciones también presentes en pensadores como Furió Ceriol, así como en las equiparaciones del príncipe con un *médico* de la República.

Entonces, reflexionar sobre qué implicó, cómo se hizo y cuáles fueron los fines del uso del discurso médico es fundamental antes de concretar los aspectos que rodean a su aplicación junto con el concepto de *enfermedad* en el Barroco. En primer lugar, se puede decir que su uso implicó una necesidad, y es que su aparición para describir la sociedad o la política se ha articulado tradicionalmente como una herramienta poderosísima por parte del poder y sus teóricos. En la Edad Media, fue significativo su uso para la defensa del poder eclesiástico o del regio, en donde las metáforas de la *cabeza* y el *corazón* tenían mucho que decir. Para el galenismo, como se ha dicho, ambas partes del cuerpo físico eran consideradas, junto con el abdomen, como principales. Cada una de ellas, además, tenía funciones específicas y fundamentales. Hay que recordar aquí la posibilidad, mencionada ya, de que en alguno de los tratados políticos estudiados se haga referencia al *cerebro* en equivalencia a la *cabeza*, es decir, que se nombra a esta última, pero que se enuncian las funciones del primero. Ello se ve especialmente en las *Empresas* de Saavedra Fajardo, donde se distinguen las funciones de los *ojos*, la *lengua* y otras *partes* de la *cabeza* en contraposición con un soberano que actuaría como el *cerebro*. Órgano este que, a razón del galenismo, era la sede del alma racional y, por lo tanto, encargado de discernir y decidir, además de ser responsable también del movimiento. El rey, pues, era el *cerebro* y no la *cabeza*. Esta última puede ser entendida como el gobierno, formado por el rey y sus distintos ministros, que estarían figurados en los *ojos*, la *lengua* y otras partes de la misma.

Es vital en este punto recalcar el papel de los nervios, que fueron descritos por Galeno como unos conductos huecos a través de los cuales circulaba el *pneuma* psíquico generado en el cerebro, sustancia encargada de garantizar el movimiento y los sentidos. Presentes también en los tratados médicos en la Edad Moderna, es posible encontrarlos en las descripciones políticas que de la Monarquía Hispánica realizó Saavedra Fajardo. En concreto, este autor hacía referencia a los *nervios ópticos* como el medio por el que los consejos, es decir, los *ojos*, se comunicaban con el rey. La mención de estos también es posible encontrarla en el *Rex pacificus* (1302), que describe a la jerarquía eclesiástica como *nervios* del *cuerpo* político, aunque sin especificar de qué tipo de nervios se trata. Algo parecido a lo que se puede encontrar en el *Memorial* de Martín González de Cellorigo, que les otorga la categoría de leyes; en la *Restauración* de Sancho de Moncada, donde se convierten en los hombres ricos del reino; en la *Conservación* de Pedro Fernández de Navarrete, que les confiere las capacidades del dinero y en una serie de obras en donde su aparición tiene un denominador común: su conexión con el rey o soberano, que como *cabeza* enviaba los impulsos necesarios (el dinero, las leyes y un sinfín de elementos) para el movimiento del *cuerpo*. Es este, posiblemente, uno de los conceptos más conectados con el saber médico del Barroco, tal y como se ha visto en el desarrollo de la tesis.

El corazón, por su parte era la sede del alma irascible, responsable de la generación del calor innato considerado necesario para mantener la vida y también de la distribución del espíritu vital por todo el cuerpo. Su aparición en los tratados políticos es prácticamente universal. Responsable, entre otras cosas, de la energía vital del cuerpo, no es de extrañar que en los tratados políticos de la modernidad hispánica fuera equiparado con el rey, Castilla, la capital de la Monarquía y, en algunos casos, con la Corte. Esto es así por la situación central de estos en prácticamente todos los sentidos, además de la importancia de primer orden que estos desempeñaban.

Se trata de funciones primordiales, por lo que otorgar al rey o al papa durante el Medioevo estos papeles era una declaración de intenciones. Ejemplo representativo se encuentra en *Las Partidas* que se articularon como un compendio jurídico que, redactadas en Castilla durante el reinado de Alfonso X, se diseñaron también como un tratado que abordaba temas políticos, teológicos y filosóficos en donde la presencia del organicismo pretendía reforzar la potestad real en un momento en que estaba siendo cuestionada. Conocida es la estructuración estamental de la sociedad medieval y lo que implicó esta,

a partir del siglo XIII, sobre todo, en las relaciones entre el monarca, los nobles y la Iglesia, y en la articulación que del poder debía diseñarse. En esta línea, la aplicación del organicismo para la descripción de la sociedad no es sino muestra de la necesidad de los teóricos del poder de justificar el cómo este estaba articulado, aunque también podía cumplir esa misma función para los que planteaban alternativas.

Basándose precisamente en *Las Partidas,* autores como Martín González de Cellorigo, Pedro Fernández de Navarrete o Saavedra Fajardo brindaron una imagen del monarca como *cabeza* y *corazón* de su reino. En el caso del murciano, se desarrolla un papel en el que las funciones del *corazón* del Estado son bien detalladas, haciéndose alusión a *espíritus vitales* y otros elementos. En este sentido, las reflexiones en torno al origen del poder y si este debía ser ostentado por el rey de un modo absoluto o no, se mantenían durante la Edad Moderna. Siguiendo esta línea se ha mencionado a Juan de Mariana como uno de los diseñadores de unas propuestas encaminadas a limitar el poder de los reyes, aún sin renunciar a la monarquía absoluta como mejor forma de gobierno y en donde está presente el uso del discurso médico.

Este, entonces, no se usó a la ligera, por lo que hay que volver a plantearse la posible existencia de una trabazón entre la medicina y la política en los escritos políticos del Barroco. Para ello, y, en primer lugar, hay que observar atentamente qué *partes* y qué funciones se describen en esta tratadística y si existen sinergias significativas con la medicina galénica, de su tiempo o anteriores. Así, además de los tres órganos rectores (hígado, corazón y cerebro), aparecen descritas las funciones de otras *partes*, como los *ojos*, los *nervios*, el *estómago* y un largo etcétera. Sin olvidar tampoco a miembros tradicionales del organicismo, como los *brazos* y los *pies*. El hígado, por continuar con la tríada de órganos rectores, era para Galeno la sede del alma concupiscible y el encargado de producir la sangre. Este está presente también, aunque adoptando distintas formas.

Así pues, existen diferencias entre las funciones que cada uno de estos cumplen según el autor que los describe, lo que se puede deber a factores ideológicos sin descartar la existencia de diferentes fuentes de conocimiento médico empleadas por estos hombres de letras. En lo que se refiere a los *ojos*, estos aparecen mencionados en la obra de Pedro Fernández de Navarrete, quien los equiparó con los consejeros de la Monarquía, al igual que Saavedra Fajardo poco después. La unión de las funciones de los *ojos* con la de los consejos, que también son comparados con las de un *cirujano* en Navarrete, no es sino

muestra de una defensa del sistema polisinodial. No en vano, se trataba de órganos de gobierno colegiado, cuya función principal era asesorar al rey en la toma de decisiones, con otras no menos importantes que abarcaban la administración de justicia, la gestión de asuntos exteriores o la supervisión de materias económicas. En este sentido, la analogía de los *ojos* es particularmente adecuada por varias razones. En primer lugar, porque son los encargados de percibir el entorno y permitir la visión, lo que resulta algo esencial para guiar a todo el *cuerpo*. De manera similar, los consejos eran los órganos que permitían al monarca, el *cerebro*, ver la situación de sus reinos, proporcionando información crítica sobre una multitud de asuntos. De este modo, sin una visión clara y precisa el cuerpo humano se desorienta, y, del mismo modo, sin el asesoramiento adecuado, el rey corría el riesgo de tomar fatales decisiones. Además, los ojos en el cuerpo humano no solo permiten ver, sino también evaluar y juzgar la distancia, el tamaño y el movimiento (funciones esenciales para la supervivencia y el bienestar). Los consejos de la Monarquía Hispánica cumplían, pues, un papel equivalente al evaluar las circunstancias políticas, económicas y sociales, aconsejando al rey para que tomara decisiones adecuadas. En definitiva, así como los *ojos* deben trabajar en conjunto con el *cerebro* para interpretar las imágenes, los consejos actuaban en coordinación con el monarca, quien tomaba la decisión final.

Directamente relacionado con los consejos estaba el secretario, que figuras como la de Saavedra Fajardo equiparaban con el *estómago* por ser responsable de digerir los asuntos del Estado. Este, en el cuerpo humano, era el encargado de realizar una cocción que transformaría los alimentos ingeridos en quimo que, mediante el auxilio de los espíritus naturales, se enviaba al hígado para finalmente ser distribuidos en forma de sangre por todo el cuerpo. Así pues, esta equiparación, existente también en obras muy anteriores, como el *Policraticus* (1159) de Juan de Salisbury, no es sino muestra de un galenismo resistente que, sin embargo, adoptó distintas manifestaciones. Ello quiere decir que las funciones del *estómago* no siempre fueron adquiridas por el secretario, tal y como se desprende de las propuestas de Cristóbal Pérez de Herrera, quien se las confirió a la nobleza, a la que atribuía unas funciones específicas y una enfermedad, la *hidropesía*, que les impedía llevarlas a cabo. En su descripción de tal enfermedad, la mención de elementos como el *quilo* vuelve a denotar los conocimientos de su autor, quien, de hecho, era doctor en medicina.

No obstante, el uso de la figura del *estómago* con fines políticos hunde sus raíces en la Antigüedad. En este sentido, ya se ha hecho mención a la *Fábula de Memenio Agripa*, obra en la que se habla del Senado Romano como *estómago* encargado de distribuir la *sustancia* por todo el *cuerpo* político. Así, en cuanto a su significado en el Barroco hispánico, se puede decir que, cuando se habla del *estómago* como secretario, se hace referencia a este como el encargado de procesar y administrar la información, el poder y los recursos para convertirlos en la energía del *cuerpo* estatal. Los secretarios *digerían* las necesidades del Estado para que luego el rey las convirtiera en órdenes y decisiones políticas que serían distribuidas por todos sus dominios. En segundo lugar, el papel de la nobleza es el papel de una clase gobernante que había sido relevante en asegurar la estabilidad del reino. La nobleza consumía recursos (tributos, rentas) y luego, a través de sus responsabilidades (como la defensa y la administración de la justicia), los transformaba en un bienestar general para el reino. Este proceso era, desde la óptica de los tratadistas estudiados, esencial para mantener la cohesión y la *salud* del *cuerpo* político, y en este sentido, la nobleza era vista como un órgano que sustentaba al resto del sistema, similar al estómago en un cuerpo humano.

Por todo esto se puede decir que la presencia de este en los tratados políticos tiene su origen tanto en la cultura clásica como en la medicina galénica, todavía en boga en la Edad Moderna. Situación similar, por cierto, a la que se puede desprender del hígado o los pies que, como el estómago, fueron mal considerados en buena parte de los títulos de índole política pero no en los médicos. De hecho, este formaba parte de esa tríada de órganos principales a los que se ha hecho referencia, de modo que cuando aparece adoptando un papel relevante para el conjunto del Estado, podría ser por una inspiración venida directamente del saber médico. En cuanto a los pies, suelen ser equiparados con la base del cuerpo, pero no siempre en comparación con el tercer estado, que también puede hacer las funciones del *hígado* o el *estómago*, lo que puede significar que los tres estamentos podían estar vinculados con los tres órganos rectores.

Otro elemento fundamental del cuerpo era (y es) la sangre. Esta es equiparada con una justicia distribuida a través de las leyes, que adoptan el papel de *venas* en el *Rex pacificus* (1302); con el alimento y los bienes en la *República original* (1587) de Jerónimo de Merola; con los tesoros y el dinero en las *Empresas* (1640) de Saavedra Fajardo; con la población por otros y con una serie de elementos que tenían algo en común: su

naturaleza circulatoria. Especialmente significativo puede resultar su aparición en las obras de Saavedra Fajardo, pues este legó una descripción de su papel en la Monarquía Hispánica bastante desarrollado y concreto. En las mismas, hacía referencia a los *espíritus vitales* y a toda una serie de componentes que estaban relacionados con ella. Según Saavedra, el soberano actúa como el *corazón* del Estado, impulsando no solo la *sangre*, sino también estos *espíritus vitales*, que son necesarios para mantener el vigor del *cuerpo* político. La analogía de los *espíritus vitales* se relaciona con la idea de que el buen gobierno debe mantener en equilibrio las funciones internas del Estado, asegurando que los flujos de poder, justicia y recursos circulen correctamente, evitando que el *cuerpo* político caiga en la *enfermedad*.

En su aplicación, una vez más, se infiere la influencia del galenismo médico. La presencia de este es tan reiterada hasta ahora que es prácticamente obligatorio reflexionar sobre las motivaciones que, tanto Saavedra como el resto de referentes estudiados, tuvieron para emplear este como fuente que permitiera conocer y dar a conocer las realidades políticas de su momento. Estas se pueden vincular, en primer lugar, con un didactismo que perseguía que sus ideas se comprendieran lo mejor posible, no en vano, estos autores vivieron en una época donde la medicina había, por decirlo de algún modo, renacido, donde se había revalorizado. Este didactismo, además, debió ser especialmente importante en obras que, como las *Empresas*, nacieron con el propósito de formar al príncipe en los asuntos de gobierno. Esto último se ve en, por ejemplo, la figuración del soberano como el *médico* de su Estado y las leyes como su *medicina*, pues esta comparación permitía simplificar conceptos complejos y hacerlos más accesibles. En segundo lugar, se puede hablar de una búsqueda de autoridad en la enunciación de conceptos médicos, algo que se puede explicar también por esa revalorización de la medicina. Pero, quizá el motivo que más pesaba era el de la imitación, es decir, el anhelo (consciente o no) de valerse de las autoridades de un pasado idealizado y que, en cierto sentido, estaba muy presente para estos escritores.

Todo esto ayudaría a entender cómo se produjo esa conexión entre medicina y política. No obstante, y más allá de ese didactismo y búsqueda de una autoridad en la cultura clásica, hay que tener en cuenta que quienes emplearon el discurso médico aplicado a la política formaban parte de un grupo determinado de pensadores. Si se tiene en cuenta lo que se ha dicho acerca del concepto de *experiencia*, se deducirá que aquellos

que lo emplearon pueden ser calificados como *técnicos*, en tanto en cuanto hicieron referencia a un método concreto, extraído de una ciencia como la medicina. Estos analistas, que no eran ni juristas ni clérigos, hicieron uso de lo que consideraron que era el método más adecuado para lograr un fin: la experiencia para gobernar. De ahí la figura del gobernante perfecto en equiparación con un practicante médico. Y si usaron este recurso, no tan metafórico, fue porque la Monarquía Hispánica ya había tomado conciencia de su ser desde la centuria anterior. La discusión en el pensamiento político español moderno giraba en torno a si esta era una monarquía de reinos o era un conjunto de reinos bajo la prevalencia de Castilla, tema reiterado en, por ejemplo, la tratadística arbitrista. El enfrentamiento entre, por decirlo de algún modo, las tres ramas de la administración pública (la teológica, la jurista y la técnica) estaba servido y gestado por el enfrentamiento entre el conocimiento y la experiencia.

La presencia del discurso médico bebía de la revalorización del concepto de *experiencia* en el siglo XVI y se debía a una concienciación asentada en torno a la idea de qué era la Monarquía Hispánica. Ello, como se ha dicho, no significó que en el uso de ese discurso médico se percibieran innovaciones que descartaran la teoría de los humores o las funciones del hígado como centro del sistema circulatorio (entre otras cuestiones). Eso puede ser simplemente porque muchas de estas no habían llegado a todos los tratadistas o, si lo había hecho, era porque estos se mantenían escépticos ante ellas. Se puede decir, pues, que el discurso médico se aplicó al político mediante un proceso en el que los conocimientos de medicina galénica fueron fundamentales. En general, el peso del mundo clásico, desde ambos puntos de vista, fue articulador del mismo. Esto se puede inferir de distintos elementos y características, de entre las cuales destaca la división tripartita de la sociedad (platónica) y del cuerpo humano (galénica).

Ahora bien, se debe tener en cuenta a los tratados médicos coetáneos a estos escritores, dado que en ellos el discurso galénico seguía vigente. De hecho, se han encontrado no pocas sinergias entre textos médicos y políticos escritos en la centuria del mil seiscientos que podrían atestiguar una erudición médica por parte de los estudiosos políticos que, en algunos casos, fue más bien formación, pues muchos doctores en medicina escribieron también sobre política. En este punto vuelve a ser perceptible esa revalorización de la *experiencia* como medio de llegar a un fin, puesto que muchos médicos se consideraban capacitados de analizar e intentar resolver los problemas

políticos de la Monarquía por ser depositarios de ella. Entonces, el uso del discurso médico muestra, al menos en casos como el de Saavedra Fajardo o Cristóbal Pérez de Herrera, un conocimiento certero acerca del funcionamiento y estructura del cuerpo humano y, sí, también de la estructura administrativa de la Monarquía Hispánica.

Ello lleva reflexionar sobre hasta qué punto el empleo de conceptos médicos se realizó con un sentido metafórico. Por ejemplo, la sangre en el discurso saavedriano no es solo un recurso retórico, sino una síntesis de ideas médicas y políticas que apuntan a una visión integradora del gobierno como práctica curativa y de mantenimiento del cuerpo social. Lo mismo se podría decir de cada una de las partes y elementos del cuerpo humano que son referidos en las obras estudiadas, que fundamentaron sus propuestas tanto en conocimientos políticos, como en los médicos, sin olvidar tampoco el bagaje personal de sus autores. Los pensadores españoles modernos, entonces, no solo empleaban estas supuestas metáforas para ilustrar ideas políticas, sino que de verdad concebían al Estado como un organismo, con sus partes interdependientes y funciones vitales. Esto puede explicarse si se tiene en cuenta las influencias que recibieron los mismos. De esta manera, la mención, por ejemplo, al rey como *cabeza* y *corazón* no solo pretendía ilustrar el rol central del gobernante, sino subrayar su responsabilidad en mantener el flujo vital del *cuerpo* del Estado que, como tal, podía enfermar y morir si su *corazón* le fallaba.

A este respecto se puede enlazar lo dicho hasta aquí con uno de los rasgos definitorios de la cultura política del Barroco: la aplicación del concepto de *enfermedad* a esa concepción organológica del Estado. Su aparición tiene, al parecer, su razón de ser en un contexto de crisis, llamado también de decadencia por algunos investigadores. Para comprender la aparición de la *enfermedad* como concepto vertebrador de unos discursos que aspiraban, no solo a describir la Monarquía como un *cuerpo* formado por *partes* o *miembros* destinados a cumplir determinados cometidos, sino también a advertir o denunciar una situación en la que alguno de estos o su conjunto no obraba correctamente, hay que repetir las preguntas que se han hecho para comprender el organicismo y sus características generales, es decir se debe entender qué implicó, cómo se hizo y cuáles fueron los propósitos de la aplicación de dicho concepto a las descripciones organológicas de la Monarquía. A estas cuestiones se deben unir otras que respondan a qué es la *enfermedad*, de dónde viene, por qué se produce y cómo se le puede poner fin. Más aún,

una vez se determine qué es, se deberá reflexionar sobre el porqué de su consideración como tal, o si tal denominación era de la conveniencia de ciertos sectores sociales. Como la metáfora organológica a lo largo de la Historia, la utilización de la metáfora de *enfermedad* se convirtió, durante el Siglo de Oro, en una herramienta poderosísima y muy eficiente en manos de los tratadistas del poder en sus diversas facetas. Eso si se la puede considerar verdaderamente una metáfora, pues las reflexiones en torno a esta cuestión también existen.

Sea como fuere, para responder a esas preguntas hay que volver a acudir a las fuentes médicas, sobre todo para resolver las cuestiones referentes a qué es la *enfermedad*, de dónde viene y cómo puede curarse. En este sentido, *enfermedad*, *desequilibrio* y *alteración* son términos afines. En la medicina clásica, medieval y moderna, su aparición se explicaba con el apoyo de la teoría de los cuatro humores. Desde la óptica de la doctrina galénica, estos humores se formaban durante la segunda digestión (había un total de tres), que tenía lugar en el hígado a partir del quilo producido en el estómago. El equilibrio entre estos era fundamental para mantener la salud del cuerpo, pues, como se ha visto, cada uno de ellos tenía unas características concretas de temperatura y humedad. Si había enfermedad, pues, era porque uno de estos prevalecía sobre el resto o, por el contrario, porque no destacaba lo suficiente. Es por esto que las curas o remedios solían ser la aplicación de dietas, sangrías, purgas, baños y otros tratamientos. El motivo de su alteración, según la medicina galénica, se debía a factores externos e internos. En los externos se hacía referencia al clima, las estaciones, la calidad del aire, del agua y de los alimentos; en los internos, a las pasiones del alma, la digestión, incluso a la edad y la complexión física del paciente. En referencia a esto se debe remarcar también que muchas veces la proporción humoral variaba, a razón del pensamiento de la época, según la región del mundo en la que se encontraban los sujetos (determinismo climático).

Situaciones a las que se hace referencia también en los tratados de política, que suelen hacer referencia a distintos tipos de enfermedades y soluciones. Así, existían unas vinculadas a las pasiones, al alma, y otras a las afecciones del cuerpo. De entre las primeras, destaca especialmente la melancolía. Provocada por un exceso de bilis negra, cuando aparece en tratados políticos puede hacer mención tanto a la sociedad en su conjunto como a la persona del príncipe. Hacer referencia al soberano, sus humores y su estado de salud (desde el punto de vista anímico) implicaba cuestiones más profundas de

lo que pueda parecer a simple vista, pues la valoración de cómo afectaba al resto del *cuerpo* las *enfermedades* que este padecía encierran concepciones enfrentadas sobre la potestad real.

Entender que, si este enfermaba, peligraba el resto del *cuerpo* significaba convertir el bienestar del soberano en una cuestión pública, un asunto de Estado, lo que implicaba al mismo tiempo una defensa del poder real basado en el absolutismo que, sin embargo, no otorgaba al rey la prevalencia total. Algunos de los tratados estudiados entendían que la soberanía real provenía y era conferida a la *cabeza* por el pueblo, el resto del *cuerpo*, por lo que la importancia de la salud de la *cabeza* y su interrelación con la del resto no era sino reflejo de la ideología de los escritores, que muchas veces eran partidarios de una monarquía con ciertos límites al poder real. Más allá del debate entre corporativismo y absolutismo, y dejando de lado la figura del rey melancólico, se puede centrar el foco de atención en la figura del tirano visto, precisamente, como un *miembro enfermo* que tratadistas como Juan de Mariana no descartaban extirpar.

La extirpación, junto con las purgas, fueron remedios de lo más socorridos por parte de los tratadistas políticos para acabar con las *enfermedades* de la Monarquía. Se trata de una cuestión importante que muchas veces, como se ve en *el Arte Real* de Jerónimo de Ceballos, se relaciona con la figuración del rey como *médico* encargado de *purgar* los *malos humores* de la República. Otras, sin embargo, la aplicación de este término hace referencia a estratos sociales, como los moriscos en Sancho de Moncada, e incluso entidades políticas de la Monarquía, como Flandes en Álamos de Barrientos. Esta idea, presente en diversos pensadores, puede tener una inspiración en las doctrinas de Justo Lipsio, pues este defendía en sus *Políticas* extirpar a los disidentes de la religión como si estos fueran un *miembro gangrenado*.

Ello puede significar que esa revalorización de la medicina en política llegase a eruditos españoles a través de grandes obras políticas, es decir, que les llegase de forma indirecta. No en vano, las grandes corrientes de pensamiento en boga durante la Edad Moderna, y también sus grandes referentes, hicieron un uso más o menos reiterado del discurso médico en el que la *enfermedad* fue ganando un peso progresivo. El maquiavelismo, el tacitismo, el neoestoicismo y las corrientes de pensamiento, admitidas o no, incluían este tipo de términos. Es cierto que, el dominio de la teoría de los humores, entre otras cosas, por referentes como Saavedra Fajardo, constatado de la lectura de obras

como las *Empresas*, también parece denotar un conocimiento médico adquirido a través de las lecturas de tratados de medicina, con los que guarda concordancias reflejadas en las descripciones de ciertas partes del cuerpo humano, sus funciones y relevancia para el conjunto. El *Libro de anatomía del hombre* (1551), de Bernardino Montaña de Monserrate es solo uno de los ejemplos que se puede destacar en este sentido.

Pero, más allá de estas cuestiones, habría que ver qué significaba o implicaba optar por estos tratamientos. En referencia, por ejemplo, a la extirpación de los disidentes en religión, tan seguido por los pensadores hispánicos, se entrevé la defensa de una homogeneidad religiosa como sustento de la *salud* del reino. Y es que, la disonancia y la diversidad de opiniones podía desembocar en una de las *enfermedades* del Estado descritas por Saavedra Fajardo: la sedición, que convenía prevenir mediante la *amputación* de aquellos susceptibles de provocarla. La prevención se convertía entonces en el mejor tratamiento, algo también común en muchos tratados estudiados que puede tener su origen en las consideraciones que Maquiavelo esgrimió en *El Príncipe* al respecto. Este fue responsable también, quizá sin saberlo, de un arquetipo de gobernante visto como un tirano por buena parte de aquellos que defendían la limitación del poder real, la figura de un príncipe que usaba la religión como instrumento. En esta línea, cabría preguntarse hasta qué punto la tiranización del soberano real estuvo sujeta a estas consideraciones, sobre todo teniendo en cuenta la vinculación de buena parte de los pensadores estudiados a las ideas de la Contrarreforma, en concreto a la Compañía de Jesús. El contexto histórico en el que estos vivieron, de hecho, fue muy propicio a este tipo de cuestiones, por lo que la figuración de ciertos elementos de la sociedad o del gobierno como algo a extirpar puede ser considerado como un instrumento político encaminado a defender sus ideas.

Otros elementos que podían enfermar, o que estaban enfermos desde la perspectiva de los tratadistas estudiados, eran la *sangre*, el *hígado*, el *estómago*, los *ojos*, los *huesos* o los *brazos*. Elementos todos ellos que tenían su equivalente en el *cuerpo* político y unos causantes que explicaban su situación. La *sangre*, por ejemplo, y como ya se ha dicho, era equiparada con el dinero y con la población. El primero se encontraba debilitado por la presencia de la moneda de vellón y la segunda por la marcha de una parte importante de la población de Castilla a territorios americanos, por la cuestión de la Corte y la presencia de extranjeros. Esta analogía está presente en los tratados de Saavedra

Fajardo, mientras que figuras como Pedro Fernández de Navarrete equiparaban el dinero con los *nervios*.

Dos elementos distintos que, sin embargo, tenían algo en común: debían garantizar la energía y el movimiento del *cuerpo*, algo que no estaba ocurriendo por situaciones denunciadas por Antonio Pérez (el cirujano), que no era otra que la mala gestión y reparto de este, es decir, una circulación poco efectiva denunciada también por Cristóbal Pérez de Herrera y responsable de la *enfermedad* de otros órganos que, como el *hígado*, dependían de la *sangre* para funcionar. Y es que en el cuerpo humano este era, según el galenismo, el encargado de producir la sustancia sanguínea. De ahí que Jerónimo de Merola estableciera que la facultad civil de la República residiera en el *hígado*, o que Pérez de Herrera afirmara en su *Memorial* que sus funciones en el cuerpo humano (el mantenimiento y abastecimiento) eran equiparables con la de los trabajadores en la República. Su e*nfermedad* era descrita por este último como un *resfriado*, es decir, como una alteración de su temperatura producida por un desequilibrio humoral, tal y como también hacía Saavedra Fajardo en sus *Empresas,* donde equiparaba a la Corte con un *hígado ardiente* que acaparaba todo el *calor natural* y los *espíritus vitales*, dando lugar a un estado de fluxión. Así, como en el cuerpo humano, unas enfermedades tan relacionadas con la sangre debían ser tratadas con purgas. Esto es lo que defendían autores como Sancho de Moncada o Pedro Fernández de Navarrete que, de hecho, justificaron la expulsión de los moriscos como una *purga* de la *sangre* de la Monarquía, mientras que Saavedra Fajardo hablaba de ella en el sentido de la prevención antedicha, es decir, que, para él, si se purgaban a tiempo los *malos humores* de la República se evitaba que esta cayera en la *sedición*.

Así, la utilización de este concepto (*purga*) vuelve a significar dos cosas: el manejo y conocimiento del vocabulario médico por parte de estos autores, por un lado, y, por otro, que la elección de determinados términos dentro de él significaba la persecución de un fin asociado a sus intereses. Se puede hablar aquí, como ya se ha hecho para el discurso médico, de un didactismo que anhelaba hacer más comprensivos los conceptos, algo que se entiende mejor si se recuerda que muchas de estas obras iban dirigidas al soberano del Estado, alguna de ellas con claras intenciones formativas, pero ello no debe obviar las realidades que encerraban. Purgar significaba, a razón del vocabulario de la época, limpiar, incluso, eliminar, lo que implicaba que había elementos (políticos y

sociales) a los que se consideraba responsables de la situación de crisis atravesada por la Monarquía. También significaba que había *partes* de ella que estaban especialmente afectadas, caso de Castilla como reino, de la que muchas veces se decía necesitar una purga.

A razón de esto, parece que las cuestiones que rodean al concepto de *enfermedad* y su aplicación tienen su significancia en el estado del considerado como reino principal de la Monarquía Hispánica, lo que no deja de ser significativo, ya que de este aspecto se puede inferir algo parecido a lo que se podría hacer de la mención del rey como *cabeza* o *corazón* de la Monarquía y la importancia de la salud de este. La elevación de Castilla sobre el resto es, otra vez, muestra de quién escribía los tratados estudiados y los intereses que estos defendían. Si Castilla era verdaderamente la *cabeza* o el *corazón* del Estado, era porque de ella dependía el calor vital del resto, así como la producción de *espíritus vitales*. Era, además, sede del gobierno y el *alma racional* equiparada con la figura del rey. Era el reino con más peso en el conjunto. Así la describieron la mayor parte de los tratadistas estudiados, quienes mostraron su preocupación acerca de su estado de salud y de la posibilidad de que este supusiera el fin para todo el *cuerpo*.

Esta concepción también encierra el hecho de que, en las obras estudiadas, se perciba una descripción de la Monarquía Hispánica como un *cuerpo* de *cuerpos*. Esto se debe a su naturaleza compleja y compuesta y a los procesos de agregación que en su formación tuvieron protagonismo. Esta idea, expresada en alguno de los textos estudiados, suponía que muchos de los territorios incorporados mantenían su concepción corpórea, al tiempo que adquirían una nueva y subordinada, que los hacía dependientes a otro superior. En este sentido, en la jerarquía entre esos *cuerpos*, Castilla ocupaba un lugar fundamental, por ser lugar donde se concentraban las élites y autoridades. A esto hay que añadir la morfología peculiar de la Monarquía Hispánica, que se unía a su estructuración administrativa basada en el sistema polisinodial y en el que Castilla se convertía, a razón de su posición y naturaleza, en el centro de todas las funciones del organismo.

Es por eso que muchas veces la situación que atravesaba se describía como relevante para el resto de reinos, lo que es especialmente visible en los escritos de calado arbitrista, en donde la despoblación, los estragos de la moneda de vellón, las malas influencias de la Corte y otras cuestiones son reiteradas. No obstante, y como ya se ha dicho, otras veces se hace mención del propio estado de salud del monarca, pero no en un

sentido físico, sino del ánimo, por lo que las reflexiones en torno al *alma* del Estado son equiparables al comportamiento de su rey, que también es considerado como un *alma* que debe estar presente en todo el *cuerpo*. Ello se ve, por ejemplo, en cuestiones como la justicia que, emanada de este, debía impregnar todo el reino, según afirman las *Empresas* de Fajardo, siendo también visible en sus consideraciones acerca de la religión, que adopta el papel de alma, como ya se había hecho en las obras de Justo Lipsio. En este sentido, desde la concepción barroca el alma era algo ligado al cuerpo, no tanto una parte de él, que estaba sujeto al binomio salud-enfermedad y que se puede encontrar aplicado al discurso político. Se trata de algo que ya estaba presente en la filosofía de Platón, que fue adoptado y reinterpretado por Santo Tomás, y que en el Barroco se intensificó para atenuar la imagen de crisis que los textos estudiados querían denunciar.

El discurso de la enfermedad, pues, se convirtió en un medio para alcanzar un fin. Un medio que se valió del saber político, filosófico y médico. En este sentido, aunque de forma general no se encuentran en los textos estudiados mención de enfermedades concretas, es decir, analogías entre *males* del Estado y del cuerpo, existen casos concretos en la que se mencionan afecciones específicas que pueden estar demostrando, una vez más, que los autores de política conocían de medicina. Ello se observa, por ejemplo, en las *Empresas* de Saavedra Fajardo, cuando este describía cómo podían caer *desmayadas* las Repúblicas, en este caso haciendo alusión a una de las dolencias del corazón, que impedían a este enviar los espíritus vitales al resto de los miembros, tal y como explicaban médicos como Luis Lobera de Ávila. El *desmayo* del que hablaba Saavedra hacía referencia a la reputación del monarca, o más bien a la falta de ella, pero, en otras ocasiones, se hacía mención de dolencias que afectaban a la totalidad del *cuerpo* y no solo a uno de sus *miembros*, tal y como se observa en la aparición de la melancolía cuando esta afectaba a la multitud (recurso usado también por Saavedra Fajardo), o las alusiones a la peste de arbitristas como Martín González de Cellorigo.

Se puede establecer, entonces, una conexión entre los tratados médicos y los políticos o, lo que es lo mismo, entre el saber político y el médico a razón de la existencia de elementos y estilos comunes. Ello se ve en las explicaciones referentes a los *espíritus vitales* de la Monarquía en Saavedra Fajardo, así como la explicación que este y otros autores brindaron sobre las funciones de los *nervios* y su conexión con el *cerebro*. Además, está el hecho de que muchos médicos se atrevieron a redactar discursos políticos basados precisamente en sus conocimientos médicos. Ejemplo significativo de ello fue

Cristóbal Pérez de Herrera, quien brindó una descripción del *cuerpo* político de la Monarquía Hispánica haciendo alusión a órganos como el *estómago* o el *hígado*. A ello se podrían sumar la demostración, por parte de estos autores, de conocimientos referentes a, por ejemplo, la división tripartita del cuerpo diseñada por Galeno (tres órganos, tres espíritus tres digestiones, etc.) y el discurso de los humores para la explicación, no solo de las *enfermedades* del Estado, sino también de los distintos temperamentos de sus oriundos y sus gobernantes.

Cabría plantearse, entonces, la posibilidad de que los autores políticos leyeran tratados médicos de su época y anteriores. Pero no fueron únicamente los tratados médicos los que sirvieron de base para la estructuración de estas ideas, pues sus conocimientos acerca de política, filosofía y todo el bagaje cultural que había precedido a alguno de estos ha sido una cuestión ampliamente estudiada. Es una idea factible, que, de hecho, ha sido aseverada por algunos historiadores en sus investigaciones, y para cuya refutación habría que acudir, entre otras cosas, a las bibliotecas a las que estos pensadores tuvieron acceso. Esta se queda, sin embargo, como una cuestión pendiente a resolver después de esta tesis, aunque no es la única, pues la búsqueda del discurso médico y el concepto de *enfermedad* en otros ámbitos, como la administración del Estado o los escritos de los cronistas de Flandes es, de hecho, algo que se pretende cubrir en futuras investigaciones.

Los textos estudiados revelan, en definitiva, una profunda interrelación entre la medicina y la teoría política durante la Edad Moderna, especialmente en la concepción del Estado como un organismo viviente. Ahora bien, no debe aventurarse la afirmación de que esta conexión implique un cambio en la concepción organológica del Estado basado en un trasvase de las innovaciones médicas del siglo XVI a la tratadística política del XVII. Se trata de una situación parecida a la que se vio para la aplicación de metáforas astronómicas en la obra de Saavedra Fajardo, quien debía conocer los avances en este ámbito, aunque se mantenía escéptico ante estos. Quiere eso decir, que es factible que la aplicación del discurso médico durante el Barroco hispánico se valiera intencionadamente de fuentes médicas que, sin embargo, no habían abandonado los postulados tradicionales del galenismo, cuya concepción del cuerpo sí fue trasladada a la del Estado. Así, teorías como la circulación de la sangre o la respiración (que posiblemente alguno de estos autores conociera), sometidas a un proceso de revisión y transformación durante el siglo XVII no se vieron alteradas en su aplicación a la política.

Cada una de las partes, órganos y miembros descritos deben su articulación política a la doctrina médica tradicional, en la que el papel del *médico* es adoptado por distintos miembros, de entre los cuales cabe destacar especialmente al rey, que aplicaría las leyes a modo de medicina. La intención de los autores de política no era otra que la defensa de sus propuestas a través del didactismo y la demostración de erudición a modo de autoridad. Y es que estos autores debían creer que tales propuestas eran de lo más necesarias, sobre todo por el contexto en el que vivieron la mayor parte de ellos: el siglo XVII. Época considerada de crisis que explica como el concepto de *enfermedad* se elevó en la tratadística política hasta el punto de que, en muchos ejemplos, fue verdadero eje articulador de unos discursos encaminados a su superación o curación. En este sentido, no debe considerarse a esta como una mera metáfora decorativa, sino como una manera de conceptualizar y abordar los problemas del Estado. Enfermedades como la melancolía o la sedición eran entendidas como manifestaciones de disfunciones en el *cuerpo* político. Los remedios propuestos, como las *purgas* o la *extirpación* de elementos perjudiciales, reflejaban una comprensión de la política como un proceso de mantenimiento y curación, siguiendo la tradición médica de tratar desequilibrios para restaurar la salud.

Se puede decir, en conclusión, que las grandes preguntas planteadas a lo largo de esta tesis han sido respondidas, aunque no de manera directa, sino mediante la articulación de otras cuestiones más específicas. La pregunta principal, ¿Por qué la metáfora médica para describir la Monarquía Hispánica?**,** ha quedado solventada a través del análisis de distintos aspectos que, en conjunto, proporcionan una explicación completa. De este modo, se puede decir que el recurso a la metáfora médica no fue un mero capricho retórico, sino una elección profundamente vinculada con la mentalidad pragmática de aquellos que gobernaban o asesoraban en la administración de la Monarquía Hispánica, especialmente durante el Barroco.

En relación con ¿quién usaba la metáfora médica y por qué?**,** se ha determinado que no fueron ni los juristas ni los clérigos quienes recurrieron a esta poderosa metáfora, sino los *técnicos*, es decir, aquellos que valoraban la experiencia práctica por encima del conocimiento teórico. Para estos, la metáfora médica representaba una forma de hacer tangible y comprensible la complejidad del Estado a través de la analogía con el cuerpo humano. Su preferencia por la metáfora médica refleja una concepción del conocimiento basada en la experiencia empírica, como herramienta superior para entender y gestionar

la Monarquía. Así, mientras que juristas y teólogos se aferraban al derecho y a la teología como fuentes de legitimación, estos *técnicos* pusieron en valor la experiencia como la fuente más confiable de saber, encontrando esta en las líneas de los tratados de medicina, ciencia que además les confería prestigio.

Además, parece claro que esta preferencia conecta a estos autores con el pensamiento de Maquiavelo, quien también defendía un enfoque práctico y empírico en política. Ello no significa que estos pensadores fueran maquiavelistas, ni tan siquiera que estuvieran de acuerdo en alguno de los puntos de su ideario, significa simplemente que, como *técnicos* que eran podían coincidir con él en virtud de ese mismo carácter. Y es que Maquiavelo no fue el único técnico en su época, y esta tesis ha mostrado cómo, en la Monarquía Hispánica, existía un grupo importante de pensadores que compartían esa orientación técnica, práctica y empírica.

En este sentido, el uso de la metáfora médica no solo servía para describir el Estado, sino también para proponer soluciones a los problemas que este enfrentaba. La Monarquía Hispánica, que desde el siglo XVI había tomado conciencia de sí misma como un cuerpo compuesto por diferentes reinos, necesitaba una forma de expresar sus tensiones internas, sus crisis y la búsqueda de equilibrio. En este contexto, los médicos y *técnicos* que escribieron sobre política consideraban que tenían una ventaja sobre otros sectores, precisamente porque su conocimiento derivaba de la observación y la experiencia**,** no de la teoría abstracta. La medicina les proporcionaba un lenguaje con el que podían describir tanto el estado de salud de la Monarquía como los remedios necesarios para curar sus males. ¿Por qué, entonces, eligieron la metáfora médica para describir la Monarquía Hispánica? La respuesta radica en que esta, al igual que un cuerpo, requería de un diagnóstico certero y de tratamientos adecuados para mantener su equilibrio y estabilidad.

En este sentido, la metáfora médica no solo era útil, sino también necesaria para una visión empírica de la política. Los *técnicos*, quienes no basaban sus propuestas en la escritura teológica o jurídica, veían en la medicina un modelo claro y potente para explicar las dinámicas internas del Estado y proponer soluciones basadas en la experiencia y la historia. De hecho, esta tesis ha evidenciado que el empirismo español, del cual estos autores formaban parte, se basaba en la valoración de la historia, que no era derecho, y de la experiencia, que no era religión. Estos autores, siguiendo esa tradición empírica,

aplicaban su conocimiento en política utilizando las metáforas más poderosas a su disposición, siendo la médica la más adecuada para explicar el funcionamiento del cuerpo político. Así, es lógico que los médicos, al ser los principales representantes de este conocimiento práctico, escribieran sobre política, convencidos de que su saber en medicina les otorgaba una ventaja para entender y gestionar la Monarquía.

REFERENCIAS

19. Bibliografía

19.1.Artículos de revista

ALCALÁ, Á. (2006). "De la polémica entre Calvino y Servet al reconocimiento en las Constituciones modernas: el derecho a la libertad de conciencia". *Revista de la Inquisición.* N. º12, pp. 55-97.

ALCOCER-MALDONADO, J.L. (2015). "El cerebro en el libro De Humani Corporis Fabrica, de Andrés Vesalio". *Acta Médica Grupo Ángeles,* Vol. 13, N.º 3, pp. 199-205.

ALONSO-FUEYO, S. (1948). "1648-agosto-1948, dimensión ontológica de lo social en Saavedra Fajardo". *Saitabi: revista de la Facultat de Geografía i Història.* N.º 6, Vol. 28, pp. 115-130.

ALTUNA, B. (2008). "Sobre la dicotomía cuerpo-alma". *Nombres.* N.º 22, pp. 87-97.

ALVAR EZQUERRA, A. (1983). "Madrid, reflejo de los problemas sanitarios de la Península: la peste de 1596 vista por un galeno de la Corte". *Anales del Instituto de Estudios Madrileños.* N.º 20, pp. 203-218.

ALVAR EZQUERRA, A. (1994). "Arbitrismo y nobleza". *Torre de los Lujanes: Boletín de la Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País.* N.º 28, pp. 89-118.

ÁLVAREZ DE MORALES, C. (2006). "Elementos mágicos y religiosos en la medicina andalusí". *Ilu. Revista de Ciencias de las Religiones.* N.º 16, pp. 23-46.

ÁLVAREZ GARCÍA, H. (2016). "Fabrique Furió Ceriol: el precursor del Estado laico en España". *Revista de Derecho UNED.* N.º 18, pp. 659-682.

ÁLVAREZ SOLÍS, A. O. (2011). "Virtudes de imperio, desventuras de emperador. El diálogo neoestoico entre Justo Lipsio y Francisco Quevedo". *Ingenium.* N.º 5, pp. 5-28.

ÁLVAREZ, J.P. (2012). "William Harvey, corazón valiente". *Revista médica Clínica los Condes.* Vol. 23. N.º 16, pp. 788-790.

AMADORI, A. (2014). “Remedios para un cuerpo político que declina. El arbitrismo de Manuel Gaytán de Torres y el estrechamiento de los vínculos trasatlánticos de la Monarquía Hispánica”. *Anuario de Estudios Americanos.* N.º 70, pp. 107-143.

ANDRADA-ZURITA, C.Y. (2021). “El Estado entre metáforas. Maquiavelo y el vínculo del ámbito médico con el ámbito político”. *Cuadernos del Sur Filosofía.* N.º 50, pp. 33-50.

ANDRÉS UCENDO, J.I. & LANZA GARCÍA, R. (2010). “Presentación. Hacienda y economía en la Castilla del siglo XVII”. *Studia histórica. Historia Moderna.* N.º 32, pp. 23-46.

ANDRETTA, E. (2020). “Juan Valverde, or building a ‘spanish anatomy’ in 16th Century Rome”. *European University Institute*. *Max weber Programme*. pp. 1-16.

ANTÓN MARTÍNEZ, B. (1992). “Tácito, ¿inspirador de la carrera política del Conde-Duque de Olivares?”. *Minerva,* N.º 6, pp. 285-312.

ARANDA PÉREZ, F.J. (2017). “Consejeros del rey, consejeros de las repúblicas. Percepción y práctica habitual en el vademécum político de la Monarquía Hispánica del quinientos y el seiscientos”. *Studia historica. Historia moderna.* Vol. 39. N.º 1, pp. 125-168.

ARELLANO AYUSO, I. (2005). “La España del Quijote: coyuntura histórica y sociedad (algunas anotaciones)”. *Príncipe de Viana.* N.º 236, pp. 589-604.

ARELLANO AYUSO, I. (2016). “Empresa de la envidia: los ojos de búho en Saavedra Fajardo”. *El Criticón.* N.º 127, pp. 217-222.

ARMELIA, V.A. (2010). “La influencia de Aristóteles en la filosofía novohispana”. *Anales del Seminario de Historia de la Filosofía,* Vol. 27, pp. 153-164

ARREDONDO M.S. (2008). “Transmitir y proclamar la religión: una cuestión de propaganda en la crisis de 1635 y 1640”. *El Criticón.* N.º 102, pp. 85-101.

ARREDONDO, M.S. (1992). “La espada y la pluma contra Francia en el siglo XVII: cartas de Quevedo y Saavedra Fajardo”. *El Criticón.* N.º 56, pp. 103-115.

ARREDONDO, M.S. (1993). “Diálogo y política internacional en las Locuras de Europa de Saavedra Fajardo”. *El Criticón.* N.º 58, pp. 9-16.

ARREDONDO, M.S. (2016). "Entre Europa y América. Encrucijadas y fronteras, según los diálogos de Palafox de Mendoza (1631) y Saavedra Fajardo (1646)". *E-Spania: Revue électronique d'etudes hispaniques médiévales.* N.º 24. Disponible online: https://journals.openedition.org/e-spania/25627

ARROYO ILERA, F. (2004). "Arbitrismo, población e higiene en el abastecimiento de Madrid en el siglo XVIII". *Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles.* N.º 37, pp. 257-278.

ATIENZA, B. (2009). "El loco en el espejo. Locura y melancolía en la España de Lope de Vega". *Nueva Revista de Filología Hispánica.* Vol. 41. N.º 2, pp. 678-680.

AYALA, J. M. (2008). "La ley natural en las empresas políticas de Saavedra Fajardo". *Res Publica: revista de filosofía política.* N.º 19, pp. 107-122.

BALLTONDRE, M. (2006). "La nueva filosofía de la naturaleza del hombre de Oliva Sabuco". *Athenea Digital.* N.º 10, pp. 259-262.

BAQUERO GOYANES, M. (1955). "Diego Saavedra Fajardo 'Fallimur opinione'". *Monteagudo: revista de literatura española, hispanoamericana y teoría de la literatura.* N.º 14, pp. 157-160.

BARÓN FERNÁNDEZ, J. (1969). "Viaje de Vesalio a Tierra Santa". *Medicina & Historia: Revista de estudios históricos de las ciencias médicas.* N.º 52: 2-15.

BARONA, J.L. (1993). "El cuerpo alegórico. Claves renacentistas para una interpretación de la naturaleza humana". *Medicina & Historia: Revista de estudios históricos de las ciencias médicas,* Vol. 47, N.º 47, pp. 1-16.

BARTRA, R. (1999). "Melancolía y ciencia en el Siglo de Oro". *Ciencias.* N.º 55, pp. 4-12.

SOSA, M. B. (2019). "Matateatro, risa y melancolía en la Venta de Francisco Quevedo". *Filología.* N.º 51, pp. 41-53.

BERMUDO DEL PINO, R. (2009). "El pensamiento de Miguel Servet". *A parte rei.* N.º 63, pp. 1-13.

BEUCHOT, M. (2005). "Santo Tomás de Aquino: del gobierno de príncipes". *Revista Española de Filosofía Medieval.* N.º 12, pp. 101-108.

BLECUA, A. (1984). “Un nuevo manuscrito de la República Literaria”. *Edad de Oro.* Vol. 3, pp. 11-28.

BLEZNICK, D. W. (1966). “Los conceptos políticos de Furió Ceriol”. *Revista de estudios políticos.* N.º 149, pp. 25-46.

BOADAS CABARROCAS, S. (2010). “Del emblema a la máxima: aproximación a la posteridad de las Empresas políticas de Saavedra”. *Studia Aurea Monográfica.* N.º 1, pp. 353-372.

BOADAS CABARROCAS, S. (2010). “Guerras panfletarias del siglo XVII. Locuras de Europa y sus fuentes”. *El Criticón.* N.º 109, pp. 145-165.

BOADAS CABARROCAS, S. (2010). “Un manuscrito inédito de Suspiros de Francia de Saavedra Fajardo”. *Murgetana.* N.º 122, pp. 9-36.

BOADAS CABARROCAS, S. (2015). “Sobre la autoría de Indispositione generale della monarchia di Spagna”. *Revista de Literatura.* N.º 154, pp. 355-370.

BOHÓRQUEZ CARVAJAL, J.D. (2019). “De la sangre en circulación. Descartes y Harvey”. *Discusiones Filosóficas.* N.º 34, pp. 113-129.

BONACHÍA HERNANDO, J.A. (2010). “Entre la Ciudad Ideal y la Sociedad Real: Consideraciones sobre Rodrigo Sánchez de Arévalo y la Suma de la Política”. *Studia historica. Historia Medieval.* N.º. 28, pp. 23-54.

BORGES GUERRA, M., GARCÍA MORENO, P. & LEÓN DEL RÍO, M. (1999). “La neuropsicología del Renacimiento Examen de Ingenios de Juan Huarte de San Juan”. *Revista Española de Neuropsicología.* Vol. 1, N.º 1, pp. 67-94.

BRADBURY, J.D. (2016). “The unstated sources of Cristóbal Suárez de Figueroa’s Varias noticas importantes a la humana comunicación (1621)”. *Modern Languaje Review.* N.º 111, pp. 703-726.

BRANDA, C. (2005). “Espejos espejados, espejos cruzados: Maquiavelo y Erasmo en perspectiva comparada”. *Tems y debates.* N. º39, pp. 13-32.

BRAUN, H.E. (2013). “Juan de Mariana, la antropología política del agustinismo católico y la razón de Estado”. *El Criticón.* N.º 118, pp. 99-112.

BRAUN, H.E. (2018). “Habsbourg governance. The origins of Monarchy and Political Prudence in Juan de Mariana’s De rege”. *E-Spania: Revue électronique d’études hispaniques médiévales.* N.º. 31.

BURGOS LÁZARO, R., BURGOS FRÍAS, N., BLÁZQUEZ GONZÁLEZ, J.A., GILSANZ RODRÍGUEZ, F., TÉLLEZ DE PERALTA, G., RODRÍGUEZ MONTES, J.A. (2021). “Juan Valverde de Amusco en la medicina del renacimiento español”. *Anales Ranm.* N.º 138, Vol. 1 pp. 82-91.

BUZZI, A. E. (2016). “La circulación de la sangre a 400 años de su descubrimiento”. *Revista Argentina de Cardiología.* Volumen 84, N.º 6, pp. 595-600.

CABELLO PINO, M. (2012). “La corriente científico-filosófica de la enfermedad de amor en la Grecia Clásica: Hipócrates, Platón y Aristóteles”. *Anmal Electrónica.* N.º 33, pp. 29-43.

CALLE SAIZ, R. (1975). “La Hacienda pública en España. El pensamiento financiero español durante la época mercantilista: Luis Ortiz y Martín González de Cellorigo”. *Revista de economía política*. N.º 70, pp. 35-53.

CALLE SAIZ, R. (1976). “La Hacienda Pública en España (El pensamiento financiero español durante la época mercantilista: Fernández de Navarrete y Alcázar Arriaza). *Revista de economía política.* N. º72, pp.- 7-26.

CAMPOHERMOSO RODRÍGUEZ, O. F., SOLÍZ SOLÍZ, R.E., ZUÑIGA CUNO, W. (2016). “Galeno de Pérgamo príncipe de médicos”. *Cuadernos.* N.º 57: 84-93

CANTARINO SUÑER, E. (1996). “Tratadistas político-morales de los siglos XVI y XVII”. *El Basilisco.* N.º 21, pp. 4-7.

CANTARINO, E. (1988). “El concepto de razón de Estado en los tratadistas de los siglos XVI y XVII (Botero, Rivadeneira y Settala). *Res Publica: revista de filosofía política*. N.º 2, pp. 7-24.

CARDONA SUÁREZ, L.F. (2020). “Enfermedad y metáfora”. *Pensamiento,* Vol. 76, N.º. 288, pp. 89-111.

CARRASCO MARTÍNEZ, A. (1999). “Los grandes, el poder y la cultura política de la nobleza en el reinado de Carlos II”. *Studia historica. Historia Moderna.* N.º 20, pp. 77-136.

CARRASCO MARTÍNEZ, A. (2013). “Estoicismo: una ética para el noble de corte”. *Libros de la Corte.* N.º 6, pp. 171-173.

CARRASCO MARTÍNEZ, A. (2019). “El dispositivo del poder nobiliario-señorial en la Monarquía de los Austrias”. *E-Spania: Revue électronique d’études hispaniques médiévales.* N.º 34.

CARRASCO MARTÍNEZ, A. (2019). “Iñigo López de Mendoza, IV duque del Infantado. Un noble lector y escritor en su círculo humanista”. *Cuadernos de Historia Moderna.* Vol. 44. N.º 2, pp. 387-418.

CARRASCO MARTÍNEZ, A. (2021). “Fama y denigración póstumas de Justo Lipsio”. *Investigaciones Históricas. Época Moderna y Contemporánea.* N.º Extra 1, pp. 35-60.

CARRASCO MARTÍNEZ, A. (2021). “Una ética para la distinción. Los grandes y el estoicismo en los siglos XVI y XVII”. *Magallánica, Revista de Historia Moderna.* Vol. 7. N.º 14, pp. 44-66.

CARREÑO RIVERO, M. (1997). “Pobres vagabundas en el proyecto de reforma social de Cristóbal Pérez de Herrera”. *Revista Complutense de Educación.* Vol. 8. N.º 1, pp. 19-42.

CASCAJERO GARCÉS, J. (1997). “Assem teneas, assem valeas: el poder del dinero en la Paremiología latina”. *Paremia.* N. º6, pp. 163-168.

CASELLI, E. (2002). “La España de fines del siglo XVI en la mirada de un abogado de la Inquisición: Martín González de Cellorigo”. *Protohistoria.* Vol. 6, N.º 6, pp. 49-78.

CASTILLA URBANO, F. (2016). “Propuestas utópicas e insuficiencias políticas: Erasmo y el *Cuerpo Místico* de Cristo”. *Revista Española de Filosofía Medieval,* N.º 23, pp. 67-86.

CASTILLO FERNÁNDEZ, J. (2014). “Los Mármol, un linaje de origen converso al servicio de la Monarquía Española”. *Historia y Genealogía.* N.º 4, pp. 193-234.

CAVILLAC, M. (1999). “Mendigos y vagabundos en 1596-1597: La carta del Licenciado Francisco Valles a Cristóbal Pérez de Herrera”. *Bulletin hispanique.* Vol. 101. N.º 2, pp. 387-414.

CAVILLAC, M. (2002). “El Madrid utópico (1597-1600) de Cristóbal Pérez de Herrera. *Bulletin hispanique.* Vol. 104. N.º 2, pp. 627-644.

CEREDA, F. (1948). “El Conocimiento de las Naciones, obra probada de Antonio Pérez”. *Razón y Fe*, pp. 133-148.

CEREZO GALÁN, P. (2023). “Apología de Fernando el Católico, por Baltasar Gracián frente a Maquiavelo”. *Hitos. Anuario de Historia de la Filosofía Española.* N.º 2, pp. 12-28.

CID VÁZQUEZ, M.T. (2002). “El temor a Tácito en España: el documento anónimo Censura sobre los Anales e Historia de Tácito”. *Cuadernos del Pensamiento.* N.º 15, pp. 289-316.

CID VÁZQUEZ, M.T. (2012). “Soñar la paz, soñar Europa. Algunas claves del pensamiento saavedriano”. *Cuadernos de pensamiento.* N.º 25, pp. 239-284.

CID VÁZQUEZ, M.T. (2015) “De la razón a la pasión: locuras de Europa”. *El humanista.* N.º 31, pp. 293-310.

CID VÁZQUEZ, M.T. (2023). “Tácito, Saavedra, y la ‘Censura sobre los Anales de Tácito (Ms. 13086)’”. *Araucaria. Revista Iberoamericana de Filosofía, Política, Humanidades y Relaciones Internacionales.* N.º 54, pp. 343-363.

COELLO DE PORTUGAL, J.M. (2010). “La libertad religiosa de los antiguos y la libertad religiosa de los modernos”. *Revista de Derecho de la UNED.* N.º 7, pp. 169-197.

CONTRERAS AGUIRRE, S. (2009). “Sobre la naturaleza del derecho y el derecho por naturaleza. La política aristotélica ante la justicia natural.” *Pléyade.* N.º 4, pp. 19-35.

CORELLA, M. (2010). “Saavedra Fajardo y Velázquez: espejos de príncipes en la crisis de Westfalia”. *Res Publica: revista de filosofía política*. N.º 24, pp. 63-94.

COSTA, I. (2018). “La ficción en Platón”. *Síntesis: revista de Filosofía,* Vol. 1, N.º 2, pp. 12-30

CRIVELLANTO, E. & RIBATTI, D. (2006). “Mondino de Liuzzi and his Anathomia: A Milestone in the Development of Modern Anatomy”. *Clinical Anatomy,* N.º 19, pp. 581-587.

CRUZ MEDINA, J.P. (2019). “Entre la imagen de Dios y la imagen del rey. Evangelización y formación de cuerpo social en un pueblo de indios del nuevo reino de Granada. Siglos XVI-XVIII”. *Libros de la corte,* N.º. 17, pp. 33-51

CURZIO, L. (2004). “La forja de un concepto: la razón de Estado”. *Estudios políticos (México).* N. º2, pp. 27-71.

D’ASCIA, L. (1999). “Fabrique Furió Ceriol fra Erasmo e Machiavelli”. *Studi storici.* Vol. 40, N.º 2, pp. 551-584.

DAVID-PEYRE, Y. (1976). “La alegoría del cuerpo humano en la península Ibérica del Siglo de Oro”. *Asclepio,* N.º 28, pp. 243-254.

DE AYALA MARTÍNEZ, C. (2014). “La política eclesiástica de Alfonso X. El rey y sus obispos”. *Alcante: revista de estudios Alfonsies.* N.º 9, pp. 41-105.

DE GOICOCHEA ZABALA, J.L. (2003). “La glosa castellana al de *Regimine principum* (1280) de Egidio Romano. La reducción aristotélica”. *Saberes. Revista de estudios jurídicos, económicos y sociales*. Vol. 1, N. º12.

DE LA HIGUERA ESPÍN, F.J. (2013). “El Quijote y la melancolía”. *Arbor: ciencia, pensamiento y cultura.* N.º 760, pp. 1-11.

DE MICHELLI, A. (2003). “Miguel Servet y la circulación sanguínea pulmonar”. *Archivos de cardiología de México.* N.º 73, pp. 171-174.

DE NIGRIS, F. (2005). “Razón histórica de la Decadencia”. *Cuenta y Razón.* N.º 139, pp. 1-16.

DEL ÁGUILA, R. (2000). “Política, derecho y razón de Estado”. *Revista española de ciencia política.* N.º 3, pp. 11-29.

DEL RÍO PARRA, E. (2008). “Cartografías de la conciencia española en la edad de oro”. *Lexis.* Vol. 33, N.º 2, pp. 367-377.

DELGADO, R.F. (2004). “Filosofía política y teoría monetaria en el siglo XVII: El principio de soberanía y la teoría de inflación del Padre Mariana”. *La Ilustración liberal: revista española y americana.* N.º 21, pp. 175-201.

DÍEZ DE REVENGA TORRES, M.J. (1984). “Saavedra Fajardo, escritor moderno”. *Monteagudo: revista de literatura española, hispanoamericana y teoría de la literatura.* N.º 86, pp. 101-104.

DÍEZ DE REVENGA, F.J. (1969). “Dos sonetos de Saavedra Fajardo”. *Monteagudo: revista de literatura española, hispanoamericana y teoría de la literatura.* N.º 50, pp. 6-19.

DÍEZ DE REVENGA, F.J. (1981). “La difusión de la obra de Saavedra Fajardo”. *Monteagudo: revista de literatura española, hispanoamericana y teoría de la literatura.* N.º 72, pp. 51-54.

DÍEZ DE REVENGA, F.J. (1983). “Más sobre la República Literaria de Saavedra Fajardo”. *Monteagudo: revista de literatura española, hispanoamericana y teoría de la literatura.* N.º 81, pp. 49-53.

DÍEZ DE REVENGA, F.J. (1984). “Saavedra Fajardo en el Anfiteatro de Felipe el Grande”. *Monteagudo: revista de literatura española, hispanoamericana y teoría de la literatura.* N.º 86, pp. 69-74.

DÍEZ DE REVENGA, F.J. (2016). “Azorín, Saavedra Fajardo y la Gran Guerra (1914-1918)”. *Revista de historiografía.* N.º 24, pp. 109-124.

DÍEZ DE REVENGA, F.J. (2019). “Saavedra Fajardo: una valoración olvidada de su significación como clásico universal”. *Mvrgetana.* N.º 141, pp. 23-27.

DÍEZ DEL CORRAL, L. (1944). “De la razón a la pasión de Estado”. *Revista de estudios políticos.* N.º 15, pp. 15-16.

DOMÍNGUEZ MARTÍN, R. (2004). “Cuerpo y metáforas de género en la historia del pensamiento económico político”. *Empiria: Revista de Metodología de Ciencias Sociales,* N.º 4, pp. 85-110.

DOTTA, M. (2018). “Guy de Chauliac y el advenimiento de la cirugía moderna y el humanismo médico”. Alma Cultura y Medicina. Vol. 4, N.º 3, pp. 38-51

DOWLING, J.C. (1957). “Saavedra Fajardo, idealista y realista”. *Murgetana.* N.º 10, pp. 57-69.

DOWLING, J.C. (1979). “Saavedra Fajardo’s República Literaria: The bibliographical history of a little masterpiece”. (Part I). *Hispanofilia.* N.º. 67, pp. 7-38.

DOWLING, J.C. (1980). “Saavedra Fajardo’s República Literaria: The bibliographical history of a little masterpiece”. (Part II). *Hispanofilia.* N. 68, pp. 11-27.

DOWLING, J.C. (1980). “Saavedra Fajardo’s República Literaria: The bibliographical history of a little masterpiece”. (Part III). *Hispanofilia.* N.º 69, pp. 27-44.

DOWLING, J.C. (1984). “Saavedra Fajardo y Richelieu: la frustración de un designio maquiavélico”. *Monteagudo: revista de literatura española, hispanoamericana y teoría de la literatura.* N.º 86, pp. 21-27.

DUBET, A. (2003). “Los arbitristas entre el discurso y la acción política. Propuestas para un análisis de la negociación política”. *Tiempos modernos: Revista Electrónica de Historia Moderna.* Vol. 4, N.º 9, pp. 1-14

ECHANDI, M. (2013). “El concepto de ser humano en Nicolás Maquiavelo”. *Estudios.* N.º 26, pp. 329-351.

ECHEVARRÍA, F. J. (2018). “Miguel Servet, médico renacentista”. *Cuadernos del Marques de San Adrián: revista de humanidades.* N.º 10, pp. 119-140.

EGÍO, V. (2008). “El orden de la guerra en Saavedra Fajardo”. *Res Publica: revista de filosofía política.* N.º 19, pp. 327-337.

ESCOBAR GÓNIMA, C. (2006). “Willian Harvey: la circulación sanguínea y algunos de sus obstáculos epistemológicos”. *Latreia.* Vol. 19. N.º 2, pp. 199-205.

ESCRIBANO CABEZA, M. (2018). “Baltasar Gracián y los límites de la modernidad filosófica. Una lectura actual de El Criticón”. *Hipogrifo. Revista de literatura y cultura del Siglo de Oro.* Vol. 6. N.º 2, pp. 581-620.

ESTEVA DE SAGRERA, J. (2005). “La farmacia en el Quijote”. *Offarm: farmacia y sociedad.* Vol. 24, N.º 4, pp. 104-116.

ESTRADA, M. (2005). “El cuerpo de la nación en el siglo XVIII”. *Boletín de la Academia Chilena de la Historia.* Vol. 71, N.º 114, pp. 183-187.

FERNÁNDEZ ALBALADEJO, P. (2015). “Un cuerpo no tan muerto. Revisitando el escenario ibérico, 1680-1740”. *Magallánica, Revista de Historia Moderna.* Vol. 2, N. º3, pp. 1-7.

FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, Á. M. (2015). “Juan de Mariana. Trasmisión de las ideas de economía política de España hacia Inglaterra en el siglo XVII”. *Iberian Journal of the History of Economic Thought.* Vol. 2, N.º 2, pp. 32-59.

FERNÁNDEZ DE LA MORA, G. (1981). “El organicismo krausista”. *Revista de Estudios Políticos (Nueva Época).* N.º. 22, pp. 99-184.

FERNÁNDEZ DE LA MORA, G. (1991). “El organicismo de Althusio”. *Revista de Estudios Políticos (Nueva Época).* N.º 71, pp. 7-38.

FERNÁNDEZ DELGADO, R. (2018). “La pobreza en la literatura especular castellana del siglo XVII: Juan de Mariana y Saavedra Fajardo”. *Iberian Journal of the History of Economic Thought.* Vol. 5, N.º 1, pp. 29-43.

FERNÁNDEZ DELGALDO, R. (2014). “La emblemática y el pensamiento económico español de finales del siglo XVI y principios del XVII”. *Estudios de Economía aplicada.* Vol. 32. N.º 1, pp. 43-46.

FERNÁNDEZ DUEÑAS, A. (2004). “La vida en los ojos I: los ojos en la historia y en la mitología de las antiguas civilizaciones”. *Boletín de la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes.* Vol. 83, N.º 147, pp. 269-280.

FERNÁNDEZ GALLARDO, L. (2021). “El absolutismo pontificio del siglo XV en dos opúsculos de Rodrigo Sánchez de Arévalo”. *España Medieval.* N.º 44, pp. 373-395.

FERNÁNDEZ MOSQUERA, S. (2013). “Quevedo y el valimiento: del Discurso de las privanzas hasta Cómo ha de ser el privado.” *Bulletin of Spanish Studies.* Vol. 90. N.º 4-5, pp. 551-576.

FERNÁNDEZ RAMOS, J.C. (2012). “Hobbes, Gracián, y la razón de Estado”. *Intersticios,* Vol. 6, N.º 2, pp. 309-321.

FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, L.J. (2018) “La anatomía, de sus orígenes a la revolución anatómica en el Renacimiento. Juan Valverde de Amusco.” *Cuadernos del Marqués de San Adrián: revista de humanidades.* N.º 10, pp. 1-55.

FERNÁNDEZ-DIEGO, A. (2021). “La locura de Don Quijote. Un análisis filosófico desde la teoría de los cuatro humores”. *Vernacular: New Connections in Language, Literature, & Culture.* Vol. 6. N.º 1, art. 5.

FERRER, P.A. (2013). “El Somnium de Lipsio y la rebelión de los personajes del refranero en el Sueño de la muerte de Quevedo”. *Cuadernos de Filología Clásica. Estudios Latinos.* Vol. 33, N.º 1, pp. 105-125.

FLÓREZ, M.M.V. (2011). “Metáforas con las que se han nombrado, explicado y descrito las organizaciones”. *Poliantea,* Vol. 7, N.º 13, pp. 173-186.

FORTE, J.M. (2020). “Maquiavelo. Repúblicas y principados, antiguos y modernos”. *Daimon Revista Internacional de Filosofía.* N.º 80, pp. 49-61.

FORTEA PÉREZ, J.I. (1998). “Economía, arbitrismo y política en la Monarquía Hispánica a fines del siglo XVI”. *Manuscrits: Revista d’història moderna.* N.º 16, pp. 155-176.

FRAGA IRIBARNE, M. (1984). “Don Diego de Saavedra Fajardo, desde la perspectiva actual”. *Monteagudo: revista de literatura española, hispanoamericana y teoría de la literatura.* N.º 86, pp. 29-31.

FRAILE, P. (2010). “The construction of idea of the city in early modern Europe: Pérez de Herrera and Nicolas Delamare”. *Journal of Urban History.* Vol. 36. N.º 5, pp. 685-708.

FRENCH, R. (1985). “Berengario da Carpi and the use of comentary in anatomical teaching”. *The Medical Renaissance of the sixteenth century,* pp. 42-74

GAGLIARDI, D. (2010). “Fortuna y censura de Boccalini en España: una aproximación a la inédita Piedra del parangón político”. *Studia Aurea.* N.º 4, pp. 101-207.

GALENDE DÍAZ, J.C. (1994). “Un diplomático español en la Europa del siglo XVIII: Diego de Saavedra Fajardo y su clave criptográfica con Felipe IV”. *Murgetana.* N.º 89, pp. 55-62.

GAMBIN F. (2010). “De una extraña melancolía: beber y tomar oro en La Dorotea de Lope de Vega”. *Studia Aurea: Revista de Literatura Española y Teoría del Renacimiento y Siglo de Oro.* N.º 4, pp. 269-295.

GAMBRA, J.M. (1990). “La metáfora en Aristóteles”. *Anuario filosófico.* Vol. 23, N.º 2, pp. 51-68.

GARCÍA BALLESTER, L. (1996). “Alma y cuerpo, enfermedad del alma y enfermedad del cuerpo en el pensamiento de Galeno”. *Revista. Asociación Española de Neuropsiquiatría.* Vol. 16. N.º 60, pp. 705-735.

GARCÍA BALLESTER, Luis (1973): “Los orígenes del saber anatómico occidental: del Corpus Hippocraticum a la anatomía alejandrina”. *Medicina e historia*, N.º 25: 7-26.

GARCÍA DE CORTAZAR Y RUÍZ DE AGUIRRE, J.A. (2014). “Alfonso X y los poderes del reino”. *Alcanate: revista de estudios Alfonsies.* N.º 9, pp. 11-40.

GARCÍA DEL PASO, J. (1999). “La economía monetaria del Padre Juan de Mariana”. *Moneda y Crédito.* N.º 209, pp. 13-44.

GARCÍA GUAL, C. (1984). “Del melancólico como atrabiliario. Según las antiguas ideas griegas sobre la enfermedad de la melancolía”. *Faventina.* Vol. 6. N.º 1, pp. 41-50.

GARCÍA GUERRA, E.M. (1993). “Las mutaciones monetarias en el siglo XVII: Consideraciones en torno a su estudio”. *Cuadernos de Historia Moderna.* N.º 14, pp. 243-254.

GARCÍA LÓPEZ, D.J. (2016). “Fragmentos de la metáfora orgánica en el pensamiento político moderno”. *Pensamiento. Revista de investigación e información Filosófica.* Vol. 72, N.º 272, pp. 735-760.

GARCÍA LÓPEZ, D.J. (2016). “Metáfora orgánica y paradigma inmunitario en el pensamiento jurídico totalitario”. *Revista de Estudios Políticos,* N.º 172, pp. 109-136.

GARCÍA LÓPEZ, J. (1998). “Quevedo y Saavedra: dos contornos del seiscientos”. *La Perinola.* N.º 2, pp. 237-262.

GARCÍA LÓPEZ, J. (2002). "Los testimonios manuscritos de la segunda redacción de la República Literaria". *Boletín de la Real Academia Española.* Tom. 82, Cuaderno 285, pp. 79-111.

GARCÍA LÓPEZ, J. (2003). "Itinerario del héroe barroco: de Virgilio Malvezzi a Josep Romaguera". *Revista de lenguas y literatura catalana, gallega y vasca.* N.º 9, pp. 131-145.

GARCÍA LÓPEZ, J. (2008). "Diógenes el Cínico en la República Literaria". *Res Publica: revista de filosofía política.* N.º 19, pp. 41-50. 2.

GARCÍA MARÍN, J.M. (1998). "La doctrina de la soberanía del monarca (1250-1700)". *Fundamentos: Cuadernos monográficos de teoría del Estado, derecho público e historia constitucional.* N.º 1, pp. 21-86.

GARCÍA RODRÍGUEZ, I. (2008). "La teoría del derecho natural y Saavedra Fajardo". *Res Publica: revista de filosofía política.* N.º 19, pp. 123-134.

GARCÍA VALDÉS, M. (2003). "Ciencia y moral: Eliano desde Aristóteles y a la luz del estoicismo y la zoofilia moderna". *Emerita.* N.º 71, Vol. 1. Pág. 1-50.

GARCÍA ZAPATA, I.J. & LÓPEZ-GUADALUPE PALLARES, M.J. (2017). "El ceremonial en el Real Colegio de España: ritos y funciones en Memoria de la Monarquía Hispánica de los Austrias". *Potestas.* N. º 2, pp. 105-119.

GARCÍA-OLIVARES, A. (2013). "Cadena del Ser, Progreso y Darwinismo". *Revista Cuadrivio.* N.º 10.

GARCÍA-POSADA RODRÍGUEZ, C. (2021). "El cambio de autoridad en la Nueva filosofía de la naturaleza del hombre (1587), la plasmación literaria de un afán reformador". *Studia Aurea: Revista de Literatura Española y Teoría Literaria del Renacimiento y Siglo de Oro.* N.º 15, pp. 255-293.

GARCÍA-POSADA RODRÍGUEZ, C. (2021). "El espacio y el tiempo en la Nueva filosofía de la naturaleza del hombre (1587), de Oliva Sabuco o Miguel Sabuco". *Janus: estudios sobre el Siglo de Oro.* N.º 10, pp. 607-631.

GIL PUJOL, X. (2001). "Ciudadanía, patria y humanismo cívico en el Aragón foral: Juan Costa". *Manuscrits.* N.º 19, pp. 81-101.

GIL PUJOL, X. (2008). "Concepto y práctica de república en la España moderna. Las tradiciones castellana y catalano-aragonesa". *Estudis: Revista de Historia Moderna.* N.º 34, pp. 111-148.

GÓMEZ ORFANEL, G. (2008). "El secreto de Estado en Saavedra Fajardo". *Res Publica: revista de filosofía política*. N.º 19, pp. 177-188.

GÓMEZ PAZ, Á. (2011). "La moneda de vellón castellana en el reinado de Felipe IV". *Ad initio.* N.º Extra. Vol. 1, pp. 93-123.

GÓMEZ-CORNEJO AGUADO, O. (2018). "Los arbitristas agraristas de Castilla en el siglo XVII. Algunas perspectivas sobre el campesinado". *Iberian Journal of the History of Economic Thought.* Vol. 5, N. º1, pp. 17-27.

GONDRA REZOLA, J.M. (1994). "Juan Huarte de San Juan y las diferencias de inteligencia". *Anuario de psicología.* N. º60, pp. 13-34.

GÓNGORA-BIACHI, R.A. (2005). "La sangre en la historia de la humanidad". *Rev Biomed.* N.º 16, pp. 281-288.

GONZÁLEZ CAÑAL, R. (1987). "Tres escritos desconocidos de Don Diego Saavedra Fajardo". *Murgetana.* N.º 73, pp. 51-90.

GONZÁLEZ DE FAUVE, M. E. & DE FORTEZA, P. (2010). "Ciencia y prácticas. La imagen del médico perfecto en tres autores españoles (siglos XIV-XVII)". *Estudios de Historia de España.* N.º 12, pp. 227-243.

GONZÁLEZ DE LA FUENTE, D. (2002). "Felípicia, capital de la monarquía (propuestas de Pérez de Herrera para Madrid). *Espacio, Tiempo y Forma, Serie VII, Historia del Arte.* N. 15, pp. 27-47.

GONZÁLEZ DE SAN SEGUNDO, M.A. (1968). "Un precedente del estado asistencial (El amparo de la Milicia en la obra del doctor Cristóbal Pérez de Herrera." *Revista de Estudios Políticos (Nueva España).* N.º 49, pp. 243-257.

GONZÁLEZ DE ZARATE, J.M. (1982). "Los emblemas de Jacob Bruck inspiran a Saavedra Fajardo." *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología.* N.º 48, pp. 291-300.

GONZÁLEZ GARCÍA, J.M. (2008). “Saavedra Fajardo, en los múltiples espejos de la política barroca”. *Res Publica: revista de filosofía política.* N.º 19, pp. 13-40.

GONZÁLEZ GARCÍA, J.M. (2008). “Saavedra Fajardo, en los múltiples espejos de la política barroca”. *Res Publica: revista de filosofía política.* N.º 19, pp. 13-39.

GONZÁLEZ GARCÍA, T. (2009). “Balance político de Saavedra Fajardo”. *Empresas Políticas.* N.º 13, pp. 111-118.

GONZÁLEZ MARTÍN, F.J. (2008). Decadencia y pluralismo en el pensamiento de Saavedra Fajardo. La ruptura del siglo XVII”. *Res Publica: revista de filosofía política.* N.º 19, pp. 51-74.

GONZÁLEZ MORENO, M. (2015). “Del arbitrismo al mercantilismo”. *Extoikos.* N.º 16, pp. 58-60.

GOÑI GAZTAMBIDE, J. (1979). “El licenciado Pedro Fernández de Navarrete: su vida y sus obras (1564-1632)”. *Berceo.* N.º 97, pp. 27-48.

GRANDE YAÑEZ, M. (2008). “La relevancia de la disimulación en Saavedra Fajardo”. *Res Publica: revista de filosofía política.* N.º 19, pp. 189-199.

GREEN, O.H. (1965). “La dignidad real en la literatura del Siglo de Oro: Notículas de un estudioso”. *Revista de filología española.* Tomo 48, Fasc. 3-4, pp. 231-250.

GRIGORIADOU, T. (2006). “Francisco de la Reguera: un traductor más y único continuador de Luciano de Samósata en el Siglo de Oro”. *Cuadernos de Filología Clásica. Estudios Griegos e Indoeuropeos*. N. º16, pp. 181-193.

GRIGORIADOU, T. (2009). “El Carón de Erasmo traducido por Juan de Aguilar Villaquirán: edición y estudio de la única traducción áurea del coloquio Charon de Erasmo de Rotterdam”. *El Criticón.* N.º 106, pp. 147-159.

GUARDASOLE, A. (2000). “La médicine hellenistique et la pharmacologie: les remèdes “mains des dieux”. *Lalies,* N.º 21, pp. 97-112.

GUERRERO PINO, G. (2004). “El paso del geocentrismo al heliocentrismo”. *El Hombre y la Máquina.* N.º 22, pp. 98-110.

GUTIÉREZ DEL ÁNGEL, A. (2013). “Las metáforas del cuerpo ¿Más allá de la naturaleza…o con la naturaleza?”. *Revista del Colegio de San Luis,* N.º 35, pp. 258-286.

GUTIÉRREZ RODILLA, B.M. (2005). “La medicina, sus textos y sus lenguas en la España de Cervantes”. *Panacea: Revista de Medicina, Lenguaje y Traducción.* Vol. 6. N.º 21-22, pp. 299-306.

GUTIÉRREZ RODILLA, B.M. (2014). “El lenguaje de la medicina en español: cómo hemos llegado hasta aquí y qué futuro nos espera”. *Panacea. Revista de Medicina, Lenguaje y Traducción.* Vol. 14. N.º 39, pp. 86-94.

GUTIÉRREZ, A. (2004) “Traducción al español de De Humani Corporis Fabricia”. *Ars medica.* Vol. 1, pp. 96-10.

HERMOSA ANDÚJAR, A. (2008). “Maquiavelo en Saavedra Fajardo (Las sombras de la virtud)”. *Res Publica: revista de filosofía política.* N.º 19, pp. 201-208.

HERMOSA ANDÚJAR, A. (2010). “El concepto de política en Furió Ceriol”. *Quaderns d’Italià*. N.º 5, pp. 9-26.

HERMOSA ANDÚJAR, A. (2016). “El (proto) nacionalismo de Maquiavelo y Rousseau y sus repercusiones en la política”. *Co-herencia.* Vol. 13, N.º 24, pp. 61-83.

HERNÁN-PÉREZ AGUILERA, J. (2014). “La decadencia española del siglo XVII: la escuela austriaca de economía y la interpretación de la crisis”. *Procesos de Mercado: Revista Europea de Economía Política.* Vol. 11. N.º 2, pp. 13-49.

HERNÁNDEZ, V. E. (1989). “La propuesta tributaria de un impuesto único de Sancho de Moncada”. *Revista de Historia Económica.* N.º 7, pp. 29-42.

HERRERA GUILLÉN, R. (2008). “Política sublime (la recepción de Saavedra Fajardo en Sempere y Guarinos)”. *Res publica: revista de filosofía política.* N.º 19, pp. 405-418.

HOLZENTHAL, N. (2022). “Operación leyenda negra: la negación del pensamiento español en la raíz de la Filosofía moderna”. *Araucaria*. N.º 52, pp. 469-492.

HUERTA DE SOTO, J. (2013). “Juan de Mariana y los escolásticos españoles”. *Dentra médica. Revista de humanidades.* Vol. 12 N.º 1, pp. 32-45.

HUTCHINSON, S. (2001). “Arbitrating the national Oikos”. *Journal of Spanish Cultural Studies.* Vol. 2, N. º1, pp. 69-80.

IGLESIAS ORTEGA, A. (2000). “Pedro Fernández de Navarrete, un riojano en la catedral de Santiago”. *Berceo.* N.º 38, pp. 91-137.

KÖHLER, D. (2012). “El glosario de la versión castellana del De Proprietatibus Rerum: un acceso al léxico de una de las más importantes enciclopedias medievales y una significante contribución para la reconstrucción de las terminologías científicas medievales”. *Cuadernos del Instituto de Historia de la Lengua.* N.º 7, pp. 581-588.

KORNELL, M. (2000). “Illustrations from the Wellcome Library. Vesalius’s method of articulating the skeleton and a drawing in the collection of the Welcome Library” *Medical History.* N.º 44, pp. 97-110.

LAÍN ENTRALGO, P. (1948). “La anatomía de Vesalio”. *Archivos Iberoamericanos de Historia de la Medicina,* Vol. 3, N.º 1, pp. 85-147.

LASTRES, J.B. (1958). “El tercer centenario de William Harvey”. *Anales de la Facultad de Medicina.* Vol. 41. N.º 2, pp. 302-326.

LAVIÉ, C. (2005). “Ética y política en el estoicismo antiguo. Algunas reflexiones”. En: VVAA. *Jornadas Interescuelas.* Escuela de Historia de la Facultad de Humanidades y Artes. Universidad Nacional del Rosario. Departamento de Historia de la Facultad de Ciencias de la Educación. Universidad Nacional del Litoral.

LÓPEZ ARANGUREN, J.L. (1950). “Lectura política de Quevedo”. *Revista de estudios políticos.* N.º 49, pp. 164-168.

LÓPEZ BARJA DE QUIROGA, P. (2007). “El cuerpo político: la fábula de Menenio Agripa”. *Gerión,* Vol. Extra, pp. 243-253.

LÓPEZ CRUZ, P. (2011). “La fábula de Memenio Agripa (Liv., II, 32-33). *Nova teltus,* Vol. 29, N.º 2, pp. 117-128.

LÓPEZ DE LETONA, C. (2006). “La anatomía ocular durante el siglo XVIII”. *Arch Soc Esp Oftalmol.* N.º 81, pp. 621-622.

LÓPEZ LORENZO, C. (2023). “De la espagírica el voraz descaro”: claves poéticas en la polémica novatora (1694-1700)”. *Revista de Literatura.* N.º 169, pp. 83-111.

LÓPEZ MARTÍNEZ, M. P. & RUIZ IBÁÑEZ, J.J. (2022). “Los horizontes de una geografía imperial. Pensar las formas de expansión y vertebración política del mundo hispánico entre los siglos XV y XVII”. *Magallánica, Revista de Historia Moderna.* Vol. 9. N.º 17, pp. 178-206.

LÓPEZ MONDEJAR, L. (2017). “Shakespeare, Cervantes y la melancolía.” *Paradigma: revista universitaria de cultura.* N.º 20, pp. 87-90.

LÓPEZ POZA, S. (2006). “Los libros de emblemas y la imprenta”. *Lectura y signo.* N.º 1, pp. 177-199.

LÓPEZ POZA, S. (2008). “La política de Lipsio y las Empresas de Saavedra Fajardo”. *Res Publica: revista de filosofía política.* N.º 19, pp. 209-234.

LÓPEZ-MUÑOZ, ÁLAMO, C. & GARCÍA-GARCÍA, P. (2010). “La neurofisiología cartesiana: entre los espíritus animalis y el conarium”. *Archivos de Neurociencias.* Vol. 15, N.º 3.

MALDONADO DE GUEVARA, F. (1949). “Emblemática y política. La obra de Saavedra Fajardo”. *Revista de estudios políticos.* N.º 43, pp. 15-80.

MANZO, S. (2008). “Los usos políticos del cuerpo: los dos cuerpos del rey en la filosofía política de Francis Bacon”. *Kriterion: Revista de Filosofía.* N.º 9, pp. 177-199.

MARAVALL, J. A. (1956). “La idea de cuerpo místico en España antes de Erasmo”. *Boletín Informativo del Seminario de Derecho Político de la Universidad de Salamanca,* pp. 29-44.

MARAVALL, J.A. (1955). “La historia del pensamiento político, la ciencia política y la vitoria”. *Revista de estudios políticos.* N.º 84, pp. 25-66.

MARAVALL, J.A. (1971). “Moral de acomodación y carácter conflictivo de la libertad (notas sobre Saavedra Fajardo)”. *Cuadernos Hispanoamericanos.* N.º 2547-258, pp. 663-693.

MARCOS CARCEDO, J.A. (2020). “La estrategia del alma tripartita”. *Estudios Filosóficos,* Vol. 69, N.º 202, pp. 481-505.

MÁRQUEZ, J. (1941). “Un mercantilista español: Pedro Fernández de Navarrete”. *Investigación Económica.* Vol. 1, N.º 3, pp. 341-376.

MARTÍN AIZPURU, L. & SÁNCHEZ ROMO, R. (2014). “Léxico mineral en las versiones castellanas del De Proprietatibus Rerum”. *Interlingüistica,* pp. 133-145.

MARTÍN FERREIRA, A. I. (2019). “Las controvertidas Controversiae del médico humanista Francisco Vallés: Controversiarium medicarum et philosophicarum libri decem 1556-1590”. *Res pvblica literarvm.* Suplemento monográfico.

MARTÍNEZ BUSCH, J. (1991). “El pensamiento político-militar en el caso de España en Flandes”. *Revista de Marina.* N.º 4, pp. 344-350.

MARTÍNEZ OTERO, S. (2005). “El cuerpo político”. *Respublica Literarum,* Suplemento monográfico, pp. 1-8.

MARTÍNEZ PÉREZ, J.M.; MAURIZ TURRADO, I.; YUGUEROS PRIETO, N.; NICOLÁS ALONSO, S. & MARTÍNEZ RODRÍGUEZ, J.M (2019). “Las disecciones anatómicas en la Edad Media”. En GARCÍA GÓMEZ, J. & GARCÍA ALIA, L.A. (Coord.). *XXV Congreso Nacional y XVI Congreso Iberoamericana de Historia de la Veterinaria*, pp. 159-163

MARTÍNEZ, F.J. (2016). “Carne barroca: voluptuosidad, sumisión, sublimación”. *Daimon. Revista Internacional de Filosofía*. Suplemento 5, pp. 689-698.

MARTÍNEZ, M. (2004). “Algunos ejemplos de enantiósis en el Corpus Hippocraticum”. *Estudios griegos e indoeuropeos*. N.º14, pp. 111-134.

MASÍS IVERSON, K. (2014). “Virtud en La República de Platón y El Príncipe de Maquiavelo”. *Revista de humanidades.* Vol. 4, pp. 1-19.

MATEOS, J.B. (1992). “El censo como instrumento de crédito para la nobleza castellana en la Edad Moderna”. *Hispania.* Vol. 52, N.º 181, pp. 449-491.

MCNAMARA, M. (2007). “The (fifteen) signs before doomsday in irish tradition”. *Warszawskie Studia Teologiczne.* N.º 20, pp. 223-254.

MÉNDEZ, F.V. (2001). “El principado y la excepción (estudio sobre la concepción del principado nuevo en El Príncipe de Maquiavelo)”. *Revista de Derecho Público.* N.º. 63, pp. 22-38.

MERLE, A. (2014). “Algunas observaciones breves sobre los aforismos al Tácito español de Álamos de Barrientos”. *D’Humanitats.* Vol. 30, pp. 9-18.

MERLE, A. (2014). “El De rege de Juan de Mariana (1599) y la cuestión del tiranicidio: ¿un discurso de ruptura?”. *El Criticón.* N.º 120-121, pp. 89-102.

MICHEL CAVILLAC, M. (2002). “El Madrid utópico (1597-1600) de Cristóbal Pérez de Herrera”. *Bulletin Hispanique,* Vol. 104, N.º 2, pp. 627-644.

MÍNGUEZ, V. (2016). “Los dos cuerpos de Carlos II”. *Libros de Corte.* Monográfico 4, pp. 68-91.

MONTOYA MELGAR, A. (1988). “Trabajo, ocio y oficios en las Empresas Políticas de Saavedra Fajardo”. *Murgetana.* N.º 76, pp. 5-45.

MORENO EGEA, A. (2016). “El anatomista español que se atrevió a rectificar a Vesalio: Juan Valverde de Amusco”. *Int. J. Morphol.* Nº 34: pp. 1009-1016

MORENO RODRÍGUEZ, R.M. (2013). “Ética y medicina en la obra de Galeno”. *Dynamis.* N.º 33, pp. 441-460

MORÍN, A. (2019). “Lepra, muerte civil y exclusión de la comunidad en la Edad Media”. *Revista chilena de Estudios Medievales.* N.º 15, pp. 8-15.

MUÑOZ GARRIGÓS, J. (1984). “Modelos de adversación en Saavedra Fajardo”. *Monteagudo: revista de literatura española, hispanoamericana y teoría de la literatura.* N.º 86, pp. 75-82.

NAVARRO BONILLA, D. (2002). “De civitate librorum: apuntes para una historia de la cultura escrita en la República Literaria de Saavedra Fajardo (1612)”. *Bulletín hispanique.* Vol. 104, N.º 2, pp. 731-752.

NEGRERO DEL CERRO, F. (2002). “La hacienda y la conciencia. Las propuestas del confesor del Conde Duque para el saneamiento de las finanzas reales (1625)”. *Cuadernos de Historia Moderna.* Vol. 27, pp. 171-196.

NOGALES ESPERT, A. (2004). “Aproximación a la historia de las autopsias: Civilizaciones antiguas, Medicina Hipocrática. Escuela de Alejandría. Galeno”. *The electronic Journal of Autopsy*

NOGALES ESPERT, A. (2004). “Aproximación a la historia de las autopsias: Edad Media”. *The electronic Journal of Autopsy*

NOGALES ESPERT, A. (2004). “Aproximación a la historia de las autopsias: Época prevesaliana. Renacimiento. Vesalio”. *The electronic Journal of Autopsy*

NOGALES ESPERT, A. (2004). “Aproximación a la historia de las autopsias: Civilizaciones antiguas, Medicina Hipocrática. Escuela de Alejandría. Galeno”. *The electronic Journal of Autopsy*

NOGALES ESPERT, A. (2004). “Aproximación a la historia de las autopsias: Barroco, Ilustración y Romanticismo”. *The electronic Journal of Autopsy*

NOGUERA, J.J. (2007). “De ojos y miradas”. *Archivos de la Sociedad Española de Oftalmología.* Vol. 82, N.º 6, pp. 389-390.

NOLASCO QUIROZ, N. (2011). “Libertad y destino como reconocimiento de la moral en la filosofía política de Diego Saavedra Fajardo”. *Cuadernos de Filosofía Latinoamericana.* Vol. 32. N.º 105, pp. 89-105.

NUMAN, M.T. (2014). “Ibn Al Nafis: His Seminal Contributions to Cardiology”. *Pediatric Cardiology.* N.º. 35, pp. 1088-1090.

NUÑEZ, C. & BARRERA, L.P. (2017). “La metáfora como recurso epistémico en *El Príncipe* de Nicolás Maquiavelo”. *Revista de Filosofía UIS,* N.º 16, pp. 43-74.

NUTTON, V. (2015). “More vesalian second thoughts. The annotations to the institutiones anatomicae secundum Galeni sententiam, 1538”. *Gesnerus.* Vol. 72, N.º 1, pp. 94-116.

ÑAHUINCOPA ARANGO, A. (2014). “La inmortalidad del alma en Aristóteles según la escolástica barroca: Bañez, Toledo, Suárez”. *Cuadernos de Filosofía. Excerpta e dissertationibus in philosophia.* Vol. 24, pp. 95-197.

OLCINA CANTOS, J. (1996). “El clima: factor de diferenciación espacial. Divisiones regionales del mundo desde la Antigüedad al s. XVIII”. *Investigaciones geográficas.* N.º 15, pp. 79-98

OLID GUERRERO, E. (2015). “‘En servicio de su rey en la guerra justa’ la segunda parte del Quijote leída a través de las ideas de Nicolás Maquiavelo y Francisco Vitoria”. *eHumanista: Cervantes.* N.º 4, pp. 356-386.

ORTIZ PALANQUES, M. (2012). “El concepto de rey, reino y territorio en las Siete Partidas”. *Filosofía: revista del postgrado de Filosofía de la Universidad de los Andes*, N.º 23, pp. 137-164.

PARDO MOLERO, J.F. (2015). “Desdichados e imprudentes. Los moriscos y su expulsión en la memoria escrita del siglo XVII”. *Revista electrónica de Historia Moderna.* Vol. 8. N.º. 31.

PATIÑO LOIRA, J. (2020). “La deuda de un traductor. La poética de Aristóteles de Alonso Ordoñez (1624-1626)”. *Revista de Filología Española.* Vol. 1, N.º 100, pp. 215-243.

PELAEZ, M.J. & SÁNCHEZ-LAURO, S. (1983). “Aspectos médico-legales de las Partidas en relación con Castilla y Cataluña: reflexiones iuspenalistas”. *Boletín de la institución Fernán González.* N.º 201, pp. 201-393.

PERAITA HUERTA, C. (1994). “Arte del disimulo y paradoja: la crítica a Felipe III en ‘Grandes anales de Quince días’ de Quevedo”. En: VILLEGAS, J. (Coord.). *Actas del XI Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas.* Vol. 3, pp. 111-120.

PERAITA HUERTA, C. (1996). “En torno a la circunstancia histórica de la política de Dios I de Quevedo: ‘auiendo de tener lado’”. En: ARRELLANO AYUSO, I.; PINOLLOS SALVADOR, C.; VITSE F. & SERRALTA, F. (Coord.). *Studia aurea: actas del III Congreso de la AISO.* Toulouse. Vol. 3, pp. 389-398.

PÉREZ CAÑIZARES, P. (1997). “La tradición hipocrática en la España del siglo XVII: El libro de la peste de Luis de Mercado”. En: MAESTRE MAESTRE, J.M.; CHARLO BREA, L.; BAREA PASCUAL, J. & GIL FERNÁNDEZ, L. (Coord.). *Humanismo y pervivencia del mundo clásico: homenaje al profesor Gil.* Cádiz, pp. 161-168.

PÉREZ DE AYALA, J.L. (1991). "Estudio preliminar". En GÓNZALEZ DE CELLORIGO, M. *Memorial de la política necesaria y útil restauración a la república de España.* Antonj Bosch. Madrid.

PÉREZ GARCÍA, J.M. (2012). "La Europa de Andrés Laguna". *Anales de la Real Academia de Doctores de España.* Vol. 16. N.º 1, pp. 145-153.

PÉREZ GUTIÉRREZ, A. (2004). "Traducción al español del Prefacio de De Humani Corporis Fabrica". *Ars Medica. Revista de Humanidades.* Artículo Especial. Vol. 1, pp. 96-106.

PÉREZ VAQUERO, C. (2019). "In albis: la práctica de la vivisección". *Quadernos de criminología: revista de criminología y ciencias forenses.* N.º 47, pp. 16-20.

PERLADO ORTIZ DE PINEDO, P.A. (2017). "¿Prohibió la Iglesia la medicina?". *Anuario de Derecho Eclesiástico del Estado.* Vol. 33, pp. 175-213.

PIMENTEL, J. & MARCAIDA, J.R. (2008). "La ciencia moderna en la cultura del Barroco". *Revista de occidente*. N.º 328, pp. 136-151.

PINO CAMPOS, L.M. (2016). "Galeno, Sobre las facultades de los alimentos: Introducción, traducción, notas e índices de María Joana Zaragoza Gras, Ediciones Clásicas, Colección de autores griegos, Gal. 12, Madrid, 2015, 315 pp." *Fortunatae: Revista canaria de Filología, Cultura y Humanidades Clásicas.* Vol. 27, pp. 183-185.

PORTILLO VALDÉS, J.M (2006). "Cuerpo de nación, pueblo soberano la representación política de la crisis de la monarquía hispana". *Ayer*. N.º 61, pp. 47-76.

PRADES VILAR, M. (2017). "La reivindicación del catolicismo militante en el antimaquiavelismo ibérico del siglo XVI". El De nobilitate christiana (1542) de Jerónimo Osorio". *Rira.* Vol. 2, N.º 1, pp. 81-119.

PUIGDOMÉNECH FORCADA, H. (1976). "Maquiavelo, la monarquía y la Inquisición Española". *Boletín de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona.* N.º 36, pp. 203-2010.

PUJANTE, D. (2008). “La melancolía hispana, entre la enfermedad, el carácter nacional y la moda social”. *Revista Asociación Española de Neuropsicología.* Vol. 28. N.º 102, pp. 401-418.

RAMOS-GOROSTIZA, J.L. (2009). “El medio físico en el pensamiento agrario español: del arbitrismo al regeneracionismo”. *Historia agraria: revista de agricultura e historia rural.* N. º49, pp. 13-40.

REGANCHARY, S.; COLEN, C.; DASS, K. & GUTHIKONDA, M. (2009). “Development of anatomic science in the late middle ages: the roles played by Mondino de Liuzzi and Guido da Vigevano”. *Neurosurgery*, N.º 4, pp. 787-794

REJÓN ALTABLE, Carlos. (2016). “Vísceras, humores, alientos. Alma premoderna y subjetividad moderna”. *Revista de la Asociación Española de Neuropsiquiatría,* Vol. 36, N.º 310, pp. 479-497.

RESTREPO JAAMILLO, G. (1957). “Maquiavelo-Saavedra Fajardo”. *Revista institucional UPB.* Vol. 21, N.º 77, pp. 347-355.

RICO CANO, L. (2003). “La idea de educación y la figura del maestro en la obra Idea de un príncipe político cristiano, representada en cien empresas de Diego de Saavedra Fajardo”. *Boletín de Arte*. N.º 24, pp. 103-129.

RICO GIMÉNEZ, J. (1999). “Ilustración y Liberalismo en la obra de Juan Sempere y Guarinos (1754-1830)”. *Estudios Historia Moderna.* N. º19, pp. 241-259.

RIGBY, S. H. (2012). “The Body Politic in the Social and Political Thought of Christine de Pizan (Abridged Version). Part I”. En: *Reciprocity, Hierarchy and Political Authority. Cahiers de recherches médiévales et humanistes*. Journal of medieval and humanistic studies, N.º 24, pp. 461-483.

RIGBY, S. H. (2013).“The Body Politic in the Social and Political Thought of Christine de Pizan (Abridged Version). Part II”. En: *Social Inequality and Social Justice. Cahiers de recherches médiévales et humanistes*. Journal of medieval and humanistic studies, N.º 25, pp. 559-579.

RISCO, A. (1977). “El empirismo político de Fabrique Furió Ceriol”. *Cahiers du monde hispanique et luso-brésilien*. N.º 29, pp. 122-155.

RIVA, A., ORRU, B., PIRINO, A. & TESTA RIVA, F. (2001) "Iulius Casserius (1552-1616): The Self-Made Anatomist of Padua's Golde Age". *The anatomical record.* N.º 265, pp. 168-175.

RIVERA ARCE, M. (2015). "El cuerpo medieval entre la civilidad y la metáfora política. Dos tradiciones de estudios bajo un mismo autor: Jacques Le Goff. Una mirada a su contexto historiográfico". *Revista Historias del Orbis Terrarum*, N.º 15, pp. 26-40.

RIVERA GARCÍA, A. (2007). "Polifonía política medieval: orden, justicia y gobierno en algunos tratados castellanos." *Res Publica: revista de filosofía política.* N.º 18, pp. 83-105.

RODRÍGUEZ, J.M. & CAMPOS FERNÁNDEZ-FÍGARES, M. (2013). "Lecturas de un sueño. (Sobre la República Literaria de Saavedra Fajardo). *Revista de literatura*. N.º 150, pp. 439-461.

RODRÍGUEZ-AGUILERA DE PRAT, C. (1983). "La teoría del Estado en la España de los Austrias". *Revista de estudios políticos.* N.º 36, pp. 131-158.

RODRÍGUEZ-SALAZAR, L.M. (2018). "Galeno y Vesalius y la revolución científica en la circulación sanguínea: historia y epistemología para educación". *Angiología.* Vol. 70. N.º 5, pp. 202-204.

ROJO VEGA, A. (2014). "Antonio Pérez y el doctor portugués, de la cirugía de la peste". *Revista Española de Investigaciones Quirúrgicas.* Vol. 17. N.º 1, pp. 49-55.

ROMERO REVERÓN, Rafael (2013). "Rufus de Efeso (I d.C.), Médico y Anatomista greco-romano. *International Journal of Morphology*. Disponible online: *https://scielo.conicyt.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0717-95022013000400029*

ROMERO Y HUESCA, A., RAMÍREZ BOLLAS, J., LÓPEZ SCHIETEKAT, R., CUEVAS VELASCO, J., DE LA ORTA REMENTERÍA, F., TREJO GUZMAN, L.F., VORHAUER RAMÍREZ, S. GARCÍA NAVARRETE, S. I. (2011). "Galeno de Pérgamo: Pionero en la historia de la medicina que introduce los fundamentos científicos de la medicina". *Anales médicos.* N.º 56: 218-225.

ROMERO Y HUESCA, A., RAMÍREZ-BOLLAS, J., PONCE-LANDÍN, F.J. MORENO-ROJAS, J.C. & SOTO-MIRANDA, M.A. (2005). "La cátedra de cirugía y anatomía en el Renacimiento". *Cirugía y cirujanos.* Vol. 73, N.º 2, pp. 151-158.

ROSA DE GEA, B. (2005). "La Corona Gótica de Saavedra Fajardo". *Biblioteca digital Saavedra Fajardo del Pensamiento Político Hispánico.* Disponible online: https://www.academia.edu/30860906/La_Corona_G%C3%B3tica

ROSA DE GEA, B. (2006). "El príncipe y el tiempo: una lectura de Saavedra Fajardo al hilo del Barroco". *Analecta malacitana. Revista de la Sección de Filología de la Facultad de Filosofía y Letras.* N.º 29, Vol. 2, pp. 677-697.

ROSA DE GEA, B. (2007). "El mito de Hércules y Alfonso X el sabio en dos escritores barrocos: Saavedra Fajardo y Juan de Mariana". *Res Publica: revista de filosofía política.* N.º 17, pp. 187-200.N.º 17, pp. 187-200.N.º 17, pp. 187-200.

ROSA DE GEA, B. (2008). "Estelas de Saavedra Fajardo: su obra, sus lectores". *Res Publica: revista de filosofía política.* N.º 19, pp. 449-472.

RUBIO MORENO, L. M. (2012). "Pervivencia del sentido de espíritu en la lengua actual". *Avances en lexicografía hispánica.* Vol. 1, pp. 469-478.

RUCQUOI, A. (1992). "De los reyes que no son taumaturgos: los fundamentos de la realeza en España". *Relaciones.* Vol. 12. N.º 51, pp. 55-100.

RUIZ IBÁÑEZ, J.J. & VALLEJO CERVANTES, G. (2012) "Vivir 'sin dexar parte donde las cruzes españolas no hayan sido conocidas'. Don Diego de Villalobos y Benavidas en la administración imperial de la Monarquía Hispánica". *Historia Mexicana*, 2012, vol. 61, Nº 3, pp. 1109-1170.

RYAN, J.J. "Cardinal Humbert of Silva Candida and Auxillus: The 'Anonymous Adversary' of Liber I Adversus Simoniacos". *Medieval Studies,* N.º 13, pp. 218-223.

SÁEZ, A.J. (2014). "El ingenio de la diplomacia: Saavedra Fajardo, el conde de Rebolledo y los reyes del norte". *Studia Aurea.* N.º 8, pp. 91-110.

SÁEZ, A.J. (2014). "Más sobre Saavedra Fajardo en las luchas de papel del siglo XVII: LA Carta de un holandés. *Arte Nuevo. Revista de estudios áureos.* N.º 1, pp. 96-105.

SALAZAR BAENA, V. (2017). “El cuerpo del rey: poder y legitimación en la Monarquía Hispánica”. *Fronteras de la Historia.* Vol. 22. N.º 2, pp. 140-168.

SALINAS ARAYA, A. (2016). “Tradición e innovación en la medicina española del Renacimiento”. *Ars médica Revista de Ciencias médicas.* Volumen 30, N.º 14, pp. 14-53

SÁNCHEZ LLANEZ, I. (2011). “Álamos de Barrientos y el porqué de Flandes: necesidades políticas, vinculaciones afectivas”. *Ab Initio.* N. º4, pp. 49-65.

SÁNCHEZ MADRID, N. (2015). “Tácito en Lipsio: elogio de la constancia y relativización de los males públicos”. *Revista de Filosofía.* Vol. 6, N.º Especial *Tácito: el poder y su retratista,* pp. 51-70.

SÁNCHEZ MARTÍNEZ, R. (2009). “Homenaje a Saavedra Fajardo”. *3ª Época.* N.º 14, pp. 157-160.

SÁNCHEZ MORENO, J. (1954). “Estimación del arte en la obra de Saavedra Fajardo.” *Monteagudo: revista de literatura española, hispanoamericana y teoría de la literatura.* N.º 7, pp. 10-17.

SÁNCHEZ PÉREZ, A. (1984). “Diego Saavedra Fajardo: Las Empresas Políticas dentro de la tradición de los libros de emblemas”. *Monteagudo: revista de literatura española, hispanoamericana y teoría de la literatura.* N.º 86, pp. 55-61.

SÁNCHEZ SALOR, E. (2000). “La doctrina galénica de los humores y los tipos de ingenios en Huarte de San Juan”. *Excerta philologica.* N.º 2, pp. 405-428.

SANTOS LÓPEZ, M. (2006). “El pensamiento realista y liberal de Bartolomé Felippe, el fiel discípulo de Fabrique Furió”. *Cuadernos Constitucionales de la Cátedra Fabrique Furió Ceriol.* N.º 56, pp. 5-24.

SARALEGUI BENITO, M. (2017). “Más maquiaveliano que maquiavélico. La presencia de El príncipe, los Discursos sobre la primera década de Tito Livio y La vida de Castruccio Castracani en El político Don Fernando el Católico de Gracián”. *Revista de literatura.* Vol. 79, N.º 157, pp. 67-94.

SAUQUILLO, J. (2008). “Baltasar Álamos de Barrientos en la (pre) modernidad tacitista”. *Res Publica: revista de filosofía política.* N.º 19, pp. 235-262.

SEGOVIA VERDÚ, M. (1984). "Antimaquiavelismo y realidad política en Saavedra Fajardo". *Monteagudo: revista de literatura española, hispanoamericana y teoría de la literatura.* N.º 86, pp. 159-165.

SILVA ROSA, J.M. (2019). "'A glória dos reis é tomar a palabra'. Discurso, 'verdade' e poder no Rex Pacificus". *Revista portuguesa de Filosofía,* Vol. 75, N.º 3, pp.1575-1610.

SILVA, F.G.S.D. & COSTA, M. R. N. (2018). "A bula Unam Sanctam de Bonifacio VIII no contexto da disputa pelo poder político no final da idade média". *Argumentos,* Vol. 10, N.º 20, pp. 141-151.

SOL MORA, P. (2021). "Parte del ayre: el concepto del pneuma y el beso erótico". *El pez y la flecha. Revista de investigaciones literarias.* Vol. 2. N.º 2, pp. 53-68.

SPINI, G. (1942). "Uno scrito sconosciutto di Saavedra Fajardo". *Revista Hispania.* N.º 2, vol. 8, pp. 438-451.

STOLBERG, M. (2003). "A woman down to her bones. The Anatomy of Sexual Difference in the Sixteenth and Early Seventeenth Centuries". *The History of Sciencia Society.* Vol. 94. N.º 2, pp.274-299.

SUMILLERA R.F. (2020). "Political Medicine in Early Modern Spain, or How Physicians Counsel the King". *Sixteenth Century Journal.* Vol. 51. N.º 2, pp. 419-444.

TAYLOR, Q. (2006). "John of Salisbury, the Policraticus, and political thought". *Humanitas,* Vol. 19, N.º 1, pp. 133-157.

TIERNO GALVÁN, E. (1948). "El tacitismo en las doctrinas políticas del Siglo de Oro Español". *Anales de la Universidad de Murcia.* Servicio de Publicaciones de la Universidad de Murcia, Murcia.

TIERNO GALVÁN, E. (1948). "Saavedra Fajardo, teórico y ciudadano del Estado Barroco". *Revista española de derecho internacional.* Vol. 1, N.º 2/3, pp. 467-476.

TORRES SALINAS, G. (2019). "Imágenes del Sol en las Empresas Políticas de Saavedra Fajardo: una lectura barroca de la revolución heliocéntrica y el simbolismo solar neoplatónico*". eHumanista*. N.º 41, pp. 297- 318.

TREJO BARRIENTOS, A. (2016). “El loco amor como enfermedad mental. Los cuatro humores en el Arcipreste de Talavera o Corbacho, de Alfonso Martínez de Toledo”. *Acta poética.* Vol. 37. N.º 1, pp. 129-144.

UJALDÓN, E. (2008). “Arbitrismo y mercantilismo en la España de Saavedra Fajardo”. *Res Publica: revista de filosofía política.* N.º 19, pp. 299-312.

ULLASTRES CALVO, A. (1944). “La teoría de la mutación monetaria del Padre Mariana”. *Anales de Economía.* Vol. 4, pp. 283-289.

UREÑA BRACERO, J. (2001). “Alciato y el poder de la palabra: poesía, retórica y jeroglíficos”. *Anuario de estudios filológicos.* Vol. 24, pp. 437-452.

URÍ MARTÍN, M. (1998). “Crisis y arbitrismo. Quevedo y el pensamiento económico español del Siglo de Oro”. *La Perinola: Revista de investigación quevediana.* N.º 2, pp. 263-302.

VAQUERO PUERTA C., CENIZO, N., DEL RÍO, L. BRIZUELA, J.A. & SAN NORBERTO, E. “Luis de Mercado (Ludovicus Mercatus). Excepcional médico del Renacimiento”. *Revista Iberoamericana de Cirugía Vascular.* Vol. 6. N.º 2, pp. 78-85.

VARO ZAFRA, J. (2015). “Grupo de tacitistas españoles del siglo XVI”. *Revista Signa.* N.º 24, pp. 537-556.

VÁZQUEZ, D. (2010). “Metáfora y analogía en Aristóteles: Su distinción y uso en la ciencia y la filosofía”. *Tópicos (México).* N.º 38, pp. 85-116.

VEIGA FRADE, F. & NEVES SILVA, S. (2011). “Medicina e política em dois físicos judeus portugueses de Hamburgo”. *Sefarad: Revista de Estudios Hebraicos y Sefardíes.* Vol. 71. N.º 1, pp. 51-94.

VENTURELLI, G. (2018). “La triple natividad. Una lectura de los sermones juveniles de Nicolás de Cusa”. *La torre del Virrey. Revista de estudios culturales.*

VERDÚ VICENTE, F.T. (2004). “Corazón e historia. Miguel Servet, un precursor”. *Medicina naturista.* N. º6, pp. 269-278.

VERGARA-CIORDIA, J. (2019). “Agustinismo político y los espejos de príncipes”. *Anuario de Historia de la Iglesia.* N.º 28, pp. 221-247. N.º 23, pp. 1-24.

VICENTE PEDRAZ, M. (2003) “La representación del cuerpo en la corte imaginada de Alfonso X El Sabio. Educación corporal y legitimación de la excelencia en la Segunda Partida”. *Apunts. Educación Física y deportes,* Vol. 3, N.º 73, pp. 6-18.

VICENTE PEDRAZ, M. (2013). “Cuerpo y sociedad en el Libro de *anathomía del hombre,* de Bernardino Montaña de Monserrate: el sueño político de un anatomista”. *Historia, Ciências, Saúde-Manguinhos, Rió de Janeiro,* Vol. 20, supl., pp. 1121-1135.

VICENTE PEDRAZ, M. (2013). “El cuerpo como metáfora política en la literatura castellana medieval”. *Studium: Revista de Humanidades,* N.º 19, pp. 31-45.

VICENTE PEDRAZ, M. (2016). “El cuerpo de la República. La metáfora organicista en tres discursos médicos del siglo de oro español”. *Brocar,* N.º 40, pp. 43-62.

VICENTE PEDRAZ, M. (2018). “Cuerpo y política en la república original (1587) de Jerónimo de Merola (a propósito de un caso de la metáfora organicista en el Siglo de Oro Español). *Andamios,* Vol. 15, N.º 36, pp. 239-263.

VILLACAÑAS, J. L. (2008). “Estudio”. En: FARJADO SAAVEDRA, D. *Corona Gótica.* Tres Fronteras. Murcia.

VILLALBA ÁLVAREZ, J. (2004). “La presencia de Tácito en los Grandes anales de quince días, de Francisco de Quevedo. Una visión tacítea de España”. *Norba. Revista de Historia.* Vol. 17, pp. 205-223.

VILLANUEVA, J. (1997). “El reformismo de González de Cellorigo y sus fuentes: Maquiavelo y Bodin”. *Hispania.* Vol. 57, N.º 195, pp. 63-92.

VILLANUEVA, J. (1998). “La influencia de Maquiavelo en las Empresas políticas de Diego de Saavedra Fajardo”. *Studia Historica: Historia Moderna.* N.º 19, pp. 169-196.

VILLEGAS CONTRERAS, A. (2013). “Sobre el antropomorfismo político en la *República* de Platón”. *Andamios,* Vol. 10, N. º21, pp. 257-277.

VILLEGAS DE LA TORRE, E.M. (2021). “Erudición y lucro en la República literaria barroca: a propósito de María Zayas”. *El Criticón.* N.º 143, pp. 157-175.

VILLEGAS TAVERA, H. (2020). “Tradición, crueldad y principado civil: Maquiavelo contra ‘los escritores’”. *Pleyade.* N.º26, pp. 167-190.

VINIEGRA-VELÁQUEZ, L. (2008). “La historia cultural de la enfermedad”. *Ric Historia y Medicina.* Vol. 60. N,º 6, pp. 527-544.

YAÑEZ, M.G. (2010). “Quevedo, Saavedra Fajardo, Antonio Pérez y otros. El arte de gobernar. Antología de textos filosóficos políticos. Siglos XVI-XVII”. *Pensamiento. Revista de investigación e información filosófica.* Vol. 66, N.º 248.

ZALAQUETT, R. (2016). “400 años del descubrimiento de la sangre. Harvey y la Filantropía”. *Revista chilena de cardiología.* Vol. 35. N.º 2, pp. 188-195.

ZAPPALA, M. (1982). “Luciano Español”. *Nueva Revista de Filología Hispánica.* Vol. 21, N.º 1, pp. 25-43.

ZUCHEL, L. & KRUPECKA, I. (2017). “Desde la retórica a la interculturalidad. Algunas reflexiones desde las aportaciones de Bartolomé de las Casas”. *Pensamiento.* Vol. 73. N.º 278, pp. 1151-1171.

19.2.Capítulos de libro y congresos

ABELLÁN, J.L. (2014). “El concepto de prudencia en Justus Lipsius: entre la tradición y el maquiavelismo”. En: BADILLO O FARREL, P. & PASTOR PÉREZ, M.A. (Coord.). *Tácito y tacitismo en España.* Anthropos, Barcelona, pp. 195-218.

ACHIM, M. (2011). “La autopsia de fray García Guerra: metáforas corporales en el México del siglo XVII”. En: RUBIAL GARCIA, A. & BIEÑKO DE PERALTA, D. (Eds.). *Cuerpo y religión en el México barroco,* Instituto Nacional de Antropología e Historia, pp. 63-86.

ALAVEDRA I REGÁS, J. (2013). “Ciencia y utopía en el Siglo de Oro y su relación con las Empresas Políticas de Saavedra Fajardo”. En: VVAA. *Pictavia aurea: actas del IX Congreso de la Asociación Internacional Siglo de Oro*. Poitiers, pp. 11-15.

ÁLVAREZ BARRIENTOS, J. (1996). “Sobre la edición de 1788 de la República Literaria de Diego de Saavedra Fajardo”. En: CHECA BELTRÁN, J. & ÁLVAREZ BARRIENTOS, J. (Coord.). *El siglo que llaman ilustrado: homenaje a Francisco Aguilar Piñal.* Consejos Superior de Investigaciones Científicas, pp. 55-62.

ÁNTÓN MARTÍNEZ, B. (1993). “El humanista flamenco J. Lipsio y la receptio del tacitismo en España”. En: MAESTRE MAESTRE, J. & PASCUAL BAREA, J. (Coord.). *Humanismo y pervivencia del mundo clásico. Actas del I Simposio sobre humanismo y pervivencia del mundo clásico.* Cádiz, pp. 237-249.

ANTÓN MARTÍNEZ, B. (2003). “Ecos del "Consejo y consejeros del príncipe" de F. Furió Ceriol en el tratado "De rege et regis institutione" de Juan de Mariana”. En: GRAU I CODINA, F. (Coord.). *La Universitat de Valencia i l'Humanisme: Studia Humanitatis i renovació cultural a Europa i al Nou Món*, pp. 327-340.

ANTÓN MARTÍNEZ, B. (2004). “Justo Lipsio, el Index Librorvm prohibitorvm y el emblema LXXI. Temperandvm privs quam pvniendvm de J. de Solórzano”. En: LÓPEZ POZA, S. (edit.). *Florilegio de estudios de Emblemática: actas del VI Congreso Internacional de Emblemática de The Society for Emblem Studies.* Pp. 137-148

ARANDA PÉREZ, F.J. (2012). “Rey y República. Orígenes y conceptualizaciones del príncipe en la tratadística española (siglos XVI-XVII). En: JIMÉNEZ ESTRELLA, A. & LOZANO NAVARRO, J.J. (Coord.). *Actas de la XI Reunión Científica de la Fundación Española de Historia Moderna.* Vol. 1, pp. 11-20.

BARONA, VILAR, J.L. (1993). “El escorial y las nuevas corrientes de medicina renacentista”. En: CAMPOS, F.J. & DE SEVILLA, F. (Coord.). *La ciencia en el Monasterio de El Escorial: actas del Simposium.* Real Centro Universitario Escorial-María Cristina. Madrid, pp. 155-188

BELMONTE, M.A. (2010). “La recepción de la prudencia política aristotélica en la síntesis de Santo Tomás”. En: ROCHE ARNAS, P. (coord.). *El pensamiento político en la Edad Media,* Fundación Ramón Areces, Madrid, pp. 275-286

BENIGNO, F. (2023). “El ministro-favorito: un modelo de gobierno en la Europa del siglo XVII”. En: PEREYRA, O.V., SARMIENTO, J. HERREROS CLARET DE LANGAVANT, B. & CASTRO REDONDO, R. (Dir.). *Historia del Mundo Ibérico: del Antiguo Régimen a las Independencias.* Vol. 4, pp. 41-58.

BERMUDEZ VÁZQUEZ, M. (2010). “Escepticismo y medicina: la Opera Medica de Francisco Sánchez”. En: ROCHE ARNAS, P. (coord.). *El pensamiento político en la Edad Media,* Fundación Ramón Areces, Madrid, pp. 297-308.

BLANCO, M. (1996). “Propaganda y visión política en la Locuras de Europa de Saavedra Fajardo”. En: DUCHHARDT, H. & STROSETZKY, C. (Eds.). *La cultura y la política de España en la primera mitad del siglo XVII.* Böhlau Verlag, *Köln.*

BLECUA PERDICES, L.A. (1992). “Las dos versiones de la república literaria”. En: RICO MANRIQUE, F. (Coord.). *Historia y crítica de la literatura española.* Critica, Madrid, pp. 514-519.

BOADAS CABARROCAS, S. (2008). “Metodología de las fuentes. Francesc Tarafa en la Corona Gótica de Diego de Saavedra Fajardo”. *Actas del VIII Congreso de la Asociación Internacional del Siglo de Oro.* Santiago de Compostela, pp. 81-88.

BOADAS CABARROCAS, S. (2012). “Saavedra Fajardo y la Revolución Astronómica del siglo XVII”. En: BOADAS, S., CHÁVEZ, F.E. & GARCÍA VICENS, D. (Coord.). *La tinta en la clepsidra. Fuentes, historia y tradición en la literatura hispánica.* Promociones y Publicaciones Universitarias. Gerona, pp. 61-70.

BOGLIOLO, E. (1995). “Alle origini del mito di Fernando il Cattolico, ‘principe virtuoso’”. En: CONTINISIO, C. & MOZZARELLI, C. (Coords.). *Repubblica e Virtù. Pensiero político e Monarchia Cattolica fra XVI e XVII secolo.* Bulzoni Editore, Roma, pp. 13-28.

BOLAÑOS, M. (2018). “Vértigos del cuerpo, ficciones del arte”. En: BOLAÑOS ATIENZA, M. (Coord.). *La invención del cuerpo.* Museo Nacional de Escultura. Valladolid.

BORRELLI, G. (1995). “Il modelo conservativo della Monarchia Cattolica: la costruzione dell’obbedienza in Botero, Bozio e Charron”. En: CONTINISIO, C. & MOZZARELLI, C. (Coord.). *Repubblica e Virtù. Pensiero político e Monarchia Cattolica fra XVI e XVII secolo.* Bulzoni Editore, Roma, pp. 483-496.

BRAUN, H.E. (2013). “Juan de Mariana en las encrucijadas de la moral política”. En: IDOYA ZORROZA, M. (Ed.). *Virtudes políticas en el Siglo de Oro.* Ediciones Universidad de Navarra, Pamplona.

BUONFIGLIO, Y. (2011). “Cuerpo, poder y buenas costumbres. Apuntes para comprender el lugar del cuerpo en el clasicismo”. En: ANTONOLLI, M. FOBBIO L., BUONFIGLIO, Y. & COLOMBETTI F. (Coord.). *Subjetividad, sensibilidad y poder en*

perspectiva histórica. Apuntes críticos sobre el siglo XVII francés. Introducción a la literatura. Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba, pp. 9-25.

CAMPBELL, Y. (2010). "El duque de Viseo y las Políticas de Justo Lipsio". *Nuevos caminos del hispanismo. Actas del XVI Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas.* Vol. 2, pp. 58-65.

CAMPBELL, Y. (2010). "El Duque de Viseo y las políticas de Justo Lipsio". En: CIVIL, P. & CRÈMOUX, F. (Coord.). *Nuevos caminos del hispanismo: actas del XVI Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas.* Paris, Vol. 2, pp. 58-65.

CANTARINO SUÑER, E. (1998). "Política e historia: soluciones casuísticas para tiempos de moral equívoca (siglos XVI y XVII)". En: CASABAN MOYA, E. & FERRANDO ISANJUÀN, F. (Coord.). *XIIè Congrés Valencià de Filosofia*, Alcoi, pp. 285-297.

CANTARINO SUÑER, E. (2008). "Introducción a Introducciones a la política y a Razón de Estado del Rey Católico Don Fernando". En: SAAVEDRA FAJARDO, D. *Rariora et minora.* Tres Fronteras, Murcia, pp. 145-153.

CARRASCO MARTÍNEZ, A. (1998). "Herencia y virtud. Interpretaciones e imágenes de lo nobiliario en la segunda mitad del siglo XVI". En: RIBOT GARCIA, L.A. (Coord.). *Las sociedades ibéricas y el mar a finales del siglo XVI.* Sociedad Estatal Lisboa. Lisboa, pp. 231-371.

CARRASCO MARTÍNEZ, A. (2017). "Hacer anatomía del poder en la Monarquía de España: una nobleza y diversos reinos". En: CARRASCO, A. (ed.). *La nobleza y los reinos. Anatomía del poder en la Monarquía de España (siglos XVI-XVII).* Iberoamericana. Madrid, pp. 117-225.

CARRASCO MARTÍNEZ, A. (2017). "Razón de uno mismo. El individuo ante la primacia de la política, 1580-1650". En: CARRASCO, A. (ed.). *La nobleza y los reinos. Anatomía del poder en la Monarquía de España (siglos XVI-XVII).* Iberoamericana. Madrid, pp. 117-225.

CARRASCO MARTÍNEZ, A. (2019). "Cultura (y) política desde la Historia. Perspectivas y lecturas contemporáneas". En: CARRASCO MARTÍNEZ, A. (ed.). *Cultura política, políticas de la cultura.* Ediciones Universidad de Valladolid, Valladolid.

CASTILLA URBANO, F. (2010). “La idea del cuerpo místico en Alonso de Cartagena”. En: ROCHE ARNAS, P. (coord.). *El pensamiento político en la Edad Media,* Fundación Ramón Areces, Madrid, pp. 355-368.

CENTENERA SÁNCHEZ-SECO, F. (2017). “La cuestión del tiranicidio y los reyes franceses del momento”. En: RIVERA DE ROSALES CHACÓN, J., GÓMEZ DIEZ, J., MONAR GARCÍA, I., POZO FAJARNÉS, J.L., RODRÍGUEZ ORTEGA, J. BRAUN, H.E. VILLACAÑAS BERLANGA. *La actualidad del padre Juan de Mariana.* Editorial UFV, Madrid.

CID VÁZQUEZ, M.T. (2014). “Maquiavelo en el tacitismo político español”. En: PEÑA GONZÁLEZ, J. & SÁCHEZ GARRIDO, P. (Coord.). *España maquiaveliana. La fortuna de El Príncipe en el barroco político español.* CEU EDICIONES, Madrid.

COHEN, S. (2022). “Paz y guerra en el arte de gobernar: el caso de Giovanni Botero y Saavedra Fajardo”. En: FINE, R. GOLDBERG, F. & HASSON, O. (Coord.). *Mundos del hispanismo: Una cartografía para el siglo XXI.* Iberoamericana, Madrid.

COLOMBETTI, F. (2011). “El Rey nunca muere. Apuntes sobe Los dos cuerpos del rey: un estudio de teología política medieval, de E. Kantorowicz”. En: ANTONOLLI, M. FOBBIO L., BUONFIGLIO, Y. & COLOMBETTI F. (Coord.). *Subjetividad, sensibilidad y poder en perspectiva histórica. Apuntes críticos sobre el siglo XVII francés. Introducción a la literatura.* Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba, pp. 9-25.

COLOMER, J.L. (1995). “‘Explicar los grandes hechos de vuestra magestad’. Virgilio Malvezzi historien de Philippe IV”. CONTINISIO, C. & MOZZARELLI, C. (Coord.). *Repubblica e Virtù. Pensiero político e Monarchia Cattolica fra XVI e XVII secolo.* Bulzoni Editore, Roma, pp. 45-76.

CRESPO ALEDO, J.A. (2018). “La enfermedad como metáfora moral en un mundo en decadencia. Análisis terminológico del discurso médico renacentista en la tratadística política del Barroco.” En: MARTÍNEZ ALCALDE, M., YAGO SORIANO, S. & RUIZ IBÑEZ, J.J. (Eds.). *El siglo de la Inmaculada.* Editum, Murcia.

DAVID-PEYRE, Y. (1977). “La alegría del cuerpo humano en el prólogo al Memorial de Cristóbal Pérez de Herrera (1610)”. En: LÓPEZ, F, PÉREZ, J & CHEVALIER, M. (Coord.). *Actas del Quinto Congreso Internacional de Hispanistas.* Universidad de Burdeos, pp. 311-317.

DEL RÍO BARREDO, M.J. (1998). "Felipe II y la configuración del sistema ceremonial de la monarquía católica". En: MARTÍNEZ MILLÁN, J. (Dir.). *Felipe II (1527-1598): Europa y la monarquía católica: Congreso Internacional Felipe II (1598-1998), Europa dividida, la monarquía católica de Felipe II.* Universidad Autónoma de Madrid. Vol. 1, pp. 677-704.

DÍEZ DE REVENGA, F. J. (2008). "Introducción biográfica y crítica". En: SAAVEDRA FAJARDO, D. *República Literaria.* Academia Alfonso X el Sabio, Murcia.

DÍEZ DE REVENGA, F.J. (1977). "Saavedra Fajardo". *Cuadernos bibliográficos.* Real Academia Alfonso X el Sabio, Murcia.

DÍEZ DE REVENGA, F.J. (1988). "Introducción". En: SAAVEDRA FAJARDO, D. *Empresas Políticas.* Planeta, Barcelona.

DÍEZ GARCÍA, B. (2012). "El cuerpo del poder: tacitismo y metáfora corporal en la obra de Suárez de Figueroa". En: BARAIBAR, Á. & INSÚA, M (Coord.). *El universo simbólico del poder en el siglo de oro.* Instituto de Estudios Auriseculares (IDEA)/Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra. Nueva York/Pamplona, pp. 77-86.

DOMÍNGUEZ ORTIZ, A. (2000). "Juros y censos en la Castilla del seiscientos: una sociedad de rentistas". BERNAL RODRÍGUEZ, A. (Coord.). *Dinero, moneda y crédito en la Monarquía Hispánica: actas del Simposio Internacional.* Madrid, pp. 789-806.

FERNÁNDEZ ALBALADEJO, P. (1991). "Impero de por sí: la reformulación del poder universal en la temprana Edad Moderna". En: PASTOR DE TOGNERI, R. (Ed.). *Estructuras y formas de poder en la historia.* Ediciones Universidad de Salamanca, Salamanca, pp. 143-156.

FERNÁNDEZ ALBALADEJO, P. (1993). "Rey Católico: gestación y metamorfosis de un título". En: RIBOT GARCIA, L., CARRASCO MARTINEZ, A. & ÃDAO DA FONSECA, L. (Coord.). *El Tratado de Tordesillas y su época.* Junta de Castilla y León, pp. 209-216.

FERNÁNDEZ ALBALADEJO, P. (1995). "'Rey católico': gestación y metamorfosis de un título". En: CONTINISIO, C. & MOZZARELLI, C. (Coord.).

Repubblica e Virtù. Pensiero político e Monarchia Cattolica fra XVI e XVII secolo. Bulzoni Editore, Roma, pp. 109-120.

FERNÁNDEZ ALBALADEJO, P. (1995). "La representación política del Antiguo Régimen". En: ARTOLA GALLEGO, M. & PÉREZ LEDESMA, M. (Coord.) *El Senado en la historia.* Dirección de Estudios y Documentación, Departamento de publicaciones, Secretaría general del Senado, p. 51.

FERNÁNDEZ SEBATIÁN, J. (2015). "Metáforas para la historia y una historia para las metáforas". En: GODICHEAU, F. & SÁNCHEZ LEÓN, P. (Eds.). *Palabras que atan. Metáforas y conceptos del vincula social en la historia moderna y contemporánea.* Fondo de Cultura Económica, Madrid, pp. 33-62.

FERNÁNDEZ TORRES, L. (2015). "Metáforas del vínculo social en el umbral de la modernidad tardía". En: GODICHEAU, F. & SÁNCHEZ LEÓN, P. (Eds.). *Palabras que atan. Metáforas y conceptos del vincula social en la historia moderna y contemporánea.* Fondo de Cultura Económica, Madrid, pp. 149-180.

FORTE, J.M. & LÓPEZ ÁLVAREZ, P. (2008). *Maquiavelismo y antimaquiavelismo en la cultura española de los siglos XVI y XVII.* Biblioteca Nueva, Madrid.

FRAJESE, V. (1995). "Cultura machiavelliana e profezia messianica nella riflessione política di Tommasso Campanella. Dalla congiura all'interdetto". En: CONTINISIO, C. & MOZZARELLI, C. (Coords.). *Repubblica e Virtù. Pensiero político e Monarchia Cattolica fra XVI e XVII secolo.* Bulzoni Editore, Roma, pp. 179-206.

FUMAROLI, M. (2005). "La mélancolie et ses remédes: la reconquête du sourire dans la France classique". En: CLAIR, J. (Coord.). *Mélancolie, génie et folie en Occident.* Paris, pp. 210-224.

GALVÁN DESVAUX, D. (2023). "Entre la amistad y el aprendizaje político. Discursos y prácticas gubernativas durante el desarrollo del valimiento del duque de Uceda (1598-1618)". En: GONZÁLEZ MEZQUITA, M.L. & CARRASCO MARTÍNEZ, A. (Eds.). *Pensar la monarquía y gobernarla. Cultura política en la Monarquía de España. Teorías y prácticas.* La Plata: Universidad Nacional de la Plata, La Plata, pp. 161-204.

GAMBIN, F. (2004). “La melancolía en El Criticón: manjar de los discretos hacía la Isla de la Inmortalidad”. En: NEUMEISTER, S. (Coord.). *Baltasar Gracián: antropología y estética. Actas del II Coloquio Internacional sobre Baltasar Gracián: antropología y estética en la primera modernidad*. Berlín, pp.191-212.

GARCÍA DE DIEGO, V. (1956). “Prólogo”. En: SAAVEDRA FAJARDO, D. *República Literaria.* Espasa-Calpe, Madrid.

GARCÍA GUAL, C. (1983). “Introducción general”. En: *Tratados Hipocráticos.* Biblioteca Clásica, Madrid.

GARCÍA GUERRA, E.M. (2006). “Entre la teoría y la práctica: el pensamiento arbitrista castellano durante la Edad Moderna en Castilla.”. En: VVAA. *Actas de las V Jornadas Científicas sobre documentación de Castilla e Indias en el siglo XVII.* Universidad complutense de Madrid, Madrid, pp. 183-205.

GARCÍA LÓPEZ, J. (2006). “La República Literaria: una obra para dos culturas”. En: SAAVEDRA FAJARDO, D. *República Literaria.* Critica, Barcelona.

GARCÍA LÓPEZ, J. (2008). “La Biblia en la prosa culta del siglo XVII”. En: DEL OLMO, G. (Coord.). *La Biblia en la literatura española.* Trotta. Madrid, pp. 265-288.

GELIS, J. (2005). “El cuerpo, la Iglesia y lo sagrado”. En: CORBIN, A., COURTINE, J. & VIGARRELLO, G. (Eds.). *Historia del Cuerpo. Volumen 1: del Renacimiento al Siglo de las Luces.* Taurus, Madrid, pp. 27-111.

GENTILLI, L. (2011). “Saavedra Fajardo y las artes de los validos”. En: BONILLA, CEREZO, R. (Coord.). *Del Sacro Imperio al Hechizado. Los libros de los siglos XVI y XVII en el Real Círculo de la Amistad.* El olivo azul. Madrid, pp. 86-91

GIL FERNÁNDEZ, L.; GÓMEZ CANSECO, L.; SÁNCHEZ MOLERO. J.L; MESTRE SANCHIS, A. & PÉREZ GARCÍA, P. (2004). *La cultura española en la Edad Moderna.* ISTMO, Madrid.

GIL PUJOL, X. (1997). “Visión europea de la Monarquía española como Monarquía compuesta, siglos XVI y XVII”. En: RUSSEL, C. (Coord.). *Las monarquías del Antiguo Régimen, ¿monarquías compuestas?* Editorial Complutense. Madrid, pp. 65-95.

GIL PUJOL, X. (2002). “Republican Politics in Early Modern Spain: The Castilian and Catalano-Aragonese Traditions”. En: VAN GELDEREN, M. & SKINNER, Q. (Eds.). *Republicanism A Shared European Heritage. Vol. II: The Values of Republicanism in Early Modern Europe.* Cambridge University Press, Cambridge, pp. 263-288.

GIL PUJOL, X. (2004). “Felipe IV y la crisis de la Monarquía Hispánica. Pérdida de hegemonía y conservación (1643-1665)”. En: FLORISTÁN, A. (Coord.). *Historia de España en la Edad Moderna.* Ariel, Barcelona.

GIL PUJOL, X. (2004). “Las fuerzas del Rey. La generación que leyó a Botero”. En: RUIZ IBÁÑEZ, J.J., RIZZO, M. & SABATINI, G. (Coord.). *Le forze del principe: recursos, instrumentos y límites en la práctica del poder soberano en los territorios de la Monarquía Hispánica.* Universidad de Murcia, Murcia, pp. 969-1022.

GIL PUJOL, X. (2012). “Integrar un mundo: dinámicas de agregación y de cohesión en la Monarquía de España”. En: MAZIN, O. & RUIZ IBÁÑEZ, J.J. (Eds.). *Las Indias Occidentales: procesos de incorporación territorial a las monarquías ibéricas (siglos XVI a XVIII).* Red columnaria. Ciudad de México: El Colegio de México, pp. 69-97.

GIL PUJOL, X. (2017). “De diademas y circunferencias, de provincias y periferias”. En: ARRIETA, J., GIL, X. & Morales, J. (Eds.). *La diadema del rey. Vizcaya, Navarra, Aragón y Cerdeña en la Monarquía de España (siglos XVI-XVIII).* Universidad del País Vasco, Bilbao, pp. 17-52.

GIL PUJOL, X. (2022). “Imperio, Monarquía, universalidad. España y el mundo ibérico, desde mediados del siglo XV a inicios del XVII”. En: SANZ AYÁN, C. (Ed.). *El valor de la historia.* Dynkinson, Madrid.

GIMARET, A. (2018). “Resistencias de lo secreto: la representación del cuerpo atomizado y sus límites (siglos XVI-XVII)”. En: BOLAÑOS ATIENZA, M. (Coord.). *La invención del cuerpo.* Museo Nacional de Escultura, Valladolid, pp. 72-87.

GÓMEZ URDÁÑEZ, J.L. (1998). “La teoría económica del arbitrismo”. En: VVAA. *Arte y saber. La cultura en tiempos de Felipe III y Felipe IV.* Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, pp. 117-130, Madrid.

GONZÁLEZ DE LEÓN, F. (2014). “Imaginación y destino: el neoestoicismo de Saavedra Fajardo”. En: DE LA FUENTE BALLESTEROS, R., PÉREZ MAGALLÓN, J. & ESTÉVEZ, F. (Eds.). *La tragedia de vivir: dolor y mal en la literatura hispánica.* Verdelís. Valladolid, pp. 143-153.

GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, R. (2000). “Los godos y la teoría en el Barroco español. Diego Saavedra Fajardo y la Corona Gótica”. En: VVAA. *Historia y humanismo: homenaje al profesor Pedro Rojas Ferrer.* Pp. 137-158.

GONZÁLEZ MANJARRES, M.A. (2018). “La melancolía natural y lo sobrenatural en la medicina medieval y renacentista”. En: CARDOSO, A. & PROENÇA, N.M, (Coord.). *Dor, sofrimento e saúde mental na arquipatologia de Filipe Montalto.* Edições Húmus, Ribeirão.

GONZÁLEZ MÉZQUITA, M.L. & CARRASCO MARTÍNEZ, A. (2023). “Cultura política: del discurso a las prácticas en la Monarquía de España del siglo XVII”. En: GONZÁLEZ MEZQUITA, M.L. & CARRASCO MARTÍNEZ, A. (Eds.). *Pensar la monarquía y gobernarla. Cultura política en la Monarquía de España. Teorías y prácticas.* La Plata: Universidad Nacional de la Plata, La Plata, pp. 15-26

GONZÁLEZ PALENCIA, A. (1946). “Estudio preliminar”. En: SAAVEDRA FAJARDO, D. *Obras completas.* Aguilar, Madrid.

GREER, M.R. (2006). “Los dos cuerpos del rey en Calderón: El nuevo palacio del retiro y El mayor encanto, amor”. En: GARCÍA LORENZO, L. (Coord.) *El teatro clásico a través de sus monarcas.* Fundamentos, Madrid, pp.181, 202.

GUIDOTTI, G. (1997) ““De la razón de Estado de Iuan Botero en nuestra lengua Castellana de Italiano". Antonio de Herrera.”. En: MARTIN-GAITERO, R. & VEGA CERNUDA, M.A. (Eds.). *La palabra vertida: investigaciones en torno a la traducción : actas de los VI Encuentros Complutenses en torno a la Traducción.* Pp. 589-594.

GUTIÉREZ NIETO, J.I. (1986). “El pensamiento económico, político y social de los arbitristas”. En: JOVER ZAMORA, J.M. (ed.). *Historia de España Menéndez Pidal, El siglo del Quijote (1580-1680): Religión, filosofía, ciencia.* Vol. XXVI. Espasa Calpe, Madrid, pp. 235-354.

HERMOSÍN BONO, M.A. (1996). “Introducción, traducción y notas”. En: VVAA. *Tratados hipocráticos.* Alianza Editorial, Madrid.

HERNÁNDEZ, B. & CHAULET, R. (2009). "Declinación, reformación y arbitrismo en época de los grandes validos, 1598-1643". En: BENNASSAR, B. *L'Espagne des Validos, 1598-1643,* pp. 9-20.

HERRERO DE JÁUREGUI, M. (2008). "La recepción de la Política de Aristóteles en la España del Renacimiento". En: ARANDA PÉREZ, F.J. & DAMIÃO RODRIGUES (Eds.). *De Re Publica Hispaniae. Una vindicación de la cultura política en los reinos ibéricos en la primera modernidad.* Madrid, Sílex. pp. 221-227

IÑURRITEGUI RODRÍGUEZ, J.M. (1995). "Antonio de Herrera y Tordesillas: historia y discurso político en Monarquía Católica". En: CONTINISIO, C. &

JIMÉNEZ SÁNCHEZ-ESCARICHE, E. & ALONSO MIGUEL, A. (2008). *Introducción.* En: ARISTOTELES. *Partes de los animales. Marcha de los animales. Movimiento de los animales*. Editorial Gredos, Madrid.

KAMEN, H. (1985). "El siglo XVII, ¿época de decadencia?". En: KAMEN, H. *La España del siglo XVII.* Información y revistas, Madrid.

LANDI, S. (2015). "Para purgar los ánimos de aquellos pueblos. Metáforas del vínculo político y religioso en Maquiavelo". En: GODICHEAU, F. & SÁNCHEZ LEÓN, P. (Eds.). *Palabras que atan. Metáforas y conceptos del vincula social en la historia moderna y contemporánea.* Fondo de Cultura Económica, Madrid, pp. 75-100.

LE GOFF, J. (1992). "¿La cabeza o el corazón?": el uso político de las metáforas corporales durante la Edad Media. En: FEHER, M.; NADDAF, R.; TAZI, N. *Fragmentos para una Historia del cuerpo humano.* Taurus, Madrid, pp. 12-27.

LÉRTORA MENDOZA, C. (2010). "Maquiavelo: razón de Estado y realismo político". En: ROCHE ARNAS, P. (coord.). *El pensamiento político en la Edad Media,* Fundación Ramón Areces, Madrid, pp. 495-506.

LISÓN TOLOSANA, C. (1998). "Anatomía de una generación". *Papeles y memorias de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas.* Ministerio de justicia, pp. 395-410

LÓPEZ ARANDIA, M.A. (2008). "Médicos del alma regia. Confesores reales en la España de los Austrias (siglo XVII)". En: FERNÁNDEZ GARCÍA, J. (Coord.)

Homenaje de la Universidad a D. José Melgares Raya. Servicios de publicaciones de la Universidad de Jaén, pp. 235-292.

LÓPEZ FEREZ, J.A. (2016). "Sobre los ejercicios físicos y otras recomendaciones dietéticas en el tratado Vergel de Sanidad del médico renacentista Luis Lobera de Ávila (¿1480? - ¿1551?)". En: LÓPEZ, R. & ÁLVAREZ DE PALACIO, E. (Eds.). *Humanistas españoles.* Ediciones Clásicas, Madrid.

LÓPEZ POZA S. (1999). *Introducción.* En: SAAVEDRA FAJARDO, D. (1999). *Empresas Políticas.* Catedra, Barcelona.

LÓPEZ POZA, S. (1999). "La erudición en las Empresas de Saavedra Fajardo". En: STROSETZKI, C. (Coord.). *Actas del V Congreso Internacional de la Asociación Internacional Siglo de Oro.* Münster, pp. 813-885.

LÓPEZ POZA, S. (2000). "Variantes en las portadas y en las picturae de las dos versiones de las Empresas políticas de Saavedra Fajardo". En: MINGUEZ, V. (ed.) *Del libro de emblemas a la ciudad simbólica. Actas del III Simposio Internacional de Emblemática Hispáncia.* Universidad Jaume I, Castellón, pp. 621-646.

LÓPEZ SALVÁ, M. (2010). "Introducción". En. GALENO (2010). *Del uso de las partes.* Editorial Gredos, Madrid.

MADRESSI, R. (2005). "Disecciones y anatomía". En: VIGARELLO, G. (Coord.). *Historia del cuerpo.* Taurus historia, Madrid.

MAÑAS, M. (2013). "Estudio, traducción y notas". En: VON NETESHEIM, E.C.A. *De incertitudine et vanitate scientiarum declamatio invectiva.* Servicio de publicaciones de la Universidad de Extremadura.

MARAVALL, J.A. (1975). "Maquiavelo y maquiavelismo en España". En: MARAVALL, J.A. & IGLESIAS CANO, M.C. *Estudios de Historia del pensamiento español. Siglo XVIII.* Mondadori, Milán.

MARTÍNEZ MILÁN, J.M. (2016). "La Corte del Barroco. Cambios culturales y de comportamiento". En: REY HAZAS, A. (Coord.). *La Corte del Barroco: Textos literarios, avisos, manuales de corte, etiqueta y oratoria.* Ediciones Polifemo. Madrid, pp. 7-26.

MÍNGUEZ, V. (1994). “Los emblemas solares, la imagen del príncipe y los programas astrológicos en el arte efimero”. En: VVAA *Actas del I Simposio Internacional de Emblemática.* Diputación Provincial de Teruel. Instituto de Estudios Turolenses, Teruel.

MIRANDA, M. (2015). “‘La pérdida de sustancia y el daño de perderse o disminuirse la República’: algunas consideraciones sobre el arbitrismo y razón de Estado en Castilla a finales del siglo XVI”. En: IGLESIAS RODRÍGUEZ, J.J., PÉREZ GARCÍA, R.M. & FERNÁNDEZ CHAVEZ, M.F. (Eds.). *Comercio y cultura en la Edad Moderna*. Editorial Universidad de Sevilla, Sevilla, pp. 1181-1193.

MOZZARELLI, C. (Coords.). *Repubblica e Virtù. Pensiero político e Monarchia Cattolica fra XVI e XVII secolo.* Bulzoni Editore, Roma, pp. 121-139.

MUÑOZ GALLARTE, I. (2011). “La traducción de Bernardino de Mendoza a Los seys libros de las políticas o doctrina civil de Iusto Lipsio y la tradición griega: Plutarco”. En: BONILLA R. (Coord.). *Del Sacro Imperio Hechizado: libros de los siglos XVI y XVII en el Real Círculo de la Amistad: catálogo de la exposición.* Real Círculo de la Amistad, Liceo Artístico y Literario.

NEUMEISTER, S. (1996). “Decadencia y modernidad de la Emblemática: Diego de Saavedra Fajardo, Idea de un Príncipe Político Cristiano…”. En: LÓPEZ POZA, S. (Coord.). *Literatura emblemática hispánica: Actas del I Simposio Internacional (La Coruña, 14-17 de septiembre, 1994).* Universidad de La Coruña, La Coruña.

NIETO SORIA, J.M. (2012). “Estudio preliminar”. En: KANTOROWICZ, E. H. *Los dos cuerpos del rey. Un estudio de teología política medieval.* Akal, Madrid.

OCHOA BRUN, M.A. (2005). “Los embajadores de Felipe IV”. En: ÁLCALÁ ZAMORA Y QUEIPO DE LLANO, J. (Coord.). *Felipe IV: el hombre y el reinado.* Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, pp. 199-234.

ONCINA, F. (2021). “Las metáforas de Reinhart Koselleck”. En: FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, J. & ONCINA COVES (Eds.). *Metafóricas espacio-temporales para la historia. Enfoques teóricos e historiográficos.* Pre-textos, Valencia, pp. 25-52.

PALLARES, B. (1991). “Melancolía, alegría y congoja. (Contribución al estudio de la melancolía en la obra de Tirso de Molina)”. En: PEIRA, P., JAURALDE, P.,

SÁNCHEZ LOBATO, J. & URRUTIA, J. (Eds.). *Homenaje a Alonso Zamora Vicente.* Castalia, Madrid, pp. 265-287.

PALLARES, B. (2002). "La melancolía como enfermedad en la obra de Tirso de Molina. (Contribución a su estudio)". En: DOLFI, L. & GALAR, E. (Eds.). *Tirso de Molina: textos e intertextos. Actas del Congreso Internacional Organizado por el GRIPSO y la Universidad de Parma.* Instituto de Estudios Tirsianos, Pamplona, pp. 125-178.

PERAITA, C. (1993). "En torno a la circunstancia histórica de la Política de Dios I de Quevedo: '…auiendo de tener lado'". *Studia aurea: actas del III Congreso de la AISO.* Toulouse. Vol. 3, pp. 389-398.

PÉREZ, J. (1999). "Una visión humanista de Europa a mediados del siglo XVI: el Discurso sobre Europa del doctor Laguna". En: GARCÍA HOURCADE, J.L. & MORENO YUSTE, J.M. (Coord.). *Andrés Laguna. Humanismo y política en la Europa renacentista.* Junta de Castilla y León, Consejería de Educación y Cultura, Segovia, pp. 51-60.

PETEGHME, P.P.J.L.V. (1989). "Pecunia nervus belli (estado moderno, guerra y economía dineraria)". En: PELÉZ, M.J. (Coord.). *Estudis de dret romà i d'història del dret comparat en homenatge a Ramon d'Abada i de Vinyals pel seu centenari.* PPU. Barcelona, pp. 225-258.

PICHT, B. (2021). "Época y metáfora". En: FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, J. & ONCINA COVES (Eds.). *Metafóricas espacio-temporales para la historia. Enfoques teóricos e historiográficos.* Pre-textos, Valencia, pp. 121-136.

RAÑA DAFONTE, C. (2010). "De membris conspirantibus. Razón y rebelión en el siglo XIII". En: ROCHE ARNAS, P. (Edit.). *El pensamiento político en la Edad Media,* Fundación Ramón Areces, Madrid, pp. 619-630.

RAUSELLL GUILLOT, H. (2009) "Cultura y espiritualidad en el Renacimiento y Barroco". En: HERMOSILLA PLA, J. (Coord.). *La ciudad de Valencia: historia, geografía y arte de la ciudad de Valencia.* Universidad de Valencia, Valencia.

REDONDO, A. (1992). “La métaphore du corps de la république à travers le traité du médecin Jerónimo Merola (1587)”. En: REDONDO, A. (Edit.). *Le corps comme métaphore dans.* Presses de la Sorbonne Nouvelle, París, pp. 41-54.

REDONDO, A. (2000). “El discurso sobre Europa del doctor Laguna (Colonia, 1543), entre amargura y esperanza”. En: MARTÍNEZ MILLÁN, J. (ed.). *Carlos V y la quiebra del humanismo político en Europa* (1530-1558). Congreso Internacional, Madrid 3-6 de julio de 2000. Vol. 3, pp. 261-276.

REDONDO, A. (2001). “El discurso sobre Europa del doctor Laguna (Colonia, 1543). Entre la amargura y la esperanza”. En: BRAVO LOZANO, J. (Coord.). *Carlos V y la quiebra del humanismo político en Europa (1530-1558).* Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V, Madrid.

RIELLO, J. (2018) “Como de la sal en las viandas. Arte y anatomía en los origines de la Modernidad”. En: BOLAÑOS ATIENZA, M. (Coord.). *La invención del cuerpo, desnudos, anatomía, pasiones.* Museo Nacional de Escultura, Valladolid, pp. 16-37.

RIERA PALMERO, J.R. (2001). “Andrés Laguna y el galenismo renacentista”. En: GARCÍA HOURCADA, J.L. (ed.). *Andrés Laguna. Humanismo, ciencia y política en la Europa renacentista*. *Congreso Internacional*. Segovia, 22-26 de noviembre de 1999, pp. 161-178

RODRÍGUEZ DE LA FLOR, F. (2008). “Las esferas del poder: emblemática y nueva ética cortesana entre 1599 y 1610”. En: ARANDA PÉREZ, F.J. & DAMIÃO RODRIGUES (Eds.). *De Re Publica Hispaniae. Una vindicación de la cultura política en los reinos ibéricos en la primera modernidad.* Madrid, Sílex, pp. 321-344.

ROSA DE GEA, B. (2008). “Introducción a Debilidades de la Monarquía de España”. En: SAAVEDRA FAJARDO, D. *Rariora et minora.* Tres fronteras, Murcia, pp. 111-116.

RUBIO CARRACEDO, J. (2007). “Ciudadanos y príncipes. El concepto de ciudadanía activa en Juan de Mariana”. En: RUBIO CARRACEDO, J.; SALMERÓN, A.M. & TOSCANO MÉNDEZ, M. (Coord.). *Ética, ciudadanía y democracia.* Contrastes, Madrid.

RUIZ MARTÍN, F. (1970). "La banca en España hasta 1782". En: VVAA. *El banco de España. Una historia económica.* Banco de España, Madrid, pp. 13-15.

SABATINI, G. (2008). "Roma, Nápoles, Venecia, Milán: la etapa italiana de Saavedra Fajardo en el gran teatro de la diplomacia barroca (1610-1633)". En: RUIZ IBÁÑEZ, J.J. (Coord.). *Pensar Europa en el Siglo de Hierro: actas del Seminario Internacional 'El mundo en tiempos de Saavedra Fajardo'".* Murcia, pp. 41-74.

SANTAMARÍA HERNÁNDEZ, M.T. (2010). "El carmen de Quadruplici Medicorum Vultu del Dialogus de Re Medica de Pedro Jimeno (1549)". En: LUQUE MORENO, J., RINCÓN GONZÁLEZ, M.D. & VELAZQUEZ, I. (Coord.). *Dvlces camenae: poética y poesías latinas*. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Granada, Granada, pp. 1033-1045.

SARALEGUI, M. (2015). "IV. De la colmena al cuerpo: evolución de las metáforas del vínculo social en Hobbes". En: GODICHEAU, F. & SÁNCHEZ LEÓN, P. (Eds.). *Palabras que atan. Metáforas y conceptos del vínculo social en la historia moderna y contemporánea*. Fondo de cultura económica, Madrid, pp. 101-128.

SCAVINO, D. (2015). "La metafísica y la metáfora del lazo social". En: GODICHEAU, F. & SÁNCHEZ LEÓN, P. (Eds.). *Palabras que atan. Metáforas y conceptos del vincula social en la historia moderna y contemporánea.* Fondo de Cultura Económica, Madrid, pp. 129-148.

SCHMIEDER, F. (2021). "Las metáforas de la historia y su historia. Una confrontación con Reinhart Koselleck". En: FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, J. & ONCINA COVES (Eds.). *Metafóricas espacio-temporales para la historia. Enfoques teóricos e historiográficos.* Pre-textos, Valencia, pp. 95-120.

STOICHITA, V (2018). "Pennello/Salpello". En: BOLAÑOS ATIENZA, M. (Coord.). *La invención del cuerpo, desnudos, anatomía, pasiones*. Museo Nacional de Escultura, Valladolid, pp. 34-55.

STROSETZKI, C. (2005). "La filosofía política, el tacitismo español y Calderón". En: TIETZ M. & ARNSCHEIDT, G. (Coord.). *Calderón y el pensamiento ideológico cultural de su época: XIV Coloquio Anglogermano sobre Calderón*. Heidelberg, pp. 533-549.

TORRES AIMÚ, J. (2022). “Las tácticas de defensa de Miguel Servet frente a la ortodoxia, un estudio de historia del esoterismo occidental (España-Francia, siglo XVI)”. En VVAA: *Segundo Congreso Internacional de Ciencias Humanas “Actualidad de lo clásico y saberes en disputa de cara a la sociedad digital.* Escuela de Humanidades. Universidad Nacional de San Martín, Buenos Aires.

VARA MARTÍN, J. (2010). “En los orígenes del pensamiento político moderno: *De monarchia,* de Dante”. En: ROCHE ARNAS, P. (coord.). *El pensamiento político en la Edad Media*, Fundación Ramón Areces, Madrid, pp. 697-708.

VENEGAS, I. (2015). “Vinculo social, poder y revolución. Nueva Granada de la monarquía a la república, 1780-1816”. En: GODICHEAU, F. & SÁNCHEZ LEÓN, P. (Eds.). *Palabras que atan. Metáforas y conceptos del vincula social en la historia moderna y contemporánea.* Fondo de Cultura Económica, Madrid, pp. 181-210.

VIGARELLO, G. (2005). “El cuerpo del rey”. En CORBIN, A., COURTINE, J. & VIGARRELLO, G. (Eds.). *Historia del Cuerpo. Volumen 1: del Renacimiento al Siglo de las Luces.* Taurus, Madrid, pp. 373-394.

VIVAR, F. (2011). “Verdad y política en las Empresas de Saavedra Fajardo”. En: AZAUSTRE GALIANA, A. & FERNÁNDEZ MONSQUERA, S. (Coord.). *Actas del VIII Congreso de la Asociación Internacional del Siglo de Oro*. Santiago de Compostela. Pp. 525-532.

19.3.Monografías, ensayos y tesis doctorales

ABAD GONZÁLEZ, J.M. (2015). *Imago Mundi. Las percepciones del Reino de Murcia del Barroco a la Ilustración*. Universidad de Murcia, Murcia.

ABELLÁN, J.L. (1988). *Historia crítica del pensamiento español: del Barroco a la Ilustración.* Espasa-Calpe, Madrid.

ALDEA VAQUERO, Q. (1987). *España y Europa en el siglo XVII. Correspondencia de Saavedra Fajardo.* Volumen I. Consejos Superior de Investigaciones Científicas. Real Academia de la Historia, Madrid.

ALDEA VAQUERO, Q. (1987). *España y Europa en el siglo XVII. Correspondencia de Saavedra Fajardo.* Volumen II. Consejos Superior de Investigaciones Científicas. Real Academia de la Historia, Madrid.

ALFARO GINER, Carmen (2005). *La civilización helenística,* en: FERNÁNDEZ NIETO, Francisco Javier, *Historia Antigua de Grecia y Roma*, Tirant lo Blanch, Valencia.

ÁLVAREZ VÉLEZ, B. (2016). *Santa Teresa de Jesús y la melancolía: un estudio sobre la enfermedad melancólica en los escritos teresianos.* Universidad de Montreal.

ANTÓN MARTÍNEZ, B. (1992). *El tacitismo en el siglo XVII en España. El proceso de receptio.* Universidad de Valladolid-Caja de Salamanca y Soria, Valladolid.

ARELLANO, I., FEROS, A., USUNÁRIZ, J.M. (Eds.). *Del poder y sus críticos en el mundo ibérico del Siglo de Oro.* Pamplona, Iberoamericana.

ARREDONDO, M.S. (2011). *Literatura y propaganda en tiempo de Quevedo: guerras y plumas contra Francia, Cataluña y Portugal*. Iberoamericana, Madrid.

ARRIETA, J., GIL, X. & Morales, J. (2017). *La diadema del rey. Vizcaya, Navarra, Aragón y Cerdeña en la Monarquía de España (siglos XVI-XVIII).* Universidad del País Vasco, Bilbao.

AZZOLINI, G. (2022). *Lo stato del mondo. Botero tra ragion di Stato e geopolítica*. Viella, Roma.

BADILLO O'FARREL, P. & PASTOR PÉREZ, M.A. (Eds.) (2013). *Tácito y tacitismo en España.* Anthropos, Madrid.

BALLESTEROS, A. (2016). *El lenguaje de la medicina.* Collegi Oficial de Metges Illes Balears, Palma de Mallorca.

BALTAR GARCÍA-PEÑUELA, E. (2016). *Pensamiento barroco español: filosofía y literaruta en Baltasar Gracián.* Universidad Complutense de Madrid, Madrid.

BARÓN FERNÁNDEZ, J. (1970). *Miguel Servet. Su vida y su obra.* Espasa-Calpe, Madrid.

BARONA VILAR, J.L. (1993). *Sobre la medicina y la filosofía natural en el Renacimiento.* Universidad de Valencia, Valencia.

BARRERA OSORIO, A. (2010). *Experiencing Nature: The Spanish American Empire and the Early Scientific Revolution.* University Texas Press.

BARTRA, R. (2021). *Cultura y melancolía. Las enfermedades del alma en la España del Siglo de Oro.* Anagrama Argumentos, Barcelona.

BAURER, G. (1973). *Claustrum Animae.* Wilhem Fink, Múnich.

BENEYTO, J. (1976). *Los orígenes de la ciencia política en España.* Doncel, Madrid.

BENNASSAR, B. (2016). *La España del Siglo de Oro.* Editorial Crítica. Barcelona.

BIGEARD, M. *La folie et les fous littéraires en Espagne 1500-1650.* Institut D'Etudes Hispaniques, Paris.

BLECUA, A. & BOHIGAS, P. (1984). *Las repúblicas literarias y Saavedra Fajardo.* Real Academia de Letras de Barcelona, Barcelona.

BOADAS CABARROCAS, S. (2012). *Un diálogo hacía la paz: las Locuras de Europa de Diego de Saavedra Fajardo.* Universidad de Girona, Girona.

BOADAS CABARROCAS, S. (2016). *Locuras de Europa: Diego de Saavedra Fajardo y la Guerra de los Treinta Años.* Iberoamericana, Pamplona.

BOUWSMA, W.J. (2001). *El otoño del Renacimiento: 1550-1640.* Editorial Crítica, Barcelona.

BRAUBACH, K. & REPGEN (1962). *Acta Pacis Westphalicae.* Münster.

BRAUN, H.E. (2007). *Juan de Mariana and Early Modern Spanish Political Thought.* Ashgate, Liverpool.

BROOKE, G. (2012). *Philosophic pride: Stoicism and political thought from Lipsius to Rousseau.* Princeton University Press, Princeton.

CARDIM, P. (2014). *Portugal unido y separado. Felipe II, la unión de territorios y el debate sobre la condición política del Reino de Portugal.* Ediciones Universidad de Valladolid, Valladolid.

CASTEL, J. (1958). *España y el Tratado de Münster.* Cuadernos de Historia de relaciones internacionales y política exterior, Madrid.

CASTORIADIS, C. (2004). *Sobre el Político de Platón.* Trotta, Madrid.

CENTENERA SÁNCHEZ-SECO, F. (2009). *El tiranicidio en los escritos de Juan de Mariana.* Dykinson, Madrid.

CENTENERO DE ARCE, D. (2012). *De repúblicas urbanas a ciudades nobles: un análisis de la revolución y desarrollo del republicanismo castellano (1550-1621).* Biblioteca nueva, Madrid.

CERCOS, A. (2013). *Los cuatro temperamentos.* Universidad de Zaragoza.

CHABOD, F. (1994). *Escritos sobre Maquiavelo.* Fondo de Cultura Económica, México.

CHARTIER, R. (1992). *El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural.* Gedisa, Barcelona.

CID VÁZQUEZ, M.T. (2002). *Tacitismo y razón de Estado en los comentarios políticos de Juan Alfonso de Lancina.* Fundación Universitaria Española, Madrid.

CLAVERO, B. (1991). *Antidora: antropología católica de la economía moderna.* Giuffrè Editore, Milán.

CONTINISIO, C. & MOZZARELLI, C. (1995). *Repubblica e Virtù. Pensiero político e Monarchia Cattolica fra XVI e XVII secolo.* Bulzoni Editore, Roma.

DE LA PEÑA VELASCO, C. (2018). *Del arte de hablar con los pies: recursos de un lenguaje visual en la Edad Moderna.* Fundación de Estudios Históricos e Investigaciones Locales de la Región de Murcia, Murcia.

DESCIMON, R. & RUIZ IBÁÑEZ, J.J. (2005). *Les ligueurs de l'exil: le refuge catholique français après 1594.*Champ-Vallon, Seyssel.

DÍAZ-PLAJA, G. (1975). *Tratado de las melancolías españolas.* Sala Editorial Organización, Madrid.

DÍEZ DE REVENGA, F.J. & DE PACO, M. (1989). *Historia de la literatura murciana.* Editorial regional de Murcia, Murcia.

DÍEZ DEL CORRAL, J. (1976). *La Monarquía Hispánica en el pensamiento político europeo.* Biblioteca de la Revista de Occidente, Madrid.

DOMINGUEZ ORTIZ, A. & VICENT, B. (1992). *Historia de los moriscos.* Alianza Editorial. Madrid.

DOWLING, J.C. (1957). *El pensamiento político-filosófico de Saavedra Fajardo. Posturas del siglo XVII ante la decadencia y conservación de Monarquías.* Academia Alfonso X el Sabio, Murcia.

DOWLING, J.C. (1977). *Diego de Saavedra Fajardo.* Twayne Publisher, Boston.

ELLIOTT, J.H. (2007). *España y su mundo (1500-1700).* Editorial Taurus, Madrid.

ELLIOTT, J. H. (2022). *El mundo de los validos.* Taurus, Madrid.

ELLITOTT, J.H. (2016). *El conde-duque de Olivares.* Editorial Austral, Barcelona.

ESCUDERO, J.A. (2005). *Los validos.* Dykinson, Madrid.

FERNÁNDEZ ALBALADEJO, P. (1992). *Fragmentos de monarquía. Trabajos de Historia política.* Alianza Editorial, Madrid.

FERNÁNDEZ ALBALADEJO, P. (1992). *Fragmentos de monarquía. Trabajos de Historia Política.* Alianza Editorial, Madrid.

FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M. (1984). *La sociedad española del Siglo de Oro.* Editora Nacional, Madrid.

FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M. (2001). *Felipe II y su tiempo.* Editorial Espasa, Madrid.

FERNÁNDEZ ESCALANTE, M. (1975). *Álamos de Barrientos y la teoría de la razón de Estado en España.* Fontamara, Barcelona.

FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, J. (2021). *Historia conceptual en el Atlántico ibérico. Lenguajes, tiempos, revoluciones*. Fondo de Cultura Económica, Madrid.

FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, J. (2024). *Key Metaphors for History. Mirrors of time.* Rouledge, Londres y Nueva York.

FERNÁNDEZ VALLÍN, A. (1989). *Cultura científica en España en el siglo XVI.* Libros Padilla, Sevilla.

FERNÁNDEZ-SANTAMARÍA, J.A. (1986). *Razón de Estado y política en el pensamiento español del Barroco (1595-1640).* Centro de Estudios Constitucionales, Madrid.

FERRI COLL, J.M. (2006). *Los tumultos del alma: de la expresión melancólica en la poesía española del Siglo de Oro.* Diputación Provincial de Valencia, Valencia.

FLORIÁN DIAZ, M.E. (2017). *Panorama histórico de la medicina.* Universidad FASTA. Facultad de Ciencias Médicas, Buenos Aires.

FOUCAULT, M. (2016). *Historia de la locura en la época clásica.* Fondo de cultura económica, Madrid.

FRAGA IRIBARNE, M. (1998). *Don Diego de Saavedra y Fajardo y la diplomacia de su época.* Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid.

FRENCH, R.K. (1999). *Dissection and Visection in the Euroopean Renaissance,* Aldershot: Ashgate.

GALINO, M.A. (1948). *Los tratados de la educación del príncipe.* Bolaños y Aguilar, Madrid.

GARCÍA BALLESTER, L. (1972). *Alma y enfermedad en la obra de Galeno.* Instituto de la Medicina y de la Ciencia López Piñero. Universidad de Granada. Granada.

GARCÍA FERNÁNDEZ, M. (2002). *La economía española en los siglos XVI, XVII y XVIII.* Actas, Madrid.

GARCÍA JÁUREGUI, C. (2010). *La formación de la terminología anatómica en español (1493-1604).* Universidad de Salamanca, Salamanca.

GARCÍA MORILLA, S. (2013). *Actividad física y salud en el humanismo renacentista español: análisis del tratado de la conservación de la salud del cuerpo y el alma, de Blas Álvarez de Miraval.* Universidad de León, León.

GARCÍA RODRÍGUEZ, M. (2016). *Pervivencias del organismo sacralizado en las ideas estéticas y literarias del siglo XVIII español: un ensayo de definición y una revisión histórica del neoclasicismo.* Universidad de Málaga.

GIERKE, O.V. (1995). *Teorías políticas de la Edad Media.* Centro de Estudios Constitucionales, Madrid.

GIL PUJOL, X. (2006). *Tiempo de política. Perspectivas historiográficas sobre la Europa Moderna.* Publicacions i Edicions Universitat de Barcelona, Barcelona.

GIL PUJOL, X. (2016). *La fábrica de la monarquía. Traza y conservación de la Monarquía de España de los Reyes Católicos y los Austrias.* Real Academia de la Historia, Madrid.

GÓMEZ BARRERA, N. (2015). *Mundo Espiritual y Mundo Material en el De proprietatibus rerum de Bartholomaeus Anglicus.* Universidad de Barcelona, Barcelona.

GONZÁLEZ CASTRILLO, R. (2002). *El arte militar en la España del siglo XVI.* Servicio de Publicaciones de la Universidad Complutense, Madrid.

GONZÁLEZ DURO, E. (1994). *Historia de la locura en España (siglos XIII-XVII).* Temas de hoy, Madrid.

GONZÁLEZ GARCÍA, J. M. (1998). *Metáforas del poder.* Alianza Editorial, Madrid.

GONZÁLEZ MEZQUITA, M.L. & CARRASCO MARTÍNEZ, A. (2023). *Pensar la monarquía y gobernarla. Cultura política en la Monarquía de España. Teorías y prácticas.* La Plata: Universidad Nacional de la Plata, La Plata.

GRANJEL, L.S. (1980). *La medicina española renacentista.* Universidad de Salamanca, Salamanca.

GRÊ, D. (2015). *La moral y la guerra. Los cronistas de Flandes: expresión de la cultura política de la Monarquía Hispánica (siglos XVI y XVII).* Universidad de Murcia, Murcia.

GUILLÁMON ÁLVAREZ, F.J., MUÑOZ RODRÍGUEZ, J.D., SABATINI G. & CENTENERO DE ARCE, D. (2004). *Gli Eroi Fassardi. Los Héroes Fajardos. Movilización social y memoria política en el Reino de Murcia (ss. XVI al XVIII).* Real Academia Alfonso X el Sabio, Murcia.

HAMILTON, E.J. (2000). *El tesoro americano y la revolución de los precios en España, 1501-1650.* Editorial Crítica, Barcelona.

HERNÁNDEZ MANSILLA, J.M. (2020). *Juan Valverde de Amusco y la Anatomía del Renacimiento Hispanoitaliano.* Siléx, Madrid.

HERNÁNDEZ MIÑANO, J.D. (2015). *Emblemas morales de Sebastián de Covarrubias. Iconografía y doctrina de la Contrarreforma.* Editum, Murcia.

HERNÁNDEZ SÁNCHEZ, G. (2023). *Anotomía del barroco hispánico: historia de una idea.* Dykinson, Madrid.

HERNANDO SÁNCHEZ, C.J. (1997). *Las indias en la monarquía católica: imágenes e ideas políticas.* Universidad de Valladolid, Valladolid.

HERNÁN-PÉREZ AGUILERA, J. (2014). *La decadencia española del siglo XVII: monarquía, intervencionismo e inflación, una interpretación en la perspectiva de la escuela austriaca de economía.* Universidad Rey Juan Carlos, Madrid.

HERRÁN SANTIAGO, A. & SANTOS LÓPEZ, M. (2014). *Sentencias erróneamente atribuidas a Quevedo, sus autores y su contextualización.* Agilice Digital, Valladolid.

HILLMAN, J. (1969). *The Thought of the Heart and the Soul of the World*. University Press, Princeton.

JOVER ZAMORA, J.M. (2003). *1635: historia de una polémica y semblanza de una generación*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid.

KANTOROWICZ, E. H. (2018). *Los dos cuerpos del rey. Un estudio de teología política medieval.* Akal, Madrid.

LAÍN ENTRALGO, P. (1955). *Mysterium Doloris. Hacía una teología cristiana de la enfermedad.* Publicaciones de la Universidad Internacional Meléndez Pelayo, Madrid.

LAÍN ENTRALGO, P. (1978). *Historia de la medicina.* Salvat. Barcelona.

LAÍN ENTRALGO, P. (1981). *Historia Universal de la Medicina. Tomo III.* Salvat, Barcelona.

LAKOFF, G. & JOHNSON, M. (2017). *Metáforas de la vida cotidiana.* Cátedra, Madrid.

LE GOFF, J. & TRUONG, N. (2005). *Una historia del cuerpo en la Edad Media.*

LEPENIES, W. (1992). *Melancholy and Society.* Harvard University Press.

LÓPEZ PIÑERO, J. M (2012). *Breve Historia de la Medicina.* Alianza Editorial, Madrid. Paidós, Barcelona.

LÓPEZ PIÑERO, J. M. (1971). *Medicina, historia, sociedad: antología de clásicos médicos.* Editorial Ariel, Madrid.

LÓPEZ PIÑERO, J.M. (1974). *La disección y el saber anatómico en la España de la primera mitad del siglo XVI.* Universidad de Salamanca, Salamanca.

LÓPEZ RUÍZ, A. (2008). *Tras las huellas de Quevedo.* Editorial Universidad de Almería, Almería. *Atención Familiar.* N.º 27, pp. 3-04.

LORENZO, D.R. (2016). *Los arbitristas y el arte de gobernar. Discursos y prácticas políticas en un contexto de crisis.* Universidad Nacional del Mar de Plata.

LUCÍA, A. (2018). *La enfermedad es gravísima*. *El reyno como cuerpo enfermo en Conservación de monarquías del licenciado Pedro Fernández de Navarrete*. Universidad de la República Oriental de Uruguay.

MAGALLÓN, J.P. (2002). *Construyendo la modernidad: La cultura española en el tiempo de los novatores [1675-1725].* CSIC, Madrid.

MANDARANO CRUZ E SILVA, L.G. (2020). *Un Dios para Maquiavelo [?]: Religión y Religiosidad en los Escritos de un Segundo Secretario de la República de Florencia (siglos XV y XVI).* Universidad de Murcia, Murcia.

MANULI, P. (1980). *Medicina e antropologia nella tradizione antica.* Loescher, Turín.

MARAVALL, J.A. (1944). *Teoría del Estado en España en el siglo XVIII.* Centro de Estudios Constitucionales, Madrid.

MARAVALL, J.A. (1986). *La cultura del Barroco.* Editorial Ariel. Barcelona.

MARAVALL, J.A. (1990). *Teatro y literatura en la sociedad barroca.* Crítica, Barcelona.

MARAVALL, J.A. (1997). *Teoría del Estado en España en el siglo XVII.* Centro de Estudios Constitucionales, Madrid.

MARTÍNEZ BERMEJO, S. (2009). *Tácito leído: prácticas lectoras y fundamentos intelectuales de la recepción de Tácito en la Edad Moderna*. Universidad Autónoma de Madrid, Madrid.

MARTÍNEZ PÉREZ, A. & BAQUERO ESCUDERO, A.L. (2012). *25 años de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval.* Universidad de Murcia. Editum, Murcia.

MARTÍNEZ, J.A. (2022). *España XX*. Cátedra, Madrid.

MEBANE, J. (2024). *The Body Politic in Roman Political Thought.* Cambridge University Press, Cambridge.

MEINECKE, F, VICEN, F.G. & DEL CORRAL, L.D. (1983). *La idea de la razón de Estado en la Edad Moderna.* Instituto de Estudios políticos, Madrid.

MÍNGUEZ, V. (2001). *Los reyes solares: iconografía de la Monarquía Hispánica.* Universidad Jaime I, Castellón.

MÍNGUEZ, V. (2013). *La invención de Carlos II. Apoteosis de la casa de Austria.* Centro de Estudios Europa Hispánica, Madrid.

MONOSTORI, T. (2021). *Saavedra Fajardo y el mito de la diplomacia ingeniosa. Cien documentos nuevos, una vida reconsiderada.* Guillermo Escolar, Salamanca.

MURILLO FERROL, F. (1989). *Saavedra Fajardo y la política del Barroco*. Instituto de Estudios Políticos, Madrid.

O'MALLEY, D. (1953). *Michael Servetus.* American Philosophical Society, Philadelphia.

OCHOA BRUN, M.A. (2006). *Historia de la diplomacia española.* Vol. 6. Ministerio de Asuntos Exteriores, Madrid.

OESTREICH, G. (1982). *Neostoicism and the early modern state.* Cambridge University Press, Cambridge.

ORGEL, S. (1975). *The ilusion of power: political theatre in the english renaissance.* University of California, Berkley.

OROBITG, C. (1997). *L'humeur noire: mélancolie, écriture et pensée en Espagne au XVIe et au XVIIe siècle*. International Scholars Press. Collection Iberian Studies, Bethesda.

PAPASOGLI, B. (2008). *Le fond du coeur. Figures de l' espace intérieur au XVIIe siécle*. Champion, París.

PARKER, G. (2017). *Historia de Europa. Europa en Crisis 1598-1648.* Siglo XXI, Madrid.

PEÑA GONZÁLEZ, J. & SÁCHEZ GARRIDO, P. (Coord.). *España maquiaveliana. La fortuna de El Príncipe en el barroco político español.* CEU EDICIONES, Madrid.

PERCIDES DE BLÁS, L. (1996). *La economía política de la decadencia de Castilla en el siglo XVII.* Editorial Sin tesis, Madrid.

PERDICES DE BLÁS, L. & REEDER, J. (1999). *El mercantilismo: policía económica y Estado nacional.* Editorial Síntesis, Madrid.

PÉREZ PASTOR, C. (1888). *Bibliografia Madrileña ó Descripción de las obras impresas en Madrid (siglo XVI).* Tipografía de los Huérfanos, Madrid.

PÉREZ, J. (2014). *Cisneros, el cardenal de España.* Taurus, Madrid.

PIGEAUD, J. (1984). *De la mélancolie et de quelques autres maladies dans les" Etymologies IV" d'Isidore de Seville*. Université de Saint-Étienne.

POCOCK, J.G.A. (2008). *El momento maquiavélico: el pensamiento político florentino y la tradición republicana atlántica.* Editorial Tecnos, Madrid.

PUJANTE, D. (2018). *Oráculo de tristezas: la melancolía en su historia cultural.* Xoroi Ediciones (Ebook).

RALLO GRUS, A. (1988). *Prosa didáctica del siglo XVII.* Taurus, Madrid.

RAMÍREZ, A. (1966). *Epistolario de Justo Lipsio y los españoles (1577-1606).* Castalia, Madrid.

REDONDO, A. (1997). *Otra manera de leer El Quijote.* Castalia, Madrid.

RIZZO, M., RUÍZ IBÁÑEZ, J.J. & SABATINI, G. (2004). *Le forze del príncipe. Recursos, instrumentos, y límites en la práctica del poder soberano en los territorios de la Monarquía Hispánica.* Servicio de Publicaciones de la Universidad de Murcia, Murcia.

RODRÍGUEZ DE LA FLOR, F. (1999). *La península metafísica: arte, literatura y pensamiento en la España de la Contrarreforma.* Biblioteca Nueva, Madrid.

RODRÍGUEZ DE LA FLOR, F. (2002). *Barroco: representación e ideología en el mundo hispánico, (1580-1680).* Cátedra, Madrid.

RODRÍGUEZ DE LA FLOR, F. (2005). *Pasiones frías: secreto y disimulación en el Barroco Hispano.* Marcial Pons, Madrid.

RODRÍGUEZ DE LA FLOR, F. (2007). *Era melancólica. Figuras del imaginario barroco.* Ediciones UIB, Palma de Mallorca.

RODRÍGUEZ DE LA FLOR, F. (2009). *Imago: la cultura visual y figurativa del barroco.* Abada, Madrid.

RODRÍGUEZ DE LA FLOR, F. (2012). *Mundo simbólico. Poética, política y teúrgia en el Barroco hispano.* Akal, Madrid.

RODRÍGUEZ SAN-PEDRO, L.E. & SANCHEZ LORA, J. *Los siglos XVI-XVII. Cultura y vida cotidiana*. Editorial síntesis. Madrid, 2000.

ROSA DE GEA, B. (2010). *Res publica y poder. Saavedra Fajardo y los dilemas del mundo hispánico.* Editorial Biblioteca Nueva, Madrid.

RUIZ IBÁÑEZ, J.J. & VICENT, B. (2007). *Los siglos XVI-XVII. Política y sociedad.* Editorial Síntesis, Madrid.

RUIZ IBÁÑEZ, J.J. (2022). *Hispanofilia. Los tiempos de la hegemonía española.* Fondo de Cultura Económica, Madrid.

SÁNCHEZ GONZÁLEZ, R. (2021). *La Europa de los validos.* Síntesis, Madrid.

SÁNCHEZ GRANJEL, L. (1974). *El ejercicio médico y otros capítulos de la medicina española.* Instituto de Historia de la Medicina Española. Universidad de Salamanca, Salamanca.

SÁNCHEZ GRANJEL, L. (1978). *La medicina española del siglo XVII.* Universidad de Salamanca, Salamanca.

SÁNCHEZ PÉREZ, A. (1977). *La literatura emblemática española. Siglos XVI y XVII.* Temas, Madrid.

SANTOS LÓPEZ, M. (1988). *Filosofía y política en la obra de Antonio Pérez, secretario de Felipe II.* Universidad Complutense, Madrid.

SCHMIDT, P. (2012). *La monarquía universal española y América. La imagen del Imperio Español en la Guerra de los Treinta Años (1618-1648).* Fondo de Cultura Económica, México.

SCOTT SOUFAS, T. (1990). *Melancoly and the secular mind in Spanish Golden Age literatura.* University of Missouri.

SEGURA ORTEGA, M. (1984). *La filosofía jurídica y política en las "Empresas" de Saavedra Fajardo.* Academia Alfonso X el Sabio, Murcia.

SENDRAIL, M. (1983). *Historia cultural de la enfermedad.* Espasa, Madrid.

SILVA VEGA, R. (2015). *La noción de libertad en Maquiavelo: las posibilidades de la ciudadanía en sociedades de conflicto.* Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, Quito.

SIMÓN DÍAZ, J. (1964). *Fuentes para la Historia de Madrid y su provincia*. Tomo I, Instituto de Estudios Madrileños, Madrid.

SONTAG, S. (2003). *La enfermedad y sus metáforas. El sida y sus metáforas.* Santillana, Madrid.

STOICHITA, V. I. (2022). *En torno al cuerpo. Anatomías, defensas, fantasmas.* Editorial Catedra, Madrid.

STORRS, C. (2013). *La resistencia de la Monarquía Hispánica.* Editorial Actas, Madrid.

TELLKAMP, J. A. (2020). *A companion to Early Modern Spanish Imperial Political and Social Thought.* Brilll, Boston.

VAN GELDEREN, M. & SKINNER, Q. (2002). *Republicanism A Shared European Heritage. Vol. I: Republicanism and Constituionalims in Early Modern Europe.* Cambridge University Press, Cambridge.

VAN GELDEREN, M. & SKINNER, Q. (2002). *Republicanism A Shared European Heritage. Vol. II: The Values of Republicanism in Early Modern Europe.* Cambridge University Press, Cambridge.

VAREAL, J. (2019). *España. Un relato de grandeza y odio. Entre la realidad y la imagen y la de los hechos.* Planeta, Barcelona.

VARELA, J. (1990). *La muerte del rey. El ceremonial funerario de la Monarquía Española (1550-1885).* Ediciones Turner, Madrid.

VEGA RODRÍGUEZ, M. (2004). *Aristóteles y la metáfora*. Universidad de Valladolid, Valladolid.

VELÁZQUEZ DELGADO, J. (2011). *Antimaquiavelismo y razón de Estado. Ensayos de filosofía política del Barroco.* Ediciones del Lirio, México.

VICENTE PEDRAZ, Miguel. (2013). "El cuerpo como alegoría política en la Introducción del Remedios para el bien de la salud del cuerpo de la República de Cristóbal Pérez de Herrera. Comentarios y transcripción". En VVAA: *X Congreso Argentino de Educación Física y Ciencias*. Universidad de La Plata, pp. 1-12.

VIGARELLO, G. (2005). *Historia del cuerpo. Volumen I: Del Renacimiento al Siglo de las Luces.* Taurus, Madrid.

VILAR, J. (1996). *L'"arbitrista" malgré lui. La vie et les écrits du Licencié Cellorigo* (1565? -1630?), Paris-Sorbonne (Paris IV).

VIROLI, M. (2009). *De la política a la razón de Estado.* Akal, Madrid.

VIROLI, M. (2009). *La adquisición y transformación del lenguaje político (1250-1600).* Akal, Madrid.

VIRTO BAJO, F.J. (2022). *Contribución al estudio del léxico popular de la urología en la Rioja.* Universidad de la Rioja.

WARNKE, F.J. (1972). *Versions of Barroque: European Literature in the Seventeenth Century.* Yale University Press, New Haven-London.

WRIGHT, T. (2012). *La circulación de la sangre. La revolucionaria idea de William Harvey.* Fondo de Cultura Económica, México.

ZAPPALA, M. (2015). *Lucian of Samosata in the Two Hesperias: an essay in literary and cultural transation*. Scripta Humanistica.

ZUNIO, S. (2020). *El cuerpo prudente como legitimador del poder: análisis de la política española a finales del siglo XVI a través de la obra Del rey y de la institución*

de la dignidad real, por Juan de Mariana. Universidad de la República de Uruguay, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Historia Moderna.

20. Fuentes primarias

20.1.Tratados políticos

ÁLAMOS DE BARRIENTOS, Baltasar (1601-1700). *Discurso al Rey Nuestro Señor Felipe III, del estado que tienen sus reinos y señoríos y los de amigos y enemigos, con algunas advertencias sobre el modo de proceder y gobernar con los otros.* Manuscrito.

ÁLAMOS DE BARRIENTOS, Baltasar (1990) *Discurso al rey nuestro señor al comienzo de su reinado.* Editorial Anthropos, Madrid.

ÁLAMOS DE BARRIENTOS, Baltasar. (1614). *Tácito español ilustrado con aforismos.* Madrid, Luis Sánchez.

ARISTÓTELES. (1988). *Política*. Editorial Gredos, Madrid.

BARBOSA HOMEN, Pedro (1629). *Discursos de la ivridica y verdadera razon de estado, formada sobre la vida, y acciones del Rey don Iuan el II de buena memoria, Rey de Portugal, llamado vulgarmente el Principe Perfecto. Contra Machiavelo y Bodino, y los demas políticos de nuestro tiempos.* Coímbra, Nicolao Carvallo

BODIN, Jean (1590). *Los seis libros de la repvblica de Ivan Bodino. Traducidos de lengua Francesa y enmendados Catholicamente. Por Gaspar de Añastro Isunza.* Turín, Herederos de Beuliaqua.

BODIN, Jean. (2006). *Los seis libros de la república.* Tecnos, Madrid.

BOTERO, Giovanni (1603). *Descripcion de todas las provincias y reynos del Mundo, sacada de las relaciones Toscasnas de Iuan Botero; en qve se trata de las costvmbres industria, trato y riquezas de cada vna de las naciones de Europa, Asia, Africa, America ó Nuevo Mundo; de la quantidad, qualidad y moumientos del Mar; y de todas las Islas y Peninsulas hasta hoy descubiertas. Por Iayme Rebullosa de la Orden de Predicadores.* Barcelona, Gabriel Graells y Giraldo Dotil.

BOTERO, Giovanni (2016). *Razón de Estado.* Texto preparado por SUÁREZ FIGAREDO, E. *Lemir.* N. º20, pp. 969-1112.

BOTERO, Giovanni. (1593). *Diez libros de la razón de Estado: con tres libros de las causas de la grandeza, magnificencia de las ciudades de Iuan Botero. Traduzido de*

Italiano en Castellano, por mandado del Rey nuestro señor, Por Antonio de Herrera su criado. Madrid, Luis Sánchez.

CABRERA DE CÓRDOBA, Luis (1611). *De la historia para entenderla y escribirla.* Madrid, Luis Sánchez.

CEBALLOS, Jerónimo de (1623). *Arte Real Para el Buen Gobierno de los Reyes, Y Príncipes, y de Sus Vasallos.* Madrid, Luis Sánchez.

DE CASTRILLO, Alonso (1521). *Tratado de Republica con otras historias y antigüedades.* Burgos, Juan de la Junta.

FERNÁNDEZ DE NAVARRETE, Pedro (1805). *Conservación de monarquías y discursos políticos sobre la gran consulta que el consejo hizo al señor rey Don Felipe Tercero.* Madrid, Tomás Albán.

FURIÓ CERIOL, Fabrique (1559). *El Concejo y consejeros del Príncipe.* Amberes, Martín Nucio.

GONZÁLEZ DE CELLORIGO, Martín (1600). *Memorial de la política necesaria y útil restauración a la República de España y estados de ella, y del imperio universal de estos reinos.* Valladolid, Juan de Bustillo.

LIPSIO, Justo (1604). *Losa seys libros de las políticas o doctrina ciuil de Iusto Lipsio, que siruen para el gouerno del Reyno, o Principado.* Tradución de Bernardino de Mendoza. Madrid, Imprenta Real.

LIPSIO, Justo (2010). *Sobre la constancia*. Cáceres. TextosUex.

MAQUIAVELO, Nicolás (1998). *El Príncipe.* Madrid, Colección Austral.

MAQUIAVELO, Nicolás (2022). *Discursos sobre la primera década de Tito Livio.* Madrid, Alianza Editorial.

MARIANA, Juan de (1599). *De rege et regis institutione.* Toledo, Andrea Vecheli.

MARIANA, Juan de (1845). *Del rey, y de la institución de la dignidad real.* Madrid, Imprenta de la Sociedad Literaria y Tipográfica.

MARIANA, Juan de (1930). *Del rey y de la institución de la dignidad Real.* Madrid, Compañía Iberoamericana de Publicaciones.

MARIANA, Juan de (2023). *Tratado y discurso sobre la moneda de vellón.* Barcelona, Instituto Juan de Mariana.

MÁRTIR RIZO, Juan Pablo (1626). *Norte de príncipes.* Madrid, Diego Flamenco.

MARTIR RIZO, Pablo (1626). *Norte de Príncipes.* Madrid, Diego Flamenco.

MEROLA, Jerónimo de (1587). *República original sacada del cuerpo humano.* Barcelona, Pedro Malo.

MONCADA, Sancho de (1746). *Restauración política de España, Y deseos públicos que escribió en ocho discursos el doctor Sancho de Moncada.* Madrid, Juan de Zuñiga.

PÉREZ DE HERRERA, Cristóbal (1598). *Discvrsos del amparo de los pobres legitimos, y reducción de los fingidos: y de la fundación y principio de los albergues destos reynos, y amparo de la milicia dellos (Madrid, 1598).* Madrid, Luis Sánchez.

PÉREZ DE HERRERA, Cristóbal (1604). *Defensa de las criaturas de tierna edad, y algunas advertencias cerca de la curación y conservación de su salud.* Valladolid, Diego Fernández de Córdoba.

PÉREZ DE HERRERA, Cristóbal (1610). *Memorial, Remedio para el bien y la salud del cuerpo de la República.* Madrid, Luis Sánchez.

PÉREZ, Antonio (1593). *Avisos importantes de estos estados de Flandes.* Manuscrito.

PLATÓN (1988). *La República.* Alianza Editorial, Madrid.

QUEVEDO, Francisco de (1650). *La hora de todos y la fortuna con seso.* Zaragoza, herederos de Pedro Lanaja.

QUEVEDO, Francisco de (1868). *Política de Dios, gobierno de Cristo.* Madrid, Imprenta de Tejalo.

RAMÍREZ DE PRADO, Lorenzo (1617). *Consejo i consejero de principes.* Madrid, Luis Sánchez.

RIVADENEIRA, Pedro (1738). *Tratado de la religión y virtudes que debe tener el Principe Christiano, para gobernar y conservar sus Estados, Contra lo que Nicolás Machíavelo, y los Políticos de este tiempo enseñan.* Madrid, Pantaleón Aznar.

SAAVEDRA FAJARDO, Diego de (1635). *Respvesta al Manifiesto de Francia.* Madrid, Francisco Martínez.

SAAVEDRA FAJARDO, Diego de (1646). *Corona Gothica, castellana y Austriaca. Politicamente ilustrada.* Munster, Juan Jansonio.

SAAVEDRA FAJARDO, Diego de (1701-1800). *Locuras de los Príncipes de Europa en creer en la Francia.* Manuscrito.

SAAVEDRA FAJARDO, Diego de (1759). *Republica Literaria.* Madrid, Angela de Apontes.

SAAVEDRA FAJARDO, Diego de (1786). *Idea de un principe político christiano.* Valencia, Salvador Faulí.

SAAVEDRA FAJARDO, Diego de (1845). *Empresas políticas ó Idea de un príncipe político cristiano.* Barcelona, Imprenta de Don Juan Oliveres.

SAAVEDRA FAJARDO, Diego de (1887). *Corona Gótica.* Barcelona, Biblioteca Clásica Española.

SAAVEDRA FAJARDO, Diego de (1944). *República literaria. Locuras de Europa. Política y Razón de Estado del Rey Católico Don Fernando.* Madrid, Ediciones Atlas.

SAAVEDRA FAJARDO, Diego de (1988). *Empresas Políticas.* Madrid, Planeta.

SAAVEDRA FAJARDO, Diego de (1999). *Empresas políticas.* Madrid, Editorial Catedra.

SAAVEDRA FAJARDO, Diego de (2006). *República literaria.* Barcelona, Editorial Crítica.

SAAVEDRA FAJARDO, Diego de (2008). *Corona Gótica.* Murcia, Tres Fronteras Ediciones.

SAAVEDRA FAJARDO, Diego de (2008). *Rariora et minora.* Murcia, Tres Fronteras Ediciones.

SAAVEDRA FAJARDO, Diego de (2008). *República Literaria.* Murcia, Real Academia Alfonso X el Sabio.

SALAZAR, Juan (1619). *Política Española.* Logroño, Diego Mares.

TÁCITO, Cornelio (1879). *Los anales de Cornelio Tácito.* Traducción de Carlos Coloma. Madrid, Imprenta Central a cargo de Víctor Saiz.

TÁCITO, Cornelio (2007). *Anales.* Madrid, Editorial Akal.

20.2.Tratados médicos

ÁLVAREZ DE MIRAVAL, Blas (1597). *La conservacion de la salvd del cuerpo y del alma, para el buen regimiento de la salud, y mas larga vida de la alteza del serenissimo Principe don Philippo nuestro señor.* Salamanca, Santiago del Canto.

ARISTÓTELES (2008). *Partes de los animales.* Madrid, Editorial Gredos.

FRANCO, Francisco (1569). *Libro de enfermedades contagioisas y de la preseruacion dellas.* Sevilla, Alonso de la Barrera.

GALENO (2002). *Procedimientos anatómicos.* Madrid, Editorial Gredos.

GALENO (2010). *Del uso de las partes.* Madrid, Editorial Gredos.

HUARTE DE SAN JUAN, Juan (1575). *Examen de ingenios para las ciencias.* Baeza, Juan Brocar.

HUARTE DE SAN JUAN, Juan (1917). *Examen de ingenios.* Barcelona, Librería Parera.

HUARTE DE SAN JUAN, Juan (1946). *Examen de ingenios para las ciencias.* Buenos Aires, Colección Austral.

LOBERA DE ÁVILA, Luis (1542). *Remedio de cuerpos humanos y silva de experiencia*. Alcalá de Henares, Juan de Brocar.

LOBERA DE ÁVILA, Luis (1544). *Libro de las quatro enfermedades cortesanas quev son catarro, gota arthetica sciatica, mal de piedra y de riñones i hijada. El mal de buas y otras cosas vtilisimas.* Toledo, Juan de Ayala.

MERCADO, Luis de (1599). *El libro de la peste.* Madrid, Luis Sánchez.

MERCADO, Luis de (1921). *El libro de la peste.* Madrid, Julio Cosano.

MONTAÑA DE MONSERRATE, Bernardino (1551). *Libro de la anathomia del hombre.* Valladolid, Sebastián Martínez.

PARECELDSO (1945). *Obras completas (Opera Omnia). Traducción castellana*. Madrid, Editorial Schapire.

PÉREZ, Antonio (1568). *Summa y examen de chirurgia, y de lo mas necesario que en ella se contiene, con breues exposiciones de algunas sentencias de Hipocrates y Galeno.* Madrid, Pierre Cossin.

PÉREZ, Antonio (1598). *Breve tratado de la peste, con sus causas, señales, y curacion: y de lo que al presente corre en esta villa de Madrid, y sus contornos.* Madrid, Luis Sánchez.

SABUCO, Oliva (1728). *Nueva Filosofia de la naturaleza del hombre, no conocida, ni alcanzada de los grandes filosofos antiguos, la qual mejora la vida, y salud humana, con las adicciones de la segunda impresion.* Madrid, Domingo Fernández.

SERVET, Miguel (1553). *Christianismi Restitutio.* Viena, Juan de Wechel.

SUÁREZ DE FIGUEROA, Francisco (1621). *Varias noticias importantes a la humana comunicación.* Madrid, Tomás Giunti.

Tratado Hipocráticos (1996). Alianza Editorial, Madrid.

Tratados Hipocráticos (1983). Biblioteca Clásica, Madrid.

VALVERDE DE AMUSCO, Juan (1556). *Historia de la composición del cuerpo humano.* Roma, Antonio Salamanca.

VELÁSQUEZ, A. (1585). *Libro de la melancholia, en el qual se trata de la naturaleza desta enfermedad, assi llamada Melancholia, y sus causas y simptomas. Y si el rustico puede hablar Latin, ó philosophar, sin primero lo auer aprendido.* Sevilla, Hernando Díaz.

VESALIO, Andrea (1997). *De humani corporis fabrica* (traducción al castellano de DOMÍNGUEZ GARCÍA, A. & FERNÁNDEZ GONZÁLEZ, F.). Editorial Doce Calles, Madrid.

VESALIO, Andrea. (1543). *De humani corporis fabrica in libri septem.* Basilea, Johannes de Tridino.

20.3.Otras obras

BURTON, R. (2019). *Anatomía de la melancolía.* Alianza Editorial, Madrid.

COVARRUBIAS (1611). *Tesoro de la lengua castellana o española.* Madrid

GRACIÁN, B. (1938). *El Criticón.* Comentado por ROMERA NAVARRO, M. Oxford University, London.

GRACIÁN, Baltasar (1637). *El Héroe.* Huesca, Juan Francisco de Larumbe.

ISABA, Marcos. (1991). *Cuerpo enfermo de la Milicia española.* Ministerio de Defensa, Madrid.

MAYANS Y SISCAR, G. (1725). *Oracion en alabanza de las eloquentisismas obras de don Diego Saavedra Fajardo, cavallero que fue del orden de Santiago, del Consejo del Rei, Don Felipe Quarto, en el supremo de Indias, i su embajador plenipotenciario en los trece Cantones; en la dieta Imperial de Ratisbona, por el Circulo, i Casa de Borgoña, i Congreso de Musnter para la paz general con los Olandeses.* Valencia.

NEBRIJA, A. (2014). *Gramática sobre la lengua castellana.* Academia Mexicana de la Lengua, México.

TERREROS, Esteban. (1788). *Diccionario castellano: con las voces de ciencias y artes y sus correspondientes en las tres lenguas francesa, latina é italiana.* Madrid.

21. Fondos documentales

Archivo General de Simancas, Contaduría Mayor de Cuentas. Legajo 119.

Archivo General de Simancas, Contaduría Mayor de Cuentas. Legajo 132.

Archivo General de Simancas, Estado. Legajo 1606, n.º 222.

Archivo General de Simancas, Estado. Legajo 606, n.º 14.

Archivo General de Simancas, Estado. Legajo 1653, n.º 47.

Archivo General de Simancas, Estado. Legajo 1663
.

Archivo General de Simancas, Estado. Legajo 1671.

Archivo General de Simancas, Estado. Legajo 1792.

Archivo General de Simancas, Estado. Legajo 1798.

Archivo General de Simancas, Estado. Legajo 1802.

Archivo General de Simancas, Estado. Legajo 1803.

Archivo General de Simancas, Estado. Legajo 1804.

Archivo General de Simancas, Estado. Legajo 1813.

Archivo General de Simancas, Estado. Legajo 1816.

Archivo General de Simancas, Estado. Legajo 1825.

Archivo General de Simancas, Estado. Legajo 2747, n.º 28.

Archivo General de Simancas, Estado. Legajo 2749, n.º 11.

Archivo General de Simancas, Estado. Legajo 2795.

Archivo General de Simancas, Estado. Legajo 610, n.º 154

.

Archivo General de Simancas, Guerra y Marina. Legajo 559.

22. Recursos web

Real Academia Española: www.rae.es

Real Academia de la Historia: www.rah.es

Instituto Cervantes: www.cervantes.org